Daniel Schávelzon

LA CONSERVACION DEL PATRIMONIO CULTURAL EN AMERICA LATINA

Restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica: 1750-1980



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO

INSTITUTO DE ARTE AMERICANO E INVESTIGACIONES ESTETICAS
"MARIO J. BUSCHIAZZO"

La conservación del patrimonio cultural en América Latina

Ilustración tapa: Glifo inicial de la Placa de Leyde, cultura maya, 320 dc, Guatemala; Rijkmuseum, Leyde.

Daniel Schávelzon

LA CONSERVACION DEL PATRIMONIO CULTURAL EN AMERICA LATINA

Restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica: 1750-1980

Este libro ha sido publicado gracias al Getty Grant Program, de la Paul Getty Foundation.

Premio Nacional Bernardo Houssay, CONICET y CECYT; Buenos Aires, 1987.
Premio Internacional Instituto Gallach, Fundación Pedro Bosch-Gimpera,
Universidad de Barcelona, Instituto Gallach; Barcelona, 1989.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO

INSTITUTO DE ARTE AMERICANO E INVESTIGACIONES ESTETICAS "
MARIO J. BUSCHIAZZO"

Este libro ha sido publicado gracias al Getty Grant Program, de la Paul Getty Foundation.
Primera edición: Buenos Aires, 1990.

Impreso en Compañía Impresora Argentina S.A., Alsina 2041, Buenos Aires.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Indice

1.	Introducción	9
2.	Antecedentes prehispánicos	13
3.	El período de la dominación colonial (1520-1750)	15
4.	La conformación de la ideología de la conservación: la ilustración Novohispana (1750-1822)	23
5.	La conservación patrimonial en el Liberalismo temprano (1825-1850)	33
6.	La investigación científica del patrimonio: sus orígenes y contradicciones (1850-1885)	39
7.	Los inicios de la restauración y del estado positivista (1855-1911)	47
8.	Saqueo, deterioro y destrucción del patrimonio drante el siglo XIX	67
9.	El período de la conservación nacionalista (1911-1930)	75
10.	Chichén Itzá: el laboratorio de la restauración	103
11.	La institucionalización de la conservación (1929-1950)	121
12.	El fin de la experiencia: la apoteosis de la reconstrucción	147
13.	Los enfrentamientos por el cambio: avances y retrocesos entre 1964 y 1980	179
14.	Una alternativa al patrimonio: la nueva corriente crítica de la conservación (1970-1980)	199
15.	El saqueo y deterioro del patrimonio cultural en el siglo XX	213
16.	Hacia un modelo teórico para la conservación del patrimonio cultural	217
	Notas	235
	Bibliografía	257

A Alex, tras catorce años de matrimonio. A Paul Gendrop, en memoria de un amigo, sin quien este libro no existiría.

"El hecho de que hayamos reconstruido Teotihuacan (...) no se traduce en beneficio alguno para los indios, no les aumenta en una tortilla su comida (...) excavamos la tierra para descubrir piezas antiguas y nos empeñamos en ignorar sus harapos, en proteger a los ladrones de sus tierras, en no castigar a sus explotadores. Una es nuestra actitud por los indios muertos y otra nuestra actitud por los indios vivos. Los muertos suscitan admiración, afluencia de turistas, un sólido orgullo nacional; los vivos nos hacen enrojecer de vergüenza, vacían de sentido las palabras de civilización, de progreso, de democracia, en las que descansa ese orgullo nacional."

Fernando Benítez, 1967

"No, no (...), que no la reconstruyan, que no se molesten, bastante arruinados nos tienen ya, para querernos acabar de arruinar quitándonos nuestras ruinas."

Miguel Angel Asturias, 1965

1. Introducción

Este libro intenta cubrir dos aspectos tradicionalmente olvidados de la restauración y la conservación del patrimonio cultural en México y América Central: su historia y sus teorías. Y cuando hablamos de ellas no lo hacemos en el sentido de una historia de éxitos idealizados o de teorías importadas, sino tratando de entenderlas insertas dentro de nuestra realidad política, económica y social: una realidad en que la batalla por la conservación la van ganando la destrucción, el saqueo y el deterioro. Mucho se hace por evitar todo esto, pero aún es muchísimo más lo que queda por hacer. Y las experiencias históricas no nos muestran que el camino seguido haya sido el mejor, sino que, en todo caso, es sólo uno de los muchos posibles. Trato de revisar el pasado buscando alternativas para el futuro.

Toda búsqueda histórica implica un compromiso y un proyecto: la historia debe inscribirse en una propuesta social amplia; si no, se autoesteriliza y muere. Una historia que pretende ser un proyecto hacia el futuro y no legitimadora de una situación imperante. Una revisión del pasado que permita buscar alternativas desechadas, utopías perdidas o rechazadas por el sistema vigente, proyectos frustrados, para ver si podemos encontrar otras vías de crecimiento, más razonables y socialmente más ricas. Para ello tuvimos que escarbar durante mucho tiempo en la restauración de la arquitectura prehispánica, ya que si bien está bastante documentada, lo está en forma anárquica y por lo general encubriendo errores y la falta de concreciones y proyectos a largo plazo. En el campo de la arqueología esto es grave, pero la tradición de publicar los trabajos de campo de las anteriores generaciones, nos permite hoy contar con una rica cantera para explorar. La restauración de monumentos coloniales mantuvo en cambio la postura de no dar a conocer los trabajos realizados —con excepciones— y representa un tema más complejo aún. Esto nos llevó a que el tronco de esta investigación pasara fundamentalmente por los edificios arqueológicos.

Pero mi idea central está en el hecho de que la lucha por la conservación de la cultura de un país es una sola, más allá de que por un mero accidente histórico aún se la compartimente en partes. El proceso histórico es uno solo y las grandes tendencias teóricas y prácticas de la restauración son, al verlas hacia atrás, muy semejantes. Y esa es una de las hipótesis que queremos demostrar. Por supuesto nuestra propia formación tendiente hacía lo arqueológico nos ha llevado a profundizar más esos temas: no podemos hacer todo. Sólo hemos abierto ciertas puertas a lo colonial y decimonónico, hacia la cultura popular y otros temas conexos, que también son importantes de ser revisados sistemáticamente. Sí ha sido necesaria una erudición quizás exagerada, tratando de cubrir la bibliografía y detallando una gran cantidad de ejemplos, pero la postura ideológica que esta tesis conlleva lo hace imprescindible. Era necesario tratar de probar las ideas propuestas con la mayor cantidad de casos posibles y de todas las características.

Además de la historia que he tratado de realizar, donde se analizan unos cien casos de México, Guatemala, Honduras y Belice, he desarrollado una serie de cuestiones teóricas muy especiales. Creo que lo más importante pasa por el hecho de la necesidad de redefinir la conservación a partir de su contrapuesto dialéctico, la destrucción. Y al entender las causas de la destrucción del patrimonio podremos vislumbrar qué es en realidad lo que lo destruye. Podemos penetrar en la idea que vivimos en un sistema económico-político que es el que destruye, o por lo menos fomenta la destrucción, ya que ésta es necesaria para su propia reproducción. Y por lo tanto la lucha por proteger la cultura debe ser entendida en ese marco: una conservación y una restauración no al servicio de intereses dominantes, sino contestataria, crítica y profundamente social.

Muchos son los aspectos tocados en relación con la restauración arquitectónica de edificios prehispánicos, unos con mayor y otros con menor profundidad, en la medida de nuestras posibilidades: el turismo, los medios masivos de difusión, el arte popular, el uso del patrimonio y su mercantilización, y fundamentalmente la búsqueda de alternativas reales para poder seguir adelante. Conservar y restaurar no son hechos neutros, técnicos o aideológicos, sino todo lo contrario: son claras expresiones de una sociedad muy particular en momentos especiales de su historia. Así como ha habido una restauración para cada época de la historia, y por supuesto una definición de lo que es conservar según cada grupo social, así debemos buscar una forma de entender el pasado acorde a la década de 1980.

La conservación y la restauración han estado, igual que nuestro sistema político-cultural, inmersos en la dependencia. Hemos sido educados según las teorías de Viollet-le-Duc o Ruskin, y nunca hemos oído hablar de nuestros restauradores, de lo que dijeron o hicieron desde el siglo pasado. Conocemos la legislación italiana y los trabajos en Varsovia, pero seguimos sin saber qué se hizo en Tula, en Teotihuacan o en la Catedral de México. Yo no creo que esto sea casual. Asimismo hemos vislumbrado que en la historia de nuestra especialidad ha habido una constante lucha entre dos grandes posturas: 1) una corriente romántico-esteticista, de tipo idealista, que no define sus objetivos más que a través de una concepción axiologista y metafísica; 2) una corriente netamente empiricista, muy de moda hoy en día, que lo que tiene que hacer es simplemente **hacer** obras, sin pensar en por qué, para quién, o si está haciendo bien las cosas. Son tecnócratas al servicio del sistema, y lo peor, conformes con serlo. El estado ha ido utilizando ambas posturas, según las épocas, en función de sus cambiantes intereses.

Pero desde finales de la década de 1960 ha surgido una nueva postura, cuyos objetivos son de tipo social, aunque ha carecido de una consolidación grupal, de objetivos comunes y de una postura orgánica. Nació como protestas aisladas contra lo que se hacía, pero sin poder establecer una propuesta general. Por suerte, desde hace algunos años, estas ideas se han venido consolidando, aunque hayan cambiado sus protagonistas. Dos o tres eventos han mostrado la importancia de esto: la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología realizada en Guanajuato en 1977, y el ler. Symposium Interamericano de Conservación del Patrimonio Artístico, de ese mismo año, que mostraron el trasfondo de la situación. Se presentaron allí posturas de los diferentes grupos existentes en México, e incluso de otros países, y al releer las publicaciones vemos afortunadamente que la restauración en la arqueología y en la historia está dando un giro leve, pero positivo. De allí en adelante muchos otros eventos han mostrado que esto es evidente, y esperemos que su impulso, irrefrenable. Otros problemas han venido a apuntalar estas posturas: la grave crisis nacional que afectó concretamente la restauración, los problemas planteados por los nuevos restauradores posgraduados (60% de desocupados según datos de la UNESCO), y el cambio de gobierno con el caos subsecuente. Las crisis siempre son positivas si se permite reelaborarlas, entender sus causas y avanzar, a pesar de todo.

Otro de los objetivos de este libro es introducir en la polémica de la conservación, y sobre todo de la restauración arquitectónica, una serie de coordenadas teóricas que vienen de otras áreas del conocimiento, y que se han mostrado muy abiertas para comprender el desarrollo sociocultural: la historia del arte ha cambiado mucho desde las posturas idealizantes de los clásicos de treinta años atrás; la arqueología y la antropología han virado notablemente su rumbo, y ni hablar de los estudios sobre cultura popular. La sociología urbana, la antropología social, el psicoanálisis, la lingüística y la epistemología han hecho aportes importantes que no podemos descartar. La superación de la antinomia tradicional de marxismo-antimarxismo ha permitido la introducción de nuevos conceptos y un mundo lleno de ideas que pueden sernos útiles, sin necesidad de caer en el mecanicismo de, estructuralistas o semiólogos pasados de moda. Todos los caminos son buenos para la búsqueda de alternativas viables, ya que el seguir encerrados en nosotros mismos nos lleva a tomar actitudes de tipo avestruz, ave que esconde su cabeza creyendo que en realidad ha escondido todo el cuerpo.

Otro aspecto importante de aclarar es la gran influencia que han ejercido en mí los estudios sobre cultura popular. En la parte teórica es más que evidente, y lo acepto. La arqueología, por su parte, como trabajo realizado a lo largo de muchos años, ha dado un toque muy particular a la investigación histórica, que no puedo ni deseo modificar. Creo que, la arqueología nos da, en ese sentido, una visión quizás más amplia que la historia de la arquitectura. Por supuesto hay muchos otros problemas, y quizás también errores; los asumo, al igual que las omisiones en que pueda haber incurrido. También es necesario aclarar que cuando personalizo la historia, estoy lejos del afán de criticar o de alabar a individuos; se trata simplemente de que la historia tiene protagonistas.

Para este libro he usado siempre referencias escritas, publicadas o no, pero siempre textos. Y esto por dos razones: primero porque es un material histórico que, más allá de mis interpretaciones, está a la vista de todo el mundo. Por otra parte, porque trato de demostrar la importancia de las publicaciones acerca de las intervenciones en edificios del pasado, ya que también hacen a la propia historia de la conservación y la restauración. La tradición ágrafa de quienes sí hacen pero no lo documentan, es obsoleta, y quizás de esta forma ayudemos a romperla. Muchas veces en el transcurso de la redacción digo que hubieron casos que fueron planteados en algún momento por primera vez: es problable que alguien pueda decirme que otro lo pensó antes, o lo dijo antes. Pero definitivamente las palabras se las lleva el viento y lo que

quedan son los textos y las obras. Tomamos así los escritos como datos concretos, en forma quizás demasiado historiográfica, y reconstruimos la historia a través de ellos.

La selección de ejemplos de restauración es, como toda selección, parcial. He tratado de incluir la totalidad de los casos que tradicionalmente fueron considerados importantes, además de otros que he creído dignos de reseñar. Por supuesto no siempre se trata de los sitios más grandes, ya que en ciertas ocasiones una obra parcial, o un solo edificio, pueden arrojar mucha luz sobre las técnicas utilizadas y las teorías y políticas seguidas. Sí creo que están cubiertos todos los casos de ciudades y obras de magnitud. Pero de todas formas, la propuesta global, más allá de la utilización del pasado prehispánico, va hacia algo tal vez más importante en este momento: las posibilidades que conservación y restauración presentan en la actualidad para actuar en la ciudad moderna, en sus centros históricos, para crear un entorno más humano y más racionalmente vivenciable. No podemos negar ya que nuestras ciudades no son las mejores que pueden existir; todo lo contrario, vivimos en la mugre, el hacinamiento, el smog, un tráfico denso y una arquitectura comercial de la peor categoría imaginable. Posiblemente la mayoría de la población no tiene una vivienda digna. Los centros históricos están abandonados, y eso cuando no están en franco proceso de destrucción. La conservación abre una posibilidad valiosa de ingerencia, al rescatar los cascos antiguos y volverlos a poner en uso para el pueblo que los creó y los conservó como pudo. Es una forma de introducir la racionalidad, la escala humana, el arte y no la especulación desenfrenada. Estamos socialmente tan enfermos que a la gran masa de la burguesía le gustan los edificios altos. Es algo así como que no podremos ser felices hasta que todas nuestras ciudades lleguen a ser una New York en pequeño aunque, obvia decirlo, subdesarrollada.

Otro punto que debo aclarar es que la historia realizada no cubre sólo aspectos arqueológicos sino en la medida que tienen relación con la restauración o la conservación. No es una historia de la arqueología ni de la arquitectura, por lo que muchos aportes o cambios importantes en esas ciencias no figuran aquí sino como referencias indirectas. La excavación de Mayapán fue de importancia arqueológica por la identificación intramuros de murallas de delimitación residencial, pero las restauraciones que se realizaron fueron similares, y de menor calidad, que en Chichén Itzá.

Hay varios sitios a los que no les hemos dado demasiada importancia y debemos destacar por qué: por ejemplo, los casos de restauración de adobe en el norte del país, tema que dada su alta especificidad prefiero únicamente citar. Asimismo, y salvo Kaminaljuyú, he evitado hablar de casos en los que yo mismo he tenido alguna ingerencia de cualquier tipo que fuera. Los casos de Tajín, Cempoala, Chalcatzingo, Cobá, Tzin-Tzun-Tzan y Altun Há los he tenido que dejar debido a la imposibilidad de seguir ampliando este trabajo, ya que sus restauraciones no salieron de lo normal en la época en que cada una de ellas se realizó. Así, Mayapán viene indisolublemente unida a los trabajos tardíos en Chichón Itzá, y Cobá a los del noreste del Yucatán en los últimos años y las últimas tendencias. Bonampak, si bien representa un caso interesante de estudio, su problema principal nunca fue encarado con la seriedad que merece. También algunas intervenciones fueron dejadas al margen, por lo menos en ciertas épocas. Por ejemplo, hemos revisado detenidamente los trabajos de Quiriguá entre 1909 y 1911, pero no los de 1934-5, ya que creemos no fueron fundamentales para la restauración en Guatemala, como sí en cambio fueron los primeros. Además de estos casos, creo que es poco más lo que he obviado en aras de una construcción histórica que, más que destacar errores, muestra verdades y alternativas.

Unicamente quedan los agradecimientos: quizás esto sea lo más difícil porque temo olvidar a alguien por el camino. En primer lugar, debo este libro a Paul Gendrop, recientemente fallecido, quien me impulsó a escribirlo en 1977 y sin cuyas insistencias, consejos y apoyo nunca lo hubiera podido terminar. Están también los amigos con quienes he discutido abiertamente a lo largo de muchos años: Víctor Rivera Grijalba, José Antonio Terán y Leonardo Icaza, y los otros amigos de México con quienes siempre intercambio ideas: Jaime Litvak King, Ignacio Bernal, Carlos Navarrete, Jaime Cama, Beatriz de la Fuente, Juan Antonio Siller, Carlos Chanfón, Néstor García Canclini, Horst Hartung, Rafael López Rangel, Ramón Vargas, Arturo Schroeder y tantos otros en otros países, como Ramón Gutiérrez y Jorge Enrique Hardoy, quienes definieron mi vocación por la investigación. En cada país de nuestro continente siempre ha habido alguien que me recibiera con amistad, que me facilitara las visitas y me enviara libros y publicaciones, pero la lista de nombres sería muy extensa. Asimismo, estoy en deuda con mis alumnos de Churubusco, la ENAH y la UNAM, quienes siempre escucharon, discutieron e hicieron aportes a mis ideas; pero que por sobre todo, retomaron algunos de mis peregrinos conceptos y los desarrollaron mucho más allá de lo que a mí se me hubiera ocurrido, haciendo sus propias tesis o publicando otros trabajos sobre estos temas. A ellos, muchas gracias por haberme dado su confianza.

Para terminar esta introducción, quisiera precisar que este libro fue presentado como tesis de doctorado en la Facultad de Arquitectura de la UNAM en 1984, después de diez meses de enfrentamientos, trabas y problemas que no quiero ni recordar ahora. Sin la ayuda e impulso de Paul Gendrop —director de la tesis—, Víctor Rivera Grijalba y Xavier Cortés Rocha, nunca hubiera llegado a presentarla. Para mí, todo ello no fue más que una reconfírmación de muchos de los planteos que propongo en las siguientes páginas.. A aquellos que leyeron esa versión previa, tengo que explicarles que los primeros siete capítulos que siguen faltan en la tesis, puesto que tuve que quitarlos como condición para poderla

presentar: la censura sigue presente. Otra vez muchas gracias a todos, y no hace falta decir que los errores en que pueda haber incurrido son de mi estricta responsabilidad.

Postscriptum

Esta introducción, al igual que todo el libro, fue terminada de redactar entre fines de 1983 e inicios de 1984. En ese momento se estaba iniciando el decenio y los trabajos de restauración emprendidos no contaban aún con la suficiente perspectiva como para discutirlos con seriedad; de allí la decisión de cerrar el estudio en 1980. Pero ahora es posible mostrar cómo algunas líneas esbozadas a fines de la década de 1970 se han ido concretando: la restauración del Templo Mayor (1981-1984), la excelente finalización de Yaxchilán, los grandes trabajos hechos en Teotihuacan (1980-1982), algunas tareas en Bonampak y los constantes salvatajes hechos en el Yucatán, muestran que una nueva tendencia ha tomado sus cartas credenciales, dejando de lado, quizás definitivamente, la reconstrucción masiva y turística habitual. Nuevos trabajos en Tikal y Tayasal, al igual que en Uaxactún, auguran también en Guatemala una nueva etapa; las influencias positivas llegaron a sitios más chicos, como Oxhkintock, Chicanná, Dzibilnocac y Hocchob en la zona maya. Por supuesto esto no quiere decir que aún no queden ejemplos que se enrolan en otras tendencias, pero creo que son sólo el resabio que en la próxima década sólo se verá como historia.

Hay otros cambios: el saqueo, el robo sistemático a museos y colecciones, los sitios arqueológicos destruidos a mansalva, están más que nunca a la orden del día; sólo ha variado la forma de robar. El patético caso de Río Azul en Guatemala (en 1980-1981) muestra cómo grupos organizados con alta tecnología y recursos enormes pueden desmantelar pirámide tras pirámide una ciudad completa. El vaciamiento de museos, muchos de los más importantes del continente, son señal de alarma. No es sólo un problema policial, es también un problema de políticas culturales y de preservación.

Por último, he observado un cambio interesante en los restauradores mismos: la influencia de las nuevas teorías sociales, el impacto del terremoto de 1985 en México, y los rápidos cambios que la restauración tuvo en otros países de América Latina, Perú por ejemplo, obligó a que muchos se replantearan muchas de las ideas imperantes. La cruda realidad política y económica del decenio ha mostrado que la óptica humanitarista prevaleciente es la del no compromiso con la preservación sino sólo a través de la **denuncia** pública, siempre sobre bases estéticas o morales.

Esta postura, si bien positiva, sólo sirvió para descargar la conciencia individual, pero no para establecer políticas de preservación. Fue necesario, lentamente, ir renunciando a la neutralidad científíca, hubo que preguntarse el porqué una especialidad como la nuestra, que tiene un objeto de estudio dinámico, histórico, cambiante, permanecía estática e inmutable. El resultado: la crisis de las ideologías imperantes en el seno de la restauración, y el mayor cuestionamiento interno. La frase del célebre Frantz Fanon, pese al casi medio siglo transcurrido, se está haciendo realidad: "La reivindicación de una cultura nacional del pasado, no rehabilita ni justifica la cultura nacional futura".

Lo que quizá también ha cambiado es mi visión de los problemas, en especial en muchos de los aspectos planteados en el último capítulo. En realidad, sería necesario reescribirlo completo para sentirme satisfecho; pero por respeto al consejo de quienes lo han leído, lo he mantenido intacto. Cambiarlo signifícaría modificar una parte de un conjunto de ideas desarrolladas en un momento en que las luchas étnicas de América Central estaban en un punto álgido, en que se cernía una crisis sin parangón para México desde los años de la Revolución, en que la restauración se estaba profesionalizando y necesitaba construir su propia especificidad. Y este trabajo sirvió en su momento para contribuir a la autonomía de la restauración arqueológica, separándola de la propia arqueología y de la arquitectura, para establecerle, aunque sea en principio, una estructura histórica, algunos planteos teóricos, y una definición inicial de su campo de trabajo y discusión.

Tema aparte es el de publicar esto en un país como Argentina, donde si bien existen sitios con arquitectura prehispánica, y han habido tres experiencias de restauración en lo que va del siglo, no hay un desarrollo de trabajos ni de pensamiento teórico al respecto. Y a diferencia de la región que se estudia aquí, las grandes polémicas en el país se han centrado en el tema de la identidad, de lo propio y lo ajeno, de la transculturación y las búsquedas de lo nacional. Esto le ha dado al tema de la preservación y la restauración, características diferentes de las del resto de América Latina, ya que el patrimonio cultural mismo y su función en la sociedad son diferentes; desde Buenos Aires, donde las tradiciones étnicas indígenas no existen, puede ser difícil entender la problemática de otros países del continente, donde en gran medida lo tradicional, lo popular, lo rural y lo indígena son parte de una misma realidad.

Sirva así este libro para mostrar un panorama de la problemática de la restauración en una parte del continente americano, para confrontar nuestros problemas, nuestra historia, y para construir conjuntamente un futuro en el cual el patrimonio cultural sea parte indisoluble de la vida cotidiana.

2. Antecedentes prehispánicos

Los conceptos, las técnicas y los objetivos de la conservación del patrimonio y de la restauración arquitectónica son hechos históricos que han variado a lo largo de los siglos, en función de las diferentes sociedades, economías e ideologías. Conservar y restaurar son ideas que existieron, al igual que destruir y deteriorar, desde que el hombre vive en sociedad[1] En el mundo precolombino podemos ver que cuando una ciudad era dominada por otro grupo (desde olmecas hasta teotihuacanos y aztecas), los edificios eran rápidamente modificados o recubiertos por otros acordes a los intereses de los nuevos amos. Prácticamente no hay sitio que haya permanecido aislado y cuya arquitectura no haya sido modificada con el tiempo, por ésta u otras razones.

Sin embargo, los edificios existentes no eran desmantelados —como hubieran hecho los hunos, o como se hizo en Cartago—, sino que quedaban en el interior del nuevo. Existen muchos casos ya bien estudiados donde la superposición se hizo con todo cuidado, para que no se destruyeran las pinturas murales o los objetos encerrados en el edificio más antiguo. Por ejemplo: en Tulúm se dejó un estrecho pasadizo relleno de arena y abovedado, para cubrir las pinturas de la subestructura de El Castillo; en Cacaxtla se protegieron pinturas y relieves con arena, aunque ello no evitó su parcial destrucción; en Chichén Itzá están el Chac-Mool y el Jaguar Rojo dentro de la pirámide inferior de El Castillo; en Tikal se dejó un templo de la acrópolis con una estela en el interior, pese a que luego fue recubierta toda la estructura, y así hay ejemplos en cantidad. Era una manera de destruir conservando, de guardar el pasado en el presente. Era sin duda una costumbre muy diferente de las nuestras, pero acorde a una realidad distinta. Recordemos que en muchos sitios era práctica común utilizar monumentos antiguos como basura o relleno de construcciones; o al contrario, se los recolocaba en construcciones nuevas. En este sentido los dinteles de Yaxchilán son quizás el caso más elocuente.[2]

El uso y la conservación en el tiempo de objetos y construcciones están muy bien documentados. En arquitectura podemos ver casos de reparación de construcciones deterioradas por el uso. Personalmente he analizado con cuidado el caso de Cuicuilco, en que son notables los arreglos hechos en tiempos prehispánicos, y donde los que tomaron tales recaudos dejaron marcada la diferencia entre lo que era original y lo que en ese entonces era nuevo. Y los edificios que fueron re-estucados en muros y pisos se cuentan en cantidad, a tal grado que es común encontrar hasta 15 ó 20 pisos superpuestos unos a los otros, a medida que se iban desgastando. Las grandes acrópolis como las de Copán, Tikal, Comalcalco y tantos otros lugares, no son más que ampliaciones, superposiciones, arreglos y modificaciones realizados en un mismo lugar a lo largo del tiempo. Este concepto de acrópolis entre los mayas es digno de destacar, ya que a través de los siglos-15, como en el caso de Tikal—, se construyeron centenares de edificios, templos, altares y superposiciones en un mismo lugar, unos encima de los otros, hasta llegar a formar gigantescas montañas de mampostería. Pero pese a ello, la distribución original y el sitio mismo se mantuvieron incólumes y casi sin cambios.[3]

Esto también se dio con los objetos pequeños. Si bien a veces es difícil definir con exactitud cuándo un objeto es hallado arqueológicamente fuera de contexto temporal, hay muchos casos de fácil comprobación. En los murales de Bonampak puede apreciarse que los jefes del grupo atacante poseen en el cuello un colgante con una máscara olmeca verde; en el Templo Mayor de México se encontró una ofrenda con una máscara netamente olmeca[4] realizada casi 3000 años antes. En Jalisco fue descubierta una escultura olmeca en una tumba siglos posterior, y en Cozumel se halló una máscara de esa misma cultura en una tumba maya posclásica, por sólo citar algunos de los casos más llamativos.[5] Y ni hablar del conservadurismo imperante, que hizo que algunos dioses, como el que posteriormente se llamó Tláloc, o Quetzalcóatl,

o Huehuetéotl, se mantuvieran desde tiempos formativos hasta la conquista española. Es el resultado de una realidad diferente a la nuestra, y que como tal, produjo situaciones particulares de conservación de su pasado cultural. Cada pueblo ha construido su propia explicación de la realidad, y por lo tanto, cualquier interpretación de sus actitudes debe ser desde adentro mismo de su cultura. Y aunque no es factible extrapolamos hacia nuestro tiempo, podemos plantear ya que los conceptos de restaurar y conservar son conceptos históricos, y por lo tanto han variado en el espacio y el tiempo.

Podríamos citar muchos casos, algunos interesantes, otros sólo curiosos: por ejemplo los mayas, quienes en sus monumentos y estelas esculpidas del período Clásico grabaron información histórica de la más variada índole, concerniente a sus dirigentes, sus actividades públicas y sucesos relacionados con ellos. Pero también pintaron muchos colectivos, como guerras e invasiones a poblados y regiones, tales como Bonampak, Chichén Itzá o Mul Chic. Muchos gobernantes utilizaban los nombres y símbolos dinásticos de otros que los antecedieron en el poder, para legitimizar el a veces dudoso acceso al trono; la Estructura 22 y la Estela 11 de Yaxchilán son hermosos ejemplos de formas de utilizar la historia en provecho propio. A tal grado manejaron su historia que los códices mixtecas de tipo genealógico, se remontan tan atrás como el siglo VIII, en una secuencia ininterrumpida de descendientes dinásticos. Otros ejemplos diferentes son la reutilización de dioses anteriores, como hicieron los mexicas, o casos más impactantes como el hecho de que el gobernante Ixcóatl mandara quemar los libros de historia. Y no contento con ello encargó a su gente escribirla de nuevo, de tal manera que logró crear una imagen diferente de los orígenes del pueblo mexica y, así, justificar su rápida llegada al poder, asumiéndose como herederos de un legado que no era el de ellos, más precisamente el tolteca.

3. El período de la dominación colonial (1520-1750)

Probablemente no haya tema más complejo en la historia de América Latina que el contacto entre españoles e indígenas. Se han escrito cientos de libros desde el diario de Cristóbal Colón hasta la fecha, y su análisis rebasaría tanto el objeto de este libro como mis propias capacidades. Pero lo cierto es que a todos les ha costado despegarse de la realidad, hacer juicios válidos sin tomar en cuenta la postura y compromiso que todo autor conlleva, consciente o no de ella. Ya el siglo de discusión acerca de la Leyenda Negra ha pasado, al igual que los tiempos de los hispanófilos a ultranza que vieron la conquista como un acto de amor y de fe. Ambas fueron patrañas urdidas por quienes se negaron a ver el verdadero resultado de la conquista de América. Porque no hubo una sola España ni hubo una sola América, y bajo las generalidades hubo grandes diferencias regionales. Lo que sí fue, es una guerra de conquista que culminó con un dominador y un dominado; y lo que no fue es la visión clásica de la **obra de amor** tan trillada, ni la supuesta **mansedumbre** indígena. De allí que los historiadores se han debatido desde dos posturas: quienes consideran que la conquista fue el precio pagado para la modernización y el ingreso de América al mundo occidental, y quienes creen que los desarrollos americanos eran de mayor nivel cultural y social, aunque no tecnológico, y que no hay justificación alguna al genocidio.

Para un estudio como el que estamos encarando, entender el tema de la preservación de la cultura en estos siglos implica en primer lugar el aceptar que España, a la par que destruyó en la conquista la cultura de sus dominados —no había otra forma de dominación—, construyó una nueva cultura española en América. Nuevamente podemos ver la dialéctica relación entre destrucción y conservación, la que no puede ser evaluada en abstracto. España acabó para siempre con el legado histórico indígena, pero éstos lograron conservar una parte de su cultura que ha llegado incluso a los finales del siglo XX, en forma de vestimentas, danzas, idiomas, ubicación geográfica, sistemas de cultivo. Obviamente son sólo los resabios de lo que fue; pero la gesta gloriosa de haber logrado preservar su identidad tras 500 años de dominación, es quizás una de las grandes epopeyas de la cultura humana. Pero España construyó otro legado cultural para la humanidad, en América, quizás tan o más grande que el que ella misma construyó en España.

Los propios conquistadores observaron con gran asombro la monumentalidad de las ciudades y las arquitecturas de este nuevo mundo. Desde Cortés hasta Bernal Díaz han dejado descripciones que indican hasta qué punto quedaron anonadados al ver el Templo Mayor, el mercado de Tlatelolco y las calzadas por las que se entraba a Tenochtitlán. Y del primer siglo de la Nueva España hay muchas descripciones que exaltan la grandiosidad de un pasado que los mismos conquistadores no alcanzaron a comprender. Por ejemplo, Antonio de Ciudad Real visitó y describió Uxmal y otros sitios, Diego de Landa hizo lo propio con Chichén Itzá, y Burgoa con Mitla. Pero por otra parte, ellos mismos se dedicaron a quemar códices, enterrar o destruir ídolos, saquear templos y palacios, **extirpar idolatrías** y prohibir la cultura y la religión antiguas. También hubo quienes se dieron cuenta de lo que estaba pasando, pero no pudieron —o no quisieron— hacer nada para evitarlo. Como mucho intentaron rescatar verbalmente el mayor cúmulo de información posible, para luego dejarla registrada por escrito. Pero una cosa era rescatar recuerdos, y otra mantener viva la cultura.

El choque de ambos pueblos fue contradictorio, incluso hubieron marcadas contraposiciones entre los intereses de la corona, de la Iglesia y de los particulares. La corona intentó establecer un marco jurídico según el cual todo aquello que había pertenecido a los indígenas pasaba ahora a su poder: tierras, casas y vidas humanas. Para la Iglesia, preocupada no sólo por el oro y la plata sino también por la imposición ideológica, el tema fue más complejo aún, y existen numerosísimas narraciones de destrucción metódica de los sitios antiguos. Torquemada, quien estableciera la base jus-

tificatoria del genocidio americano, narra que los sacerdotes "veían (con tristeza) que era todo tiempo perdido y trabajo vano, mientras los templos de los ídolos estuvieran en pie y no se destruyeran", por lo que tuvieron que "comenzar a derribar y quemar templos, y no parar hasta tenerlos todos arruinados y caídos por el suelo, y los ídolos justamente quitados de sus altares y castigados de ellos al demonio".[6] Y termina diciendo que se "habían destruido templos e ídolos en algunas partes, como fue en Tepeaca, Cholulla, Iztapalapan, Xochimilco, Coyoacán, Tlacupa, Azcaputzalco, Tenayucan, Quauhtitlán y otros algunos pueblos"?

El problema se presentaba con los particulares, que estaban más interesados en las materias preciosas de los ídolos que en su significado religioso. Un caso curioso fue el de Fray Jordán, quien después de quemar los ídolos de un sitio de Oaxaca, vio llegar civiles españoles a rescatar el jade y las piezas de valor salvadas del incendio, con el consiguiente beneplácito de los pobladores, que deducían por lo tanto que sus ídolos algún valor habrían de tener.[8]

Una visión diferente fue la de aquellos que quisieron rescatar parte del mundo prehispánico, como por ejemplo Sahagún o Acosta, con objetivos muy específicos. Para ellos era necesario entender el pasado para interpretar el presente. Con sólo conocer cómo se había adorado a los dioses antiguos, se podrían descubrir las herejías y castigarlas como correspondía. Dice Acosta al respecto que "puede ser útil para muchas cosas tener noticias de los ritos y ceremonias que usaron los indios, primeramente en las tierras en que ello se usó; no sólo es útil sino del todo necesario, que los cristianos y maestros de la ley de Cristo, sepan los errores y supersticiones de los antiguos, para ver si clara o disimuladamente los usan ahora".[9]

Pero ésta es la visión española, la visión de los triunfadores. Habría que conocer, aunque sea superficialmente, **la visión de los vencidos,** como la llama Miguel León Portilla.[10] Los indígenas, por ejemplo, cantaban estos versos:

> "llorad amigos míos
> tened entendido que con estos hechos
> hemos perdido la nación mexicana" [11]

O más patéticamente aún, al ver su historia y su cultura salvajemente destruidas con el único afán de saciar una exagerada sed de oro, recitaban las siguientes estrofas:

> "Golpeábamos en tanto, los muros de adobe, y
> era nuestra herencia una red de agujeros."[12]

Esta herencia que se les iba entre los dedos estaba teñida de sangre y pagada en oro de los dioses. Por ejemplo, uno de los informantes de Sahagún relató cómo los españoles, después de haber entrado a Tenochtitlán, se apoderaron de todo lo valioso que veían, no importando a quién pertenecía. Eran los nuevos amos, y tenían derecho a hacerlo.

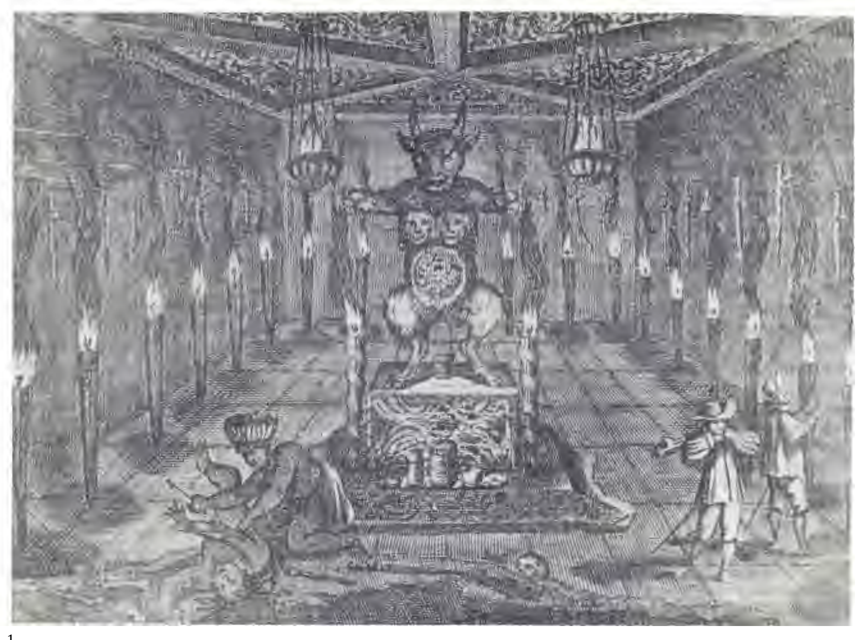
"Inmediatamente fue desprendido de todos los escudos el oro, lo mismo que de todas las insignias. Y luego hicieron una gran bola de oro, y dieron fuego, encendieron, prendieron llama a todo lo que restaba, por valioso que fuera: con lo cual todo ardió. Y en cuanto al oro, los españoles lo redujeron a barras, y de los chalchihuites, todos los que vieron hermosos los tomaron; pero las demás de estas piedras se las apropiaron los tlaxcaltecas.
Y anduvieron por todas partes, anduvieron hurgando, rebuscaron la casa del tesoro, los almacenes, y se adueñaron de todo lo que vieron, de todo lo que les pareció hermoso." [13]

Pero todo esto no fue suficiente: tuvieron que apoderarse también de las jóvenes indígenas, de los varones hermosos:

"Y también se apoderan, escogen entre las mujeres, las blancas, las de piel trigueña, las de trigueño cuerpo. Y algunas mujeres a la hora del saqueo, se untaron de lodo la caray se pusieron como ropa andrajos. Hilachas por faldellín, hilachas como camisa. Todo era harapos lo que se vistieron.
También fueron separados algunos varones. Los valientes y los fuertes, los de corazón viril. Y también jovenzuelos, que fueran sus servidores, los que tenían que llamar sus mandaderos.
A algunos desde luego les marcaron con fuego junto a la boca. A unos en la mejilla, a otros en los labios."[14]

Pero tampoco esto bastó. Siguiendo la hilación, bien narrada, de la última fase del primer contacto, sobreviene la masacre total, la matanza indiscriminada nada más que con un afán de lucro y omnipotencia. La matanza del Templo Mayor fue uno de los numerosos ejemplos de lo que sucedió en el continente, y fue descripta por las propias víctimas del evento:

1. Un templo prehispánico visto por la imaginación europea del siglo XVIII: adoración de monstruos con cuerpos, sacrificios bestiales, antropofagia y antorchas (Archivo del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México).



1.

"Mientas se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como un estruendo de olas, en ese preciso momento los españoles toman la determinación de matar a la gente. Luego vienen hacia acá, todos vienen en armas de guerra (...)

Dispuestas así las cosas, inmediatamente entran al Patio Sagrado para matar a la gente. Van a pie, llevan sus escudos de madera, y algunos los llevan de metal, y sus espadas.

Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo; le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada.

Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza.

Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados, quedaron sus cuerpos. A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los demás allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse a salvo, no hallaban a donde dirigirse."[15]

Y por detrás de todo este salvajismo, la alegría del conquistador, pintada magistralmente en el Códice Florentino, que narra con un candor excepcional:

"Se les puso risueña la cara, se alegraron mucho, estaban deleitándose. Como si fueran monos levantaban el oro, como que se sentaban en ademán de gusto, como que se les renovaba y se les iluminaba el corazón. Como que cierto es que eso anhelan con gran sed. Se les ensancha el cuerpo por eso, tienen hambre furiosa de eso. Como unos puercos hambrientos ansían el oro."[16]

Los indígenas también escribieron, un poco más tardíamente, largas explicaciones sobre el porqué de la conquista, tratanto de entender algo que para ellos era inexplicable. Todavía en el siglo XVIII los pobladores del Ajusco tenían guardarlo un documento que decía:

"¡Cuánta sangre se derramó! ¡Sangre de nuestros padres!
¿Por qué?
¿Por qué sobre ellos así se hizo?
Sépanlo: porque sólo ellos quieren mandar. Porque son hambrientos del metal ajeno y ajena riqueza.
Y porque quieren debajo de sus carcañales tenernos.
Y porque quieren hacer burla de nuestras mujeres y también de nuestras doncellas.
Y porque quieren hacerse dueños de nuestras tierras y de toda cuanta es nuestra riqueza."[17]

Se trataba de la hecatombe, el colapso total, el tiempo loco, tal como un escriba indígena lo definiera con estas palabras:[18]

"Solamente por el Tiempo Loco, por los locos sacerdotes, fue que entró a nosotros la tristeza, que entró a nosotros el cristianismo. Porque los muy cristianos llegaron aquí con el verdadero Dios; pero ése fue el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo, el principio de la limosna, la causa de que saliera la discordia oculta, el principio de las peleas con armas de fuego, el principio de los atropellos, el principio de los despojos de todo, el principio de la esclavitud por deudas, el principio de las deudas pegadas a las espaldas, el principio de la continua reyerta, el principio del padecimiento. Fue el principio de la obra de los españoles y de los padres."

Después de todo esto, llegó la segunda etapa. Terminada la conquista, que en realidad continuó en regiones como la de los mayas hasta fínales del siglo XVII, vino la integración, la simbiosis y la aculturación. Y hubo de todo: indígenas verdaderamente convencidos, indígenas que a regañadientes aceptaron la imposición, e indígenas que de una forma u otra continuaron con sus ritos, costumbres y creencias. Hasta el siglo XVIII hubo extirpadores de idolatrías, oscuros personajes que recorrían los campos buscando, gracias a sus sistemas de soplones e informantes, evidencias que permitieran suprimir todo resto de antiguas tradiciones. Se pueden citar dos cortos párrafos de los libros escritos por dos de ellos: Carlos de Mendoza y Jacinto de la Serna, en pleno siglo XVII, que son una muestra de lo que sucedía bajo el supuesto manto de la calma colonial. Por ejemplo de la Serna, entre los tantos ejemplos que cita, trae el de una pobre mujer india que guardaba celosamente unas ollas de barro antiguas. No se sabe —ni lo sabía el cura— qué eran en realidad: si recuerdos de familia, recuerdos de la infancia, o alguna otra cosa. La realidad era que se trataba de unos tecomates vacíos:

"Tuve noticia que una india de Atenango, cabezera de su beneficio, tenía unos tecomatillos herencia de sus antepasados, en quienes idolatraba, y los tenía con tanta veneración, que los guardaba en una petaquilla con su llave, y queriéndolos ocultar, fue necesaria mucha violencia y maña de este Ministro para sacárselos, y habiendo ido a su casa con autoridad de la justicia, y como juez eclesiástico: se desmayó, y perdió el color del rostro cuando abrió la petaquilla para entregarlos."[19]

Era tal el terror que los indígenas sentían hacia los españoles y en forma particular hacia los curas —ya que a los civiles no les preocupaba por lo general sus ídolos y su cultura—, que en muchos casos procedieron ellos mismos a enterrarlos o arrojarlos al mar o los ríos para que no fuesen destruidos. El Padre Márquez narró hacia la mitad del siglo XVIII, que los indígenas "procuraron, como les fue posible, esconder aquellos (objetos) que pudieron, y ocultar, si hubieran podido sus más preciadas antigüedades, para salvarlas de la más ruinosa destrucción. Habrían entonces reducido intencionalmente y hecho inaccesibles los caminos que conducían a sus antiguos y estimados monumentos, así como consta que bajo tierra escondieron libros, estatuas, trastos y otras riquezas"." Hay narraciones de otros casos muy diferentes. Por ejemplo Mendoza, para la misma época, escribía las siguientes páginas, arrancadas de los más oscuros umbrales del infierno:

"Primeramente ordenamos y mandamos que a los indios naturales de esta Nueva España, así los que están en nuestra real cabeza como encomendados en personas particulares, se les dé a entender, digan y hagan saber que han de creer y adorar en un sólo Dios verdadero, y dejar y olvidar los ídolos que tenían por sus dioses, y adoraciones que hacían a piedras, Sol y Luna y papel y a otra cualquier criatura, y que no hagan ningún sacrificio ni ofrecimientos a ellos, con apercibimiento que el que lo contrario hiciere, si fuere cristiano, averiguando ser verdad o alguna cosa de ello, mandamos que por la primera vez, le sean dados luego cien azotes públicamente, y le sean cortados los cabellos.
Y por la segunda vez sean traídos ante los dichos nuestro Presidente e oidores, con la información que contra él hubiere, para que se proceda contra él conforme a justicia: y si no fuere cristiano, sea preso y luego azotado y llevado ante el guardián o prior, o iglesia más cercana, donde haya persona eclesiástica, para que por él sea exhortado e informado de lo que conviniere saber para conocer a Dios Nuestro Señor y su Santa Fe Católica, y se salven. (...)
Otrosí: que el indio o india que siendo casado a ley y bendición, estuvieren amancebados, sean presos y luego azotados públicamente, si se casare otra vez, y **herrados con un hierro caliente** a manera de (aquí una cruz) en la frente, y pierda la mitad de sus bienes para la nuestra Cámara, y se entregue ala primera mujer o marido. Y para que esto se ejecute conforme a justicia, sean traídos a la cárcel de esta Corte, a buen recaudo, con la información que contra él hubiere."[21]

Debían creer en Dios por decreto real, no por convencimiento. La Iglesia tenía el poder de castigar, pegar, azotar y encarcelar, con total independencia del poder real. Si bien esto fue duramente combatido por las autoridades civiles, poco podían hacer éstas frente al omnipresente y omnipotente poder de la Iglesia. Respecto a esto, habría que mencionar la imagen distorsionada creada sobre la **santidad** de los sacerdotes, casi angelicales, contrapuestos con el conquistador malo. Ambas imágenes eran falsas; la Iglesia fue el instrumento justificador de la dominación, **y por** lo tanto, inseparable del conquistador militar. Cuando un grupo de indígenas tuvo que decidir respecto a su conversión, consultó al anciano del pueblo, quien sabiamente sentenció: [2]

"Y acuerdo formar un templo de adoración donde hemos de colocar al nuevo dios que nos traen los castellanos. Ellos quieren que lo adoremos. ¿Qué hemos de hacer, hijos míos? Conviene que nos bauticemos, conviene que nos entreguemos a los hombres de Castilla, a ver si así no nos matan."

No aceptar la imposición podía acarrear la muerte más atroz, como sucedió en Yucatán en 1562. La brutalidad de los religiosos llegó al máximo: casi 5.000 hombres y mujeres fueron torturados, acusados de idólatras, 6.330 fueron colgados como tormento, trasquilados, azotados y castigados también por la justicia civil; el colmo fue cuando se procedió a quemar públicamente los cadáveres, junto a los restos de 114 personas ya muertas y enterradas, que fueron exhumadas, para que **"ni siquiera su alma pudiera descansar en paz".**

Debido a esto es que los indígenas encontraron las formas de mantener sus costumbres en la clandestinidad. La **resistencia muda**, el sincretismo y el disimulo, fueron los mecanismos que se elaboraron en cada época y región. Por ejemplo, apareció la extendida costumbre de celebrar la fiesta del pueblo el mismo día que antiguamente estaba dedicado al dios de la región. Y para ello simplemente era necesario elegir un santo cualquiera que fuera festejado ese mismo día. Recordemos que la visión etnocentrista de muchos antropólogos ha hecho ver únicamente en el sincretismo los aportes indígenas al cristianismo, olvidando siempre los aportes del cristianismo a la religión original. Quizás los ejemplos más claros fueron la transformación de la Tonantzin en la Virgen de Guadalupe, y el santuario de Chalma. Y la contrapartida fue rebajar de categoría al sacerdote indígena, rebautizándolo con los epítetos de brujo y curandero.

Existen otros ejemplos: las danzas y bailes antiguos transformados en las misas con teatro, el hecho de bautizara los niños con un nombre español y otro indígena; la adoración de los santos dejando de lado a Cristo, las grandes peregrinaciones a los antiguos santuarios ahora transformados (Cholula, Chalma, Los Remedios, etc.). Hay que recordar que Sahagún estuvo abiertamente en contra de aceptar a la Virgen de Guadalupe, y de la Serna atacó duramente el que se permitiera rezar y adorar a los santos. ¡Por algo lo decían! Y acaso el máximo ejemplo haya sido el de la Cruz Parlante del Yucatán, que llevó adelante la Guerra de Castas a lo largo de casi un siglo, y que mantuvo a los mayas independientes del gobierno mexicano desde poco después de la Independencia hasta casi el inicio de la Revolución de 1910.[23]

Claro que hubo casos extremos de castigos sin que se hubiera incurrido en culpa alguna. Sin embargo, también hubo quienes defendieron a los pobladores de las aldeas indefensas. El Padre Sánchez de Aguilar narró un caso de principios del siglo XVII:

"Que el dicho fray Gregorio por mandado de vos el dicho obispo había ido a visitar los pueblos de la dicha villa, y sin culpa, y razón alguna, en todos los dichos pueblos que había llegado, había fecho muchos castigos a los gobernadores, tenientes, caciques y alguaciles mayores y menores, alcaldes y otros oficiales, por decir, que estaban amancebados, y otros porque se habían emborrachado, o bebido vino, los había metido en cárceles o cepos, y después los sacaba de ellos, y públicamente los mandaba arrimar las varas de la nuestra justicia que tenían, y les mandaba dar a cada uno con una diciplina de cuatro ramales cien azotes, que por cuenta eran cuatrocientos azotes, sin tener misericordia de los indios, les mandaba poner al cuello sartas de cuernos, y a otros emplumados con miel y plumas, y había hecho, y hacía otros muchos castigos, de que redundaba, que los pueblos de Indios se habían alborotado, y se habían querido ir a los montes, viendo los crueles castigos que el dicho fraile hacía, y porque Pedro de Medina, su defensor, le había requerido no lo hiciese, le había hecho quitar el cargo de defensor."[24]

Todo esto, por supuesto, escondía detrás un sentimiento sádico difícil de definir: fray Diego de Landa, tras quemar los códices yucatecos, dijo que "se los quemarnos todos, lo cual les causó mucha aflicción y les dio mucha pena".[25]

Y por eso fue claro cuando los informantes de Sahagún le contaron que:

"De una manera sentimos todos: que basta haber perdido, basta que nos han tomado la potencia y jurisdicción real; en lo que toca a nuestros dioses antes moriremos que dejar su servicio y adoración. Esta es nuestra determinación; haced lo que quisiéredes. Lo dicho basta en respuesta y contradicción de lo que nos habéis dicho: no tenemos más que decir, señores nuestros."[26]

Esto nunca llegó a ser aceptado por los conquistadores, quienes siguieron la guerra hasta el final. Hay que recordar que en las islas del Caribe, la población autóctona se había extinguido durante el mismo siglo de la conquista. A tal grado había sido brusca la mortandad, que a fines de siglo era necesario importar esclavos negros de Africa para levantar las cosechas. Y la de los africanos en Latinoamérica es otra larga y triste historia que aún no ha sido escrita.[27]

En ese sentido, la **Relación de Valladolid** habla de los sufrimientos de los indios que tenían que, trabajar en las construcciones para los españoles y para la iglesia en particular. Dice lo siguiente:

"Había en estas provincias a el tiempo que se conquistaron mucha suma de indios y al presente no hay la veintena parte. Principalmente la disminución que ha habido y hay al presente lo ha causado el haberlos mudado de sus asientos y natural temple y aguas con que se multiplicaban, quemándoles los pueblos y mandándolos quemar los religiosos de la Orden de San Francisco, poblándolos donde ellos querían, en lugares no tan sanos ni cómodos como en los que ellos vivían, trabajándolos los dichos religiosos en los monasterios muy suntuosos que han hecho, sin cesar hoy día de hacer y deshacer obras, las cuales, habiendo otro guardián, las deshace y hace a su modo y jamás cesan de obrar, no teniendo consideración a hacer cesar las obras en tiempo que los indios han de acudir a sus labranzas, de lo cual siempre se han quejado los naturales, porque les ha causado falta de bastimentos para el sustento de sus vidas, y así por esto como por la mudada y junta de los pueblos y castigos que, so color de la doctrina, los religiosos hacían, y otras cosas de apremio y cepos de que han usado y usan, los naturales han venido en la disminución referida y les son tan temerosos que no solamente se han huido a los montes sin más parecer, pero algunos se han muerto de puro pesar y tristeza."[28]

Durante el siglo XVII, sobre todo hacia sus postrimerías, hubo cambios notables: pasado el inicio de la conquista y tranquilizado el territorio por la fuerza, hubo quienes intentaron de diversos modos rescatar el patrimonio y la cultura perdida. Básicamente sucedieron dos cosas: los propios indígenas se levantaron contra la opresión, atacando pueblos de blancos y ladinos y tratando de mantenerse en, libertad; la otra, quizás la única que ha sido rescatada por nuestra historia tradicional, fue que algunos criollos trataron de rescatar y revalorar las antigüedades de un modo intelectual. Un caso muy interesante fue el de Carlos de Sigüenza y Góngora, sobre. quien se ha escrito una bibliografía abundante.[29] Coleccionó objetos antiguos, excavó en Teotihuacan (quizás se trate de la primera excavación **científica** realizada en un sitio arqueológico),[30] rescató de las llamas del incendio ocurrido en el Cabildo de la ciudad de México los libros del siglo anterior, escribió y polemizó con otros sabios de aquel entonces. Cumplió una ímproba tarea para revalorizar el pasado, para entenderlo, y para **aprehenderlo** para la cultura occidental. Posiblemente en su época pocos entendieron bien lo que hacía o lo que decía, e incluso se vio con cierto beneplácito el que hiciera un arco triunfal para la entrada del nuevo virrey a la ciudad, y que lo decorara con los tlatoanis de los Mexica. Un siglo antes o un siglo después hubiera sido acervamente atacado por la Inquisición.

En esos años hubo un pequeño renacer de intelectuales criollos que, bajo un naciente racionalismo, hollaron esa difícil senda. Pero fueron pocos y sus esfuerzos aislados. Habría que esperar hasta pasar 1750 para que su esfuerzo fructificara

2. Ceremonia religiosa actual en El Baúl, Guatemala, en la cual se ruega ante una escultura maya del período Posclásico: en este caso un nuevo grupo inmigrante indígena utiliza monumentos antiguos de otro pueblo (foto D S).



2.

y tomara connotaciones diferentes. En esos años se describieron por primera vez varios sitios arqueológicos que hasta entonces habían permanecido desconocidos: cuando Fray Andrés de Avendaño llegó a las ruinas de Tikal no pudo contener su asombro.[31] Yen el mismo siglo XVI los conquistadores y sacerdotes se expresaron sobre las magnificencias de la arquitectura prehispánica. El propio Torquemada escribió que "ciertamente la tierra y el reino de Yucatán dan a entender cosas más especiales, y de mayor antigüedad, por las grandes y admirables y exquisitas maneras de edificios antiquísimos y letreros de ciertos caracteres, que en otra ninguna parte".[32]

En Guatemala, y para citar únicamente un par de grandes hombres, debemos recordar a Francisco de Fuentes y Guzmán, quien en 1690 completó su **Recordación florida...,** en la cual no sólo hacía historia desde la época prehispánica, sino que también llegó a incluir los planos de tres sitios arqueológicos: Zaculeu, Uspantán e Iximché. Los planos eran más fantasiosos que reales, pero era la primera vez que alguien consideraba que un sitio de este tipo merecía, no sólo publicarse, sino también mapearse. Fray Francisco de Ximénez rescató la tradición del **Popol Vuh,** obra que sabemos es única entre los mayas, y aunque su traducción fue con cambios para adaptarlo a la mitología cristiana, no por eso tiene menos valor. Otros eruditos escribieron obras similares en importancia, mostrando asombro ante tanto esplendor y magnificencia. Pero ello no evitó que ellos mismos, es decir su **civilización,** destruyeran todo a su paso.

4. La conformación de la ideología de la conservación: la Ilustración Novohispana (1750-1822)

La segunda mitad del siglo XVIII representa en la Nueva España una época de cambio, de **ilustración,** de toma de nuevas posiciones en el marco de la política y la economía internacional. El nuevo sistema capitalista en rápido crecimiento en los países de Europa central e Inglaterra, golpeó duramente a España y su sistema colonial; las expresiones ideológicas y culturales de esta nueva forma de producir y de organizar la sociedad, influyeron directamente en la metrópoli y en sus regiones dependientes, impulsando reformas y más tarde revoluciones. En México fue la época de las críticas contra el gobierno, de la búsqueda de una nueva identidad, desnudándose las contradicciones sociales y haciéndose evidente la ineficacia del sistema español. Desde Francia se fueron introduciendo, gracias al contrabando, los libros del enciclopedismo de Diderot, de Rousseau y hasta de Montesquieu. Con las nuevas lecturas, los criollos vana asumir como las recetas de la panacea universal a los economistas ingleses. Y más tarde, la revolución en Estados Unidos y su independencia significaron la síntesis de las aspiraciones de libertad e igualdad. Las mentes selectas de la colonia observaron admiradas, aunque sin entender claramente en ciertas ocasiones, estos acontecimientos, tratando de reproducirlos, o a lo mejor, de utilizarlos como arma para enfrentar el régimen. Toda una reacción anti-sistema colonial comenzó a cundir, fermentando lo que luego serían las luchas por la independencia.

La imposición internacional, la difusión del capitalismo y la transformación interna, basados en un orden burgués y en una ideología liberal, van a impulsar en México la búsqueda de elementos que permitan reaglutinar la sociedad tradicional. La burguesía criolla necesitó tomar el poder para desarrollar el nuevo modelo universal propuesto por Europa, y luchó de mil formas hasta lograrlo. De allí que, desde sus orígenes hacia 1760 en adelante, la búsqueda de lo prehispánico y de la historia en general vendrá unida a un fenómeno ideológico: destruir la historia de la dominación española y elevar lo prehispánico a su sitial de honor. Cuauhtémoc luchó contra los españoles, y por lo tanto en lugar de un enemigo ahora es un héroe. Si Quetzalcóatl fue Santo Tomás, mejor aún —muchos trataron de probarlo en esa época—, ya que ello permitiría demostrar que los conquistadores habían destruido un pueblo ya cristianizado. Argumento terrible que de por sí solo destruía toda la justificación legal y moral elaborada durante el siglo XVI. Y quienes lo plantearon, como Lorenzo Boturini, Joaquín Borunda, Fray Servando Teresa de Mier y Ramón de Ordóñez y Aguiar, entre otros, terminaron presos, extraditados, expulsos u olvidados. Para Antonio de León y Gama, las ruinas permitían comparar el salvajismo de las guerras europeas con los sacrificios aztecas, justificando a estos últimos porque eran ofrecidos a los dioses. El cura Hidalgo levantó como arma el estandarte de la Virgen de Guadalupe, la Tonantzin, la madre de los pobres; poco antes habían encarcelado a Boturini por querer coronarla.

El rescate del pasado venía matizado de mil formas: para unos no era más que una muestra de la nueva Ilustración, al igual que los reyes de España lo habían hecho en su tierra y en Italia. Para otros, se trataba de una curiosa aventura intelectual sin consecuencias. Para otros, aún, una forma de sumergirse en un mundo prohibido durante mucho tiempo. Para los menos, una forma de rescatar un pasado lejano pero a la vez muy próximo. La historia antigua le permitió a Clavijero construir el más grande alegato de América en pos de la igualdad del hombre, destruyendo los postulados racistas de Europa. Era descubrir que la historia podía ser **utilizada;** y era a ellos a quienes les tocaba el turno de decidir cómo iba a ser usada. Por su parte, la corona también trató de apropiarse de ese pasado y de utilizarlo a su favor: envió expediciones a Palenque y más tarde organizó los viajes de Dupaix y Castañeda para reconocer el territorio, en pos de ciudades abandonadas. La Coatlicue, después de haber sido descubierta en 1790 y llevada a la Universidad, fue vuelta a enterrar de inmediato, dejando el Calendario Azteca ala vista como muestra de la cultura del virrey. A través de un

gran proyecto de Juan Bautista Muñoz, que veremos más adelante, se quiso construir una visión alternativa del pasado indígena separado del indio de la época: las ruinas habían estado abandonadas desde mucho antes de la conquista y por supuesto no eran comparables con las ruinas de los países europeos.

Durante este largo período fue común a muchos intelectuales, atribuir las ruinas a los romanos, griegos, asirios, egipcios, a las tribus perdidas de Israel, a los hijos de Noé, y sobre todo a los cartagineses. Más allá de que esto no era cierto; la ciencia de la época no veía estas analogías y atribuciones infundadas como algo metodológicamente incorrecto. Hoy quizás nos cause risa, pero vale la pena revisar la bibliografía que estudia el problema" para entender su trasfondo. Por supuesto, la posición podía extrapolarse hacia dos extremos; los que aseguraban que los sitios arqueológicos eran la historia de los indígenas que todavía vivían en la región, y los que no podían aceptar que éstos hubieran hecho nada bueno en el pasado. Es bueno recordar la acalorada polémica que existía en Europa acerca del Nuevo Mundo, sus habitantes y su geografía. A partir del naturalista Buffon se había iniciado una corriente de pensamiento que planteaba la supuesta inmadurez del continente, en que animales, plantas y hombres eran débiles, menos inteligentes, incluso impotentes, degenerados, y "que no conocían el amor", tal como lo planteó el abate Reynal. A esta corriente se plegaron grandes filósofos como Hume, Rousseau, Montesquieu y Montaigne. Por supuesto, era difícil que en Europa se pudiese llegar a aceptar la supuesta grandeza de la civilización prehispánica con tales antecedentes. Por suerte la obra de Antonello Gerbi ha permitido clarifícar esta difícil historia.[34]

Mucho es lo que se podría decir acerca de estos años complejos pero importantes para la conformación de la ideología del nacionalismo novohispano, pero a esta altura ya existe una larga bibliografía al respecto,[35] que nos evita en gran medida el trabajo de extender estas páginas. Son los años de conformación de las ideas rectoras de la conservación del patrimonio cultural de México y Centroamérica. Las exploraciones y descubrimientos en Palenque fueron manejados desde la ciudad de Guatemala, lo que unió a estos futuros países durante los primeros años del rescate del pasado prehispánico.

El despertar de la conciencia respecto al valor de las antigüedades no es un fenómeno fácil de explicar ni de entender. Hemos hablado de pioneros como Sigüenza, pero fue sin duda el caballero Lorenzo Boturini Benaducci quien levantó una ola de furor, críticas y alabanzas como pocas veces se había visto en nuestro continente. Boturini, además de su obra, fue sin duda el catalizador de esa situación, el que obligó a una toma de posición, a una polarización de las opiniones entre los ilustrados y los reaccionarios, entre los ecléticos y los indecisos. Puso el tema de los códices y las **antiguallas sobre** el tapete, e hizo tanto ruido que hasta el propio rey tuvo que intervenir. No es que él por sí solo haya creado una conciencia nueva sobre la importancia del pasado; lo que hizo fue transformarla en una posición política, en una contradicción en el sistema prevaleciente, y gracias a él se clarificó un poco quién era quién. No hubo un solo historiador, importante o mediocre, que a lo largo del siguiente siglo y medio pudiera dejar de citarlo, para bien o para mal.[36]

El italiano Boturini había arribado a la Nueva España de contrabando, con un bagaje de ideas sobre la historia bastante revolucionarias para el momento. Traía consigo la intención de escribir una obra que comprobase los planteamientos de Gianbattista Vico,[37] lo cual, de por sí, era toda una avanzada en nuestro continente. Aquí se encontró con que existía una inagotable cantera de manuscritos, códices y calendarios prehispánicos y coloniales que nadie tenía en cuenta, como no fuera para quemarlos o destruirlos. Así revisó y acumuló gran parte de la colección de Sigüenza, y luego papeles adquiridos en todos los sitios del altiplano, que recorrió incansablemente buscándolos. En los pocos años que permaneció en México —desde 1736 hasta 1746—, acumuló un verdadero **Museo Indiano**, como él lo bautizó. Paralelamente a esto, inició una cruzada religiosa para demostrar la importancia de la Virgen de Guadalupe por sobre la de los Remedios. Propuso incluso coronar a la Guadalupana, lo que hizo estallar la furia de la corona y de la Iglesia juntas. Una cosa era entrar de contrabando, otra más grave era buscar documentos antiguos paganos, pero pretender destacar la virgen de los pobres por sobre la virgen de los ricos ya era algo intolerable. Era un problema de clases sociales, y eso no podía siquiera plantearse en ese siglo. La furia del régimen se desató sobre él: fue encarcelado durante nueve meses y remitido a España, después de confiscársele toda su colección, esa que según él mismo escribió "es la única hacienda que tengo en Indias, y tan preciosa que no la trocaría por oro y plata, por diamantes y perlas"[38] Para colmo su barco fue atacado por piratas, y cuando llegó a Madrid estaba físicamente acabado.

Su juicio fue prolongado y penoso: defendido mediante el sistema de demostrar que lo que había hecho era inocente —salvo la entrada ilegal, con cuya culpa debían cargar los aduaneros—, nada malo había hecho en realidad. A la larga fue sobreseído y hasta llegó a ser nombrado Cronista de Indias (pero ya no fue más Cronista en Indias, se entiende); nunca le pagaron sus sueldos ni le devolvieron su colección. Cuando entró a prisión se dedicó a preparar un catálogo de memoria, y otros más le siguieron; pero los papeles fueron mermando hasta no quedar prácticamente nada. Gran parte fue enviada a Madrid, donde permanece en la Academia Real de la Historia. Los consultó Juan Bautista Muñoz en varias oportunidades, quien mantuvo una airada polémica con Boturini. En España, y con ayuda del escritor poblano Veytia, redactó su **Idea de una nueva historia general de la América septentrional**,[39] en la que incluyó una lista de los objetos

que poseía el ex Museo Indiano. Años más tarde publicó el primer y único tomo de su Historia antigua de América. Vivió en la miseria y envuelto en reclamaciones burocráticas a las que nunca se dio respuesta definitiva; su proyecto anhelado de crear una Academia de la Historia en la Nueva España, fue obviamente desaprobado por la corona.

En tierras americanas la colección fue perdiéndose entre la ineficacia, la estupidez y el pillaje: por entonces esos papeles ya tenían un cierto valor, y por lo tanto tenía sentido robarlos. Primero, el virrey Bucareli trasladó la colección a la Universidad, y al hacer un catálogo ya faltaban cosas. De allí sacó varios documentos el obispo Lorenzana para un libro sobre Cortés; luego el propio Veytia se llevó otras cosas para sus obras; más tarde la revisaron Antonio León y Gama,[40] el Barón von Humboldt, el Conde Waldeck y hasta Aubin, a mitad del siglo pasado. En 1778 y en 1790 la Academia de la Historia de Madrid hizo dos intentos por obtenerlos, pero no lo logró: la burocracia era más fuerte que la cultura.

Después de la obra de Boturini se levantó la gran figura de Francisco Xavier Clavijero. No sólo fue el ideólogo de las luchas que se desencadenarían años más tarde por la independencia, sino que logró darle al hombre americano su lugar en la sociedad global.[41] Clavijero fue el criollo, expulso en 1767 junto con los jesuitas, que dedicó su tiempo en Italia para escribir una obra monumental, la **Historia antigua de México**,[42] libro destinado a refutar la historia del régimen colonial y a poner en pie de igualdad al indígena y al español. Y además de todo eso, también tuvo un lugar importante en la lucha por la conservación de las antigüedades y ruinas de México. Muchísimo se ha escrito sobre su vida y obra y sobre sus polémicas con William Robertson, Cornelius de Pauw y George-Louis de Buffon, quienes desde Europa habían intentado establecer la inferioridad del hombre americano, de su tierra y de su clima. Clavijero atacó duramente esa postura racista para refutar, uno por uno, sus argumentos, demostrando la verdadera riqueza de la tierra americana: al igual que Humboldt años más tarde, asentaría que la causante de los problemas sociales y culturales del indígena era la miseria y la explotación y no un atavismo indolente por naturaleza. Pensemos que los detractores de América no eran sólo los interesados en mantener el sistema político-económico vigente, sino también los ilustrados seguidores de de Pauw, los católicos a ultranza y el enciclopedismo roussoniano del buen salvaje.

Clavijero estableció una metodología científica en la que comparó evidencias existentes con datos históricos, demostrando que las primeras historias de cronistas y clérigos no coincidían con las pruebas existentes, y por lo tanto las redujo a su común denominador: distorsión, exageración, falsificación. Los textos del siglo XVI fueron, básicamente, la justificación ideológica de la conquista, escrita por los triunfadores, con el objeto de demostrar la superstición entre los indígenas, su incapacidad de vivir en sociedad, su antropofagia y su gusto por la guerra como forma de vida. Esto lo llevó no sólo a desacreditar a los cronistas, sino también a reivindicar al indio antiguo, y después de él, al actual. Un paso que pocos podían dar.

El libro de Clavijero comienza con dos temas importantes para nosotros: una lista de fuentes documentales acerca del mundo antiguo, y una dedicatoria a la universidad solicitándole la creación de un museo de antigüedades. Lo primero nos resulta hoy de gran interés ya que nos narra las peripecias de gran cantidad de documentos, muchos de ellos ahora desaparecidos. El segundo aspecto, dada su importancia, lo transcribiremos parcialmente:

"Quiero quejarme amistosamente con V.SS . de la indolencia o descuido denuestos mayores con respecto ala historia de nuestrapatria. Ello es cierto que en ésta hubo muchos grandes hombres que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana y dejaron muchos preciosísimos escritos. Por otra parte, es cierto que antiguamente había en esa universidad un profesor de antigüedades encargado de explicar los caracteres y figuras de la pintura mexicana, cosa que era de suma importancia para decidir en los tribunales los pleitos suscitados sobre la propiedad de algún terreno o la nobleza de alguna familia indiana, y ésto es puntualmente lo que me causa pena. ¿Por qué no se conserva aquel profesor tan necesario? ¿Por qué dejan perecer unos escritos tan preciosos, y especialmente los del doctísimo S igüenza? Por faltar el profesor de antigüedades no hay actualmente quien entienda las pinturas mexicanas, y por la pérdida de los escritos, la historia de México es dificilísima, por no decir imposible. Ya pues que esta pérdida no puede repararse, al menos que no se pierda lo que nos queda. Yo espero que V.S S., que en ese reino los custodios de las ciencias, tratarán de conservar los restos de las antigüedades de nuestra patria, formando en el mismo magnífico edificio de la Universidad un no menos vital que curioso Museo en donde se recojan las estatuas antiguas que se conservan o las que se descubran en las excavaciones."[43]

Sus libros son un alegato ferviente por la conservación de lo poco que quedaba del mundo pasado. Por su carácter de expulso no podía ir más lejos: denunciar las verdaderas causas de la destrucción y plantear soluciones a ella. Sus súplicas son sinceras, y una muestra de ello es lo siguiente: "Poco tiempo hace vivía en Pátzcuaro (...) el último artífice de pluma que había quedado, y con él habrá perecido (...) este arte tan precioso (...) Consérvase algunas de esas obras en los museos de la Europa y muchos de la Nueva España, pero pocas del siglo XVI y ninguna, que yo sepa, del tiempo anterior a la conquista".[44]

Acerca de la destrucción de algunas ruinas, nos trae datos preciosos, como cuando habla de Quauhtochco diciéndonos que "de este castillo, que por falta de curiosidad y sobra de descuido, está todo cubierto de malezas, sacó un caballero de Córdova varias estatuas antiguas bien labradas para adorno de su casa", y sigue diciendo que "deseo que mis

compatriotas conserven estos pocos restos (...) ya que han dejado perder tantas (otras) cosas apreciables de la antigüedad"[45].

Sobre los códices nos dice que "si se hubieran conservado no tendríamos que desear (otras fuentes de información) para la historia de México; pero los primeros misioneros sospechando superstición en todas ellas, las persiguieron a sangre y fuego. De cuantas pudieron haber a las manos de Tezcuco, donde estaba la principal escuela de pintura (de códices), hicieron un grandísimo montón y le pegaron fuego en la plazas del mercado". [46] "De ídolos se hicieron los cimientos de la primera iglesia de México, y se cuentan de a millares las estatuas de todo género que demolieron."[47] Creo que con estos párrafos queda todo claro: desde Europa se levantó Clavijero como la figura señera que, denunciando causas y formas de destrucción, pregonó la igualdad de todos los hombres y la necesidad de conservar la cultura del pasado para hacerla vivir en el presente.

Otro de los pioneros de la ilustración mexicana fue José Antonio de Alzate y Ramírez; su vida ya ha sido estudiada con bastante cuidado, y representa el típico personaje que, desde la intelectualidad, se enfrentaba al estado Borbón.[48] Alzate, impulsor de las artes y las ciencias independientes de la metrópoli, fue uno de esos genios solitarios capaces de inventar o desarrollar cualquier cosa que se le pasara por la mente. Además fue el editor de la Gazeta,[49] cuyo papel en la difusión de las nuevas ideas fue invaluable para fines del siglo XVIII. Y entre este mar de actividades que realizó, también tocó la arqueología, visitó varios sitios y los describió con acuciosidad. El lugar que más le llamó la atención fue Xochicalco, que exploró en 1777, y cuya **Memoria** fue censurada por las autoridades, dado que hizo comparaciones poco aceptables para un clérigo de su época: si los españoles mataban seres humanos en guerras, ¿por qué había que ver despectivamente a los aztecas, que sólo sacrificaban a los dioses?[50] Regresó al sitio en 1784 para redactar un nuevo informe.

Para él la investigación arqueológica del pasado tenía una importancia crucial: "sabemos que muchos hechos históricos han sido confirmados o destruidos por virtud del hallazgo de una medalla o de una inscripción"; también dijo que "los monumentos de arquitectura de los antiguos, que permanecen pese a las injurias del tiempo, sirven de grande recurso para conocer el carácter de los que los fabricaron (...), como así también para suplir la omisión o mala fe de los historiadores". [51] Las ruinas eran una herramienta para entender la historia y para construir el futuro; eran "una obra opulenta digna de todo aprecio y no del abandono a que se han destinado". [52] Su insistencia se centraba en la necesidad de que se registraran y estudiaran estos monumentos, ya que la velocidad de destrucción era cada vez más acelerada. En Xochicalco encontró que entre uno y otro de sus viajes se habían perdido gran cantidad de piedras talladas de la pirámide de Quetzalcóatl, y que varias lápidas en relieve habían sido robadas o destruidas: "si el celo indiscreto de unos, y la codicia e ignorancia de otros, no hubiesen destruido los monumentos mexicanos, se podría colectar una grande porción de antigüedades con que averiguar el legítimo origen de los indios, sus costumbres, su legislación (...) y finalmente se haría patente el que era una nación de las más poderosas del orbe".[53] Todo esto estaba matizado con citas ala obra de Clavijero, que en esa época sólo circulaba en italiano, y de comparaciones con ruinas en Egipto, Grecia y Roma. Alzate sirvió no sólo para dar a conocer y difundir noticias a los interesados en el mundo prehispánico, sino para levantar una prédica y a la vez una polémica a su alrededor, para la conservación y estudio de esas ruinas.[54]

Otro de los jesuitas expulsos fue José Márquez, empeñoso impulsor de las artes, la estética y el conocimiento de las ruinas del pasado. Su obra es extensa y fue hecha tanto en América como durante su exilio, del que regresó en 1816. Su libro más importante fue **Dos monumentos de arquitectura mexicana: Xochicalco y Tajín**,[55] publicado en Roma en 1804. También tradujo a Antonio de León y Gama al italiano y escribió un opúsculo acerca del códice Borgia. Su íntención era demostrar la singularidad del arte prehispánico, comparándolo con el de la Europa clásica: conoció a Clavijero, estableció contactos con el mundo ilustrado de su época tanto aquí como allá, y planteó la necesidad de difundir en el Viejo Mundo las ruinas de El Tajín y Xochicalco "para satisfacer así los deseos de aquellos no pocos eruditos de la cultísima Europa". Recordemos que esos monumentos habían sido dados a conocer, el de Xochicalco en la **Gazeta** de Alzate en 1785, y El Tajín por el informe del mismo editor en 1792. Además de alabar insistentemente estos edificios, Márquez hizo un vigoroso alegato contra su constante deterioro. Por ejemplo, al hablar de Xochicalco, citando a Alzate, remarca:

"Los cinco cuerpos (...) de los que está compuesto el edificio, han sido dibujados según las relaciones de personas que hace algunos años los vieron, porque es de saberse que siendo las piedras indeteriorables por naturaleza, y por eso a propósito para los hornos de las fábricas de azúcar, los dueños de éstas las quitaron (...) sin ningún miramiento, por lo que en pocos años fueron destruidos los cuerpos superiores (...) se recuerda todavía el primer destructor, que tenía por nombre el de la Estrada."[56]

Su aporte queda así como el de otro de estos grandes ilustrados que difundieron el arte prehispánico, comparándolo con los de los clásicos griegos y latinos, en una avanzada que, por cierto, tardaría siglo y medio en aceptarse.

En el año 1790, un descubrimiento conmovió a la intelectualidad de la ciudad de México: mientras se realizaba el empedrado del Zócalo se encontraron tres enormes monolitos aztecas, impresionantes por su calidad y dimensiones. El

primero en descubrirse fue el desde esa época mal llamado Calendario Azteca; poco después vieron la luz la Coatlicue y la Piedra de Tízoc. Estas tres esculturas, más allá de lo estético o de su signifícación arqueológica, venían a corroborar la grandeza cultural de los antiguos mexicanos, y su capacidad de esculpir. Eran verdaderas obras de arte y desataron una polémica que duró un siglo. Las autoridades tuvieron que tomar partido de inmediato ya que ni podían volverse a enterrar —por lo menos públicamente—, ni podían quedar en el sitio. La decisión fue que el Calendario fuera ubicado a un lado de la Catedral, donde permaneció hasta 1900, y que las otras piezas fueran trasladadas hasta la Universidad, donde quedarían bajo la custodia de los padres dominicos. La Coatlicue fue inmediatamente vuelta a enterrar en el patio, hasta que salió por segunda vez de su entierro en 1816. Fue sólo en 1825 cuando se aceptó que fuese vista en público. Como aún hoy sucede, había quienes se alegaban el derecho de decidir qué era lo que el pueblo podía ver, y lo que no era conveniente que observasen.

En el momento en que estas piedras salieron a la vista, el Corregidor Intendente Bernardo Bonavía le escribió al virrey Revillagigedo, solicitándole lo autorizara a "perpetuar" esas piedras. Le escribió: "la considero digna de observarse por su antigüedad, por los escasos monumentos que nos quedan de aquellos tiempos, y por lo que pueda contribuir a ilustrarlos". [57] Afortunadamente el virrey también era hombre ilustrado y permitió que algo se hiciera al respecto.

De todos estos informes y cartas burocráticas el virrey decidió enviar copias a un investigador solitario y poco polémico, que era Antonio León y Gama. Era un clérigo de letras y cultura amplia, con marcado interés por su tierra, y un investigador perseverante y polifacético,[58] quien publicó en 1792 una **Descripción histórica de las dos piedras...** Para muchos fue con este libro que nació la arqueología en México:[59] está dedicado a escudriñar los misterios del calendario prehispánico y su sistema de funcionamiento, tema que preocupó a los intelectuales de la época, y a la vez a pedir la conservación de todos los monumentos aztecas y del pasado en general. Escribió que "si se hicieran excavaciones como se han hecho de propósito en Italia para hallar estatuas y fragmentos que recuerden la memoria (...) y actualmente se están haciendo en España (...) ¿cuántos monumentos históricos no se encontrarán de la antigua indiana?"[60]

Así es como en el libro se insiste en la necesidad de proteger más efectivamente las ruinas, incluso en la propia ciudad de México. Nos cuenta, respecto a los relieves de Chapultepec, que "cuando volví a ver estas peñas las hallé todas destruídas, con otras que también habían hecho pedazos para fabricar con ellas hornos al pie del cerro. ¿Cuántos monumentos de la antigüedad habrán perecido de esta misma forma?"[61]

Pero ni sus súplicas fueron oídas, ni sus ideas aceptadas: la Coatlicue, como dijimos, fue enterrada, y el Calendario permaneció a la intemperie durante más de un siglo, en que "por estar expuesta al público y sin custodia alguna, no se pudo preservar de que la gente rústica y pueril la desperfeccionase y maltratase con piedras y otros instrumentos (...) por lo que antes de que se la maltratase más, o que se le diera otro destino, como ya se pensaba, hice sacar ami vista copia exacta de ella."[62]

Y entre los personajes de la época no podemos dejar de citar a Fray Servando Teresa de Mier, conocido como héroe de la independencia de México, pero menos conocido como interesado en las antigüedades y ruinas.[63] La rápida sucesión de hechos que marcan la entrada de Fray Servando en el mundo de la Ilustración es difícil de comprender, ya que en 1792 criticaba, en un sermón público, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, se declaraba anti-indígena e instaba a sus seguidores a que prestaran obediencia al rey. En 1794, en un célebre sermón en el día de la Virgen de Guadalupe y ante los oficiales del gobierno, hizo la exégesis de Santo Tomás, quien habría predicado en América y cristianizado a los indígenas siglos antes de las llegada de los españoles. La hipótesis sustentada por Fray Servando no era nueva en lo absoluto, ya que desde el siglo XVI los sacerdotes trataron de demostrar que los indígenas sí habían recibido el cristianismo de manos de los profetas, identificando a Quetzalcóatl con el propio Cristo. Este había sido un manejo muy hábil para insertar cambios de forma, sin cambiar el fondo; una manera de apropiarse de las tradiciones indígenas, tiñéndolas de europeísmo. Pero durante el siglo XVIII, se la tomó como una verdad y fue muy estudiada y difundida por autores como José Ignacio Borunda,[64] quien estuvo en contacto con Fray Servando poco antes de su último sermón.

Con los años se transformaría en un luchador por la libertad, dejando de lado el problema de las antigüedades, aunque nunca totalmente. Siguió insistiendo en la necesidad de que se conservaran los viejos códices de S igüenza y Boturini, hablaba de Palenque (ya que conocía los papeles de Ramón de Ordóñez y Aguiar y los de Felix Cabrera), y dejó párrafos memorables:

"Al primer obispo de México se le antojó que todos los manuscritos simbólicos de los indios eran figuras mágicas, hechicerías y demonios, y se hizo un deber religioso exterminarlos por sí y por medio de los misioneros, entregando a las llamas todas las librerías de los aztecas (...) ¿Cuándo cesarán estas operaciones verdaderamente escandalosas para destruir nuestros monumentos, privarnos de los sudores de nuestros sabios e impedirnos el conocimiento de nuestras antigüedades, pretextando la religión?"[65]

Pero la persona que haría que el detonante iniciado por Boturini se transformara en una bomba, fue el infatigable Barón Alexander von Humboldt. Sus viajes por América entre 1799 y 1804, y en especial los dos últimos años que pasó en la Nueva España, significaron el momento culminante de la iluminación enciclopedista. Tal como hemos hablado de antes y después de Boturini, podemos ahora hablar de antes y después de Humboldt. La intelectualidad mexicana, a partir de la publicación del **Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent** entre 1805 y 1834[66] en treinta grandes volúmenes (en su vida llegó a publicar más de ciento, cincuenta tomos), no pudo dejar de aceptar que esa era la nueva plataforma científica para entender la realidad. Con los años, la obra de Humboldt cubrió desde la malacología hasta una interpretación total del cosmos.[67] Esa gigantesca compilación, junto con las otras obras sobre México y América, fueron la síntesis del pensamiento vigente en América y del existente en Europa acerca de América. No era el final de un camino, era la apertura hacia otra forma de ver y entender al hombre y a la naturaleza. Fue un viajero en el más amplio sentido del término: fue un ilustrado con conocimientos que le permitían observar la geología, la geografía, las antigüedades, la política y el sistema económico con la misma facilidad que la botánica o la zoología. Era también la nueva forma que tenía la burguesía en surgimiento en los países industrializados europeos, de ir apropiándose del Nuevo Mundo, de incrementar las contradicciones internas del dominio español y de buscar fuentes de materias primas para su expansión comercial.

Respecto al mundo prehispánico y al patrimonio cultural, tiene una posición extremadamente clara: una cosa son las ruinas del pasado lejano (lo prehispánico), y otra el pasado cercano (lo colonial). Lo primero, pese a ser "la infancia del arte", debía conservarse y protegerse para que el hombre "nunca más vuelva a caer en errores semejantes". La arquitectura barroca era "gótica" y por lo tanto despreciable. Lo que sí importaba era el arte precolombino, el cual era digno de figurar en sus libros con todo el arte del mundo, de igual a igual. Por supuesto, sin compararlas con las grandes obras de la actualidad: el evolucionismo estaba en pleno apogeo, y marcaba el camino directo hacia el darwinismo social. En su **Atlas** incluyó 69 láminas de grabados,[68] de las cuales 42 y media estaban dedicadas a México. De ellas, 34 y media eran antigüedades que incluían 12 láminas completas de edificios u objetos prehispánicos. Los tres ejemplos de arquitectura elegidos fueron Mitla, Xochicalco y Cholula, de los cuales en realidad sólo visitó Cholula. Nunca llegó a Teotihuacan. Mida le permitió decir que "después de haber descrito en esta obra tantos monumentos bárbaros que no ofrecen sino un interés puramente histórico, experimento cierta satisfacción en dar a conocer un edificio construido por los zapotecas (...) cubierto de ornamentos de una elegancia en extremo notable". Juntó una extensa colección de esculturas, e incluso llevó a Europa un códice que había sido de la biblioteca de Boturini. Publicó y trató de interpretar las piezas que sacó del país, y en 1803 llegó a proponer en la Academia de San Carlos que, junto con sus copias de estatuas clásicas del Vaticano, se colocara a la Coatlicue y otras esculturas antiguas.

Este extraño personaje, que hurgó en cuanto archivo y biblioteca encontró, que hizo desenterrar a la Coatlicue para observarla, se quejó amargamente al virrey del estado en que se encontraban los documentos de Sigüenza. Elogió la colección de José Antonio Pichardo y del Capitán Dupaix, y estableció algo importante para la época: dijo que para entender la historia debía recurrirse a documentos y ala excavación, y no a los indígenas de entonces, porque el pasado era algo muerto. No había que mezclar al indígena de entonces con el de ayer. Cerraba así las puertas a la etnología y ala etnohistoria. Pero no dejó de observar que la miseria del indio, su poca educación, su tendencia ala embriaguez, no eran males hereditarios de la **raza,** sino el fruto del régimen colonial de explotación y esclavitud. El Iluminismo no rescataba al indio, sino por el contrario, lo transformaba en un hecho histórico, muerto, sepultado; como mucho lo entronizaba como **buen salvaje,** a lo Rousseau, como mecanismo para enfrentarlo al absolutismo europeo.

Evidentemente la lista de personajes que hemos enumerado no es completa: muchos son los que durante esos años difíciles trabajaron a su manera por el patrimonio cultural. En 1771, el regidor José González de Castañeda redactó para el Ayuntamiento de la ciudad la **Representación humilde en favor de los naturales,** uno de los primeros alegatos contra el determinismo ambiental y el racismo y a favor de la cultura mexicana. También Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, quien había ayudado a Boturini en sus desgracias, procedió a escribir gran cantidad de libros y a Publicar códices y documentos sobre el mundo antiguo.[69] El futuro patriota centroamericano Rafael Landívar, publicó su **Rusticatio Americana**,[70] ensalzando las maravillas naturales y culturales de América. Los grandes compiladores de la Nueva España, José Eguiara y Eguren y Mariano Beristaín y Souza[71] estaban en plena campaña para publicar sus grandes bibliotecas de autores americanos. En cuanto a los objetos prehispánicos había también curiosos y aficionados que escribían y presentaban noticias. El Tajín fue descubierto y dado a conocer por un cabo, Diego Ruiz, quien se encontraba en Veracruz destruyendo sembradíos de tabaco; en 1785 llevó una pequeña nota a la **Gazeta de México que** causó hondo impacto. En 1768 ya habían sido redactados los oscuros textos de Borunda sobre los jeroglíficos aztecas, y en 1768 vieron la luz las primeras noticias en México sobre el descubrimiento de las ruinas de Herculano.

Otro caso fue el de Antonio de Ulloa, quien en 1777 llegó ala Nueva España con un cuestionario cuyo objetivo era hacer un censo general de todo el territorio. En dicho cuestionario se había incluido un artículo que rezaba así: "Las antigüedades dan luz sobre lo que fueron los países en los tiempos más remotos (...) con este motivo se procura investigar lo conducente a su averiguación, dando noticia de los vestigios que permanezcan".[72] Para ello se pedía a todos aquellos

que contestaran el cuestionario que dieran informes sobre ruinas, utensilios, ropas antiguas, cercas, muros, entierros, adoratorios, casas, etc. Era todo esto parte del gran impulso que el tema había tomado y cuyas implicaciones eran verdaderamente serias.

En Guatemala el proceso fue similar, aunque no tan impulsivo. Recordemos que en 1822 el hondureño José Cecilio Valle había escrito que "el estudio más digno de un americano es la América". 7[3] Podemos recordar que en 1796 se había fundado allí la primera Academia que difundió el conocimiento de las Bellas Artes, lo mismo que su antecesora en México, la Academia de San Carlos. En 1811 se fundó la de El Salvador por iniciativa de Miguel Rivera Maestre, quien jugará un papel destacado años más tarde. Y desde 1804 el insigne Juan José Rosales restauraba pinturas coloniales en Guatemala, tema que aún espera ser estudiado.[74]

Pero la Ilustración no era homogénea: en ella se debatían las contradicciones de la nueva clase social en ascenso, y de los modelos políticos que se postulaban. Por un lado, se hallaban los criollos que pugnaban por la independencia o, por lo menos en ese entonces, por darle mayor alcance a una situación que se estaba polarizando día a día. En el otro extremo estaba la Ilustración española y la reaccionaria de las colonias. Los virreyes, como Revillagigedo, también habían estado en favor de la cultura, pero la Ilustración borbónica estaba al servicio del régimen, que la modificaba adecuándola a la nueva realidad económica internacional, pero que en el fondo no alteraba la estructura social. Ejemplo de ello fue Juan Bautista Muñoz, el Cronista Real y encargado de la Academia Real de la Historia de Madrid.

Muñoz fue un verdadero sabio de su época, compilador de toda información que pudiese obtenerse. Viajó incansablemente por España buscando archivos y datos para una gran Historia que nunca llegó a completar;[75] mantuvo correspondencia con muchos americanos que sabían de antigüedades, mandó explorar Palenque en forma concienzuda varias veces; pidió y se hizo llevar a España muestras de los objetos arqueológicos descubiertos en Palenque,[76] y pidió insistentemente que se le enviaran los documentos de Boturini, lo que nunca logró. Fue también el creador del Archivo de Indias de Sevilla. Pero además de todo esto, no le dio a lo prehispánico más que un papel de referencia menor en su obra inconclusa. Lo indígena había existido; las ruinas de Palenque, Copán y Uxmal estaban allí, pero no invalidaba a la conquista como medio de dominación absoluta, puesto que las ruinas ya estaban abandonadas antes de la llegada de los españoles a América.

Y como él, había en la Nueva España muchos otros que pensaban de la misma forma. Por ejemplo, cuando al padre Vicente Rosa de Saldívar le solicitaron en 1792 que hiciera un nuevo censo de los manoseados papeles de Boturini, escribió:

"No encontré ninguno que pueda servir para la Historia General. Pues ni informan de las cosas antiguas (...) de los indios, ni los acontecimientos después que don Hernando Cortés conquistó estas tierras y predicó la fe. Todos sus lienzos y letreros en lengua mexicana, símbolos y jeroglíficos (...) son demasiado confusos, y los que se perciben no presentan nada (...) que no se halle de mejor modo y con más claras explicaciones en las historias del padre Fray Juan de Torquemada."[77]

Los casos de este tipo, además de los que podemos llamar eclécticos e indecisos, son numerosos. Recordemos por ejemplo al obispo de Chiapas, Núñez de la Vega, quien a principios del siglo XVIII quemó una gran cantidad de códices, documentos y estatuas, pero que por otro lado conservó uno, el discutido libro de las **Probanzas de Votán**, y escribió su libro,[78] aclarándonos que si bien le daba a los códices su verdadero valor, no por eso debían quedar a la vista de los indígenas.

Durante el siglo XVIII hubo una ciudad prehispánica que más aún que las ya conocidas —Teotihuacan, Uxmal, Xochicalco, Tajín—, causó asombro y estupor: fue Palenque, la historia de cuyo descubrimiento ya ha sido detalladamente estudiada.[79] De todas formas, quisiéramos analizarla desde nuestro punto de vista, tratando de ubicar su exploración oficial en el marco de la situación política general de la Capitanía de Guatemala, a la que pertenecía: las ruinas de Palenque fueron conocidas por los pobladores de la región desde siempre, quienes las denominaban con el nombre indefinido de Casas de Piedra. Fue hacia 1765 cuando el cura de la región, don Antonio de Solís, tuvo noticias de ellas y las visitó con sus familiares, pero debido a su temprana muerte la noticia no trascendió demasiado. Afortunadamente, dos de sus familiares, Ramón de Ordóñez y Aguiar y José de la Fuente Coronado, tuvieron referencias de ellas desde pequeños, y gracias a su educación cuidadosa les dieron la importancia que merecían. El primero de ellos dedicará su vida al tema; el segundo será el primer visitante al sitio con carácter de **ilustrado.** Eso sucedía hacia 1770. Después de la visita de este solitario viajero, llegó al lugar una expedición formal organizada por el Alcalde de Ciudad Real, Esteban Gutiérrez de la Torre, su ayudante y varias personas más, entre ellas el otro sobrino de Antonio de Solís, José de Ordóñez y Aguiar, hermano del citado anteriormente. Las cosas que se hicieron durante este viaje de carácter oficial causaron deterioros lamentables en el Palacio. El gran túnel que sale de los Subterráneos, al igual que el pozo en la parte superior de éstos, fueron hechos por los miembros de la expedición en 1773:

"Movido por ésto, su Teniente General en la Alcaldía, don Esteban Gutiérrez, se dejó ir para allá, mandó desmontar un gran pedazo, y en una bóveda con picos y barretas, abrió un hoyo, y por él se decolgaron muchas personas dentro de una sala que medida tenía de 60 varas de largo, aunque el ancho no correspondía, y en ella no había otra cosa que unas mesa, o camas de piedra, y lajas de una pieza con sus pies de la misma piedra labrada, y su alto de una vara poco más, a menos. Era don Esteban mozo de valor y esfuerzo, y sin embargo de las ansias que tuvo de ver todo aquello, me aseguró que a poco rato de estar en la sala se le infundió un terror pánico, sin embargo de no haber conocido jamás el miedo, no veía la hora de salir de allí; habiendo observado que golpeando el pavimento con su bastón, sonaba a hueco abajo, y él receló se hundiera todo."[80]

Este grupo de peculiares exploradores difundió la noticia por todo el territorio, creando expectativas y haciendo que otros se interesaran en el asunto. Por desgracia, en 1776 tuvo lugar un violento terremoto en la capital, por lo que ésta fue abandonada para fundarse la nueva capital de la Capitanía General de Guatemala.

En este lapso de tiempo, Ramón de Ordóñez y Aguiar recibió información gracias a su hermano, y hacia 1773 o 1774 envió una carta al Presidente de la Audiencia, don José de Estachería, pidiéndole que procediera a realizar exploraciones oficiales —encabezadas por él mismo— y describiéndole las ruinas y su importancia. Estachería recibió a través del propio José la carta, pero ésta llegó en momento inoportuno, ya que el traslado de la ciudad obligaba a postergar cualquier iniciativa que en ese momento hubiera podido tomarse. Pero en 1784, Estachería decidió enviar un oficio al alcalde del pueblo de Palenque, un tal José Antonio Calderón, para que él procediera a explorar las ruinas. Poco después, Calderón le contestó con un detallado informe acompañado de dibujos muy sencillos. Quiero destacar la alta calidad de este trabajo, que muestra no sólo la cultura del alcalde sino también la excelente interpretación que hizo de las ruinas. Dice en su informe que era necesario entender las ruinas meditadamente y con seriedad, "no con agigantadas voces que preponderen aún más allá de lo que es en sí la cosa". Comentó que intentó buscar información enre los indígenas de la región y que no pudo obtener nada, ni con halagos ni "con amenaza". Lo único "que puedo asegurar, señor ilustre, es que la obra es suntuosísima, aunque sí tosca en su fábrica, y por lo tanto de gran firmeza". Continuó diciendo que lo que más le llamó la atención fueron los relieves de estuco y piedra "que están todas esculpidas, con mucho primor, en las paredes de los palacios de piedra".[81]

El informe enviado por Calderón contribuyó aún más a interesar al gobierno. Estachería decidió entonces escribir a Madrid pidiendo autorización para enviar a un especialista que realice un trabajo más completo y detallado, y que incluso haga una "excavación". Para esta empresa, que en realidad se llevó a cabo antes de recibirse la respuesta de la corte,, se eligió al Arquitecto Real de Guatemala, Antonio Bernasconi. Este recibió, en 1785, una larga serie de instrucciones muy precisas de cómo realizar la investigación, que debía incluir la confección de planos y vistas de Palenque. Estas instrucciones tuvieron una acuciosidad poco común en la época, como por ejemplo cuando dicen que debía "averiguar el orden, que a su Arquitectura señalan las noticias históricas de dicha facultad; esto es propias de qué nación y tiempo fueron las reglas con que se dirigió, por si fuere inferible, como acaso podrá ser esta circunstancia de la extensión de las piezas de los palacios, su altura, torres, bóvedas subterráneas, escudos, estatuas, adornos y partes en que están colocados."[82]

El trabajo de Bernasconi, hecho sin demasiado entusiasmo, fue no por eso menos valioso, en particular por sus magníficos dibujos, que nunca fueron bien publicados.[83] La respuesta viajó de inmediato a España, donde Juan Bautista Muñoz tomó cartas en el asunto, para en 1786 realizar un análisis comparativo de los dos informes, a los que agregó alguna que otra información conocida en la época acerca de Copán y otros sitios, desarrollando la primera visión comparativa de los mayas antiguos. Su perspectiva teórica era, obviamente, la de reducir la importancia del descubrimiento, pero no por eso deja de ser una conclusión genial a lo que se sabía en la época a través de los ojos de la corona:

"Para este fin conduce el presente descubrimiento, tanto más apreciable cuando menos frecuentes son hoy dichos estigios de semejantes antiguallas. Estas, aunque imperfectas y groseras, y en nada comparables a las obras de Europa prueban claramente que los pobladores antiguos de aquellos países eran superiores en saber y cultura a los del tiempo de la conquista. El informe del arquitecto desvaneció las magníficas esperanzas que hizo concebir el entusiasmo de las primeras noticias. Por él se ha reducido la cosa a términos razonables."[84]

La conclusión de Muñoz fue salomónica: era necesario enviar una nueva expedición, más organizada y prolongada que las anteriores. Para ello se comisionó a un militar, Antonio del Río, hombre ilustrado y con experiencia en viajes por la selva. Recibió sus instrucciones en 1786 y partió a principios del año siguiente, para permanecer un tiempo entre las ruinas, y hacer junto con su compañero Guillermo Almendáriz, dibujos y planos esquemáticos de los edificios. Realizó en el sitio algunas pocas excavaciones, las que exageró en su informe posterior, y retiró fragmentos de esculturas, glifos, relieves y piedras de construcción para enviar a Europa.[85] Si bien, como dijimos, no era un intelectual de profesión, era culto en el amplio sentido de la palabra, lo que le permitió buscar toda la información disponible para que su respuesta a Estachería, y por su intermedio a Muñoz, fuera digna de crédito. Y así lo fue, y algunos de los párrafos de su escrito son dignos de repetir, como cuando dice que los antiguos pobladores del lugar "habían disfrutado de una vida quieta, una felicidad más sólida, que la que nos presenta hoy día el lujo reconcentrado de las más cultas y grandes poblaciones."[86]

Asimismo, arriba a conclusiones poco frecuentes para el momento: que Palenque había sido construida por los propios indígenas; que su antigüedad era mayor de lo pensado ya que las ruinas habían pasado desapercibidas a los primeros conquistadores; y que tenían grandes similitudes con las yucatecas, con las de Copón. Tenemos así ante nosotros una primera interpretación del mundo maya.

Con la llegada a España de los objetos remitidos por del Río, poco más se hizo, ya que para fin de siglo los problemas políticos y económicos entre ese país y el resto de Europa, al igual que las convulsiones internas que ya habían comenzado, paralizaron cualquier intento. En 1806 se haría una nueva expedición, encomendada a Guillermo Dupaix y que más adelante analizaremos en detalle. Pero mientras tanto en la región ocurrieron novedades: las noticias acerca de Palenque ya se habían difundido por Guatemala y México, y aparecieron notas y comentarios como la sucinta descripción incluida en 1798-1799 en la Noticia Topográfica de la Intendencia de Chiapas[87] entre otras. En 1811 se publicó por primera vez un grabado de un relieve de estuco del Palacio, dado a conocer por Humboldt —aunque lo atribuyó aun sitio indeterminado de Oaxaca—, junto con los primeros textos difundidos sobre Palenque, dados a conocer por Fray Domingo Juarros en 1808.[88]

Mientras estas noticias cobraban vuelo, Ramón de Ordóñez no se había quedado quieto. Tras varias agrias cartas a Estachería, en las que se quejaba de no haber recibido los créditos merecidos respecto a las ruinas —las que nunca había visitado—, decidió escribir un libro sobre el tema. Para ello se unió a Paul Félix Cabrera, italiano de nacimiento, unión que terminó en un sonado pleito judicial por la tenencia de un libro extraño llamado Las Probanzas de Votán.[89] El resultado fue que Ordóñez escribió un largo, árido pero sustancioso libro, que quedó inédito por su muerte," en el cual incluía completo el Popol Vuh, que había descubierto entre los papeles antiguos de fray Francisco de Ximenez. Por otro lado, Félix Cabrera envió a Londres una copia del informe del Capitán del Río y los dibujos de Ricardo Almendáriz, los que publicó en 1822 junto con una introducción suya titulada Teatro crítico americano,[91] que hoy es una joya bibliográfica. Los grabados fueron realizados por el Conde Waldeck, quien gracias a eso comenzó a interesarse en nuestro continente, al que le dedicaría más tarde sus esfuerzos y pesares.

En los inicios del siguiente siglo, el gobierno virreinal decidió organizar una serie de expediciones oficiales para investigar un poco más esta cuestión de las ruinas y antigüedades. La Ilustración novohispana ayudó a que esto se hiciera realidad en breve lapso, además de que la burocracia del régimen había sido bombardeada durante treinta años por la Academia Real de la Historia para que regresara a España los códices y papeles de Boturini, lo que nunca hizo. Es así como se decidió que el Capitán Guillermo Dupaix, coleccionista y desde hacía tiempo entusiasta del tema, fuera nombrado director de esa expedición en 1804.[92] Este había viajado por su Europa natal, conocía Grecia y Roma, y tenía fama de ilustrado; ya había estado en Teotihuacan y El Tajín por su propia cuenta, y su colección de antigüedades había sido visitada y alabada por Humboldt. Por otra parte era un militar adicto a la corona, y que no presentaba riesgos de ninguna índole al gobierno. Para acompañarlo se designó a Luciano Castañeda, dibujante de la Academia; un secretario y varios soldados completaron la expedición. Dupaix organizó cuatro largos recorridos por México: dos más cortos y un tercero hasta Palenque, pasando por Ocosingo para ver Toniná; el cuarto, que debió suspenderse, se iba a comenzar en 1810, y Teotihuacan iba a ser su centro. El estallido de la guerra revolucionaria suspendió el proyecto e imposibilitó la publicación de los textos y dibujos, los cuales fueron celosamente guardados por Castañeda por muchos años, junto con varias copias que pasaron a los archivos oficiales. Fue para 1836 que la primera edición apareció en Londres,[93] seguida muy poco después por otra en París.

El informe de Dupaix, que debe ser entendido como provisional ya que nunca pudo terminar su trabajo, fue un verdadero modelo para su época: minucioso, detallado, racional, sin fantasías o imaginación de ninguna clase. Da gran importancia ala destrucción a que los edificios estaban expuestos. Cada petroglifo, relieve u objeto visto fue detalladamente dibujado y descrito. Sus dibujos de Mitla y Palenque son insuperables, e incluso son extraordinarias obras del arte decimonónico de México. No retiró de su lugar ni se llevó a México ningún objeto, y únicamente tomó una pequeña lápida de Palenque, como recuerdo de viaje y para demostrar la habilidad de su ayudante. Otro aspecto a destacar es la visión que tuvo del arte prehispánico, dándole idéntico valor a lo europeo y a lo americano. Decía que Mitla era un ejemplo de obra de arquitectura y mosaico superior a cualquier otra del mundo. Asimismo, planteó que existían variantes regionales en el arte y que podían agruparse los objetos zapotecas por su diferencia con los mayas o los del Valle de México, haciendo así una primera distribución geográfico-cultural de los objetos del arte antiguo. Con los años, la publicación de estos viajes fue una herramienta formidable en todo el mundo para los estudiosos: ahora sí tenían cortes, vistas y planos de gran exactitud —la mayor que podía lograrse en ese momento— de varios sitios de México, incluida la por entonces subyugante ciudad de Palenque. Era un verdadero paso adelante en el conocimiento de lo prehispánico.

La Ilustración fue la que nos legó lo que hoy conocemos como conservación del patrimonio cultural y, más aún, la carga ideológica que aún conlleva: el patrimonio está compuesto por cosas del pasado, muertas y acabadas, que nosotros necesitamos rescatar, poner en valor, restaurar, para que la sociedad pueda utilizarlas. En todo el proceso se desvinculó al indígena, al verdadero pueblo, de la tenencia y goce de esa cultura, para transformarla en un fenómeno netamente

intelectual. Si una comunidad indígena mantiene en su poder un códice o un documento del siglo XVI, esto es incorrecto y debemos ser nosotros quienes se los quitemos para guardarlo en un museo o, peor aún, en un archivo de acceso restringido. No es que esto sea incorrecto de por sí, sino por lo que implica en cuanto a definir a un grupo de personas como las más capaces de decidir, estudiar y proponer un uso para la cultura de todos. Por supuesto no podemos criticar a la generación de la Ilustración por ello, y sí debemos tener en claro que fueron quienes lograron concebir la idea del patrimonio e iniciar su protección.

5. La conservación patrimonial en el Liberalismo temprano (1825-1850)

El comienzo de las luchas por la independencia, tanto en México como en toda América Latina, destruyó —o suspendió por lo menos— los proyectos culturales de la dominación española tardía, al igual que los de los ilustrados criollos. Los problemas políticos con los que la generación de 1810-1830 se tuvo que enfrentar, hizo que salvo raras excepciones, sus buenas intenciones para rescatar el. pasado y su patrimonio se vieran frustradas. Y pasaron muchos años hasta que los nuevos estados pudieron elaborar proyectos de cierta envergadura. Pero no fue todo negativo: en 1825 se fundó en México el primer Museo Nacional por iniciativa de Isidro Icaza e Isidro Gondra, quienes dedicaron sus vidas a la institución.[94] Si bien el museo era pequeño y heredó la antigua colección que poseían los religiosos en la Universidad, constituyó un paso importante y necesario: a partir de 1827 comenzaron a hacerse las primeras publicaciones del Museo.[95] En 1829, Carlos María Bustamante --eminente polígrafo y discutido historiador— hizo la primera edición de Sahagún, iniciando así la tradición de publicara los grandes cronistas de México; más tarde publicó a León y Gama. Pero apenas inaugurado el nuevo Museo, llegaron las inevitables polémicas; para algunos era bueno, para otros era malo, y para otros aún podía ser mejor. En la mitad del siglo pasado se publicaron artículos de este tipo, de los cuales queremos reproducir algunos párrafos interesantes. Por ejemplo, Icaza y Gondra explicaron el evento en el anuncio del primer libro:

"La curiosidad universal por las antigüedades mexicanas se ha aumentado mucho en todo el mundo después que los heroicos esfuerzos de la nación la colocaron en el rango que le corresponde. Ellas solas pueden conducimos a conocer un pueblo cuya historia envolvieron en tinieblas casi impenetrables la ignorancia y el fanatismo. Pero el celoso e ilustrado gobierno de la República no podía dejarlas sepultadas en el olvido en que yacían en nuestro suelo, mientras las solicitaban con ansia las naciones cultas de Europa, y habiendo concebido el proyecto de formar en la capital de la federación un Museo en que ocupasen el primer lugar, ha reunido en poquísimo tiempo, y va siempre aumentando la apreciable colección?"[96]

Párrafos más adelante dice que:

"Debe respetarse el sistema y orden de la naturaleza, y no confundir sus producciones, sino colocar sistemada y simétricamente la de cada ramo, lo animal con lo animal, lo mineral con lo mineral, y lo vegetal con lo vegetal; pues si se compone un estante con un idolito, un perico disecado, una cristalización, una yerba, un muñeco, un pajarito de cera, una conchita, etc., ya el tal estante no es de Gabinete, sino que le vendrá más bien el nombre de escaparate, aquellos con que adornaban sus asistencias nuestras abuelas en tiempos de antaño."

La contraparte más fuerte fue escrita en 1827 bajo el seudónimo de Rosa Isídica:

"Vi grupos de gente que subían a una sala de arriba; pregunté qué había allí y me dijeron que el Museo. Esta respuesta me alegró y determinó a dirigirme a él, persuadida de que encontraría un embeleso igual al de la estatua. En el momento que puse los pies en este establecimiento, me ocuparon objetos de lástima, de vergüenza y de risa, porque vi obras de mérito degradadas, unidas a cosas miserables y ridículas con colocación y tono de importancia. Pero lo que más me aturdió fue ver el baturrillo y mezcla con que están interpoladas las piezas de Museo con las de los tres reinos de la Historia Natural, y otras inconexas a todo."[97]

Otra Otra viajera de la época, la marquesa Calderón de la Barca, también escribió sobre el Museo, diciendo que allí "debido a la falta de orden y de una clasificación de las antigüedades, y el modo en que yacen amontonadas en los diferentes

salones de la Universidad, no parecen a la primera vista dignas de llamar mucho la atención, pero que suben de mérito cuanto más se las conoce."[98]

Y para marcar aún más los aspectos negativos, el viajero Brantz Mayer, que recorrió el país en 1841 escribiendo varios libros, publicó párrafos desgarradores:

"De las paredes de esta sala del museo cuelgan antiguas pinturas indias que representan episodios de la historia de México, genealogías de monarcas, cómputos de tiempo, planos de la ciudad (...) Lamento decir que muchas de ellas no son sino copias, pues los originales se llevaron a Inglaterra poco después de consumada la independencia, y no han vuelto a traerlos. Quizás vale más que estén allí que no en México, donde las reliquias de la antigüedad no despiertan la curiosidad (...) A excepción de don Carlos Bustamante, no conozco a nadie que estos últimos años haya dedicado ni siquiera una hora a estos interesantes estudios; y el director del Museo, don Isidro Gondra, se halla tan ocupado (...) que se contenta con abrir las puertas de estos salones en días fijos y sentarse a fumar tranquilamente su cigarro en un rincón, mientras las señoras, los caballeros holgazanes y los léperos van curioseando de caja en caja (...) Y si les preguntamos qué significan esas formas y figuras, qué representa tal o cual ídolo, recibiremos la eterna respuesta mexicana ¡ ¿quién sabe?!' "[99]

Pero esto no es tan sencillo como los textos transmiten: la verdad es que a partir de 1810 y siguiendo el proceso de la Ilustración anterior, el pasado prehispánico fue retomado como un hecho ideológico-político durante las guerras de la independencia —Morelos e Hidalgo para el caso— como un hecho vivo y real del indígena mexicano. Significaba a su vez una continuidad y un cambio profundo con los treinta años anteriores, en los cuales el indio participó por vez primera en la politica nacional. Pero este proceso se cerró hacia 1830, tras Bustamante y las obras de Lucas Alamán para el nuevo Museo. Después, tanto conservadores como liberales volverán a separarse del indígena, y más aún de lo arqueológico, desinteresándose hasta la llegada del nuevo Romanticismo europeo. Por eso las prédicas de Edward Muhlenpfordt para salvar las ruinas de Mitla en 1827 y más tarde en 1835, cayeron en el vacío, a tal grado que su álbum completo de planos y dibujos, un verdadero relevamiento arquitectónico, debió esperar para su publicación definitiva nada menos que hasta 1984. Lo mismo con muchos de los cortos escritos de Karl Nebel y sus dibujos —éstos sí se publicaron varias veces— hechos entre 1829 y 1834.

En 1833 se dio un paso hacia adelante con la fundación de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, cuya comisión organizadora estuvo formada por un grupo de entusiastas de prestigio: Luciano Castañeda, el Conde de la Cortina y Joaquín Velázquez de León.[100] Los miembros correspondientes fueron Marcos Esparza, Humboldt y Arago. Esa sociedad jugó un papel importante a lo largo de todo el siglo, hasta que fue eclipsada por las instituciones oficiales pos-porfiristas. Entretanto, publicó sus **Boletines,** organizó congresos, publicó cartas geográficas y redactó la más completa legislación patrimonial del siglo.[101]

En 1824 la Coatlicue fue finalmente desenterrada del patio de la Universidad. Este monolito, descubierto en 1790, había sido enterrado de inmediato para ser sacado sólo en dos oportunidades: una vez por Humboldt y en 1823 para que William Bullock sacara un molde. Al año siguiente se decidió dejarla definitivamente a la vista: ¡consideraron al pueblo maduro para verla! También se lograron expedir algunas leyes mínimas para evitar el saqueo, que se estaba transformando en un verdadero flagelo. En 1827, el artículo 41 de la nueva ley del **Arancel de aduanas marítimas y fronterizas** prohibía la exportación de piezas arqueológicas.[102] En 1835 un decreto del ejecutivo insistía en que se cumpliese esa ley, ya que el cónsul mexicano en Burdeos acababa de hacer una denuncia sobre ciertos cajones de antigüedades que habían arribado a Francia en esos días.[103] Otro caso digno de mencionar y que se había mantenido casi ignorado hasta ahora, es el decreto de 1833 del gobierno de Zacatecas, reafirmando la propiedad nacional de los sitios arqueológicos, la necesidad de formar un museo del estado, y el financiamiento por parte del ejecutivo estatal para hacer trabajos de excavación. Recordemos que en ese mismo año se trató de hacer un recorrido y estudio de todos los edificios arqueológicos de la zona.[104] En 1831 se había fundado el primer museo de Oaxaca.

El período que estamos estudiando se caracterizó por la larga serie de viajeros extranjeros que recorrieron el país, con objetivos diversos y a veces no del todo claros, y que fueron quienes publicaron y difundieron en el exterior las maravillas del mundo prehispánico. Misioneros, políticos, aventureros, comerciantes, militares, mineros, especuladores, pintores y embajadores que se aventuraron con el típico espíritu del romanticismo, cruzando países, selvas y pantanos. Sus intereses fueron diversos, pero resultaron ser la expresión final de la expansión del capitalismo en México y Centroamérica. Fueron el nuevo mecanismo para integrar América Latina a la comunidad occidental, para conocer sus verdaderas riquezas —que tanto había alabado Humboldt— y definir así el papel que debería jugar en el concierto mundial.

Uno de los primeros en visitar y recorrer México yen difundir en Europa las antigüedades que lo asombraron fue William Bullock, a través de la exposición que realizó en Londres en 1824. Este viajero autodidacta, ya estaba interesado en realizar exposiciones populares de **arte primitivo** desde que en 1812 había inaugurado su Egyptian Hall; una gran sala

3. Vista de la primera exposición en Londres de escultura azteca, organizada por William Bullock en 1824; fue el detonante para que muchos viajeros iniciaran sus visitas hasta esas regiones en busca de antigüedades y ruinas exóticas (Archivo del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México).



5. Uno de los magníficos grabados de Frederick C atherwood, quien junto a John L. Stephens difundieron en el mundo la importancia de los mayas y sus grandes ciudades (ídem).

3 .

4.

de exposiciones con su decorado en pseudo estilo faraónico. El salón fue una gran atracción para la clase media inglesa que se asomaba sedienta de información a ese mundo fantástico. Bullock organizó en 1824 una exposición acerca de México con los muchos objetoslllevados tras sus seis meses de estadía en esas tierras, y publicó un libro que tuvo varias ediciones.[105] En México había tenido contactos con Lucas Alamán —quien le había facilitado códices y documentos valiosos, los que devolvió al país—, y también se llevó muchos objetos precolombinos y moldes de grandes esculturas, que formaron más tarde la base de las colecciones sobre México del British Museum. La importancia del evento estuvo en el impacto causado al mostrar la Coatlicue y otras esculturas, que impresionaron a varios futuros viajeros y exploradores de América. Recordemos que los intelectuales europeos tenían muy contadas oportunidades de ver personalmente objetos prehispánicos, y Bullock contribuyó a despertar inquietudes y a mostrarle al mundo que lo prehispánico era un arte digno de ser apreciado.

Otro de los personajes notables de la época fue Juan Galindo. Muy poco se sabe de él, salvo por unos pocos artículos publicados desde hace poco que presentan una interesante imagen de este pionero.[106] Político, militar, arqueólogo en ciernes, nacionalista destacado y escritor en los ratos libres, vivió en Guatemala desde 1827, año en que llegó de Europa. Llegó a ser gobernador del Petén, desarrolló una compleja investigación sobre las posibilidades económicas de la región, y recorrió ampliamente la selva; remontó el Usumascinta y llegó a Palenque en 1831. De la visita a Palenque publicó notas que ya mostraban un viajero interesado pero desconocedor de la bibliografía sobre el tema, hasta tal punto que se proclamó el descubridor del sitio. Llegó a publicar algunas noticias en París y Londres, y mandó a Europa una serie de glifos de estuco, parte de los cuales aún se conservan.[107] Poco tiempo después visitó Copán, donde también recogió objetos y escribió artículos que fueron publicados en varias revistas del mundo.[108] A ese sitio llegó por accidente, ya que cuando el presidente Mariano Gálvez mandó ‑realizar una gran prospección en búsqueda de antigüedades, Manuel Jomona, quien debía ira Copán, sintió temor por la epidemia que allí existía y se destinó a Galindo en su lugar; el tercero del grupo fue el ya experimentado Miguel Rivera y Maestre. Realizaron un plano y dibujos interesantes, y lo que se podría considerar un estudio de patrones de asentamiento, al recorrer intensamente los alrededores del sitio. En 1831 había hecho un corto informe sobre las ruinas de Topoxté.

Lo más importante de este hombre no fue su labor en los sitios mismos, sino su insistente nacionalismo, por cuanto trataba siempre de destacar la importancia que para Guatemala tenía lo prehispánico en lo que tenía que ver con fundar las bases de su propia independencia política y cultural. Su tema central era que las culturas de América eran en realidad la cuna de la civilización mundial, y que ésta caminó desde el occidente hacia el oriente, siendo Egipto el final del curso de la civilización. Un verdadero manifiesto nacionalista y latinoamericano, sin bases científicas por supuesto, pero de gran impacto en su momento. Su intención era mostrarle a Europa **el glorioso pasado**, y para ello escribía a las sociedades científicas de la época que lo recibieron con no poco beneplácito. Incluso envió copias de los dibujos de Bernasconi sobre Palenque junto con vasijas de cerámica y otros documentos. El gobierno de Guatemala, viendo las capacidades de este hombre que también había trabajado en geografía, lenguas indígenas y botánica, le dio una concesión de 100.000 acres de tierra en el Petén para que las desarrollase, ya que esa era la única forma de presionar al gobierno inglés de Belice. Recordemos que los lacandones se entregaron oficialmente a Galindo, y en su nombre al gobierno central del país, en 1832; fue éste el último grupo maya que se rindió en la historia. Tal como Galindo lo dijera, su labor consistió en lograr que "la historia antigua de América comenzara ahora a ser considerada y escrita con toda seriedad". Sus seguidores, Stephens y Squier, destacaron su labor con total honestidad.

En cuanto a publicaciones, el trabajo más importante en esos años fue el de Lord Kingsborough realizado entre 1831 y 1848, titulado **Antiquities of Mexico**,[109] en nueve volúmenes de enorme tamaño y una calidad editorial jamás superada. Incluía crónicas, los viajes de Dupaix y Castañeda—publicados por primera vez—, códices y todo documento o material existente sobre el tema. Con el tiempo, se transformaron en joyas bibliográficas de tal valor, que en México sólo hay tres colecciones completas. Asimismo, la edición de Henry Baradére del mismo Dupaix, en un volumen más modesto, fue de gran importancia[110] por la difusión que le dio a este texto. Para que quede claro que este proceso no se dio en forma aislada en México, hay que decir que también en Guatemala hubieron intentos similares como el del presidente liberal Mariano Gálvez,[111] quien le dio importancia a los sitios prehispánicos de su país al formar el Atlas Guatemalteco[112] de 1832. Para ello, comisionó al ya citado Miguel Rivera y Maestre, un conocido científico autodidacta de la época, para que levantara mapas detallados de Mixco Viejo, Utatlán e Iximché, y más tarde de San Martín Jilotepeque. Rivera y Maestre colaboró poco más tarde con John Lloyd Stephens, de la misma forma como lo había hecho antes con Galindo.[113]

Pero seguramente el más notorio de todos los viajeros y el que mayor impacto causó en el mundo, fue John Lloyd Stephens —embajador de Estados Unidos ante Centroamérica—, con su compañero Frederick Catherwood, un arquitecto inglés. Sus dos viajes, uno de Nicaragua a México y el otro a través del Yucatán, causaron estupor entre el mundo ilustrado, y sus libros se transformaron en los **best-seller** de la arqueología del siglo pasado.[114] Aún hoy son leídos en las muchas ediciones existentes por jóvenes del mundo entero, con emoción y deleite. Los libros escritos por Stephens, amenos, directos y estrictamente apegados a la realidad en cuanto a lo arqueológico, fueron magistralmente ilustrados por Catherwood. Debido a ello son imprescindibles para tener una idea acerca de la visión que en la primera mitad del siglo

pasado se tuvo del patrimonio. Por lo general, la actitud de Stephens fue de asombro ante la majestuosidad de lo que estaba viendo, y de sorpresa al ver la poca importancia que se le daba; y fue vanguardista al proponer que el nivel cultural de los mayas era similar al de los pueblos clásicos de Europa. Frente al Palacio del Gobernador de Uxmal, escribió: "Si estuviesen en estos días sobre su espléndida terraza artificial en Hyde Park o en el Jardín de las Tullerías, formarían un nuevo orden,yo no diré que igual, pero no indigno de permanecer lado a lado con las reliquias del arte egipcio, griego y romano."[115]

Pero mucho más asombro les causaba la desidia de las autoridades, la poca importancia que, salvo excepciones, le daban a las ruinas los ladinos y los habitantes de las ciudades. Respecto a Utatlán, transcribió una noticia dada por el cura de Santa Cruz Quiché, en la que éste le refirió:

"Que treinta años antes, cuando él lo vió por primera vez, el palacio estaba completo hasta el jardín. El estaba entonces recién llegado de los palacios de España, y dijo que le parecía como si se encontrase otra vez en ellos. Poco después de su arribo fue hallada una pequeña imagen de oro y remitida a Saravia, presidente de Guatemala, quien mandó de la capital en busca del tesoro escondido. En este registro destruyeron el palacio; los indios, excitados por la destrucción de su antigua capital, se lev antaron y amenazaron con matar a los trabajadores a menos que salieran de la región; y ano sor por ésto, dijo el cura, todas las piedras habrían sido arrasadas hasta el suelo."[116]

Por supuesto, su mente no podía aceptar que las maravillas del pasado estuvieran abandonadas. Trató de comprar las ruinas de Palenque, como anteriormente había querido comprar las de Copán, y en ambos intentos fracasó por distintas razones. En el Templo de las Inscripciones trabajó arduamente para limpiar un tablero jeroglífico de las estalactitas que lo cubrían, aún sabiendo que poco después de retirarse volvería a ser cubierto por la humedad y los hongos. Trasladó a New York un dintel de madera y una piedra esculpida, que luego pasaron a manos de un excéntrico millonario. Para él eso no era robar o saquear el patrimonio; era simplemente rescatarlo para mostrarlo en los Estados Unidos, donde había —según él— un marcado interés por este tipo de objetos antiguos. El mismo explicó acerca de Palenque, cuáles eran sus sentimientos:

"Lo que teníamos frente a nuestros ojos era grandioso, raro y muy interesante. Aquí se hallaban los restos de un pueblo adelantado, culto y singular, que había pasado por todas las etapas correspondientes al levantamiento y decadencia de las naciones; llegado a su edad de oro, perecido, y hoy enteramente ignorado. Los eslabones que lo unieron ala familia humana estaban rotos y perdidos, y éstos eran los únicos recuerdos de su paso sobre la tierra. Nosotros vivimos en el derruido palacio de sus reyes; subimos a sus desolados templos y caídos altares; y por dondequiera que nos movimos notamos las evidencias de su buen gusto, de su pericia en las artes, de su opulencia y de su poderío. En medio de la desolación y de la ruina volvimos la mirada hacia el pasado, despejamos la sombría selva y nos imaginamos cada edificio perfecto, con sus terrazas y pirámides, con sus ornamentos esculpidos y pintados, grandiosos, sublimes e imponentes, y dominando una inmensa llanura habitada; hiciemos volver a la vida al extraño pueblo que nos contemplaba con tristeza desde los muros; nos lo imaginamos, en fantásticos vestidos y adornados con penachos de plumas, subiendo las terrazas del palacio por las gradas que conducen a los templos; y a menudo nos imaginamos una escena de única y esplendorosa belleza, y magnificencia, dando vida a las creaciones de los poetas orientales, el verdadero punto que la fantasía podría haber elegido para el Happy Valley de Rasselas. En el romance de la historia del mundo, jamás me impresionó nada más fuertemente que el espectáculo de ésta en un tiempo grande y hermosa ciudad trastornada, desolada y perdida; descubierta por casualidad, cubierta de árboles por millas en derredor, y sin ningún nombre para distinguirla. Aparte de todo lo demás, ella era un doliente testigo de las mudanzas del mundo.'" [117]

Otro gran personaje de ese entonces fue Jean Frederick Maximilien, conde de Waldeck, quien recorrió como explorador y dibujante gran cantidad de sitios prehispánicos.[118] Su vida es excepcional, y representa estupendamente a ese grupo de excéntricos personajes que poblaron el siglo pasado. Inició su primer viaje a Palenque a los 66 años, escribió su primer libro a los 99, y a los 128 mantenía airosas polémicas con periodistas. Falleció a los 129 de un ataque cardíaco, según se cuenta, mientras admiraba a las damas que paseaban por un parque. Un aspecto interesante fue su increíble mitomanía: además de ser un conde falso, o por lo menos nunca pudo probar que lo fuera, él decía haber viajado con Napoleón a Egipto, con de Vaillant a Africa, que había frecuentado a María Antonieta, luchado en la Revolución Francesa y estudiado, entre otros, con J. L. David. Nada de esto ha podido ser comprobado pese a los trabajos ya realizados al efecto. Casi todos sus trabajos, escritos y dibujos se conservan inéditos en la Colección Edward E. Ayer de la Biblioteca Newberry de Chicago.[119] Su relación con la arquitectura prehispánica, al parecer, nació en Londres, donde participó junto a su amigo Berthoud en la publicación de los manuscritos inéditos del Capitán Antonio del Río, redactados en 1787, quien había sido uno de los primeros viajeros que arribaron a Palenque y la describieron. Entre ambos publicaron el libro con los dibujos de Ricardo Almendáriz, gracias a lo cual el mundo occidental conoció por primera vez las grandes ruinas de la cultura maya. Con anterioridad, sólo Humboldt había incluido un relieve de Palenque en su libro (1813) que le había facilitado su amigo Cervantes, pero la indicación era que correspondía a Oaxaca.

Un segundo paso en su vida fue ira México en 1825, como ingeniero de minas especializado en hidráulica, trasladándose a Tlalpujahua. De esa época se conserva su diario, publicado recientemente, donde habla de los problemas que tenía y, por cierto, con bastante desprecio por los indígenas.[120] Poco después se trasladó a la ciudad de México donde hizo de

todo: desde escenografías para teatro hasta trabajos de actor y dibujante. Fue así como descubrió los dibujos originales de Luciano Castañeda, compañero de Guillermo Dupaix, quienes en 1807 habían recorrido parte de las ruinas mayas. En 1829 se dio a conocer en México las bases de un gran concurso auspiciado por la Sociedad de Geografía de París, solicitando un libro acerca de las ruinas del Yucatán y otras regiones de México. Este fue ganado siete años después por Waldeck. Este impulso inicial lo llevó a conseguir apoyo del gobierno para emprender su viaje, el que logró en 1831. Al año siguiente, y contando con 65 años de edad, salió para adentrarse en la selva camino a las fantasmales pirámides de Palenque. Allí vivió dos años seguidos en una cabaña bajo una pirámide. Parte de su viaje lo hizo en compañía de otro francés, Francisco Fondriat, con quien había fundado antes de salir, una Sociedad sobre las Antigüedades de Palenque, Petén y Chiapas. Su estadía en Palenque fue fructífera en aventuras y trabajo, escribió mucho, levantó planos, y en especial hizo docenas de dibujos con esa típica tónica francesa del Primer Imperio, mezcla de clasicismo y romanticismo que sólo él supo dar.

Algo importante de recordar son sus mil peripecias para impedir que un gran tablero en relieve fuera trasladado a Estados Unidos, al igual que otros objetos saqueados aunque, como buen representante de su época, no vaciló en destruir algunos relieves y enviar a París y Londres piezas arqueológicas. A partir de 1833 obtuvo el apoyo de Lord Kingsborough, quien en 1834 publicó los trabajos de Dupaix y Castañeda descubiertos por Waldeck años antes. En ese año debió emprender el regreso terriblemente enfermo de gonorrea. Tras él llegaron muchos otros al lugar, e incluso se iniciaron nuevos trabajos más sistemáticos y científicos. A su regreso emprendió diferentes tareas, las que incluyeron el ser médico durante una peste de cólera morbo. Pero no se quedaría tranquilo, ya que en los finales de ese año salió nuevamente de viaje hacia el Yucatán. Allí realizó el primer estudio serio de Uxmal, pero en 1836 tuvo dificultades y acusaciones de las autoridades (algunas infundadas, otras no), y decidió volver a Francia. Arribó a París en 1838 a los 90 años y comenzó a trabajar en su primer libro: **Voyage Pittoresque et Archéologique dans la Province d'Yucatan,** que causó sensación en Europa. Pero esto duró poco. En 1841 S tephens publicó su primer libro que incluía los dibujos de Frederick Catherwood, que superaban en calidad y exactitud a los de Waldeck. Y para colmo de males, en 1863 Désiré Charnay publicó las primeras fotos verdaderas de Palenque. Los grabados del conde no sólo fueron discutidos, sino hasta despreciados por su gran romanticismo. Al año siguiente, Waldeck decidió realizar su obra más ambiciosa: la **Enciclopedia Arqueológica Americana,** la que fue terminada pero aún permanece inédita. En 1866 salió a la luz otro libro, incluido en la obra de Brasseur de Bourbourg **Monuments Anciennes...** aunque al parecer sin la autorización de Waldeck. Su vida siguió siendo productiva incluso después de haber cumplido los cien años: se sabe que expuso acuarelas en 1869 y que en 1874 le declaró a un periodista que "había entrado en un estado de petrificación" gracias a lo cual no se moriría nunca, a causa de haber vivido tanto tiempo entre ruinas arqueológicas; murió pocos meses después, a los 129 años. Más allá de lo anecdótico, es el final de una generación romántica cuyo romanticismo debe ser entendido como una crítica al antiguo régimen, y cuya propuesta era la de la modernidad europea, con todo lo que ésta signifícaba en lo cultural, en lo económico y en lo político.

6. La investigación científica del patrimonio: sus orígenes y contradicciones (1850-1885)

Para 1850 México había cambiado considerablemente. Los viajeros que en la primera mitad del siglo habían abierto los caminos y habían dado a conocer el patrimonio de México y de toda América Latina, ya habían cumplido su cometido; la situación política seguía difícil e inestable, y la concepción de la historia y de la realidad que se había impuesto mostraba que la ruta a seguir era otra. El impacto que había causado el nuevo positivismo de Comte como forma de entender el pasado, impulsado y difundido por Gabino Barreda en México, había abierto una puerta importante en cuanto a la metodología de la investigación. La llegada de las ideas de Darwin un poco después también sería importante para la configuración de una nueva concepción del pasado; y el Imperio de Maximiliano de Austria posibilitaría la primera oportunidad de desarrollar proyectos de investigación arqueológica fínanciados por el estado. Veremos en las páginas siguientes este proceso, que continuó hasta 1885, época en la cual encontraremos ya los síntomas de un nuevo cambio: el nacimiento de la arqueología científica y de la restauración en México.

Uno de los más importantes sucesos de estos años fue la llegada de Maximiliano de Austria al poder. Este debe entenderse con alguna claridad, ya que si bien fue un episodio nefasto en la historia de México, significó por otro lado un cambio en la arqueología, en la historia y en la conservación del patrimonio. La historia es contradictoria, y éste es un excelente ejemplo de ello: lo que queremos destacar es que entre 1864 y 1867, la gran fuerza que tuvo el estado permitió plantear, posiblemente por primera vez en el país, un gran proyecto cultural, a gran escala y a largo plazo. Los plazos no pudieron cumplirse, pero los frutos de tanto trabajo no pueden negarse. En 1864, y por iniciativa surgida alrededor de Napoleón III en París, se propuso la creación de una Comisión Científica que viajara a México para apuntalar la política cultural del Imperio en estas tierras. Para ello se formó un grupo amplio de investigadores, fotógrafos, artistas y sesudos eruditos de la época, organizados en subcomisiones encargadas de tópicos específicos y con muy precisas instrucciones para trabajar en el campo. El grupo encargado de los temas de historia, lingüística y arqueología estuvo formado por el Abate Brasseur de Bourbourg —de quien hablaremos extensamente—, Adrien de Longperier y A. Mauric. Pero en otros grupos figuraban otros interesados en ruinas y antigüedades, que con los años publicarían valiosos trabajos, como por ejemplo A. de Quatrefages, el coronel D'Outrelaine, el Barón Gros, J. A. Aubin y como colaboradores, Rémi Siméon y E. Guillemin-Tarayre.[121] El impacto que produjo en México la llegada de estos investigadores y el trabajo realizado, fue sólo comparable al causado por Humboldt a principios del siglo XIX. Incluso se llegó a hacer un pabellón imitando la pirámide de Xochicalco en París, en 1867, y a tamaño natural. Fue la puerta grande por la cual el arte prehispánico entró al mundo occidental. Si Napoleón I había llevado a Europa las antigüedades egipcias, Napoleón III haría lo propio con los mayas y aztecas. En dicho pabellón, Brasseur expuso su último descubrimiento: el códice Trocortesiano.[122]

Otro hecho importante fue el decreto emitido para trasladar a un nuevo local al Museo Nacional, que se instaló en el antiguo edificio de la calle Moneda, donde funcionó hasta 1964. El traslado de las grandes esculturas que luego formarían el Salón de los Monolitos comenzó en 1867, y se continuó a lo largo de diez años, aunque su inauguración se hizo sólo en 1887. En 1865 se publicaron los tres primeros volúmenes de los Archives,[123] colección que más tarde quedó trunca; incluía artículos de los miembros de la Comisión y de otros colaboradores de México. Los temas abarcaban prácticamente todo lo imaginable, desde supuestas traducciones de los jeroglíficos hasta excelentes descripciones de sitios arqueológicos; desde planos muy bien trazados hasta malabarismos lingüísticos según los cuales mayas y chinos estaban emparentados. No era posible pedir más a estos científicos de mitad de siglo, quienes debían luchar, además de contra las condiciones poco propicias para la arqueología, con sus propios prejuicios y eso sin contar con la desaprobación de

una gran parte de la población, en especial de los grupos liberales. De todas formas, echar un vistazo hoy en día a la producción bibliográfica de estos pioneros, es verdaderamente asombroso.[124]

Pero la relación de Francia con América era aún más compleja, ya que otros sucesos se estaban dando en esos años en París: la Société d'Anthropologie de París había sido fundada en 1859, incluyendo a varios miembros de América Latina. Yen 1862 se habían redactado y publicado las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México,[125] que fueron metódicas y claras en todo, especialmente el apéndice sobre las formas de comportamiento social del antropólogo ante los indígenas, preparado por el Abate Brasseur. Se había fundado la Société Américaine de France, que incluía entre sus miembros a Aubin, el célebre coleccionista de libros y códices, a Brasseur y a Leon de Rosny, quien publicara varios estudios sobre México.[126] Establecieron un premio de 25.000 francos —una verdadera fortuna en la época—, para quien pudiera encontrar la clave para el desciframiento de los jeroglíficos mayas, y el premio fue ganado por el Conde Waldeck con su primer libro. En 1858 la sociedad publicaba la **Révue Orientale et Américaine** de la que salieron ocho volúmenes, y luego los **Archives de la Société Américaine de France**, que sumaron diez tomos. En 1893 se inició otra serie, los **Archives du Comité d'Archéologie Américaine**, después de lo cual la sociedad dejó de existir.

Entretanto, en 1874, se había propuesto la realización de un Congreso de Americanistas, idea que se transformó en precursora de los célebres congresos que aún se siguen celebrando cada tres años. El primero fue en Nancy, donde se presentaron cuarenta trabajos y se publicaron dos tomos. Curiosamente, la lista de participantes estaba compuesta por maestros de escuela, abogados, políticos y farmacéuticos, que conformaban la mayoría de los asistentes, con sólo unos pocos especialistas en la materia, y se discutió sobre la Atlántida y otros temas en boga de la época. Pero lo destacable es que se estableció un congreso que, desde entonces hasta nuestros días, es el foro más importante para la difusión de la investigación sobre nuestra cultura latinoamericana.[127] Para 1861, Víctor Hugo incluía a Palenque en la introducción de su célebre obra **Los Miserables.**[128] En 1851 se publicó en el Museo del Louvre el primer catálogo de una colección americana en exposición, escrita por Adrien de Longpérier.

En 1864 se produjo un hecho memorable para México: dentro de las actividades organizadas por Maximiliano, se decretó la creación de la Comisión Científica de Pachuca, cuya misión era realizar la cartografía de la nueva unidad política del Valle de México. Estuvo formada por geógrafos, topógrafos e ingenieros de prestigio en el país, y fue dirigida por Ramón Almaraz. Poco tiempo después entraron en la Comisión Antonio García Cubas y Francisco Jiménez, dos de los intelectuales de mayor valía de México, ambos interesados por la arqueología, al igual que el propio Almaraz.[129] A fines de 1864 se trasladaron a Teotihuacan donde se hicieron varios trabajos: un plano con teodolito de todo el sitio incluyendo un corte longitudinal, la delimitación astronómica del sitio y sus principales ruinas, y varias observaciones y excavaciones menores. Entre las primeras caben destacarse las notas de Almaraz sobre la destrucción del sitio y de un edificio circular del que más adelante volveremos a hablar; asimismo, Almaraz fue el primero en notar los estratos de tipo geológico que presentaban los montículos.[130] Propuso para su estudio que "sería preciso destruir con sumo cuidado algunos tlateles para estudiar su conformación y contenido; atravesar de un lado al otro las pirámides, y formar planos de las capas componentes y de los muros que marcan las habitaciones."[131] Cuando él mismo procedió a excavar un pequeño montículo, lo hizo mediante dos grandes calas transversales. Se diría que fue el precursor en México del moderno método estratigráfico. Lo importante de esa misión en Teotihuacan, fue que por primera vez se hicieron trabajos científicos en un sitio en ruinas. Ya no se trataba de aficionados o amantes del arte antiguo; eran profesionales que intervenían con los mejores métodos a su alcance. La memoria publicada sigue siendo aún un modelo de la ciencia del siglo XIX. Con los años, García Cubas volvería a trabajar intensamente en Teotihuacan, y si no hubiese sido por los conflictos que tenía con Leopoldo Batres, su contribución en forma de libro hubiera sido sin duda considerable. Exploró la Pirámide de la Luna y volvió a analizar la orientación de las pirámides, pero esta vez después de despejarlas parcialmente y tomar las medidas sobre los muros originales y no sobre el escombro (como había hecho Jiménez), corrigiendo el plano del sitio. Pero esto fue tiempo después, hacia 1895.

Y de todos los personajes de la época, el más notable fue Charles Etienne Brasseur de Bourbourg. Llegó por primera vez a América en 1849, y desde entonces y hasta su muerte, ocurrida en 1872, publicó docenas de libros y artículos, recorrió incansablemente todos los sitios imaginables de Guatemala y México, y realizó una labor ímproba. Formó una biblioteca de varios miles de libros y manuscritos que llevó a Francia, incluyendo textos como el **Popol Vuh** y otros códices. Recordemos que en esa época no había ninguna ley que se lo prohibiera.[132] Entre sus logros está el descubrimiento del códice Chimalpopoca, del códice Trocortesiano, la difusión del **Popol Vuh**, la redacción del Rabinal Achí, la traducción y publicación de Diego de Landa, la redacción de un complejo diccionario maya y la edición de los Archives de la Comisión Científica francesa. Entretanto hizo otros libros de varios tomos cada uno, los que muestran la erudición y el amplio conocimento de la región que tuvo el abate. Vivió, durante los años que pasó en Guatemala, en dos pequeños pueblos inhóspitos y alejados de los centros de la cultura de la época, aprovechando para aprender las lenguas indígenas y buscar información. Para escribir el Rabinal Achí pasó doce días continuos encerrado con su anciano informante y la traductora al español, copiando palabra por palabra lo que éste le relataba de la antiquísima obra de teatro de sus antepasados. Y así se salvó —aunque luego haya salido del país— gran parte de la antigua cultura oral. El **Popol Vuh**

había estado guardado en una biblioteca por casi un siglo hasta que lo publicó Brasseur, traducido primero al francés y luego al español. Recordemos que Ordóñez y Aguiar lo había querido publicar antes, pero no lo había logrado, y Karl Scherzer, el médico a quien los ingleses le habían solicitado que llevara a Londres las estelas de Copán, lo daba a conocer al mismo tiempo.[133] En sus libros podemos ver la actitud de afecto —y no de paternalismo— que tenía para con el indígena. Asimismo respetaba el pasado y las ruinas. Una vez, un niño le dijo que no lo quería llevar a las ruinas de Guiengola (que había estudiado Estrada en esos años), porque

"en todas partes dicen que los norteamericanos son herejes que molestan a los muertos en *sus* tumbas. Los muertos deben tener reposo donde se les ha puesto. Yo no tenía nada en contra de un razonamiento tan justo. Desde la expedición del mayor Barnard diversas excursiones habían tenido lugar en Guiengola y en otras localidades históricas. Los túmulos fueron abiertos: de uno se sacaron osamentas, de los otros, ídolos y vasos de todo tamaño, que habían sido llevados a los Estados Unidos y a México. Ahora bien, los viajeros que han visitado estas regiones saben con qué respeto celoso los indios guardan los antiguos edificios y los sepulcros de sus padres, con qué admirable discreción ocultan a las miradas profanas del extranjero la entrada a las grutas donde están depositados los restos de sus príncipes. Se concibe, entonces, cómo debían ver nuestras excursiones al Guiengola o a otra parte." [134]

Otro de los viajeros que llegó a México en estos años fue Désiré Charnay, quien además de sus viajes por México y Guatemala recorrió Oriente y otras apartadas regiones del globo.[135] Sus dos recorridos por los sitios arqueológicos el primero en 1857 y el segundo en 1880— fueron de gran impacto en Europa, ya que los dos primeros libros que escribió circularon profusamente. Además, a diferencia de sus antecesores, Charnay fue el primero en publicar fotografías de las ruinas, puesto que las tomadas con anterioridad a él nunca llegaron a publicarse. Por otra parte, su verdadero motivo para viajar a México había sido que, en el primer caso, formaba parte de una misión educativa francesa, y en el segundo, lo enviaba un excéntrico millonario norteamericano llamado Lorillard,[136] pero una vez en México pasó a formar parte de la Comisión Científica Francesa. Lorillard gastó 25.000 dólares de su época en esos trabajos, y envió copias de monumentos al Trocadero de París y a la Smithsonian Institution de Washington.

Su aporte a la conservación es prácticamente nulo, ya que los edificios que excavó en Tula y Teotihuacan quedaron a la intemperie después de descombrarlos, y pronto se destruyeron. Asimismo, los dos grandes cementerios que excavó y que le redituaron centenares de objetos, no sólo no se publicaron completos sino que las piezas salieron del país en su gran mayoría. Lo que sí tiene de importante es que difundió por el mundo sus libros de viajero conocedor, que excavó en dos sitios arqueológicos importantes, y mostró que la única forma de saber cosas del pasado era mediante la excavación, y no solamente por medio de la lectura de cronistas. Por otra parte, quizás de casualidad, los dos montículos que exploró fueron de tipo habitacional y no grandes pirámides, arrojando información que durante muchos años fue la única que hubo disponible. El primero de sus libros estuvo prologado por E. Viollet-le-Duc, el famoso restaurador francés, quien si bien no aprovechó la ocasión para hablar de su especialidad, sí hizo un largo discurso acerca de la arquitectura, el que da una buena visión de lo absurdo de la concepción que algunos llegaron a tener durante el siglo XIX en Europa.[137]

Y así como Brasseur fue el gran personaje durante casi medio siglo, Auguste Le Plongeon también difundió, polemizó y excavó en varios sitios prehispánicos entre 1873 y el fin de siglo. Y si bien la obra de este francés fue más importante para el patrimonio que la de Brasseur, sufrió un cambio paulatino de arqueólogo serio a fantasioso anacrónico. Le Plongeon y su esposa llegaron a México desde California, donde él había viajado como ingeniero y donde se especializó en técnicas fotográficas. Ya había prestado gran atención ala historia y había conseguido el apoyo de Stephen Salisbury Jr., quien al igual que su padre prestaba interés a lo prehispánico, asociando a Le Plongeon con sus actividades en teosofía.[138] Gracias a ese apoyo económico, Le Plongeon viajó a Uxmal, donde excavó, levantó detallados planos y tomó docenas de fotografías de gran calidad. Poco después se trasladó a Chichén-Itzá, en esa época zona de guerra, y allí estuvo en dos oportunidades, en 1875/6 y más tarde en 1883/4. También realizó más de cuatrocientos moldes de monumentos que se distribuyeron por Estados Unidos y Francia.[139] Hasta quiso hacer una reproducción de un templo de Chichén-Itzá en el Central Park de New York.

Su método de trabajo fue detallado y minucioso, y la excavación de la Plataforma de Venus en 1883 puede considerarse como el primer trabajo estratigráfico realizado en la región maya.[140] En 1875 había excavado la llamada Plataforma de las Aguilas, donde a 7 metros de profundidad hizo un hallazgo sorprendente: un Chac-Mool, varios objetos de obsidiana y una gran cantidad de cabezas de serpientes con cuernos, de perfecta conservación.[141] El hallazgo de esta figura, a la que Le Plongeon dio un significado esotérico, hizo que la trasladara con esfuerzos increíbles a través de la selva hacia Progreso, para luego llevarla a la Exposición Internacional que iba a celebrarse en Filadelfia. Por lo menos esa era su idea; pero el gobernador informó a Le Plongeon que eso no era posible ya que la pieza era propiedad de la nación, lo que provocó airadas protestas del investigador. Tuvo que dejar la escultura abandonada hasta que el presidente Lerdo de Tejada, a quien le escribió un interesante documenta'" le enviara su respuesta. Como era de esperar la contestación fue lacónica *y* **muy** clara, y aseveraba los derechos patrimoniales del país. El gobernador Protasio Guerra envió un grupo

a rescatar la figura y trasladarla a Izamal primero y luego a Mérida, donde fue recibida triunfalmente con discursos, desfiles escolares de las fuerzas vivas y poemas laudatorios. El encargado de los festejos fue Juan Peón Contreras, que en ese entonces era responsable del Museo Yucateco. El punto fue que todo esto se hizo aprovechando un viaje de Le Plongeon a Cozumel, y cuando regresó se encontró con el hecho consumado. El resultado fue que cambió el gobernador, y el entonces recién designado Agustín del Río creyó que sería conveniente trasladar la pieza al Museo Nacional en México. Desafortunadamente durante varios años permaneció abandonada en un baldío, donde los niños la usaban para jugar y arrojar piedras. Casi al final de su gobierno logró llevarla a México, donde aún permanece. Lo importante de esta historia, dejando de lado el rescate de un Chac-Mool, fue la situación creada entre un particular que se adjudicaba —y no sin cierta lógica— derechos de propiedad sobre un objeto prehispánico descubierto por él, con su esfuerzo y dinero, y el estado, que sin haber hecho nada tenía de por sí la verdadera propiedad. Un caso interesante, que muestra lo complejo que eran estos problemas en su momento.

Le Plongeon, además de iniciar un método científico moderno en la excavación, escribió frases que tuvieron un gran impacto, como por ejemplo cuando dijo que "la historia necesita hechos, y esos hechos, pruebas. Esas pruebas no pueden ser halladas en las pocas obras de viajeros que han visto muy ala ligera los monumentos (...) y dieron descripciones más o menos acertadas por sus prejuicios personales (...) Las costumbres y logros de todos los tipos de naciones en el continente occidental, antes de que fuera América, deben ser estudiados frente a los monumentos que ellos dejaron."[143]

La historia ya no debía ser hecha simplemente en base a los cronistas de dudoso juicio, sino con los propios objetos descubiertos en excavaciones. El problema fue que con los años, lo que había comenzado como un simple juego teórico de relacionar a los mayas con la Atlántida, la masonería, los griegos, egipcios y fenicios, terminó en un maremagnum sin sentido donde se mezclaba todo, y de donde salía una lectura de códigos e inscripciones que sólo él entendía. Publicó libros y más libros en los cuales terminó atacando a Rosny, Charency y Brinton.[144] Para fin de siglo Le Plongeon era sólo un excéntrico a quien nadie tornaba en serio; posiblemente fue por ello que su aporte metodológico a la arqueología pasó totalmente desapercibido.

En el curso de esos años fueron apareciendo alegatos sistemáticos a favor de la conservación de los sitios arqueológicos. Si bien por lo general son los grupos liberales los que más van a presionar por ello, como la ya citada Sociedad de Geografía y Estadística, desde todos lados había escritos y conferencias sobre el particular. Como ejemplo tenemos una ponencia presentada por Bartolomé Ballesteros, amateur en el tema, quien dijo las siguientes palabras sobre las ruinas de Ranas:

"Las paredes han desafiado a los siglos, pues hemos visto encinas robustas nacidas en el centro de un edificio que después de su dilatada vida han caído sobre su propio tronco que apenas conserva tamaño para poderlo reconocer. De *sus* cenizas han nacido otras que con sus sombras ayudan ala conservación de aquellos monumentos que dan testimonio de la lucha constante de la pobre humanidad contra su propio destino."[145]

Afortunadamente, como él decía, esas ruinas eran casi totalmente desconocidas, a diferencia de las de La Quemada que " se conservarán sólo cuando otra generación menos negligente que la nuestra, pueda encargarse de su exploración, examen y conservación."[146] Brillantes palabras en verdad. Pero no se quedaba allí, y hacía una proposición para que la Sociedad tomara cartas en la destrucción de La Quemada, nombrando socios a personas relacionadas con las ruinas y de esa manera obligarlos moralmente a cuidarlas y protegerlas.

Durante la segunda mitad del siglo pasado, con el auge conservacionista se dieron también los primeros pasos legales. Ya hemos visto que desde la Independencia se habían impuesto una serie de cláusulas que impedían la salida de piezas arqueológicas al extranjero, salvo contadas excepciones. Si bien era una ley difícil de hacer cumplir, por lo menos existía. Para 1864, el propio Maximiliano de Austria tomó cartas en el asunto y envió un decreto al Comisario Imperial en Mérida, recordándole la prohibición de exportar antigüedades de ningún tipo y, muy especialmente, que se abstuvieran de hacer excavaciones en monumentos antiguos "ni que se toquen aún con el pretexto de repararlos". En 1861 hubo una parca ley emitida por Benito Juárez en la cual se estipulaba que las antigüedades eran nacionales y su competencia quedaba bajo la autoridad de la Secretaría de Instrucción Pública.[147] Existe otro proyecto de ley que hasta ahora ha pasado inadvertido para los historiadores del aspecto legal de la conservación, redactado en 1862 por José Fernando Ramírez, José Guadalupe Romero y José Urbano Fonseca.[148] Este intento, que no llegó a concretarse, es el resultado de los empeños del propio Romero, quien en 1859 había presentado ante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística una alocución tendiente a que la Sociedad elevara el proyecto al gobierno. En 1860 nuevamente se la intentó materializar, pero aún en 1862 no se lo había logrado, momento en el cual, por lo que sabemos, se publicó como proyecto.[149] Tanto en la primeras consideraciones como luego en las de la ley, se hacía un recuento histórico demostrando que la propiedad de lo que yacía bajo tierra había sido de la corona y que en aquel momento era propiedad del estado. Y si bien los particulares que hallaran objetos —no monumentos— eran sus propietarios, el estado podía comprárselos al precio que fijaran los peritos. La intención que los impulsaba era evitar lo que estaba sucediendo:

5. Fotografía tomada por Teobert M aler a inicios del siglo de las ruinas de Tikal, tras un corte de vegetación y los árboles que las cubren: significaba mostrar con alta calidad fotográfica las maravillas que aún se encerraban bajo la vegetación tropical (Tozzer Library, Harvard University, Cambridge).



5.

"Los monumentos de nuestras antigüedades mexicanas que antes presentaban un campo tan vasto a las investigaciones, hoy yacen truncos y mutilados por la ignorancia de los dueños de los terrenos donde existen, por el abandono de las autoridades y por la codicia o amor ala ciencia de muchos extranjeros que han enriquecido con nuestros despojos los museos de las naciones europeas. México, tan rico en monumentos arqueológicos, ha sufrido una devastación tan espantosa que carece ya de innumerables objetos de importancia decisiva para esclarecer los hechos, las costumbres y tradiciones".[150]

El proyecto tenía consideraciones dignas de ser destacadas: contaba con una definición muy amplia de los objetos a conservarse, tanto muebles como inmuebles, que ocupaba casi dos hojas de simple enumeración, y que abarcaba desde las pirámides hasta las monedas del siglo XVI, desde cuadros coloniales hasta instrumentos musicales, mostrando la amplitud de criterio de quienes la redactaron. Asimismo se encargaba la custodia del patrimonio al sistema municipal que, aparte de cuidar, debía prohibir las excavaciones, y tendría a su cargo la ejecución de las "obras de reparo que necesiten (los monumentos), sin deformarlos".[151] Háyase o no aprobado la ley, fue un intento loable para la protección del patrimonio cultural, tanto prehispánico como colonial, que nos muestra que por lo menos no faltaron personas bien intencionadas y con visión de futuro. A fines de 1860, ese mismo grupo publicó un **Dictamen sobre los inconvenientes de mudar los nombres geográficos** de pueblos y zonas geográficas del país, con el objeto de mantener la identidad de cada región y de cada grupo étnico. Con el tiempo, se vio que hubiese sido deseable que tal cosa hubiera llegado a transformarse en ley.[152] Ya prácticamente poco queda de la antigua toponimia americana.

Al parecer en los años siguientes se redactaron numerosos decretos relativos al patrimonio, los que aún no han sido totalmente estudiados; y tal vez no todos hayan sido descubiertos entre el maremagnum legislativo del siglo pasado. Podemos recordar que en 1868 el Ejecutivo envió una comunicación al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública en la que decía que "perteneciendo al Gobierno Federal, en virtud de una ley vigente, las antigüedades que se encuentren en toda la República, de las cuales deben conservarse las que fuere posible en el Museo Nacional, el Presidente de la República cree de su deber dictar las providencias necesarias a fin de que las nuevamente descubiertas en una población subterránea, situada cerca del pueblo de Tulyahualco, no sean exploradas por individuos particulares que quieran aprovecharse de ellas".[153] Y poco después, en 1877 se volvía a recalcar esto, cuando el mismo ejecutivo publicó una circular en la cual se prohibía la enajenación de terrenos baldíos en los cuales hubiera cualquier tipo de ruina o antigüedad. Al final de éste dice que "al mismo tiempo le recomiendo que ordene a las autoridades a quienes corresponda, que todo monumento que pertenezca a la Nación y todo aquello que nos marque su Historia antigua, sea conservado como es debido".[154]

Un personaje típico de la época en el interior del país, fue Crescencio Carrillo y Ancona, quien en 1871 fundó el primer museo del Yucatán en la ciudad de Mérida, con la ayuda de Juan Peón Contreras. Hombre de gran cultura, trató de construir una historia de los mayas,[155] aunque fuera una utopía en esos días, cuando poco o nada se sabía de ellos con certeza. Formó una gran colección de objetos de todo tipo, se relacionó con cuanto viajero llegaba a esas tierras (como Herman Berent, Brasseur y Le Plongeon, entre otros), y publicó artículos y libros sobre arqueología. Respecto a su museo, Francisco Sosa publicó un artículo en 1873, que decía:

"Concentró muchas veces su atención a hacer un acopio de todos los documentos posibles de hallar sobre la historia de los aborígenes yucatecos; y con un trabajo constante de largos años, llegó a formar colecciones tan importantes, que las han contemplado con extraordinario placer los sabios de ambos mundos (...) Con sus colecciones de manuscritos mayas y de objetos filológicos y arqueológicos, fue formando un pequeño museo, idea que por muchos años fue uno de los sueños del sabio Justo Sierra y de otros yucatecos notables. Este museo, de la propiedad particular del Sr. Carrillo, es el mismo que se instaló solemnemente el 16 de Septiembre de 1871 en uno de los departamentos del Instituto Literario (...) Como la fundación de un museo es de aquellas que no se fijan y aseguran sino con cuantiosos bienes de fortuna o con la protección decidida de un gobierno, el Sr. Carrillo enajenó el suyo, anhelando, ya que su pobreza no le permitía otra cosa, poner la base de un establecimiento de aquella especie. Debo consignar aquí que, a causa de las circunstancias sociales de Yucatán, el Sr. Carrillo no ha recibido hasta hoy la modesta suma que le ofreció el gobierno del Estado para su museo, y esta es la misma razón por que no debe parecer extraño que el repetido museo no hubiese adquirido todo el ensanche que quisiera darle su hábil director. Pero los pueblos que no disfrutan el inmenso beneficio de la paz, no pueden realizar empresa alguna, y Yucatán, devorado siempre por la guerra de castas y la civil, no logrará otra cosa más que hundirse en el abismo de la miseria y de la ignorancia."[156]

También publicó durante años un periódico, **El Museo Yucateco, primero de** ese tipo en el interior del país.[157]

Pero el paso hacia adelante más importante realizado al respecto fue el nombramiento de un Inspector de Monumentos de la República, el 17 de octubre de 1875. Esta designación cayó en la persona de Leopoldo Batres, estrechamente relacionado con la clase culta del régimen porfiriano, y en particular con Justo Sierra. La idea tomada de Francia, repetía hasta con el nombre la costumbre de designar un inspector responsable de vigilar y hacer saber al gobierno los problemas relacionados con los sitios arqueológicos. Batres no tenía ni publicaciones ni trabajos de investigación —pues era aún muy joven—, y desconocemos el motivo de su nombramiento. De todas formas, y dejando de lado las polémicas que

más tarde surgieron a su alrededor, fue quien dio los primeros pasos sistemáticos para la protección de ciertas zonas importantes, su excavación y restauración.

Estos cuarenta años fueron, como estamos viendo, contradictorios, al igual que lo fueron los personajes que los poblaron. No eran aún instituciones firmes como hoy en día; eran hombres que hacían lo que podían, en función de sus posibilidades y su buena intención. Así, a nivel individual, tenemos personalidades como José María Melgar y Serrano, quien se hizo célebre por haber dado a conocer una cabeza olmeca, que en su época fue descrita como "de tipo etiópico".[158] Supo acerca de una de las descubiertas en Tres Zapotes, Veracruz, y la publicó junto a un grabado: con ello intentaba probar la existencia de negros en México antes de la conquista. En 1870 intentó trasladar la cabeza al Museo Nacional, pero a pesar de tener la financiación para el proyecto, no logró llevarlo a cabo por la envergadura y el peso del monolito. En 1870, Melgar seguía apoyando la tradición de que Palenque había sido fundada por cartagineses, teoría del siglo anterior que hemos visto en Ordóñez y Cabrera, y llegó a publicar un simpático artículo titulado **Las medallas encontradas en Palenque y el huevo cosmogónico,** en el cual hacía una mezcolanza con Cartago, Etruria, las tribus perdidas de Israel y otros grupos e idiomas, cuyo final era la clarificación del simbolismo de una medalla de Palenque, de la que hoy sabemos que era colonial.[159] Un caso similar fue el de Manuel Larraínzar quien, en 1876, publicó cinco volúmenes densísimos y con ilustraciones acerca de las ruinas de Palenque. El tiraje fue tan masivo que aún hoy puede adquirirse fácilmente en la edición original.[160] Miles de personas en su época lo leyeron, ya que se entregaba por folletos con un periódico de la época. Y si bien casi todos los volúmenes están dedicados a Palenque, él mismo jamás llegó al sitio.

También en Guatemala hubieron intentos de parte de la burguesía por tener una institución que se ocupara de las antigüedades mayas, lo que se hizo más evidente en 1868 cuando las grandes estelas de Santa Lucía Cozumalhuapa fueron trasladadas a Berlín y algunas personas intentaron impedirlo, sin éxito. Recordemos que desde 1795 había estado funcionando un pequeño Gabinete de Historia Natural'[161] organizado por José María Mociño y José Longinos Martínez, en el propio Palacio de Gobierno, el cual fue desmantelado en 1801. Hubo otros intentos por crear algo similar en 1831, y en 1851 se expidió una orden a todos los corregidores para que enviaran a la capital, concretamente al Ministerio de Gobierno, todos los objetos arqueológicos que hubiera en la región, lo que tampoco se pudo lograr. Para 1876 se quiso organizar una exposición internacional de antigüedades, para poner de relieve lo guatemalteco, y aunque Jorge Williamson trató de materializarla, fracasó. Pero poco antes se había logrado fundar el primer Museo Nacional, que contaba con un departamento etnográfico y una surtida biblioteca. Para 1881 ya había sido desmantelado, y debió esperarse hasta 1898 para que, esta vez definitivamente, se pudiera crear el Museo que aún hoy en día existe. Unicamen te valdría la pena recordar que su magnifico edificio se derrumbó en el terremoto de 1917.

Para finales de la década de 1880 ya habían llegado a México y a toda América Latina los aires de nuevas corrientes de investigación: la muerte de la fantasía romántica y el auge del cientificismo positivista se daban paralelamente. No moría una forma de ver el mundo; en realidad, llegaba a su fin una forma de vivir y de producir, una manera de construir la sociedad, para dejar paso ala nueva organización económica del industrialismo creciente y el **progreso** de Porfirio Díaz en el poder. En la arqueología en particular y en todas las ciencias en general el cambio era cada vez más acelerado, y se hacía sentir con ímpetu. Por ejemplo, Adolph Bandelier, quien llegó a México para continuar los trabajos de Charnay para Lorillard, y luego entregó su vida y su obra a estas tierras,[162] dejó plasmado en sus cartas una síntesis de esa nueva perspectiva:

"Hasta hoy la arqueología mexicana ha sido una búsqueda o caza de curiosidades que no obedecía a ningún sistema. Hombres de buena voluntad e incluso superiormente calificados se dedicaron y se siguen dedicando al estudio de los hallazgos con entusiasmo pero sin sistema. De todo ello deriva una serie de ideas confusas, al mismo tiempo que surgen contradicciones y notables discrepancias, aún en los puntos más elementales. Ya es hora de cambiar todo ésto (...) El primer paso, o mejor dicho, reforma, se dará en lo que se refiere al sistema del Museo Nacional. Este no ha sido hasta ahora más que una colección artística, una magnífica exposición de lo más lucido del arte indígena. Aquello que sirvió de base ala vida del hombre no ha sido advertido ni buscado. Por ello ignoramos lo más sencillo y esencial y especulamos -en el vacío- sobre lo complejo. Una piedra esculpida puede, seguramente, revelar mucho a través de su interpretación pero sólo puede haber una interpretación correcta, y mientras no sepamos cómo se hizo, y en qué condiciones se realizó y de qué manera se concibió el trabajo, no tendremos ninguna certeza, sino una enorme cantidad de brillantes conjeturas. Por lo mismo vuelvo a mi sempiterna idea: es preciso conocer la vida cotidiana del pueblo, antes de meterse a interpretar estatuas representativas de su arte." [163]

Eso lo escribió Bandelier en 1881. En 1883 Francisco del Paso y Troncoso publicó su primer libro dedicado a los jeroglíficos aztecas,[164] y Alfred Maudslay publicó su primer trabajo sobre la arqueología del Petén y el Usumacinta. Al año siguiente Eduard Seler vería su primera publicación y en 1886, Ernst Fostermann haría conocer al mundo la traducción de las fechas en las inscripciones mayas. Prácticamente en cinco años el mundo teórico de lo prehispánico había cambiado, y si bien estas ideas pioneras tardaron mucho en ser masivamente aceptadas, sin ninguna duda estamos ya, después de 1885, ante un panorama radicalmente diferente del que hemos visto hasta ahora. Por supuesto, esto no implicaba que quedaran personajes pintorescos, más del siglo XVIII que del XIX, que escribían libros como el de Dámaso

Sotomayor de 1885, titulado pomposamente **Descripción e interpretación de una preciosa y antigua urna griega del Museo Capitolino de Roma, bajo la clave jeroglífica de los aztecas."**[165]

Así, podemos ver que durante ese cuarto de siglo se produjo un fenómeno interesante: los viajeros ilustrados se transformaron en arqueólogos que excavaban y publicaban como profesión. Vemos el florecimiento de teorías anacrónicas junto con pedidos urgentes por construir una ciencia basada en el nuevo **Catecismo positivista** que Auguste Comte difundía [166] bajo la consigna de "El presente viene a glorificar el pasado, con objeto de mejorar el porvenir". Para 1884 se inició la colección de libros que fue **México a través de los siglos,** cuyo primer tomo, escrito por Alfredo Chavero, está dedicado ala historia prehispánica.[167] En 1876 Lewis Morgan escribiría con entera libertad que "La historia de la América aborigen está basada en conceptos falsos acerca de la vida indígena, conceptos que han permanecido incuestionados hasta la fecha". En 1859 había muerto Humboldt, apagándose así la figura más importante para América que había en Europa, y marcando también el final de una forma de entender el mundo y sus circunstancias. Ya se tenía una nueva visión de lo prehispánico, totalmente diferente a la que había imperado en el siglo anterior: en los museos ya había fotografías y moldes de los monumentos, había libros de viajeros serios, se tenían planos e información de primera fuente. Incluso se realizaban congresos y cátedras sobre el tema, difundiendo esta nueva imagen del **Nuevo Mundo.**

Mitla y sus desventuras

Desde el siglo XVI Mida fue una ciudad descuidada. Los españoles la destruyeron y abandonaron al reducir a los habitantes del sitio, y luego se usaron los edificios para bodegas, porquerizas, cisternas y viviendas para el cura. Eso sin contar los edificios destruidos para erigir encima la iglesia, y los que lo fueron para extraer las piedras para esa misma construcción y otras cercanas. Nada se hizo por protegerla; por el contrario, cuanto antes desapareciera mejor. Fue en 1832 cuando por primera vez se levantó una voz solitaria solicitando su protección, y fue del regidor del ayuntamiento de Oaxaca, Antonio Valdez y Moya y sus acompañantes, quienes comisionados por el progresista gobernador José López Ortigoza hicieron un informe sobre el pésimo estado de conservación del lugar. López Ortigoza había fundado el año anterior el primer museo de Oaxaca. Incluso el Congreso del Estado llegó a autorizar los gastos para la excavación del sitio, lo que nunca llegó a concretarse.[168] Mucho después, en 1852, un antiguo conocedor de las ruinas, Juan Bautista Carriedo, volvió a hablar del tema, y elevó a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística un informe solicitando urgente intervención en el lugar, ya que según él sólo restaban dos años para que todo desapareciera. Pidió qué se construya un jacalón para proteger los muros con grecas, una barda perimetral y otras medidas mínimas de protección; también insistió en que la gente de la zona se haga cargo de su cuidado. Luego siguió la tradicional papelería, órdenes y contraórdenes que impidieron que las obras se realizaran.

En 1858 nuevamente el gobernador ordenó al prefecto de Tlacolula que impidiera el saqueo, pero hasta 1874 no hubo novedades respecto a realizar una protección real a los edificios. En ese momento comenzó una nueva burocracia que generó miles de hojas de papelería: intervinieron el cura de Mida, un arquitecto llamado Ricardo Orozco, el propio gobernador, la tesorería que autorizó los gastos, el ministro y muchos otros, pero todo quedó en nada cuando se empezó a buscar quien se hiciera cargo del asunto. Algo parecido sucedió en 1878 cuando el gobierno designó por fin un cuidador para la zona, a don Félix Quero, quien luego construiría el primer hotel turístico. Y si bien el gobierno del estado volvió a autorizar la cuantiosa suma de 2.000 pesos, nada se hizo en Mida. Otra confusa situación se produjo en 1888, cuando quiso intervenir el obispo Eulogio Gillow, interesado en la arqueología desde hacía tiempo. Inició la construcción de una barda —que nunca se terminó y aún está a medias—, un museo en el grupo del Curato y otras obras, pero la burocracia y las luchas internas hicieron que desistiera del asunto. Gillow había sido nombrado Inspector de Monumentos en 1889, pero muchos lo criticaron duramente, poniéndole trabas que no lo dejaban trabajar. La lucha fue terrible, y como siempre esterilizó el esfuerzo iniciado por Gillow. El resultado fue que en 1899 se llevó, por orden del gobernador, una columna a Oaxaca para embellecer el Paseo Porfirio Díaz, la que actualmente se conserva en el edificio del Ayuntamiento. De allí hasta la intervención de Leopoldo Batres que describimos más adelante, nada se hizo, mostrándonos una historia trágica. Uno de los pocos sitios que se hubiera podido salvar y permanecer en buen estado, fue destruido más por la burocracia, la envidia y la lucha individual que por el tiempo o la intemperie.

7. Los inicios de la restauración y del estado positivista (1855-1911)

La celeridad de los cambios que se estaban dando en México era cada vez más marcada; el ritmo de inserción del país dentro de la corriente del capitalismo dependiente con una industrialización en nacimiento era vertiginosa, y la intelectualidad veía con asombro su propio crecimiento dentro de los cánones del positivismo tardío y los moldes de la cultura europea. Son los años del progreso, entendido no como logros sociales sino como tecnología: había ferrocarriles en expansión, tranvías, luz eléctrica, fábricas de cerveza, fotografía, los primeros automóviles y una cierta movilidad social. Dentro de este proceso económico-social tan complejo, la burguesía dominante se vio enfrentada a un nuevo problema que, si bien antes había existido, nunca había llegado a ese nivel: se trataba de la justificación de su propio papel histórico. El problema era que la burguesía en el poder, construía —para bien o para mal— un modelo particular de sociedad, y era necesario mostrar que además de ser válido era el resultado de una larga evolución humana que llevaba hasta allí. En el camino habían quedado otros pueblos y otras organizaciones sociales, entre ellas la prehispánica y la colonial. Incluso la **barbarie** de la primera mitad del siglo XIX. Tal como el darwinismo mal entendido explicaba, el hombre blanco era superior a todos los demás, y su supremacía indiscutible no era por hechos raciales o religiosos sino **naturales** de progreso y logros tecnológicos.

Es en este proceso de consolidación de la nueva burguesía que vana nacer una serie de actividades respecto al patrimonio, que desembocarán en las primeras obras de restauración. Si hasta el momento mucho se había dicho sobre la necesidad de conservar, ahora se van a intervenir directamente los edificios para restaurarlos, estudiarlos y difundirlos en forma sistemática, y según un modelo teórico-ideológico prevaleciente. Ya no vamos a estar frente a individuos aislados, sino frente a un conjunto de investigadores, las más de las veces profesionales, que van a estudiar metódicamente el patrimonio. Durante este período se comienzan a publicar los **Anales del Museo Nacional,** el **Journal des Américanistes** de París y **American Anthropologist;** los museos de Estados Unidos tales como el Peabody, la Smithsonian Institution o el Bureau of American Ethnology, crearon colecciones de volúmenes sobre México y América Central.[169] La Inspección de Monumentos a cargo de Leopoldo Batres, dificultosamente ya funcionaba. Hacia 1880-1885 se produjo el final del romanticismo y el imperio de la cientificidad aparentemente neutra; lo que pasó a tener valor fue la información, no las deducciones, lo que importaba era fotografiar, medir y estudiar en el campo, y no sacar conclusiones sin fundamentos. Las exposiciones internacionales en todo el mundo pasaron a tener permanentemente objetos prehispánicos, y los museos se enriquecieron —legal o ilegalmente— con muestras del arte antiguo del continente. Toda una nueva generación de científicos, por supuesto al servicio del régimen porfirista imperante, creció a su sombra.

En restauración, lo que para 1880 eran ya intentos de actuar con determinación, para 1890 se transformaron en verdaderos proyectos de limpieza, puesta en valor y restauración de una calidad no menor a la de los trabajos que se hacían en esos años en Europa. Los museos se multiplicaron tanto en la ciudad de México como en el interior. Incluso se realizaron museos de sitio, como los de Tepoztlán y Teotihuacan. Veremos más adelante trabajos complejos y de varios años de duración en la restauración, tales como los de Copán, realizados por la Smithsonian Institution, que trabajó durante mucho tiempo en varios países. Se sucedieron los trabajos de Leopoldo Batres en Teotihuacan, Mitla, Xochicalco, y otros como los de Huexotla y Templo Mayor. Francisco Rodríguez realizó su intervención en Tepoztlán y en Teotihuacan después de Batres, a quien reemplazó en 1911 como Inspector de Monumentos. Las obras de limpieza y restauración de Alfred Maudslay en Palenque y Chichén Itzá, entre otros, fueron proyectos de envergadura para el lugar y la época.

Podemos ir viendo las obras de varios de los personajes involucrados con la conservación y la arqueología de aquellos años, para tratar de comprender mejor su forma de pensar y de actuar. Podemos recorrer muy rápidamente la azarosa vida de Francisco del Paso y Troncoso, quien fue de importancia clave entre 1880 y 1892. Llegó a ser director del Museo Nacional, publicó varios trabajos sobre arqueología, códices y documentos coloniales,[170] y organizó una expedición a Cempoala en 1890. En 1883 había publicado su **Ensayo sobre los símbolos cronográficos de los mexicanos**,[171] que ya hemos establecido como una de las primeras contribuciones mexicanas a este arduo problema desde una perspectiva científica. A partir de allí realizó un centenar de escritos que van a culminar con su intento de organizar una gran comisión científica para estudiar Cempoala. La idea era que en ese lugar podían hallarse evidencias tanto prehispánicas como españolas, por ser el sitio en el cual había desembarcado Hernán Cortés. Ayudado por varios militares interesados, desmontó las ruinas, las mapeó y fotografió. Asimismo estudió una docena de sitios cercanos incluyendo El Tajín, en lo que podemos pensar como el primer estudio sistemático de una ciudad prehispánica, ya no de un solo edificio o pirámide. Sus planos, fotos y dibujos son excelentes, en especial los últimos, ya que fueron realizados por José María Velazco, quien trabajaba como dibujante del museo en esos años.[172] En Cempoala logró detener la extracción de piedras de los edificios "que una salvaje autoridad del cantón mandaba arrancar para hacer el piso de su propia casa". [173]

A su regreso puso todas sus energías en la organización de la Exposición Colombina que iba a realizarse en 1892 en Madrid, para celebrar el tercer centenario del descubrimiento de América. Para ello formó una junta organizativa con Joaquín García Izcabalceta, Alfredo Chavero, José María Vigil, Francisco Sosa y otros intelectuales de prestigio, que organizaron la exposición y enviaron a hacer excavaciones en Casas Grandes, Comalcalco y San Luis Potosí para extraer objetos para llevara España. El catálogo[174] incluía además 3000 piezas de la colección de Francisco Planearte y Navarrete y otras tantas de la colección Doremberg, que fue adquirida completa para el museo; con las de Tlatclolco y Palenque alcanzaron la cantidad de 10.000 objetos, cosa nunca antes vista. Sin embargo entre ellas fueron muchas falsas, cosa inevitable en aquel entonces;[175] también se editaron las obras de Ixtlixochitl y otros cronistas mexicanos. Como era de esperar, Troncoso tuvo grandes problemas tanto aquí como allá, por lo que decidió permanecer en Europa en misión permanente manteniendo su categoría de director del museo. Y si bien podemos reprocharle haber abandonado la institución, desde España y otrospaíses publicó una cantidad de volúmenes de importancia para México, entre ellos los **Papeles de la Nueva España.**[176]

Siguiendo los pasos de Troncoso, cobró importancia Jesús Galindo y Villa, quien rescataría los materiales de Cempoala y los publicaría años más tarde;[177] también escribió varios libros sobre arquitectura moderna y antigua, confeccionó programas de cursos para el uso y catálogos de colecciones, especialmente las del Museo Nacional en 1895.[178]

Otro de los personajes descollantes de la época fue Manuel Orozco y Berra, autor entre otras cosas del primer volumen de **México a través de los siglos**.[179] Como exponente del positivismo entendía la historia como una sucesión de datos, de hechos y de individuos. Su objetivo era concreto y directo: buscaba clasificar los datos y extraer conclusiones científicas. Era ya una historia antigua entendida como una historia muerta, como arqueología; era el final de un largo proceso por el cual el indígena prehispánico no tenía ninguna relación con el del presente. Sí podía aceptarse a regañadientes que éstos eran los descendientes de los anteriores, pero la secuencia estaba rota. Era compatible entronizar al héroe del pasado, como Cuauhtémoc, y seguir explotando al indio en las haciendas de los mismos historiadores que escribían sobre ellos.

Es así como entendemos a Leopoldo Batres, quien pese a sus muchos años en la arqueología jamás dedicó una palabra al indígena que aún estaba vivo. Un hombre que encarcelaba a los falsificadores y que publicó libros sobre el tema; pero por otra parte obsequiaba códices a embajadores extranjeros que luego los sacaban del país. Que se trasladaba a Palenque acompañando a Justo Sierra en 1909 y que lograba llevar a México un fragmento de la lápida del Templo de la Cruz para que no fuera robada, pero a su vez plagiaba los planos de William Holmes, lo que le costó una crítica feroz de sus colegas y asentó que Palenque fue un sitio habitado por budistas japoneses.180 En 1898 envió dinero para la reparación del frente de un templo que amenazaba derrumbarse (y que finalmente se cayó), pero colocó en el lugar como cuidador a Benito Lacroix, hotelero y saqueador de monumentos, actividades éstas que continuaron él, su hijo y su nieto hasta 1925, cuando Frans Blom consiguió removerlo del puesto. Batres gozó de privilegios gracias a su estrecha relación con Justo Sierra y con Porfirio Díaz, pero también sufrió el rencor y el resentimiento de muchos colegas. Cuando Izcabalceta le escribió a Troncoso pidiéndole su opinión respecto a un proyecto de investigación, le dijo que "creo que ha de ser bueno, ya que Batres dijo que era una barbaridad".181 Pero, por otra parte, recordemos que trasladó la Diosa del Agua de Teotihuacan hasta el Museo Nacional, en 1889, lo que significó un trabajo de nueve meses, y la ayuda de un batallón completo de soldados para trasladar sus 22.500 kilos a lo largo de más de 80 kilómetros. En noviembre de 1904 llevó al museo la Lápida de Tepatlaxco desde Veracruz (más de 500 kilos), y un año antes había trasladado el Monolito de Alvarado de casi cuatro metros de alto.

Su obra importante fue iniciar los trabajos de restauración oficial de edificios arqueológicos; restauraciones en Teotihuacan, Mitla, Xochicalco y otros sitios fueron financiadas por el gobierno. Las leyes patrimoniales de 1896 y 1897

también fueron fruto de su trabajo, y si bien hoy podemos hacer críticas tanto a las obras como a las leyes por no haber sido todo lo buenas que hubiéramos esperado, fueron lo mejor que se podía haber hecho en México en ese momento, sin experiencias anteriores de ninguna índole ni bibliografía sobre el tema. Cuando Batres retiró la capa exterior de la Pirámide del Sol, creyendo encontrar adentro otra similar debido a que él creía que ésa era la forma prehispánica de construir, estaba actuando correctamente para su época; por más que hoy parezca una atrocidad, en ese momento aún no había una sola publicación en el mundo que planteara una hipótesis diferente. Y cuando esos libros se publicaron y llegaron a México, ya era muy tarde.

Simplemente como referencia es necesario recordar otras dos leyes, las que son habitualmente olvidadas: se trata del decreto de 1894 por el cual se especificaba que los terrenos baldíos que contuvieran ruinas no podían ser enajenados. Un decreto de 1902 enumeró y clasificó los bienes inmuebles del estado, e incluyó los sitios prehispánicos entre ellos. Durante este período del cambio de siglo, se hicieron dos leyes patrimoniales de enorme importancia por iniciativa de Leopoldo Batres. Fueron las primeras leyes nacionales sobre el tema y para su época fueron de gran avanzada en todo el continente. El primero es el decreto de 1896,[182] mediante el cual sólo se pueden hacer excavaciones arqueológicas en el territorio mexicano con autorización expresa del poder ejecutivo, bajo la supervisión de un delegado especial que controle los trabajos y "el material que se encuentre en las exploraciones será propiedad del Gobierno Nacional".[183] Este decreto, según algunos impuesto por Batres para trabajar en Teotihuacan con total impunidad y sin que lo molesten sus enemigos, fue una herramienta legal de importancia para la conservación patrimonial. No es que se creyese que ésta iba a acabar con el saqueo, pero por lo menos ya existía un instrumento legal para utilizar en los casos en que fuera posible. Al año siguiente se promulgó otro decreto que ampliaba el anterior y que era una ley más amplia y detallada. En el primer artículo se aclaraba que: "los monumentos arqueológicos existentes en territorios mexicanos, son propiedad de la nación y nadie podrá explotarlos, ni restaurarlos, sin autorización expresa"; en el tercer artículo se decía que "la destrucción o deterioro de los monumentos constituye un delito", y luego se especificaba que cada sitio arqueológico tendría su guardián.[184] Estas dos leyes fueron las primeras de este tipo en el país, y protegían ampliamente contra las excavaciones ilegales y no autorizadas.

Paralelamente a la organización de la Inspección de Monumentos, la única institución que trabajaba sistemáticamente por el patrimonio en México era el Museo Nacional, ya que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, tan importante en años anteriores, había entrado en franca decadencia. En 1877 se habían iniciado los primeros cursos abiertos al público en forma de conferencias,[185] y para 1900 existía un conjunto de cursos ordenados por materias, como los de arqueología y antropología, que fueron reorganizados en 1905. Al final del período que estamos revisando había sesenta y siete alumnos inscritos, quince de los cuales estaban becados por el gobierno a través del museo. En 1909 se creó la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americana, de la que hablaremos más adelante, con planes ordenados y un cuerpo de profesores de primera categoría, llegados del exterior. Las colecciones del museo fueron creciendo paulatinamente, aunque en forma anárquica, ya que no se contaba con un marco metodológico para su ordenación, ni se sabía demasiado bien de dónde o de cuándo era cada objeto. Para su funcionamiento hubo dos reglamentos en esos años, uno en 1907 y el otro en 1913. Para el fin de siglo existían en México varios museos regionales como el de Tepoztlán y el de Morelia, y más tarde se inauguró el de Teotihuacan. En 1894 el gobernador liberal del Estado de México había inaugurado un nuevo museo en Toluca, al cual se trasladó el tlapanhuéhuetl de Malinalco, que había sido descubierto no hacía mucho tiempo.

Una obra importante de esta época fue el traslado al Museo Nacional del llamado Calendario Azteca o Piedra del Sol, que desde el siglo XVIII se hallaba a la intemperie y a un lado de la Catedral. El hecho de moverla de su sitio, aunque sólo fuera para cruzar el Zócalo hasta el nuevo museo, significaba trasladar veinticinco toneladas de una losa casi plana, de enorme tamaño. Varias veces se lo había intentado, pero la piedra no se movía de su sitial. Quien finalmente pudo lograrlo fue el director del museo, un señor Sánchez, y a un costo y esfuerzo sorprendentemente bajos. Tenemos una narración de Batres sobre el procedimiento aplicado:

"Otros directores anteriores al Sr. Sánchez habían proyectado la referida traslación, pero siempre encontraban insuperables dificultades que hacían imposible llevar a cabo el benéfico propósito; por ejemplo consultaron a uno de nuestros arquitectos de gran reputación sobre el modo y manera de llevara cabo la conducción de la enorme piedra. Después de largas meditaciones, serios estudios, complicados cálculos e invenciones de raros e ingeniosos aparatos y un presupuesto de dos mil pesos, resolvían que bajo todas estas condiciones y construyendo una vía férrea desde el lugar a donde estaba colocado el Calendario hasta el interior del Museo Nacional, se atreverían a llevar a cabo tan difícil como peligrosa operación; pero que desde luego salvaban su responsabilidad en cualquier desgracia. El Sr. Sánchez, no queriendo seguir la práctica de sus antecesores y con el valor y audacia que se requiere en estos casos, sin más aparatos que cuatro gatos, seis poleas diferenciales, una plataforma, una media docena de vigas, y por todo arquitecto el maestro mayor de la maestranza de artillería (...) cinco maestranceros y 20 soldados que se turnaban en distintos batallones, en el término de quince días trasladó el monolito al Museo Nacional, a donde se halla hoy sano y salvo, y sin más gasto que seiscientos pesos en lugar de dos mil pesos a que subía el presupuesto de los facultativos." [186]

Entre los investigadores extranjeros que trabajaron por la causa conservacionista, tenemos algunos casos importantes de recordar en una historia como la presente. Podemos comenzar con Alfred Percival Maudslay, viajero inglés quien publicó la obra más importante de la arqueología de fin de siglo. Llegó a Guatemala en 1881 siguiendo los pasos de Stephens, y el contacto con Quiriguá definió su vida: a partir de ese momento dedicó todas sus capacidades —que no fueron pocas— a la arqueología, instaurando una nueva forma de hacerla. Como buen inglés flemático, fue metódico, sistemático, ávido de información factual, y con una mente totalmente exenta de imaginación. Gracias a ello, a Sus excelentes fotografías y a los planos del topógrafo que lo acompañaba, sus cuatro tomos de la **Biología Centrali-Americana,** colección que contaba con casi cincuenta volúmenes, sigue siendo una herramienta imprescindible para cualquier estudioso del pasado.[187] Trabajó intensamente en Copán para la S mithsonian Institution, que incluyó restauraciones; en Palenque, donde descombró parte del Palacio; en Tikal, Yaxchilán, Piedras Negras, Chichén Itzá y Uxmal, entre otros sitios. Se retiró del trabajo de campo en 1894 para dedicarse a publicar hasta 1902 cuando se trasladó a Zavaleta, Oaxaca, donde vivió hasta 1907, en que regresó a Inglaterra. En las páginas siguientes veremos en detalle sus trabajos en Copán, Palenque y Chichén Itzá, ya que significaron tres de los primeros proyectos de puesta en valor de sitios arqueológicos. En Quiriguá realizó un trabajo pequeño pero importante, que dejó registrado en sus libros: el salvamento de la nariz de una estela. Los párrafos siguientes nos muestran el interés puesto por Maudslay en un detalle tan insignificante —comparado con la destrucción de edificios completos—, que nos señala el detallismo que imperó en toda su obra:

"La cabeza de la figura principal en la cara norte del monumento es la mejor conservada (...) Sin embargo, cuando Mr. Giuntini comenzó a tomar un molde de esta figura observó una grieta que corría a través de la base de la nariz y al tocar ésta se desprendió y le cayó en la mano. Evidentemente la grieta era antigua, pues hacia la parte de adentro estaba descolorida, y la nariz había quedado adherida al resto de la cara por un fragmento del grueso de la uña del dedo pulgar, que presentaba una fractura reciente y limpia. Volvimos a colocar la nariz en su sitio con el mayor cuidado hasta que se acabó de sacar el molde, y luego, como no había a quien confiársela (1883), la pegamos de nuevo con un cemento que preparamos con ese fin, sujetándola con un cable que dejamos atado alrededor del monumento para mantenerla en su sitio. Me complace decir que al volver a las ruinas once años después (1894), encontré que nuestro cemento improvisado había sido eficaz, y que, aunque el cable se había podrido, la nariz se mantenía en su sitio."[188]

La obra de Maudslay se fue publicando en grandes volúmenes y en forma de artículos y contribuciones a congresos. Poco apoco fue llamando la atención de los interesados, que vieron en ella una forma diferente de ver lo antiguo: el positivismo había sido llevado al máximo de sus posibilidades, y tenían entonces fotografías detalladas, planos minuciosos que incluían los ángulos de cada foto, dibujos de relieves y estucos. Con ese material era factible, entonces sí, comenzar a construir un esquema cronológico-cultural más serio. Habrían de pasar aún veinte años más para definir tal esquema, pero para ello la obra de este pionero fue invaluable.

Pero el metodólogo por excelencia fue Eduard Seler, un prusiano que en 1884 cambió la medicina por la iconografía mexicana. Desde ese año publicó numerosos artículos, además de varios libros —afortunadamente tenemos hoy sus obras completas—,[189] que tocaban uno de los más serios problemas para entender las fuentes prehispánicas: el exceso de imaginación. Desde el siglo pasado era común que los códices y otros documentos fueran leídos sin un método riguroso, y que se hicieran traducciones indemostrables. Si un jeroglífico maya era parecido a uno egipcio, pues era normal considerarlo egipcio, pero si el que se encontraba a su lado parecía etrusco, entonces se lo leía como tal. El planteo de Seler era dejar de lado toda analogía foránea, y centrarse puramente en su objeto de estudio; extraer de cada glifo y cada figura el máximo posible, y luego compararlo con otros provenientes de la misma región y cultura. Era importante el color, el tamaño, la ubicación relativa de cada elemento, y no era posible extraer más de ellos de lo que al momento se podía hacer. Esta postura fue ganándole a Seler una posición especial, que hizo que sus libros fueran tomados con seriedad. La obra de este sabio cerró todo un período en 1922; al igual que Maudslay, fue de los pocos que pudieron levantarse y de un plumazo destruir toda una construcción teórica. Maudslay, por ejemplo, le dijo a Batres en un Congreso de Americanistas en 1912 que la Pirámide del Sol en Teotihuacan era "un estupendo monumento a su propia inseguridad e incompetencia."[190] En Guatemala, además de los estudios de Maudslay y otros viajeros, la legislación dio un paso hacia adelante cuando en 1894 se publicó el Decreto 479 de José María Reyna Barros, primera ley patrimonial del país. Poco antes se había publicado el primer libro totalmente dedicado a los indígenas, escrito por Antonio Batres Jáuregui, y titulado **Los indios: su historia y su civilización**,[191] asimismo, el tema tuvo entrada en un libro de texto escolar en 1889, cuando Jesús Aguirre Cinta lo incluyó en sus **Lecciones de Historia de Guatemala**.[192]

Muchísimos otros viajeros y exploradores hicieron que, con su entusiasmo, se conociera más profundamente la herencia del pasado. Podemos citar los libros de fotografías de Constantine Rikards,[193] los dibujos minuciosos de Adela Bretón de pinturas mayas, los relevamientos y excavaciones de Thomas Gann en Belice[194], o los trabajos del incansable alemán Teobert Maler. Este último fue una verdadera figura de su época: habiendo llegado como soldado de Maximiliano de Austria, ante el fracaso de su jefe abandonó el ejército y se dedicó ala fotografía. Hizo sus propias cámaras con las cuales inició su recorrido por el interior del país en Oaxaca.[195] Allí empezó a interesarse por las antigüedades y al llegar a Yucatán ya su futuro estaba decidido: el resto de su vida estuvo concentrada en los sitios mayas, donde excavó, tomó



6

6. El gran Juego de Pelota de Chichón Itzá al terminarse la limpieza y la liberación, en especial del Templo de los Jaguares para impedir la destrucción de las pinturas interiores, 1888 (Tozzer, Library, Harvard University, Cambridge).

7. El salón de los Monolitos del Museo Nacional inaugurado por Leopoldo Batres, incluía el Calendario Azteca trasladado desde la Catedral y la Piedra de Sacrificios llevada desde el patio exterior (colección DS).

8. La gran Escalera Jeroflífica de Copán, Honduras, al terminarse de excavar en 1892. Obsérvense los escalones abajo y un grupo de ellos en su lugar en la parte superior previo a la restauración (ídem 6).

7

8 .

excelentes fotografías, levantó planos y publicó docenas de artículos en todo el mundo.[196] Trabajó un tiempo para el Peabody Museum, pero sus agudas relaciones con los directores y con Edward Thompson en México hicieron que rompiera esa relación de dependencia, denunciando sus procederes y el saqueo arqueológico que México estaba sufriendo por su causa. Sus trabajos en Chichén Itzá fueron pioneros de la conservación, limpieza y liberación de los edificios con el objeto de dejarlos a la vista y poderlos proteger.

Fue tal la energía desplegada por Maler, que se ganó también el rencor de gran cantidad de personalidades de la época, tanto de México como del exterior: sus ponencias llegaban a todos los congresos del mundo, los periódicos europeos publicaban sus trabajos y sus libros eran sumamente polémicos. Denunciaba a Thompson, a los directores del Peabody Museum, a un campesino que había usado una estela para fabricar un horno de pan sin tener idea del valor de esa piedra. Nadie que osara tocar un monumento maya estaba a salvo de **Adonai, el ángel rebelde,** como él mismo firmaba sus anónimos. Justo Sierra lo consultaba —aunque no le hacía mucho caso— y Batres lo detestaba. Su posición era inquebrantable: el patrimonio era de México y no podía ser destruido o saqueado impunemente.

Muchos otros viajeros y exploradores jugaron papeles importantes, pero no podemos hablar aquí de todos ellos. Podemos sí referirnos a Monsieur de Périgny, un francés solitario que descubrió entre 1905 y 1915 los grandes sitios arqueológicos de Campeche, tales como Río Bec, y los dio a conocer al mundo entero. Las ruinas de Río Bec estaban tan inmersas en la vegetación, que pese a su enorme tamaño y extensión sólo fueron vistas en una oportunidad a mitad de siglo; luego fue necesario enviar una expedición, en 1967, para redescubrir parte de ellas.[197]

Otro infatigable viajero fue William Holmes, a quien habíamos citado como uno de los iniciadores de la estratigrafía en México. Regresó en un segundo viaje en 1895 y después de concluirlo, publicó su **Archaeological studies among the ancient cities of Mexico**,[198] en el cual sus dotes de dibujante y arquitecto se vieron colmadas, ya que es el libro que todos los restauradores de nuestro siglo utilizaron para sus trabajos. Posiblemente sin los dos tomos de Holmes, la restauración en México se hubiera encontrado con problemas muy serios. Es un verdadero hito en la historia de nuestra especialidad, dentro de la cual pocos lo recuerdan hoy en día, pese incluso a que los arqueólogos lo siguen utilizando. Para fines de este período estaban ya trabajando en las ruinas de Tikal dos especialistas de la nueva generación: Raymond Merwin y Alfred Tozzer,[199] quienes habían dibujado planos con teodolito y realizado las primeras estratigrafías en la zona maya en 1911.

La mezcla entre lo prehispánico y la búsqueda de una imagen de nacionalidad, alrededor de la cual se había de construir una ideología de un supuesto nacionalismo, estaba en pleno auge: existía una pintura neoprehispánica, una arquitectura, una escultura y una literatura —por no citar óperas, teatro y poesía—, que utilizaban formas antiguas para construir un arte nacional que uniese al país más allá de las diferencias étnicas o sociales.[200] Era parte de esa visión de una élite liberal que creyó que era factible hacer un arte que representara a todo el país, sin diferencias de ninguna índole, y lo identificara con personalidad propia ante el mundo. Cuauhtémoc veía surgir estatuas por todo el país, junto a las de Hidalgo y Morelos, y se fabricaba el mito de su tumba. Dijo Josefina García Quintana hace algún tiempo:

"El interés por rescatar el pasado prehispánico de México fue una de las corrientes principales del nacionalismo del siglo XIX, sobre todo de la segunda mitad. Quienes la sustentaron veían en ese pasado remoto la base para conformar la identidad nacional; deseaban que se conocieran en toda su amplitud la historia, y las manifestaciones culturales de los antiguos habitantes del territorio y que se conservara y estudiara todo lo que de ellos quedaba, por ejemplo las lenguas y los monumentos. Este anhelo se realizó notoriamente en la literatura y en las artes plásticas pues fue en este período cuando comenzaron a aparecer con más frecuencia en esos campos, los temas indígenas y prehispánicos."[201]

Respecto a la situación de las ciencias históricas, tenemos un buen resumen en el libro de Daniel Cosío Villegas:

"También en este campo se hizo sentir el impulso renovador de Justo Sierra, pero también aquí tropezó con la oposición de quienes manejaban las finanzas del país. En 1909 se quejó Roberto Núñez, subsecretario de Hacienda, de que pese a los financieros para quienes era una cosa baladí, la arqueología era lo único que daba personalidad a México en el mundo científico. Irónicamente escribió a Limantour que el negarle dinero para continuar la reparación de la Escuela Normal y de Teotihuacan es lo mejor que cabía hacer, pues de ese modo los huéspedes de México en el Centenario contemplarían, además de las ruinas de Teotihuacan las de la Preparatoria y la Normal; al cabo nosotros -decía don Justo- no figuramos en el mundo sino como un país de minas."[202]

Podemos decir también que es de esta manera como vemos y explicamos este renacer oficial del interés cultural por lo prehispánico. Coincide justamente con el momento en que la clase dominante se siente lo suficientemente fuerte y segura, y ve lo indígena como algo ya muerto, inofensivo para la subsistencia de su propio sistema económico. Es lógico ver entonces cómo la ideología iluminista enciclopédica de fines del siglo XVIII vio nacer esta reivindicación; pero sólo el liberalismo positivista pudo llegara aceptarla como parte integrante de la nueva cultura nacional. Dúdrica Tómac, autora

9. Una de las esculturas que adornaban la Escalera Jeroglífica de Copáis, poco antes de ser enviada al Peabody Museum en Estados Unidos; fue parte del precio por la restauración (Tozzer Library, Harvard University, Cambridge).



9 .

que ha visto igual el problema, dice que "la fase colonial del capitalismo tuvo razones muy concretas para ignorar intencionalmente los valores que encarna y representa este arte, ya que sus valores eran expresión de las sociedades en cuanto a su modo de producción e ideología, que prefirió dominar en todos sus aspectos antes de comprenderlos."[203]

Parafraseando ahora a Mukarovsky, es factible pensar que lo que se estaba **restaurando** era sólo una **imagen** de la arquitectura prehispánica, ya que el objeto pirámide había cambiado de sentido; ya no eran los indígenas con toda su carga social o ideológica; era la imagen de ellos que el sistema estaba ahora revirtiendo. No era el monumento hecho por los verdaderos antepasados de los indígenas, quienes seguían siendo explotados en las haciendas del régimen, sino sus **gloriosos antecesores.** Otro caso en la larga historia del proceso de transculturación de los valores reales de las formas arquitectónicas.

El párrafo anterior nos lleva a tratar de profundizar un poco más en esta visión sociológica de la restauración histórica. Si ahondamos solamente un poco, vemos cómo esta idea de la restauración nace en Europa y en América Latina en un momento determinado de su historia: la consolidación del poder del capitalismo industrial burgués. Y a primera vista se hace evidente que existe una necesidad social de encontrar una justificación ideológica (histórica) que convalide su estructura social, y, más que nada, su modo de producción. Por otra parte, vemos un intento de borrar el presente, de encontrar una salida mitológica, más bien una válvula de escape. Las ruinas, al igual que la artesanía, poseen un valor muy diferente al de la arquitectura industrializada y de alta tecnología, o los simples productos fabricados: poseen un valor de **naturaleza,** de **cosa creada,** de producción individual y artesanal, única e irreproducible; a la inversa de la industria capitalista. Hay una regresión histórica, un tratar de reencontrar un camino ya definitivamente perdido. Giulio Carlo Argan definió la situación con toda claridad, al hablar de los famosos **revivals** característicos de la época (recordemos el neoprehispánico mexicano):

"La época de los revivals coincide con la toma del poder por parte de la burguesía; por tal razón la evasión significa no estar de acuerdo con la forma de gestionar el poder de la burguesía, explotando a las clases humildes en lugar de educarlas. Falta por consiguiente el papel que como clase dirigente tiene asignado (...) Reencontrar una cultura precientífica significa encontrar la verdadera cultura del pueblo: por esta razón los primeros revivals son al mismo tiempo un movimiento aristocrático y popular, y coinciden en la búsqueda de una definición de los conceptos de pueblo y nación."

Alfred Maudslay y sus trabajos en Chichén Itzá (1888)

En páginas anteriores hemos destacado la labor pionera de Maudslay, quien desde 1881 recorrió gran parte de Mesoamérica. En Chichén Itzá inició una nueva forma de trabajo, ya que decidió que durante sus seis meses de estadía en el sitio no sólo debía excavar, sino también hacer obras de limpieza, liberación y retiro de escombro[204] Centró su trabajo en el juego de pelota mayor y sus templos anexos, los que ya habían sido estudiados por Waldeck, S tephens y Le Plongeon en forma diferente, ya que a ninguno se le había ocurrido **intervenir** en forma personal en el mejoramiento y conservación del sitio, lo que era costoso, lento y no traía ventajas ni grandes descubrimientos. Se procedió a retirar la maleza y árboles que cubrían el conjunto y luego retirar las piedras y tierra suelta; luego tomó fotografías detalladas, dibujó las pinturas que aún estaban intactas y su topógrafo levantó un plano detallado. La importancia que su detallada documentación tiene para la actualidad, es que las reconstrucciones hechas medio siglo más tarde en ese edificio no dejaron evidencias entre lo original y lo rehecho, por lo cual sus fotos y planos son los documentos más detallados que tenemos al respecto. Fue una forma de demostrar la posibilidad de realizar nuevas formas de intervención en los sitios arqueológicos, que beneficiaban a todos y no sólo al investigador.

La primera restauración de Mitla por Leopoldo Batres (1887-1910)

El primer trabajo de restauración que realizó Leopoldo Batres, y uno de los primeros que se hicieron en un monumento prehispánico en el continente, permanece en el olvido. Mucho se ha escrito y hablado de los trabajos que este mismo arqueólogo realizó durante el último año (1901), pero siempre con una visión netamente crítica y despectiva, sin prestar atención a lo temprano de sus trabajos, y a la envergadura, para la época, de la intervención. En el mes de diciembre de 1886 partió hacia Mitla, como parte de sus tareas de inspección anuales, y pocos días después envió un oficio al gobierno solicitando S 600 para iniciar trabajos de lo que él mismo denominó "restauración"[205] Con el dinero otorgado, Batres inició los trabajos y conjuntamente con ellos completó la excavación de la tumba de Xoxo; ésta había sido descubierta y excavada por Fernando Sologuren, activo colaborador de Batres en sus varios viajes por Oaxaca y quien excavó los famosos Danzantes de Monte Albán.[206] Batres realizó asimismo un gran álbum fotográfico, ya que la expedición fue acompañada por un fotógrafo, y se designaron cuidadores para ambos sitios "para que vigilen y cuiden la conservación de tan valiosa ruina."[207]

En Mitla al parecer se hicieron varias obras, pero la información que tenemos es muy escasa:

"Hice una visita minuciosa a los palacios, pirámides, subterráneos, incluso el de la hacienda de S agá, fortaleza de los zapotecos, y con pena manifiesto a esa superioridad que rápidamente se están destruyendo aquellas maravillas de la civilización antigua, ya por la mano de la barbarie, ya por las injurias del tiempo. Hace cinco años como particular visité los expresados monumentos, y he podido apreciar en el corto período de tiempo transcurrido, muchos deterioros y derrumbes. Se mandaron destapar las tres puertas de la fachada principal del palacio número 1, las que conducen al salón de los monolitos y que estaban casi cubiertas por una construcción de adobe y ladrillo de la época de la dominación española. Ya se provee a las más urgentes reparaciones en dichos palacios, y al efecto destiné doscientos pesos para llevar a cabo dichos trabajos, que dirigirá el ingeniero del Estado por acuerdo del ciudadano gobernador."[208]

Pero los trabajos de Batres en Mitla no terminaron allí, ya que continuó las obras a lo largo de muchos años más, aunque en forma interrumpida. Desafortundamente no hay una publicación de Batres que cubra totalmente y con detalle todo, pero de todas formas podemos darnos cuenta de cuáles fueron las tareas llevadas a cabo.[209] Fundamentalmente se limpiaron los pisos de los patios de varios grupos, dejando las estructuras totalmente libres de escombro tanto por dentro como por fuera; se juntaron todas las piedras labradas dentro del Edificio de las Columnas y se procedió a restaurar este último en forma bastante completa. Todo estaba terminado para abril del año 1901. Nicolás León, en un libro clásico sobre Mitla, publicado en ese último año citado, nos dice que Batres "volvió a su nivel el ángulo noreste del patio cerrado (Palacio n°. 3), lo afirmó convenientemente, puso un sostén de viguetas de hierro a los dinteles monolíticos de algunas puertas, que rotos amenazaban próxima e inminente ruina, ejecutando otras obras de reparación urgente."[210] Estas obras venían a darle un mayor impulso al nuevo turismo regional, que ya contaba con facilidades importantes: en 1892 se había inaugurado el ferrocarril y el Hotel Quero se abrió al público en 1900.

Pero el trabajo más importante fue la reconstrucción del basamento del Palacio de las Columnas, que implicó una experiencia novedosa para México. Se rehizo, a partir de ciertas partes existentes, todo el basamento inferior, la escalera y el piso superior. Luego se procedió a pintarlo de rojo. Hoy en día sabemos que la reconstrucción fue errónea, puesto que posiblemente el basamento tenía forma de tablero oaxaqueño. Sin embargo, antes de expresar alguna crítica, debemos considerar algunos aspectos: en primer lugar no había experiencias similares en todo el continente. Batres actuaba por su cuenta sin referencias ni bibliografía. Al contrario, la que había procedente de Europa, planteaba la reconstrucción total de los edificios, hasta grados podría decirse oníricos.[211] Por suerte Batres pecó, en todo caso, de sobriedad. En segundo lugar dejó clara la diferencia entre lo nuevo y lo viejo: la escalera fue hecha en forma claramente distinta del sistema de sillares originales, lo que aún puede verse sin ninguna dificultad. El basamento en sí no tenía ninguna posibilidad de malinterpretarse, al estar enfrentado con otros similares aunque totalmente destruidos. Es decir que para su momento, no había una intención de falsificar o de que lo nuevo pareciera viejo. Incluso al haberlo pintado de rojo remarcaba la modernidad de la obra. El problema se presenta hoy, cuando por falta de mantenimiento la pintura ya se ha desgastado y entonces sí parece antigua, además de desconocerse la bibliografía y los dibujos de Batres, en los que ha "quedado así, por este medio, bien consignada la parte antigua de los edificios y la reparada hoy."[212]

Lo mismo sucede con las vigas de hierro utilizadas para sostener los dinteles de las puertas. Si bien han sido duramente criticadas, gracias a ellas el edificio se ha mantenido en perfecto estado. Por otra parte creemos que la solución fue idónea, de una modernidad que asombra, ya que no contradice ni siquiera las más avanzadas normas sobre el tema. No se las disimuló, no se falsificó, y no se dañaron los dinteles monolíticos empotrando por dentro la viga de hierro, con todos los problemas subsecuentes que ya conocemos. Hoy en día sabemos los daños que causa, al dilatarse, el hierro metido dentro de los monumentos antiguos.[213] El propio Batres lo explicó: "Estudié cuáles eran las reparaciones que había que hacer para impedir que cayese por tierra tan notable construcción, y como resultado del prolijo examen, procedí a asegurar la estabilidad de los cerramientos de las puertas (...) que dan acceso al salón de las columnas (...) adoptando el procedimiento de colocar fuertes viguetas de hierro debajo de los citados cerramientos para evitar que se siguieran desplomando."[214]

Pero a continuación tiene el tino de aclarar que "eso no mengua en lo más mínimo el carácter antiguo de éstos, pues el que vea ahí esos aditamentos de fierro, nunca podrá equivocarse" [215] La otra tarea llevada a cabo fue la de enderezar los muros de los edificios del Grupo del Palacio. Para ello se procedió de la siguiente manera, como él mismo escribió, presentándolo en forma de dudas razonables:

"¿Cómo llevarlo a sus plomos y niveles sin poner en inminente peligro de destrucción los grandes tableros de piedra con sus características grecas? Me pareció que lo indicado era forrar de madera con gruesos tablones toda la pared, y después de calcular su resistencia con un poderoso aparato, maderamen y cuatro criks con la fuerza de cincuenta toneladas cada uno, y desarrollada esta fuerza en el sentido de la impulsión sobre el muro forrado de madera, en veinticuatro horas, lo llevé a sus niveles y plomos, recibiendo su parte inferior con cuñas de fierro y la reposición de los mismos sillares que le habían sido robados y que pude recoger, con no poco trabajo, de la iglesia, casas particulares y corrales. Después de que dejé perfectamente asegurada la estabilidad de este muro, seguí haciendo lo mismo con las otras paredes que se hallaban en el mismo caso que la del costado Oriente, reponiéndoles la doble hilera de sillares que sostenían la ornamentación de las paredes, porque pude recoger los que habían puesto en la escalera del Calvario y en otros lugares de la población." [216]

Una actitud similar se nota en la desmantelación de la ventana colonial que había en uno de los edificios y que también

procedió a retirar y luego restaurar, según sus palabras con los mismos fragmentos que aún permanecían caídos al pie de la abertura. El resultado final de esta intervención fue para Batres de importancia, ya que todo había sido hecho con materiales originales o totalmente nuevos. Por ejemplo aclara que al "...reponer las piedras que habían sido robadas en número de 450, sin cambiar por esto en lo más mínimo su sagrado carácter de antigüedad, pues tuve cuidado de medir los huecos de donde arrancaron las piedras los ladrones, para que al recogerlas y reponerlas en su lugar antiguo, se identificasen y resultasen las mismas que los constructores de ese edificio colocaron al fabricarlo".[217]

Fue tal el impacto que esa restauración-reconstrucción causó entre sus contemporáneos, que hasta el presidente Porfirio Díaz la anunció en su discurso del 16 de septiembre de 1900 ante el Congreso de la Unión. Asimismo, y por su propia iniciativa, se envió un álbum fotográfico de las obras al Congreso Internacional de Americanistas que ese año se iba a celebrar en París. El otro aspecto a destacar es que no se entendía la restauración como una intervención puntual, sino como una obra a largo plazo y en todo el sitio. En su informe final, decía que la única manera de que Mitla pudiera ser realmente conservada era con obras menos arqueológicas y más elementales de protección: "Sino se ponen rejas de fierro en todas las puertas (...) si no se construye un cuarto y una cocina para que viva el conserje dentro del recinto de los edificios, será ilusoria la vigilancia del guardián (...) es indispensable también circunscribir el perímetro de las ruinas con una barda de mampostería (...) con sus respectivos portones asegurados con puertas de hierro". Sin todo esto la destrucción de Mitla seguiría adelante. Y de hecho, así fue.

Resumiendo, estos trabajos de Batres no sólo fueron pioneros sino de importancia para la historia de la restauración en América Latina: sirvió de modelo, para ser halagado o vapuleado a lo largo de un siglo. Pero aparte de las polémicas que generó, marcó el momento preciso en que la restauración comenzó a jugar un nuevo papel dentro de la conservación del patrimonio cultural de América.

La restauración de la Escalera Jeroglífica de Copán (1891-1899)

Este proyecto de restauración arquitectónica prehispánica tiene una historia en la que se mezcla lo trágico, lo cómico y lo épico. Se trata de los trabajos que realizó el Peabody Museum de Harvard en las ruinas de Copán, Honduras, entre 1894 y 1899. Durante su transcurso ocurrieron todas las cosas posibles en un país como Honduras en plena época de la introducción de las compañías bananeras: ha habido desde hombres que dieron su vida por la investigación desinteresada, hasta burdas estafas al estado. Vale la pena revisar esta historia, ya que muestra algunas situaciones que, pese a lo que hoy podemos pensar de ellas, dejan ver la cruda realidad que a veces hay detrás de la restauración. Existe bibliografía que narra con detenimiento estos trabajos: desde las publicaciones del Peabody,[218] en especial las de Owens, Maudslay, Saville y Gordon —directores de los trabajos—, hasta las revisiones contemporáneas.[219]

No vamos a repetir aquí la historia de Copán, un sitio conocido desde el siglo XVI, cuando Diego García de Palacio lo describió someramente; tuvo una amplia difusión con la visita de Stephens y Catherwood,[220] y la aparición de su libro tuvo gran repercusión en el país, gracias a lo cual la burguesía nacionalista consiguió la primera ley de conservación del sitio en el año de 1845.[221] En 1874, el presidente decretó el deslinde de la zona arqueológica e inició un expediente para el sitio. Pero nuestro interés concreto se inicia en 1889, cuando un norteamericano, E. W. Perry, firmó un muy particular convenio con el gobierno: el citado Perry se comprometía a organizar una Sociedad de Antigüedades y un Museo de Copán, a cambio de que dicha sociedad tuviera el monopolio para la excavación de las ruinas y la posibilidad de continuar con otros sitios a su elección. La ley aclaraba que los objetos debían pasar a ser parte de ese museo, y que sólo en casos excepcionales podrían éstos salir fuera del país. El plazo para iniciar los trabajos era de dos años, después de los cuales el decreto quedaría anulado, pero la concesión era a perpetuidad. Pero este señor Perry obviamente no pudo iniciar tal proyecto por su cuenta o por la de una sociedad que no existía. Y poco antes de su caducidad el poder fue transferido al Peabody Museum. Cuatro días antes de su vencimiento el gobierno volvió a firmar otro convenio, esta vez con Owens en nombre del Museo, por el cual éste obtenía permiso para excavar el lugar durante diez años. Pero ese decreto fue muy diferente al anterior: ahora se le permitía llevarse la mitad de todas las piezas descubiertas, y se le obviaba la obligación de crear el anterior museo a cambio de construir una simple casa o depósito para guardar allí la mitad que correspondía al gobierno hondureño. De esa mitad a su vez, los investigadores podían llevarse moldes y fotografías a los Estados Unidos, pero no estaban obligados a dejar el mismo material de lo que se llevaban. De más está decir que en la legislación anterior no había precedentes al respecto, lo que ya otros han denunciado con anterioridad.[222]

Las actividades del Peabody se sucedieron a lo largo de cuatro años en forma metódica y por demás eficiente, y la verdad es que se llevaron bastante menos de la mitad de lo descubierto. Pese a ello, actualmente se encuentran fuera del país varias de las más hermosas piezas arqueológicas de Honduras. Pero aunque el convenio era por diez años, en 1895 asumió el gobierno de la nueva Revolución Liberal, que rápidamente procedió a cancelar el contrato de Copán, quizás más como una reivindicación política que por otros motivos. Por supuesto que no era ese el camino para poner las cosas en su lugar: hubiese bastado con denunciar los manejos tras bambalinas del Peabody, como hizo Teobert Maler en Guatemala,[223] y cambiar algunos incisos del contrato, sin tener que cortar de cuajo un proyecto que era beneficioso para el país. Al poco

10. Fachada del Palacio de las Columnas de Mitla antes de que Leopoldo Bales iniciara sus trabajos en 1887. Puede verse la puerta tapiada y el nivel del piso a la altura de la entrada (colección DS).

11. La misma fachada tras la restauración recuperando el nivel de la plaza y del basamento, y con éste ya reconstruido al igual que la escalera central. Fue la primer obra del gobierno mexicano de este tipo, terminada en 1907 (ídem).



10.



11.

tiempo el gobierno anuló la derogación, pero ya era tarde; el Peabody no quiso enviar nuevas expediciones bajo condiciones diferentes, con la excepción de un cortísimo período de trabajo en 1899 para finalizar algunas tareas que habían sido dejadas por la mitad. La suspensión de los trabajos provocó dos gravísimos problemas: primero, comenzó el saqueo sistemático, porque la población ya tenía noción del valor económico de los objetos arqueológicos, desde siempre abandonados y olvidados; además, quedaron sin terminar de restaurar gran cantidad de construcciones, algunas excavadas y sin volver a rellenar, lo que incrementó la velocidad de destrucción.

Pero aquí no termina la historia. En 1900, un nuevo gobierno celebró otro convenio con el Peabody, ya que no sólo Honduras necesitaba un museo nacional (que por lo visto el gobierno no pensaba crear por su cuenta), sino que otra vez comenzaban a agitarse las bambalinas. Este contrato, firmado por G. B. Gordon, concedía un nuevo plazo de diez años y la propiedad por parte del estado de todos los objetos de piedra, columnas, estelas y otras esculturas, al igual que los metales preciosos que pudieran hallarse. Del resto, nuevamente la repartición sería por mitades, pero se realizaría en la ciudad de Tegucigalpa, a la vista de las autoridades competentes: algo se había logrado pese a las condiciones rígidas del museo. Pero menos de un mes después, el propio Congreso vetó al presidente, anulando el contrato. Al mismo tiempo, en una muestra de clara lucidez, se dictó la Ley del Patrimonio de 1900, pilar de la conservación del país a lo largo de nuestro siglo.

Esta larga historia no tiene otro objeto que mostrar cómo los gobiernos fueron manipulados en función de intereses particulares, más allá de la calidad o falta de ella de los trabajos de investigación. No son éstos los que entran en discusión, sino la oscura realidad que se escondía por detrás. No nos parece casualidad que el decreto de anulación del convenio de 1891, que en 1895 dictara el grupo liberal, haya desaparecido del archivo oficial. La historia posterior es corta y no la narraremos aquí, sino más adelante. Después de la ley de 1900, fue en 1917 que salió su reglamento; le sucedió luego una legislación pequeña pero efectiva, hasta la fundación del Instituto de Antropología e Historia en 1952. En la década de 1930 muchos otros grupos extranjeros trabajaron allí, pero ya en condiciones totalmente diferentes.

Vamos a intentar desarrollar en forma completa la particular historia de la escalera jeroglífica y de su restauracion, ya que como dijimos anteriormente, es el primer caso de una restauración arqueológica en América Latina fuera de México. Esta historia comenzó cuando Alfred P. Maudslay visitó las ruinas en 1885, tomó fotografías del sitio y de los restos de la escalera, hizo moldes de estelas y altares, y dio a conocer al mundo la primera interpretación científica de Copán, superando la de S tephens de medio siglo atrás. Trasladó sus moldes a Inglaterra (South Kensington Museum y Archaelogical Museum de Cambridge), y planteó las bases metodológicas para futuros trabajos en el sitio.[224] Poco después, en 1891, llegó la primera expedición del Peabody Museum dirigida por Marshal Saville y con la colaboración de John Owens, quien había sido ayudante de Putnam en Harvard, y gracias a lo cual obtuvo una formación estrictísima como observador de los datos arqueológicos. Estos inician los trabajos de limpieza del lugar, que fueron seguidos por la segunda expedición (1892-1893), dirigida esta vez por el propio Owens. Con él vinieron George B. Gordon, Edmund Lincoln y George S harkley. En este período, quizás el más productivo, se completó la limpieza de la plaza principal y de la acrópolis —tarea descomunal por cierto--, se levantó el plano del sitio, se construyó una barda perimetral para todo el conjunto, se inició la excavación de la escalera jeroglífica, se hicieron moldes de esculturas de otros sitios, como Quiriguá, y Gordon y Owens viajaron repetidas veces al interior y a la costa de Honduras para reconocer otros sitios arqueológicos. Precisamente en uno de estos viajes a la costa Owens contrajo paludismo; murió el 17 de febrero de 1893 y fue enterrado en las ruinas. Pero además de la escalera, la obra de Owens tiene un aporte notable y definitorio para la arqueología mesoamericana: por primera vez y en contra de las ideas de Maudslay, dijo que las construcciones interiores de los edificios corresponden en realidad a épocas más antiguas y no a complejos procedimientos constructivos, tal como creían sus contemporáneos.[225] Esa hipótesis, luego corroborada por George B. Gordon, es de tal importancia que modificó la visión de la arquitectura prehispánica y los procedimientos de excavación y restauración. Su agudeza de análisis, sumada a la metodicidad de Maudslay y la entereza de Gordon, fueron los motores de esta restauración arqueológica pionera.

Al año siguiente, la tercera expedición a Copán fue dirigida por el veterano Maudslay, mientras que la última estuvo a cargo de Gordon, quien contó con la ayuda de Robert Burkitt. En 1899, Gordon nuevamente trabajó una corta temporada —ya vimos los problemas existentes— en la cual completó la restauración de la gran escalera. Como obra final, el Peabody publicó —con independencia de las otras obras que ya citamos— un volumen con la historia de esta restauración, escrito por George B. Gordon: **The hieroglyphic stairway: ruins of Copan. Report on explorations by the Museum** (1902). En él se resumen las exploraciones, políticas de restauración y peripecias de los investigadores. Un excelente trabajo y un gran monumento a la obra de estos pioneros. Podemos reproducir directamente lo que al respecto escribió Alfred Maudslay sobre la metodología a seguir en el trabajo:

"El plan de operaciones adoptado en el campo es el siguiente: la totalidad del área en la cual se encuentran cualquier tipo de restos fue dividida en secciones cuadradas. Después se realizó un detallado examen preliminar de todas las estructuras, todas las ruinas fueron



12.

12. La Pirámide del Sol de Teotihuacan tal como se conservó por mucho tiempo con las reconstrucciones de Leopoldo Batres, incluyendo los errores en los taludes, la falta de escalera en el primer tramo y los muros construidos varios metros adentro de su dimensión original (Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México).

13. Vista aérea de los trabajos de Batres: en la pirámide se ven los contrafuertes que debieron quedar en el interior por la falsa reconstrucción. Lo positivo: el museo, las oficinas, el parque arbolado, el alambrado perimetral y la limpieza del conjunto (Compañía Mexicana de Aerofoto).

13.

detenidamente mapeadas y ubicadas en un plano general. Cada grupo de estructuras está, en ese sentido, ubicado en su lugar preciso en el plano, el que representa con absoluta exactitud el sitio total de la ciudad, con la forma y carácter de sus estructuras, así como la topografía natural detallada. Si el grupo consiste en edificios, éste es desbrozado completamente, y luego detalladamente medido y dibujado sobre una ampliación del plano en la sección correspondiente. En cualquier lugar que se encuentren esculturas e inscripciones jeroglíficas, ellas son fotografiadas y moldeadas en papel o yeso, para ser reproducidas en el Museo de Cambridge, para estudios posteriores". [226]

Además de la limpieza general de todo el sitio, la delimitación de los terrenos y la construcción de una vivienda-bodega allí mismo, se realizaron otras obras de arqueología que no podemos detallar aquí. Nos interesa centrarnos en las restauraciones y en las obras emprendidas para la conservación del sitio en su conjunto. Respecto al Montículo 26, es decir la gigantesca pirámide que tenía en su frente la escalera en cuestión, fue examinada por Maudslay desde su primera visita al lugar, momento en el que llamó la atención sobre una serie de escalones grabados que, al parecer, aún permanecían en su sitio. Salvo éstos, la totalidad de la construcción estaba destruida, no quedando a la vista ni un fragmento de muro en buen estado. Asimismo, esta estructura encerraba en su interior a otra más antigua, al parecer bastante diferente de la última. En 1892 se iniciaron los trabajos para quitar el escombro de la escalera, dirigidos por Owens, quien a poco de comenzar se dio cuenta de que los escalones descubiertos por Maudslay —y que creyó aún en su sitio original— en realidad no lo estaban. La escalera se había venido abajo en sus dos tercios superiores, cubriendo con escombros los escalones inferiores, los que sí habían quedado en su lugar. Lo que pasaba es que una docena de los que correspondieron a la parte central, posiblemente debido a un terremoto, se deslizaron todos juntos por encima del escombro ya caído, manteniendo su relativo orden original. Desafortundamente esta excavación, en pleno trabajo, debió suspenderse por el viaje de Owens y Gordon a la costa, ya que los investigadores, Gordon especialmente, estaban buscando información sobre los sitios cercanos a Copán. Owens regresó de este útimo viaje enfermo de paludismo, y a los pocos días falleció siendo enterrado en la plaza principal donde aún hoy es posible visitar su sencilla tumba. Durante su enfermedad los trabajos fueron retomados por Gordon, quien terminó de limpiar los escalones inferiores —estos sí en su verdadero lugar—, descubrió el altar y la estela al pie de la escalinata y consiguió, en base a las notas de Owens, averiguar la ubicación de las cinco grandes esculturas que iban en el centro coincidiendo con las terrazas del basamento de la pirámide. Todos los escalones fueron bajados hasta la plaza, y ubicados en su lugar relativo de descubrimiento. Se fotografiaron y moldearon todos los glifos y otras piedras encontradas, y se limpió el piso hasta el nivel original de la plaza. Quisiéramos aquí anotar un detalle que llamó la atención a Gordon en su momento: éste planteó que era posible que las hipótesis del deslizamiento de los escalones hubiese sido una superposición muy destruida. Por desgracia hoy ya no podemos saber quién tiene razón, pero Gordon, respetando las ideas de Owens, gravemente enfermo para ese entonces, mantuvo el proyecto original aunque dejó planteada su duda.

Quisiéramos aquí destacar que el grado de destrucción de la pirámide en general y de la escalera en particular, a excepción de la parte inicial, era casi total. El propio Gordon nos dice que "las esculturas removidas durante la excavación son, en su mayoría de tipo fragmentario. En algunos casos algunas partes de figuras o de otros objetos fueron descubiertos y puestos juntos, pero en general sólo se descubrieron fragmentos."[227] Asimismo nos aclara "en algunos casos es posible reconocer bloques que ocuparon lugares adyacentes en la escalera, por la correspondencia de líneas; pero donde el relieve es distinto, o las juntas caen en un sitio en blanco, los bloques tendrán que esperar en su posición desorganizada, hasta que algún otro método sea desarrollado para su restauración." [228]

Esto fue verdad: se debió esperar hasta que en 1937 y por iniciativa de S ylvanus Morley, la escalera fuera completamente reconstruida. La quinta y última temporada de trabajos fue dedicada por entero a la escalera jeroglífica. El corto tiempo que hubo en 1899 (ya hemos visto la problemática política en que el museo Peabody se vio envuelto) permitió que se completara la restauración. El procedimiento fue el siguiente: se retiraron los escalones manteniendo su orden, se rehizo la base sobre la cual fueron apoyados, y luego se los volvió a cementar en su orden original. Se reubicaron las piedras caídas del gran altar inferior al igual que se consolidaron varias piedras de las alfardas laterales. Tal como las fotos nos muestran, no se colocó ni una sola piedra más, ni se intentaron reconstrucciones hipotéticas que los propios arqueólogos vieron como ridículas, ya que se carecía de evidencias para hacerlo. Así quedó el trabajo terminado a fines de 1899 y así permaneció Copán, sin tocar por treinta y ocho años, sirviendo de cantera a los pobladores de la ciudad cercana, y de lugar ideal para el saqueo de coleccionistas y traficantes. Pero más allá de eso, también quedó un proyecto importante para la arqueología americana y, además, un excelente trabajo de restauración.

Los trabajos en Tepoztlán de Francisco Rodríguez (1895)

Siguiendo la línea trazada por Bates en Mitla, en cuanto a tratar dé revalorizar los sitios arqueológicos del país, en 1895 se iniciaron obras en la ciudad de Tepoztlán, tanto en el propio centro urbano como en las ruinas de la montaña cercana. Esta tarea la encaró Francisco Rodríguez, alias **Tepoztecocanétzin Calquetzani,** arquitecto de profesión,. arqueólogo **de** afición. Ya hemos hablado de él en publicaciones anteriores,[229] aunque no abunda la bibliografía sobre su persona. Con los años llegaría a subdirector del Museo Nacional y a Inspector de Monumentos después de Batres, en 1911. Publicó

14. La Pirámide de la Serpiente Emplumada de Xochicalco antes de que Barres iniciara la restauración, mostrando el estado en que se había conservado. Fotografiada por Eduard Seler (colección DS).

15. La misma pirámide tras la obra de Batres en 1909 y cómo fue solucionada la parte en que faltaban relieves, reconstruyendo el volumen pero sin falsificar las piedras (Vistacolor, México).



14.



15.

varias obras sobre sus dos temas predilectos, las ruinas y el arte,[230] y tuvo un marcado prestigio en su época, hasta el punto que fue el gestor del proyecto de Ley de Conservación del Patrimonio de 1911.[231] Rodríguez trató de inscribir sus trabajos de Tepoztlán en las actividades del Congreso Internacional de Americanistas que se celebrara en México por primera vez, y del cual fue uno de los organizadores. En la ciudad realizó una **lavada de cara** de las casas, y arregló al gusto moderno la plaza central, incluyéndole el todavía existente kiosko de hierro y bancas; hizo llegar la electricidad, remodeló el Palacio de Gobierno, instaló un museo de sitio,[232] proyectó el monumento neoprehispánico en homenaje a la remodelación de la ciudad,[233] y todo esto en forma simultánea con las tareas emprendidas por el propio municipio, en cuanto a agua corriente, escuelas, caminos y el ferrocarril.[234] Obviamente no fue un trabajo de interés social sino, más bien, la adecuación de la ciudad a los nuevos lineamientos del **progreso** porfirista: ¡Tepoztlán fue llamada la Atenas de Morelos! Incluyó también la instalación de la primera fábrica para hacer tortillas; de más está decir que los hombres del pueblo la destruyeron.[235]

En las ruinas Rodríguez procedió a excavar la pirámide, dejándola a la vista totalmente aunque no realizó restauraciones, las que son muy posteriores. Hizo el camino de acceso con ayuda de Batres, se designó un cuidador de la zona, se instaló una caseta en la parte superior para cuidar el sitio, y se abrió el camino y actual estacionamiento que va desde el pueblo hasta el camino que sube a las ruinas. En realidad fue todo un trabajo ordenado para rescatar estas ruinas perdidas en la montaña. Sus trabajos en la pirámide fueron publicados por él mismo, tras presentar una ponencia y llevar a los visitantes del Congreso[236] y luego a otras personalidades a que estudiaran el edificio y sus relieves: tal fue el caso de Eduard Seler, Marshal Saville y Cecilio Robelo.[237] Para 1898 había sido dada a conocer al mundo entero por fotografías y artículos; así Tepoztlán inició su carrera como sitio turístico. Este fue uno de los muchos ejemplos en esos años, de lo que hoy llamamos **puesta en valor**, es decir intentos de mejorar el nivel general de todo un sitio, conjuntamente con el rescate del patrimonio arqueológico e histórico.

Rescate arqueológico en la Calle de Las Escalerillas (1900)

A fines de 1900, Leopoldo Batres inició el rescate de los objetos que se estaban encontrando en la excavaciones para el drenaje del centro de la ciudad de México. Desde sus inicios se habían efectuado descubrimientos de esculturas y restos aztecas, pero nada se había hecho al respecto. Batres consiguió autorización oficial en el mes de septiembre, cuando la gran zanja se aproximaba a la Catedral y amenazaba con atravesar el Templo Mayor mexica. Con su actitud habitual, Batres nos dice que solicitó el permiso para "defender el legado cultural de México":

"digo defender los intereses científicos, porque aunque dura la frase, es la apropiada, pues los tesoros de inestimable valor que deben descubrirse, caían al dominio de negociantes que no miran más que a su interés pecuniario, pasando como el caballo de Atila, destruyendo todo aquello que les estorbase en el camino."[238]

Estuvo en la excavación durante casi cuatro meses, con la sola ayuda de su hijo, "porque si abandonaba un momento la vigilancia personalísima, se corría el peligro de que se perdiesen para siempre los tesoros que se iban salvando."[239] Su tarea consistía en ir adelante de los peones del contratista de la obra, recogiendo todo lo que era de tamaño rescatable, y fotografiando o dibujando lo que se iba a perder, ya fueran fragmentos de arquitectura, o escalones, u otras cosas. En ese sentido fue notable el rescate y traslado del gran tzompantli, que aún hoy es pieza excepcional del Museo Nacional. Pensar el esfuerzo que debe haber significado desarmarlo piedra por piedra y luego subirlo y volverlo a rearmar, nos da una pauta de la tarea realizada. El mismo Batres se quejaba de que tres fueron sus grandes problemas: los periodistas, la insalubridad y las críticas de los constructores; un obstáculo peor que el otro. Asimismo, en sus publicaciones desató una acalorada polémica con otros investigadores, como Eduard Seler, quienes dijeron que la iniciativa de Batres, tardía por cierto, se debió más a las presiones de los intelectuales de la época que a su propia decisión.[240]

Como último aspecto, queremos hacer notar cómo en fecha tan temprana existía ya un sistema para la comercialización de objetos prehispánicos de gran envergadura. Incluso la primera tarea de Batres fue rescatar los objetos provenientes de las excavaciones que los propios contratistas habían hecho trasladar a sus bodegas para revenderlos luego.

Las restauraciones de Leopoldo Batres en Teotihuacan (1905-1910)

Los trabajos de restauración realizados por Leopoldo Batres en Teotihuacan, entre 1905 y 1910, deben contarse entre las grandes empresas para la conservación del patrimonio cultural de América. Pese a los errores que cometió y, más aún, pese a que sentó las bases para toda una larga serie de errores posteriores, fue un trabajo pionero de gran envergadura, y resuelto de la mejor manera posible en una coyuntura histórica como fue la de finales del porfiriato. Por otra parte, no había casi antecedentes de este tipo de trabajos, ni en México ni en otros países del mundo. Al parecer, la intención de Batres de realizar grandes trabajos en esa ciudad en ruinas se remonta a 1886, año en que realizó las primeras excavaciones, y en las cuales halló varios fragmentos bien conservados de pinturas murales.[241] A partir de esa fecha, volvió a Teotihuacan en varias oportunidades sin perder la ocasión de realizar nuevos trabajos. Estos fueron de simple

descubrimiento, y no se llevaron a cabo consolidaciones ni restauraciones de ninguna índole. Pero los trabajos formales se iniciaron en marzo de 1905 con todo el apoyo del gobierno.

El propio Batres trató siempre de oficializar sus trabajos, en especial tras las fuertes críticas que se le hicieron a partir de 1910. Según él mismo nos cuenta, la idea fue de Justo Sierra, quien durante una visita al sitio le dijo a Batres: "¿Cree usted poder encontrar debajo de esta inmensa mole de tierra y piedra alguna arquitectura definida que nos enseñe la forma verdadera que tenía en sus primitivos tiempos?... Si usted cree que en los cinco años que faltan para la celebración del Centenario podemos descubrir esas construcciones y consolidarlas al mismo tiempo que se descubran, haré un esfuerzo por conseguir (...) los fondos necesarios."[242] Este párrafo, publicado por Batres en 1919, tiene un aspecto digno de ser destacado, aquel en el que Justo Sierra dice que es necesario **consolidar a medida que se descubran** los restos interiores. De ser esto exacto, ¡qué sabias palabras las de Don Justo en una época tan temprana como era 1905! De todas formas, lo que nos importa es que Batres consiguió el apoyo oficial para cinco años de trabajo.

Las tareas se iniciaron en forma bastante metódica y con una organización de tipo militar: primero se realizaron las obras básicas para deslindar el terreno que iba a ser expropiado ("previo pago"), el cual estaba subdividido entre más de doscientos cincuenta propietarios,[243] con las respectivas bardas de delimitación en medio de las construcciones prehispánicas. Se realizó un desmonte general de las pirámides y se levantó un muro de delimitación de todo el terreno, bastante amplio por cierto, pese a que actualmente sabemos que sólo limita una reducida parte de la ciudad antigua.[244] Los trabajos de infraestructura de apoyo se centraron en las oficinas, bodegas y baños, en un ferrocarril de trocha angosta, un museo y un parque de recreo. El presupuesto fue bastante holgado, salvo alguna que otra queja esporádica,[245] y el personal suficiente. Al parecer el problema más grave con el que se debía enfrentar era el de la premura del tiempo. El mismo escribió que "desde 1905 hasta 1910, sólo mediaban cinco años."[246] ¡Un proyecto a tantos años sería hoy en día un lujo! Recordemos que él mismo había trasladado la Diosa del Agua descubierta al pie de la Pirámide de la Luna, en 1889, después de nueve meses de esfuerzos.

Respecto a las obras de apoyo debemos destacar las oficinas y el museo, ya desaparecidos, en las cercanías de la Pirámide del Sol. El museo, digno de ser tenido en cuenta por ser uno de los más antiguos museos regionales,[247] estaba formado por un gran salón de 45 por 25 metros, techado con una estructura de hierro con tragaluz central de cristal. La fachada era "de estilo dórico, con el frontis y las cornisas de piedra blanca", puerta de hierro, un vestíbulo con dos grandes columnas de hierro y vitrinas de acero niquelado. Queremos realzar las ocho grandes columnas del interior ornamentadas con motivos neo-prehispánicos, ya que es lo único que aún subsiste.[248] En el interior, daba acceso a la exposición "un cancel de madera de caoba con una puerta central y dos laterales, originales del siglo XVIII", que ha desaparecido. Pero los trabajos centrales fueron los de excavación y reconstrucción de la gran Pirámide del Sol. Batres describió sus trabajos con bastante minuciosidad, aunque siempre con bastante posterioridad, y en general podemos ver que utiliza un tono que acentúa dos aspectos: que realizó los trabajos por orden oficial, y que su metodología de trabajo fue minuciosa y de respeto al monumento. Esto nos da que pensar, y creemos que fue una justificación, a veces tardía, ante las críticas de Alfred Maudslay, Manuel Gamio y Zelia Nutall.

El trabajo de la Pirámide del Sol fue muy particular, tanto que hoy es difícil realizar una crítica neutra. En primer lugar podemos ver lo positivo: un gran proyecto para el cual obtuvo los fondos necesarios, bastante tiempo, y obras de apoyo suficientes. Asimismo se planteó una hipótesis científica, luego se la corroboró en la práctica (o por lo menos eso creyó Batres), y con esos elementos se planteó una metodología teórica y un sistema de técnicas de trabajo de excavación y reconstrucción, las que se concretaron en su totalidad. Que la hipótesis original no haya sido cierta, y que sus técnicas y planteos teóricos hoy podamos verlos sin aprobación, es otra cosa. De allí que nos parezca tan importante revisar el caso detenidamente.

La idea de Batres desde hacía muchos años (y bastante común entre los arqueólogos de la época), era que el sistema de construcción prehispánico, caracterizado por la superposición de edificios dejando uno dentro del otro, no era más que una simple costumbre; es decir que los indígenas construían todo el edificio de una sola vez y con "una serie de capas de cuatro metros de grueso"[249] o sea con fachadas y muros idénticos al exterior, pero que al construir los dejaban en el interior. El mismo lo dice así: "fue la verdadera idea directiva de mis exploraciones, de que los constructores mexicanos de templos repetían en cada capa la disposición definitiva de la capa que debía resultar luego la exterior."[250] Si bien ya sabemos que no era así, esto era lo que los exploradores observaban en el interior de los edificios. Recordemos que el primero que planteó la posibilidad de que eso fuera el resultado de diferentes épocas fue George Owens, muy poco antes de morir en Copán, y la idea recién la publicó George B. Gordon en 1904.[251] Es decir que la posibilidad de que su hipótesis fuese equivocada era desconocida en la época: Maudslay no la aceptó sino hasta varios años después. Pero sí, para 1910, era ya cosa aceptada en el medio arqueológico.

Los trabajos se iniciaron con un deshierbe total del enorme montículo quitando incluso los árboles; luego se comenzó a excavar invirtiendo el orden tradicional de la época, es decir de abajo hacia arriba, hasta despejar un ángulo en el primer

talud, y del lado suroeste. El hecho de descubrir este sector en buen estado fue para Batres la corroboración de que abajo de la destruida construcción superior se encontraba otra intacta. Evidentemente no fue así. Pero a partir de este primer paso, nuevamente se planteó un problema de tipo teórico:

"Desmonté el terreno a la altura de la base de la Pirámide del Sol por el ángulo sudoeste y me encontré con que debajo del terreno de acarreo y de una capa de construcción —destruida—de 4 metros de espesor, aparecía un fragmento de paramento hecho de piedras cuyas caras regulares y planas estaban colocadas mirando al exterior (...) era importante poseer el dato científico de la situación en que se encontraba el monumento, y ya con ello realizar metódicamente las excavaciones en condiciones tales de solidez y seguridad que no pudiesen correr peligro los sagrados intereses que se iban a manejar".[252]

Teniendo esto en claro, se plantearon dos alternativas contrapuestas respecto del camino a tomar: o se procedía a quitar todo el escombro, dejando la supuesta capa interior al descubierto, o se lo mantenía intacto, pero sin saber qué había en el interior. " Presentábase pues, ante el enigmático templo, una disyuntiva: o se dejaba el monumento tal cual estaba y permanecía mudo, o se le quitaba la tierra de que estaba cubierto... con lo cual se podría venir en conocimiento de la forma de aquella antiquísima construcción y del destino que tuviera en sus tiempos de esplendor".[253] De alguna manera estamos frente a dos posiciones teóricas: algo así como Ruskin por una parte, y Viollet-le-Duc por la otra. Dos posiciones antípodas, que hoy sabemos que no son válidas en su totalidad, pero que fueron muy lógicas en su momento histórico. Por lo menos la alternativa fue planteada. La decisión, como siempre que hay que deslindar responsabilidades, la tomó la superioridad: "presenté al ministerio esta disyuntiva y optó por el segundo término".[254] Visto así, Batres no tuvo nada que ver con la opción. Tomada esta decisión, se continuó trabajando: se excavó el lado sur en su totalidad, profundizando cada vez más en el interior del núcleo hasta llegar a unos ocho metros de profundidad, tras lo cual se tomó conciencia de que no existía ninguna construcción interior, y que si seguían así, iban a terminar por pasar al otro lado de la pirámide. De manera que allí se detuvieron y procedieron a reconstruir el paramento, dejando hacia afuera unos "contrafuertes" que en realidad no iban hacia el exterior, sino hacia el interior. Con ver actualmente el verdadero arranque dé la pirámide, que se conservó intacto ya que Batres excavó más arriba del nivel original del piso, podemos entender el porqué de esta reconstrucción falsa. Lo mismo le sucedió en parte del lado este y casi todo el lado oeste. Por el lado este reconstruyó erróneamente las escalinatas, y lo más grave fue haber confundido la bajada de agua del montículo adosado al frente, con escaleras. Aún permanecen así, pese a que años más tarde se descubrió el arranque original de la escalera frontal de la pirámide. En fin, los errores fueron muchos: desde cementar los restos del templo superior en una masa irreconocible, hasta transformar un talud en un paramento recto. La pirámide actual poco tiene que ver con lo que alguna vez fue.

De todas formas, el propio Batres describió los trabajos como si los considerara perfectos. Vale la pena reproducir algunas citas:

"La manera que me pareció más apropiada para consolidar los monumentos sin que éstos pierdan su autenticidad, fue la de encargar a una cuadrilla de albañiles hábiles que con pequeñas cucharitas escarbasen ala profundidad de 10 cm, la argamasa del lodo que une las piedras y sin que éstas se movieran del lugar, se les uniese con pequeños pedazos de toba volcánica y argamasa de cal, arena y cemento, revocando las juntas en que se habían introducido mezcla y piedras." [255]
"Toda esta larguísima y delicada operación se llevó a efecto sin mover las piedras de su sitio primitivo, y así pudo conservarse, religiosamente, la antigüedad y originalidad de la construcción primitiva." [256]

Honestamente no sé si Batres lo decía en serio o no, aunque ya no es importante, ¡pero sí llegó a pegar fragmentos de estuco de un sitio en otro lugar, para que tuviera la apariencia de original! ... Lo que sí queremos destacar es que ya en ese momento había un planteamiento progresista de cómo se debe o se debería restaurar sin modificar o tergiversar el edificio prehispánico. De todas formas, la larga y lamentable historia de este gran edificio no terminó aquí. Debió, a lo largo de los siguientes setenta años, sufrir otras intervenciones, no siempre todo lo buenas que podrían haber sido. En 1906, Porfirio Díaz dijo en su discurso al Congreso que "la obra de exploración de Teotihuacan se ha proseguido activamente. En uno de los lados de la gran Pirámide del Sol se han descubierto (...) escaleras monumentales, y la construcción se va consolidando sin hacer, sin embargo, en ella nada nuevo, de modo que solamente se impide su desmoronamiento." [257]

La obra de Batres no se acabó allí: excavó y restauró otros edificios, aunque en general en las construcciones más pequeñas sus logros fueron mayores. Por ejemplo en el grupo conocido como Edificios Superpuestos,'" al encontrar la época más antigua procedió a sostener la superior mediante una estructura de columnas de hierro y bovedillas de lámina de acero que aún hoy subsisten, y que creemos que fue una excelente solución. Si hubiese realizado una estructura de concreto o de piedras, probablemente hubiese sido transformada con los años en una falsificación arqueológica[259] como ocurrió en otros sitios. No había duda de qué era original y qué antiguo. Para la época, 1907, volvemos a destacar su importancia. En la Casa de los Sacerdotes procedió a cementar la parte superior para evitar filtraciones, aunque fue duramente criticado por ello poco después.[260] Pese a eso, observó con sumo detenimiento los restos de fuego, los cadáveres en el sitio y los fragmentos de la techumbre entre el escombro. En el Templo de la Agricultura no se hicieron

restauraciones, pero sí se procedió a copiar el mural íntegramente, ya que como él mismo dijo no había en su momento ningún procedimiento efectivo para conservar pinturas. Recordemos que en Europa, concretamente en Cnossos, se procedió a reconstruir y repintar los murales para poder conservarlos? Aún se conservan en el Museo Nacional los fragmentos retirados por Batres.[262]

El último grupo trabajado fue el que más tarde se llamó Teopancalco o Casa del Ceramista, sitio en el cual funcionaba desde hacía muchos años un taller de falsificaciones (Batres lo llamaba "la fábrica de ídolos falsos"). Bajo este edificio se descubrieron varios murales en buen estado, y "para proteger esas pinturas murales les coloqué gruesos cristales de protección".[263] Fue una mala solución pero, al menos, un intento. Para concluir, creemos que estos trabajos fueron lo mejor que el estado porfirista podía realizar; ala altura de las posibilidades estaban las respuestas. Por supuesto que hoy vemos con estupefacción lo realizado con la Pirámide del Sol, pero ¿quién otro hubiese enfrentado un problema de esa envergadura? ¿Y quién, en 1905, podría llevar adelante semejante proyecto y terminarlo? Quede esto como un ejemplo clave en la larga y difícil historia de la conservación del patrimonio cultural de América Latina.

Los trabajos de Leopoldo Batres en Monte Albán (1902)

Este trabajo de Batres que queremos sólo reseñar, no fue "un caso de restauración propiamente dicho: Batres comenzó sus trabajos en las ruinas en una fecha temprana —marzo de 1902- y los terminó a fines de mayo, lo que significó casi tres meses continuos de exploración en el sitio.[264] Básicamente la tarea más importante fue la limpieza y tala de árboles, lo que cambió radicalmente la fisonomía de la plaza central, tal como puede verse en las fotografías de la época. Esta limpieza permitió definir más claramente las dimensiones y límites de cada edificio, y la forma de la plaza, confirmando la gran perspectiva que, tiempo antes, había realizado William Holmes.[265]

En los trabajos de excavación descubrió una enorme cantidad de lápidas y estelas con relieves e inscripciones jeroglíficas, columnas, tumbas y ofrendas de todo tipo. No realizó trabajos de reparación de ninguno de estos descubrimientos, pero siguió la exploración del edificio de Los Danzantes, que había sido iniciada por Guillermo Dupaix en 1804, y que había sido continuada por Francisco Sologuren entre 1885 y 1900, ayudado este último por un tal Licenciado Belmar. Batres continuó la excavación liberando varios Danzantes más y demostró que no era una tumba, como pensaba Dupaix, sino algún tipo de templo que había sido decorado con losas grabadas en relieve; procedió a excavar en la parte superior del montículo, y encontró un edificio con sus muros en buen estado hasta el metro de altura, el que fue despejado. A excepción de esto y de haber puesto nuevamente en su lugar original varias estelas caídas y columnas con glifos, no hizo nada más de restauración.

La restauración de Xochicalco por Leopoldo Batres (1909)

Como ya se ha dicho, Batres es una figura clave para entender el proceso histórico de la restauración arqueológica en México durante sus primeros años. Y justamente sus trabajos en Xochicalco son de destacar tanto por las técnicas empleadas, por la posición teórica frente ala restauración, por haber sido el proyecto más amplio para el sitio, y porque en su trabajo de reconstrucción preanunciaba una tendencia de la arqueología oficial mexicana que aún no ha desaparecido. La historia de esta restauración fue narrada por el mismo Batres en una ponencia ante el Congreso de Americanistas reunido en México en 1910, pocos días antes de que el contingente completo de visitantes viajase a conocer esas ruinas.[266] Asimismo, tenemos bibliografía que nos resume la historia de los trabajos en el sitio, y demás está decir que la bibliografía sobre Xochicalco es una de las más amplias que existen en todo el continente.[267]

Los trabajos de Leopoldo Batres consistieron en la limpieza general del sitio, despejando completamente el monumento que más le interesaba, la Pirámide de Quetzalcóatl, y en la reconstrucción completa del basamento y parte de los muros inferiores del templo superior. Batres mismo nos describe con claridad el estado de este gran basamento en el momento de su llegada al lugar, siguiendo las instrucciones de Justo Sierra, quien tras su visita al sitio ordenó justamente su limpieza y restauración:

"El basamento (...) ha sufrido las consecuencias de los atentados predatorios que se han cometido en él por los antiguos dueños de la Hacienda de Miacatlán y por un grupo de soldados franceses en la época de la Intervención, quienes moldearon el monumento y lo armaron después en París; pero no se conformaron solamente con hacer la reproducción, sino que creyendo encontrar tesoros, cavaron el interior del macizo de la construcción, destruyéndola sin piedad hasta llegar al fondo de los cimientos. A medida que cavaron el interior, las piedras que formaban los elementos del segundo cuerpo se iban hundiendo en la excavación y allí permanecieron ocultas hasta hace algunos meses que la piqueta salvadora de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes exhumó aquellos restos que, aunque mutilados e incompletos, se han vuelto a colocar en su sitio. La avaricia, el lucro y la ignorancia que tanto caracterizan a las clases ricas de la sociedad, hizo que los antiguos dueños de la Hacienda de Miacatlán, como he dicho ya, destruyesen y robasen parte del templo de Xochicalco, primero para construir las hornillas de la casa de calderas, y después para formar una presa en la misma finca". [268]

Los trabajos emprendidos ampliaron en gran medida el conocimiento del sitio, ya que dejó de ser simplemente un monumento para pasar a ser una ciudad completa. Bales nos dice:

"Como al emprender las obras de reparación fue necesario desmontar las colinas que rodean la que sustenta el monumento reconstruido, el desmonte dio por resultado el descubrimiento de grandes plazas, explanadas, fortificaciones y calzadas, perfectamente embaldosadas, que unían los distintos grupos de aquella extensísima zona arqueológica. La mirada de los sabios y de los curiosos ya no se fijará solamente en el conocido monumento de Xochicalco, sino que tendrá que extenderla a muchos otros, que si bien no alcanzan la importancia del que ha motivado las obras de reparación en cuanto a su belleza artística, atrevida construcción y significado, sí se puede asegurar que no son menos interesantes que éste en su importancia histórica y arqueológica. ¡Cuánta riqueza encerrarán aquellos apartados sitios, habitados por el alacrán y venenoso vinagrillo, en donde hoy sólo se escucha el cantar de la codorniz y la tórtola!"[269]

Otro aspecto interesante de estos trabajos, que duraron siete meses, fue la extrema dificultad para obtener y trasladar hacia la cima del sitio los materiales necesarios. Podemos leer la odisea que significó en esa época, sin carreteras ni caminos, llevar cemento en tal cantidad, al igual que el agua que era subida desde el pie de la montaña. Batres también construyó una casa para huéspedes y colocó un inspector para mantener vigilancia sobre el sitio. Todo esto fue destruido en 1912, durante la lucha de la Revolución en Morelos. Hacer un análisis de la reconstrucción de este edificio desde una perspectiva de más de 70 años de distancia no es fácil. Pero hay varios aspectos que destacar: en primer lugar, Barres procedió, tras la limpieza (pueden verse las fotos de Maudslay y otros estudiosos tomadas antes de los trabajos y durante el propio proceso) a rehacer la construcción. Para ello levantó piedras caídas, extrajo las que se hallaban dentro de la excavación que había en el interior, y procedió a unirlas con cemento. En los sitios donde no tenía las piedras exactas, simplemente utilizó un aparejo de piedras menores con juntas anchas de mortero. Batres nos dice que "la reconstrucción (...) presentó desde un principio dificultades, tanto en la ejecución material de la obra por falta de elementos, cuanto por lo imposible que fue completar la construcción con las partes que la integraban en sus principios, y porque algunos de los elementos del edificio que podía recoger no se correspondían entre sí, puesto que faltaban en el segundo cuerpo una gran mayoría de ellos".[270]

Esto nos lleva a plantear dos aspectos a tener en cuenta: en primer lugar sí se reconstruyó, pero se dejaron evidencia de las partes reconstruidas y las que no lo fueron. Puede apreciarse que aún hoy en día esto es perfectamente claro, cosa que no resulta así en los edificios cercanos reconstruidos hace veinte años o menos aún. Sí es posible criticarle el hecho de no haber notado que el edificio posee tres épocas anteriores en su interior, pero recordemos que Batres en esa época lo desconocía.

Asimismo, muchas veces hemos visto duras críticas respecto a las piedras talladas que sobraron en la reconstrucción: aún pueden verse a un costado del edificio sillares tallados en relieve que no cupieron en los trabajos de Batres. Si bien esto puede causar una extraña impresión en primera instancia, nos parece que también puede ser interpretado como una muestra de sinceridad, al no haber incluido piedras cuando no se tenía evidencia de dónde iban colocadas. Es obvio que se cometieron errores y se ubicaron algunos relieves en sitios que posiblemente no son los adecuados, al igual que se falló en la forma en que se rehizo la entrada al templo superior; pero peor hubiera sido si se hubieran subido aún más los muros, poniendo la totalidad de las piedras encontradas. Además de la falta de la columna central del pórtico, y posiblemente de otras en el interior del edificio, es factible que Barres cometiera otro pequeño error. Según algunos viajeros que visitaron el sitio antes de la restauración, y en el plano hecho por los ingenieros José María Flores y un señor Segura por encargo de Peñafiel en 1885, existía una piedra labrada en el primer escalón y en el centro de la escalera, la que fue interpretada como una separación de la escalera en dos partes iguales. Tiempo después Eduardo Noguera lo destacó y realizó una reconstrucción en el papel[271] presentando el edificio como si fuera en realidad un templo gemelo tipo azteca. Ya es muy difícil dirimir esta cuestión. Como conclusión, podemos ver que si bien la obra es para nosotros criticable y ecléctica, fue lo mejor que hizo Batres. Utilizó todos los recursos de la época, y realizó un trabajo acorde a sus posibilidades materiales e intelectuales que fue una respuesta coherente con la política cultural del porfiriato.

8. Saqueo, deterioro y destrucción del patrimonio durante el siglo XIX

Mucho se hace por la conservación del patrimonio cultural. Esto es evidente e indiscutible, pero esta visión positiva no debe ensombrecer el espectro más grande que significa la protección y rescate del patrimonio total. Mucho se hace, pero no basta. Si la conservación avanza, lenta pero con seguridad, la destrucción, el saqueo y el deterioro lo hacen mucho más rápidamente, y la brecha es cada vez mayor, no menor. La velocidad del crecimiento urbano es un buen exponente de ello. Hoy en día podemos comprar una casa sobre lo que fueron edificios prehispánicos excavados por Manuel Gamio en Azcapotzalco, jugar golf entre las ruinas de Dzibilchaltún, o alojarnos en un hotel colocado sobre un palacio de Teotihuacan, o comprar una casa sobre una pirámide en Kaminljuyú.

Por otra parte, desde hace tiempo, he venido intentando impulsar una posición que redefina los conceptos de conservación del patrimonio cultural desde una perspectiva crítica y de contenido social: sólo aceptando nuestras situaciones de países subdesarrollados y con graves problemas de todo tipo, es que podremos enfrentar en forma realista nuestras carencias. Lo demás nos lleva a perdernos por senderos equivocados. Y los problemas que todos conocemos en cuanto a la destrucción de la cultura popular por el efecto mancomunado del sistema imperante y las malas políticas indigenistas, son suficientemente elocuentes. Para entender qué es la conservación debemos primero entender qué es la destrucción. Sólo comprendiendo las verdaderas causas por las que nuestra cultura es atacada y destruida y cómo es que esto se produce, podremos desarrollar políticas que nos permitan enfrentar el problema con seriedad y en profundidad.[272] Para ello es necesario realizar una historia, aunque sea breve, de la destrucción, el deterioro y el saqueo. Por supuesto que lo que sucede es doloroso, es triste y es indignante, pero es real y lo vemos a diario.

Estas notas parten para México desde 1821. Ya vimos que el problema tiene raíces históricas más profundas, pero lo importante es que a partir de la Independencia las cosas tomaron cariz diferente. No es lo mismo la destrucción que había impuesto el régimen colonial que el saqueo ocurrido durante el porfiriato. Además, las políticas conservacionistas, si bien nacieron en el siglo XVIII con personajes como Clavijero, Alzate, León y Gama, Boturini, Veytia, fray Servando Teresa de Mier, Mariano Beristain o Guillermo Dupaix, el inicio de la práctica conservacionista se da después de Hidalgo, Morelos y sus luchas. El primer Museo Nacional se fundó en 1824, y la Coatlicue fue definitivamente desenterrada del patio de la universidad apenas un año antes. Y si bien el saqueo y la pérdida patrimonial surgen antes de esta época, sólo comenzaron a ser comprendidos hacia 1830-1840; en realidad, únicamente se tomaron medidas concretas hacia fin de siglo.

Para comenzar, debemos tener en claro que el problema fundamental no radica, como tantas veces se ha planteado, únicamente en el robo de piezas arqueológicas o históricas. Si bien ésta es una forma de sacar los objetos fuera de su contexto, mucho más grave es la destrucción propiciada por el propio sistema que impone pautas de conducta social, de educación, vestimenta, idiomas y religiones totalmente diferentes a las tradicionales. Es mucho más grave que un pueblo pierda su organización social, su forma de vestirse y hablar, y hasta su arquitectura y entorno natural, que un museo extranjero se lleve un par de objetos arqueológicos, aunque tampoco esto sea correcto. Obviamente la cuestión ha sido planteada de manera inversa, y en general los críticos del saqueo lo presentan siempre como un problema de **vaciamiento** de cosas materiales, sin tener en cuenta qué es lo que realmente está en el fondo del problema. ¿Acaso alguien puede pretender que un campesino expoliado, inculto, reducido a la condición de proletario rural, subalimentado y transculturado por los medios masivos de comunicación, no venda una cerámica encontrada en una antigua tumba, para entregarla

en cambio a las autoridades, que no siempre son de toda la integridad moral que uno desearía? Es así como podríamos tratar de interpretar el fenómeno del saqueo arqueológico: como un verdadero problema social. Y lo podemos analizar históricamente ya que hay casos realmente interesantes. Creo que se puede encontrar destrucción por ignorancia, destrucción por el mero placer de destruir (veremos muchos casos de este tipo), destrucción con fines de lucro, y destrucción como medio de imposición cultural. La más compleja de todas es la destrucción con afanes supuestamente científicos, avalados por la ciencia oficial imperante.

Existen varios hechos que podríamos ir reseñando y que nos darán idea de cada uno de estos casos. Desde principios del siglo pasado existía entre los viajeros ilustrados la arraigada costumbre de llevar, de regreso de sus viajes por América, objetos arqueológicos como recuerdo personal o para los museos europeos. Esta costumbre, a nivel turístico, hizo que desde la Independencia hubiera familias enteras dedicadas a la falsificación de cerámicas y esculturas de piedra. Brantz Mayer[273] declaraba con toda ingenuidad en 1841 que era imposible comprar arqueología en la ciudad de México, porque la cantidad de falsificaciones era tan grande que sólo un especialista podía reconocer una pieza original de otra falsa. En 1836, el Conde Waldeck[274] fue engañado al comprar dos códices falsos que aún existen. Hacia 1870 había unas cuantas familias dedicadas a tan lucrativo negocio y al parecer, había grandes intereses en juego.

Leopoldo Batres, muchas veces acusado injustamente de ser dueño de estas fábricas, consiguió clausurar una de ellas en Teotihuacan. Gracias a que el taller estaba encima de un edificio arqueológico —la llamada "casa del artesano" o Teopancalco, que tenía pinturas murales—, Batres consiguió comprar la casa y cerrar el negocio; los falsificadores tenían más de 30 años en el sitio. El propio Batres escribió años más tarde un libro muy interesante sobre falsificaciones y falsificadores,[275] pero tal parece que no fue lo suficientemente explícito, porque a la Exposición Colombina de 1892 México llevó y expuso una gran colección de ladrillos grabados de Palenque, totalmente falsos, y que incluso se publicaron a todo lujo. Ese libro de Batres es un ejemplo excelente de lo ecléctico de la época. Ecléctica porque Barres se expresó con muy malos términos sobre los falsificadores, pero Manuel Gamio, pocos años más tarde, intentó incrementar la producción de piezas de cerámica en Teotihuacan, como forma de aumentar los ingresos de los artesanos. Pero, aparte de eso, Batres hizo historia de estas falsificaciones, según él nacidas durante el siglo XVI, y que en Tlatelolco tuvieron un auge sostenido, al grado de utilizar materiales inexistentes en los tiempos prehispánicos, como metales, plomo y fragmentos de esculturas de alabastro italiano. Según él, muchos de los códices aún hoy tenidos por legítimos fueron realizados por estos artistas de la copia: el caso extremo es el del Códice de la Peregrinación. Los falsificadores de Tlatelolco desaparecieron hacia 1860, pero en otros sitios continúan trabajando cotidianamente. Años más tarde, Gamio acusó a Batres y a la Junta Colombina del fraude de los ladrillos de Palenque, sin acordarse que Batres por su parte ya había acusado al director de la Junta. Lo interesante es que Gamio decidió exponer los ladrillos en una vitrina del Museo, como ejemplo para el futuro, con la intención de que los arqueólogos sólo trabajaran con objetos encontrados por ellos mismos. Estos ladrilllos fueron otra de las magistrales obras del prolífico Genaro López, de quien hablaremos a continuación. Genaro López fue justamente el personaje más conocido en esa época como falsificador, y el que más dolores de cabeza le dio a los investigadores. Fue simultáneamente falsificador de códices y dibujante oficial del Museo Nacional durante 30 años. Fue precisamente gracias a la habilidad que llegó a adquirir copiando códices en el Museo, que luego comenzó a hacerlos por su propia cuenta [276] Sus hijos continuaron la tradición que aún hoy en día perdura, después de tres generaciones dedicadas ala fabricación de códices antiguos. Los trabajos de López engañaron a Chavero, Pinart y Lumholtz entre otros, y hasta a expertos de la talla de Francisco del Paso y Troncoso.

Durante los últimos años del siglo pasado era tan grande la fabricación de antigüedades, que los arqueólogos extranjeros se maravillaban de la capacidad de producción de los artesanos mexicanos. En 1886 vino al país por primera vez William Holmes, quien publicó dos estudios acerca de las falsificaciones y su comercialización, que nos muestran que las piezas eran bastante burdas, porque en la época no era mucho lo que los falsificadores podían saber sobre el tema, y carecían por otra parte de las rep roducciones fotográficas que hoy aparecen en las publicaciones, lo que les hubiera permitido mejorar sus técnicas. [2]

Otra corriente importante de depredación fue la de llevarse libros y documentos antiguos —además de códices, verdaderos y falsos— a los museos y colecciones privadas de Europa y Estados Unidos. Si bien el saqueo de libros es más tardío, habiéndose organizado hacia 1880, recordemos que no había —ni hay aún— ninguna ley que proteja ampliamente los libros publicados, aunque sólo exista un ejemplar en el mundo. Un buen caso, entre muchos otros que tenemos que dejar de lado, es el de la colección de J. M. A. Aubin. Este investigador y científico francés viajó a México en 1830 y regresó a París en 1840, con una colección de documentos originales sacados de contrabando, con total conciencia de lo que hacía. Tenemos una narración del procedimiento utilizado;[278] Eugène Boban, anticuario francés quien vivió más de 25 años en México, y escribió un libro sobre códices y libros mexicanos provenientes de la colección Aubin, dijo que éste, "temiendo que con razón, la aduana de Veracruz examinara sus colecciones de documentos históricos, se ingenió dividiéndolos, confundiéndolos y borrando los números y las marcas de bibliotecas públicas o particulares con el fin de que este conjunto confuso tuviera la apariencia de un amontonamiento de papeles sin valor". Algo similar hizo Brasseur de Bourbourg con su biblioteca de 1.440 volúmenes raros y manuscritos.

Diferente es el caso de algunos mexicanos que hicieron lo mismo pero en circunstancias distintas. Por ejemplo, el incansable investigador Nicolás León, quien vivió gran parte de su vida sumido en la pobreza, tuvo que recurrir a vender gran parte de sus libros a instituciones de Estados Unidos, pero no para enriquecerse o movido por la codicia, sino para poder financiar sus publicaciones, las del Museo Michoacano, y atender a su propia subsistencia.[279] Tenemos el caso de la biblioteca de Alfredo Chavero, única en su género en el país, que fue vendida a Manuel Fernández del Castillo cuando éste era Secretario de Estado con la expresa condición de que no fuera sacada del país. Pero su nuevo dueño inmediatamente la dispersó por Londres ¡ni más ni menos que a cambio de un nuevo modelo de florete![280] Fue vendida junto con la biblioteca de José F. Ramírez en 1580, siguiendo la línea trazada años antes, cuando en 1869 se vendió la colección completa de documentos y libros raros de Andrade, que iba a formar la base de la Biblioteca Imperial de Maximiliano. Así se formaron las numerosas bibliotecas latinoamericanas de Estados Unidos y de Europa: tanto gracias al saqueo, como a la desidida oficial y a las acciones de la supuesta clase culta en el poder. Cuando se remató la colección Aubin en París, en 1889, Antonio Peñafiel fue comisionado para traerla nuevamente a México; pero para sorpresa suya, Boban decidió que, dado que esa colección era importante para Francia, no podía ya salir del país porque constituía ¡patrimonio nacional francés!

Por supuesto no sólo salían libros o manuscritos del país, también el flujo de piezas arqueológicas era imparable, y en cierta forma sigue siéndolo. Hay algunos casos notables: por ejemplo, Stephens mandó retirar un dintel de madera y varias lápidas de piedra esculpida de Kabah.[281] Luego los hizo enviar a New York donde el dintel se quemó —junto con las fotografías y dibujos de Catherwood— y las piedras pasaron á manos particulares, como adorno de una isla prehispánica donde un millonario excéntrico las tuvo medio siglo olvidadas. Fueron rescatadas en 1918 por obra de una casualidad, y ahora por lo menos están en un museo norteamericano. Ya en 1786 el rey de España había encargado a Antonio del Río que le enviara objetos de Palenque para ser estudiados por Juan Bautista Muñoz,[282] objetos que aún permanecen en Madrid. El suizo Gustave Bernouille trasladó un dintel de Tikal a Basilea; Maudslay, escalones de Yaxchilán a Londres, y así tantos otros investigadores serios de la época.

Pero lo más llamativo es que muchos de estos traslados se hicieron no sólo con conocimiento de las autoridades sino también con su beneplácito. Maudslay consiguió una orden del propio presidente de Guatemala para trasladar piezas arqueológicas al British Museum, y el Peabody Museum tenía autorización para llevarse de Copán el 50% de los objetos que se descubrieran. Y en realidad no se puede decir que hayan sido abusivos, porque sólo se llevaron una ínfima parte. Henri Baradère obtuvo un permiso de Lucas Alamán para llevarse la mitad de todos sus hallazgos. Tenemos también el caso del coleccionista Carl Uhde, un comerciante alemán que gastó una verdadera fortuna en objetos arqueológicos, y que tenía sus propios encargados de comprar piezas en todos los estados de la república. Cuando en 1842 decidió volver a su patria obtuvo un permiso del gobierno mexicano para llevarse su colección completa. Por lo menos, hasta la fecha, ésta se conserva en distintos museos alemanes. No era extraño tampoco que algunas personas relacionadas aunque fuera tangencialmente con la arqueología, tuvieran directamente que ver con el tráfico ilegal. En Palenque la situación llegó al colmo cuando Frans Blom en 1925, tuvo que denunciar a Benito Lacroix y a su padre Francisco, cuidadores **honorarios** de las ruinas desde 1880, por ser los principales saqueadores de la zona. Blom publicó[283] fotografías de los monumentos hallados en la misma casa de los Lacroix, que estaban a la venta para el público que visitaba las ruinas.

Prácticamente todos los exploradores del siglo pasado tuvieron que ver, de una forma u otra, con problemas de este tipo. Para la mentalidad europea era difícil aceptar que los grandes monumentos prehispánicos estuvieran abandonados en la selva o el desierto, y consideraban correcto llevárselos a sus países para ser estudiados y expuestos ante un público culto. Teobert Maler, incansable denunciante de cualquier mínimo atropello en un sitio arqueológico, en 1905 se llevó, después de cortarlo, un escalón de la escalera jeroglífica de Naranjo, el que, trasladado a Belice, pasó luego al Museum of American Indians de New York[284] Todavía se conserva la carta de Maler a Spinden contando lo sucedido, lo que nos pone en una situación de perplejidad cuando nos enteramos de sus propias lamentaciones al saber que dos estelas de La Reforma III habían sido utilizadas por un ignorante campesino para hacer un horno de pan. El conde Waldeck intentó llevarse un fragmento del Bello Relieve de Palenque; no pudo hacerlo porque se le deshizo en las manos. El mismo narró la historia en su diario privado, durante 1833. Estaban también los obsequios oficiales a los embajadores y representantes de gobiernos extranjeros, que se dieron especialmente antes y durante las fiestas del Centenario de la Independencia. Tenemos una descripción de un caso notable: la venta de un códice zapoteco, hecha por Leopoldo Batres al ministro alemán, Barón de Waecker Gotter, quien lo sacó del país en 1883. La denuncia fue hecha por varios entendidos en la materia: Antonio Peñafiel, Manuel F. Alvarez, Alfredo Chavero y Jesús Galindo y Villa.[285] El códice había pertenecido a la familia Sánchez Solís, quizás los más importantes coleccionistas de México de todo el siglo pasado.

Y he aquí un caso descabellado por lo estéril de la destrucción: se trata de la colección de Gustav Kanter, de Chaculá , Guatemala. Este alemán interesado en la historia de su patria adoptiva, había reunido centenares de esculturas y miles de objetos menores en su hacienda, la que se hizo famosa en 1890, siendo visitada entre otros por Seler, quien publicó varias piezas de esa colección.[2]86 Kanter además había organizado una biblioteca única en el país en su época, que incluía vitrinas, colecciones de fotografías, un salón-museo y demás. En 1915 la hacienda fue brutalmente atacada por el ejército,

por orden gubernamental, por supuestos apoyos de Kanter a la Revolución Mexicana, y las tropas saquearon y quemaron todo: ¡los libros fueron llevados al pueblo de Netón para hacer cohetes con el papel! Para tener una idea de la importancia de la colección podemos decir que en 1927 todavía quedaban abandonadas en el lugar 75 grandes esculturas de piedra. En fin, para completar la situación, el sitio fue nuevamente desvastado por el ejército en marzo de 1962.

En este sentido la destrucción ha sido tan intensa que han habido arqueólogos que, en su época, llevaban un historial de la destrucción de los edificios prehispánicos. Seler nos describe el proceso rápido e irreversible de deterioro de 14s fachadas de estuco de Acanceh.[287] En primer lugar nos recuerda que los relieves ya habían sido descubiertos por la gente del lugar que retiraba piedras para construir sus casas, junto con los mascarones superiores de la gran pirámide. De esas grandes máscaras sólo nos queda una foto de Maler, tomada en 1906, época en que se encontraban aún en perfecto estado. Los relieves del Palacio comenzaron a destruirse al dejarse a la vista, al igual que los cuatro grandes pájaros que decoraban los ángulos. En 1907 la esquina estaba aún tapada, lo mismo que la del lado oeste, aunque las otras ya estaban descuidadas y semidestruidas. Pocos meses más tarde, una de ellas ya había quedado también a la vista, y estaba parcialmente destruida. Hacia 1910 ambas esquinas estaban acabadas. Debemos recordar que este edificio sólo fue parcialmente restaurado en 1936-1937. Las pinturas murales de las tumbas, intactas hacia 1920, tampoco existen.

Uno de los casos más tristemente célebres de saqueo y destrucción fue el del cónsul norteamericano Edward Thompson, quien se apropió prácticamente de Chichén Itzá durante 20 años e hizo allí lo que le vino en gana. Thompson había comenzado sus actividades arqueológicas en 1888, con la excavación de la cueva de Loltún. A partir de allí realizó varios trabajos, buenos para la época, en sitios del Yucatán, gracias a su posición tan particular como cónsul en Progreso. Si esto hubiera acabado ahí, Thompson hubiera entrado en la historia de la arqueología como un aficionado que realizara interesantes aportes al conocimiento del mundo prehispánico. Pero quiso ir más lejos: quiso hacer una obra tan trascendente que nunca nadie pudiera superarla y quizás para 1890 ya tuviera sus facultades mentales alteradas. Fue en ese momento cuando el Peabody Museum, para el cual trabajaba y el que publicaba sus libros e informes, lo contrató para hacer exploraciones en Chichén Itzá. El promotor de esto fue F. W. Putnam. Thompson inició sus excavaciones con el hallazgo de la Tumba del Gran Sacerdote, y trasladó ala Exposición Colombina de 1893 en Chicago todos los objetos hallados. Recordemos que en esta exposición, Putnam organizó una gran sala de Mesoamérica donde lo más importante eran los moldes de Copán. En 1894 Thompson consiguió el apoyo de S tephen Salisbury —quien también había ayudado económicamente a Le Plongeon—, y de Charles P. Bowditch, para comenzar a dragar el Cenote Sagrado. Esta tarea ya la había intentado Désiré Charnay en 1881, pero había resultado un fracaso. A partir de ese momento, comenzaron a salir, gracias a la draga colocada en el borde del cenote, miles de objetos nunca enumerados en su totalidad,[288] entre ellos docenas de discos de oro. Todo fue enviado directamente al Peabody, a través de Bowditch. Se sucedieron en total tres largas temporadas, que culminaron en 1911 con el apoyo de Walter Austin. Lamentablemente nunca sabremos qué fue lo que se sacó de las profundidades del cenote; pero las listas incompletas de Alfred Tozzer y de T. E. Willard, nos dicen que fue un tesoro inapreciable. Como el dragado no fue mantenido en secreto, hubieron insistentes denuncias en periódicos y a nivel oficial, en especial por parte de Teobert Maler; pero no debía ser fácil ponerle coto a las actividades de un personaje de su posición política. Finalmente fue tal el escándalo internacional, que en 1910 fue cesado en su puesto oficial.

Pero ésta no fue la única actividad de Thompson en Chichén Itzá. También excavó y exploró diversos edificios, destruyendo esculturas y pinturas murales después de fotografiarlas y estudiarlas, con el único propósito de que nadie pudiese volver a escribir sobre ellas. Maler denunció todo esto con tal insistencia, que logró que el propio ministro Justo Sierra acudiera al lugar durante la visita preparatoria a la de Porfirio Díaz, y viera lo que estaba ocurriendo. Sierra se presentó en el escenario de los hechos en 1906, acompañado de Leopoldo Batres, pero las cosas no pasaron de allí. Por suerte hoy en día se han publicado gran parte de los documentos inéditos de Maler con la historia de estas atrocidades.[289] Thompson había incluso borrado con agua las pinturas del Templo de los Tigres. Una buena prueba de ello es que, en 1901 y 1902 estaban intactas, momento en que fueron copiadas por Adela Breton. Thompson publicó su artículo sobre ellas en 1902, y después mandó, con ayuda de su compinche Santiago Bolio, inspector de monumentos de Yucatán, poner una puerta (que aún sigue allí). Cuando Justo Sierra y Batres estuvieron en 1906, prácticamente nada quedaba de ellas, muy poco más que hoy en día. Algo parecido sucedió con el friso con esculturas que decoraba la fachada de la subestructura de la Pirámide Ovalada de Uxmal. Santiago Bolio había excavado una trinchera para dejarlo a la vista, y poco después su sucesor, Andrés S olís, puso dos puertas para protegerlo. Pero a los pocos días un grupo de desconocidos, que por supuesto tenían la llave de los candados, derribaron el friso completo para llevárselo incluyendo la famosa cabeza tatuada. Maler denunció el hecho y logró que se presentara en el lugar el hijo de Batres, y juntos trasladaron la cabeza al Museo Nacional, donde aún se conserva.

El problema con Thompson se puso todavía más serio; con su cesantía como cónsul compró los restos de la Hacienda Chichén para transformarla en hotel turístico, y de esa forma adquirir también para sí las ruinas que se hallaban dentro de los terrenos propiedad de la hacienda. Su primera medida fue dirigirse al gobierno federal para solicitar, por su gran tarea en beneficio del patrimonio cultural, ¡una exención de impuestos por 20 años![290] Por suerte le fue denegada, otra

vez a causa de los artículos del persistente Maler. Pero el hotel siguió funcionando hasta que, en 1926, el gobierno mexicano, por fin, le inició un juicio criminal por saqueo del patrimonio, y esto por la conmoción mundial que causó el libro de Willard **The City of the Sacred Well**,[291] donde se narraban los trabajos de Thompson y los tesoros sacados del cenote. El juicio duró 18 años, y ala muerte del enjuiciado, en 1935, se transformó en un juicio civil a sus sucesores. Si bien la primera instancia la ganó el gobierno, los deudos apelaron, y en 1944 se declaró un amparo por el cual el hotel le fue devuelto a la familia de Thompson. Sorprendente, por cierto.

Pero de este tipo de destrucción, por codicia de un lado y por desidia del otro, hay casos muy anteriores y bien documentados. Ya Stephens se quejaba del saqueo a que se había visto sometida la ciudad de Itzimté. Y poco después Désiré Charnay había quedado consternado cuando llegó al cementerio prehispánico que pensaba excavar y lo encontró ya saqueado. Y ello sucedía en 1857. De todas formas esto no impidió que realizara una excavación muy sistemática y que se llevara más de 400 cerámicas completas. Por supuesto, esto, más las otras colecciones que Charnay hizo en sus viajes, terminaron en París y en la colección privada de Monsieur Lorillard de New York, quien financió los viajes de este explorador. La casa del propio Lorillard era un verdadero museo privado que consistía en un edificio en forma de pirámide maya.[292] Tiempo más tarde también contrató a Adolph Bandelier para viajar y excavar en México. Pocos años después, otro infatigable viajero, el geólogo Ramón Almaraz, director de la Comisión Científica de Pachuca, decía lo siguiente respecto a los montículos de Teotihuacan: "se han hecho muchas excavaciones, las que originaron en gran parte el deterioro que se nota (en ellos); algunas ejecutadas con intención científica en busca de objetos arqueológicos; hechas las otras por personas ignorantes y rapaces, impulsadas por la codicia de encontrar mentidos tesoros; no han faltado tampoco, y éste es el común origen de la mayor parte de las obras de destrucción, gentes mal intencionadas que emprenden a hacer la demolición de las ruinas para aprovechar los pórfidos labrados". [293] Poco más adelante en su escrito narra cómo un coleccionista privado, hacia 1860, hizo desmontar un edificio redondo de Teotihuacan de 5,20 m. de radio (que por otra parte no debió ser el único de la ciudad), rodeado por una serpiente labrada de piedra, para trasladarlo a su residencia. Como era de esperarse dejó abandonadas y semidestruidas la mitad de las piedras labradas.[294]

Una muestra de la situación imperante, vista con los ojos de un culto viajero nortemericano, es la que dejó en uno de sus libros Brantz Mayer en 1841, cuando escribió:

"Pero volvamos a nuestra visita al Museo. Si de la estatua de Carlos IV, que se halla en el centro del patio, vamos ala parte izquierda del cuadrilátero, observamos que las arcadas están allí cubiertas de paneles de madera de diez a quince pies de alto, y llenos, al parecer, de cajas, armarios viejos, piedras antiguas y cantidad de trastos. Pero dando un real al portero tendréis libre acceso al interior, y quedaréis asombrado al encontrar en medio de ese maremágnum de basura, suciedad y muebles arrumbados, reliquias de la antigüedad por las cuales pagarían gustosos miles de dólares el Museo Británico, el Louvre, la Gliptoteca de Munich o cualquier monarca ilustrado que tuviese buen gusto y dinero para pagar". [295]

Cuando John Lloyd Stephens visitó las ruinas de Palenque, no pudo entender por qué las autoridades nada habían hecho por ellas, y quiso comprarlas: "Yo compondría el Palacio y repoblaría la antigua ciudad de Palenque". Nos cuenta la anécdota de la siguiente manera:

"...emprendí otra operación, a saber: la compra de la ciudad de Palenque. Estoy obligado a decir, no obstante, que yo no tuve el arrojo suficiente para iniciar esto, sino que caí en ello accidentalmente, en una larga conversación con el prefecto acerca de la fertilidad del terreno, de la baratura de la tierra, de su vecindad a la orilla del mar y a los Estados Unidos, y de la fácil comunicación con Nueva York. El me contó que un comerciante de Tabasco, que había visitado el lugar, había propuesto comprar un terreno y establecer una colonia de emigrados, pero que se había ido y que jamás volvió. Añadió que, durante dos años, había tenido en sus manos una orden del gobierno del Estado de Chiapas, al que la región pertenecía, para la venta de toda la tierra de su vecindad que se encontrase bajo ciertos límites; pero que no hubo compradores y que jamás se hicieron ventas. Al preguntarle supe que esta orden en sus condiciones incluía el terreno ocupado por la ciudad en ruinas. Ninguna excepción cualquiera que fuese se hacía en favor de ella. El me enseñó la orden, la cual era imperativa; y dijo que si alguna excepción se hubiera impuesto, debería haber sido expresado así". [296]

Más adelante aclara que "el terreno que contenía las ruinas se componía de más o menos seis mil acres de buena tierra, el cual, según la apreciación corriente, costaría alrededor de mil quinientos dólares, y el prefecto dijo que éste no sería valuado en un centavo más por motivo de las ruinas. Inmediatamente resolví comprarlas".[297] El único impedimento para concretar la transacción fue que, como extranjero, sólo podía adquirir una propiedad si se casaba con una mexicana. Pese a las diversas excusas que da en su libro, se nota que no tenía ningún deseo de contraer matrimonio.

Yendo un poco más lejos, nos encontramos con el intento oficial del gobierno inglés de llevarse las estelas mayas de Copán, en Honduras, al British Museum, en una operación de inusitada magnitud. Existe publicada una carta de Lord Palmerston, secretario de relaciones exteriores de la corona británica, a Frederick Chatfield, cónsul de Inglaterra en Guatemala, y redactada hacia 1840. La mala intención no da lugar a dudas:[298]

"Parece (...) que estas ruinas (...) son tenidas en poca o ninguna estima por los nativos del país, y es posible que la principal dificultad que se encuentre para trasladar los ejemplares de escultura, sea tan sólo dar con los medios para transportarlas a algún embarcadero. Hay que tener cuidado, por lo tanto, de que al efectuar las investigaciones correspondientes para dar cumplimiento al presente instructivo, no se vaya a hacer que el pueblo del país confiera un valor imaginario a cosas que en realidad no tienen ningún valor para ellos."

Para llevar a cabo la operación fue comisionado un ilustrado alemán, conocedor de la arqueología de la región, Karl Scherzer, quien entre otras cosas se hizo famoso por haber publicado el Popol Vuh en 1857. Como sabemos, nunca se llevó a cabo la operación, pero la razón fue que Scherzer se enteró que un reciente terremoto había deteriorado varios monumentos, y consideró que no valía la pena siquiera trasladarse al lugar.

Pero existen casos aún más patéticos, como por ejemplo los 69 códices que en la época colonial había enviado a España el virrey Antonio de Mendoza, y que después de ser robados en alta mar por un corsario francés pasaron a manos de Thevet y luego en Inglaterra a las del historiador y coleccionista Hakluit, para quedarse después definitivamente en Oxford. En el siglo pasado se vieron cosas como la salida de la biblioteca y archivo de Iturbide, que fueron llevados por su familia a Filadelfia en 1824, después del fusilamiento del emperador Maximiliano. Y podemos agregar que cuando se trasladó la biblioteca de Maximiliano de Austria al Convento de San Agustín, en unas cuantas cuadras se perdieron nada menos que 10.652 volúmenes que nunca llegaron a su destino. El presbítero Agustín Fischer, famoso saqueador de la época, logró sacar por la aduana de Veracruz, sin que nadie lo notara, 200 cajones de libros que habían formado la biblioteca del sabio Andrade.[299] Sin embargo había excepciones, y todos los días aparecía gente desinteresada que luchaba contra este estado de cosas. En relación con algunos pioneros de la conservación, hay anécdotas graciosas y al mismo tiempo llenas de contenido. Cuando el Corregidor del Petén, Guatemala, en 1848 descubrió las ruinas de Tikal, no encontró ningún mecanismo efectivo para demostrar que eran propiedad del estado e impedir su saqueo. El único recurso que tuvo a la mano fue escribir en la pared de un edificio "nuestros nombres y una inscripción fechada, en la que como Corregidor y Comandante declaraba a aquellas ruinas y monumentos como propiedad de la República de Guatemala". Aclaraba a continuación "vengan enhorabuena esos viajeros con mayores posibilidades y facultades intelectuales, hagan excavaciones al pie de las estatuas, rompan los palacios y saquen curiosidades y tesoros, lo que no podrán llevarse sin el debido permiso."[300]

Pocos años después, en 1872, en una reunión de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Bartolomé Ballesteros, amante del arte y las antigüedades, presentó una ponencia. En ella, hablando del deplorable estado en que se encontraban las ruinas de La Quemada, decía lo siguiente:

"El Sr. D. Francisco Méndez, vecino de Villanueva, me informó que había poseído muchas curiosidades, que todas las había regalado, y que a cada momento los vaqueros y pastores hallaban entre los escombros bastantes piezas, que hacían pedazos. Yo creo que la gente del campo que comete semejantes actos por ignorancia, es menos culpable que nuestros gobiernos, que tienen tan en poco estos depósitos de antigüedades".[301]

Stephens por su parte contó, respecto a las ruinas guatemaltecas de Utatlán que:

"El dueño del terreno, un mestizo, cuya casa quedaba en la vecindad, y que nos acompañó a las ruinas, nos contó que él les había comprado la tierra a los indios y que, por algún tiempo después de la compra, lo molestaron con sus periódicas visitas para celebrar algunos de sus antiguos ritos sobre la cima de esta estructura. Esta molestia continuó hasta que él azotó a dos o tres de los principales y los mandó a la porra". [302]

Este corto escrito nos hace pensar en muchas cosas; cosas que van más allá del simple problema del saqueo arqueológico, sólo uno de los expolios a los que nos vemos sometidos. Desde el siglo pasado, es evidente que la cuestión no debe ser entendida únicamente desde la perspectiva de que "nos roban lo que es nuestro". También hacemos la vista gorda y dejamos que nos roben; también los gobiernos son (o por lo menos fueron) en parte responsables de estas pérdidas. Maudslay tuvo autorización para llevarse los dinteles de Yaxchilán, lo mismo el Peabody Museum en el caso de Honduras, y en México hubo una larga lista de excepciones para amigos e influyentes. Mucha gente se vio envuelta en el gran negocio, y como dice el refrán, business are business. Recordemos que Justo Sierra dijo en 1880, cuando era diputado federal y justamente cuando se dilucidaba la posibilidad de que un particular llevara piezas arqueológicas fuera del país, lo siguiente: "Yo pregunto ¿por qué se quieren conservar estas riquezas en el país? En primer lugar, los que pertenecen a esta generación y las generaciones que han pasado, nada han hecho por conservar esas antigüedades en el país... ¿en dónde está la historia, el gran resultado que hemos sacado nosotros de la inspección y del examen de nuestras ruinas? Esos resultados, si los hay, nos han venido de Europa, nos los ha dado el extranjero (...) Nosotros, que nos exaltamos cuando se trata de arrancar un pedazo de barro de una civilización que no hemos sabido comprender (...) no hemos formado siquiera una sociedad en que se trate de la exploración científica de esas ruinas (...) Hacer uso del amor

patrio para impedir que esto que está sepultado en el polvo vaya a servir de ilustración al extranjero, que nos lo devolverá en libros (...) me parece que es indebido".[303] Aunque también, inspiradamente, agregó: "Mientras que no asumamos lo que nos pasa, no podremos salir adelante".

La historia epopéyica del tablero del Templo de la Cruz de Palenque debería estar escrita en una historia de la estupidez humana. Las peripecias de estos tableros comenzaron cuando los primeros exploradores de las ruinas descubrieron a fines del siglo XVIII que existía un gran tablero —compuesto de tres partes— en el interior del templo. El último en verlo en esa posición fue Guillermo Dupaix en 1809.[304] Años más tarde, cuando arribó a Palenque el Conde Waldeck, se encontró con que uno de los fragmentos esculpidos, el central, había sido retirado y se encontraba cerca del río que atravesaba la ciudad, listo para ser trasladado al pueblo. En 1832 Waldeck averiguó rápidamente que la señora Irene Balboa, en complicidad con el alcalde Tomás Garrido, lo había retirado para enviarlo a Estados Unidos, a instancias de un norteamericano novio de la hija de doña frene. Waldeck encaró al alcalde, le mostró sus credenciales, y prestamente envió una carta al gobernador en la que en términos perentorios describía la situación en su pésimo español. El alcalde por su parte, al ver que el pasaporte de Waldeck estaba expedido por Lucas Alamán, preguntó inocentemente por qué firmaba el papel "un alemán". Esta correspondencia está parcialmente publicada,y es un conjunto de documentos importantes para remarcar la propiedad estatal del patrimonio en fecha tan temprana.[305]

Años más tarde pasaron por el lugar Stephens y Catherwood, quienes encontraron este fragmento en la misma posición y lugar en que lo había dejado Waldeck, aunque observaron que ya habían intentado quitar la parte derecha del tablero, la que se encontraba quebrada en varios fragmentos en el piso del templo. Alguien había tratado de retirarla y al quebrársele la abandonó en el mismo lugar. También se encontraron con que el diputado de la región, Ignacio Bravo, había hecho quitar los dos tableros de la entrada del Templo de la Cruz para colocarlos en su casa empotrados en el muro de su comedor. Como era lógico de suponer, Stephens ofreció comprarlos, pero la condición impuesta era que debía adquirirlos junto con la casa, y esto sólo si contraía matrimonio con una de las hijas del diputado. El viajero norteamericano no pudo realizar la transacción, según él, porque ambas hijas carecían de los más elementales atractivos. Años más tarde, Charnay vio las esculturas en el mismo lugar, y posteriormente fueron vueltas a empotrar, esta vez en la fachada de la iglesia. Por supuesto, la iglesia se derrumbó ya en nuestro siglo, y las esculturas se rompieron en varios fragmentos, los cuales después de esto, sí fueron vueltos a colocar en el templo donde uno de ellos fue parcialmente destruido no hace mucho por alguien que quiso apoderarse de él.

Pero la cosa no quedó así con las dos lápidas extraídas del tablero posterior. La parte central continuó varios años junto al río, donde la fotografió Désiré Charnay mucho tiempo después, pero los fragmentos del lado derecho fueron enviados por Charles Rusell, cónsul de Estados Unidos en la Isla del Carmen, al en ese entonces Nacional Museum, y luego pasaron ala S m ithsonian Institution. Rusell, quien había recibido en su casa a S tephens en 1840, debió enterarse por ese conducto de la importancia del tablero y éste fue llevado por un tal Pawling, a quien Stephens le dejó encargado que sacara moldes y se los enviara a New York. En 1842 los recibieron en Estados Unidos. Allí, el tablero fue reconstruido con mucho cuidado,pero luego quedó abandonado en una bodega, hasta que Charles Rau lo identificó y publicó un extenso estudio en 1882.[306] Para seguir con la mala suerte, mientras estaba en la bodega el tablero se cayó de su posición y se volvió a quebrar en varios fragmentos, por lo que hubo que reconstruirlo nuevamente en base a un molde que se había tomado años antes. Inclusive hubo que rehacer con cemento varias partes de los relieves que se destruyeron. Por fin el tablero central fue trasladado de Palenque a México, gracias a la iniciativa del Ministro de Fomento Carlos Pacheco, en 1890. Con los años, Justo Sierrra después de su visita a Palenque, fue quien tomó las primeras disposiciones para solicitar a Estados Unidos la devolución del tablero, y para que el otro fragmento se llevara al Museo Nacional. Leopoldo Batres desprendió el tercer fragmento que aún estaba adherido al muro; y poco después Porfirio Díaz concretó la devolución, a través del embajador, del relieve viajero. Pero esto no fue todo: en 1964, cuando el tablero era trasladado al nuevo Museo de Antropología en Chapultepec, se volvió a caer, quebrándose esta vez en 10 pedazos y produciéndose grandes grietas.[307]



16.



17.



18.

16. El basamento frontal de la Pirámide de la Luna en Teothihuacan tras la restauración de Francisco Rodríguez, en la cual se completó el volumen del tablero superior y se consolidaron los tres inferiores; un trabajo que ponía a México en el más alto nivel internacional en 1911 (Archivo del INAH, México).

17. La pirámide doble de Teopanzolco cerca de Cuernavaca al completarse la restauración en 1922, utilizando el sistema de Teotihuacan; el buen estado de conservación permitió un trabajo de inusitada calidad para la época (colección DS).

18. Manuel Gamio posando delante de su restauración de los tableros del templo de Quetzalcóatl, posiblemente durante 1921, iniciando una nuev a tradición en la restauración arqueológica (ídem).

9. El período de la conservación nacionalista (1911-1930)

El hecho de que se establezca al año 1911 para el inicio de un nuevo período en la conservación del patrimonio cultural, se justifica por el comienzo de la Revolución Mexicana, la salida de Leopoldo Batres de la Inspección de Monumentos, la fundación de la Escuela Internacional y la designación de su primer director, Franz Boas. Por otro lado, el nombramiento de Francisco Rodríguez como Inspector de Monumentos quien, aunque permaneció en su puesto un año y su actividad se centró en trabajos de campo más acordes con la lógica y la modernidad imperantes, puso en evidencia, a través de su restauración de la Pirámide de la Luna en Teotihuacan, los errores cometidos por Batres en ese mismo lugar.

El estallido de la Revolución en 1911 causó una conmoción difícil de describir. Si bien la ciudad de México durante el desarrollo de los acontecimientos de los siguientes años, no vivió como el interior del país una guerra desgastante, la estructura del poder —o gran parte de ella— se derrumbó estrepitosamente. Los cambios económicos y políticos, por no citar los sociales, que estaba produciendo este fenómeno, obviamente modificaron el desarrollo de la investigación, de la restauración y, en general, de la conservación del patrimonio en todos sus aspectos. Por otra parte, en esos años murió la mayoría de los pioneros de la arqueología y la historia mexicana. Por ejemplo, entre 1915 y 1916 fallecieron Francisco del Paso y Troncoso, Cecilio Robelo, José María Agreda y Agustín Rivera, quienes habían manejado el Museo Nacional durante medio siglo. Era toda una generación que dejaba paso a otra, pero que no había formado cuadros intermedios. Entre ellos y los que habrían de sucederles, había quedado una generación en blanco: rasgo típico de nuestras dictaduras latinoamericanas. Además, las presiones internacionales ejercidas sobre México eran ya importantes. Por ejemplo, mientras en el país se continuaba realizando un tipo de investigación netamente positivista, carente de visiones de conjunto y profundidad histórica, otros estudiosos venidos de fuera estaban dándole ala arqueología mexicana un cariz muy distinto. Entre 1912 y 1914 se publicaron varios libros que, por primera vez, daban visiones completas del mundo prehispánico. Los libros de Henri Beuchat, Thomas Joyce y Herbert Spinden revisaron los conocimientos existentes a la fecha, y sin ningún otro elemento más que la información arqueológica y etnohistórica, reconstruyeron toda una época de la historia humana en Mesoamérica: para su época estos trabajos significaron esfuerzos notables. Spinden, por ejemplo, estableció por primera vez la homogeneidad continental del período denominado Arcaico, y actualmente Formativo.[308] Algo similar sucedió en Guatemala con la publicación de Antonio y Carlos Villacorta. Fue el primer gran intento de construir esquemas interamericanos de tipo cronológico-cultural. Otro aspecto clave en la época fue la introducción de una nueva visión de la arqueología. No quiere decir esto que la anterior haya sido acientífica; lo que realmente sucede es que a partir de 1910 el positivismo spenceriano dejó paso a las nuevas tendencias pospositivistas norteamericanas. Estas implicaban la concepción de la historia antigua como un fenómeno meramente **arqueológico y** de rasgos culturales, que debían ser estudiados mediante el método estratigráfico, sistema éste de exploración que comenzó a institucionalizarse a partir de 1910.

En México, dos eventos permitirán el surgimiento de estas nuevas tendencias en la investigación: la fundación de la Secretaría de Educación Pública[309] bajo la dirección de José Vasconcelos, y la creación de la Escuela Internacional de Arqueología Americana. Dentro de la corriente encabezada por Vasconcelos, surge marcadamente un creciente nacionalismo, teñido muchas veces de un populismo demagógico, que impulsó cl estudio de la historia y el conocimiento del problema indígena como dos mecanismos para consolidar en el poder, después de la Revolución, ala nueva burguesía mexicana. Al igual que los criollos del siglo XVIII necesitaron al indígena del pasado para justificar su papel histórico; la nueva burguesía tuvo que utilizar lo mexicano para justificar su nuevo papel. Recordemos que entre 1912 y 1923 hubo

toda una política oficial por impulsar una nueva imagen de México anteEuropa y Estados Unidos, que permitiera acelerar el reconocimiento de su gobierno. Todo lo que estaba relacionado con la tierra, el campo, el campesino, era tema de estudio científico. La arqueología tomó un rumbo hasta entonces nunca visto en cuanto a calidad y capacidad económica: la restauración de edificios se transformó en un tema común, y las publicaciones comenzaron a aparecer en forma sistemática. Son los años que vieron nacer al indigenismo, la educación popular, el arte de carácter **nacional,** la literatura sobre temas revolucionarios, la pintura al aire libre y el muralisma. Hubo un intento de mirar hacia el interior del país, de conocerlo, de aprehenderlo y, por qué no, de utilizarlo para construir el nuevo modelo económico del capitalismo dependiente. El personaje clave de este período fue Manuel Gamio, quien surge como colaborador de Franz Boas en la Escuela Internacional. Gamio se hizo cargo del puesto de Batres en 1913, después de la salida intempestiva de Francisco Rodríguez. Ya en la Inspección, Gamio comenzó a formar un grupo de investigadores que, con los años, formarían la Escuela Mexicana de Arqueología. Su principal colaborador fue José Reygadas Vértiz, ingeniero de profesión, quien se hizo cargo en el campo de los trabajos de Gamio. A su lado comenzó a trabajar Ignacio Marquina, quien llegaría al puesto de Gamio después de Reygadas, en 1931.[310] En el primer gran proyecto de Gamio colaboraron Ignacio Marquina, Hermann Beyer, José María Arreola, Roque Cevallos Novelo, Antonio Cortés, Pablo González Casanova, Alfonso Toro y Lucio Mendieta y Núñez, entre otros.

Es importante rever la trayectoria de Gamio, ya que atañe directamente a esta historia de la restauración. Nacido en 1883, en 1906 decidió cursar los estudios generales de antropología y arqueología que se dictaban en el Museo Nacional. Estos cursos estaban signados por una tendencia netamente oligárquica, elitista y acientífica, destacándose entre sus profesores Leopoldo Batres, que era el único que tenía algún trabajo de campo realizado. Lo demás era simplemente una serie de cursos magistrales en los cuales cada profesor aventuraba sus hipótesis predilectas. Para 1908 Gamio decidió entrar en la carrera docente del Museo y realizó su primer trabajo de campo en Chalchihuites. Para fin de ese año, gracias a su contacto con Zelia Nutall, obtuvo una beca para estudiar en la universidad de Columbia. Allí, donde permaneció desde 1909 a 1911, estableció contacto con Franz Boas, quien cambiaría el curso de su vida y el de la antropología mexicana.[311] Con una nueva formación científica Gamio regresó a México para participar en la ya creada Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americana, fundada por Boas, Tozzer, Engerrand y S eler. Allí se afanó por imponer una nueva metodología de trabajo, por difundir la técnica estratigráfica y por conseguir que la Inspección de Monumentos cambiara su política de trabajo. En 1913 obtuvo el codiciado puesto de Inspector General, después de haber tenido diversos problemas con Francisco Rodríguez. Mantuvo este cargo hasta 1916, año en que se fundó la Dirección de Antropología que él mismo dirigió hasta 1924. Continuó como director de la Escuela Internacional hasta 1920. Durante un breve período fue designado Subsecretario de Educación Pública en 1924, pero se produjeron roces desagradables y tuvo que exiliarse en Chicago, hasta que regresó a México en 1926 y dejó totalmente la arqueología para dedicarse al indigenismo.

Los trabajos de Gamio estaban encaminados hacia la construcción de una arqueología **científica.** Para ello fueron necesarios tres elementos simultáneos: los trabajos estratigráficos, una legislación moderna, y trabajos de campo constantes, además de una teoría antropológica que avale esa práctica y que hunda sus raíces en lo llamado **mexicano.** La tarea de la Dirección era descubrir las verdaderas raíces de México y exhibirlas orgullosamente al mundo. La restauración de edificios históricos y arqueológicos pasó a formar parte, por lo tanto, de ese proyecto, jugando un papel propagandístico: los investigadores eran los encargados de descubrir el pasado del pueblo y necesitaban restaurarlo para mostrárselo al propio pueblo. Formaron un grupo de ideólogos cuyas teorías tendrían mucho peso en los años siguientes.

El primer trabajo arqueológico de Gamio dentro de la Inspección, fue, no casualmente, en las ruinas del Templo Mayor. Al derruirse una casa antigua se habían encontrado algunos restos de edificios, por lo que Gamio hizo una pequeña exploración y restauró con toda lógica los restos descubiertos. Fue la primera obra realizada con la colaboración de José Reygadas Vértiz, y que estableció un tipo de restauración que se continuó haciendo en los siguientes años. En 1914-1915 ambos se trasladaron a Teotihuacan, donde hicieron exploraciones arqueológicas intensas. En 1917 excavaron bajo la lava en Copilco, y establecieron un museo de sitio con los hallazgos del lugar. En 1920, Gamio fundó una revista independiente de antropología, **Ethnos,** para presentar una opción diferente a los tradicionales **Anales del Museo Nacional,** que aún estaban bajo la égida de los ya ancianos historiadores del museo. En 1922 aparecería otra, esta vez dirigida por Alfonso Caso, llamada **Revista Mexicana de Estudios Históricos**.[312] Para 1922, Gamio inició con la ayuda de Byron Cummings la exploración de la pirámide de Cuicuilco, que se continuaría en 1925. Paralelamente a todo esto, entre 1917 y 1922 realizó un gran proyecto en Teotihuacan, que resultó en una investigación metodológicamente única en el continente. Al finalizar ese trabajo, y debido a las eternas luchas internas por el poder, Gamio fue desplazado bruscamente de su puesto, por lo cual tuvo que salir del país por algún tiempo.

Su sucesor fue Reygadas Vértiz, quien en 1926 consiguió que la Inspección de Monumentos se transformara en Dirección de Arqueología, dándole así un nivel institucional más alto. En 1929 la Dirección pasó a ser la Oficina de Monumentos Prehispánicos, para transformarse un año más tarde en el Departamento de Monumentos Prehispánicos. A fines de 1931, Ignacio Marquina asumió como jefe de esa dependencia. Y en ese año termina nuestro período de estudio, ya que entre

19. Inicios de la excavación del Templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan; se pueden ver aparecer las primeras piedras esculpidas entre el escombro retirado (Archivo del INAH, México).

20. Vista del tablero inferior del templo al ser excavado: sólo se encontró este nivel en buen estado y los restos del superior. Obsérvese el estado de la alfarda y de la escalera central; aún estaban los pilares de madera de la etapa posterior de construcción, luego desaparecidos (ídem).

21. El edificio en la actualidad con la separación del público. Puede verse el sistema diferencial usado para los sectores en que no había esculturas o relieves, los que fueron completados como volúmenes neutros (ídem).



19.



20.



21.

1929 y 1931 se produjo una serie de cambios en la arqueología mexicana, que repercutieron en la restauración y que ameritan un análisis de otras características. Entre 1926 y 1930 se realizaron otros trabajos arqueológicos además de los ya citados, algunos de los cuales se analizan en detalle más adelante. Otros, debido a su carácter más sencillo, solamente se mencionan: me refiero a La Quemada, Chalchihuites y El Tajín, todos ellos realizados por Eduardo Noguera, quien a través de sus exploraciones en Xochicalco desde 1925, se transformó rápidamente en uno de los arqueólogos de mayor prestigio de su generación. Otro aspecto importante fue el comienzo de los trabajos en México de una misión norteamericana, la Carnegie Institution de Washington, trabajos que estuvieron bajo la dirección de Sylvanus Morley. Trabajaron desde 1924 hasta 1954 en forma ininterrumpida, marcando una época nueva para la investigación en el país. Tras el impacto de la Carnegie, la arqueología ya no sería la misma, para bien y para mal.

En lo político también se dio un hecho de marcada importancia: el advenimiento al poder en Yucatán de Felipe Carrillo Puerto, militante socialista, quien organizó un verdadero gobierno revolucionario en su tierra natal. Afortunadamente la bibliografía sobre este líder es amplia[313] y permite apreciar su forma de ver el pasado prehispánico. El inicio de los trabajos de la Carnegie en el Yucatán se daría con su asesinato, ocurrido en 1924: "Felipe Carrillo Puerto vio claramente que el pueblo maya esclavizado estaba perdiendo sus raíces culturales, su identidad como grupo, sus modos propios de vida, y se dio a la tarea de estimular la reconstrucción de esas bases culturales. Entendió que ante la deplorable realidad de los indígenas conquistados y despojados, podía contrastársele con la existencia de una gran cultura maya, como la que expresaban Chichén Itzá y Uxmal."[314] Es por eso que sus contactos y colaboración con Gamio y luego con Reygadas Vértiz fueron estrechos y constantes desde 1917 y sobre todo desde que fue elegido diputado nacional en 1920. El propio Morley le debía más de un favor de esos años. Recordemos que el convenio de la Carnegie se firmó aún en 1923, y que para principios de 1924 Carrillo Puerto alcanzó a inaugurar las carreteras a Chichón y Uxmal. Además, él creó el Museo Arqueológico del Yucatán, en Mérida, y nombró como directora Luis Rosado Vega, un entusiasta que organizó y dirigió el pequeño museo a lo largo de muchísimos años. Es interesante comprobar, por ejemplo, cómo cada grupo social en México tenía sus propias expectativas sobre el futuro inmediato del país durante esos años. Tras la Revolución, los grupos progresistas creyeron que realmente ésta había triunfado. Pero los sectores de la burguesía de la capital fueron en realidad los que ganaron la cruenta guerra. Carrillo Puerto planeaba poco antes de su asesinato, un mundo nuevo para los mayas del Yucatán. En su discurso póstumo dijo:

"También estamos enseñando la lengua maya en las escuelas y enfatizando la riqueza y la gloria de la antigua civilización maya. Nuestras primeras carreteras han sido construidas para comunicarnos con las ruinas mayas, porque son un monumento de nuestro pasado y una promesa para nuestro futuro. El indio que antes fue esclavo, está ahora orgulloso de su lenguaje y de sus tradiciones (...) Tendremos un Yucatán que preservará todo lo que es rico, bello y útil ala tradición de los mayas, y al mismo tiempo, un Yucatán que pueda absorber todos los nuevos usos que proporciona la ciencia moderna. Podremos acariciar nuestro suelo, propiciar la vida propia de nuestro grupo, y crecer y desarrollarnos como hombres libres y fuertes que serán el ejemplo para el resto de México. Todo esto y más podremos hacer gracias a las características de nuestro pueblo. El futuro del Yucatán pertenece a los mayas". [315]

¡Qué diferencia entre la visión de Alberto J. Pani y la de Carrillo Puerto sobre el sentido de los monumentos arqueológicos! Uno los iría a utilizar para el avance de los intereses de las empresas turísticas; el otro para el progreso del pueblo maya. También la reconsideración del arte popular comenzó en estas fechas. Si bien desde 1870 se estaban publicando libros sobre cerámicas poblanas, recién en 1921 Jorge Enciso, Roberto Montenegro y el Dr. Atl organizaron una gran colección que fue expuesta en 1922, publicándose luego. Para 1925, Diego Rivera, Moisés Sáenz, Vicente Lombardo Toledano y Xavier Guerrero estaban interesados en el tema y organizando exposiciones en México y en otros países.

Otro aspecto que llama la atención durante estos difíciles años de la Revolución y sus etapas consecuentes, es la larga serie de leyes, decretos e intentos frustrados de nuevas legislaciones. Gamio estableció la Ley Patrimonial de 1914, y en ese mismo año, un Reglamento para la investigación y la restauración. En 1916 se aprobó una nueva ley al respecto, y para 1923 ya se había preparado otra nueva ley a escala nacional. Y así fueron surgiendo otras que sin ser perfectas, conformaron un cuerpo teórico único, que sirvieron de modelo para intentos similares en los países vecinos. Para el Museo, Gamio estableció nuevos reglamentos; uno en 1913 y otro que elaboró en 1919.

En los países vecinos las actividades relacionadas con el patrimonio comenzaron a intensificarse, aunque la restauración propiamente dicha fue de lento proceso. En Guatemala, se realizó la restauración de Quiriguá en 1911, en la que intervino Sylvanus Morley. En 1920 éste publicó sus dos grandes volúmenes sobre las inscripciones de Copán, Honduras. Las ruinas de Zaculeu fueron excavadas en 1927 y se desescombraron varios edificios, aunque no se tomaron medidas para su protección.[316] Las exploraciones de la Carnegie en Uaxactún se iniciaron provisionalmente en 1924, pero se debieron posponer de inmediato hasta 1926. En Tikal trabajó Raymond Merwin con la colaboración de Alfred Tozzer, ambos' interesados en la arqueología mesoamericana; los dos fueron, sucesivamente, directores del Peabody Museum. Los trabajos que realizaron consistieron —además de la exploración sistemática de la zona maya central— en la realización

de estratigrafías en Tikal y del primer plano por triangulación de esa zona. Thomas Gann realizó pequeñas restauraciones en Lubaantún, Belice, a principios de la misma década.

Otro punto en el cual Gamio primero y Reygadas después pusieron un énfasis notable, fue en la delimitación de las zonas arqueológicas. Sólo así se podría tener un control real sobre los sitios y protegerlos. De allí la insistencia en cuanto a que el primer trabajo de la Carnegie en Chichén Itzá debía ser el mapeo de todo el sitio *y* la delimitación de la zona de trabajo. Vale la pena destacar que ésta fue una cartografía notable para la época.[317] Y en esos años se trazaron los límites de Xochicalco con todo cuidado, como así también de Cempoala, donde la situación no fue tan ideal. Según he podido averiguar, allí sólo se logró, gracias a la buena voluntad de la Comisión Agraria, que se dejasen unos cinco metros alrededor de cada edificio o pirámide, los que quedaron desde 1926 bajo el cuidado de dos conserjes. Sin embargo, el espacio entre los diferentes monumentos podía ser cultivado por los ejidatarios en forma libre. Un sitio interesante, y que es motivo de litigio desde hace algunos años —lo que causó la destrucción de casi todos sus edificios prehispánicos—es Ahuatepec. En 1922, el propio Alvaro Obregón lo declaró zona arqueológica,[318] pero ello no evitó su destrucciónen 1981

Sólo resta hablar de algunos personajes notables que caracterizaron la época. Recordemos que fueron tiempos difíciles, de luchas continuas por el poder, y eran pocos los que sobrevivían incólumes a la situación. Los años de paz porfiriana del período anterior acabaron bruscamente, como así también los reinados y monopolios en la investigación y la cultura. Buen ejemplo de ello fue la salida de Gamio de México y su desvinculación de la arqueología, pese a lo importante de su obra. Lo mismo sucedió con la Escuela Internacional y sus miembros; pero los nombres de José Reygadas Vértiz, Enrique Juan Palacios, Eduardo Noguera, Ignacio Marquina, Alfonso Caso, Miguel Angel Fernández y Frans Blom, entre otros, quedarán para siempre grabados en la historia de la conservación del patrimonio cultural de México.

El personaje clave de esta época fue seguramente Franz Boas. Este antropólogo norteamericano, polémico e incansable, jugó para México un papel muy especial: conformó la estructura teórica y de trabajo de campo de la arqueología, la antropología social y la lingüística. Prácticamente hasta hace unos 20 años, sus postulados seguían sin modificaciones. Por suerte existen varios libros sobre su vida y obra[319] porque resumirlas ahora sería imposible. Pero sí podemos recordar que ya en 1883 estaba participando en estudios en Estados Unidos y Canadá, y que en 1892 había sido nombrado profesor de la Universidad de Columbia, donde recibió como alumno a Manuel Gamio y lo entrenó en las técnicas modernas de la investigación. En 1910 fue invitado a formar parte del grupo de profesores extranjeros que habrían de fundar la Escuela Internacional de Arqueología Americana en México, con el aval de Justo Sierra. Junto a Alfred Tozzer, Louis Capitan, Eduard Seler, George Byron Gordon y Roland Dixon, llegó al país para trabajar en ese proyecto clave para el futuro de la antropología. La creación de esta escuela tenía dos objetivos concretos: comenzar a formar científicos de alto nivel, y quitarle al Museo Nacional, desde donde Batres ejercía mucha influencia, su poder para formar arqueólogos que conformaban un grupo de personas bien intencionadas pero que no eran profesionales. Desde la fundación de la Escuela en 1911 comenzaron a realizar trabajos de excavación aplicando el método estratigráfico en buen número de sitios del valle de México.[320] En el curso de los siguientes tres años se publicaron libros, álbumes fotográficos y los estudios de Boas y sus discípulos. Como sucesor de Boas, Gamio fue nombrado director y mantuvo el cargo hasta que la Escuela fue clausurada, después de largas polémicas, en 1914. En realidad, la estratigrafía no era nueva en México.[321] Si bien es cierto que Boas la impulsó en la Escuela, y que Gamio y Reygadas la aplicaron en varios sitios, ya se habían hecho observaciones estratigráficas en 1886, que permitieron separar tres culturas: la arcaica, la teotihuacana y la azteca. Fueron realizadas durante la primera visita al país de William Holmes [322] y fueron publicadas y difundidas. Posiblemente nunca se le dio importancia porque, casualmente, Holmes estaba enemistado con Boas desde hacía años. Su rivalidad era pública y notoria, y en la época ambos publicaban trabajos desacreditándose mutuamente. De todas formas, la institucionalización de la estratigrafía provocó polémicas en México,[323] aunque llegó a ser el instrumento más importante para los estudios durante medio siglo.

Otro personaje notable de la época fue Zelia Nutall. Quiero hablar de ella porque es una personalidad poco recordada, y durante muchos años fue una verdadera **eminencia gris** de la arqueología mexicana. De origen norteamericano-mexicano, nació en California en 1857 y logró una formación académica excepcional en Londres, París y otras ciudades europeas. Casada con un investigador americanista de gran prestigio, Alphonse Pinart, fue a vivir a México después de su divorcio en 1902 con copiosos antecedentes en el campo de la antropología, básicamente compuestos de investigaciones bibliográficas e históricas.[324] Desde México, gracias a su formación, su posición social y sus amplísimos contactos con instituciones de todo el mundo y en especial de los Estados Unidos, influyó para el viaje de Franz Boas. También tuvo que ver con la formación de Gamio en Columbia (ella fue quien le consiguió la beca), fue el elemento de relación de Sylvanus Morley con Gamio para el convenio con la Carnegie Institution en 1923, se enfrentó sistemáticamente con Batres y del Paso y Troncoso —que para ella representaban la "vieja antropología"—, y le consiguió el primer trabajo a Frans Blom. Recordemos que dio a conocer los códices Nutall y Magliabecci. Además, publicó casi un centenar de contribuciones de alta calidad y tras bambalinas, con un tacto notable, dio "consejos" a los investigadores del grupo de

Gamio a lo largo de 30 años. Fue uno de los pilares sobre los que descansó el surgimiento de una nueva perspectiva arqueológico-patrimonial en el país.

El papel del turismo en la conservación

Uno de los temas que en general no se han tomado demasiado en consideración es el de la relación entre turismo y restauración. Y esta cuestión nació precisamente en la década de 1920, conjuntamente cuí' la estructuración de la nueva corriente de la conservación patrimonial. Si bien ya hay bibliografía sobre la problemática actual, donde se demuestra que la influencia de las compañías trasnacionales del turismo —hoteles, transportes, etc.— es tan importante que ha llegado a modificar las políticas institucionales[325] —como con los casos de los espectáculos de luz y sonido—, poco sabemos de lo que ocurrió en esa época. Hay datos que permiten entrever ese proceso, y existen también algunas publicaciones sobre la historia del turismo mexicano. Por ejemplo, en 1929 había en México más de 1.000 kilómetros de caminos, de los que sólo 300 estaban pavimentados, y en 1940 éstos se habían transformado en 10.000. El flujo turístico que en 1928 fue de 24.000 turistas, en 1940 había superado la cifra de 100.000. En 1952 entraron al país medio millón de extranjeros (además de los 2.000.000 de visitantes de frontera). Institucionalmente, en 1922 y por iniciativa de Lucas de Palacio,[326] se fundó la Asociación de Hoteleros de la Ciudad de México; y en 1925 y 1929 se dictaron las primeras leyes turísticas. En 1939 se organizó bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, la Asociación Mexicana de Turismo. La primera Comisión Nacional de Caminos fue fundada en 1925.

Los historiadores del turismo le atribuyen con frecuencia el milagro turístico a dos personas: Alberto J. Pani y Lucas de Palacio.[327] Esto, que históricamente no es exacto ya que implica un análisis de tipo individual y no social, permite que uno se aproxime a la cuestión desde una perspectiva interesante: la del verdadero papel que estas dos personas jugaron en su época. Pani, que en ese momento era toda una personalidad, tuvo diversos puestos oficiales durante casi medio siglo, y fue quien estructuró el modelo turístico pretrasnacional, controlado por las burguesías nacionales posrevolucionarias. Fue él quien impulsó este tipo de turismo como parte de una política con Estados Unidos que tuvo como consecuencia el surgimiento de nuevas formas de dependencia económica. Alberto J. Pani estableció no sólo los mecanismos financieros sino también los legales e institucionales para el desarrollo turístico. Lo justificó ideológicamente con una visión simplista de la realidad: expresó que "el turismo es producto genuino de la Revolución",[328] impulsó la canalización de fondos para la construcción de carreteras y ya no para los ferrocarriles, con lo que favorecía en forma abierta a las nuevas industrias del acero, automotores y petroleras (en esa época aún en manos de Estados Unidos). Dijo Pani: "El sedimento que esas corrientes (las turísticas) depositan, concretándolo puramente a lo material, es de dinero". [329]

Este "artífice del progreso", este "Midas de México" como gustaron de llamarlo en su época, decía: "han surgido del suelo así fecundado, y así viven, crecen y se multiplican empresas hoteleras y de transporte (...) y como los visitantes usan su propia moneda (...) las corrientes turísticas que los traen (a los dólares) extienden su influencia bienhechora a nuestro sistema".[330] En 1923 había en la ciudad de México 1.100 cuartos de calidad turística, se estaba ampliando el Hotel Regis —cuyo director era Lucas de Palacio—, se ampliaron las carreteras y se iniciaron los primeros proyectos para la construcción de nuevos hoteles. En ese mismo año y cuando las posibilidades de restablecer las relaciones diplomáticas con Estados Unidos estaban próximas a concretarse, Pani y de Palacio se pusieron directamente en contacto con el embajador de ese país, para acallar como se pudiera, un asalto y violación masiva de turistas norteamericanas que cruzaban la localidad de Río Frío en autobús.[331] Recordemos que Pani pertenecía a los grupos de la más alta oligarquía del país, y que de Palacio había sido embajador tanto en el Porfiriato como durante y después de la Revolución. Fue director y accionista de los hoteles Regis, Francis, Ritz y Reforma, entre otros. Fue director de la Asociación Mexicana de Automovilistas, de la Asociación Mexicana de Agencias de Viajes y del Club de Banqueros de México. Nadie puede poner en duda que políticamente estaba muy bien relacionado. Entre 1921 y 1923, Pani fue el canciller enviado por Obregón para restablecer las relaciones diplomáticas junto a Philander Knox. En 1929 se terminó la carretera MéxicoLaredo, y la de Acapulco en 1930. En 1933 Pani organizó su Operadora de Hoteles, una de las monopolizadoras del turismo en el país; ya hay bibliografía suscitada por escándalos y estafas que tuvieron lugar en la década del 30.[332] Pese a todo, hay que destacar las intervenciones de Pani en el Departamento del Distrito Federal relacionadas con algunas modificaciones del trazado urbano y mejoras y restauraciones de la arquitectura, tema que aún no está analizado con suficiente detalle.

Reviso esta parte negativa de la historia del turismo con el único fin de comprender claramente su relación estrecha con las grandes inversiones realizadas por el estado para la arqueología y la conservación patrimonial. Tanto la una como la otra fueron expresiones de una política nacional de desarrollo, basada en la integración de México al aparato multinacional de la dependencia capitalista. La arqueología era lo que ahora se llama en turismo **recursos culturales no renovables**, y por lo tanto la inversión en restauraciones era un mecanismo de atracción turística único en el continente americano. Además, las divisas de los turistas contribuían a obtener los capitales para sus proyectos de consolidación de dominio como clase social en el poder.

Un simple cuadro estadístico nos puede mostrar el papel turístico que ya estaba jugando el patrimonio cultural. Por ejemplo, durante los doce meses entre julio de 1928 y el mismo mes de 1929, pasaron por el Museo Nacional la cifra dé 74.850 visitantes, que pagaron su entrada. En un promedio estimativo, hecho por mí a partir de los pocos datos existentes, los sitios arqueológicos que se encontraban bajo la vigilancia de la Dirección de Arqueología (datos para 19 zonas) arrojan, para la misma época, la cantidad de 74.850 visitantes. Doy cifras parciales por sitio para septiembre de 1929, que son más que elocuentes:

Chichén Itzá	50	
Uxmal	16	
Palenque	15	
Mitla	220	
Monte Albán	38	
Ixtlán	15	
Papantla	20	
Chalchihuites	35	
La Quemada	79	
Xochicalco	34	
Teopanzolco	799	
Texcotzingo	60	
Huexotla	12	
Tenayuca	656	(octubre)
Santa Cecilia	228	(octubre)
Cuicuilco	927	
Teotihuacan	2.447	
Tepoztlán	52	(octubre)
Copilco	795	

Este de por sí es un promedio altísimo, ya que si se compara con los sitios coloniales, que tradicionalmente han sido más populares y comprensibles para el grueso de la población, vemos que las cifras están bastante cercanas. Veamos algunos ejemplos con las cifras del mes de diciembre de 1928, el mes del año en que más visitas se realizan:

Convento de Acolman	286
Museo del Carmen	421
Museo de Churubusco	754
Museo de Tepozotlán	462
Museo de Guadalajara	6.490
Casa de Hidalgo en Dolores	140
Convento de Yuriria	32
Convento de Huejotzingo	62
Capilla del Cetro de las Campanas	513

Estas cifras arrojan un total de 137.354 visitantes por año a los 12 sitios coloniales e históricos que se encontraban bajo vigilancia en esa época.

Por supuesto, el proyecto nacional del estado no era el mismo que el de otros grupos que vieron la gravedad de las consecuencias que podría sufrir el país. Una cosa era el turismo y otra era transformar México en un receptor de turistas, en un gigantesco **curious store.** En 1922 se publicó un artículo escrito por el antropólogo Miguel Othón de Mendizábal titulado **Turismo y miseria**,[333] donde se aclaraban varios conceptos confusos: una cosa era reivindicar las artes populares, otra mantener al campesino sumido en la miseria porque así producía mejor esas "bellezas". Escribió Othón de Mendizábal que "el interés capital para un gobierno revolucionario es el de transformar las condiciones de trabajo entre estos grupos, aunque a la postre, se pierda el interés folklórico que en la actualidad constituye su atractivo". Y continuaba diciendo: "las infatigables Kodaks no podrán impresionar las pancromáticas con el cansancio del chamula agobiado por un enorme huacal", ya que "todo esto es típico, pero no de México, sino de la pobreza y la incultura universal".[334] Es en este proyecto en el que se insertó la Carnegie Institution, no por su propio interés, obviamente académico, sino en el de Estados Unidos y de las burguesías nacionales, interesados en construir una imagen de México plagada de minas, nopales e indiecitos indolentes durmiendo la siesta.

La llegada de la Carnegie Institution a Chichén Itzá

Uno de los hechos clayes del período que estamos analizando fue la llegada de la Camegie Institution a trabajar en las ruinas de Chichén Itzá en 1924; pocos meses antes, los miembros que la componían habían trabajado en Uaxactún. Es

importante entender con detalle lo que significó, tanto para México como para Guatemala, la entrada de esta poderosa institución norteamericana y los trabajos que llevó a cabo, para poder a continuación, desentrañar un poco el papel que jugó durante los años difíciles de la década de los 20.

Se puede decir que Gamio, y en general la antropología científica naciente posporfirista, era de tendencia netamente norteamericana. Franz Boas y la Escuela Internacional habían difundido la estratigrafía, y Estados Unidos mostraba el modelo universal de "hacer cultura", papel que hasta entonces había desempeñado Francia y Europa en general. El propio Gamio se había graduado en Columbia, y desde hacía 10 años S ylvanus Morley, miembro de la Carnegie, había trabajado intensamente en el campo y había publicado además monografías de importancia.[335] Prácticamente desde 1914 Morley venía intentando sin éxito obtener del gobierno mexicano un permiso para hacer excavaciones sistemáticas; y la negativa se debía a que Estados Unidos había roto relaciones diplomáticas con México ya hacía tiempo. Obviamente no se habían roto los vínculos políticos y económicos, pero en este caso, las formalidades contaban. Morley debió recurrir a una estrategia sutil para aproximarse a Gamio y lograr lo que él consideraba sería una tarea conveniente para ambas partes. Para ello ideó una doble estratagema: aprovechar la campaña que el **New York Times** había desatado contra los saqueos de Edward Thompson para escribir artículos de divulgación respecto de la **verdadera** arqueología, y encontrar una tercera persona, totalmente neutral, para establecer los contactos entre ambas partes. Para lo primero escribió artículos apologéticos sobre los mayas y sus maravillas culturales, que circularon ampliamente entre los científicos del país. Para la segunda etapa, contó con la ayuda de la inefable Zelia Nutall.

Los tratos con Gamio fueron desde un primer momento muy satisfactorios, según los describiera Morley en su diario personal, y se consolidaron cuando Morley ofreció a Frans Blom un trabajo en la institución, que incluía una beca con la que podría terminar sus estudios de ingeniería en Estados Unidos. Blom era el protegido de Nutall, y por su intermedio conoció a Gamio y entró en la Dirección. Para Morley, Blom era la persona ideal para hacerse cargo de la apertura del campamento de Uaxactún, en Guatemala. Poco tiempo después Morley visitó, con Gamio y Reygadas Vértiz, los trabajos que se estaban concluyendo en Teotihuacan, quedando el primero impactado por la restauración de La Ciudadela. En esa oportunidad Gamio le planteó a Morley los problemas que le ocasionaba Batres, quien aún predicaba contra la Dirección. Morley se ofreció a escribir artículos contra Batres y a apoyar la campaña de desprestigio contra él. En esos días había ya arribado Merrian, el principal responsable de la Carnegie, para firmar el contrato de exploración que ya estaba prácticamente acordado. Sólo faltaba la aceptación del presidente de México, porque aún no existían relaciones diplomáticas entre ambos países. Así que poco más tarde Alvaro Obregón los recibió a los cuatro y aceptó la firma del convenio. Esto se produjo el 6 de julio, y las relaciones con el vecino país se reanudaron el 15 de agosto. El significado político de esto puede apreciarse ya en la bibliografía.[336]

Visto de esta manera el problema parece sencillo, porque no parece otra cosa sino una cuestión de relaciones públicas. Pero había otros factores por detrás: Obregón había iniciado en 1922 una campaña tendiente a descongelar la situación diplomática, mediante acercamientos paulatinos y siempre relacionados con lo cultural. Vasconcelos jugó en esto un papel importante, sobre todo con la fundación de la Escuela de Verano de la Universidad, que hoy todavía existe. Los que querían asistir a tomar clases durante las vacaciones, tenían pasajes a México gratis, convivencia en casas de familia, y el primer desayuno en la ciudad, ni más ni menos que en el Castillo de Chapultepec y con la presencia del presidente. Algo similar sucedió con Byron Cummings, arqueólogo de gran prestigio en Estados Unidos, que fue invitado durante un verano a iniciar los trabajos de Cuicuilco, a fines de 1922. Era toda una política nacional en la cual el proyecto Carnegie encajaba perfectamente.[337] Apenas firmado el convenio en 1924, Morley procedió a instalar el campamento en las proximidades de las ruinas, y las primeras tareas que se cumplieron fueron las de mapeo, a cargo de Jim Kilmartin, y la excavación y reparación de la Columnata Noreste. Los grandes proyectos de restauración se iniciaron poco más tarde en 1925. Y el gobierno nacional comenzó a trabajar en la zona en 1926, con las restauraciones de El Castillo y el Juego de Pelota.

Mientras tanto, Morley continuaba preparando su otro gran proyecto: Uaxactún. Si Chichén era la máxima expresión de la arquitectura y el arte maya tardío, Uaxactún lo era para lo maya temprano. Pero el problema en Guatemala era muy diferente al de México, ya que allí tenía las puertas cerradas por William Gates, con quien había tenido conflictos desde hacía años. A principios de 1924 obtuvo, después de muchos inconvenientes, su permiso oficial, y eso sólo porque Gates había sido removido de su puesto ante el fracaso y los gastos excesivos que había significado su aún incompleto Museo Nacional. A mediados del año, Morley pudo por fin mandar a Blom, Ricketson y Amsden a la selva a instalar un campamento, abrir caminos, hacer la primera topografía y arreglar el difícil problema del suministro de agua. El proyecto Uaxactún se inició muy bien, pero antes de fin de año Blom viajó a Harvard por su beca, y el proyecto, por distintos motivos, se vio suspendido por otros dos años. Blom abandonó definitivamente la Carnegie para llevar adelante un nuevo proyecto: el del Middle American Research Instituto de la Univesidad de Tulane, recientemente fundado.

La pregunta difícil sería: ¿por qué la Carnegie tenía tanto interés en iniciar sus excavaciones en México y en Guatemala? ¿Acaso era solamente una cuestión de interés personal de Morley o había otras cosas que no están claras? Es difícil juzgar

desde la actualidad el momento tan particular que fue la década de los 20. Estados Unidos estaba replanteando su papel ante América Latina en cuanto a su nuevo liderato cultural, en reemplazo de Francia, Italia e Inglaterra, destruidas por la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Por otra parte, ese impulso cultural no venía separado del papel que había pasado a jugar en cuanto al manejo de los resortes de las economías de los países de nuestro continente, sobre todo después de la instalación de las nuevas industrias y plantaciones agrícolas; también existía la necesidad de abrir nuevos polos .de desarrollo turístico en América. En esos años Carrillo Puerto acababa de inaugurar (en 1923) las carreteras a Uxmal y Chichén Itzá. Para 1930 el flujo turístico era ya intenso, a tal punto que Morley tuvo que contratar un guía oficial para los visitantes especiales que llegaban a las excavaciones. Paralelamente se escribían novelas sobre arqueología maya, libros de divulgación, se filmaban películas, y las revistas y diarios de todo el mundo se ocupaban ya del Yucatán. Ningún trabajo arqueológico de nuestro continente arrojó tanta bibliografía como el de Chichén Itzá: la **Meca de América** como la llamaba Morley, y en honor de la verdad, eso parecía.

La restauración de la Pirámide de la Luna por Francisco Rodríguez (1911)

Ya hemos citado a Francisco Rodríguez, inquieto arquitecto interesado en la arqueología, quien fuera Inspector de Monumentos desde que Batres dejara el puesto hasta que Gamio asumiera como tal. Rodríguez, quien poco después fuera designado subdirector del Museo Nacional, tuvo una trayectoria poco conocida pero interesante, y que ya he reconstruido en otras publicaciones.338 Apenas asumió su cargo como Inspector (no sabemos si para continuar la obra de su predecesor o simplemente por las facilidades que ya existían en el sitio), Rodríguez comenzó, en 1911, una temporada de restauración en la Pirámide de la Luna. Lo que se hizo es lo siguiente: se limpió de escombro el ángulo sureste de la pirámide desde la base hasta la altura del segundo talud, sector en el cual éste se encontraba prácticamente intacto. Se procedió a restaurar mediante la colocación de piedras en los sectores faltantes; luego se fueron ampliando los trabajos hacia la mitad de la cara este y, más tarde, hasta la mitad de la cara sur. En este sector encontró que lo que Batres había restaurado como escaleras en la Pirámide del Sol, eran en realidad las bajadas de agua en forma de canales oblicuos. A un lado de ella comenzó a retirar el escombro del montículo adosado, notando que estaba formado por varios tableros superpuestos en forma escalonada. Debido a que la unión de éstos con la bajada estaba intacta, incluso su recubrimiento de estuco, procedió a reconstruir los dos superiores a lo largo del lado este de ese aditamento. La reconstrucción se hizo con tino, ya que no se continuó más allá de donde había evidencias de su límite, y se hizo con un aparejo de piedras totalmente diferente del original.[339] En el extremo sur quedó ala vista como una construcción moderna, sin falsificación de ninguna índole. Todo este sector fue rehecho durante los trabajos de 1962-1964. En base a lo anterior es que creemos que este trabajo, aunque de no mucha envergadura, merece ser citado y que se le dé el verdadero lugar que otros autores le han negado. Queden estas notas como inicio del rescate necesario de varios arqueólogos y arquitectos que realizaron un aporte importante a la conservación y restauración del patrimonio arqueológico, y que aún esperan el momento de ser reivindicados.

El Proyecto de Conservación de Monumentos de 1911

Durante el mes de octubre de 1911, es decir mientras estaba como Inspector de Monumentos Francisco Rodríguez, se comenzó a vislumbrar la profundidad de los cambios que estaban acaeciendo en México. La antropología en general y la arqueología en particular habían sido manejadas por personas que, pese a sus buenos propósitos y a su inagotable esfuerzo, no eran profesionales de carrera. Sí lo eran en el sentido que arrastraban tras de sí años de trabajo intenso, pero era evidente que comenzaba a surgir una presión, tanto nacional como internacional, por una profesionalización de la arqueología. Era una generación que veía cómo la siguiente presionaba y criticaba la falta de método de sus mayores. Y como consecuencia frente a novedades en el país tales como la existencia de una verdadera escuela de arqueología, profesores de todo el mundo, una metodología estratigráfica, una nueva propuesta para la restauración, e inclusive nuevas museografías y diferentes perspectivas ideológicas, hubo un grupo de investigadores que no estuvieron dispuestos a aceptarlas: reaccionaron y trataron desde un principio de elaborar alternativas que pudieran permitir un cambio más gradual. Batres se transformó rápidamente en el villano, vapuleado y relegado al olvido, pese a sus constantes publicaciones y a sus justificaciones, a veces tardías. Otros estudiosos, como Jesús Galindo y Villa, presentaron salidas más serias. Una de ellas fue la propuesta titulada **La conservación de nuestros monumentos arqueológicos**.[340] En ella planteaba la necesidad de que la Inspección de Monumentos estuviera dirigida y estructurada alrededor de arquitectos profesionales, dejando de lado a los arqueólogos.

Esta propuesta partía de consideraciones respecto a la importancia de conservar el patrimonio histórico "en nombre de la ciencia y si se quiere de un movimiento patriótico" y "que aprecian, más generalmente, los extraños que los propios".[341] Para ello propone una subdivisión territorial en regiones y una reorganización del personal a cargo de la Inspección. Aclaró que en ese momento habia 27 sitios bajo la protección de conserjes, además de uno de ellos para todo el valle de Mitla; dos subinspectores (uno en Chiapas y otro en Yucatán) y sus respectivos peones, que fungían como ayudantes de los conserjes. Por supuesto, recalcaba el hecho de que los conserjes, por sí solos, era poco lo que en realidad podían hacer

por sitios de gran envergadura, al grado que cita el caso de Cempoala en donde el cuidador "ignoraba hasta el camino para ir a las ruinas[342]." Recordemos que Blom denunció que el principal saqueador de Palenque era el propio guardián del sitio [343]quien estaba allí desde hacía 30 años. A partir de esto, se proponía que "el Director Técnico, o sea el Inspector y Conservador de Monumentos, debe ser necesariamente un arquitecto. Por razones profesionales el arquitecto es arqueólogo [344]." Y luego continuaba con una larga disquisición acerca del papel del arquitecto a lo largo de la historia de la humanidad, para terminar aclarando que "grande ignorancia revelan quienes separan al arquitecto del arqueólogo[345]." Destacó el valor que tenía el que en ese momento tuvieran un arquitecto de superior, y terminó proponiendo que todos los encargados de zona lo fueran, y que con ellos colaboraran topógrafos y dibujantes del ejército, como se había hecho en 1892 en la expedición a Cempoala llevada por del Paso y Troncoso. Huelga decir que este proyecto quedó relegado al olvido, ya que el impulso dado por el Inspector siguiente, Manuel Gamio, a la profesionalización de la antropología y la arqueología, ya no pudo ser frenado, pese al fracaso de la Escuela Internacional.

La primera restauración de Guatemala: Quiriguá en 1910-1913

Estos trabajos son en realidad bastante poco conocidos en la historia de la restauración, debido posiblemente a que para sus autores, Edgar Hewett, Sylvanus Morley y Earl Morris, sólo se trató de un trabajo más en su carrera. Para Hewett, pionero de la arqueología del sureste de los Estados Unidos, fue algo así como una tarea extra en los veranos; para Morley fue su primera experiencia de trabajo concreto en Mesoamérica, tras sus excavaciones con Hewett en Mesa Verde y otros sitios próximos. Para Morris, joven aún, también fue parte de su época de aprendizaje.[346] Asimismo, en su momento, muy poco se publicó al respecto debiéndose esperar más de 20 años para que se publicara un libro sobre el tema. De todas formas, éste casi no trae información sobre el trabajo específico de restauración arquitectónica[347] Me interesa destacarlo porque es uno de los primeros casos de restauración fuera de México sin participación oficial, financiado por una empresa privada trasnacioal (la United Fruit Company), y quizás la primera obra de restauración realizada por Morley y Morris quienes tantos otros trabajos similares realizaran más tarde.

Las cuatro temporadas de Edgar Lee Hewett en Quiriguá fueron las que sin duda salvaron realmente el sitio. Consistieron básicamente en trabajos de limpieza de vegetación —que en un caso como éste son realmente complejos por la dimensión de los árboles—, mapeo, fotografía, excavación, moldes de monumentos y lectura de jeroglíficos. Sólo se restauró el Edificio 1, excavado durante 1911 y 1912. Sobre éste queremos detenernos un momento. El edificio, parte de la gran Acrópolis, mostró durante las excavaciones que poseía una cornisa saliente realizada con grandes glifos tallados en piedra. Debido a que ésta era la primera vez que se descubría algo de estas características, Sylvanus Morley, para quien los glifos ya eran la obsesión de su vida,[348] insistió en la necesidad de restaurar la construcción. Para ello se volvieron a unir las piedras con mortero, y se conservó la altura de los muros existentes. La cornisa fue consolidada en lo que restaba, y los pocos glifos que se hallaban caídos fueron reubicados en su lugar de origen, comprobado por el sitio de la caída y por la posición probable en el texto de la inscripción. En realidad éste fue el único trabajo de restauración arquitectónica ya que las tareas fueron básicamente de conservación y limpieza.

Como dato auxiliar, es interesante agregar que durante las excavaciones se realizaron varios experimentos en cuanto a los métodos para reproducir estelas y monumentos. Hasta ese entonces, era común hacerlo con *papier maché*, técnica utilizada allí mismo por Maudslay, pero que estaba expuesta a grandes riesgos porque era fácilmente afectada por la humedad y los insectos. Gran parte de los moldes de este pionero se destruyeron por esos mismos motivos. Hewett hizo que se experimentase con moldes de hule traídos desde Estados Unidos, lo que arrojó excelentes resultados.[349] Hay otro aspecto importante de señalar en cuanto al financiamiento por parte de una empresa como la United Fruit de trabajos arqueológicos, pese a que también la Saint Louis Society colaboró en el aspecto económico. Es ampliamente conocido el papel que esa empresa bananera trasnacional ha jugado dirigiendo los destinos del país. Esta empresa no sólo financió el estudio, sino que donó los terrenos y colocó un cuidador, lo mismo que haría años más tarde con Zaculeu; para la inauguración de los trabajos invitaron a Ph. Knox, secretario de estado norteamericano. Era en cierta medida la consolidación del poder de estas plantaciones en el país.[350] De todas formas, fue el primer sitio centroamericano en ser protegido[351] por una organización no estatal.

Manuel Gamio y las excavaciones del Templo Mayor (1913-1914)

El primer gran trabajo de restauración arqueológica que emprendió Manuel Gamio con su equipo de colaboradores fue impulsado por la casualidad: al procederse a la demolición de una casa colonial en la esquina de las calles de Seminario y Santa Teresa, en la ciudad de México, se comenzaron a descubrir restos del Templo Mayor. Ello motivó que se iniciaran excavaciones y dada la importancia de los restos arqueológicos, su restauración. Debido a los complejos problemas que México vivía en ese momento, nunca llegó a publicarse un libro o trabajo suficientemente detallado sobre lo realizado, pero de todas maneras se conservaron algunos informes; el propio Gamio publicó un pequeño artículo sobre el asunto.[351]

El planteo teórico fue bastante sólido, y desde el principio se entendió que una excavación bien hecha en ese lugar podría

22. Los relieves de la tumba de Comacalco tras la limpieza realizada por Frans Blom en 1925, mostrando el estado de conservación en que fueron encontrados (Middle American Research Institute, Tulane University, New Orleans).

23. Los mismos relieves tras la reconstrucción de las figuras y de los glifos (ídem).



22.



23.

arrojar datos importantes payad el período tardío de la historia azteca. Para Gamio, estos trabajos permitirían definir en primer lugar la profundidad verdadera a que se encontraban los restos prehispánicos; en segundo, las dimensiones del islote original, y tras esto se podrían realizar estratigrafías que permitirían saber si había habido unidad o pluralidad cultural en Tenochtitlan. En tercer lugar, se podría llegar a hacer una reconstrucción arqueológica —y ya no tan sólo mediante las fuentes escritas— sobre los aztecas. Por detrás de la cuestión científica, Gamio realizó una defensa de marcado sabor nacionalista del sitio en cuanto a su valor patrimonial, que sirvió de alguna manera para justificar las excavaciones. Ya hemos visto que Gamio fue uno de los teóricos de esta política oficial, y en este caso el punto estuvo muy claro: "El terreno (...) ofrece enseñanzas históricas y patrióticas; es un pedazo de suelo sagrado, como Chapultepec, como Dolores Hidalgo... "[353]

En primer lugar, Gamio tuvo que excavar un tipo de arquitectura que hasta la fecha no había sido experimentada. Debido a que el edificio había sido destruido hasta cierta altura, lo que se encontraba eran los restos de las diferentes superposiciones, una dentro de la otra, pero con la parte superior destruida. La decisión tomada fue la de restaurar cada una de las escalinatas y sus respectivos pisos y alfardas laterales y vaciar los rellenos de superposición para dejarlas a la vista. Esta solución, si bien práctica, fue el modelo de restauración que imperó desde ese momento hasta la actualidad. Podemos citar ejemplos como Teopanzolco, Tenayuca, Tlatelolco, y actualmente el Templo Mayor, que se realizaron siguiendo esa técnica. Nos interesa destacarla ya que fue una solución idónea, difícilmente superable, y resultado de una observación detenida más que de una gran experiencia. Por otra parte, recordemos que los trabajos se hicieron en un lote pequeño, con todos los agravantes que tiene el hecho de trabajar en el medio de una ciudad. La calle fue aprovechada al máximo posible, excavando por debajo de ella y sosteniéndola mediante una estructura de concreto que quedó totalmente ala vista, sin intentar ocultarla.[354] Los pisos fueron restaurados y dejados ala vista, y cerrados ala circulación del público. Las piedras de los taludes fueron vueltas a cementar, rehundiendo la junta. Un único pequeño error fue el gran incensario descubierto a un lado de la cabeza de serpiente del lado sur. La parte superior, encontrada destruida, fue rehecha como si fuera plana, y los descubrimientos actuales demostraron que estaba rehundida. Una buena muestra de que, casi sin ninguna excepción toda reconstrucción resulta de por sí errónea.[355] Durante las excavaciones se hicieron investigaciones paralelas de tipo multidisciplinario, idea constantemente impulsada por Gamio, por ejemplo como las de Moisés Herrera, Herman Beyer y otros.[356]

La "Metodología sobre investigación, exploración y conservación" de 1914

Al finalizarse los trabajos del Templo Mayor, Gamio consiguió establecer uno de sus objetivos más importantes para transformar la antropología en una ciencia y no ya en un hobby. Con la publicación de **Metodología sobre exploración, investigación y conservación de monumentos arqueológicos**[357] Gamio estableció una larga serie de normas que debían regir desde ese momento para la investigación y la restauración de los edificios arqueológicos. Era la primera vez en México y en América Latina que se lograba algo de tanta envergadura. Se establecieron cuáles eran los cinco objetivos del Departamento de Inspección de Monumentos: realizar investigaciones arqueológicas, explorar y descubrir monumentos, conservarlos, formar una carta arqueológica[358] y un archivo y álbum ilustrado. Más adelante se aclara el porqué fue necesario establecer esta metodología obligatoria:

"La causa está en la falta de concepto, de tendencias, de método, de perspectivas y de encadenamiento lógico, que preside a las escasas investigaciones propiamente arqueológicas que se emprenden, las cuales, por lo tanto, resultan aisladas e inconexas (...) y que sólo atraen por el exotismo y misterio que revisten las cosas pasadas."[359]

Como contraposición a esto y a las otras muchas críticas que se hacen a la visión imperante del pasado, se propone el inicio de la investigación integral, interdisciplinaria, y que cubra todos los aspectos del mundo prehispánico e indígena, dándole especial interés a un "estudio arquitectónico de las construcciones desde los puntos de vista artístico e industrial, investigando su probable origen y evolución, y efectuando con absoluta precisión las medidas y reproducción de las plantas y perfiles".[360]

Al entrar en la cuestión de los métodos específicos para cada uno de los grandes temas que se desarrollan, Gamio planteó varias soluciones que hoy vemos críticamente: más allá del cuidado y delicadeza que se exige para el "descubrimiento de la estructura arquitectónica", se plantean cosas como el quemar la vegetación que cubre una construcción para poderla quitar con facilidad. Hoy sabemos acerca de los irreparables daños que esto ha causado a estucos, pinturas y morteros. Respecto al procedimiento de excavación de edificios se lo plantea desde arriba hacia abajo, a la vez que se propone que los muros sean consolidados a medida que se van descubriendo:

"Debe tenerse a mano mortero de cal o cemento (...) para dar consistencia a la capa de cemento superficial (...) la cual puede estar rajada o estrellada, y caería en pedazos si no se le pega al muro, introduciendo con la espátula suficiente cantidad de mortero. Si en algún muro existe una oquedad, o se ha derribado parte de la estructura, es indispensable proceder enseguida a la restauración de la

parte destruida, usando materiales convenientes, pero sin olvidar mezclar los morteros que se usen, tanto en la estructura propiamente dicha como en el cemento de la capa superficial, materia colorante, tierra roja u otros semejantes, a fin de delimitar y distinguir claramente las partes reconstruidas de las originales y evitar falsas interpretaciones posteriores".[361]

Otro consejo es que en caso de que se encuentren pisos superpuestos, nunca deben ser retirados los superiores sino por el contrario, deben ser excavados sosteniendo los de arriba mediante una estructura ex-profeso. Recordemos el caso, para ese entonces ya discutido por Gamio, respecto al trabajo —para nosotros excelente— que había realizado Batres en los Subterráneos de Teotihuacan. Si seguimos revisando este texto, llegamos a las "Instrucciones para los Conserjes". En ellas se dan una serie de recetas para que los cuidadores de los sitios y los inspectores intervengan en restauraciones. Un ejemplo: "Cuando los monumentos sufran algún deterioro de importancia, como desplome de muros, desintegración de la estructura por grandes raíces, deterioros de pinturas murales (...) el inspector local y el arquitecto adscripto a la inspección procederán a la reconstrucción de las partes destruidas".[362]

Otros puntos a ser destacados son las protecciones para las lluvias: se aclaraba que se deben realizar zanjas de drenaje alrededor de los monumentos e incluso proteger la parte superior de los muros con ladrillos o adobes. Asimismo, se les recomienda a los propios conserjes de la zona que "inmediatamente que sean notadas grietas, se procederá a taparlas a fin de que se remedie el desperfecto, procurando hacer uso sobrio del mortero, pues sucede que en casos se exagera a tal grado la reparación, que el monumento o alguna de sus partes resultan a la postre modernizados". [363]

Esta **Metodología** fue bien recibida ya que complementaba a la perfección la nueva legislación que se estaba creando ante el impulso de la nueva generación. Pero no por ello estaba todo resuelto, ya que hasta los mismos arqueólogos comenzaron a quejarse ante los métodos estrictos que se estaban imponiendo alrededor de la Inspección de Gamio. Los arqueólogos que no trabajaban con él se quejaban de que tenían las manos atadas y que nada podían hacer, ni siquiera en bien del patrimonio cultural del país. Un ejemplo es el de Eduard Seler, en esa época ya un investigador de prestigio tal que nadie podía poner en tela de juicio sus intenciones en relación con las ruinas de Acanceh. Seler vio el deterioro que estaban realizando los habitantes del lugar en las pirámides y en el palacio, destruyendo incluso los estucos, y que la Inspección no podía en ese momento hacer nada, pero al mismo tiempo Seler estaba legalmente imposibilitado de intervenir directamente para salvar los monumentos. Uno de sus párrafos sobre este tema es explícito de por sí.[364]

"El gobierno mexicano prohibe el trabajo arqueológico o por lo menos, pone condiciones dificultosas. Pero de todos modos no puede impedir que los indígenas y también los municipios locales quiten y destruyan los monumentos con objeto público o privado. Aquí en Acanceh, ni el gobierno ni el municipio ni el indígena encargado del cuidado de los monumentos en Yucatán, procuró el descubrimiento cuidadoso y la conservación del monumento. Al contrario, se permitió que en este lugar se continuara con la explotación de las piedras. Y además se trabajó con más rapidez, porque para el arreglo de la plaza mayor del pueblo, que se ordenó para el Centenario el año pasado, se usaron más piedras que de costumbre. Así es que no se destruyeron solamente las dos esquinas de la fachada, sino también se echó abajo un pedazo de en medio de ella, y no estará lejos el día que desaparezca de la tierra este monumento tan notable y artístico."

La Ley sobre Conservación de Monumentos Históricos de 1914

Entre las políticas de Gamio y su grupo de colaboradores, se destacó la intención de realizar una nueva ley sobre la conservación del patrimonio, que aunque no fuera más lejos que su antecesora de 1897, por lo menos abarcase más que la sola arqueología, es decir, los edificios y objetos muebles históricos en general y estéticos en particular. Es así que Huerta firmó una ley, titulada **Ley sobre conservación de monumentos históricos y artísticos y bellezas naturales.**[365] Esta ley comenzaba declarando que los monumentos, edificios y objetos artísticos constituían de por sí un patrimonio que debía cuidarse y protegerse, y que "debía impedirse no solamente la destrucción, sino aún la restauración o las enajenaciones que pudieran quitar a tales monumentos, edificios y objetos su fuerza probatoria y su carácter original".[366] Es más que clara la posición de Gamio: impedir a toda costa la reconstrucción monumentalista de la época de Batres. La ley en realidad no estaba dirigida en forma específica a los monumentos arqueológicos, pero sí los abarcaba. La curiosa subdivisión de la cultura que hacen las leyes modernas en México, entre lo arqueológico, lo histórico y lo artístico, todavía no estaba imperando. Así, algunos artículos hacen aclaraciones dignas de destacar, por ejemplo cuando se plantea que el saqueo del patrimonio no sólo lo llevan a cabo los particulares, sino que también lo realizan "con frecuencia las autoridades civiles".[367] Pero lo que creemos más interesante es la justificación central para el dictado de esta ley que radicaba en la "importancia social" de los monumentos nacionales. No vale la pena reseñar el decreto completo, ya que ha sido publicado en la bibliografía y es de fácil acceso, pero sí debe destacarse como un paso hacia adelante en la posibilidad de contar con una legislación protectora de amplio espectro.

La Ley de Conservación de Monumentos Históricos de 1916

Muy pocos años estuvo vigente la ley de 1914 que había promulgado Victoriano Huerta. Con los cambios políticos que se sucedieron en esos años, se vio la necesidad de modificar algunos términos de esa ley y de suplantarla directamente

por otra nueva, en este caso promulgada en enero de 1916 por Venustiano Carranza.[368] Si bien el tenor es muy similar, hay varios aspectos que se modifican y aclaran yen especial se define mejor la ingerencia legal en el problema del saqueo. También se eliminó lo referente al interés social del patrimonio, pero se aclaró mejor la idea de prohibir también las restauraciones: dice el artículo 1 que "se prohibe la destrucción parcial y total, la restauración, reparación, modificación, decoración, ampliación o perfeccionamiento de los edificios y templos de valor artístico o histórico..."[369] En el caso concreto de la arqueología se aclaró que la dependencia responsable de estas cuestiones era la Inspección de Monumentos Arqueológicos, y en el caso de los objetos muebles cuya restauración también está penada por la ley, el Museo era el responsable. La ley era amplia, e incluía también las bellezas naturales, que debían ser inventariadas para poderlas declarar monumentos. Presentó también toda una serie de artículos que son fácilmente accesibles en la bibliografía específica. Esta ley vino a reemplazar a la anterior, mejorándola un poco, definiendo mejor sus términos a veces confusos y estableciendo un marco legal que no sería reemplazado sino hasta 1930.

Los trabajos de restauración en Teotihuacan (1917-1922)

Los trabajos realizados bajo la dirección de Manuel Gamio en Teotihuacan entre 1917 y 1922, aunque continuaron esporádicamente hasta 1925, son cruciales para la historia de la restauración en México. No sólo por su importancia en cuanto a las técnicas y procedimientos utilizados, sino también por lo que significaron tanto para la cultura nacional, como por las personalidades que tuvieron que ver con ello. Es una historia polémica, que tuvo héroes, mártires y villanos. Trataremos de reconstruirla. En primer lugar, debemos preguntarnos por qué decidió Gamio realizar un proyecto de gran envergadura en ese sitio; en segundo, cuál fue el proyecto que se llevó a cabo, y en tercer lugar, cuáles fueron los resultados a corto y largo plazo. Por suerte tenemos una amplia bibliografía, al igual que estudios modernos sobre el significado de todo ello para la historia de la antropología, la restauración y el indigenismo.[370]

La intención original era desarrollar un trabajo integral de antropología, en su más amplia concepción del término; trabajar en forma interdisciplinaria un sitio con ruinas prehispánicas, *y* con grupos indígenas pauperizados pero que aún conservaban tradiciones, e insertos en la ya desarrollada sociedad capitalista dependiente. Esto estaba bien claro, y la intención nacionalista también estaba clara. Con sólo leer los textos relativos a lo prehispánico y lo colonial, resulta obvia cuál era la posición que tenían los investigadores desde el inicio de los trabajos. Pero había otro objetivo, quizás más personal y menos claro, y del cual ya hemos hablado: acabar con Leopoldo Batres y lo que significaba para la arqueología mexicana, para mostrar quién era ahora el que marcaba las nuevas sendas de la investigación en México. Pero lo que con grandes esfuerzos había realizado Francisco Rodríguez —y con la misma intención que Gamio en lo que a Bares respecta—, quedó sumido en el olvido. Esto no significa una actitud despectiva hacia Gamio, pero creemos que cada uno de ellos jugó un papel histórico determinado, y acorde a una realidad social especial. No podemos, como dice el refrán, pedirle peras al olmo. Junto a Gamio trabajó un grupo de investigadores de primera categoría: en el caso de la restauración José Reygadas Vértiz, quien ya tenía experiencia, y que contó con la ayuda de Ignacio Marquina, arquitecto de profesión y que comenzaba su inserción en la arqueología.

En las ruinas de Teotihuacan se realizaron varios trabajos arqueológicos y de restauración importantes: desde un plano general, estratigrafías, limpieza de vegetación y otras tareas, hasta la exploración metódica de La Ciudadela, complejo de construcciones que hasta la época no había sido analizado ni estudiado con detenimiento. El resultado final fue el desescombro y restauración del gran cuadrángulo en su cara interior y por la parte de arriba, incluyendo los basamentos escalonados que coronan esta gran estructura. La restauración del altar central y las dos épocas de construcción de la Pirámide de Quetzalcóatl fueron quizás las experiencias más-notables en este sitio. Al parecer, Gamio tuvo varios problemas al inicio de las exploraciones, ya que tanto Reygadas como Marquina estaban iniciando casi sus respectivas carreras de restauradores, y comenzaron a excavar desde la parte superior del montículo más alto. Esto los llevó a encontrar unos grandes agujeros rectangulares, que se hundían a lo largo del edificio, y cuyo significado no pudieron interpretar. Mucho después, al iniciar la exploración desde los costados, pudieron descubrir que en realidad eran parte del complejo sistema constructivo utilizado por los teotihuacanos: ¡el mismo error que había cometido don Carlos de Sigüenza y Góngora en 1680![371] Después de esto se decidió iniciar trabajos desde los lados del gran montículo, gracias a lo cual pudieron dejarse ala vista los primeros tableros, con varios fragmentos en buen estado de conservación, incluso en sus estucos. Había fragmentos de esculturas de gran tamaño dispersos por doquier, y era evidente que únicamente se habían conservado restos en buen estado hasta el segundo tablero del edificio. Inmediatamente se comenzó la restauración de lo que, poco más tarde, descubrirían como la parte superpuesta a una etapa constructiva más antigua, y cuya fachada con magníficos relieves y esculturas se había parcialmente conservado. En el basamento delantero, el más moderno y sencillo, se procedió a restaurar los tableros inferiores y reconstruir los superiores. Si bien había evidencias del tercero, la posibilidad de que hubiera habido un cuarto era sólo hipotética; pese a eso también se lo completó por los tres lados que quedaban a la vista. Lo que queremos destacar con esto no es el hecho de haber realizado una reconstrucción sin fundamentos serios, sino el cambio notable que hubo tanto en Gamio como en Reygadas Vértiz con otros trabajos que harían años más tarde, y en los cuales siempre trataron de evitar esos errores. Gamio escribió al respecto que "Teotihuacan consta, según ya dijimos, de varios sistemas, que no se van a restaurar en su totalidad, sino a descubrirse,

pues la restauración del Templo de Quetzalcóatl puede ser suficiente como representación típica de tales sistemas arquitectónicos".[372] Lo que nos muestra el porqué de esa reconstrucción, en función de un interés más que nada estético-educativo. Pero veremos que en la parte posterior del edificio, las técnicas y principios utilizados fueron notablemente diferentes.

Durante la excavación habían descubierto que el montículo era en realidad el resultado de dos épocas diferentes de construcción, y que había existido un edificio original, el que fue parcialmente destruido para ser cubierto por otro más grande, colocado más adelante en relación con el anterior. Era necesario, por lo tanto, descubrir la fachada de esa primera época y tratar de dejarla restaurada y a la vista del público. La sorpresa fue hallar casi intacto el frente de la primera construcción, cubierto además por magníficas esculturas de grandes dimensiones. Consideramos la restauración de la fachada de este edificio como uno de los momentos claves de la historia de la restauración en México, por los problemas que planteó y por las soluciones que se aplicaron. Ya hay bibliografía sobre este ejemplo.[373] Básicamente se encontró que la escalera central se hallaba en buenas condiciones, lo mismo que los tres primeros tableros con esculturas, que tenían sus extremos deteriorados; el tercero estaba más dañado y el cuarto había desaparecido. Se procedió a restaurar lo descubierto, retallar piedras para cubrir los sillares faltantes de las esculturas de los tableros cuidando de no "imitar" las antiguas, e incluso dejando en su lugar las quebradas y astilladas. Los extremos de los tableros, ya desaparecidos, fueron rehechos mediante piedras pequeñas unidas con mezcla, simplemente para mostrar —como bulto— la forma original, sin falsificar ni reconstruir los tableros. Las grandes cabezas de serpiente fueron sostenidas mediante delgadas barras de hierro que quedaron completamente ala vista. Para tratar de diferenciarlo de lo original, se pintaron de gris las juntas de cemento, lo que luego fue reemplazado por un rejoneado hecho con pequeñas piedras. Como entre una y otra época constructiva no había separación alguna, hubo que abrir un camino que permitiera, además de circular, poder apreciar la fachada del edificio. Esta solución, igual ala del Templo Mayor, fue la norma que sirvió, años más tarde, para muchos trabajos arqueológicos similares. Manuel Gamio, en la presentación de los trabajos había resumido las premisas a que respondieron sus restauradores:

"Una vez descubiertas las estructuras, surgió el difícil problema de su conservación; si se les dejaba en el estado arriba descrito, las aguas y los vientos las deslavarían rápidamente y la vegetación germinaría en el barro que hacía de mortero para unir las piedras fragmentadas, desintegrando éstas; por otra parte, desde el punto de vista estético, no sería posible apreciar el bello conjunto de líneas rectas y masas prismáticas y piramidales del monumento, pues la irregularidad de las semi-destruidas estructuras descubiertas lo vedaba. En vista de esto, se adoptó un plan de reconstrucción basado en los métodos científicos que preconiza la arqueología moderna. Esta reconstrucción consistió en volver a colocar en su lugar y unir con mortero las piedras fragmentadas, caídas, de aristas y cornisamientos o almohadillados superiores, y en rejonear y revocar con cemento las hendiduras que había entre las piedras de los revestimientos que se conservaban en pie, a fin de impedir que fueran desintegrados por la acción de las aguas y de la vegetación. Aquellas partes que aparecían cubiertas con concreto no fueron tocadas. Como existen numerosas partes íntegras de tableros, taludes, pasillos, etc., la restauración fue absolutamente fiel, ya que consistió en prolongar estos elementos arquitectónicos en las partes en que estaban parcialmente destruidos". [374]

Básicamente los trabajos realizados en Teotihuacan fueron en La Ciudadela y el Templo de Quetzalcóatl. Lo demás se limitó a arreglos menores, a modificar el museo, consolidar algunas ruinas que habían quedado simplemente descubiertas desde el siglo anterior, mejorar la estructura de hierro de los Subterráneos, y realizar obras de apoyo al sitio arqueológico. Entre estas obras debe citarse la del teatro abierto frente a la gruta donde funciona el restaurante, caminos de acceso y limpieza en general del sitio. Todo lo demás que se hizo, en cuanto a antropología, estudios sobre la cerámica, escultura, códices y otros temas, que también fueron de importancia, está fuera de nuestro tema. Queda así Teotihuacan como una experiencia importante, pero ecléctica, en la historia de la restauración, y como la institucionalización de varios principios que con los años llegarían a imperar en la arqueología mexicana. Me refiero especialmente al de la reconstrucción hipotética, siguiendo la línea de su antecesor Leopoldo Batres, quien fuera tan discutido por los mismos protagonistas. Los errores de Batres, por reconstruir sin las evidencias completas, no están tan lejos de haber reconstruido las escalinatas de todos los basamentos de La Ciudadela sin sus respectivos dados (que fueron descubiertos en 1962).

Las restauraciones de Teopanzolco (1921-1922)

En la secuencia de los trabajos de restauración emprendidos por la Dirección de Manuel Gamio, se destacan las exploraciones y consolidación de las pirámides gemelas de Teopanzolco, en Cuernavaca. Estos trabajos fueron realizados en 1921 por José Reygadas Vértiz, a quien hemos visto ya como su principal colaborador en la restauración de Teotihuacan. Queremos destacar este sitio, el que pese a haber quedado dentro de uno de los barrios de la actual Cuernavaca, permanece casi desconocido, ya que significó un paso adelante dentro de las técnicas de restauración. Es factible decir que el experimento realizado en 1914 en el Templo Mayor, y que sólo pudo llevarse a cabo en forma completa en La Ciudadela en los años siguientes, llegó a transformarse en un modelo de restauración en Teopanzolco. Años más tarde, Tenayuca sería otro caso más de esta técnica tan particular y que ha llegado hasta nuestros días: el Templo Mayor (trabajos de 1978-1982) ha sido trabajado siguiendo la misma técnica.

En la década de los 20 era un gran conjunto de montículos dispersos por la parte superior del gran promontorio que hoy forma la Colonia Vista Hermosa. El sitio fue descubierto unos años antes,[375] cuando Emiliano Zapata luchaba en esas tierras de Morelos. Gamio debió esperara que terminaran las hostilidades para comenzar la excavación. En la actualidad no es más que un pequeño terreno bardeado con una caseta en la entrada, que encierra en su interior la gran pirámide, otros pocos montículos aún no explorados, dos o tres construcciones trabajadas recientemente, y una hilera de seis altares bajos también ya restaurados.[376] La pirámide mayor, en realidad dos grandes templos gemelos similares al Templo Mayor de México, es una construcción típicamente azteca que mide 50 por 32 m. en su base, lo que significa una verdadera mole de piedra y cal. Al realizar la exploración, Reygadas observó que el grado de conservación de la época más antigua era considerablemente mejor que el de la superposición. Para la restauración, se procedió por lo tanto a liberar el frente de la pirámide antigua mediante un gran foso, en forma similar a lo que se hizo en La Ciudadela. De esta forma podía observarse casi íntegramente esta época más antigua, que tenía la ventaja de haber conservado en buen estado los restos de los dos templos superiores. Por alrededor de esta etapa más antigua se restauró la época más moderna hasta la altura que se había conservado. Los problemas que siempre trae este tipo de restauración es que, por una parte, al público le es muy difícil leer la historia del edificio, y tiende a entenderlo como que fue construido así. Por otra parte, al haber rectificado en la parte superior la escalera de la segunda época, parece que ésta fue construida originalmente hasta esa altura, ya que no quedaron evidencias claras de que en realidad continuaba más arriba. Los restos de estuco en los lados laterales y la parte posterior no fueron tocados y se conservan en buen estado hasta la fecha.

Hay otros aspectos que remarcar: la restauración fue de primerísima calidad, y si bien se reconstruyeron algunas partes, tanto en el edificio exterior como en el interior, aún hoy es fácilmente distinguible lo nuevo de lo antiguo. No hubo intención de disfrazar o de falsificar lo nuevo para que pareciera viejo. Por otra parte, esta restauración no fue alterada desde que se concluyó en 1921. Unicamente se modificó la ubicación de la,antigua caseta del cuidador que se hallaba sobre los restos del palacio y que ahora está adosada ala pirámide principal, trabajo que se realizó en 1968. Resumiendo, podemos decir que Teopanzolco significó la sistematización de una nueva forma de restaurar monumentos prehispánicos, que influyó en otros arqueólogos y en otras regiones; era la culminación de varios trabajos anteriores, de los cuales éste fue el ejercicio más grande. De allí que deseamos destacarlo dentro de esta larga historia de la restauración. Con los años, además de abandono, el sitio sólo vería algunas mejoras durante la década de los años 60, cuando se lo cercó y se restauraron los seis altares en la sección poniente; también se hicieron algunas restauraciones y excavaciones menores en la Estructura II y en el Palacio. El sitio aún espera un estudio metódico y sistemático.

La restauración del Coateocalli (1921)

Otro de los trabajos emprendidos por el equipo de Manuel Gamio fue el de la restauración del basamento del Coateocalli, que había sido descubierto mucho antes —en 1902— durante los trabajos de restauración del antiguo Palacio del Marqués del Apartado, en pleno centro de la ciudad de México. Durante los trabajos de Ignacio Gorozpe para readecuar el edificio a sus nuevas funciones, se habían descubierto ruinas y fragmentos de esculturas entre los cimientos, los que por iniciativa de Batres habían sido limpiados; las esculturas se trasladaron al Museo Nacional. En 1921 Gamio propuso la restauración y la construcción de una escalinata para poder visitar la estructura subterránea. Para ello se procedió a consolidar las piedras que se conservaban en el lugar original, a hacer el piso y los muros laterales de ese sótano y a cementar las partes destruidas de la construcción antigua, marcando con toda claridad lo que se había conservado y lo que en realidad había desaparecido. Fue un trabajo sencillo y sobrio,[377] dentro de las múltiples tareas que se emprendieron.

Las restauraciones de Mitla (1921-1925)

En páginas anteriores ya hemos planteado el problema que significa hoy en día poder analizar trabajos de restauración que en su momento no fueron bien publicados. Y uno de esos casos es el de Mitla, ya que después de los trabajos de Leopoldo Batres y C. Sologuren, además de alguna intervención de Marshal Saville durante el cambio de siglo, se efectuaron otras intervenciones que nunca quedaron bien definidas. En este caso se trata de los trabajos realizados por la Dirección de Antropología de Manuel Gamio durante dos temporadas, en 1921 y 1925. Existe alguna bibliografía al respecto,[378] pero la información que aquí detallamos se basa no sólo en ella sino principalmente en observaciones directas en el sitio, ya que las técnicas utilizadas en el momento son radicalmente diferentes a las anteriores y posteriores, lo que permite identificar una parte de ellas. Otras fueron transformadas en restauraciones posteriores. [379] Sucedía que a pesar de la cantidad de viajeros y arqueólogos que visitaron y excavaron Mitla durante el siglo pasado y parte del presente, incluso después de las restauraciones de Batres,[380] Mitla permanecía en un estado triste de abandono. Fue así que Gamio decidió iniciar una labor de verdadero rescate y restauración, en especial en el Grupo de la Iglesia, el que estaba en mejor estado de conservación, aunque en gran medida ocupado por las instalaciones de la iglesia. Los trabajos fueron dirigidos por Agustín García Vega.

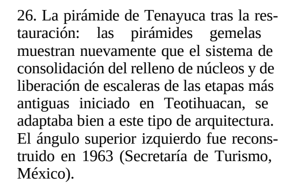
La primera medida que se tomó fue derrumbar la totalidad de las obras no originales, que desde la época colonial y con acabados modernos cubrían varios edificios. Puede apreciarse en las fotografías de época que se quitaron los grandes



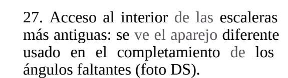
24.

24. El Castillo de Chichén Itzá al completarse la restauración del templo superior y la consolidación de la escalera, hecha por Miguel Angel Fernández entre 1922y 1924 (Archivo de la Carnegie Institution, Tozzer Library, Harvard University, Cambridge).

25. Vista posterior de uno de los edificios de Mitla con el sistema de consolidación de los basamentos, hecho en 1921 con el objeto de diferenciar estos trabajos de la reconstrucción realizada años atrás por Batres (Archivo Marcelo Magadán).



26. La pirámide de Tenayuca tras la restauración: las pirámides gemelas muestran nuevamente que el sistema de consolidación del relleno de núcleos y de liberación de escaleras de las etapas más antiguas iniciado en Teotihuacan, se adaptaba bien a este tipo de arquitectura. El ángulo superior izquierdo fue reconstruido en 1963 (Secretaría de Turismo, México).



27. Acceso al interior de las escaleras más antiguas: se ve el aparejo diferente usado en el completamiento de los ángulos faltantes (foto DS).



25.



26.



27.

pilares de piedra, los techos de madera, los decorados de los muros y la pintura que los cubría. Al proceder a desmantelar la obra nueva se encontró que por debajo se hallaban los muros antiguos casi intactos. Se quitó también la caballeriza que funcionaba en el patio del Grupo Norte. Se cerraron las puertas abiertas en las paredes originales, al igual que varias ventanas, y en cambio se abrieron las entradas verdaderas[381] A continuación, se procedió con varias tareas imprescindibles de conservación: se protegieron las pinturas murales que aún existían,[382] se apuntalaron varios tableros que estaban a punto de demoronarse, se excavaron varios basamentos para poder consolidarlos y se colocó un rematé al coronamiento de las paredes para evitar filtraciones. Se hicieron también otras tareas de limpieza general, deshierbe de muros y pisos, y se completaron tres tableros que por falta de algunas de las piedras de sus bases amenazaban con caer:

"Faltando, como falta, la cubierta o techo de todas estas galerías, los coronamientos de sus muros aparecían en malas condiciones, puesto que permitían las filtraciones del agua de lluvia, al interior del núcleo de los muros formado con piedra y barro batido, lo que ocasionaba el acarreo de dicho barro, y por tanto, la inminente destrucción de los monumentos. Para evitar esto, fueron protegidos estos coronamientos por medio de una capa de cemento y rejones de piedra, durante los trabajos últimos de conservación".[383]

Los trabajos debieron suspenderse por un año, pero en 1925 volvieron a retomarse con la misma intención de conservar y restaurar, sin reconstruir. Las obras de 1925 fueron un poco diferentes, ya que el énfasis se puso en el recubrimiento de la mitad inferior de los muros que tenían el núcleo a la vista, con piedras grandes burdas y mortero irregular. Este trabajo fue el que realmente salvó a Mitla de la destrucción total. Y sinceramente, los recubrimientos son marcadamente diferentes a los núcleos originales, lo que permite aún hoy distinguir lo nuevo de lo antiguo. Con los basamentos se hizo algo similar: primero se los limpió y luego simplemente se los consolidó, aunque hoy en día se puede observar que én algunos casos únicamente se consolidó lo que quedaba a la vista; esto está provocando desmoronamiento, debido a que en ulteriores excavaciones se descubrió la parte inferior. Obviamente la culpa no es de la forma en que se hicieron esos trabajos, sino de cómo se hicieron los posteriores. Se continuó con los coronamientos de las paredes, el alisado por completamiento de los pisos del grupo de las grecas, contrafuertes para sostener fachadas o fragmentos de ellas que amenazaban con caer, y el refuerzo con cemento colado de las grietas de las piedras del techo de las tumbas y de sus dinteles de entrada. Si bien estos trabajos que reseñamos fueron de excelente calidad y se hicieron con todo cuidado, no se pudieron intervenir todos los grupos. De allí que Agustín García Vega lo haya recalcado en su escrito publicado sobre las restauraciones:

"Estos edificios, por la naturaleza misma de su construcción, se hallan mal conservados, en comparación con los grupos anteriores, y no siendo posible hacer nada por ellos en obras ligeras de conservación, como las efectuadas en 1921 y 1925, me limité a hacer una limpia minuciosa de vegetación, obra que se sigue efectuando en la actualidad por el guardián y los peones encargados del cuidado de estas ruinas".[384]

Como complemento hubo una limpieza general de la vegetación que cubría la Fortaleza y otros grupos de Mitla. Un último detalle que nos gustaría destacar, es que cuando se coló cemento para reforzar la piedra horizontal que servía de techo a una de las tumbas subterráneas, se le grabó el año (1925) para dejar testimonio de que se trataba de una obra moderna. Creemos que éste es realmente un caso único en la arqueología americana, ya que en esa fecha no había ejemplos de esta técnica ni siquiera en Europa. Lamentablemente no se continuó ni con esa idea, ni con esa honradez científica.

El Proyecto de Ley para la Conservación Arqueológica en México (1923)

Hemos visto ya gran parte de los trabajos que el grupo dirigido por Manuel Gamio había estado llevando adelante durante los años comprendidos entre 1911 y 1923. Fue justamente en ese último año cuando se planteó la posibilidad de crear una nueva **Ley para la conservación y estudio de los monumentos y objetos arqueológicos en la República Mexicana,** que fue redactada por él mismo y por Lucio Mendieta y Núñez. Esta ley, que nunca se llegó a promulgar, es interesante de revisar ya que muestra un cambio notable frente a la legislación anterior —en especial a la ley de 1897—pero que muestra también ciertos aspectos que, de alguna manera, difieren de las tendencias imperantes en la época, de centralizar y estatizar totalmente la investigación y restauración arqueológica. No vamos a repetir aquí el texto de este proyecto porque fue publicado en su momento por el propio Gamio,[385] pero sí quisiéramos hacer hincapié en ciertos párrafos. Desde la parte expositiva introductoria, se planteó la importancia que la investigación arqueológica posee en los países en los cuales existe un proyecto ideológico nacionalista: "Un estado es tanto más poderoso y mejor llena sus fines, cuando más arraigado está el sentimiento de nacionalidad en el pueblo que lo forma".[386] A la vez, nos recuerda que "los monumentos arqueológicos son un testimonio objetivo, constante e irrefutable de la vida pretérita de un pueblo (...) conservarlos es conservar el recuerdo dei pasado, que, como se ha dicho, es uno de los más poderosos factores de nacionalidad".[387] Es evidente que el proyecto de Gamio de construir una nación reutilizando el pasado venía a quedar sintetizada en esta posición. Quedaba claro una vez más que el uso del pasado y de la arqueología no era para el propio pueblo sino para la construcción de la justificación ideológica de un estado dominante, que sería cada vez "más poderoso"

citando sus propias palabras. Continúa aclarando que esta ley trata de llenar un vacío dejado por las leyes anteriores: "En más de una ocasión se ha visto, en efecto, que las mencionadas leyes no bastan para resolver los conflictos que en la práctica han surgido entre los intereses de los particulares y los intereses del estado (...) su elasticidad se presta a fraudes, y en general, puede decirse de ellas que no sirven de estímulo a la iniciativa particular para la conservación y estudio de los referidos monumentos."[388] Queremos destacar esto, ya que fue la justificación para que la ley diera una amplia libertad a la iniciativa privada para actuar en el campo arqueológico, quedando la Dirección de Antropología como un ente supervisor —en muchos casos— de los trabajos realizados por instituciones o individuos externos a ella. Si esta ley hubiera entrado en vigor, sin duda que la historia de la arqueología en México hubiera sido considerablemente diferente.

El capítulo I es básicamente enunciativo; se presenta en el artículo 1 una historia de los derechos del estado sobre el patrimonio prehispánico, bastante metódico por cierto, y los artículos 2 y 3 son básicamente iguales a los de 1897. Los cambios están presentes a partir del capítulo II. Por ejemplo, se plantea allí que "se concede a los propietarios de fundos en que se encuentren montículos arqueológicos, el permiso de explorarlos bajo la vigilancia de un inspector (...) en virtud de que siendo tan numerosos los montículos arqueológicos, no es posible que por cuenta del gobierno sean rápidamente explorados en su totalidad."[389] El permiso se daría a quienes fueran personas competentes y bien intencionadas, con recursos y un plan de trabajo. Otro aspecto es que el estado tiene la posesión únicamente de los objetos arqueológicos que estén aún dentro de los montículos, pero todo lo que desde antes hubiera sido extraído y que los particulares tuviesen en su poder, quedaba en propiedad de ellos. Por lo mismo, los particulares podrían adquirir objetos libremente, siempre que estuvieran dentro de esa adscripción, bastante difícil de comprobar en realidad. Asimismo, la ley permitía la exportación de objetos, siempre y cuando estuvieran autorizados por el gobierno, derogando así la legislación anterior de prohibición absoluta.

El último punto que queremos reseñar de esta ley, que ha quedado sumida en el olvido bibliográfico[390] es parte del artículo 5, donde dice: "Queda prohibido a los particulares emprender exploraciones arqueológicas en territorio de la República; remover o restaurar monumentos arqueológicos de la misma..."[391] Queda claro que, si bien antes se había dicho que para lo primero había amplias excepciones sobre todo para los propietarios de los terrenos, para la restauración no hay opciones: únicamente podía efectuarla el estado. No sabemos cuál fue exactamente el motivo por el cual esta ley no llegó a ser aceptada, ni siquiera con enmiendas. Pudo haber sido, pensamos, por el hecho de que poco después Gamio saldría exiliado a los Estados Unidos; otra posibilidad podría ser que el proyecto no entrara perfectamente dentro de las políticas de centralización que el estado estaba construyendo en ese momento político. Sea cual fuere la realidad, es un documento interesante para mostrar la evolución de la conservación arqueológica en México.

Proyectos y restauraciones de Frans Blom (1922-1926)

El aporte de un hombre como Frans Blom al desarrollo de la arqueología mesoamericana es sin duda enorme, y ya ha sido parcialmente estudiado. Una larga bibliografía habla de él[392] pero si bien ésta resalta la figura de Blom en muchos aspectos, prácticamente nada dice respecto a su obra como pionero de la restauración. Quizás esto se haya debido a que su incursión en el tema fue corta; se dio durante sus primeros años de arqueólogo (entre 1922 y 1926) y luego se dedicó a otros menesteres dentro del tema. Blom tuvo el primer contacto con las antigüedades de México en 1919, cuando arribó a Minatitlán para trabajar como ingeniero en la empresa petrolera Eagle and Company. Durante casi tres años recorrió extensas regiones del territorio, realizando algunas observaciones de tipo arqueológico en el terreno. Debido a su insatisfacción con el trabajo y a que contrajo malaria en uno de sus viajes, regresó a México, donde estableció contacto con Zelia Nutall y con Manuel Gamio en 1922, año en el cual hizo su primera publicación.[393] Ese mismo año entró a colaborar en la Dirección de Antropología, que ya había emprendido las grandes obras de Teotihuacan. Pero debido a la experiencia de Blom en la selva, se le encargó un proyecto de gran envergadura: una expedición a Palenque de tres meses, que tendría como objetivo redactar un detallado informe sobre el estado real del sitio, e investigar las posibilidades de iniciar trabajos de restauración como los que la Dirección venía llevando adelante. El viaje duró desde el 14 de diciembre de 1922 hasta el 14 de marzo de 1923.

Los resultados de este viaje son de importancia para la historia de la restauración de sitios prehispánicos, ya que al parecer fue el primer gran **proyecto** de trabajo, que incluía desde un análisis claro de la situación de Palenque hasta un cálculo de tiempo, materiales, obreros y personal necesario; tipos de trabajo a realizar y una larga lista de temas que hasta ese momento, si bien se los conocía, nunca se habían analizado de esa manera. Era la primera vez que se hacía un estudio de costos, necesidades y de factibilidad para un trabajo de restauración. El informe presentado por Blom quedó inédito por más de medio siglo. Una parte fue publicada por él mismo en su libro **Tribes and Temples,** realizado junto con su compañero de viaje Oliver La Farge, que lo acompañó en su larga travesía por Mesoamérica durante 1925, año en que nuevamente regresó a Palenque. En 1978 fue resumido una vez más por Augusto Molina en un trabajo sobre ese mismo sitio, y sólo en 1982 fue publicado completo.[394] El informe revisa los antecedentes del sitio, la situación exacta del lugar, y procede a hacer una descripción detallada de cada uno de los edificios más importantes. En el texto se extendió sobre la grandiosidad de las ruinas, el lamentable estado en que se encontraban, e incluso analizó someramente algunas de las

causas del deterioro. En forma particular destacó las filtraciones producidas por las raíces de los árboles que crecieron sobre las construcciones y la vegetación en general. Destacó también las excavaciones hechas en los interiores de los templos, las que ni siquiera habían sido vueltas a rellenar. Sus trabajos concretos de restauración se redujeron —en base a sus posibilidades reales— a realizar una intensa tala de árboles y vegetación, a quitar arbustos de las bóvedas de los edificios y a tapar los pozos y excavaciones existentes desde la época del Capitán del Río en los templos del Conde, del Sol y de la Cruz Foliada; limpió los pisos de varios edificios quitando el escombro que los cubría y lavó en varios estucos la gruesa capa de recubrimientos calcáreos y de musgo que tenían encima desde hacía siglos.

Un punto que no dejó de remarcar es la forma en que Leopoldo Batres había destruido el santuario interno del Templo de la Cruz Foliada, para llevar al Museo Nacional (en 1909) una de las piedras que formaban el tablero en relieve. Asimismo, dedicó varias páginas a los saqueos que el propio cuidador del sitio, Benito Lacroix, venía realizando desde hacía muchos años con total impunidad. Incluso fotografió las piezas en poder de éste último y logró trasladar varios monumentos de nuevo al pequeño museo-bodega del sitio. Tampoco dejó de denunciar el hecho de que Batres había limpiado los glifos de los tableros interiores del Templo de las Inscripciones con un ácido sumamente poderoso, lo que causó un deterioro imposible de revertir. Después de este largo recuento, procedió a estipular en forma concisa su proyecto de trabajo, que consistía en el cumplimiento de dos tipos de tareas: las de mantenimiento y las de restauración propiamente dicha. Las primeras iban desde cortar la vegetación y plantar pasto, levantar un buen plano, construir un campamento cómodo, hacer un buen museo y abrir caminos, hasta la selección de obreros a contratar, los materiales necesarios para las obras, la forma de obtener cal, el transporte, equipos y personal.

En honor a la verdad, las tareas de restauración fueron en cierta forma eclécticas. Blom no tenía experiencia en el tema, y lo único que realmente le importaba era salvaguardar de alguna manera esas maravillosas ruinas. Por lo tanto habla de limpiar de escombro los pisos de los edificios, taponar y recubrir los techos de las bóvedas, ponerle cintos de acero a la torre del Palacio, levantar pilares caídos de ese mismo edificio, quitar los árboles y las raíces de los techos de las construcciones y hasta de la colocación de pilares y contrafuertes para evitar nuevas caídas de muros. Propuso que se colocaran vigas de madera en los dinteles, o en todo caso de hierro (no de concreto, como luego se hizo), que se procediera a restaurar siempre de arriba hacia abajo, y —quizás con un sentido flexible de la palabra— que se reconstruyeran las bóvedas ya destruidas. Como podemos ver, Blom estaba haciendo un verdadero proyecto previo, muy diferente de lo que Gamio y Reygadas estaban haciendo en ese momento en Teotihuacan, determinando las necesidades en función del propio trabajo arqueológico. Desafortunadamente este proyecto nunca se llevó a cabo en esa forma. En 1933 se tuvo que volver a realizar otro informe, que esta vez fue escrito por A. Escalona Ramos y Luis Rosado Vega, lo que hizo que al año siguiente comenzara a trabajar Miguel Angel Fernández, quien siguió en el sitio hasta su muerte, en 1945. Allí se suspendieron nuevamente las tareas hasta que en 1949 retomó los trabajos en el sitio Alberto Ruz, por nueve años consecutivos.

El segundo trabajo de Blom en esta disciplina fue ya para otra institución: esta vez para la Carnegie Institution de Washington. Sylvanus Morley le encargó la conducción de una expedición a Uaxactún, donde se pensaba iniciar una larga serie de temporadas de excavación.[395] Blom viajó al sitio de la selva guatemalteca en 1924, permaneciendo en el lugar durante dos difíciles meses. Allí no realizó tareas de restauración, sino que en realidad preparó el sitio para iniciar esos trabajos al año siguiente: levantó el campamento y las casas para el personal, limpió el sitio de vegetación, arregló el suministro de agua, los caminos, levantó un detallado plano preliminar y descubrió el Grupo E, cuya restauración es también parte de la larga historia que estamos relatando, aunque se llevó a cabo años más adelante. En cierta manera su trabajo fue establecer las bases para la realización de un trabajo real, tal como el que había proyectado el año anterior en Palenque y que nunca llegó a concretarse. Pero en 1925 Blom ya estaba embarcado en otra aventura: la de emprender junto con Oliver La Farge un recorrido a través de México y Guatemala, visitando sitios arqueológicos conocidos o desconocidos. Este viaje ya ha sido publicado y reseñado en otras oportunidades[396] así que aquí sólo analizaremos un pequeño trabajo de restauración que realizó en Comalcalco. En ese lugar, donde se quedaron varios días explorando y levantando un plano, realizaron el último día de su estada un descubrimiento totalmente casual: una tumba con nueve grandes figuras en estuco milagrosamente conservadas. Esta tumba en la Acrópolis, que ellos mismos habían visitado días antes sin haber notado los relieves, había sido saqueada hacía tiempo a través de un agujero en su bóveda. En las paredes se encontraban estas figuras mostrando personajes de cuerpo entero, además de tres grupos de inscripciones jeroglíficas. El estado de destrucción era bastante marcado; él mismo nos dice que "de los tres grupos de glifos en esta pared, la mayor parte se han caído, mostrando únicamente las marcas en el estuco donde alguna vez estuvieron".[397] Debido a la importancia del hallazgo, Blom decidió restaurarlas en su totalidad. No está claro, ni en su texto ni en otras referencias contemporáneas o posteriores,[398] cuál técnica se utilizó, pero al parecer aplicó cemento y procedió a reconstruir íntegramente todo lo faltante, inclusive los glifos ya desaparecidos, en base a las marcas en lapared. Pueden verse y compararse las fotos originales con las posteriores, que muestran que la reconstrucción, si bien posiblemente sea fidedigna, fue más allá de lo necesario. Hemos reproducido aquí la misma figura antes y después. Y creemos que, si bien las obras fueron hechas con la mejor intención del mundo, debieron haber provocado quejas de

Gamio y otros colaboradores de la Dirección de Antropología en México, ya que no fueron incluidas en la obra editada por ellos con los trabajos anteriores a 1928 ni en otras similares.

Un último aspecto de la obra de Blom vale la pena de ser recordado, ya que si bien es anecdótico, muestra el interés que tenía por la salvaguardia del patrimonio arqueológico: cuando su segundo viaje a Palenque, descubrió que en varios edificios se habían realizado nuevamente excavaciones sin autorización, por lo cual averiguó quién las había practicado. Cuál fue su asombro al enterarse que habían sido hechas por una comisión integrada por un presbítero, Eleazar Mandujano (quien firmaba como presidente), un grupo numeroso de personas (incluyendo al vicepresidente, un fotógrafo y doña Carmen, la querida del presbítero), que habían llegado en busca de antigüedades acompañados por 30 indígenas de Tila, una banda de músicos y una parafernalia digna de tan particular personalidad. Invadieron, robaron y destruyeron libremente durante los días 20 al 23 de abril de ese mismo año de 1925, para irse con cuatro grandes lápidas esculpidas. Por suerte, la eficaz acción de telegrafiar a Salto del Agua, permitió que fuera detenida toda la comitiva y los objetos regresaron a su lugar de origen.[399]

La primera restauración de Santa Cecilia Acatitlán (1923-1924)

Hemos visto entre los ejemplos anteriores, los trabajos del Templo Mayor de México y de La Ciudadela, ambos a cargo de Manuel Gamio y José Reygadas Vértiz, como los trabajos de restauración que establecieron las experiencias necesarias para la elaboración del modelo de restauración que imperó durante los años 20. Tras ellos, la pirámide de Teopanzolco significó su institucionalización: toda la pirámide, por sus cuatro lados, fue trabajada con ese sistema. Pero quiero reseñar otro caso: el de la pirámide doble de Santa Cecilia Acatitlán, hecha durante 1923 y 1924. Es importante, más que por la obra en sí, por lo que le pasó a esa construcción muchos años después. En este caso también nos encontramos con la falta de documentación, ya que nunca se publicó el informe de los trabajos. De todas formas, contamos con elementos suficientes como para poder sentar un juicio sobre ella.

Al parecer las obras realizadas fueron pocas: básicamente se efectuaron calas exploratorias, se restauró la escalera frontal doble, y se tomaron medidas para la protección del sitio, que en esa época se encontraba prácticamente despoblado. De más está decir que en el momento en que los arqueólogos arribaron al lugar, el montículo era una masa informe de tierra y piedras. La trinchera oeste mostró los restos muy bien conservados de la doble escalera frontal de la última época (la sexta fase de construcción), por lo que se decidió restaurarla, ya que las épocas anteriores no se hallaban en realidad en mejor estado. Es factible que sí lo estuvieran los muros posterior y laterales, pero en ese momento fue imposible seguir los trabajos por los otros lados de la pirámide. La restauración fue sobria y no se practicaron reconstrucciones hipotéticas. Se dejaron las escalinatas y sus respectivas alfardas hasta la altura descubierta, y se restauró totalmente el basamento sobre el que desplanta todo el conjunto. El resto quedó en forma de montículo, limpio de vegetación, pero sin restaurar. Es incluso factible que se proyectara regresar en otro momento a continuar los trabajos, lo que debió suspenderse ante la importancia de los descubrimientos de Tenayuca al año siguiente. Esta modesta restauración sufrió cambios notables con el tiempo: en 1961 fue totalmente destruida para volverla a restaurar, aunque mejor podemos decir a construir algo que nunca había existido. Se desmanteló toda la escalinata norte, e incluso las de varias superposiciones que se encontraban bajo ella, hasta encontrar el pequeño basamento de la segunda época, que se procedió a restaurar. En cuanto a la escalinata del sur, se la subió hasta su límite superior, se rehicieron los laterales y se le fabricó un templo encima, del que no había ninguna evidencia. Ni siquiera se sabía que hubiera existido.[400]

No es éste el lugar para criticar esta reconstrucción, que fue parte de una corriente de la restauración en México, pero sí señalar la falta de tacto al desarmar un trabajo que sí era original y que sí estaba bien hecho; y eso sin contar con que era ya parte de la historia de la especialidad, sin respetar el trabajo de esos dos pioneros que fueron Gamio y Reygadas. Creemos que, pese a lo poco que hay publicado sobre Santa Cecilia, es factible discutir la tajante aseveración de Eduardo Pareyón cuando dijo que "para efectuar la reconstrucción de la época escogida, indiscutiblemente la más interesante, se desmontó la escalera de la quinta superposición y el relleno de piedras y tierra de la cuarta, que cubrían a la primitiva plataforma del dios de la lluvia. No hubo para ello ninguna dificultad puesto que la escalera mencionada había sido casi hecha de nuevo desde su arranque, durante los trabajos de principios de siglo".[401] Por el contrario, habia sido un excelente trabajo desde todo punto de vista.

Miguel Angel Fernández y su obra en Chichén Itzá (1922-1924)

En la arqueología americana hay hombres que silenciosamente realizaron tareas de importancia y que, como generalmente sucede, no fueron del todo bien interpretados. Quizás el caso más característico haya sido el de Miguel Angel Fernández, cuyas restauraciones de Chichen Itzá, Tulum, Palenque y tantos otros sitios, marcaron una senda limpia y recta, pionera en el mejor sentido de la palabra.[402] Quisiéramos en las páginas que siguen, devolverle a este personaje tan poco conocido su verdadero sitio como restaurador.

Nacido en las cercanías de Puebla, se hallaba estudiando en la Academia de San Carlos en la ciudad de México cuando estalló la Revolución. En 1914 se plegó a las fuerzas maderistas; en 1916 se unió al Batallón Rojo de Orizaba y continuó luchando por varios años. Al final de los movimientos armados decidió dedicarse a la pintura, actividad que se encontraba desarrollando en 1921 cuando conoció en Mérida a Manuel Gamio. En Yucatánintó una serie de cuadros neoprehispánicos, que al ser expuestos al año siguiente en México merecieron gran interés.[403] A partir de 1922, Gamio lo convenció de trabajar como **dibujante reconstructor** en el entonces· Departamento de Antropología, aunque su ingreso oficial a la institución ocurrió en 1931, con un cargo de ¡inspector de 5a. categoría! Su primera actividad fue el viaje que realizó con Gamio en 1921 por Chichén Itzá y luego por Jaina, sitios en los cuales trabajaría tiempo más tarde. En 1922 fue comisionado para efectuar trabajos de consolidación en el Juego de Pelota de esa primera ciudad, y hacer dibujos reconstructivos de los relieves y pinturas murales. Ya hemos hablado del estado de esas pinturas, incomprensiblemente destruidas por Edward Thompson muchos años antes. En total, Fernández permaneció casi cuatro años viviendo en las ruinas, siendo él quien catalizó la introducción de los investigadores de la Carnegie Institution en 1924, dirigidos por Sylvanus Morley. Durante esos años procedió a hacer estudios de varios edificios, pero su obra más destacada fue la del Juego de Pelota, ya que incluyó la restauración del edificio sur. Por suerte él mismo escribió algunos artículos al respecto [404] detallando sus actividades y mostrándonos la alta calidad de sus maquetas y pinturas. En el Juego de Pelota quitó los escombros del Templo de los Tigres (tarea que había sido iniciada por Le Plongeon y continuada por Maudslay); quitó los escombros de la pared este de la cancha y también del edificio sur. En los tres edificios de la cancha realizó consolidaciones y tomó medidas muy exactas para realizar dibujos reconstructivos y maquetas a escala, incluyendo los colores y relieves. Estos dibujos son verdaderos esfuerzos de reconstrucción, y fueron la base para las obras que la Carnegie y el gobierno mexicano emprendieron en esos edificios años más tarde. También hizo estudios detallados de la información colonial existente, y lo que consideramos más interesante, una reconsideración de tipo estética sobre Chichén Itzá: "el aparente desdibujo de las figuras y motivos ornamentales, que algunos creen obedecen a falta de conocimientos, es ami modo de ver en donde radica todo el encanto de este estilo libre, espontáneo y plástico que agrada tanto a la vista y que conmueve profundamente al espíritu"[405] Todo un alegato sincero vertido por un admirador de Sorolla y un ex-impresionista que pintó durante años al aire libre en Santa Anita.

En realidad, la tarea de Fernández fue importante metodológicamente, ya que planteaba que antes de restaurar era necesario quitar el escombro de los edificios, luego hacer ajustadas mediciones, y más tarde hacer reconstrucciones en papel y maqueta hasta tener una certeza absoluta de la forma original. El mismo demostró, con varios ejemplos, que una sola evidencia no es bastante para proceder a restaurar una parte del edificio. Por desgracia estas ideas no fueron aceptadas por la mayoría de los arqueólogos que lo continuaron, que tomaron a partir de 1928 la senda de la reconstrucción hipotética. En cuanto a restauraciones propiamente dichas, intervino la pirámide del Castillo y el edificio más largo del Juego de Pelota. En el primero consolidó la escalera de uno de los lados y luego procedió a resanar cuarteaduras del templo superior. Completó los muros y cornisas a los que les faltaban piedras del revestimiento y coló cemento líquido a presión en las fisuras, técnica que fue usada por primera vez. En el Juego de Pelota los trabajos fueren más intensos, ya que rescató del escombro las piedras de revestimiento y recubrió el basamento y los muros hasta la altura que se habían conservado; se recolocaron los pocos fragmentos de los pilares del frente y se realinearon las piedras del basamento. Si bien fue un trabajo de envergadura, fue hecho con cuidado y siempre reutilizando las piedras originales.

La restauración de la Pirámide de Tenayuca (1925-1928)

Desde el año 1914 el montículo principal de la localidad de Tenayuca, en las cercanías de Naucalpan, había sido tenido como un sitio importante para la arqueología de la Cuenca de México, y Manuel Gamio había conseguido que se prohibiera la siembra de milpas sobre él. Asimismo, un cuidador impedía que se continuase el sistemático saqueo de piedras talladas a que el lugar estaba expuesto desde hacía siglos. Pero no fue sino hasta después de los trabajos de Santa Cecilia Acatitlán, cuando José Reygadas Vértiz pudo comenzar a trabajar allí. Las restauraciones se hicieron entre ese año y 1928, mientras que los túneles interiores se siguieron en forma intermitente por dos años más. En 1963 volvió al sitio Ignacio Marquina, que había colaborado con Reygadas, a continuar la tarea; con posterioridad, sólo se hicieron algunos trabajos menores de mantenimiento.

Este caso, que consideramos clave en la historia de la restauración en México, posee un aspecto no arqueológico digno de ser destacado: cuenta con una memorable publicación a gran tamaño[406] y con todos los informes de campo, más las interpretaciones teóricas realizadas a posteriori. Esta monografía, en la cual se destacan los aspectos de restauración, significó un modelo de cómo debía presentarse un trabajo arqueológico de esta naturaleza. Por otra parte, la investigación del sitio fue una propuesta antropológicamente completa y similar a Teotihuacan aunque en menor escala, ya que se planteó "un estudio integral histórico, cronológico, arqueológico, arquitectónico, astronómico y descriptivo, hecho por especialistas"[407] Esta restauración fue la continuación de otras ya reseñadas oportunamente, como las del Templo Mayor, Teotihuacan, Teopanzolco y Santa Cecilia. La diferencia es que Tenayuca fue la obra de mayo envergadura emprendida en una sola construcción prehispánica. Y si bien la metodología y técnicas empleadas no difirieron de las

anteriores, los problemas encontrados y la magnitud del trabajo, presentan a este caso como el máximo ejemplo de este tipo de restauración en los primeros 30 años del siglo.

La exploración del montículo se inició por el lado oeste, que presumiblemente poseía las escaleras de acceso. La cala demostró que esto era cierto, por lo que se procedió a despejar primero la escalinata sur, la que se encontró extremadamente deteriorada. Estaba rematada por sendas alfardas lisas, y del lado norte se descubrieron enseguida los restos de otra escalera gemela; sin duda era un doble templo típicamente azteca. Pero si bien se conservaban restos de las cuatro alfardas y de los escalones, la mayoría de ellos había desaparecido. Debido al pésimo estado en que se encontraba este frente del edificio, se procedió de la siguiente manera:

"Se procuró desde luego la consolidación, ya que de no haberse procedido inmediatamente a ella, en la primera temporada de lluvias se hubieran desprendido los fragmentos mencionados. Se procedió a revestir con piedra no labrada los espacios comprendidos entre las partes auténticas, para de este modo protegerlas. Con la adopción de este procedimiento se logró, a su vez, hacer una diferenciación bien marcada entre la obra arqueológica y la obra moderna de conservación. Este procedimiento se siguió en toda la exploración; por consiguiente todas aquellas partes recubiertas con piedra en bruto, fueron fragmentos desprovistos de revestimiento, que fue necesario consolidar."[408]

La claridad con que Reygadas planteó el problema medular es notable aún hoy en la arqueología americana, y es resultado de sus experiencias anteriores, pero llevadas a la práctica aquí con mayor cuidado todavía.

Luego de terminada esta primera etapa se procedió a recubrir provisionalmente con tierra esta restauración para no dañarla al seguir los trabajos, que se centraron en la parte superior del basamento. Allí se encontraron los restos de una escalera bien conservada que llegaba hasta arriba, pero que en realidad no correspondía a la ya estudiada. Era el remate de una época anterior de construcción, que por haber quedado bajo la nueva se había conservado en buen estado. El problema que presentaba su excavación por debajo de la que ya se había estudiado fue resuelto de la misma forma que en Teopanzolco y otros sitios: excavando con cuidado la nueva escalinata hasta llegar al nivel del piso original. Luego se construyó un gran talud protector para soportar la primera, dejando una trinchera accesible a los visitantes, que pueden apreciar esta época más antigua en todo su esplendor. La construcción exterior se dejó hasta la altura descubierta, sin nivelarle la superficie, para que quedara claro que esa altura no era la original, sino simplemente la de destrucción. El arqueólogo nos explica el porqué de esta decisión, cuando dice que "no era admisible desde el punto de vista arqueológico completar la altura sin que a esto autorizaran los vestigios encontrados"[409] En el talud posterior de la escalera exterior se dejó una faja de 1 m. de ancho y todo a lo alto sin recubrimiento, para que pudiera apreciarse el sistema constructivo del núcleo de la pirámide. La alfarda norte de la etapa inferior fue descubierta sin su remate, al igual que los escalones de ese lado, por lo que no se la procedió a reconstruir, sino que se la dejó tal como fue hallada. Este sector fue totalmente reconstruido muchísimos años más tarde, al parecer en 1963, únicamente con un objetivo esteticista, para que el edificio quedara mejor. Podemos apreciar en fotos y dibujos que no había en realidad ninguna evidencia para ello, más que la simetría que debió haber existido en ambos lados.

Para continuar las excavaciones, se procedió a realizar trincheras en los otros tres lados del basamento. Efectivamente en todos se halló el paramento del primer cuerpo en buen estado de conservación, con grandes paños de estuco, aunque los ángulos estaban muy deteriorados. Por lo tanto en estas paredes únicamente se hicieron tareas de reparación y limpieza, al igual que de consolidación. Los ángulos en que faltaba completamente el material fueron rehechos mediante la misma técnica, es decir con piedras en bruto simplemente pegadas, para mostrar que era una obra nueva. En el ángulo sureste, donde las piedras talladas estaban aún caídas, se llevó a cabo una anastilosis simple marcando el límite entre lo nuevo y lo viejo. Vale la pena obsevar las fotos de la época, ya que considero que fue una obra notable para su momento. En todos los casos en que fue necesario hacer este tipo de intervención, Reygadas aclaró que se hicieron porque eran " absolutamente necesarias, pues el núcleo de la construcción, al descubierto, y formado en gran parte por tierra suelta hubiera ocasionado el derrumbe de las partes auténticas más inmediatas". ¡Ojalá estas ideas se hubieran respetado en los siguientes 50 años de restauraciones!

El cinturón de serpientes que rodea la pirámide fue trabajado con mucho tino, simplemente consolidando y reponiendo las cabezas de piedra que se habían caído. Vale la pena leer en el texto original toda la justificación que se hizo por el simple hecho de volver a poner esas cabezas en sus lugares respectivos, y eso que se tenían todas las pruebas arqueológicas necesarias.[410] El resto del edificio fue excavado mediante largos túneles interiores, que permitieron conocer las cinco etapas previas de construcción, sin necesidad de dejarlas ala vista; simplemente se hicieron reconstrucciones arquitectónicas en la publicación respectiva.[411] Por dentro, los túneles fueron consolidados mediante estructuras de concreto. Y pese a que los edificios interiores se hallaban en perfecto estado de conservación, no se propuso siquiera destruir los superiores para dejara la vista los interiores, tendencia que se hizo común 30 años después. Quede este caso histórico como un ejemplo importante, tanto en lo arqueológico como en la restauración arquitectónica practicada. Sin

duda fue el último ejemplo —y el de mayor envergadura—de esta corriente de la restauración iniciada por Manuel Gamio y sus primeros colaboradores.

La restauración de la Pirámide de Cuicuilco (1922-1925)

Cuicuilco presenta uno de los trabajos de restauración más interesantes de México, no sólo porque se realizó una excelente anastilosis, sino también por la polémica que se generó en torno a ella y que duró más de medio siglo, polémica que he intentado esclarecer en un libro reciente.[412] El trabajo fue hecho por Byron Cummings, quien trabajó en Cuicuilco para Manuel Gamio, y quien pese a haber hecho uno de los trabajos más minuciosos de la arqueología mexicana fue gravemente calumniado, a tal grado que se tergiversó su obra y se transformó en uno de los ejemplos de peor calidad de la historia de la arqueología. Por qué se dio este fenómeno, quién es responsable, por qué se continúan repitiendo cosas no demostrables, es difícil de decir.

Durante la 'segunda década de nuestro siglo, Manuel Gamio se encontraba recorriendo y estudiando el sector central de la Cuenca de México, realizando estudios de superficie y algunos primeros pozos estratigráficos. Posiblemente en uno de sus recorridos por la zona sur de la ciudad consiguió ubicar la actual pirámide de Cuicuilco; no sabemos cuándo, pero debió ser antes de 1920. En esa época la zona era un verdadero pedregal abandonado, inhabitable, sin agua y con un único camino que pasaba cerca: la carretera a Cuernavaca, actual Avenida de los Insurgentes. Por otra parte, la gruesa capa de lava volcánica proveniente de un pequeño volcán del Ajusco cercano impedía cualquier excavación. Pocos años después, en abril de 1922, Gamio decidió recurrir a un arqueólogo norteamericano, Byron Cummings, quien casualmente se encontraba en México, para que observase de cerca la construcción con el objeto de realizar una trinchera exploratoria que les dijese si era o no artificial, y qué tipo de edificio escondía en su interior. Cummings en ese entonces ya tenía 62 años y era uno de los arqueólogos de mayor prestigio de los Estados Unidos.

Con esa invitación, Cummings consiguió que la Universidad de Arizona firmara un convenio de colaboración con la Dirección de Antropología. Comenzaron al poco tiempo con cuatro peones, aunque muy rápidamente éstos aumentaron a 25. Lamentablemente la universidad de Cummings lo requirió al poco tiempo para que continuara dictando sus clases, de manera que no fue sino hasta junio de 1924 que los trabajos pudieron reiniciarse. Entonces se trabajó duramente hasta septiembre de 1925 gracias a una fuerte donación realizada por la National Geographic Society; como principal colaborador de Cummings vino Emil Haury.[413] Los trabajos comenzaron con una gran trinchera perpendicular a los taludes del lado oeste, la que al profundizarse demostró que el montículo era realmente artificial, ya que quedó a la vista un muro del revestimiento del primer nivel con sus piedras bien acomodadas y unidas por barro. Al continuar tanto en vertical como en profundidad, se fue limpiando parte de los muros exteriores de los taludes, y además se vio que la pirámide era el resultado de varias épocas de construcción que se habían superpuesto las unas a las otras.

Estos primeros trabajos demostraron la importancia de la excavación, que lamentablemente se suspendió por un largo tiempo hasta que fue retomada en 1924. A partir de ese momento, y con más trabajadores y equipo, se procedió a excavar sistemáticamente sobre los lados sur y este, para continuar al final por el oeste. Se descubrió la rampa occidental que fue despejada totalmente, la oriental, que estaba sumamente deteriorada, y se centró el trabajo en levantar la lava de la zona sur. Esta última parte fue la más laboriosa sin duda, y respecto a la cual no había a la fecha ningún tipo de antecedente técnico para encarar el trabajo, ya que estaba totalmente cubierta por lava volcánica. Sobre este punto hay un dato que nos resulta confuso: según el explorador, durante la excavación del lado sur se encontró, fuera de la pirámide y alrededor de ella, una serie de grandes piedras verticales clavadas en el piso, que se pueden ver en las fotografías y que hoy están cubiertas por tierra y pasto. Estas, que superaban el metro de altura, rodeaban en forma circular la base de la pirámide y habían sido utilizadas para proteger el basamento de la primera invasión de lava. Ignacio Marquina nos da una interpretación muy diferente en su libro **Arquitectura Prehispánica**;[414] dice que esas mismas piedras iban en realidad dentro del núcleo y que eran parte del sistema constructivo original, y cuyo objetivo era impedir que los taludes, por su propio peso, se desplazaran horizontalmente.

Cabe entonces hacernos algunas preguntas difíciles: de ser cierta la primera idea, que eran exteriores, ¿por qué la lava quedó con la inclinación del talud, como indicando que en realidad era más ancho que en la actualidad? y ¿cómo nos explicaríamos hoy la existencia de esos **menhires** tal como los llama Cummings, que no existen en ningún otro sitio contemporáneo de la Cuenca de México? Por otra parte, ¿por qué Marquina nos da una versión distinta, en la cual asevera que eran parte de la propia construcción, pese a lo evidente de no haber sido así, ya que las fotografías lo comprueban?, y finalmente, ¿por qué no lo habían planteado en obras anteriores, ni él ni sus contemporáneos?[415] La única versión alternativa del problema proviene de Emil Haury[416] quien insiste en que durante su participación en los trabajos nunca se usó dinamita ni explosivos de ningún tipo, como dice Marquina, y que por lo contrario, se trabajó con todo cuidado. Como evidencia muestra las fotografías tomadas en ese momento tanto por él como por otros autores (hay varias de Frans Blom). Lo que pasó es que en casi ningún lugar del talud sur la lava había realmente tocado la pirámide, ya que (y en

cierta forma se lo puede ver en las fotos), ésta estaba cubierta por una gruesa capa de barro de más de 1 m. de espesor, puesta allí por los primitivos pobladores como forma de proteger a la pirámide.

De alguna manera, como primera conclusión en base a las evidencias, creemos que podemos pensar en lo siguiente: que las piedras verticales que rodean en parte la pirámide sí estaban en el exterior; que los diferentes tipos de piedras existentes en el recubrimiento corresponden en realidad a reparaciones hechas en tiempos prehispánicos, tal como lo planteó Haury,[417] y que la polémica entre Marquina y Cummings en realidad responde a una falta de información (recordemos que Cummings perdió en El Paso todos los documentos e informes del trabajo de 1925), o puede deberse a otro tipo de cuestiones más personales. También Haury maneja otros elementos en defensa de Cummings, tales como las ideas que tenía respecto a no reconstruir nada, sino simplemente reponer piedras caídas en los lugares faltantes. Este concepto, que actualmente se llama anastilosis, casi no existía en la arqueología de América.[418] Por otra parte, nos recuerda que aunque lo hubiese querido, hubiera sido imposible rehacer todos los muros del monumento con el poco personal, tiempo y dinero disponibles. Esto que Marquina escribió en 1951, y que no dijo en sus obras anteriores sobre el tema, ha tenido tal repercusión que hoy en día es lugar común repetir que Cuicuilco es el caso más drástico de reconstrucción del país. El texto de Marquina dice que la pirámide fue descubierta de su capa de lava mediante el uso indiscriminado de dinamita, y que el talud inferior que hoy podemos ver, está reconstruido varios metros más atrás del original. Vale la pena observar detenidamente la pirámide para notar que esto es difícilmente verdad, aunque la observación no sea prueba definitiva. Tanto las piedras, su colocación, el tipo de juntas, e incluso las **reparaciones,** son idénticas en todo a las partes supuestamente no restauradas del sector norte.

Existen otros dos problemas graves que debemos sumar a la ya confusa situación: la errónea reconstrucción del altar superior que hizo en 1939 Eduardo Noguera, y los muchos trabajos que otros arqueólogos realizaron desde esa fecha hasta la actualidad[419] y de los cuales no hay informes publicados. La tradición de la arqueología ágrafa continúa perjudicando tanto a los investigadores como a la propia arqueología. También quiero señalar los dibujos que publicó Marquina en su obra, los que a todas vistas no son correctos. No sólo la planta del edificio está simplificada, sino que no hay pruebas de que las dos superposiciones hayan existido. Todo lo contrario, están en franca contradicción con su propio dibujo del detalle de los altares.

Debemos también tener en cuenta que toda crítica al uso de explosivos (si es que se puede llegar a probar que se usaron en este caso) no debe pasar por el simple hecho de usarlos, sin considerar el contexto histórico: probablemente no había muchas otras posibilidades de excavación en esa época, y francamente no iba demasiado en contra de las ideas que otros investigadores tenían sobre el asunto: en 1922 todavía estaban frescos los trabajos de Batres en Teotihuacan. Por supuesto, en última instancia, este ejemplo de la historia de la arqueología no es trascendente, ni modificó el camino que ella siguió a lo largo de nuestro siglo. Pudo haberlo hecho, pero no ocurrió así. Y casos como éste han habido varios, con justificaciones o sin ellas.

Y ya que estamos con revisiones críticas, hay factores que deben ser tomados en cuenta al ver el monumento en la actualidad: es factible que éste tuviera en el exterior un recubrimiento de barro, que ha desaparecido totalmente. Sobre el lado sur del talud lateral de la rampa occidental quedan algunos fragmentos de este material, pero no hay datos al respecto en la bibliografía. Tras las excavaciones ya reseñadas se procedió a intervenir la parte superior del basamento: se hicieron varias calas hasta que se detectaron en primer lugar los altares superpuestos en el centro, varios de los cuales fueron desmontados para poderlos estudiar. A partir de ese pozo central se hicieron cuatro grandes calas o túneles hacia los puntos cardinales, de tal forma que se pudo estudiar la estructura interna de la construcción, realizada en lodo y piedras, además de entender la superposición de etapas constructivas. Lamentablemente no quedó claro cuáles eran las etapas o fases de construcción, y cuáles eran superposiciones simplemente. Menos aún cuando estas corresponden no a épocas distintas sino a procedimientos constructivos particulares. Existía también una excavación de casi 6 m. de profundidad y unos 10 de diámetro, que fue cubierta por una losa de concreto, lucernario y un acceso, posiblemente para que se pudiese apreciar la estratigrafía interior y las superposiciones; pero por falta de mantenimiento se destruyó.[420]

Las restauraciones en Teotihuacan durante 1925-1929

Los trabajos hechos bajo la dirección de Manuel Gamio dieron lugar a que en ese sitio se continuaran haciendo tareas de excavación y mantenimiento a lo largo de los siguientes años. Queremos destacar las que José Reygadas Vértiz (autor de la anterior restauración de la Pirámide de Quetzalcóatl) realizó durante los años 1925 a 1929. Parte de estos trabajos han sido publicados por su propio autor[421] Al parecer, los trabajos fueron consecuencia del derrumbe de parte de los tableros inferiores de la Pirámide de Quetzalcóatl. Recordemos que éstos ya habían sido consolidados, mientras que los superiores habían sido totalmente rehechos muy poco después de terminada la restauración. Los sectores caídos se rehicieron, y donde simplemente se habían agrietado se inyectó cemento a presión. Al parecer ésta es la segunda cita en la bibliografía donde se dice haber utilizado este método hoy tan común en la restauración.[422] También se hicieron reparaciones en las escaleras y alfardas.

Otro grupo de edificios trabajado es el que se halla frente al grupo de los Subterráneos. Allí se excavó y se quitó el escombro de seis edificios a lo largo de la Calle de los Muertos, con el objetivo de contribuir a su limpieza total. Asimismo, se excavó parte de la pared exterior del Mercado, frente a La Ciudadela, con el mismo objetivo. En 1929 se procedió a levantar el ferrocarril y quitar el terraplén sobre el cual se hallaba, con el mismo propósito de mejorar la visión del sitio. Poco más tarde se bajó el puente sobre el río de San Juan, para permitir una vista libre de obstáculos. En los Edificios Superpuestos, más conocidos como los Subterráneos, se excavaron varios sectores que desde la época de Batres se habían dejado sin explorar, lo que amplió el área conocida y dejó a la vista varias pinturas murales. Este Edificio de los Frescos fue consolidado totalmente , y se procedió a construir un techo para protegerlo; "todo ha sido cuidadosamente cubierto, para preservarlo de los rayos directos del sol y evitar su decoloración".[423] También se procedió a rejonear restauraciones anteriores. Por otra parte, hubo obras de mantenimiento general y tal como Reygadas lo explicó, "se ha atendido continuamente a la obra de conservación, estando los edificios perfectamente limpios; y con una cuadrilla permanente de albañiles se consolidan constantemente los aplanados y pisos originales en toda la extensión de la zona".[424] Estos trabajos fueron más que nada de mantenimiento tal como su director lo expresara, y de ampliación de trabajos anteriores, o de reparación de otros trabajos que tuvieron problemas. No hubo por cierto un proyecto de gran envergadura como en el caso de Gamio.

Los trabajos de restauración en Oaxaca (1925-1928)

La Dirección de Arqueología realizó trabajos de restauración y conservación en Oaxaca durante los años posteriores a 1925, cuando terminaron las intervenciones de García Vega en Mitla. Básicamente hubo tres tipos de actividades: exploración, mantenimiento y restauración. Tenemos algunos informes inéditos al respecto, y también algunas cortas notas publicadas[425] que permiten entender la política de la Dirección para ese estado, el cual después de los trabajos de Batres a principios de siglo, había quedado prácticamente olvidado por 20 años.

En las ruinas de Monte Albán se procedió, con la ayuda de Agustín García Vega, a hacer una limpieza sistemática de la vegetación que nuevamente cubría el sitio, dado que no había vuelto a ser sembrado desde que Batres había trabajado allí. Asimismo se levantó en 1926 un plano topográfico. De igual forma, Martín Bazán realizó un desmonte completo de los montículos de Zaachila. Pero los trabajos más interesantes fueron los de la casi olvidada Quiotepec. En ese sitio, Martín Bazán, Inspector de Monumentos del estado de Oaxaca, llevó a cabo un plano del sitio, una limpieza de la vegetación, excavaciones y una restauración en la muralla del Grupo C. En el centro de este largo muro había un agujero de grandes dimensiones, que fue reparado: "la cornisa fue también reconstruida, pues en varias partes se había caído, empleándose en la reconstrucción las mismas lajas" que se encontraron caídas al pie.[426] Es de destacar el hecho de haberse intentado una anastilosis simple, la que fue además acentuada al no proceder a retirar el escombro existente al pie del muro, dado que " proviene de la destrucción de los mismos edificios, y su reposición pertenece ya a otra índole de trabajos" [427] Una vez más, como en el caso de Mitla y tantos otros sitios, encontramos una posición frente a la restauración.

Los Altares de Tizatlán (1927)

Otro de los trabajos de la Dirección de Arqueología durante estos años de intensa labor, fue la restauración de los altares policromados de Tizatlán. Descubiertos por casualidad durante una excavación ilegal, causaron sensación en su época, ya que eran lo que en su momento se denominó como "dos códices en piedra". En realidad se trataba de largas pinturas sobre estuco que recubrían tres lados de cada uno de sendos altares, que se encontraban dentro de una construcción que nunca fue estudiada del todo, sobre una plataforma adosada ala iglesia del pueblo. En 1927 la Dirección de Arqueología tuvo noticias de este hallazgo e inmediatamente intervino protegiendo el sitio. El trabajo lo realizó Agustían García Vega, la investigación del significado del altar la hizo Eduardo Noguera, y las copias de las pinturas fueron hechas por Luis Orellana Tapia.[428] Muchos otros, más tarde, escribieron sobre el sitio.[429] La restauración fue simple, ya que se limitó en ese momento a los altares. En ellos "se efectuó un trabajo previo consistente en el revoque con cemento de todas aquellas partes del aplanado sobre el cual se hallan puestas (las pinturas), que estaban en peligro de desprenderse"[430] Luego se los cubrió con unas cajas de hierro con vidrios y una cubierta superior de lámina metálica, con el objeto de proteger las pinturas de la intemperie, único sistema conocido en la época para tal fin. Con los años se hicieron algunas otras intervenciones en el sitio, pero ya fuera del período que estamos analizando. Estas obras elementales sirvieron para que aún hoy en día se encuentren en buen estado de conservación.

La restauración del Palacio del Gobernador en Uxmal (1927-1928)

Durante el año 1926, en plena temporada de lluvias, se produjo el derrumbe de un largo tramo de la fachada oeste del Palacio del Gobernador. Desde la cornisa superior hasta el piso, se vino abajo una sección completa del muro de revestimiento, incluyendo el ángulo que formaba con la gran bóveda abierta que se hallaba a su lado. Por fortuna, el

edificio estaba ya bajo la protección del cuidador del sitio, quien tomó fotografías del suceso y solicitó ayuda a la Dirección de Arqueología para remediar la situación. José Reygadas Vértiz se abocó de inmediato a obtener fondos de la SEP para proceder a la reparación de los daños. Reygadas consideró el problema de la siguiente manera: dado que se tenían fotografías previas al derrumbe, y la totalidad de las piedras estaban en aquel momento caídas al pie del edificio, había que reconstruir la pared completa. Además, "en cuanto a los tramos que amenazan caer, se va a proceder a desmontarlos y recolocarlos a plomo, amazisándolos debidamente".[431] Durante la temporada seca de 1927 se procedió a la reparación del sector arriba mencionado, y "la obra fue hecha con absoluta escrupulosidad, formando previamente los motivos sobre el piso, uniendo las piedras y después colocándolas, siempre consultando antiguas fotografías y dibujos".[432]

Afortunadamente esta restauración fue detalladamente publicada, y además existen varias fotos anteriores al derrumbe que muestran el estado original de la pared. Según puede apreciarse a partir de ellas, la restauración fue fidedigna; no sólo se tenían las evidencias sino también las piedras originales, por lo menos casi en su totalidad. Es posible que únicamente se hayan tallado algunos sillares nuevos para el ángulo inferior, porque las fotos antiguas muestran que ya faltaban allí piedras del revestimiento. Por dentro, la pared fue amarrada con cemento líquido vaciado en las juntas abiertas. Este trabajo, que muestra la nueva tendencia de la Dirección en lo que a reconstrucción se refiere, es interesante porque fue realizado con sumo cuidado, y sólo se tocaron los tramos de muro en que la caída del revestimiento era reciente. Dos años más tarde se iniciaron los trabajos a gran escala en el Cuadrángulo de las Monjas, pero con connotaciones teóricas y técnicas marcadamente diferentes.

Otros trabajos en la Zona Maya (1926-1928)

Como parte de la nueva política de mantenimiento y exploración constante de los sitios arqueológicos impuesta por Reygadas Vértiz, la zona maya vio sucederse exploraciones, excavaciones y obras de mantenimiento en muchos de sus sitios, en particular en Campeche y Yucatán. La región que hoy forma parte del estado de Quintana Roo aún estaba saliendo de la cruenta Guerra de Castas, finalizada no muchos años atrás. A excepción de Chichén Itzá y Uxmal, en los cuales los trabajos fueron muy intensos, en los demás sitios conocidos se trató siempre de mantener los edificios principales limpios de vegetación, y en algunos casos también sin escombro. En Zayil, Kabah y Labná se levantaron los correspondientes campamentos y cabañas para los cuidadores. En Chacbolay, Kiuic y las tres ruinas antes mencionadas se hicieron limpiezas sistemáticas y se despejaron fachadas, se quitaron árboles de los techos y se reforzaron —a veces simplemente con troncos— los dinteles y las cornisas que amenazaban caer. Los trabajos fueron llevados a cabo por Martínez Cantón y Erosa Peniche. Estos trabajos no pueden compararse con los de Chichén Itzá, porque las posibilidades económicas de la Camegie Institution, sumadas a los esfuerzos del gobierno mexicano, eran difíciles de repetir para otros sitios. De todas formas, fue el inicio de las pequeñas obras de mantenimiento, acaso las más importantes a largo plazo, que aún hoy mantienen en pie a los sitios mayas del Yucatán.

Las publicaciones de la S.E.P. de 1928

Durante el año 1928 la Secretaría de Educación Pública hizo una tarea ímproba en cuanto a publicaciones de arqueología. Aprovechando la realización de un nuevo Congreso Internacional de Americanistas en Nueva York, se preparó en México una serie de cuatro grandes libros escritos antes o en forma especial para cl evento, que causaron honda impresión en el país y en el exterior. Era la primera vez que México organizaba un conjunto de libros "tipo arte" pero con profundidad, que cubría básicamente la arquitectura prehispánica, pero que centraba su impacto en la necesidad de conservar ese patrimonio, además de considerarlo como obra de arte. No eran ideas nuevas, pero esos cuatro libros abrieron caminos que aún no se han cerrado. Esas publicaciones fueron: en primer lugar un volumen titulado **Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México,** una compilación de textos dirigidos por José Reygadas Vértiz, escritos por varios autores entre 1926 y 1929. Cubrían en forma bastante sistemática casi todos los sitios trabajados por la Dirección de Arqueología, lo que se había hecho y lo que se pensaba seguir haciendo. Era una especie de gran "curriculum" de la institución, desde Gamio hasta ese momento. El segundo libro había sido escrito por Ignacio Marquina y se titulaba **Estudio comparativo de los edificios arqueológicos de México; en** él se hacía una síntesis de los conocimientos respecto a la arquitectura prehispánica de México y Mesoamérica. Estaba basado en el entonces todavía imperante Método Comparativo, difundido por obras de arquitectura como las de Sir Banister Fletcher y fue el libro que, años más tarde y con pocos cambios, se volvió a publicar bajo el titulo de **Arquitectura prehispánica. De** la primera edición cabe destacarse la cuidada calidad de los planos, que aunque fueron redibujados de los originales de otros autores, fueron presentados a gran tamaño con una excelente edición.

En tercer lugar, Federico Mariscal, entusiasta profesor de la Academia de San Carlos en el área de historia de la arquitectura, escribió un libro titulado **Estudio arquitectónico de las ruinas mayas de Yucatán y Campeche.** Esta obra intentaba rescatar la arquitectura prehispánica a través de un estudio minucioso de los detalles compositivos de fachadas

y planos. Un trabajo metódico, hecho en base a las cuidadosas mediciones realizadas por Mariscal con la ayuda de Reygadas Vértiz. Por último se publicó también el gran volumen de Enrique Juan Palacios **En los confines de la selva lacandona,** donde el autor resumía sus exploraciones de 1926 en Chiapas. Una gran cantidad de información, incluso la noticia de un nuevo sitio arqueológico (Santa Elena Poco Uinik), descubierto por él junto con Miguel Othón de Mendizábal, mostraban todo lo que aún quedaba por hacerse en esa región.

Estos libros, además de su calidad y su publicación conjunta, pueden ser interpretados como el último gran esfuerzo de una generación de profesionales. A partir de ese año, se inició una serie de cambios en las instituciones y en las personas, que nos permiten decir que estamos ya frente a una época diferente. Nuevas revistas especializadas, los trabajos de Alfonso Caso en Monte Albán y los posteriores cambios en las instituciones, abren las puertas hacia una manera diferente de ver el patrimonio. Otro de los aspectos que hacen que los libros de Mariscal y Marquina tengan importancia en la restauración, es que fueron los primeros que mostraron un corpus completo de "reconstrucciones" hipotéticas en el papel, muy bien hechas. A ellas hay que sumarles las de Miguel Angel Fernández publicadas unos pocos años antes. Es decir, lograron recrear en el dibujo las posibles, aunque no con toda seguridad, formas que los edificios tuvieron; estas recreaciones fueron más tarde asumidas como verdaderas sin el margen de seguridad que necesita lo hipotético. Es un caso similar al de la arquitectura del Renacimiento que existió antes en la mente que en la realidad, en los pintores antes que en los constructores; la validez de completar una figura a partir de unos pocos datos, fue extrapolada al edificio mismo.

10. Chichén Itzá: el laboratorio de la restauración

Al establecerse el campamento de la Carnegie Institution en Chichén Itzá durante 1924, se comenzaron los trabajos preliminares para las grandes obras de restauración que se iniciarían a partir del año siguiente. El primer grupo, compuesto por Sylvanus Morley Earl Morris y su esposa Ann, J. O. Kilmartin y Monroe Amsden, decidieron en base a la propuesta inicial de Morley, iniciar los trabajos en el Grupo de las Mil Columnas. Este conjunto presentaba características que lo diferenciaban del resto de Chichén: su gran columnata, varios edificios menores a los lados del gran cuadrángulo, el Templo de los Guerreros y su atribución cronológica ala época de influencia tolteca. Paralelamente a esto se comenzó el mapeo completo de la zona, que lo realizó Kilmartin, geólogo y topógrafo de profesión, plano que fue completado años más tarde por O'Neill."[433]

La restauración de la Columnata Noreste (1924)

Los primeros trabajos consistieron en despejar una gran parte de la Gran Columnata y después de ello descubrir y restaurar un edificio de dimensiones no muy grandes, conocido como la Columnata Noreste. Estaba compuesto por un muro perimetral con mascarones de Chac y molduras decoradas, y por dentro, de pilares cuadrados que habían sostenido un techo abovedado. Los restos de una banqueta posterior ornamentada aún eran visibles pese a que sus piedras habían sido reutilizadas en muros posteriores. Para la restauración se procedió en forma muy circunspecta, ya que si bien tanto Morley como Morris tenían experiencia en ese campo, no se habían establecido aún las reglas del juego con la Dirección de Arqueología. Las experiencias de Reygadas Vértiz en Teotihuacan y en el Templo Mayor eran sumamente sobrias y la tendencia de la época seguía ese cauce. Por lo tanto se procedió a limpiar el interior de escombro y a retirar las piedras talladas de la banqueta; luego se recolocaron las piedras de los muros exteriores con una buena anastilosis y se rehizo la banca con sus propias piedras, dejando huecos en los lugares en que éstas faltaban. En el muro exterior se dejaron en su lugar las superposiciones de una estructura posterior sobrepuesta parcialmente, pese a que cubría parte de los mascarones, y no se subieron las paredes a más altura de lo que realmente se descubrió. En general, a pesar de la poca información que hay sobre esta restauración[434] es destacable por lo meticulosa, sencilla y carente de intenciones exhibicionistas.

La importancia de ese trabajo no radicaba sólo en que era el primero, sino que iba a ser visitado por el presidente electo, Plutarco Elías Calles, quien felicitó a los arqueólogos y los alentó a que continuaran con esa tarea. Dos años más tarde, el gobierno mexicano comenzaría también a explorar y restaurar el sitio. Este pequeño edificio que hoy está prácticamente abandonado, sentó las bases teórico-metodológicas para las restauraciones de la Carnegie en Chichén Itzá durante muchos años, hasta que los trabajos de la Dirección de Arqueología hacia 1927-1928, empezaron a plantear la reconstrucción como una nueva forma de restauración, torciendo así el derrotero futuro de la restauración en el sitio. El edificio se encuentra actualmente en absoluto estado de abandono.

El Templo de los Guerreros (1926-1928)

De todos los trabajos realizados por la Carnegie el más espectacular y el que más impacto causó fue el de la restauración del Templo de los Guerreros. Fue la primera gran obra en el sitio, ya que la **Gran Columnata, la Columnata** Noreste y

algunos otros edificios menores pasaron casi desapercibidos. El Templo de los Guerreros causó asombro por las posibilidades que la restauración (en este caso más bien una reconstrucción) daba a la arqueología.

La exploración de este montículo —que al principio no era más que una montaña de escombro— se inició en 1926, completándose a principios de 1928. De ello se publicaron varios libros: primero dos volúmenes que cubrían la investigación arqueológica;[435] también se escribieron libros de divulgación, llegando incluso a escribirse amenas novelas de aventuras.[436] El director de los trabajos fue el joven Earl Morrís, que contó con la colaboración de su esposa Ann, de Eric Thompson, Oliver Ricketson, Henry Roberts, Gustav S tromsvik y Robert Franks. El artista Jean Charlot colaboró en los dibujos y pinturas y durante algún tiempo Karl Ruppert trabajó junto a Monis. La exploración comenzó por la parte superior, en donde aparecían fragmentos de un Chac-Mool y de dos columnas en forma de serpiente que ya habían sido estudiadas el siglo anterior.

La primera tarea consistió en limpiar hasta descubrir el piso original de lo que era el templo superior. Este fue descubierto casi intacto, aunque estaba cubierto por el escombro del derrumbe del edificio. Revueltas con el escombro aparecieron cientos de piedras del recubrimiento exterior de los muros y los sillares de las grandes columnas interiores. Se procedió entonces a retirar las piedras del recubrimiento, porque dadas sus características tan especiales (eran todas casi idénticas) no fue considerado importante establecer el sitio exacto del hallazgo de cada una. No fue así con las columnas, que fueron vueltas a colocar directamente al ser encontradas todas ellas. Por suerte varias estaban intactas o en todo caso un poco inclinadas. La limpieza de toda la plataforma superior y la separación del material de relleno del que estaba trabajado fue una tarea titánica, que permitió entender la forma del edificio superior. A continuación comenzaron los trabajos de restauración de la dos columnas serpentinas, las que fueron nuevamente montadas, ya que la parte inferior se había conservado en su lugar original. Todas las columnas interiores fueron encontradas sin que faltara una sola pieza. El problema grave lo presentaron los muros perimetrales del edificio. Las paredes externas, debido al colapso de las bóvedas que habían sostenido, se habían destruido casi totalmente, si bien se había conservado en algunos sitios hasta la moldura inferior. Pero debido a que se sabía cuál era la altura de las paredes —gracias a las columnas serpentinas—, su forma original, y se contaba con las piedras del revestimiento, se procedió a reconstruirlas por tres de sus lados. En el exterior había evidencias de la existencia de máscaras de Chac y escudos de Quetzalcóatl, de los que algunas partes quedaban *in situ.* Dado que más del 90% de los fragmentos estaban en buen estado, se procedió también a reconstruirlos, completando lo faltante con piedra nueva o con cemento. En las publicaciones se incluyeron fotografías de cada sector que indicaban claramente lo nuevo y lo antiguo, aunque no quedó marcado así en el monumento. El muro fue rematado con una viga de encadenado perimetral para reforzar la pared e impedir futuros deterioros.

Paralelamente a este trabajo se descubrió una banqueta en la parte posterior, entera pero derrumbada, que fue recolocada en su lugar. Unicamente el muro posterior fue dejado hasta la altura en que se encontró el resto del edificio; hoy nos sirve como única evidencia del verdadero estado en que se descubrió el edificio. Una vez terminada la parte superior, se comenzó a despejar la sección delantera del basamento, decubriéndose la escalinata frontal y una columnata a nivel del piso que servía de entrada al edificio principal. Esta se continuaba en uno de sus extremos, conectándose con la Gran Columnata. El trabajo en la Columnata fue similar al de la parte superior del templo puesto que las columnas estaban intactas; sus paredes laterales se habían caído casi por entero, por lo que fueron vueltas a levantar en varios sectores. La escalinata se reconstruyó casi totalmente lo mismo que las alfardas, cuyas piedras originales habían desaparecido en gran parte. Por lo general no se dejaron marcas claras que identificaran lo reconstruido y lo diferenciaran de las partes originales.

El problema más complejo fue el de los taludes y tableros que forman los cuerpos superpuestos de la construcción. Se los descubrió en un estado calamitoso; no había más del 15% en su lugar. Se procedió a separar las piedras talladas, tuvieran o no esculturas en relieve, y al estudiarlas se observó que cada tablero tenía características peculiares, quizás fruto de artesanos diferentes. Es así como se pudo plantear la posibilidad de reconstruir completamente (por lo menos por el frente y los lados), todo el basamento. Observando las fotografías se ve cómo fueron rehechos los paramentos exteriores y cómo se volvió a rellenar el núcleo. Por suerte, prácticamente todo el material esculpido y del revestimiento se halló en buen estado, y es realmente poco lo que se hizo a nuevo. No se dejaron evidencias, por lo menos en la obra, de lo que era nuevo y lo que era antiguo, aunque la calidad de las publicaciones salva en cierta forma el problema.

Ya finalizando la temporada de 1927, se encontró casualmente el extremo de una columna con relieves que asomaba entre el escombro del núcleo del edificio. Para sorpresa de los arqueólogos, su excavación demostró que formaba parte de una construcción más antigua, que había sido cubierta con el edificio posterior. En consecuencia, al año siguiente se procedió a explorar totalmente el edificio conocido como Templo del Chac-Mool, que conservaba una figura de esas características, columnas labradas y pinturas murales en excelente estado. Este hallazgo fortuito llevó a replantear la restauración y a buscar un sistema por el cual quedara visible —o por lo menos visitable— este templo subterráneo. Para ello hubo que desarrollar un sistema de vigas de concreto construidas con los perfiles de hierro que años antes había dejado en el sitio Edward Thompson, para que sostuvieran la estructura superior. En las fotografías de la época se puede apreciar la

28. Vista de la banqueta y pilares de la Columnata Noreste de Chichón Itzá tras su recolocación: la hilera superior faltante fue solucionada con una viga de madera, sin necesidad de retallar piedras ni de completar el núcleo modificando así la vista del conjunto (Archivo de la Camegie Institution).

29. La columnata Noreste de Chichón Itzá, primer obra realizada por la Carnegie Institution en 1924, producto de una cuidadosa excavación y de estudios detallados de los alcances y los límites de la restauración: mascarones del dios Chac antes y después de la restauración (ídem).



28.



29.

complejidad de esta construcción, que incluyó una escalera para bajar hasta el templo. Para su época fue un verdadero alarde, teniendo en cuenta los materiales y la tecnología disponible. El trabajo fue quizás demasiado agresivo, en el sentido que las columnas se cortaron para poder rellenarse de concreto, y que parte de los muros fueron rehechos para soportar el gran peso que debían sostener.

Y si bien desde la perspectiva actual estos trabajos podrían criticarse, para 1927 pocos países habían realizado experimentos de esta envergadura y a tal escala. Hemos visto que lo que estaba en juego era mucho más que la restauración o la arqueología misma. Era en sí misma la relación entre los dos países, con todas sus connotaciones ideológicas, culturales y políticas. Para la restauración se procedió con cautela, aunque en ciertos momentos se rebasó la línea de la hipótesis. Cuando se vio que de los taludes sólo había evidencias de los inferiores, se decidió reconstruir los de arriba también, iniciando una tendencia que se continuaría por largo tiempo. Era el renacer del sitio tal como Morley soñaba. Un párrafo de Morris muestra bien la política seguida en la restauración en general:

"Una vez que los componentes de cada mosaico se habían recogido de la pendiente (...) y se los había acomodado uno junto al otro de manera que la escultura apareciera completa, ya no había posibilidad de confusión sobre el lugar de los componentes. Los paneles de máscaras, de las esquinas o de la superficie plana son muy diferentes entre sí. Cada uno está compuesto por tres máscaras una sobre otra, idénticas entre sí. Cuando se ubicaron las 100 piedras que formaban cada uno de los paneles (...) fue imposible determinar a cuál de ellas pertenecía cada piedra en particular. Es así posible que se hayan utilizado piedras de una en otra. Hubiera sido deseable una precisión absoluta (...) pero nos pareció mejor reconstruir los paneles que dejar los lugares en blanco en los muros".[437]

La restauración del Caracol (1925-1931)

Otra de las obras de envergadura fue la del edificio conocido como El Caracol, quizás uno de los que estuvo mayor tiempo en trabajos de restauración en todo el sitio. También fue de los que mayores esfuerzos necesitó y que también mayores problemas presentó. Del trabajo se escribió un libro que debe ser destacado como uno de los mejores ejemplos en América Latina de restauración; se trata de **The Caracol at Chichén Itzá, Yucatán, México** de Karl Ruppert, publicado en 1935.[438] Las restauraciones fueron realizadas en dos épocas diferentes y con obvias diferencias técnicas y teóricas. El primero en consolidar las ventanas del piso superior —que amenazaban un rápido desplome— fue Oliver Ricketson en 1925. Al año siguiente Eric Thompson, quien se iniciaba en este tipo de actividades,[439] reconstruyó parte de la moldura de cinco partes y rehizo la escalera superior. Fue sólo en 1927 cuando Karl Ruppert planteó un proyecto completo de restauración de todo el edificio, trabajo que comenzó ese mismo año y continuó en forma ininterrumpida hasta 1931. Fue ayudado por otro investigador que pronto se transformaría en el gran experto en arquitectura mesoamericana, Harry E. D. Pollock.[440]

Desde el comienzo de su libro Ruppert hizo planteamientos serios respecto a la manera de encarar la restauración del edificio; no era cuestión de improvisar sino de establecer una serie de principios generales a partir de los cuales se debía actuar. Nos dice que los cuatro principios sobre los que se sustentó su restauración fueron los siguientes: la preservación, la prevención de futuros deterioros, el hecho de hacer que el edificio sea comprensible y recalcar su alto nivel de calidad artística. Para ello era necesario tomar en cuenta que los elementos esculpidos cuya forma y ubicación fueran conocidas, debían ser recolocados e incluso rehechos (como el caso de los mascarones); que cuando un sector de muro debía ser desarmado para poderlo consolidar, sus partes debían ser numeradas y fotografiadas para reensamblarlas exactamente como estaban; los intersticios entre las piedras de los muros debían ser rellenados con cemento líquido para evitar futuros deterioros, y que la estructura debía quedar de tal forma que fuera comprensible para el visitante, es decir que contara su propia historia y sus etapas de construcción. Cuando una pared estaba deteriorada o a punto de entrar en colapso, debía ser reconstruida pero debían dejarse claras evidencias entre lo nuevo y lo antiguo, sobre todo en lo que tenía que ver con ventanas, nichos y otras partes cuya veracidad era fundamental de tener en cuenta. Pero todo esto no debía modificar la imagen y la atmósfera de antigüedad del edificio. Es evidente que había claridad de conceptos en cuanto al tipo de intervención que se pensaba llevar a cabo, y los trabajos respondieron a los planteamientos. Más allá de las críticas que desde estos tiempos se puedan realizar sobre dichos planteamientos, fue notable la coherencia entre enunciados y realizaciones.

La primera parte restaurada fue la plataforma inferior, sobre todo los muros perimetrales de ese basamento rectangular sobre el cual se eleva todo el edificio. En varios sectores se había derrumbado, su forma original era discernible y hasta resultaba identificable el proceso de destrucción de las paredes. Por lo tanto se decidió reconstruirla en gran parte, siguiendo los procedimientos antiguos y reutilizando la piedra. El problema que se planteaba era la imposibilidad de realizar una anastilosis volviendo cada piedra a su exacto lugar, dada la irregularidad del aparejo, especialmente en el caso del relleno. Para ello simplemente se utilizó todo lo que era rescatable del escombro, sobre todo las grandes piedras de la cornisa saliente. En el caso de las tres enormes piedras que formaban el ángulo redondeado, fue necesario empotrarlas con la ayuda de vigas de hierro (se utilizaron fragmentos de vías férreas), que sirvieron para sujetar la cornisa al núcleo. En la parte superior del muro del basamento donde existía originalmente un pequeño parapeto



30.



31.

30. El Templo de los Guerreros poco antes de completarse los trabajos: se ve cómo se ha cubierto el templo inferior, del que sólo se ven los agujeros de ventilación en el tablero superior. El sector central sería reparado en el último momento, ya que por allí se bajaban los escombros (Archivo de la Carnegie Institution).

31. Vista del Templo superior ya terminado, incluyendo la recomposición de los relieves, los mascarones y en el frente la moldura superior (ídem).

32. Basamento del Templo de los Guerreros al completarse la excavación: arriba ya se ve la recolocación de las piedras del revestimiento; abajo se está rearmando por anastilosis los relieves del tablero; al centro se observa el estado de destrucción de los tableros de ese sector (ídem).

33. Vista de una columna del templo más antiguo descubierto en el interior del basamento, antes de su excavación (ídem).



32.



33.

rematado por incensarios cilíndricos, se tomaron dos soluciones diferentes. Al iniciarse los trabajos se lo restauró con las piedras descubiertas en el derrumbe, dejando el muro hasta la altura irregular determinada por esas mismas piedras. Poco después, en 1930, y siguiendo una línea teórica diferente impuesta por los cambios que se sucedieron en la propia Dirección de Arqueología a partir de 1929, se procedió a completarlos rehaciendo las piedras hasta una altura hipotética. El otro paso fue la exploración y restauración de la escalinata frontal y sus alfardas. El estado de deterioro en que éstas fueron descubiertas era marcado y sólo se había conservado parte de los escalones y de las piedras de las alfardas. La escalinata fue totalmente removida de su sitio para poder explorar niveles de superposiciones anteriores, y luego se la reconstruyó totalmente con piedra nueva. Puede apreciarse en las fotografías cómo fue vuelta a hacer a partir de las evidencias existentes.

Después de estos trabajos se procedió a restaurar la plataforma superior, cuya escalera frontal había ya sido rehecha parcialmente por Eric Thompson. Las técnicas y principios que se aplicaron fueron iguales a los de su similar inferior, reparando los paramentos exteriores e incluso rehaciéndolos parcialmente con las piedras del escombro, sobre todo los ángulos y cornisas. El muro de coronamiento sufrió un tratamiento similar y se lo remató con incensarios colocados a distancias hipotéticas entre sí, en función de la cantidad de ellos encontrados. El problema que se les presentó aquí fue que los muros tenían tratamientos diferentes en las distintas secciones, lo que hizo que la simbología que se utilizó para marcar la restauración se confundiera con los sillares también rejoneados de la época prehispánica. Se dejó una apertura en el muro para poder penetrar hasta la subestructura de la torre.

El paso siguiente fue el más complejo: la reparación de la torre cilíndrica que se encontraba en un verdadero estado de destrucción. La primera intervención de Thompson había consistido en reconstruir parte de la cornisa de cinco partes en un tramo. Ruppert se limitó a desmantelar el sector de la puerta norte, que una vez numerado fue vuelto a colocar en su lugar; continuó con la reconstrucción de la cornisa todo a lo largo de la torre —a excepción del tramo desmoronado--; consolidó un sector que se había desplomado manteniendo su integridad parcial y dejándolo en el sitio, y reconstruyó parcialmente las medias bóvedas del pasillo exterior de la torre. Por dentro sólo se realizaron tareas de consolidación y limpieza. Los dinteles de las puertas fueron reforzados y algunas de las piedras de la cornisa también, mediante el uso de rieles de hierro empotrados. El problema más serio de la torre lo plantearon los cuatro mascarones que en origen iban colocados sobre las cuatro puertas. De ellos sólo se halló *in situ* evidencias de uno, y en el escombro restos parciales de los otros tres. La decisión que se tomó fue rehacerlos por completo y volverlos a colocar en sus lugares de origen. Fue seguramente la única actitud de reconstrucción hipotética seria de todo el edificio, ya que otras, si bien podrían tacharse de un poco exageradas, no salían de las normas establecidas por los propios arqueólogos de la Carnegie. Según Ruppert, "el señor José Reygadas Vértiz, de la Secretaría de Educación Pública, estaba en Chichén Itzá en 1927, cuando se encontró la máscara de la puerta sur. Por su consejo, este mascarón, al igual que los del este y norte fueron centrados sobre sus respectivas puertas. El arreglo de las piedras en la restauración de los mascarones no puede ser considerado como definitivo".[441] El deslinde de responsabilidades quedó claro. Al parecer, sobre estos mascarones iban colocadas unas figuras humanas sentadas dentro de un nicho, de las cuales sólo se encontraron fragmentos en el escombro. Debido a que no había ninguna evidencia al respecto, ni los restos de otras figuras similares, no se procedió a colocarlas.

Después de haber terminado la torre superior, se descubrió que ésta se hallaba construida sobre otras más antiguas, y que eran evidencias importantes que se debían excavar y dejar a la vista aunque sólo fuera parcialmente. Para ello excavó una trinchera todo alrededor de la torre, dejando al descubierto estas subestructuras. La trinchera, que hoy resulta molesta para la interpretación del edificio por el no especialista —porque sus muros fueron regularizados pero con un aparejo diferente del original—, es una buena solución al problema, aunque quizás se hubiera podido encontrar una mejor. Quizás el haber dejado al descubierto sólo una parte de la torre enterrada y no todo su perímetro —a excepción de la escalera—, hubiera sido una solución más adecuada y modesta que no le hubiera restado importancia a la construcción más antigua.

Las demás intervenciones se hicieron en los edificios anexos tanto del noreste como los del oeste. El primero de ellos, ubicado sobre la plataforma inferior, se descubrió en un estado de destrucción que lo hacía casi irreconocible. Sólo fueron consolidadas las bases de las columnas y un pequeño fragmento de muro. En el caso del anexo oeste compuesto a su vez por varias construcciones, se repararon muros de basamentos, se hicieron calas abiertas para mostrar épocas más antiguas y se reconstruyeron escalinatas y algunos pocos sectores de muros. En general también fue un trabajo bien realizado, sin reconstrucciones aventuradas, sin pasar del límite que ellos mismos consideraban como lo necesario para la preservación en el tiempo de la estructura expuesta.

Para terminar con la descripción de los trabajos, las ventanas de la parte superior deben analizarse con cuidado, ya que fueron parte de una delicada restauración hecha por Oliver Ricketson en 1925, cuando se iniciaron los trabajos en el

34. El Templo de los Tigres al completarse la reconstrucción masiva hecha en 1926-28 por la Dirección de Arqueología, en la cual se volvió a rehacer el frente, paredes, techos y hasta se labraron piedras reproduciendo los motivos escultóricos (Archivo del INAH, México).

35. El Templo de los Tableros Decorados restaurado por Karl Ruppert en 1935 al completarse la restauración, uno de los ejemplos más interesantes de estos años, no sólo por la calidad de los trabajos sino por el tipo de soluciones utilizadas (Archivo de la Carnegie Institution).



34.



35.

edificio. Debido a la importancia de estas ventanas que formaban el observatorio en sí mismo, nada podía ser removido de ellas y menos aún reconstruido. De allí que fue necesaria una cuidadosa tarea de rellenado de las juntas y consolidación de las piedras que enmarcaban los vanos, al igual que armar una compleja estructura de piedras y cemento en la bóveda sobre la cual se apoyan estas ventanas. Las piedras reutilizadas tomadas del escombro fueron marcadas en el exterior. El trabajo fue detalladamente descrito por Ricketson quien mostró lo cuidadosos que podían ser los investigadores cuando el caso lo ameritaba. Sigue siendo todavía un buen ejemplo de intervención de un monumento y de cómo es factible hacer restauraciones parciales en un edificio aún no excavado.

La Casa Redonda (1929)

Entre los trabajos realizados en Chichón Itzá se destaca una pequeña obra, la conocida como Casa Redonda, y que se encuentra ubicada en las afueras de la zona central, prácticamente sobre el límite del plano de la ciudad.442 Esta restauración fue realizada en 1929 por H. E. D. Pollock, quien publicó detallados informes sobre sus trabajos;[443] en 1931 se hicieron algunas obras mínimas complementarias. La justificación para realizar una restauración tan alejada de la zona principal se debía a la rareza del edificio, de planta circular, y a que Pollock andaba por aquel entonces buscando información sobre ese tipo de construcciones con el objeto de escribir un libro sobre ellas. No sólo lo escribió un año más tarde, sino que es una de las publicaciones básicas para la comprensión de la arquitectura prehispánica de Mesoamérica.[444] Cabe señalar que el edificio había sido descubierto en 1928 por Karl Ruppert.

Los trabajos de restauración se hicieron en tres sectores: el lado norte de la escalinata frontal, una cala perpendicular al basamento que dejó a la vista su recubrimiento, y los muros del edificio superior. Todo el resto de los sectores explorados fueron meticulosamente vueltos a cubrir con tierra y piedras, para protegerlos de las lluvias, hasta que algún día puedan ser totalmente restaurados. No hace falta aclarar que aún permanecen así, nada más que la vegetación los ha vuelto a cubrir en gran medida. Técnicamente las obras efectuadas fueron similares en los tres sitios: se levantaron las piedras y se volvieron a colocar ya cementadas; se rejonearon las juntas para marcar la restauración y se cubrió con mortero y piedra fina la parte superior de los muros, dejando un pequeño declive para el desagüe. Las piedras por lo general fueron realineadas, pero no se colocaron a mayor altura de la que se descubrió. No sólo no se subieron las paredes, sino que se mantuvieron las irregularidades que tenía el muro. El arqueólogo justificó la utilización de cal para unir las piedras, que en origen no la tenían, diciendo que "la exactitud en la reproducción (de los procedimientos originales) fue dejada de lado, en beneficio de la durabilidad"[445] Unicamente vamos a comentar dos intervenciones: la cornisa basal, destruida a los lados de las jambas (al igual que la parte superior de éstas) fue reconstruida, aunque únicamente hasta la altura del muro (tres hiladas), con el objeto de dejar señalada la entrada original. Pollock lo describió así: "Como complemento a estas medidas, puramente preservación, la moldura que se había caído en la puerta fue reemplazada y las jambas fueron rehechas hasta una altura justo encima de la cornisa"[446] En general el trabajo es digno de elogio por la modestia de la intervención, bastante distinta a otras obras de la Carnegie Institution en Chichén Itzá.

El Mercado (1931-1932)

Durante el año 1931 se trabajó en Chichén Itzá en una sola gran obra de restauración, que resultó una experiencia importante y que estuvo a cargo de Karl Ruppert, quien acababa de terminar los trabajos en El Caracol. Se trató del edificio conocido como El Mercado, ubicado en uno de los lados del Patio de las Mil Columnas. Fue considerado digno de un estudio detenido por varias razones: era una construcción única en su tipo, compuesta por un pórtico abovedado y un patio con columnas por detrás; asimismo, tenía la bóveda maya más grande conocida (más de 70 m. de largo) sostenida por pilares y columnas alternos. Por el interior, las columnas eran sumamente estilizadas, también caso único en la arquitectura maya. Todo esto determinó que en 1931 se comenzara su excavación, que fue terminada al año siguiente; Ruppert publicó un estudio minucioso sobre la cuestión.[447] La importancia del edificio lo hacía merecedor de que lo dejaran limpio y lo más restaurado posible para que fuera comprendido por visitantes y expertos. Esto llevó a Ruppert, quien ya tenía amplia experiencia en restauración, a plantearse algunas dudas que a continuación reproducimos:

"La excavación de El Mercado trajo consigo el suministro ordinario de problemas. Una empresa de tal índole comprende dos clases de fines: el arqueológico y el de conservación. Para los fines de la arqueología uno trata de descubrir la mayor información posible que se relacione con un edificio terminado (...) La búsqueda de los datos anteriores requiere la excavación más cuidadosa y la más inteligente y meticulosa descripción. Estos procesos muy bien pueden llevarse a cabo perfectamente sin temor alguno por la conservación esencial de la estructura misma. Más, las observaciones del primero que hace la investigación pueden ser defectuosas; o él puede que pase por alto puntos de una clase u otra que el estudio subsecuente considera de importancia. Es, por consiguiente, perentorio que deje el edificio en estado de poderse hacer un nuevo examen, bien sea por él o por otros. En algunos casos puede cubrir lo que ha descubierto, evitando de ese modo, que haya mayor desintegración. Frecuentemente este es el mejor método. Pero en un sitio tan notable como lo es Chichén Itzá, el cual es visitado por muchos arqueólogos y grandes números de hombres legos, es menester dejar visible y a punto de comprensión todas las estructuras mayores. La conservación de un templo maya que haya sido desenterrado es una cosa difícil. Uno tiene que mantener en su posición original todos los elementos hallados en pie. Para hacer esto, a menudo hay que hacer grandes reparaciones en los elementos de apoyo que están debilitados. Luego viene el problema del grado hasta el cual debe



36. El Templo de los Guerreros poco antes de su terminación en 1927: se ven los tableros del basamento ya terminados, parte de la columnata al frente, el templo superior terminado y las obras para liberar el templo más antiguo (Archivo de la Carnegie Institution).

37. Vista aérea del conjunto de obras llevadas a cabo entre la Carnegie en el Templo de los Guerreros y el gobierno mexicano en la Pirámide de Kukulkán; es evidente la monumentalidad de los esfuerzos llevados a cabo (Compañía Mexicana de Aerofoto).

36.

37.

componerse lo que se ha caído. Por lo general, hay muchas partes de un edificio que permanecen, piedra sobre piedra, de la manera que han caído. No cabe la menor duda repecto a su posición anterior. ¿Deben colocarse de nuevo? Siempre surge una gran tentación de verificarlo, no sólo para hacer que la estuctura sea de más fácil comprensión, sino porque los elementos dispersos, si se dejan en el suelo, están expuestos a toda clase de riesgos (...) Pero la restauración, una vez comenzada, es difícil de suspender; un paso conduce a otro, se peca de error y se corre el riesgo de destruir el efecto psicológico de los deterioros, del tiempo y de los cambios inherentes a un edificio en ruinas." [448]

Creo que sus palabras son bastante claras y presentan un caso poco típico en lo que a intervención se refiere: no se hizo ninguna reconstrucción y casi ninguna reposición de elementos caídos. Tampoco se completaron muros o sus revestimientos, lo que era común en Chichén Itzá durante esos años. El pórtico fue restaurado, levantando las columnas y pilares caídos, y el patio interior se limpió y se volvió a levantar sólo la mitad de las columnas, dejando las otras allí donde habían caído después de la destrucción del techo original. Los muros fueron consolidados hasta la altura que se habían conservado, y se consolidó también la banqueta con relieves del pórtico. Fue un ejemplo utilizado por Ruppert como modelo de una nueva forma de restaurar, diferente a los trabajos ya completados de El Caracol y El Templo de los Guerreros. Recién se lo volvió a intervenir en 1934, cuando se efectuaron reparaciones menores, y actualmente se encuentra en estado de abandono ya que los visitantes de las minas no llegan hasta esa zona. Observando detenidamente podemos ver que tanto columnas como pilares tienen su rejoneado indicando que fueron recolocados en su sitio; los muros que fueron conservados hasta la altura original, al colocárseles el revestimiento caído de piedra cortada también fueron rejoneados. La escalera de acceso fue realineada y sus alfardas dejadas como núcleo a la vista; el basamento fue parcialmente completado para poder volverle a colocar las piedras del revestimiento que fueron halladas por cientos entre el escombro. La banqueta del pórtico volvió a ser colocada en su sitio y el sector de bóveda conservado fue tan sólo consolidado.

Los edificios del Grupo de las Monjas (1932-1933)

En 1932 se inició la intervención del Grupo de las Monjas. Este pequeño conjunto de edificios del período Clásico había sido dejado un poco de lado por su buen estado de conservación y los problemas que por lo tanto acarrearía a quien lo restaurara. Para ello fue llamado John Bolles, arquitecto y topógrafo, que ya tenía experiencia en arqueología. El trabajo de Bolles fue notable en varios sentidos, sobre todo por su respeto a lo antiguo, pero especialmente por la excelencia de sus dibujos y planos, que permitieron la realización de un buen libro. Lo curioso es que se demoró en publicarlo la friolera de 45 años,[449] y antes de la publicación no había más que referencias cortas sobre los trabajos de restauración.[450]

El problema, como ya dijimos, radicaba justamente en que las construcciones estaban a la vista, sin escombro que las cubriera y sin que se hubieran caído grandes sectores, cosa excepcional en el sitio. Por eso la propuesta de Bolles fue hacer una simple consolidación de los sectores deteriorados, manteniendo lo máximo posible sin alterar:

"El problema del estado final en que ha de dejarse el edificio es, sin embargo, perfectamente simple. Las Monjas está en relativamente perfecto estado (...) Por lo tanto es obvio que debe conservarse exactamente en el mismo estado que se encuentra hoy en día. Esto es (...) un asunto muy simple, por lo menos en principio. En la práctica es diferente, puesto que es mucho más difícil consolidar y evitar que se siga desintegrando una pared ya torcida, o los inestables sillares de una escalera semiderrumbada, que quitarlos y volverlos a colocar. Sin embargo, tal cosa es lo que debe hacerse, y se hará".[451]

Para ello se procedió primero a excavar alrededor de los edificios aún en pie, lo que permitió hacer una reconstrucción en el papel de la forma del conjunto a lo largo del tiempo y, además, descubrir el Juego de Pelota que se hallaba a espaldas del edificio más importante. Luego se hicieron túneles de exploración, aprovechando los grandes huecos dejados en el siglo pasado por Auguste Le Plongeon, túneles que luego fueron sellados gracias a una fuerte donación del gobierno mexicano.

Las restauraciones, salvo en las escaleras y en el basamento del Edificio de Las Monjas, fueron acordes a los postulados iniciales: se consolidaron las juntas, se quitó el escombro, se consolidaron esquinas y piedras flojas, y se repusieron algunos elementos caídos. Como Bolles escribió más tarde, "la restauración de las partes caídas se efectuó solamente en los casos en que era indispensable para preservar los elementos que estaban en pie, y aún así, sólo cuando había pruebas definitivas que justificaran tal procedimiento".[452] Un buen ejemplo es el sector de la ampliación de la construcción más antigua del basamento, que mostraba una tendencia a desintegrarse rápidamente. Fue consolidado pero no reconstruido, de tal forma que hoy no sólo podemos apreciar las épocas de construcción más antiguas, sino también el proceso de deterioro del edificio. Respecto al túnel que había hecho Le Plongeon, se tomó la decisión de consolidarlo pero no rellenarlo, mostrando una forma de excavación muy agresiva, típica de épocas anteriores a las que estamos tratando.

El sector más conflictivo del edificio fue el de las escaleras, ya que la superior estaba agrietada y presentaba problemas



38.

38. Parte de la estructura de la bóveda y dinteles en el Templo de los Guerreros para permitir el acceso a la construcción interior más antigua sin alterar la imagen del templo superior (Archivo de la Carnegie Institution).

39. Solución estructural mediante vigas de ferrocarril para liberar el peso del muro del templo superior, por encima del templo incluido en el edificio de los Guerreros (ídem).



39.

estructurales graves. La intención original fue desmontar los escalones inferiores para consolidar el apoyo de los de más arriba. En plena restauración la escalinata completa se derrumbó. Bolles resultó gravemente herido (casi pierde la vida) y se destruyeron gran cantidad de piedras originales. Por suerte, los levantamientos y fotografías hechos con anterioridad permitieron reponer, colocando piedra sobre piedra, toda la escalera superior. Las grietas se amarraron con perfiles de acero doblados en forma de U. Este trabajo, realizado entre 1931 y 1932, fue importante como experiencia (aunque un poco tardía) para los arqueólogos, porque las obras más grandes ya se habían terminado; pero sirvió para mostrar cómo es factible intervenir un edificio con la intención de conservar intacto lo original y no haciendo reconstrucciones.

El Templo de los Paneles Decorados (1935)

Entre los edificios secundarios trabajados durante estos años por la Carnegie, se encuentra el llamado Templo de los Paneles Decorados, a un lado del Grupo de las Monjas. Los trabajos de excavación y restauración fueron realizados por uno de los especialistas en arquitectura de la institución, Karl Ruppert, y luego los publicó él mismo en 1937.[453] El edificio fue elegido por sus características simbióticas de lo maya y lo tolteca, y porque representaba un caso típico de un montículo informe (antes de la exploración) pero que escondía en su interior una construcción de alto valor histórico. Pollock lo planteaba como un ejercicio metodológico, ya que ese tipo de montículo constituía la gran mayoría de las ruinas de Chichén Itzá. Hay que recalcar que en la publicación posterior, Pollock, notable por su capacidad de observación de los detalles de arquitectura, no le dedica un solo renglón al problema de la restauración, lo que es poco común entre las publicaciones de la Carnegie. Pese a ello, las fotografías existentes muestran con bastante claridad lo realizado en ese aspecto.

En el edificio con columnas inferior fue donde se realizaron intervenciones más enérgicas, posiblemente debido a que era la sección que mejor se había conservado. Se volvieron a levantar las columnas caídas, y los muros, conservados en su altura hasta el arranque de las bóvedas, se volvieron a recubrir en su paramento exterior hasta una altura homogénea superior ala cornisa de tres elementos, que también fue parcialmente rehecha. La escalinata anterior del edificio correspondiente ala última época de construcción, simplemente fue consolidada y no se rehicieron escalones a nuevo, aunque sí se consolidaron y completaron los sectores de revestimiento faltantes en la parte conservada. Las cabezas de serpiente que rematan las alfardas se conservaron en su sitio, aunque originalmente habían pertenecido a las columnas serpentinas del templo superior. En los arranques de las bóvedas se colocaron los extremos de las vigas de madera para indicar la forma en que alguna vez sostuvieron el techo.

En el templo alto, colocado atrás del edificio de columnas pero más elevado que éste, se consolidó la parte delantera del basamento, mientras la mitad de los lados y todo el sector este se dejó sin explorar para mostrar el grado de destrucción en que se había descubierto el edificio. Sí se recubrió el núcleo expuesto hasta la altura del muro de la construcción con columnas, pero de allí para arriba se lo dejó con el núcleo consolidado. El templo superior también fue consolidado hasta la altura a que se habían mantenido los muros, pero se volvieron a colocar algunas piedras caídas, tanto del muro exterior como del interior. En general creemos que es una obra clara, una intervención modesta, típica de la Carnegie durante este período, donde se mantuvo la recolocación de piedras nuevas hasta un límite tolerable, sin falsificar ni construir hipótesis aventuradas.

Los trabajos de la Carnegie no terminaron con estas obras que hemos mencionado, sino que continuaron hasta la década siguiente. Lo que quiero mencionar son algunas obras pequeñas que he revisado y que fueron efectuadas durante la década del 20. Un trabajo importante para la imagen de la ciudad completa, aunque fue en realidad una tarea simple para la restauración, es la excavación de la columnata del Grupo de las Mil Columnas. Se excavó en el sector más amplio del lado norte y parcialmente por el lado oeste; se levantaron las columnas caídas y se les repusieron sus capiteles. Se dejaron marcas para distinguir las restauraciones que consistieron en anastilosis simples, con la sola excepción del túnel que corre por debajo de la columnata, que tuvo que ser rearmado con las piedras descubiertas en el escombro. El templo del cenote Xtoloc, excavado y restaurado por Ann Monis, también significó una obra pequeña en la cual no se ensayaron técnicas nuevas: sencillamente se consolidó lo que se había descubierto, y se recolocaron en su sitio los sillares de las columnas. En otros edificios se hicieron excavaciones y algunas liberaciones de escombro, como en el Templo de los Falos y en la Casa del Venado.

Los trabajos de la Dirección de Arqueología (1926-1930): el juego de pelota y El Castillo

Paralelamente a los trabajos de la Carnegie Institution, la Dirección de Arqueología inició a partir de 1926 varias obras de restauración. José Erosa Peniche y Eduardo Martínez Cantón centraron sus trabajos en el Juego de Pelota y El Castillo. Revisar hoy en día estos trabajos es una tarea interesante y compleja, ya que si bien los norteamericanos dejaron monografías completas sobre cada edificio excavado, los arqueólogos mexicanos casi no escribieron al respecto, y de lo poco que dejaron registrado es escaso lo que se publicó.[454] Quedan hoy varios informes inéditos en el INAH y algunas



40.

40. Fotografía de la restauración de la parte superior del Caracol en 1928; ya se están recolocando los mascarones sobre las puertas y la moldura está completa (Archivo de la Carnegie Institution).

41. El Caracol de Chichén Itzá fotografiado en 1923 cuando aún gran parte se hallaba bajo escombros; se alcanzan a ver paños de muros en buen estado de conservación (Tozzer Library, Harvard University, Cambridge).

42. El mismo edificio al completarse la restauración en 1931 tras siete años de trabajos bajo la dirección de Karl Ruppert; también se liberaron los edificios al pie del principal (ídem 40).



41.





42.

referencias tangenciales, hechas por visitantes del lugar o por otros integrantes de la Dirección. Esto hace sumamente difícil reconstruir la historia detallada de sus trabajos.

El juego de pelota había sido intervenido por Miguel Angel Fernández algunos años antes, y para 1926 ya se encontraba limpio de vegetación y parcialmente se había quitado el escombro. En él se procedió a reconstruir totalmente el Templo de los Tigres, tanto la parte superior como su anexo inferior, a completar y restaurar los muros laterales de la cancha, y a intervenir enérgicamente los edificios norte y sur.

Las obras más importantes en cuanto a envergadura fueron las del Templo de los Tigres. Estas restauraciones, realizadas entre 1926 y 1928, incluyeron la reconstrucción hipotética de la escalinata que sube hasta la base del templo y el recubrimiento de todo el basamento con piedra de revestimiento en su mayoría nueva; se rehizo la bóveda anterior del edificio, se reconstruyó el friso por tres lados, se recolocaron las columnas serpentinas mediante complejos refuerzos de concreto armado, y se rehizo el revestimiento del templo superior. Con el edificio inferior, ubicado en la parte posterior del basamento y que aún tenía relieves y pinturas, se rehicieron los muros y los pilares delanteros y luego se construyó una bóveda para techarlo; los pilares son de concreto forrados con los relieves originales. Esta obra fue la más agresiva de todo Chichén Itzá, y fue marcadamente diferente de lo que venían realizando los arqueólogos de la Carnegie. Fue una buena muestra de que los intereses de la Dirección de Arqueología y los de la Carnegie eran distintos, y que sus posiciones teóricas y sus técnicas de trabajo también lo eran. Asimismo mostraban un cambio importante que ya se estaba dando en la arqueología mexicana y que se definió hacia 1928-1930.

Otra intervención agresiva fue la que se hizo en el Templo Norte. Esta construcción estaba compuesta por un templo con dos columnas en su parte anterior, y se levantaba sobre un basamento a su vez ubicado sobre la plataforma que limita la cancha. Para 1928 su estado de conservación era pésimo, a tal grado que Reygadas Vértiz escribió que "no hay restos de la escalera de acceso que debe haber tenido".[455] La bóveda se habia caído completa en su mitad delantera, y la plataforma de la cancha estaba casi totalmente desintegrada, a excepción de las primeras hileras de piedra. Los trabajos que se plantearon ese año fueron de reconstrucción casi total, y las fotografías son más claras: plataforma, basamento, escalera y muros fueron rehechos en amplios sectores, incluyendo hasta el dintel y las columnas. Ver hoy en día un dintel de concreto coronando un edificio que nunca tuvo nada de tal material, con el agravante de que nada se había conservado del dintel de madera original, resulta absurdo. Y para sostenerlo no sólo se rearmaron las columnas —de las que sólo se conservaban algunas de sus piedras— sino que se rehicieron los muros laterales hasta esa altura para que soportaran el peso de la construcción nueva. Sobra decir que no se dejaron evidencias entre lo original, lo rehecho con piedras antiguas y lo que es totalmente moderno. De los grandes muros laterales de la cancha sólo se restauró la parte interior, dejándose la exterior simplemente limpia de vegetación. Por dentro se completaron los núcleos faltantes, sobre todo los de las esquinas, y se recubrieron con piedras talladas del revestimiento todas las paredes a la vista. Para ello se utilizaron las piedras halladas entre el escombro y varios centenares de piedras nuevas, y no se dejaron marcas para diferenciarlas entre sí. Unicamente en los relieves inferiores se dejaron los huecos faltantes, cementándolos con pequeñas piedras de relleno hasta un nivel más bajo que el de la superficie. Esta solución fue idónea, y bien diferente a la elegida en otros casos.

La obra de mayor envergadura encarada por los arqueólogos nacionales fue la de El Castillo, la enorme pirámide que se halla en medio de los demás edificios restaurados o que estaban en proceso de serlo. Era una construcción importante, y es posible que por eso se haya decidido iniciar los trabajos no bien se terminaran los del Juego de Pelota. En este caso el responsable fue Erosa Peniche, quien planteó desde un principio la necesidad de efectuar una reconstrucción total del templo superior, y también una reconstrucción total de dos caras completas del basamento. Desde nuestra perspectiva de hoy no es fácil entender la razón por la que se tomaron estas medidas tan terminantes, aunque no dejan de ser una consecuencia razonable de los trabajos que se habían hecho en el Templo de los Tigres. Quizás no se interpretó correctamente lo que la Carnegie había hecho en el Templo de los Guerreros —recordemos que Erosa Peniche no era un profesional—;[456] y quizás consideraban importante que las minas pudieran ser entendidas por el turismo no especializado. En definitiva, ocurrió que desde un primer momento se iniciaron las tareas tendientes a reponer la bóveda ya inexistente del templo superior, y a reparar varias fisuras y deterioros de dicha construcción. La bóveda fue rehecha con concreto, y se desmontaron varios paños de muro para volverlos a colocar. En palabras de Reygadas Vértiz:

"En cuanto a la reconstrucción por el lado Norte, que es el principal, hubo que desmontar las fracciones de los cuerpos de serpiente que forman el pórtico para recolocarlas en posición original; además, toda la fracción posterior de la bóveda que estaba movida y derrumbada en parte, tuvo que desmontarse y reponerse, y el dintel de madera original de la puerta de acceso ala cámara interior fue cortado en un extremo que estaba destruido y ponía en peligro la parte superior, y centrado convenientemente. Sobre los cuerpos de serpientes recolocados se repusieron las piezas de madera originales, colocándose después la primera hilada de piedras y la primera cornisa, y la bóveda interior fue iniciada hasta la misma altura, rellenándose el intermedio entre ésta y la fachada para consolidación de la obra" [457]

Estos trabajos insumieron todo el año 1926 y se terminaron al año siguiente, momento en el cual se comenzó a reconstruir el basamento por las caras norte y este. Debido al excelente estado de conservación del ángulo noreste, Erosa Peniche

43. Templo Norte del Juego de Pelota de Chichén Itzá en una fotografía tomada hacia 1923, mostrando con detalle el estado en que se encontraba (Archivo del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México).

44. El mismo edificio al terminarse la restauración hecha en 1928; se recolocó toda la piedra del revestimiento, se hizo una nueva escalera y hasta un dintel de hormigón armado; era la nueva tendencia prevaleciente en México (Secretaría de Turismo, México).



43.

44.

decidió arrancar desde allí hacia ambos lados, para luego rehacer las alfardas de las escaleras. Una vez completadas éstas, se procedió a reconstruir totalmente, con bloques de piedra nueva, ambas escalinatas. No se dejaron marcas para diferenciar lo nuevo de lo antiguo, aunque sí se dejaron dos caras del basamento sin intervenir, aparentemente con la intención de mostrar la diferencia entre lo original y lo actual, pero en última instancia eso no ha dejado de ser más que una mera ilusión del arqueólogo. Para 1929 las obras estaban concluidas: se había fabricado a nuevo la pirámide principal de la antigua ciudad, pero, cabe decirlo, no se la había explorado para nada. El propio Erosa Peniche se disculparía años más tarde,[458] en 1939, cuando la presión ejercida ante la posibilidad de que existiera un edificio más antiguo en el interior del basamento se hizo demasiado fuerte y no hubo más remedio que hacer un túnel que, como estaba previsto, permitió encontrar otra pirámide dentro del basamento. Lo que deseo destacar es la marcada diferencia entre esta obra y la del Juego de Pelota comparándolas con las que la Carnegie venía realizando en el mismo sitio. No porque una fuera mejor que la otra, sino por los marcados contrastes entre ellas, fruto de realidades y experiencias muy distintas.

Los trabajos en Uaxactún de la Carnegie Institution (1924-1937)

En un capítulo anterior he reseñado los trabajos preliminares llevados a cabo por Frans Blom en Uaxactún durante dos meses de 1924. También he citado la importancia que este sitio tuvo para la arqueología: descubierto por Sylvanus Morley en 1916, dio las primeras estratigrafías del Petén hechas en forma sistemática y en relación con arquitectura y tumbas, de tal manera que aún hoy siguen siendo la base de la cronología de esa cultura prehispánica. El problema de estos trabajos, realizados con una arqueología sistemática y metódica, es que no tenían entre sus objetivos ni la restauración ni la conservación del sitio. Todo lo contrario, fue tan excavado mediante calas, pozos y trincheras de gran envergadura que prácticamente nada quedó de él. Plazas. edificios, palacios y templos fueron casi desmantelados en una gigantesca disección arquitectónica. Si bien esto permitió entender el proceso histórico de gran cantidad de construcciones, sus técnicas y procedimientos constructivos, materiales y otros datos importantes, fueron excavaciones de tipo destructivo, totalmente distintas a las realizadas por la misma Carnegie en Chichén Itzá, en la misma época.

La exploración del sitio fue dirigida sucesivamente por Blom, Oliver La Farge (entre 1925 y 1931) y A. Leyard Smith (hasta 1936). Se contó también con la colaboración de arqueólogos de la talla de Edwin Shook y Robert Smith. En la actualidad es interesante revisar la larga bibliogafía que este sitio produjo a lo largo de más de 40 años. Si bien es sumamente detallada y completa en lo arqueológico, prácticamente no hay referencias específicas sobre restauración o conservación del sitio. De los centenares de construcciones de la zona y de las más de 20 pirámides y palacios de piedra excavados, sólo se procedió a restaurar uno de ellos, la pirámide E-7sub. Del resto, sólo hay citas menores sobre el futuro poco promisorio que ellos mismos veían venir, pero que poco hicieron por impedir.

Hay que recordar la ubicación de Uaxactún, en medio de la aún casi inexplorada selva del Petén, sin caminos ni agua accesibles, y que el gobierno de Guatemala, aunque envió a un inspectora supervisar las obras, no realizó una contraparte como en el caso de Chichén Itzá en México[459] La situación en ambos países era radicalmente diferente. Por otra parte, aunque basado en el mismo problema, la Carnegie no tuvo según su contrato ninguna obligación de realizar reparaciones o restauraciones, lo que si bien la exenta de la responsabilidad en ese momento, no lo hace en lo que se refiere al futuro. Si únicamente se hubiesen dedicado unos pocos dólares de la gran suma invertida en los trabajos para restaurar lo elemental, ¡cuánto se hubiese podido salvar! El visitante actual de Uaxactún sale sorprendido por el violento grado de destrucción, abandono y descuido que presenta el lugar. La selva ha crecido tanto que sólo hay un edificio visible (el E-7sub, despejado en 1974), y el recorrer la zona comparándola con la cercana Tikal lo deja a uno un tanto deprimido. Durante nuestra visita[460] hemos tratado inútilmente de llegar a la pirámide A-1 para ver qué quedaba de ella después de la excavación de 1929; era imposible encontrarla por la densidad de la maleza.

En algunos casos excepcionales se decidió trasladar algunos monumentos fechados al Museo de Guatemala. Pero por lo menos en uno de los casos, mejor hubiera sido que lo dejaran donde estaba: "la cara de la Estela 26, en la que se lee la antiquísima fecha de 10.0.10.0.0, fue separada del monumento y dividida en dos, para poderla remitir al Museo Nacional de Guatemala"[461] No sólo es un procedimiento brutal sino que es el mismo que utilizan los saqueadores para robar las estelas. Cortar una de ellas quitándole la cara frontal para luego subdividirla en partes menores, es un procedimiento difícilmente justificable.

Quisiéramos analizar con mayor detenimiento la única restauración realizada, justificada no sólo por su excelente calidad como arquitectura en perfecto estado de conservación, sino también porque formaba parte del Grupo E, un gigantesco observatorio astronómico, el primero en ser detectado.462 La importancia de conservar este edificio no sólo estaba determinada por eso, sino también por el hecho de ser un basamento muy antiguo (durante medio siglo fue considerado el **más** antiguo conocido de los mayas); está totalmente recubierto de estuco y grandes mascarones decoran sus cuatro lados. Sin duda una construcción excepcional en todo sentido. Cuando fue descubierta la estructura E-7, lo que estaba a la vista era un montículo de escombro a un tal grado de destrucción que era realmente irreconocible. Puede apreciarse

45. El Castillo de Chichén Itzá en un grabado de Désiré Charnay previo a la restauración de Miguel Angel Fernández en 1923 (Archivo del IIE, UNAM, México).

46. El Castillo al terminarse las grandes reconstrucciones de la Dirección de Arqueología de 1929: se rehicieron todos los tableros, las plataformas, las alfardas y la escalera; olvidando todas las experiencias anteriores e iniciando la restauración al servicio del turismo (foto DS).



45.



46.

en las fotografías, tomadas antes de la excavaciones, y en la maqueta realizada, que sólo podía tenerse una idea de los pisos superpuestos y de la planta aproximada. Apenas se comenzó la excavación se hizo evidente la existencia de un basamento anterior asociado a la estela fechada en el siglo III d.C., que ya se conocía. Al descubrir que este basamento interior (el E-7sub) estaba perfectamente conservado y poseía características notables, se desmanteló lo de arriba y se dejó al descubierto lo de abajo. El trabajo fue correctamente realizado, se publicó toda la información al respecto, y sobre el edificio se llevaron a cabo pequeños trabajos de restauración completando las partes faltantes[463] Pero al terminar los muchos años de trabajo arqueológico en Uaxactún, la Carnegie se retiró para proseguir sus investigaciones en otros sitios, abandonando los edificios a merced de la selva. La acción de ésta no se hizo esperar, y entre raíces, lluvias tropicales, humedad constante y la erosión provocada por los pocos visitantes que llegaban desde Tikal (que se encuentra a sólo 25 km. de distancia), comenzó rápidamente el deterioro. No se le puso un techo ni ningún tipo de protección que cubriera los mascarones de estuco, pese a su evidente fragilidad. La Carnegie alegó que, por contrato, sus obligaciones no eran las de conservar y el gobierno de Guatemala no tenía los medios para realizar estas obras, o quizás no tenía interés en realizarlas: el resultado fue la casi desaparición de los estucos y máscaras del edificio. En las demás construcciones del mismo Grupo E no se realizaron tareas de limpieza ni de restauración, por lo que su estado actual es de completa destrucción. Hoy en día la selva cubre tan tupidamente el conjunto que desde la E-7 no se observan los demás edificios del mismo grupo.

Con el correr de los años se hicieron sentir las críticas contra ese barbarismo cultural, y en 1974 Edwin Shook obtuvo fondos para proceder a una nueva limpieza del sitio y una nueva restauración y consolidación del monumento. Aunque ya era un poco tarde, S hook quitó la vegetación que lo cubría, resanó juntas, quitó hongos, y reconstruyó algunos ángulos y sectores muy dañados. Pero nada se podía hacer con los mascarones y el recubrimiento de estuco. Pero como la vida tiene muchas vueltas, esta vez tampoco se le puso su necesario techo protector. Y aunque actualmente se cuida que no crezca vegetación encima, las lluvias diarias están terminando efectivamente con el edificio. En poco tiempo va a ser necesario restaurar la segunda restauración. Y por supuesto, el costo de esos dos trabajos, y ni hablar si llega a ser necesario realizar un tercero, supera ampliamente el de un techo hecho con la madera y las palmas del mismo lugar. De haber sabido cuál iba a ser el futuro de la E-7sub, mejor la hubieran estudiado mediante calas y la hubieran dejado cubierta por el escombro. Si así se conservó durante casi 1.700 años, todavía la tendríamos. De la otra forma, una institución se hizo famosa, obtuvo lo que los ideólogos del empirismo postulan,[464] pero nos quedamos sin el monumento.

Otro caso quizás más patético aún es el de la Estructura A-1. Este edificio y su excavación fueron una fuente inagotable de datos científicos; a grado tal que quien la excavó, Robert Smith, en 1929,[465] dijo que "nunca se había obtenido una cantidad de información tan grande" de un solo edificio. La exploración de esta construcción fue decidida por su gran tamaño, su posición preeminente, las estelas asociadas y su evidente importancia en tiempos prehispánicos. Para su exploración se utilizó una técnica muy particular en la arqueología: se fueron retirando, una por una, las diferentes superposiciones constructivas del edificio, en lo que podemos denominar una gigantesca disección arquitectónica. Después de excavada y limpiada cada época de su construcción, se procedía a retirarla en su totalidad, para dejar cuidadosa y delicadamente, la inferior ala vista. Obviamente al terminar el trabajo nada quedó del edificio. No hace falta que insista: fue el caso más notable de arqueología destructiva de toda Mesoamérica. Smith, en varias oportunidades, se preguntó respecto a las técnicas que debía utilizar en este particular edificio, pero ni siquiera le dedica un renglón al problema de la conservación. Incluso el pequeño templete, perfectamente conservado y único, de la Fase 2 de la Pirámide F, fue desmantelado. El resultado arqueológico fue excelente, y evidentemente permitido por la falta de control del gobierno de Guatemala, y por el poco interés que tuvo la Carnegie en este caso por conservar y restaurar. Sabemos que " el complejo piramidal A-1 que comprendía seis pirámides completas, con fases adicionales asociadas a algunas de las superposiciones, ofreció de una sola vez el más perfecto medio para relacionar el estudio de la arquitectura, la cerámica y las costumbres funerarias, como ningún otro en el área maya".[466]

Creemos que este ejemplo, que por supuesto es un caso extremo pero no único, ni el último que se hizo, es bueno para meditar acerca de la estrecha relación entre arqueología y restauración. ¿Hasta qué punto es válido disecar un edificio? Creo que sería mejor conocer un poquito menos sobre los mayas y tener aún en pie esa formidable construcción del período Clásico de Uaxactún. Para terminar, podemos recordar el caso del Palacio (Estructura A-V) cuya excavación fue relativamente similar y con resultados también parecidos;[467] la Estructura A-XVIII, el palacio más importante de toda la antigua ciudad, quedó con la parte superior descubierta sin consolidar, y el basamento cubierto con el escombro original más el retirado de la parte superior. [468]

11. La institucionalización de la conservación (1929-1950)

En páginas anteriores hemos visto que la etapa que va desde los inicios de la Revolución hasta 1928 fue compleja, y que salvo los esfuerzos sistemáticos de Manuel Gamio y José Reygadas Vértiz fue poco lo que pudo realizarse, y siempre resultó el fruto de esfuerzos individuales o de organismos internacionales. Los años que ahora veremos son radicalmente diferentes, lo mismo que los países en los cuales transcurrieron: en México, al igual que el poder político se estructuró alrededor de un sistema vertical, rígido y unipersonal (o unipartidista), así la arqueología y la restauración van a aglutinarse y transformarse en el monopolio de una sola organización. En 1937 se había fundado la Sociedad Mexicana de Antropología, y muy poco después la Escuela Nacional de Antropología e Historia, para culminar en 1939 con la organización del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Una cadena ascendente en la cual muchas personas tuvieron participación, pero que sin duda fue dirigida, organizada y financiada por Alfonso Caso, la figura señera de esta etapa. En cuanto a la restauración específicamente, se da un auge nunca antes visto y se inicia toda una serie de proyectos a largo plazo que antes hubieran sido imposibles de pensar. Asimismo, gracias a los avances de la Carnegie Institution en Yucatán, las misiones de países extranjeros se van a multiplicar y van a ser muchos los proyectos que lleven a cabo. En cuanto a la forma de trabajar se van a imponer tres conceptos de tipo axiomático: l) los edificios tienen que ser siempre reconstruidos, no importando su estado original; 2) los sitios arqueológicos deben ser explotados turísticamente, y 3) no deben discutirse cuestiones de tipo teórico o conceptual alrededor de esto. Era la arqueología al servicio del estado, y si quería funcionar con tranquilidad y con fondos suficientes, no debía plantear críticas al sistema. Ose estaba al servicio, o se estaba fuera.

Se iniciaron trabajos de restauración en gran escala en Uxmal, Tula, Calixtlahuaca, Malinalco, Xochicalco, Palenque, Cholula y Monte Albán; todos estos sitios ya habían sido intervenidos anteriormente. Entre los lugares de reciente descubrimiento se excavó durante varios años en La Venta. En Guatemala, los trabajos de Piedras Negras serán los más importantes, aunque no se tomaron medidas para su conservación, en una situación similar a la de Uaxactún una década antes. Pero el trabajo más importante se realizó en Monte Albán, donde Alfonso Caso con la ayuda de Ignacio Bernal, Jorge Acosta y Enrique Berlín entre otros, desarrolló 18 temporadas continuas. En Tula se hicieron 14 temporadas dirigidas por Jorge Acosta a partir de 1939. Para finales de la década del 30, también comenzó a publicarse una serie de libros que presentaban un nuevo cuadro histórico de Mesoamérica, término definido por Paul Kirchoff en 1944[469] Pal Kelemen, Salvador Toscano y Sylvanus Morley dieron reconstrucciones históricas distintas de las anteriores sobre los pueblos y culturas.[470] Tras la muerte de la fantasía y la imaginación en 1920, la nueva arqueología había logrado reconstruir una serie de **culturas** cronológicamente ordenadas, habiendo establecido un modelo de interpretación de la historia antigua que permaneció indiscutido e incuestionado por más de 40 años.

Otro aspecto importante fue la influencia que a partir de 1930 comenzaron a tener los etnólogos norteamericanos. Ellos aportaron a la arqueología una forma muy particular de entender los grupos indígenas del presente, lo que fue utilizado por los arqueólogos: conceptos que en su época hicieron furor como el de las "ciudades vacías" y de los "centros ceremoniales", eran perfectos ya que dentro de su vaguedad permitían explicar cualquier fenómeno no comprendido.[471] Era fácil decir que un sitio prehispánico era un "centro ceremonial", ya que de otra forma —es decir, aceptando que fue un verdadero centro urbano—, hubiera llevado a cuestionar la propia forma de explorarlos. Era más fácil ocuparse de las grandes pirámides que de las unidades habitacionales, era mejor hablar de calzadas procesionales que de calles, de palacios que de talleres, de sacerdotes que de administradores-políticos. Incluso llegó a imperar —aún lo sigue haciendo

en algunos círculos—, la idea de que los monumentos mayas eran sólo parte de un gigantesco ceremonial al paso del tiempo, en lugar de monumentos dinásticos como hoy sabemos que fueron. Y no es que en esa época no se tuvieran los datos para aventurar hipótesis diferentes: sí se los tenía; lo que sucede es que las hipótesis utilizadas fueron tildadas de explicaciones, con lo cual se construyó una historia, de las muchas que podían haberse hecho con los datos disponibles. Clyde Klukholm, a fines de 1940, ya había criticado esa postura.

La expansión del turismo en esos años fue realmente notable. Sabemos que para el año 1931, visitaron los sitios arqueológicos controlados por la Dirección de Monumentos casi 80.000 personas registradas.[472] Podemos ver las cifras para un mes de promedio normal, como por ejemplo mayo de ese año:

Tenayuca	1.533	Texcutzingo	40
Copilco	1.224	Santa Cecilia	192
Teotihuacan	1.828	Santa Teresa	131
Chichén Itzá	90	Chalchiuites	10
Uxmal	99	Ixtlán	11
Chacmultún	28	Tepoztlán	17
Mida	65	Huexotla	10
Monte Albán	304	La Quemada	10
Teopanzolco	319		

Estos años, por lo general poco estudiados ya que siempre han llamado la atención las décadas anteriores, fueron los que consolidaron la restauración en México, y cuando se definieron objetivos, métodos y técnicas. El turismo crecía a pasos agigantados, así como los problemas sociales, y los planteamientos hechos por Alberto J. Pani se hacían realidad: la industrialización, el consumo masivo, el auge de la burguesía y la nacionalización del petróleo, eran fenómenosofícina reproducían en el patrimonio. Una interpretación tradicional ha sido la de creer que fue un período romántico por excelencia,[473] y se ha tomado a Miguel Covarrubias como ejemplo de ello. Recordemos que Covarrubias había organizado una oficina en el extranjero, la que dirigió muchos años, para cumplir tareas de relaciones públicas entre los funcionarios de otros países que no estaban de acuerdo en reconocer al gobierno de Alvaro Obregón.[474] Para 1939-1940, varios de los arqueólogos norteamericanos que trabajaron en México participaban activamente en el envío al gobierno de su país, de información acerca de las condiciones en el campo, sitios de desembarco y sistemas de aprovisionamiento en los países centroamericanos.

Fue una época diferente a las anteriores; fue mejor, en cuanto a que las posibilidades de realizar trabajos de restauración se multiplicaron e institucionalizaron. Pero fue errónea en el sentido de haber caído en errores serios, que medio siglo más tarde no se han logrado revertir por completo. Constituyó una parte importante del proceso histórico de la conservación para México y Centro América.

Las restauraciones en Calixtlahuaca (1930-1938)

Entre los casos tipológicamente característicos de la historia de la restauración en México durante el período de formación de la denominada Escuela Mexicana, cabe destacar Calixtlahuaca. En este sitio ubicado en las cercanías de Toluca, se iniciaron trabajos de exploración y restauracióaarqueólogo.a75Losor convenio entre el Departamento de Monumentos y el Gobierno del Estado), los que se continuaron entre 1933 y 1938 en forma alternada. Estuvieron a cargo de José García Payón, quien allí comenzó su larga y fecunda carrera de arqueólogo.[475] Los trabajos se realizaron en varios grupos de construcciones pero sólo en tres se restauró; en los demás edificios sólo se exploró mediante pozos y trincheras. Los edificios actualmente visibles son las Estructuras 3, 4 y 17 y el Altar de Cráneos.[476]

El Monumento 3 o Templo de Quetzalcóatl es el edificio más importante del lugar, y en el cual se han aplicado más esfuerzos para su restauración por sus destacadas características: consiste en un edificio compuesto por cuatro épocas superpuestas, todas formando un edificio circular escalonado con una escalera frontal y plataformas asociadas. En la actualidad sólo quedan visibles las dos últimas épocas. Hoy en día es sumamente difícil reconstruir el proceso de restauración, no sólo por la falta de informes sino también porque no quedaron evidencias claras de qué es lo nuevo y qué lo original. El resultado final es en realidad la reconstrucción completa de los tres niveles de la sección circular de la tercera etapa, y por fuera de ella los restos del primer nivel de la cuarta época. Unicamente a los lados de la escalinata frontal quedaron los muros exteriores hasta la altura del segundo nivel.

La escalera, unida al cuerpo posterior, por fuera corresponde a la época más moderna pero llega hasta la altura de la etapa anterior, por lo que desde afuera parecen una misma construcción. Pero por dentro y mediante un túnel, es posible penetrar por debajo y encontrar intacta la escalera anterior —de la tercera época—, la cual corresponde en realidad con la etapa reconstruida del cuerpo principal. Incluso es factible ascender por ella hasta la parte superior del edificio. Desde el exterior es imposible entender esta diferencia entre las alturas originales. La escalinata exterior fue terminada arriba en



47.

48.



49.



50.

47. Calixtlahuaca: proceso de reconstrucción del Templo de Quetzalcóatl a partir de 1930. Ya prevalecían las nuevas ideas que permitían rehacer escaleras, terminar muros, completar ángulos y faltantes (Archivo del INAH, México).

48. Otra vista del proceso en el cual se están construyendo nuevas alfardas con piedras traídas y talladas para ello (ídem).

49. El Templo del Sol de Palenque al completarse la restauración del basamento en uno de sus ángulos, y la consolidación de la crestería y las molduras por Fernández en 1934 (foto Ignacio Bernal).

50. La arqueología destructiva: La Venta; pese a la excelente calidad de las excavaciones, poco quedó del sitio (National Geographic Society, Washington).

forma irregular, pero al haberse rehecho totalmente —se observa en las fotos que estaba destruida incluso en sus primeros escalones—, el edificio se transforma en un gigantesco rompecabezas difícil de armar hasta para el experto. A todo esto debemos agregarle los túneles que no fueron cerrados nuevamente y que quedaron como ventanas huecas, y la parte superior que fue cementada en forma piramidal irregular, quizás para mostrar la altura original de los restos de la última época, pero que en nada ayuda a hacer comprensible ni su forma ni su altura. Todas las terrazas, escaleras y altares que rodean a esta construcción fueron nuevamente construidos, algunos en forma total, otros sólo parcial. En el interior de los túneles de exploración se hicieron unas complejas armaduras de madera para sostener techos y paredes, las que se derrumbaron en 1951, por lo que hubo que intervenir de nuevo al año siguiente, haciendo la estructura de concreto armado. En 1977 se volvieron a hacer reparaciones, sellando cuarteaduras exteriores y, tardíamente, colocando un rejoneado para mostrar lo que García Payón había reconstruido más de 40 años antes[477] sin dejar evidencias. Cómo se realizó este trabajo es en realidad ahora realmente inexplicable.

Los Monumentos 4 y 7, junto con el Altar de Cráneos, forman un conjunto que se halla más elevado que el Templo de Quetzalcóatl que hemos descrito. Aquí es evidente que los procedimientos seguidos en la restauración de estos dos edificios son diferentes a los del anterior y al altar que los enfrenta. Desconocemos las causas, pero es factible imaginar que no se hizo una reconstrucción total, es decir rehaciendo piedras. Gracias a esto quedaron las evidencias claras entre lo original y lo que se rehizo, e incluso son visibles los niveles hasta los cuales se había conservado el edificio. El Monumento 4 es el más alto y está compuesto por una gran plataforma y un basamento cuadrado con escalinata frontal. En éste sólo se completaron los muros hasta la altura en que se conservaba el núcleo de origen, pero con una piedra menos trabajada, lo que a simple vista marca la diferencia existente. La parte superior no fue acabada, quedando como un amontonamiento de tierra y piedra, solución idónea para estos casos. El Edificio 7, mucho menor en altura, sí fue reconstruido totalmente, y si bien se dejaron evidencias de su altura original mediante el uso de piedras más burdas, fue rehecho hasta su plataforma superior.

El Altar de los Cráneos es una construcción cruciforme de extremo circular, poco común en la arqueología mesoamericana, la cual también fue restaurada. A diferencia de los edificios que la enfrentan, sí fue reconstruida mediante el retallado de piedras iguales a las originales, debido a lo cual no existen en la actualidad evidencias claras respecto a la altura y estado de deterioro en que fue descubierto. En la parte inferior del sector circular pueden apreciarse actualmente juntas cementadas, a diferencia del resto de la construcción. Es factible que ésa haya sido la única parte del recubrimiento original respetado. En el grupo al que pertenece este Altar y los Monumentos 4 y 7, también fueron restauradas las plataformas sobre las que se encuentran ubicados, las escaleras de acceso y sus respectivos taludes.

Del resto de Calixtlahuaca es poco lo que se puede decir, ya que salvo el grupo del Monumento 17 nada ha sido dejado a la vista. Respecto al monumento citado, que en realidad es un gran patio rodeado de construcciones, en la actualidad permanece cerrado al público ya que se halla en un terreno no accesible. De todas formas, las fotografías conocidas muestran que las técnicas y procedimientos utilizados no difirieron de los ya descritos, en particular en el caso de la gran escalera triple que enfrenta al Edificio l.[a78]

Este es otro caso de este nuevo período en el cual se aplicaron, a veces en forma no muy meditada, teorías, técnicas y procedimientos elaborados durante los años anteriores, pero ahora encarados hacia la reconstrucción monumentalista. La perspectiva turística y la ideología del nacionalismo lo justificaban. Sin desmerecer la obra de García Payón, es evidente que en los casos considerados importantes se procedió a la reconstrucción completa, mientras que en los demás sólo se hicieron reparaciones y completamiento de muros y escalinatas, pero con piedras trabajadas menos detalladamente, gracias a lo cual —háyase hecho adrede o sin querer—, quedaron esas evidencias históricas importantes. Esta diferencia entre los tratamientos no es histórica ni corresponde a diferentes épocas de las intervenciones, sino a decisiones tomadas por el director de los trabajos. Es sin duda un caso interesante dentro de la larga lista de ejemplos de estos años que culminaron en los trabajos de Tula en la década siguiente.

La Carta de Atenas (1931) y cómo pasó desapercibida

En el momento en que México establecía su nueva forma de intervenir monumentos, en particular durante los años de 1928 a 1932, se realizó en Atenas una conferencia internacional de arquitectos que publicó una **Carta** de recomendaciones para todos los países del mundo. Entre sus expresiones se encontraban varias dedicadas a la restauración y conservación del patrimonio arquitectónico, que tenían un gran valor para la época. Desafortunadamente, como no cuadraban con los principios vigentes en el país se hizo oídos sordos; la **Carta** pasó desapercibida ala restauración. Pero por el contrario, entre los arquitectos, ingenieros y constructores en general fue profusamente difundida, en especial en la Escuela de Arquitectura, en ese momento dirigida por José Villagrán García, quien años más tarde se interesaría en el tema que venimos tratando. Este documento que pudo haber aportado una visión interesante, desprejuiciada, y que pudo haber ayudado a una evolución más racional de la restauración, cayó en saco roto por muchos años; fue rescatado

más tarde, hacia la década del 60, con la fundación de la Escuela <i Conservación y Restauración y el Centro del mismo nombre.

Si revisamos la llamada Carta de Atenas,[a79] hay una serie de consideraciones que creemos importantes de destacar, de entre los diez artículos que la componen. En primer lugar resume —ese fue su objetivo— "las tendencias predominantes" en su momento, más allá "de la diversidad de casos especiales". En general la posición fue la de evitar siempre la reconstrucción y sólo recurrir a ésta en casos excepcionales, sin menospreciar época alguna y respetando la obra histórica y artística del pasado. Por otra parte, hay un criterio respecto a intensificar la colaboración entre arqueólogos y arquitectos, actitud indispensable para la realización de trabajos de restauración arqueológica. Respecto a las técnicas de restauración, se decía lo siguiente:

"Cuando se trata de ruinas, se impone una escrupulosa labor de conservación, y cuando las condiciones lo permitan, es recomendable volver a su lugar aquellos elementos originales encontrados (anastilosis); y los materiales nuevos necesarios para este fin deberán siempre ser reconocibles"[a80]

"Los expertos escucharon varias comunicaciones respecto al empleo de materiales modernos para la consolidación de edificios antiguos, y han aprobado el empleo juicioso de todos los recursos de la técnica moderna, muy especialmente el concreto armado. Expresan la opinión de que normalmente estos medios de refuerzo deben estar disimulados para no alterar el aspecto y el carácter del edificio a restaurar, y recomiendan el empleo de dichos medios, especialmente en los casos en que ellos permitan conservar los elementos in-situ, evitando los riesgos de la destrucción y la reconstrucción". [a81]

Estas recomendaciones, sin embargo, no tuvieron una buena acogida entre los arqueólogos de la época en América Latina, ya que salvo excepciones, la tendencia imperante en 1931 era la de la reconstrucción, y la Carta prácticamente la equiparaba con la misma destrucción.

Los Relieves de Estuco de Acanceh (1933 y 1940)

Un caso ejemplificador del sistema tradicional de restauración y conservación durante el decenio de 1930 es el de Acanceh. Ya Eduard Seler había descrito amargamente el lento pero inexorable proceso de destrucción que estaban sufriendo los estucos de la pirámide y del palacio de ese sitio: los mascarones descubiertos por Teobert Maler casi no existían, y las figuras de animales del frente del palacio estaban siendo destruidas por los habitantes del pueblo que retiraban las piedras que las protegían; esto sucedía en 1915. No fue sino hasta 1933 cuando se decidió hacer algo por este sitio, aunque ya era bastante tarde: habían desaparecido los escalones y los mascarones del frente de la pirámide y gran parte de los relieves del palacio, al igual que las pinturas con glifos de las tumbas.

Miguel Angel Fernández se trasladó al lugar con el objeto de hacer exploraciones mínimas y restauraciones de lo que se pudiese encontrar.[a82] En la pirámide descubrió que en los laterales y la parte posterior, que estaban aún bajo el escombro, todavía existían los grandes mascarones, pero debido a la imposibilidad de restaurarlos decidió no descubrirlo. Escribió que "no se debe desescombrar ningún edificio, si no se lo consolida simultáneamente"[483] Esta es una buena lección. En el Palacio procedió a continuar la limpieza del escombro hasta el nivel del piso original, descubriendo así el edificio que enfrenta al de los estucos. Dijo también: "consolidé personalmente toda la ornamentación de esta fachada"[48a] Las figuras fueron rejunteadas con cemento rellenando los faltantes y uniendo al muro los fragmentos despegados. Fue un gran trabajo que permitió salvar los restos de esta obra única en su género entre los mayas. El problema fue que, salvo la consolidación no se tomaron medidas de protección, y el edificio quedó sin techar. Las lluvias comenzaron de inmediato a realizar su labor destructiva sobre el edificio, volviendo a causar daños en los estucos y quitando los restos de pinturas sobre las figuras de hombres y animales.

En 1940 se procedió a techar esta estructura. A finales de ese año, Manuel Cirerol Sansores[a85] construyó un techo de madera y palma que protegió del sol y la lluvia el muro exterior del Palacio. Lamentablemente este techo no tuvo otro mantenimiento que colocarle cada tanto alguna nueva hoja de palma, de manera que el deterioro en la actualidad es casi total. Desconozco cuáles fueron las razones para que las cosas no se hicieran bien desde un principio, lo que hubiera ahorrado dinero y resguardado mejor este ejemplo único de estuco maya. Desde hace menos de 10 años se han colocado chapas de metal para proteger los estucos, aunque de más está decir que ya casi nada queda de ellos.

Restauraciones en Chichén Itzá (1931-1951)

Durante los años siguentes a los del gran esfuerzo inicial de la Carnegie Institution, se continuaron realizando diversos trabajos en las ruinas que nos ocupan. Si bien éstos fueron básicamente de mantenimiento, Manuel Cirerol Sansores, Eduardo Martínez Cantón y José Erosa Peniche intervinieron en algunas restauraciones. La más importante de ellas fue la exploración, descubrimiento y posterior restauración de la pirámide interior del Castillo de Chichén Itzá. Este trabajo me fue especialmente difícil de rastrear, ya que pese a los informes inéditos existentes de José Erosa Peniche, quien estuvo

a cargo de los trabajos, e incluso a un artículo publicado sobre el tema,[486] existen notables contradicciones en cada una de las descripciones de lo, métodos utilizados. Al parecer polémicas comenzaron cuando Erosa Peniche y Martínez Cantón empezaron a reconstruir el paramento exterior del Castillo sin haber hecho una excavación previa en el interior. Ya la Carnegie había comprobado —en una experiencia dolorosa— que sí había estructuras más antiguas dentro de los edificios. Erosa Peniche y Martínez Cantón no excavaron y años más tarde, cuando se vieron envueltos en críticas muy severas, Erosa Peniche tuvo que regresar a Chichén Itzá para tratar de justificar los trabajos realizados. De allí, posiblemente, que nunca se haya publicado un libro sobre estos trabajos, y que mucha gente siga creyendo que la exploración la hizo la Carnegie y no el gobierno mexicano.

La realización de un túnel exploratorio hacia el interior de la gran pirámide se llevó a cabo en 1931 en el centro de la escalera del frente sur. Este túnel se topó con el basamento de una pirámide interior sin escalera (estaba hacia el lado norte), y después de intentar rodearla decidieron hacer una nueva perforación desde un nivel más alto. Para ello se abrió un nuevo túnel a la altura del último talud exterior, que se topó con la fachada posterior del templo que estaba en perfecto estado de conservación, incluyendo sus ornamentos de estuco. Al año siguiente se intentó llegar a la fachada principal, y a tal fin se cavó un pozo en el interior del templo superior. Una perforación bastante amplia en el piso permitió llegar hasta el frente del templo; se encontró su puerta y se lo comenzó a despejar del escombro con que había sido rellenado para soportar el peso de la estructura superior. Al penetrar en el templo interior, se realizó un notable descubrimiento consistente en un Chac-Mool cubierto de pinturas y un trono en forma de jaguar rojo, ambas piezas excepcionales. Como medida precautoria se instaló una reja de hierro que aún continúa en pie. Para soportar el peso de la pirámide exterior fue necesario llevar a cabo varias obras de envergadura: frente a las paredes anterior y posterior se colocaron muros de concreto armado que ayudaban a la estructura y la mantenían liberada. Por dentro se cambió el dintel de la puerta y se realizaron techos y estribos de concreto para soportar las bóvedas y el peso exterior. Se volvieron a colocar las piedras para cerrar las bóvedas, que se habían quitado en tiempos prehispánicos, para poder rellenar completamente el edificio con escombro antes de superponerle el templo exterior. Para el acceso del público se cerró el túnel de la cara sur y se abrió uno nuevo, que parte desde la al farda de la escalera norte exterior (para no arruinar lo que ya estaba reconstruido), y que sube por la propia escalera de la pirámide interior hasta penetrar en el templo por su puerta. En realidad fue una verdadera obra de ingeniería dentro de un edificio prehispánico. Los trabajos se terminaron en 1936.

La envergadura de la intervención hecha en este edifício, es factible compararla sólo con la que se había llevado a cabo en el Templo de los Guerreros. Si bien la diferencia radica en que aquí se exploró mediante túneles para descubrir la construcción más antigua, yen los Guerreros apareció por pura casualidad, este trabajo fue más sobrio y meditado, o por lo menos los resultados presentan una intervención menos agresiva y más clara. Obviamente es difícil hacer comparaciones de este tipo, pero creo que si bien las críticas pueden ser varias, también lo son los méritos innegables de esta gran obra de restauración.

Durante los siguientes años hubo otros trabajos menores, hasta que en 1951 y gracias a una fuerte donación de dinero de la presidencia, se volvieron a hacer restauraciones. En esa oportunidad se terminó el Tzompantli y se restauró el Altar de las Aguilas. Ambos trabajos fueron realizados por el INAH con la intervención de Jorge Acosta y Manuel Cirerol Sansores.[487] En el Tzompantli, que había sido excavado por este último en 1949, se procedió a una reconstrucción parcial pero dejando las partes no existentes simplemente como un mero amontonamiento irregular de piedras, dando la apariencia de que era el núcleo de la construcción. Una cabeza de serpiente quedó suelta a un lado de la escalera que tampoco fue completada, dejándose sólo algunas piedras del último escalón. Si bien el trabajo quizás puede calificarse hoy en día de un poco exagerado, en realidad fue una excelente solución. La plataforma conocida como Altar de las Aguilas fue restaurada en forma similar dejándose como núcleo las partes faltantes, incluso en los tableros esculpidos. La solución también fue idónea, aunque en este caso sí se rehicieron algunas piedras para los escalones de la escaleras.

La restauración del Templo del Sol en Palenque (1934)

Ya hemos hablado de Miguel Angel Fernández y su restauración de Acanceh; poco después de ese trabajo se trasladó a las ruinas de Palenque, que permanecían intccadas desde la intervención de Frans Blom durante la década anterior. Este sería el primero de varios años de trabajo en la zona, que culminarían con su muerte en las mismas ruinas en 1945.

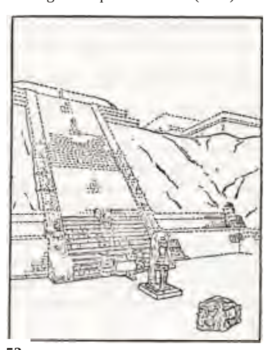
Su primera temporada de trabajo la dedicó a la retauración de la Pirámide del Sol[488] que Blom ya había intervenido aunque muy superficialmente. Fernández procedió a retirar el escombro seleccionando la piedra trabajada, y a realizar trabajos de restauración en diversas partes de la construcción. Primero se hizo la consolidación del techo, que fue prácticamente una reconstrucción de la parte superior realizada mediante el vaciamiento de la mampostería floja del relleno, la que fue reemplazada por piedra del río mezclada con cemento. Luego se alisó el techo dándole el declive original. La crestería fue sólo consolidada, teniendo cuidado con los restos de estuco que aún se conservaban. En el templo Fernández colocó dinteles de madera de chicozapote, tanto en la puerta de entrada como en la de la cámara interior; rellenó una excavación existente en el piso, consolidó los muros y bóvedas y bordeó con cemento los restos de estuco. La cornisa se volvió a



51.

51. En 1973 se procedió ala reconstrucción completa de toda la escalinata de la Escalera Jeroglífica colocando los escalones esculpidos y las estatuas en lugares arbitrarios (Archivo de la Carnegie Institution).

52. Perspectiva dibujada por Tatiana Proskouriakoff mostrando la ubicación de los escalones restaurados de la Escalera Jeroglífica, los de posible ubicación y la forma general que debió tener (ídem).



52.



53.

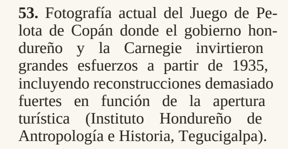
colocar en su sitio ya que muchas de las piedras se habían caído manteniendo su orden relativo. Los muros y relieves interiores fueron cuidadosamente lavados con agua pura para quitar el moho. El piso fue recubierto con una capa de tierra cernida, con el objeto de evitar pisar los pisos antiguos (¡buena precaución poco tenida en cuenta actualmente!). En el basamento procedió a excavar la escalera y una esquina de las tres terrazas que lo componen, descubriendo su forma original, aunque muy destruida. Procedió a reconstruir con piedras antiguas ese ángulo y la mitad de la escalera con su respectiva alfarda, lo que nos indica la forma original que debió tener, sin necesidad de falsificar haciendo una reconstrucción total.
Este trabajo, como todos los de Miguel Angel Fernández, fue mesurado y bien hecho, utilizando la reconstrucción sólo cuando lo consideraba imprescindible, y únicamente consolidando lo demás, marcando así el inicio de los muchos años de trabajo en ese lugar, aunque con el tiempo éstos fueron cambiando en cuanto a su forma de encarar la restauración. Fernández continuó en Palenque por muchos años pero su muerte repentina impidió que publicara sus trabajos, los que permanecieron casi desconocidos para el público en general, que en muchos casos atribuyó sus realizaciones a otros. Sus trabajos se centraron en El Palacio, donde excavó parte del basamento por el lado norte, y en el Templo de la Cruz Foliada donde restauró los muros y rehizo parte del techo para impedir filtraciones.

Las restauraciones en Copán (1935-1942)

Los trabajos que el Museo Peabody de Harvard había realizado en Honduras y que ya hemos revisado en páginas anteriores, habían sido importantes desde la perspectiva arqueológica para Honduras, pero tristes desde un punto de vista político. La polémica que giró a su alrededor hizo que durante los siguientes 35 años toda propuesta similar fuese tomada con reservas. Muchos grupos de investigadores extranjeros recorrieron el país, incluso haciendo buenas excavaciones, y muchos sitios fueron saqueados hasta quedar destruidos; pero Copán se mantuvo entera. En esos años se publicaron dos libros importantes acerca de ese sitio: el volumen de Herbert Spinden sobre arte maya,[489] el primero en su género, y los dos volúmenes de S ylvanus Morley sobre las inscripciones de Copán.[490] Fue sólo en 1934 cuando Morley consiguió que las autoridades aceptaran firmar un convenio con la Carnegie Institution de Washington, que ya tenía muchos años de realizar trabajos similares en Guatemala, Belice y México, básicamente debido a la gran destrucción que provocó en el sitio el terremoto de 1934. El convenio cubría excavaciones a lo largo de tres años, pero en realidad la colaboración se continuó durante mucho tiempo más. El museo de Copán, realizado en base a un plano de Aubrey Trik, fue inaugurado en 1940.

La primera temporada fue dirigida, al igual que las siguientes, por Gustav Stromsvik, y comenzó en enero de 1935. Los objetivos planteados por los investigadores para esta primera etapa eran claros: levantar y restaurar las estelas caídas, e impedir que el río continuara con la destrucción de la Acrópolis. Este último aspecto era sin duda prioritario, ya que de haber seguido ese estado de cosas, en poco tiempo nada habría quedado de ese monumental conjunto. Los trabajos comenzaron con una nueva limpieza de la vegetación, el cercado de todo el conjunto, la construcción de un campo de aviación, la reubicación de los altares, la excavación de las ofrendas inferiores de 18 estelas y la reubicación de ellas en sus sitios originales, dado el caso. Como trabajo de restauración solamente se intervino en la cámara funeraria del Patio Este, única construcción conocida que aún mantenía intacta su bóveda; en ella se hicieron reparaciones de menor cuantía. La gran obra de ese año fue iniciar los trabajos para la modificación del curso del río Copán. Desde la época de Maudslay las inundaciones habían destruido dos estructuras completas y una superficie de 100 m. de ancho por 35 m. de altura. Básicamente se plantearon, uno a continuación del otro, tres proyectos posibles: una gran muralla protectora, una cadena de troncos amarrados con cadenas, y el desvío completo del río. En esta temporada se vio el fracaso de los dos primeros proyectos, dejando como única alternativa el tercero, el más difícil y costoso.[a91]

La segunda temporada contó, además de Stromsvik, con la presencia de otros dos arqueólogos de primera línea: Edwin Shook y Aubrey Trik, quienes trabajaron desde diciembre de 1935 hasta mayo del año siguiente. Se realizaron esta vez trabajos más extensos: varios túneles en la Acrópolis y un plano detallado de la misma, la restauración del Templo 22 y el inicio de la desviación del río. Quisiéramos destacar estas dos facetas de los trabajos ya que son las más importantes. Los trabajos para impedir las inundaciones fueron llevados a cabo en gran medida por el gobierno hondureño, y sólo fueron supervisados por la Carnegie Institution. Para ello se necesitó traer —por primera vez— un camión hasta Copán, para trasladar las toneladas de piedra necesarias para una obra de tal magnitud. Este camión vivió una verdadera odisea, ya que, llevado en barco hasta Puerto Barrios, debió luego transitar brechas nunca antes recorridas por un vehículo de ese tipo. Los últimos 40 km. llevaron cinco días porque el camino se tuvo que abrir a machete. La represa para cortar el paso del agua y que ésta fluyera hacia el nuevo canal, llevó en su primera parte 7 toneladas de piedra y tierra provenientes de las excavaciones de la Escalera Jeroglífica realizadas por el Peabody Museum y de las obras del Templo 22 y del Patio Este. Esto permitió por fin modificar el cauce —aunque sólo duró un año— e impedir la creciente de ese año. En cuanto al Templo 22, se inició una excavación a cargo de Aubrey Trik. En esta temporada se hizo la limpieza de la plataforma inferior, la excavación del basamento del templo y se quitaron los escombros de la cámara anterior, rellena de nuevos escombros como consecuencia del terremoto de 1934. Había sido limpiada originalmente por Maudslay en el siglo pasado. La gran entrada interior totalmente esculpida, y que Maudslay viera casi intacta, se había venido abajo y prácticamente nada quedaba a la vista.



53. Fotografía actual del Juego de Pelota de Copán donde el gobierno hondureño y la Carnegie invirtieron grandes esfuerzos a partir de 1935, incluyendo reconstrucciones demasiado fuertes en función de la apertura turística (Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Tegucigalpa).

54. Vista general de la plaza central de Monte Albán en los finales del siglo XIX cuando aún los edificios estaban cubiertos por tierra y vegetación (colección DS).

55. Vista actual de la misma plaza incluyendo su limpieza y la restauración y reconstrucción de muchos de sus principales edificios, resultado de trabajos a cargo de Alfonso Caso entre 1931 y 1949 (V is tacolor, México).



54.



55.

La tercera temporada, que fue de diciembre de 1936 a mayo de 1937, significó un avance notable en cuanto a restauración y protección de las ruinas de Copán. Los trabajos básicos fueron la excavación e inicio de la restauración del Juego de Pelota, la reconstrucción parcial de la Escalera Jeroglífica, la restauración del Templo 22 y la finalización de las obras en el río, además de otros trabajos menores. Estos últimos consistieron en rehacer el dique del año anterior que había sido arrasado por la creciente, para hacer otro considerablemente más grande, que aún continúa en uso. De obras menores podemos recordar la restauración de diversos sectores de los patios Este y Oeste, tales como la Plataforma de Revistas y la Escalinata de los Jaguares, trabajos metódicos y sin reconstrucciones hipotéticas, ya que su estado de conservación era bueno. Sólo se completaron algunas piedras faltantes, se alinearon cornisas y algunos muros, como fue el caso del Mascarón de Venus, y se reacomodaron las gradas y escalones. A fines de ese año Morley estuvo un mes en Copán, donde junto con Stromsvik planeó la reconstrucción de la Escalera Jeroglífica, que no había sido tocada desde que la dejara el Peabody Museum. La justificación la planteó con claridad el propio Stromsvik varios años más tarde, cuando contó, en su homenaje a Morley, que:

"Yo había sugerido la restauración de la Escalera de Jeroglíficos de Copán, a pesar de no contar con los datos completos relativos a la sucesión de las inscripciones. Morley estaba en contra, basado en que la inscripción no podía establecerse correctamente, pero yo sostenía que era preferible restaurar la escalera, aún así. En efecto, conocíamos su altura, sabíamos los peldaños que había tenido y sabíamos con seguridad cómo y adónde iba aproximadamente una tercera parte de la inscripción. Morley conocía la Escalera de los Jeroglíficos de Copán mucho mejor que cualquier otro ser viviente, y yo argumentaba en el sentido de que si no la restaurábamos durante su vida, de modo que pudiéramos utilizar sus profundos conocimientos, lo más probable era que ya nunca más se hiciera. En todo caso, nunca podría hacerse tan bien como sería el caso con la ayuda de Morley. Además, dije que era preferible tener las piedras de la escalera arriba y fuera de la plaza por donde estaban esparcidas, sujetas a los reiterados fuegos de hierba y a los machetes de los equipos de limpieza".[492]

Lo importante de destacar es que, en realidad, sólo se tenían los escalones inferiores bien colocados, y los superiores que se habían desplazado juntos. Pero del resto sólo se podían hacer conjeturas sobre su ubicación, como por ejemplo que las fechas más antiguas iban abajo y las más nuevas arriba. Así fue como se recolocaron los 62 escalones completos, aclarando que si con el tiempo se descubría algún error iba a ser "fácil sacar cualquiera de ellos y ponerlo en otra posición".[493] Se procedió de la siguiente manera: primero se excavó en la parte superior de la pirámide donde se descubrió el piso del templo superior, lo que permitió determinar el número de escalones que habían existido; se procedió luego a colocar a una altura media el grupo de escalones que habían mantenido su correlación. Al año siguiente, y a lo largo de otros dos más, se fueron ubicando uno por uno cada glifo y cada escultura, hasta completar la obra. Las alfardas también fueron rehechas, aunque en forma incompleta. Sólo pudieron completarse durante el útlimo año de trabajos, al hallarse algunos fragmentos desconocidos hasta entonces.

No deseamos juzgar desde la perspectiva moderna este trabajo, pero creemos que podemos hacerlo desde la perspectiva de la propia década del 30. Esto será posible presentando un poco más adelante los trabajos que otro de los miembros de la Carnegie, Aubrey Trik, realizó en forma totalmente diferente en el Templo 22, contemporáneamente a estas intervenciones. De más está decir que en la Escalera Jeroglífica no quedó ninguna evidencia que señale el sector original del reconstruido.

Otro caso similar, cuyos trabajos se realizaron entre 1937 y 1942, fue el de la reconstrucción del Juego de Pelota. Este Juego había sido descubierto en 1936 y los trabajos en él duraron hasta 1940. El inicio de las obras, al igual que en otros casos, fue muy razonable: se exploraron las tres épocas constructivas y se decidió dejar la útlima a la vista y restaurada. Se procedió a recolocar piedras salidas de su lugar, volvieron a su sitio las cinco cabezas de guacamaya que se habían movido (la sexta había conservado su posición), y a reponer las lajas del piso de piedra que se habían movido de su sitio.[49a] Pero poco a poco se comenzaron a tomar medidas diferentes: se subieron primero los muros hasta la altura de la moldura que corre por encima de las puertas y se rehicieron dinteles de concreto, para más tarde comenzara reconstruir las propias bóvedas y el techo. Los muros interiores fueron desmontados para reforzarlos y que pudieran soportar el peso de las cubiertas, y se rehicieron gran cantidad de piedras para las bóvedas. No quedaron evidencias claras que separen lo nuevo de lo viejo, ni lo original de lo consolidado o recolocado.

Para terminar, es necesario ver otras intervenciones en Copán, que son interesantes de describir: las Estelas 5, 6, 7, 13, los Altares H, I y G y otros monumentos fueron reparados y vueltos a colocar en sus cimientos; en 1940 se reforzó el dique del río para impedir cualquier posible destrozo futuro —aún continúa en pie—, y se restauraron la Plataforma de Revistas, los grandes jaguares y el Mascarón de Venus, los que se recolocaron tras desmontarlos pieza por pieza. Entre los edificios restaurados caben destacar los Templos 11 y 20, en especial el primero, cuyos tableros jeroglíficos fueron vueltos a colocar ordenadamente a excepción de uno que fue trasladado al museo. Sobre este edificio crecía una enorme ceiba que los arqueólogos decidieron respetar y no cortar, dejándola encima de las ruinas ya restauradas. El Templo 20, casi totalmente destruido, fue descombrado y sus esculturas expuestas frente a sus restos.

De todos los trabajos de Copán realizados por la Carnegie, nos interesa destacar uno de ellos como ejemplo, el Templo

22, ya que en realidad nos es imposible detallar la restauración de todas las construcciones. Fue trabajado en su totalidad por Aubrey Trik en base a los trabajos anteriores de Alfred Maudslay, quien había limpiado la cámara anterior descubriendo su famosa portada con esculturas. Pero pese a ser una puerta única en el arte maya había quedado durante 50 años sin protección alguna, y el terremoto de 1934 la había desmantelado. Además, parte de los muros y de las bóvedas se habían derrumbado, cayendo —dada su altura— encima de los restos de la portada.[495] Los trabajos de Trik se iniciaron a fines de 1936 como un simple rescate de esa entrada decorada, pero al poco tiempo se decidió proceder a una completa restauración. Los trabajos realizados en la gran plataforma que sostiene la construcción, que es parte del Patio Este y que se encontraba en muy buen estado, fueron casi únicamente de limpieza, quedando los escalones tal como fueron encontrados.

Con el basamento, en donde la destrucción había sido mayor debido al derrumbe de los muros superiores, se tomaron medidas diferentes. Los muros fueron simplemente limpiados y reparados en algunos sectores en que las piedras del revestimiento se habían salido de su lugar; y las molduras superiores y las esquinas —los sectores más dañados— no fueron reconstruidas pese a que tenían todas las evidencias necesarias sobre su forma original. Con justa lógica, se pensó que no era necesario rehacer muros para únicamente mejorar la imagen de la construcción. Respecto al templo, la problemática planteada por los derrumbes era totalmente distinta. Tras la excavación, tanto de lo que nunca había sido tocado como de lo que había quedado cubierto por el terremoto reciente y de lo que previamente se había excavado en 1885, se encontró que el deterioro había sido diferente en cada una de las cámaras. De la fachada principal sólo restaban algunos fragmentos, lo mismo que de los mascarones en los ángulos exteriores. De las esculturas de la puerta interior se encontraron todos los fragmentos que la componían, incluso los que Maudslay había dejado dentro del templo 50 años antes. Nada quedaba de las cornisas superiores, de la decoración del techo ni de las bóvedas.

Con los muros se tomaron medidas diferentes, según el caso: respecto a la fachada principal, se encontraron evidencias de que formaba una gran fachada zoomorfa. Pese a eso y a haber encontrado en el escombro varios fragmentos, puesto que estaba destruida, no se procedió a rehacerla; se restauró lo que quedaba en pie y sólo se la reconstruyó en el papel. En cuanto a los muros, varios sectores fueron desmontados, previa numeración y fotografía de las piedras, y vueltos a armar, pero sin levantar la altura más allá de lo existente. La posición de Trik al respecto era clara: "La reconstrucción actual se limitó, y fue sólo realizada, cuando se tuvo como base evidencias definitivas; en ningún momento se reemplazaron partes con bases hipotéticas".[496]

Los muros fueron rematados mediante una mezcla de cemento con piedras chicas con el objeto de proteger el núcleo interior de las lluvias, además de mostrar que no acababan allí. En ciertos casos se utilizaron grapas de acero para unir piedras quebradas. Los pisos fueron emparchados con mezcla, pero dejando clara la diferencia de color, textura y nivel con el original, sin tratar en ningún momento de imitar a los antiguos.

El trabajo más complejo fue el de la entrada interior, ya que ésta tenía una compleja escultura en relieve que la rodeaba por sus cuatro lados. Gracias a las fotografías de Maudslay —quien la había visto entera— se la rehizo en forma exacta. La justificación radicaba en su importancia y en el hecho de su reciente destrucción (ocurrida sólo tres años antes). Es útil compararlas fotos más antiguas con el estado actual y ver cómo Trik volvió a colocar en su preciso lugar cada una de las piedras, incluso las quebradas. El dintel de esta puerta que servía para sostener los relieves superiores se repuso mediante vigas de madera de gran resistencia. Destacamos esto ya que es común en la arqueología maya reemplazar los dinteles por vigas de concreto, por lo general burdamente disfrazadas de viejo, mediante la aplicación de una capa de tierra sobre su superficie.

Resumiendo, es evidente que el trabajo de la restauración del Templo 22 de Copán hecho por Trik es un ejemplo importante de tomar en cuenta dado el minucioso respeto al monumento y la aplicación de técnicas correctas, lo que lo transforma en uno de los casos más destacables de la década del 30 para toda América Latina.

Monte Albán y los grandes trabajos de restauración (1931-1949)

Ya hemos comentado que desde 1925 se estaba haciendo sentir en la arqueología mexicana la influencia de un joven arqueólogo, hijo de uno de los más importantes pensadores y políticos de la época: Alfonso Caso. Su trayectoria es notable, ya que a partir de 1928 ocupó todos los puestos posibles dentro del ámbito académico universitario, además de haber sido el fundador del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional Indigenista, la Sociedad Mexicana de Antropología y la Escuela Nacional de Antropología. Todo esto sin contar los distintos cargos que fue desempeñando en el INAH, del cual fue director. Gracias a su posición ventajosa dentro del ambiente político de la época, sus relaciones sociales y sus vastas posibilidades económicas, junto a una inteligencia pocas veces vista, fue quien marcó los senderos de la arqueología durante casi medio siglo; también reemplazó a Gamio en su posición en el campo de la investigación histórica y antropológica del país.

La primera gran obra de Caso fue la creación de la **Revista Mexicana de Estudios Históricos**, desde la cual inició las gestiones para obtener un permiso para realizar excavaciones en Monte Albán. Este sitio reunía varias características importantes: desde Batres no había sido tocado, era monumental, su arquitectura parecía estar en buen estado de conservación y Caso ya había publicado en 1928 un trabajo sobre el sistema de escritura de los antiguos zapotecas. El permiso le fue otorgado, y en 1931 se inició la primera de 18 temporadas consecutivas.

En estos trabajos se entrenaron varios de los arqueólogos que marcarían con su obra el futuro de la restauración en México: Jorge Acosta, Hugo Moedano, Ponciano Salazar, Carlos Margain e Ignacio Bernal, entre otros. En Monte Albán se definió la futura política de la restauración, sus técnicas y principios, y es allí donde es más fácil observar el notable cambio que se produjo al pasar de la restauración, tal como la concibió Gamio o Reygadas Vértiz, a la reconstrucción total como norma. Es el lugar en que mejor podemos observar cómo los principios imperantes fueron transformándose rápidamente, hasta llegar a establecer una nueva forma de entender y de hacer arqueología.

Las exploraciones se iniciaron en 1931 con la ayuda de Jorge Acosta y Agustín García Vega, y los trabajos se centraron en la Plataforma Norte, donde se comenzó a excavar el Patio Hundido y la gran escalinata de la plataforma. También se comenzó a explorar el Juego de Pelota y el Montículo B, trabajos que se continuaron en la segunda temporada. Desde el principio se vio la necesidad de proceder a la restauración de los muros y escaleras que se iban descubriendo, en especial de la gran escalinata que bajaba de la plataforma a la plaza. El problema más grave era la superposición de épocas constructivas y el hecho de que por lo general, las inferiores siempre estaban en mejor estado que las superiores. Para ello se optó en un principio por consolidar la época mejor conservada, dejando sólo muestras de las épocas más superficiales.[497] Pero a medida que fueron pasando los años la tendencia se fue haciendo cada vez más liberal, en especial en lo que tiene que ver con la posibilidad de vólver a levantar muros ya destruidos y rehacer piedras para escalones ya desaparecidos o sectores de los edificios. Todo esto estaba basado en la postura de Alfonso Caso por la cual los **datos** descubiertos eran algo así como hechos indiscutibles, con una sola posibilidad interpretativa, y que si los **datos** mostraban que un muro **debía** haber tenido una cierta altura, era lícito rehacerlo, aunque siempre dejando diferenciado lo que era nuevo de lo que era original. El tiempo mostró que las posibilidades de interpretación de un mismo fenómeno son no sólo múltiples, sino por lo general más numerosas de lo que podemos suponer. Para citar un ejemplo burdo: si se encuentra el arranque de un muro y a un lado de él hay una plataforma o restos de ella que indican la posible altura que dicha pared tuvo, podemos levantar esa pared hasta el nivel establecido y continuar el piso de la plataforma hasta unirlo ala pared vertical. Esto fue tomado como indiscutible, sólo por el hecho de que era **muy probable** que así hubiese sido.

A pesar de esto, aún hasta finales de 1940 la forma de restaurar era bastante sobria, y Caso continuamente decía en sus informes que se reconstruía únicamente hasta donde las evidencias lo justificaban.[4]98 Así se hicieron los primeros trabajos de restauración en el Patio Hundido, en el Montículo B, en el aliar del mismo patio y en otros sectores secundarios. De igual forma se inició el trabajo en los montículos centrales, en los Danzantes y en el Montículo X. Para ello se contaba a fines de 1935 con la ayuda de 10 arqueólogos, como Daniel Rubín de la Borbolla, Agustín Villagra, Agustín García Vega, Martín Bazán, Jorge Acosta y Juan Valenzuela entre otros.

De la quinta temporada hay que reseñar los trabajos en el edificio de los Danzantes, ya que sintetizan la forma de restaurar impuesta por esos años. Tras explorarlo detenidamente y desescombrarlo, se encontró una tumba en su parte superior. Se procedió a consolidar los muros, a reponer piedras caídas y a dejar abierta la tumba por el lado de arriba. Para ello fue necesario cubrir la capa superior de tierra con una masa de piedra y cemento irregular que mostrara que no era parte de la misma tumba, que era nueva, y que en realidad representaba la tierra que antes cubría la tumba. Pero en otra tumba menor, se procedió a reconstruirla completamente incluyendo la bóveda, si bien se la rejoneó para indicar que estaba rehecha.

En los edificios superiores se optó por técnicas parecidas: al Templo Sur se le reconstruyeron los muros hasta una altura de 80 cm., pero en el Templo Norte se actuó en forma diferente: "tomado como modelo el Templo Sur, se hizo la reconstrucción de su compañero del norte."[a99] Es decir que lo que vemos hoy no es en realidad una reconstrucción de lo descubierto, sino una reconstrucción totalmente hipotética, carente de evidencias de cualquier índole. Sólo porque dos edificios sean simétricos, no es correcto reconstruir uno copiando a otro. Pero este sólo fue el primer paso, ya que el descubrimiento de una época más antigua de esa estructura, que tenía un tablero, justificó que se pusiera también un tablero en la fachada. Según Caso "el descubrimiento de este tablero, permitió reconstruir la fachada exterior del Templo Central y la del aposento poniente de este mismo templo;"[500] o sea que también se utilizó para el Templo Central. Además, en este edificio todos los muros fueron levantados hasta la altura arbitraria de 1,50 m.[500] Como vemos, los **datos** de un edificio sirvieron para otro. El otro caso importante fue el del Juego de Pelota, que por haber estado semi-hundido se había conservado bastante bien. Se procedió a levantar los muros, a reconstruir los taludes en forma de escalerillas para sostener su recubrimiento de estuco, y a intervenir también los templos exteriores. En todos los casos la altura de los muros fue determinada por los pisos exteriores y no por evidencias de la propia pared.

56. Fotografía de la excavación del Grupo IV de Monte Albán, donde se observa el inicio de la colocación de las piedras de revestimiento en la base y el estado en el que se encontraba (archivo Jorge Acosta).

57. El conjunto monumental del Grupo IV que muestra la magnitud de los trabajos realizados; atrás; ya terminada, la reconstrucción masiva; adelante, los peones aún excavan para encontrar el piso exterior (National Geografic Society, Washington).



56.

57.

En el informe de la cuarta temporada Caso incluyó un pequeño muestreo de las técnicas utilizadas para la restauración. Según nos cuenta se empleaban siempre tres sistemas: un sistema general que consistía en rellenar las juntas de las piedras in-situ con cemento, pero remetiéndolo un par de centímetros, técnica conocida como **entallado,** y otro método, el rejoneado ya conocido, utilizado para mostrar que todo el muro era reconstruido. En ambos casos se pintaba cl cemento con tierra para cambiar su color y aparentar antigüedad. Para los rellenos a la vista o zonas y muros de los que se desconocía su forma o altura, se usaba el llamado **núcleo,** que consistía en piedras sueltas irregulares colocadas libremente con las juntas rejoneadas. En las paredes o sectores de muro en que el aparejo era regular, se colocaba para completar otro irregular, de tipo poligonal, salvo en los casos de escaleras, cornisas u otros, en que se reproducía la piedra original pero rejoneada. La única excepción a esto fue la serie de discos de piedra que se hallaron a un lado del Juego de Pelota, en que "como sólo quedaban algunos de estos discos, tuvimos que poner otros para completar la cornisa y para distinguirlos de los antiguos los hicimos de cemento".[502] Este es un buen ejemplo de cómo las buenas intenciones no siempre tenían cabida.

Para la temporada siguiente y de allí en adelante, la tendencia reconstructora fue cada vez más notable, sobre todo debido a que la mayor parte de los trabajos quedaban habitualmente en manos de Jorge Acosta en lo que a restauración concernía, limitándose Caso a la exploración. Durante 1937 los trabajos se centraron en el Patio Hundido, en el Montículo B, en el Juego de Pelota, en el Montículo J —cuya exploración mostró el estado grave de destrucción en que se encontraba—, el Montículo I —del cual se reconstruyeron las alfardas y la primera plataforma del basamento—, y se excavó y consolidó la Plataforma Sur. En los Danzantes se completó la reconstrucción del Templo Sur, del basamento, se techaron con concreto los túneles y se colocó una estructura del mismo material bajo la escalera del segundo tramo. Asimismo, se hizo la restauración de la galería inferior que contenía los relieves de los Danzantes. Los trabajos en esta temporada fueron una mezcla curiosa de consolidación y reconstrucción, cuyo ejemplo menor es el Montículo J. Allí, "en la unión de la parte del templo que tiene forma en punta de flecha, con la parte delantera del mismo al poniente, se encontraron dos piedras salientes como formando cornisa, por lo que al hacer la reconstrucción del muro, seguimos este detalle arquitectónico hasta encontrar el muro de la alfarda poniente" [503] Se inició también la recolocación de los grandes monolitos del segundo cuerpo y se reconstruyeron los tres escalones de piedra que unen ambas plataformas.

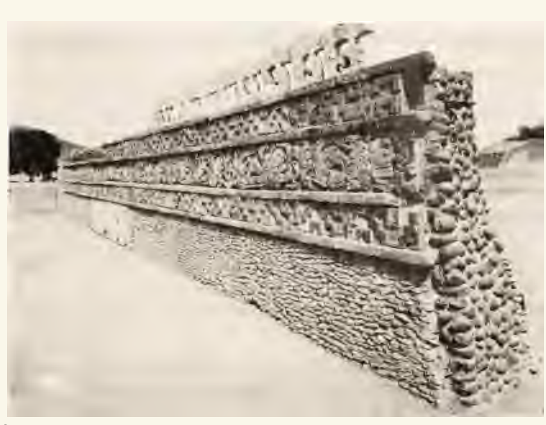
Con los años los trabajos se fueron haciendo cada vez más intensos, y para fines de la década estaban completos o parcialmente reconstruidos los Montículos M, IV, J, el Grupo de los Danzantes, el Sistema del Vértice Geodésico y casi 150 tumbas. En el Montículo M se reconstruyó completa la escalera y los tableros que remataban las alfardas en la parte superior y se hicieron algunas obras interesantes como la de la Tumba 104, en cuya fachada se dejó el incensario que la coronaba, y la de la Tumba 105, cuyo dintel de 5 ton. logró ser vuelto a su sitio original. Pero se dieron situaciones complejas, como en el caso del Montículo IV, que fue explorado únicamente "con el objeto de investigar detalles para la reconstrucción del M (...) pues ambos son muy parecidos"[504] Es decir que se seguía pensando que las analogías eran pruebas, datos fidedignos en los que confiar para la restauración. Fue así como se cometió un error serio al reconstruirle al Montículo M cuatro tableros que en realidad no habían existido. Hacia 1970 el propio Acosta tuvo que quitarlos y modificar las alfardas de la escalera frontal, ante serias críticas que demostraron que faltaban pruebas para proceder a colocarlos. Mientras tanto, los arqueólogos encargados de los trabajos, cada vez más bajo la dirección directa de Jorge Acosta, habían ya comenzado a trabajar en otros sitios de México, difundiendo estas técnicas y estas ideas acerca de lo que era la restauración, considerando indiscutible la concepción de la analogía como verdad.

Para no hacer demasiado extensa esta historia, vemos que para mediados de la década del 40 los trabajos se habían transformado notablemente. En la Plataforma Norte existían, desde su excavación en la primera temporada, las evidencias de unas columnas de adobe de gran tamaño, de más de 2 m. de diámetro, y los machones de unos pilares más grandes aún. Desde su descubrimiento y dada su completa destrucción, habían quedado sin intervenir. En 1944 Acosta decidió restaurarlas, y procedió a reconstruirlas en piedra irregular hasta los 2 m. de altura, dejando la parte superior como si continuaran hacia arriba. En realidad, no sólo es criticable el hecho de haberlas hecho de piedra, cuando se sabía que eran de adobe, sino también el haber tomado como una verdad indiscutible que hayan sido columnas. Podían haber sido altares, plataformas bajas o cualquier otra cosa. Otro caso similar fue el del Montículo II, cuyo lado norte se hizo a similitud del lado sur, ya que al primero se lo encontró totalmente destruido.

En la Plataforma Este o Palacio la situación fue más o menos similar, ya que se reconstruyó el pórtico del frente, colocando el dintel de piedra a una altura de 2 m. Pero "la altura total de las jambas fue tomada de la entrada al sistema de la Tumba 5" .[505] En el Montículo 0, restaurado en 1946, la reconstrucción se hizo con losas de concreto en lugar de piedras, y los datos para hacer los tableros fueron totalmente insuficientes, tal como las fotos de la época señalan. Además, el muro norte del complejo fue hecho, según las palabras del propio Acosta, "hasta una altura arbitraria de 1,50 metros".[506] aunque se remató el muro con una superficie plana de lajas, como si realmente allí hubiera terminado en la antigüedad. En el Montículo X, que fue explorado durante los primeros años de trabajos, se procedió a retirar completamente la época

58. Uno de los ejemplos de reconstrucción exagerada: el Coatepantli de Tula hecho en hormigón armado y revestido con placas originales y reproducciones (archivo Jorge Acosta).

59. Vista aérea de las restauraciones hechas en Tula tal como estaban en 1957: ya completados el Juego de Pelota, el Museo de sitio, la pirámide principal con los Atlantes al pie, y el Palacio con columnas solo en el patio central (Compañía Mexicana de Aerofoto).



58.



59.

superior para liberar la anterior, pese a que la de arriba se hallaba en buen estado y ya se conocía lo que encerraba debajo. En 1948 se rehicieron los ángulos curvos de la Plataforma Norte, que habían quedado desde hacía 14 años sin tocar, pero no sólo se hizo la primera plataforma con su cornisa, sino que también se reconstruyó la segunda, de la cual no había evidencias claras. Para rellenar esta reconstrucción fueron necesarios tres meses de trabajo y 30 hombres a tiempo completo, en razón de los cientos de toneladas de tierra y piedra que se usaron."'

Quisiera destacar como un trabajo notable el de la reconstrucción de la escalera de la Plataforma Sur, que constituye un caso único en Monte Albán: los grandes escalones de piedra, algunos de casi media tonelada, se habían deslizado pero se habían mantenido casi intactos, por lo que su restauración fue compleja pero resultó un verdadero acierto. En cambio el Montículo K, en cuyo interior se había hecho una estructura de concreto para permitir la visita al templo, vivió una verdadera odisea al serle reconstruida la escalera del segundo talud exterior, que debió colocarse sobre la losa de concreto.

La última temporada de trabajo, cumplida en 1949 todavía bajo la dirección de Acosta, permite hoy en día ver las contradicciones que se manejaban y cómo se salía al paso de ellas. Desde su llegada al sitio, Acosta dijo[508] que el estado de conservación de los edificios intervenidos era pésimo, y que muchos de ellos amenazaban nuevamente con la ruina total. A tal punto esto era así que fue necesario volver a consolidar lo reconstruido en todo el frente este de la plaza —más de 300 m. de edificación—, colocarle grandes soportes de concreto a las dos plataformas reconstruidas en los ángulos de la Plataforma Norte —habían sido hechos sólo un año antes—, y recomendar que se rehiciera completa la escalera del Montículo H, ya que "es prudente hacer ver (...) que muchas de las estructuras reconstruidas y consolidadas hace unos cinco o diez años están en condiciones pésimas"[509] Pero todo esto no fue óbice para que no se siguieran haciendo las cosas de la misma manera que hasta entonces. En esa temporada se completó el Montículo K, en el cual "debido a que se reconstruyeron las alfardas de la segunda época, hubo necesidad de reformar la escalera, que había sido restaurada en la XII temporada (...) como esta escalinata era más alta daba un aspecto no grato por lo que se convino en quitarla en parte, dejando sólo los únicos cuatro escalones inferiores que eran auténticos".[510] En el templo superior, se procedió también en base a cuestiones estéticas más que arqueológicas, porque "nos limitamos a levantar las columnas a 1,30 metros, con lo que se consiguió dar mayor vista a la fachada." [511]

Creo que el caso de Monte Albán no necesita mayores detalles, ya que muestra cómo las ideas de Manuel Gamio y de José Reygadas Vértiz fueron cambiando hacia una nueva forma de restaurar, utilizando analogías, cuestiones de estética o belleza y otros principios nuevos que permitieron tanto en este sitio como en otros que más adelante veremos, desarrollar una nueva corriente de la restauración netamente reconstructora, y cuyos logros, si bien fueron monumentales en cuanto a trabajo, esfuerzo e inversión, son totalmente discutibles como documento histórico.

Tulum: una intervención contradictoria (1937-1938)

Hemos ya hablado de los trabajos de Miguel Angel Fernández en Chichén Itzá, tarea llevada a cabo con detalle y con mucho cuidado, aunque tendiente a la reconstrucción. Con los años, a Fernández le tocó trabajar en un sitio hasta entonces apartado y olvidado: las ruinas de Tulum. Estas habían quedado marginadas durante el porfiriato debido a la Guerra de Castas, y sólo habían sido estudiadas superficialmente por la Carnegie en la década del 20.[512] Se decidió que se realizarían dos temporadas de restauración entre 1937 y 1938 con la intención de limpiar la zona y proteger dentro de lo posible las construcciones principales, muchas de las cuales tenían no sólo grandes figuras de estuco sino también pinturas murales. Recordemos que aún era difícil el acceso, y no había posibilidades de aprovisionamiento ni de obtener agua dulce en el sitio.[513]

La obra realizada fue importante: se despejó la zona completamente, y se hicieron trabajos de restauración en varios edificios, además de desescombrar varios otros. Podemos describir tres de estas intervenciones que corresponden a los edificios más importantes: el Castillo, el Templo de los Frescos y el Edificio 9. En el Castillo se procedió a consolidar los muros y columnas, a rehacer el techo en su totalidad, reconstruir la banqueta que rodea el edificio y consolidar pinturas, estucos y ornamentos. En la subestructura lo que se hizo fue vaciarla por completo de escombro y consolidar muros y pisos. La escalera frontal fue consolidada, mientras que las dos alfardas —que en 1922 aún se mantenían en pie—fueron vueltas a construir desde su arranque, ya que se habían caído (cabe aclarar que se dejaron en ellas evidencias de lo original y de lo que se rehizo). La reconstrucción del techo fue quizás lo más discutible, y se procedió de la siguiente manera: "después de colocar una capa de mezcla de piedra chica de 10 cm. de espesor, se colocó otra capa de 3 cm. de espesor con concreto, y por último se revocó con cemento bruñido dándole al techo el declive original".[514] Tal parece que del techo lo único original que se conservó es el declive.

En el edificio 9 se trabajó en forma similar, procediéndose a una reconstrucción de todo el basamento y gran parte de los muros y esquinas del templo superior. La cornisa fue rehecha gracias a que todas la piedras que la formaron estaban entre el escombro. El techo también fue rehecho. En el interior, de donde Thomas Gann extrajo la Estela 1 para llevarla

a Londres, se restauraron las pinturas. Pero en otros edificios sólo se realizaron consolidaciones, como en el Templo de los Frescos, aunque sí había posibilidad de reconstruir ciertos sectores caídos, en especial a la altura de la cornisa y del techo de la estructura inferior. Los mascarones y estucos fueron limpiados y consolidados y únicamente se reconstruyó el relieve de una esquina que mostraba un rostro gigantesco. Este trabajo fue un cambio notable en la obra de Fernández, y muestra cómo habían cambiado los tiempos desde su intervención en Chichén Itzá hasta esa fecha. El impulso dado a la reconstrucción por Alfonso Caso y sus colegas había influido en todo el personal del INAH, modificando así el decurso de la restauración en México.

Los trabajos en Malinalco (1936-1939)

Dentro del gran impulso que se le dio a la restauración en el Estado de México en estos años, se destacan los trabajos realizados en Malinalco. José García Payón, quien estaba a cargo del Museo del Estado desde que había iniciado sus exploraciones en Calixtlahuaca, inició cuatro temporadas con el objeto de estudiar más detenidamente este grupo de ruinas, conocido desde tiempo atrás, que había sido parcialmente liberado por Enrique Juan Palacios en 1925.[515]

Los trabajos de estas temporadas fueron básicamente de arqueología y conservación, haciéndose lo mínimo en cuanto a restauración . Se procedió a desmontar todo el sitio, a excavar y liberar del escombro el templo monolítico circular, dejando a la vista esa excepcional construcción tallada en la roca sólida de la montaña. Es importante destacar un aspecto, hasta ahora poco considerado, que es el hecho de que García Payón encontró, por sobre el muro de roca, restos de mampostería cuya cara interior estaba recubierta de tezontle rojo, lo que hacía que la altura de este templo fuera considerablemente mayor de la que hoy tiene. Lamentablemente no publicó con claridad este dato ni realizó dibujos dando la altura original de ese muro, por lo que, cuando años más tarde se procedió a retechar el edificio, se le colocó el techo mucho más abajo de lo que en realidad correspondía.[516]

En el resto del sitio se limpiaron los edificios, se consolidaron algunas secciones muy deterioradas, en especial de los edificios III y IV, y se recolocaron piedras caídas. En otros edificios se hicieron consolidaciones de urgencia en muros que amenazaban caerse, e incluso se hizo lo posible por proteger una pintura mural descubierta, aunque sin éxito a la larga debido a la falta de técnicas adecuadas en esa época. Hasta las intervenciones posteriores, fue un sitio excavado y restaurado con toda sobriedad y cuidado.

Las restauraciones de Yucuñudahui (1937-1938)

Dentro de las temporadas de exploración y restauración en Monte Albán, se realizaron varios recorridos por regiones del Valle y de la Mixteca con el objeto de ampliar los conocimientos de la región completa. Entre ellos se destacan los recorridos que desde 1933 habían permitido localizar un sitio pequeño llamado Yucuñudahui, en el cual había varios restos de edificios y tumbas. Durante la temporada número cinco, en 1936, se procedió a la exploración del sitio y luego Alfonso Caso restauró la Tumba 1, la más importante del lugar, durante 1937 y 1938.[517]

El primer edificio trabajado fue el Juego de Pelota, una construcción sumamente destruida de la cual sólo se conservaban dos hiladas de piedra, que fueron consolidadas y aumentadas en altura de tal forma de dejar evidencias consolidadas sobre su perímetro y forma. Lo mismo se realizó en el Templo de Tláloc, en el cual se consolidaron las esquinas noreste y sureste de los muros mejor conservados. Del edificio llamado Mogote Grande, sólo se levantó un muro para proteger los restos de estuco que cubrían las paredes interiores del edificio. Pero la obra de restauración más importante fue la de la Tumba 1, que conservaba todas las vigas de madera de encino que habían sostenido el techo; éstas, a pesar de haberse vencido, se conservaban intactas bajo el escombro. Este hallazgo era realmente único en el país y por lo tanto su conservación se hacía imprescindible. Por ello se optó por reconstruir la tumba y colocarle una losa de concreto cubriéndola completamente, para de ella colgar los morillos y la viga principal de tal forma que no tuvieran que soportar ningún esfuerzo. Esta fue la solución aceptada, y aún continúa en pie; además se consolidaron los muros interiores y se hizo un tragaluz a través de la losa superior.

La restauración fantasiosa: Cuicuilco en 1939

Cuicuilco, desde que Byron Cummings se retiró en 1925, no había vuelto a ser explorada. Si bien durante la década siguiente fue un sitio continuamente visitado y al cual se le diera importancia, poco se hizo por su conservación. Eduardo Noguera proyectó realizar una nueva serie de estudios en el sitio, en especial de tipo estratigráfico, con el objeto de estudiar mejor la cerámica conexa a la pirámide para relacionarla con los trabajos que en el Valle de México venía realizando George Vaillant. Para ello efectuó cuatro calas en el sector noroeste del basamento, lo que arrojó pocos tiestos, haciendo difícil un trabajo como el planeado[518] En base a esto, se cambió el objetivo del trabajo, decidiéndose explorar nuevamente los altares superiores. Antes de ello, Noguera creyó descubrir la estructura circular que se encuentra en el

lado sur de la pirámide, y que ya había sido excavada por Cummings[519] Realizó un pozo para explorar casi exactamente en el mismo sitio que había elegido Cummings, encontrando los mismos altares y secuencia. A partir de allí continuó la excavación alrededor de ellos hasta liberarlos completamente, para luego proceder a su consolidación. El altar superior que ya había sido limpiado y explorado antes, volvió a ser excavado, colocándosele una losa de concreto para sostenerlo, apoyada en vigas de acero que aún continúan en el sitio. Esto permitió dejar a la vista los cuatro altares superpuestos. Las juntas de sus piedras fueron cementadas, incluso las que ya habían cementado los anteriores exploradores. Lo difícil de entender es por qué se decidió completar el altar superior, que tenía forma de herradura, hasta dejarlo cilíndrico. No había ninguna posibilidad ni evidencia para hacer esa modificación en la forma del altar. Es difícil juzgar desde hoy una actitud de un arqueólogo competente como Noguera, pero la realidad es que se procedió sin consultar los trabajos de Cummings —y ni siquiera a él mismo-[520] y se realizó una obra que ya difícilmente pueda arreglarse. Para el resto de los siglos así quedará; distinto de lo que fue en la realidad.

Arqueología destructiva: La Venta (1939-1968)

La Venta es un asentamiento de dimensiones relativas, que se encontraba en la época de su descubrimiento (1939) en una isla entre pantanos de la selva de Tabasco. Hoy en día ya no existe ni la selva, ni los pantanos, ni la mayor parte del sitio. Pero esto es relativamente nuevo y sólo en parte ha tenido que ver con los derroteros de los trabajos arqueológicos. Desde sus comienzos, se entendió que La Venta estaba formada básicamente por construcciones complejas de tierra, hechas mediante pequeñas capas alternas de arenas y tierras de colores, depositadas a lo largo de muchos siglos. Algunas estructuras hechas con piedras y tumbas y cerramientos de columnas de basalto, formaban todo lo construido con materiales duros. En realidad era difícil plantear una arqueología no destructiva tratándose de barro —aunque tampoco era imposible— y la importancia de los hallazgos llevó a justificar la realización de gigantescas calas de exploración que cortaron prácticamente todo el sitio en porciones, y que movilizaron miles de metros cúbicos de tierra en una operación pocas veces vista en México. Vale la pena ver los planos para observar la superficie de las áreas excavadas[521] en relación con el total del sitio. Todas estas exploraciones, excelentes desde ese punto de vista, permitieron que capa tras capa se fueran levantando los montículos y las pirámides, hasta que casi no quedó nada de ellos. Asimismo, al no dejar ninguna protección contra la lluvia inclemente de la zona, los montículos continuaron su deterioro. Hoy en día nada puede verse como no sea la gran pirámide, que está destruida a un grado que ya la hace irreconocible.

Por otra parte, la falta de control en el sitio obligó a trasladar las grandes esculturas y mosaicos a los museos o al Museo Parque de La Venta en la ciudad de Villahermosa, creado ex-profeso para tal fin. Esto transformó el sitio en un desierto que no presenta ningún interés al visitante. Posiblemente los gastos de traslado de los monumentos y la realización del museo de Villahermosa fueron considerablemente mayores que los pocos años de sueldo de un cuidador, que hubiera sido necesario tener hasta que el pueblo cercano hubiera crecido a lo que actualmente es. Hoy en día la carretera asfaltada pasa a un lado y una pista de aterrizaje cruza el sitio.

Las grandes obras de infraestructura de la industria petrolera de la región también afectaron el lugar: se desecaron los pantanos, se modificó la ecología y desapareció la selva. Crecieron los caseríos y las casas cubren ya parte del sitio. Este caso es un buen ejemplo de arqueología destructiva, en el que no se plantearon en ningún momento perspectivas conservacionistas. Cada columna de piedra descubierta fue inmediatamente trasladada para excavar bajo ella, destruyendo así incluso la construcción más fácil de restaurar y dejar a la vista, que era el recinto columnado. La cuestión que se plantea entonces es: ¿no hubiera sido correcto establecer alguna alternativa que permitiera hacer ambas cosas ala vez? ¿Acaso no había posibilidades de realizar el mismo museo al aire libre que se hizo a grandes costos en Villahermosa, en La Venta misma? Si bien éste ya es un caso del pasado, es un problema que se debería tener en cuenta: el de la arqueología y la restauración poniéndose límites interdisciplinarios. Mucho del patrimonio cultural podría salvarse, y ello sin demérito de la información arqueológica.

Xochicalco (1934-1960)

Ya hemos hablado sobre Xochicalco y los trabajos de restauración hechos por Leopoldo Batres a principios de siglo. En los años siguientes, el sitio vería realizarse nuevos trabajos arqueológicos, la delimitación de la zona protegida en 1929, algunos recorridos superficiales que hizo Alfonso Caso en ese mismo año, y la redacción de una monografía aún inédita— de Eduardo Noguera en 1922.[522] Sería en 1934 cuando comenzaron en la zona trabajos de exploración y restauración sistemáticos, que estuvieron a cargo de Noguera hasta 1960, con la realización de nueve temporadas oficiales y otras dos independientes.[523] Es factible decir hoy que la obra de Noguera, uno de los arqueólogos más destacados de México, estuvo indisolublemente unida a ese sitio arqueológico durante muy buena parte de su vida. La primera temporada contó con colaboradores como Wilfrido Du Solier y Jorge Medellín, entre otros, quienes aprovecharon el levantamiento topográfico realizado en 1922 para efectuar en la zona varias excavaciones estratigráficas para investigar la importancia de los diferentes grupos que componían esta ciudad. Asimismo, se inició la excavación de un grupo de tipo habitacional en la parte alta de la zona.



60.



61.



62.

60. El pórtico de pilares reconstruido: los revoques fueron hechos con roturas modernas para aparentar deterioros por antigüedad. La falsificación fue tan buena que fue restaurada en 1974 (foto DS).

61. La gran columnata de Tula al ser excavada: sólo quedaban marcas de los pilares en el piso en la excavación de 1941. Se ve con claridad que nada quedaba de la excalera de la pirámide (Archivo del INAH, México).

62. En 1958 no sólo se habían fabricado los pilares sino también la escalera y los taludes de la pirámide y se colocaron los Atlantes en la parte superior (ídem).

Algunos años más tarde, durante 1944 y 1945, se realizó la segunda temporada con la colaboración de un equipo formado por Noguera, Pedro Armillas, Lorenzo Gamio, Florencia Muller, Rafael Orellana y otros, como César Sáenz, quien años más tarde heredaría la posición de director del proyecto. Los trabajos se centraron en el Juego de Pelota, donde se comenzó la limpieza del edificio con la intención de poderlo restaurar. Desde ese momento hasta 1946 se realizaron cuatro temporadas más, en las cuales se continuó trabajando en la cancha citada y se excavaron y restauraron los edificios A, B y C. Los trabajos del Juego de Pelota fueron los más interesantes ya que consistieron en una mezcla un poco confusa de reconstrucción, consolidación y limpieza simple. Se puede observar en las fotografías que se procedió a rehacer los paramentos verticales de la cancha, a recolocar los anillos y a reconstruir los muros perimetrales exteriores, al igual que parte de los interiores. Otros sectores de muros fueron consolidados en lo que quedaba, y algunos sencillamente fueron limpiados y dejados tal como se encontraron. Eso nos da una visión confusa, por ejemplo, de los extremos de los taludes interiores. Fue un trabajo sobrio, mucho más modesto —en el buen sentido del término— que lo que se acostumbraba hacer en la época, salvo por algún detalle que podemos citara continuación, con el afán de entender la forma de intervenir los monumentos en este momento histórico.

Los anillos de los lados de la cancha se encontraron caídos y para recolocarlos se partió de las siguientes hipótesis: en primer lugar que iban empotrados en los muros, lo que no sólo es tradicional en todos los juegos conocidos, sino que quedaban las marcas del estuco en el propio anillo. En segundo lugar se pensó que debían estar en el centro exacto, lo que también es una constante, por lo que se procedió a ubicarlos en ese lugar, que no era el del hallazgo. En tercer término se pensó que su ubicación en altura debía ser con una de sus caras apoyada contra el talud. Esto último estaba basado en que el anillo era muy pesado y que no había restos de piedras o mampostería más fuerte en ningún lugar como para sostenerlo.[524] El muro sobre el cual fue empotrado el anillo colocado en 1944 —el otro recién se ubicó en 1951— fue totalmente reconstruido, ya que la altura fue obtenida por los restos que quedaban en el plano superior. No así los extremos que quedaron, siguiendo la norma impuesta por Reygadas en Teotihuacan, como indeterminados. Aún hoy es factible comprender que se trata de eso, es decir, un muro nuevo hecho con el afán de mostrar cómo era antiguamente.

Desde que se terminó la temporada en 1946 no se pudo emprender otra hasta 1951, con la excepción de dos trabajos realizados por alumnos de la Escuela Nacional de Antropología en 1949 y 1950. En las nuevas exploraciones de Noguera, concretadas durante cinco temporadas más, se terminó con el Juego de Pelota, se inició la reconstrucción del campamento, se instaló un ferrocarril de trocha angosta proveniente de Teotihuacan, se limpió el Subterráneo y se siguió trabajando en el Edificio B y en la Estructura A, donde se descubrieron tres estelas en relieve. Las restauraciones de ese edificio y las efectuadas durante 1960 por César Sáenz bajo la dirección de Noguera, las analizaremos más adelante, ya que se enmarcan dentro de los trabajos realizados por Sáenz con una óptica diferente.

Tula: cuando la imaginación no tuvo límites (1940-1958)

La corriente arqueológica imperante en México, caracterizada como ya lo hemos visto por una intención reconstructora, fue creciendo desde la época de Batres hasta nuestros días a través de un proceso lento y discontinuo. Si durante la década del 20 prácticamente se detuvo y en la década siguiente fue in-crescendo, llegó a su apogeo con los trabajos de restauración de Tula, que comenzaron en 1940 y que duraron casi 20 años. La reconstrucción de Tula fue llevada a cabo por Jorge Acosta, quien ya había realizado varios trabajos, algunos bajo la dirección de Caso en Monte Albán, con la colaboración de Hugo Moedano, José Luis Lorenzo, Alberto Ruz, Ponciano Salazar, Rafael Orellana y César Tejada, entre otros. Por suerte fue además de un arqueólogo que dedicó toda su vida al trabajo de campo, un prolífico escritor que publicó una gran cantidad de informes de sus temporadas de trabajo, y textos de índole general que nos ilustran sobre las restauraciones, sus éxitos y fracasos.[525] La importancia de Tula quedó determinada en la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología del año anterior, cuando se debatió el problema de los toltecas y su identifícación. Dado que las hipótesis más serias apoyaban que esta ciudad había sido la capital de los toltecas, se planteó la imperiosa necesidad de explorar el sitio. Con anterioridad, sólo Désiré Charnay y Antonio García Cubas lo habían hecho.

Los trabajos se iniciaron con la realización de un camino un poco mejor del que ya existía, y con la reconstrucción de una casa para instalar un campamento y luego a un cuidador. Con la ayuda de Hugo Moedano se iniciaron dos exploraciones: la del Juego de Pelota Chico y la de un par de pequeños montículos cercanos. El Juego de Pelota resultó prometedor, ya que mostró que si bien la destrucción había sido brutal, se conservaba aún la forma original. Quedaban en su lugar una o dos hiladas de piedras en el interior "en tanto que en algunos tramos ni eso ha quedado".[526] Por ejemplo, los taludes laterales, antiguamente estucados, terminaban en un muro bajo "ya completamente destruido y del cual no quedan más que el núcleo y las impresiones dejadas por la piedra sobre el estuco".[527] Las paredes que limitaban el Juego por sus extremos, cuya base tenía forma de talud habían desaparecido por completo, al grado que "no sabemos si seguían así hasta arriba, o si continuaban verticalmente".[528] Algunos años más tarde, durante la tercera temporada, la excavación fue completada por Alberto Ruz,[529] quien destacó también el grado de destrucción existente. Pese a ello, al concluir se decidió proceder a una reconstrucción completa. Se rehicieron los muros verticales con piedras burdas amarradas con cemento —para indicar la falta de revestimiento—, se levantaron los muros perimetrales arriba del talud hasta una altura



63.



64.



65.

63 y **64.** Vistas de un tablero de Monte Albán al ser consolidado tras la excavación y luego de que se lo reconstruyó sin bases ni datos que lo permitieran: la arqueología pasó de la ciencia a la escenografía (archivo Jorge Acosta).

65. El gran conjunto de Los Danzantes. En este caso la exposición de núcleos ala vista obligó a soluciones buenas, de simple consolidación, aunque no por ello se dejó de reconstruir el frente y los paramentos (Vistacolor, México).

hipotética determinada por la plataforma superior, y se rehizo también el exterior del Juego en varias partes. Pero, en contradicción con esta decisión, se dejaron consolidadas las trincheras realizadas a los lados del Juego para buscar los típicos anillos de piedra, que no se llegaron a descubrir. La reconstrucción de lo antiguo y la restauración de excavaciones modernas, crea una imagen confusa y difícil de entender.

Otro pequeño edificio de la Plaza Central fue también intervenido desde un primer momento: se trata del altar central, que había sido deteriorado por Charnay durante sus excavaciones, y que Acosta describió como en "casi completo estado de destrucción".[530] Las fotografías muestran que sólo había evidencias de la época constructiva más moderna, y un poco más de la más antigua. Se procedió pese a eso a reconstruir totalmente la época antigua, incluyendo sus taludes, tableros y escaleras. No ha quedado aclarado en ninguna parte de dónde se tomaron las evidencias para ello.

Pero el caso más importante lo constituye el Templo B, también conocido como de los Atlantes, y sus construcciones cercanas: el Palacio Quemado, la Gran Columnata y otros edificios menores. El Muro de Serpientes o Coatepantli es un muro de delimitación que se descubrió tras la pirámide del Templo B durante la segunda temporada. Fue excavada por Hugo Moedano, quien fue encontrando gran cantidad de lápidas de piedra talladas asociadas a la base de un muro totalmente destruido. Era evidente que éste se había caído llevando consigo un revestimiento de relieves, que se conservaron *in situ*. No hace falta aclarar que muchísimos faltaban, y que otros se habían destruido con la caída o con el paso de los siglos. Pero de todas formas era fácil intentar una anastilosis sobre un muro reconstruido, y eso fue lo que se hizo.531 Para ello se procedió a rehacer el muro con concreto armado, hasta una altura que puede ser discutible. Si bien estaban los relieves *in situ* —por lo menos parcialmente—, y ellos quizá daban la altura de la parte revestida, la parte inferior mostraba que había tenido un talud cuya altura no estaba clara; de allí hacia arriba irían los relieves. Así que se decidió realizar el talud hasta una altura definida sin evidencias, y recolocar los relieves. Donde éstos terminaban, al parecer existiría una serie de almenas, de las que se recobraron una pocas. Y si bien en los primeros dibujos Acosta las colocó aclarando que era "hipotético", luego se procedió a colocarlas precisamente donde terminaban los relieves superiores. Un año más tarde se revistió el talud con piedras talladas y se completaron los relieves faltantes mediante copias en cemento.

La obra de mayor envergadura fue la del propio Templo de los Atlantes. Iniciado su desescombro durante la primera temporada, se descubrió que era una pirámide de cuerpos escalonados construida en dos épocas diferentes: la exterior estaba totalmente destruida, y la interior en relativo grado de conservación. No había restos de la escalera ni del templo superior. Se procedió entonces a la "reconstrucción de todos los cuerpos, incluso el quinto y último, que estaba casi totalmente destruido",[532] aunque se consolidaron algunos sectores de la época exterior a nivel de la primera y segunda plataforma, en especial en el lado este, donde se encontraron varios tableros *in situ* debido a que fueron cubiertos, antiguamente, por una plataforma lateral a la pirámide principal.

Hasta ese momento las cosas iban bien: se había reconstruido la pirámide aunque sin escalera, y únicamente era criticable haber completado el último piso, pero nada más. Los cambios surgieron durante la tercera temporada cuando se decidió comenzar "a restaurar la escalera central, cuyo estado de conservación era pésimo",[533] lo que sugiere que en realidad poco y nada quedaba de ella. El propio Acosta dijo que para ello se utilizaron dos datos: el ancho, que fue deducido de los restos de alfardas que aún quedaban, y "la huella dejada por el primer escalón sobre el piso de estuco".[534] Es decir que sólo se tenía el ancho pero no el alto de los escalones. Pese a no existir ni siquiera uno de ellos, se procedió a construir 17 escalones nuevos. Tal como quedó escrito en el informe: "como se verá, estos elementos eran insuficientes para intentar una restauración apegada a las normas que actualmente existen en arqueología. Pero aunque no existe ningún escalón, sí se sabe que la pirámide tuvo una escalera (...) En vista de que cualquier solución que se diera era hipotética, se optó por construir una escalera convencional utilizando las medidas de los escalones del Edificio C, que es la estructura que más se asemeja al Edificio B".[535]

Esto sugiere que, tomada la resolución de reconstruir, se optó por la forma menos riesgosa. En ningún momento se planteó la posibilidad de dejar las cosas tal como estaban. Al rehacer la escalera, se descubrió que en las alfardas había restos que indicaban que habían existido unos pilares a la altura de los escalones 9° y 10°. Esto parecía similar al Templo de los Guerreros de Chichén Itzá, lo que acentuaba el parecido entre esas dos construcciones ya que la pintura y los tableros mostraban otras similitudes. Se procedió por lo tanto a dejar esos dos escalones en forma de piedras irregulares para indicar la posibilidad de que allí, como en Chichén Itzá, hubiera habido un soporte central de un supuesto techo. Una cosa llevaba a la otra. Pero para ese momento se había decidido que la escalera convencional se transformara en una escalera antigua, debido a que "la norma seguida para este trabajo, consistió en dar a la escalera un aspecto de antigüedad, lo que se logró construyendo algunos escalones con losas bien labradas y otros en forma de núcleo, para dar la impresión de deterioro del revestimiento. Con esto se evitó el fuerte contraste en el conjunto, logrando armonizar la escalera con los cuerpos de la pirámide".[536] Recordemos que los dichos cuerpos con los que se buscaba una armonía, también eran nuevos: ¡sólo tenían tres años de construidos!

Entonces, no sólo se hizo una escalera sin datos de cómo era y cuántos escalones tenía, sino que se le dio apariencia de antigua y además, de deteriorada. Y a partir de todo esto, en realidad no había razón para no reponer los atlantes sobre el templo. No había evidencias, pero Acosta señaló: "aunque no queda nada de la planta del templo, lo podemos deducir al estudiar la de los templos toltecas de Chichén Itzá".[537] Después de 16 años de reconstruido el edificio, se propuso algo que ya rayaba los límites de la fantasía: se colocarían los atlantes sobre la pirámide, es decir sobre un edificio correspondiente a una época diferente a la que los tuvo en realidad, desconociéndose su orden, su posición y su cantidad; uno de ellos ya había sido trasladado al Museo Nacional de Antropología, en donde aún permanece. Lo que en 1958 se proponía hacer era construir una plancha de concreto armado en la parte superior de la pirámide; luego "se dibujará sobre ella la planta del templo antes mencionado (Chichén Itzá), marcando los sitios donde iban los diferentes soportes: las dos columnas de la entrada, las cuatro colosales estatuas humanas que iban en la primera estancia (¿y por qué en la primera?) y de los cuatro esbeltos pilares ornamentados (...) que iban en la segunda".[538] Eso fue lo que se hizo, y a los 18 años de iniciadas las exploraciones, los atlantes coronaron el templo, que desde ese momento quedó para la posteridad como muestra de la inventiva de un hombre de nuestro siglo y no de lo que fueron los antiguos toltecas. Del atlante faltante se colocó una copia de cemento.

Por el momento no vale la pena detenerse demasiado en otros edificios, pero sí debemos citarlos: el Palacio Quemado, cuyos tres amplios salones mostraron huellas en el piso de columnas ya desaparecidas y de pilares en su interior, de los que nada quedaba. No sólo se retiró de su interior una construcción azteca —bastante bien conservada—, sino que se volvieron a hacer todas las columnas. No sólo se las hizo a nuevo sino que se les dio apariencia de antiguas, inclusive con roturas restauradas. Del edificio azteca se dijo que "por más buena voluntad que tuvimos para conservar aquella construcción azteca, no hubo más remedio que quitarla para dejar despejada la gran sala tolteca. Esto era indispensble ahora que tenemos la intención de restaurar todos los pilares cuyas huellas se ven en el piso" [539] Es decir que lo antiguo molestaba a lo moderno. Se consideraba apropiado destruir una construcción azteca para dejar paso a columnas falsificadas del siglo XX. Y eso se hizo con todos los pilares —varios cientos de ellos— del Gran Vestíbulo y de la Columnata que están al frente de aquellos edificios.

Hubieron varias otras intervenciones: el Edificio C, del cual se tomó el modelo de la escalera del Templo de los Atlantes, se desescombró parcialmente y se le reconstruyó el frente; los muros de adobe fueron consolidados y cubiertos con cemento sucio con tierra en varias partes, y así en general se trabajó por toda la parte central de la zona arqueológica. Aparentemente en ningún momento se pensó que lo que se estaba haciendo iba en contra de cualquier procedimiento científico; que las experiencias europeas y norteamericanas, salvo excepciones, planteaban caminos totalmente diferentes.

Los problemas que estas restauraciones traen no han sido aún bien comprendidos, y Tula es un buen ejemplo de ello, ya que la imagen del Templo de los Atlantes es hoy en día un símbolo de México, que aparece hasta en los libros de las escuelas; la hipótesis de las relaciones entre Tula y Chichén Itzá fue perpetuada como una verdad absoluta, y ya es común ver libros que para demostrar las similitudes entre ambas ciudades, usan las plantas de los dos templos, sin saber que efectivamente son semejantes pero porque se hizo una copiada de la otra. Los errores tienden a osificarse y a permanecer como verdades. Y un error trae a otro error, y la reconstrucción, en todo el mundo, produce el mismo tipo de inconvenientes. Para llevar la situación a un caso extremo, tenemos lo que sucedió en Estados Unidos con las ruinas de Wupatki, muy similar a lo ocurrido en Tula.[540]

La pirámide de El Corral en Tula (1950)

Durante el año 1949 se descubrió por casualidad un sitio arqueológico en la periferia de Tula. Este grupo de construcciones fue parcialmente destruido por una carretera, pero gracias a un aviso oportuno, se pudo modificar su trazado para perm itir la excavación y restauración del edificio principal. Los trabajos fueron hechos por Ponciano Salazar bajo la dirección de Jorge Acosta en 1950,[541] y tuvieron como objetivo reconstruir el templo semicircular, de enormes dimensiones, que no sólo se halló en muy buen estado sino que también era un tipo de construcción rara de encontrar. En realidad estaba compuesto por dos épocas constructivas diferentes, de las cuales la exterior estaba prácticamente destruida, mientras que la interior se había conservado en excelente estado hasta que fue parcialmente rota por los trabajadores de la carretera. La decisión fue tomada: se procedería a reconstruir completamente —salvo por uno de los lados— la estructura más antigua, dejándose la más nueva tal como se la había hallado. Y así se hizo: se procedió a consolidar los paramentos que se habían conservado, en particular los sectores con estuco superficial y a rehacer lo que ya no estaba. Se usó un tipo de piedra y un aparejo diferente del original, de tal forma que es relativamente fácil ver qué es nuevo y qué antiguo. Prácticamente todo el tablero superior fue hecho a nuevo pues nada quedaba de él, e incluso su altura fue tomada del tablero inferior ya que no se tenía el dato exacto.

Por el otro lado, es decir por el frente del templo, se procedió a una reconstrucción más delimitada, que llegó sólo hasta el límite superior del talud inferior. Un altar pequeño, antiguamente recubierto de losas esculpidas, fue reconstruido en

su totalidad aunque se remetieron las partes en las que faltan las piedras trabajadas en relieve. Las cornisas fueron rehechas y no se dejaron evidencias de ello. Vale la pena destacar que pocos años más tarde fueron robados los relieves del altar, el que quedó destruido en gran parte.

Los límites de la reconstrucción: los techos de Mitla (1939-1951)

Durante el gran período de la reconstrucción en México, se hicieron diversas experiencias que parece intentaban probar cuál era el límite de lo factible; algo así como tratar de ver hasta dónde un edificio podía ser rehecho. Una cosa era hacer una escalera a partir de un par de escalones, ya que si se tenía la altura y el ancho, lo demás era fácil. Otra cosa era tratar de reconstruir un techo que ya no existía, a partir de unas cuantas referencias escritas sobre su apariencia o sistema constructivo. Fue Alfonso Caso quien logró llegar justamente al límite de lo realizable, con su propuesta de 1939 para techar el Palacio de las Columnas de Mida, obra que fue parcialmente realizada en 1951. En 1929 se había planteado por primera vez la posibilidad de techar el Grupo de las Columnas, con el objeto de instalar allí un museo regional.[542] El planteo partió del alto grado de destrucción que presentaban los relieves y grecas, debido a la constante erosión por lluvia y viento. Para ello se hicieron las siguientes consideraciones:

"La protección ideal sería techar todo el edificio o colocarlo debajo de una estructura que impidiera el daño que le causa el estar ala intemperie. Pero la construcción de una estructura de tales proporciones, no sólo es impracticable por su costo sino que rompería con la belleza del sitio y le quitaría por completo su carácter. Queda, en mi concepto, como único recurso, techar todo el edificio, empleando materiales que significarían una reconstrucción del techo en la parte visible, pero protegiendo este techo visible con una sólida capa de concreto que sería absolutamente invisible."[543]

Es decir que sólo había dos alternativas: o una gigantesca construcción o un techo nuevo. Una solución intermedia, como podría ser una cubierta que mostrara que es realmente nueva, sin falsificar, y sin necesidad de que rompiera con la imagen del edificio era por ese entonces difícil de concebir. Y eso queda claro en un párrafo en el cual nos dice que "el problema para aceptar esta solución, me parece que es esencialmente arqueológico"; difícilmente podría tomarse como una cuestión teórica, puesto que eso podría llegara invalidar todo un sistema de pensamiento típico de la época. La conclusión llegaba un párrafo más adelante: "¿Tenemos datos suficientes para intentar una reconstrucción fiel del techo del edificio norte del Grupo de las Columnas? Por lo que sigue se verá que tenemos todos los datos para hacer esa construcción"[544] Esta tautología teórica es un ejemplo que podemos remarcar, ya que muestra la forma en que se buscaba justificar lo que ya estaba decidido. Si existían datos era factible reconstruir, y por lo tanto el problema se transformaba en una cuestión técnica. Lo que se hizo fue un exhaustivo análisis de la información bibliográfica y fotográfica existente, además de un estudio detallado en maquetas y planos,[545] que permitió desarrollar el proyecto completo en el papel. Se planteó que la iluminación debía ser por luz eléctrica y se cometió el error de dejar en el proyecto las vigas a la vista, cuando sabemos que lo más probable es que hayan ido cubiertas, al igual que el maderamen entre ellas. De todas formas no podemos probar esta afirmación, al igual que Caso no podría haber probado lo contrario. Un año más tarde, le fue encomendado a Agustín Villagra y a A. Nicolau hacer un informe acerca de la posibilidad de llevar a cabo la reposición.[546] En un corto informe aún inédito se plantearon algunas modificaciones a la idea original en dos aspectos: el primero, que era imprescindible colocar una losa de concreto en el techo, que se autosoportara, y debajo de ella las vigas de madera, para alivianarlas y evitar futuros problemas de filtraciones, roturas o deterioros. Asimismo que las vigas no podían haber estado a la vista en tiempos antiguos, ya que las evidencias que se tienen de otros sitios demuestran lo contrario. También se criticaba la luz eléctrica y se proponía reemplazarla por tragaluces. Al parecer el proyecto quedó suspendido y no se lo volvió a mencionar hasta 1951, cuando se decidió techar sólo el Salón de las Grecas en lugar de todo el Palacio. Se lo hizo siguiendo el proyecto de Caso, sin tragaluces y sin luz artificial, lo que si bien posiblemente reproduce la situación original, no deja ver nada del interior. El trabajo fue realizado por Agustín Villagra y Benjamín Pérez Eguiarte, quien actuó como ingeniero asesor.

La restauración de Castillo de Teayo (1948-1949)

El caso de la pirámide del Castillo de Teayo es poco com ún en México: se trataba de una construcción prácticamete intacta que se encontraba aún en 1948 en el centro de un poblado, como si el tiempo no hubiera transcurrido. Posiblemente por el grado de marginación de la población, o quizás por el significado que tenía para los pobladores, se salvó de la destrucción. La pirámide había sido estudiada con bastante detenimiento a principios de siglo por Eduard Seler ,[547] y también varios otros estudiosos escribieron sobre ella. Pero hace sólo 40 años se comenzó a pensar en su restauración; queremos destacar que fue una restauración hecha con cuidado, sobriedad y sencillez.

Los trabajos fueron realizados en su mayor parte por Rafael Orellana Tapia; sus informes nunca llegaron a publicarse, aunque sí alguna bibliografía posterior sobre el sitio y sus esculturas.[548] La pirámide se consolidó, sobre todo en su base, y algunos sectores —como por ejemplo los ángulos— fueron vueltos a hacer, cosa que como sabemos era costumbre en la época. Se dejaron evidencias aunque no muy claras de lo nuevo y lo antiguo, pero lo importante es que las piedras

66. Pirámide de El Corral tras la reconstrucción: la solución se contrapone con el pequeño altar al pie que sólo fue consolidado (foto DS).

67. Un caso excelente de restauración: la pirámide de Teayo, obra de Rafael Orellana Tapia en 1948-49; se destaca el techo que protege el templo colocado sobre columnas exentas (Archivo del IIE, México).



66.



67.

movidas de su sitio —por ejemplo las de la escalera— no fueron enderezadas. El santuario superior, cuyos muros se conservaban hasta casi su altura original, estaba ya techado con una cubierta de madera y paja, soportada por columnas de madera puestas por fuera de las paredes originales, de tal manera que el peso no descansaba sobre los muros. Todo fue consolidado y mantenido sin cambios. Las esculturas que se hallaban dispersas por el pueblo fueron puestas alrededor del edificio y el conjunto se encerró en una alambrada con bancas y árboles. Sólo podemos hoy criticar la forma en que fueron sostenidas las antiguas esculturas, mediante bases y soportes de concreto que no sólo son exageradamente grandes sino que cubrieron parte de los relieves. Podemos resumir entonces que Teayo fue un excelente ejemplo de restauración en su época, signada por las grandes reconstrucciones monumentalistas, a las que se contrapone gracias a la sobriedad con que fue intervenido; un ejemplo digno de tenerse en cuenta. Se podría criticar en segundo lugar algunas obras menores realizadas después de Orellana, cuando se llegaron a enderezar escalones y sectores de alfardas; pero esto no fue importante ante el cuadro general del sitio.

12. El fin de la experiencia: la apoteosis de la reconstrucción

Tlatelolco, una experiencia de restauración y urbanismo (1944-1964)

Fue por primera vez durante el año 1944 cuando tres interesados en el mundo prehispánico comenzaron a recorrer metódicamente lo que, siglos antes, había sido la zona central de la antigua Tlatelolco. Robert Barlow, María Antonieta Espejo y Pablo Martínez del Río se dedicaron a estudiar la cerámica de la zona, en esa época un sector abandonado de la ciudad, y a realizar algunas estratigrafías para conocer con mayor exactitud la posición cronológica de ese pueblo dentro de la cultura azteca. Estos trabajos, al igual que la restauración de la iglesia y de las siguientes temporadas de campo hasta que el INAH se hizo cargo, fueron financiados con fondos personales de Martínez del Río[549] Entre 1944 y 1949 se realizaron diez temporadas de excavación, en las que perticiparon Rafael García Granados, Daniel Rubín de la Borbolla, Eduardo Contreras, Ponciano Salazar y Hugo Moedano. Se procedió a explorar el Templo Mayor que fue mostrando ocho épocas de construcción superpuestas, con la primera de ellas mejor conservadas que las demás. Como puede verse en las fotografías se fueron liberando cada una de las escaleras de las diferentes épocas constructivas, al igual que los edificios que la rodeaban por sus cuatro lados. Fue un trabajo de consolidación en su mayor parte, aunque hubieron algunas reconstrucciones menores. Se rejoneó todo lo reconstruido marcando con claridad la diferencia entre lo nuevo y lo antiguo."'

Los problemas comenzaron años más tarde, en 1960, cuando se propuso urbanizar toda la zona con el conjunto Nonoalco- Tlatelolco y la instalación allí de un conjunto habitacional. Este estudio urbano propuso respetar la zona arqueológica, que enfrentaba a la iglesia y su claustro colonial de Santa Cruz Tlatelolco, y proceder a ubicar todo el conjunto en una gran explanada que se habría de llamar Plaza de las Tres Culturas. El resultado es hoy complejo de entender: por una parte se salvó el conjunto, aunque no en su totalidad; se restauró, se realizó un sistema de circulaciones dirigidas para el público de excelentes resultados, y se dio un ejemplo de que los proyectos modernos podían realizarse teniendo en consideración los restos del pasado. De todo esto debemos destacar la circulación por medio de una rampa de concreto, que permite ver todo el conjunto sin tocar nada. Esto ha evitado deterioros, ha simplificado el mantenimiento y la vigilancia, y ha permitido dejar las instalaciones de luz y agua de las fuentes a la vista (de otra forma se hubieran empotrado en los muros), dando un ejemplo de lo que deberían ser las soluciones en los casos arqueológicos como éste. Si a Teotihuacan, a Tula y a tantos otros sitios se les hubiera hecho algo similar, ¡ cuánto se hubiera salvado del deterioro producido por los visitantes!

El problema surgió al reconstruir. El grupo de arqueólogos que trabajó a partir de 1960 no era ya el mismo, y si bien el primer grupo había procedido en forma totalmente empírica, no hubieron intenciones de darle mayor espectacularidad o de hacer que los edificios parecieran más altos de lo que en realidad eran. Pero ahora estaban en juego otros factores: las ruinas eran aprovechadas por empresas paraestatales que publicaban revistas en cuyas portadas aparecía el Templo Mayor rehecho hasta su templete superior. Se aprovechaba la urbanización, financiada por Estados Unidos, para dar la imagen de gran avanzada en urbanismo: viviendas, escuelas, edificios de gobierno, ruinas, iglesias, formaban una síntesis del desarrollismo de la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy. El resultado: el Templo Mayor fue reconstruido hasta una altura mayor de lo que mostraban las evidencias. De los dados, por ejemplo, y la superfície superior, si bien debieron existir, no había datos sobre su forma y altura. Puede observarse que los otros restos de escaleras llegan hasta una altura menor. En las fotografías de la reconstrucción puede apreciarse que se procedió a hacer un muro perimetral

y luego se rellenó con escombro en su interior, para alisar su superficie y darle la apariencia de piso original. En muchas otras construcciones también se completaron partes faltantes, ángulos destruidos y pisos. En varios sectores, la rampa de concreto, realizada antes de que se subieran las alturas de algunos muros, nos ha dejado las evidencias de lo original, ya que fue imposible reconstruir en esos sitios. En resumidas cuentas, Tlatelolco fue un caso de importancia en la historia de la restauración en México, ya que implicó diversos factores: iniciativa personal en un primer momento, luego una investigación oficial con gran cantidad de recursos, su utilización política, una reconstrucción que fue un poco más allá de lo debido y un buen caso de inserción de un sitio histórico dentro de un conjunto moderno en construcción.

Durante la primera parte de los trabajos se publicó un artículo interesante sobre restauración y que muestra dos cosas llamativas: la gran experiencia que tenían en el tema los maestros albañiles y la relativa carencia de conocimientos técnicos y de sustento teórico de los arqueólogos. En ese artículo, Antonieta Espejo, responsable de excavaciones y restauraciones en el templo principal, describió con inusitada honradez la historia de un albañil, Cipriano Ortiz, quien se había iniciado en la arqueología con Barres, luego había trabajado con Gamio en varios sitios y con Reygadas, para continuar al servicio de Caso, Marquina y Noguera.[551] Transcribimos parte de este texto que sigue la narración de don Cipriano a Antonieta Espejo con la técnica utilizada para las restauraciones, la que no se había modificado en lo absoluto desde su trabajo en Teotihuacan en 1910 hasta Tlatelolco en 1944:

"Lo primero que hay que hacer al descubrir parte de un monumento arqueológico con miras de su reconstrucción y consolidación, es permitir que el sol y el aire sequen la superficie y después el interior. Obsérvase entonces un enjutamiento al evaporarse la humedad y quedar el barro que une las piedras del núcleo reducido a polvo. Por lo tanto, después de que se ha dejado secar el tramo descubierto, se procede antes que nada a inyectar cemento para consolidar el interior. La inyección se hace con un pequeño embudo con orificio de derrame muy reducido. La mezcla que se inyecta consiste en cemento de la mejor calidad al que se agrega una proporción de cal, ya sea cal viva o en su defecto Calidra y agua: la proporción exacta es de dos partes de cemento por una de Calidra y otra de agua. Al inyectarse la mezcla, se observan cuidadosamente los resultados. En muchas ocasiones se derrama el líquido inyectado hacia el exterior a una distancia bastante apreciable del lugar en que se introduce y este fenómeno indica que el hueco existente en forma de minúsculo túnel abarca todo aquel tramo. En este caso se permite que escurra el líquido hasta que cese de fluir, con lo cual puede estimarse que se ha llenado el hueco y que se ha conseguido la solidificación de esta sección del monumento. Es necesario advertir que para saber cuánto cemento habrá que inyectarse, se explora d interior del núcleo con un alambre de acero que se introduce en cada intersticio, procediendo con todo cuidado a fin de extraer la tierra suelta superficial con el objeto de ver si existe hueco de importancia en el interior. Si el hueco es grande, con frecuencia se viene abajo la piedra frontera que reviste el muro y entonces se puede saber qué parte de la superficie y del núcleo será necesario reconstruir. Si la piedra resiste en su lugar y el alambre gira alrededor de una circunsferencia reducida, debe estimarse que el hueco es pequeño. Tales huecos, que a veces son minúsculos túneles que corren a lo largo de grietas interiores, se exploran con un tubo de goma por el cual se solpla a fin de desplazar la tierra suelta y dar cabida al cemento diluido".[552]

La teoría de lo anacrónico: la justificación de la reconstrucción (1951-1958)

Aunque parezca mentira, después de medio siglo de realizar restauraciones de tipo reconstructivo —tanto hipotéticas como correctas—, no se había escrito aún un texto que intentara explicar esta actitud; en realidad, ni siquiera se había sentido la necesidad de justificarla. Fue en 1951 cuando aprovechando un merecido homenaje que se le realizó a Alfonso Caso, se publicó lo que considero la primera explicación de la reconstrucción en México. Fue realizada por Carlos Margáin, quien ya había trabajado en Monte Albán, entre otros sitios.[553] El artículo de Margáin fue escrito como respuesta a críticas expresadas contra las reconstrucciones, y para justificar este tipo de trabajos se elaboraron dos grupos de razones: una "razón utilitaria de trascendencia inmediata", y otra "razón trascendental básica". La primera de ellas se basa en que el arqueólogo necesita obtener dinero para la investigación, y ese dinero proviene siempre del estado, que por su parte necesita un reditúo de la inversión: en este caso las ganancias son a nivel publicitario (es decir, propaganda para el sistema político imperante y los gobernantes de turno), o en todo caso crean facilidades para el turismo (con lo que ganan las trasnacionales, no el estado). Este sería algo así como un "secreto profesional" para que el arqueólogo obtenga el dinero necesario. Se dan algunos ejemplos anecdóticos sobre Alfonso Caso, lo que es interesante de contrastar con el mismo ejemplo citado por otro autor en el mismo libro, algunas hojas antes.[554] La segunda razón es de tipo ético, y consiste en entender que la arqueología tiene como objetivo fundamental el enseñar al público lo que fue el pasado, y por lo tanto "es algo básico, fundamental e imprescindible" reconstruir los edificios. Es poco lo que esto nos aclara, pero queda establecido, tautológicamente, que "nosotros consideramos que las reconstrucciones de ruinas arqueológicas *in situ* deben ser siempre hechas con la idea de que el hombre de hoy —intelectual o lego—, perciba en la mejor forma el positivo mensaje cultural que contienen los restos materiales dejados por el hombre del pasado";[555] así "se obtiene por una parte la enorme satisfacción (...) de poder hacer vivir lo muerto".[556]

En 1958 Alfonso Caso retomó el tema, prácticamente por primera vez, pese a haberlo institucionalizado en México, en relación a un polémico trabajo de Jorge Acosta sobre reconstrucciones en Uxmal.[557] Caso realizó un prólogo en el cual establecía varios de los principios que regían la reconstrucción. Aclaró que la "restauración de un monumento trata de reponer partes destruidas del mismo, procurando hasta donde sea posible conservar fielmente el aspecto que tuvo antes



68.

68. Las reconstrucciones en Zaculeu permitieron estas maquetas gigantes que incluían templos enteros realizados sin datos suficientes (foto DS).

69. Vista general de Zaculeu tras las reconstrucciones masivas incluido el revestimiento de estuco en todos sus muros y pisos entre 1946 y 1950 (Secretaría de Turismo de Guatemala).

70. Pirámide de Zaculeu tras la reconstrucción arbitraria que incluyó la realización del templo superior (foto DS).



69.



70.

de su destrucción"[558] Esto es una definición que postula un margen de error muy grande, al decir "hasta donde sea posible". Por otra parte no hay ninguna diferencia entre restaurar y reconstruir, términos que aún seguían siendo prácticamente sinónimos.

Más adelante destacó la importancia de diferenciar lo nuevo de lo viejo, pero aclarando que "toda restauración es necesariamente hipotética. Esto no quiere decir que no esté fundada en datos; si así no fuera en vez de hipotética la llamaríamos arbitraria".[559] Es decir que si hay alguna posibilidad de que un edificio haya sido de alguna forma, es válido rehacer esa forma, aunque como el mismo Caso aclaró "hay siempre una posibilidad de error". Era algo así como un riesgo que valía la pena correr en la arqueología. "Nunca sabremos si en la parte que falta había un elemento distinto de los elementos que se conservan y que permiten la reconstrucción" [560] Es decir, que si tenemos una parte de una fachada, es dable pensar que el edificio era simétrico, y luego proceder a rehacerlo. Se está cuestionando únicamente una posibilidad de error por una casualidad producida por algún elemento diferente al resto, pero en ningún momento se cuestiona lo más importante, es decir, la validez de tener una fachada cuya mayor parte sea totalmente nueva. Pero para salvar estos pormenores, Caso insistió en la necesidad de mostrar las diferencias entre moderno y antiguo: "esto puede hacerse de dos modos, o distinguiendo lo reconstruido en el monumento mismo, o distinguiéndolo en dibujos o fotografías que se publiquen".[561] Es justo decir que Caso nunca pensó que muy buena parte de los trabajos de arqueología no llegarían a publicarse. Su obra máxima, Reyes y **reinos de la mixteca,** se comenzó a publicar casi 20 años después de su muerte, y uno de los tomos aún sigue en la imprenta. Es evidente que no es suficiente con identificar lo nuevo en una publicación; se lo debe hacer irremediablemente en el propio edificio.

El otro punto destacado por Caso es que "ningún método *a priori* es recomendable, sino que la realidad concreta debe ir determinando la reconstrucción, pero tampoco ningún procedimiento está prohibido *a priori.* El concreto debe usarse si aumenta la solidez de un edificio y permite una reconstrucción. Dejarlo aparente o no, depende si priorizamos la belleza del conjunto". Según este método, todo queda librado ala capacidad del arqueólogo: "la posibilidad de la reconstrucción será siempre de quien la hace, de su conocimiento, su buen gusto, su inspiración"[562] Tal como puede apreciarse, el intento por justificar la tradición reconstructiva mexicana fue tardío y realizado como una autodefensa ante críticas que, si bien aún no se publicaban, ya estaban en el aire. Toda defensa es posterior al ataque, y en este caso se hizo patente la falta de bases teóricas o conceptuales que justificaran lo que se estaba aún llevando a cabo. Poco después, Caso tomó conciencia de lo que estaba sucediendo, y quizás un poco tardíamente, se retractó en un pequeño librito publicado en 1960, titulado **A un joven arqueólogo mexicano:**

"El arqueólogo no es un propagandista, es un científico. La arqueología no es propaganda, es una ciencia. Y no debemos, en el mundo moderno, padecer bajo el poder del turismo, pues por encima de la necesidad de hacer que lleguen al país más divisas, está la necesidad de todo científico y de toda ciencia: la verdad.
Por otra parte, en el momento en que un hombre de ciencia se decide a engañar, instantáneamente deja de serlo; dejaremos de tener fe en él puesto que es capaz de subordinar su actitud científica a consideraciones religiosas, políticas o económicas, que no está llamado a decidir. ¿No se ha dicho a veces que "por patriotismo" deberemos torcer la verdad y declarar en contra de nuestras convicciones? No nos cansaremos de repetirlo, el arqueólogo es un hombre de ciencia, y si engaña a sabiendas, deja de serlo".[563]

Con el afán de ser justos, debemos decir que esta actitud es digna de encomio y poco frecuente. No es común encontrar personas que pongan por escrito un criterio nuevo que va en contra de su anterior forma de pensar,

Zaculeu: la reconstrucción al servicio del capitalismo (1946-1950)

En 1946, la United Fruit Company de Guatemala decidió intervenir nuevamente en la arqueología. Su primera incursión había sido en Quiriguá, donde mantuvo estrechos contactos a lo largo de muchos años con los arqueólogos e instituciones que allí trabajaron, en particular con la Carnegie Institution de Washington. Con los años y con la consolidación de su poder en el país, la ingerencia de la United Fruit fue haciéndose cada vez más grande, hasta el grado que muchos de los más competentes arqueólogos en Honduras y Guatemala vivían en o sus familias pertenecían a las diferentes plantaciones de la compañía bananera. Así fue como en 1946 iniciaron su primer proyecto totalmente propio: Zaculeu. Tenían por objetivo reconstruir una ciudad prehispánica, no sólo para atraer turismo sino básicamente para difundir internacionalmente la imagen de una empresa supuestamente benefactora de Centroamérica. Para la realización de los trabajos, cuyos objetivos nunca llegaron a estar bien definidos, aún cuando luego se realizó una magnífica publicación de las excavaciones, se reunió a un grupo de arqueólogos de primerísima calidad, todos ellos con amplia experiencia de campo: John Dimick, S tanley Boggs, Aubrey Trik, Gustav Stromsvik y Richard Woodbury. Trik había hecho un excelente trabajo en el Templo 22 de Copón y en otros edificios del mismo sitio; Stromsvik había llevado adelante el proyecto completo de Copón. Un equipo competente que trabajó hasta 1950, año en que las excavaciones se dieron por terminadas.[564]

Cuando se comenzó la exploración existían ciertas pautas que estaban claras: el sitio había sido seleccionado por su alto grado de conservación, y por lo tanto debían ser reconstruidos —no restaurados, sino rehechos—, todos los edificios

que tuvieran siquiera alguna mínima evidencia de su estado primitivo. No sólo se debían hacer de nuevo los basamentos, sino también los pisos, los muros, las columnas y hasta los techos, volviéndoles a poner su recubrimiento de estuco blanco en toda su superficie, como si fuera original. No alcanzaba, al parecer, la costumbre mexicana de rehacer los muros con piedras a la vista. Si revisamos someramente el desarrollo de las reconstrucciones, se entenderá mejor lo sucedido. Comencemos por la Estructura 1, la de mayor tamaño, que ya había sido restaurada parcialmente en 1927. En ese trabajo se habían rehecho varias terrazas del basamento pero éste había quedado a la mitad. En ese momento procedieron a rehacer todas las terrazas escalonadas, las escaleras y parte de los muros superiores hasta 1 m. de altura. Se completaron los núcleos faltantes por destrucción o por las nuevas exploraciones, y luego se colocó una cubierta de cal en toda su superficie, para que quedara tal como supuestamente era en sus orígenes. Unicamente se respetó la altura de los muros del templo hasta el nivel máximo descubierto.

Pero al año siguiente esto ya no bastaba: había que reconstruir más, mucho más, todo, de ser posible. Se procedió a retirar la alfarda de la escalera superior, supuestamente mal reconstruida en 1927, para descubrir una de una época anterior, la que fue rehecha y su estuco unificado con el de la época de la construcción exterior, transformándolo así en algo que en la realidad jamás había existido en esa forma. El templo superior fue también completado: se subieron los muros y columnas y por encima de ellos se colocó un techo plano con dos cornisas. Si bien había ciertos datos parciales sobre el templo, el trabajo fue más fruto de la fantasía que de la arqueología. Y con toda seguridad, los ejecutivos de la United Fruit debieron estar orgullosos de sus boys centroamericanos, ya que vendieron a la publicidad la imagen de los salvadores del patrimonio cultural del continente.[565] Lo peor no fue eso, sino que con el apuro no sólo cometieron errores irreversibles, sino que dejaron de lado la exploración arqueológica. Según reza el informe, "la excavación completa de las varias etapas superpuestas no fue posible, debido a las limitaciones impuestas por el programa de preservación y restauración".[566] Sobre la alfarda superior escribieron que "la información completa respecto a este volumen no pudo ser descubierta, pero las ilustraciones de la estructura restaurada muestran el posible arreglo original" [567] Es decir que procedieron a rehacerla sin evidencias, planteando que su verdadera forma era la que ellos mismos habían elegido para su trabajo de restauración.

La otra estructura importante en la intervención que se le realizó fue la número 4, formada por un templo elevado y dos edificios con pórticos a sus lados. El basamento y el templo superior del centro también fueron reconstruidos mediante el mismo procedimiento, incluyendo la fachada completa hecha en base a unos pocos fragmentos originales, y se rehizo el lado norte, mientras que el lado sur quedó tal como fue encontrado. De más está decir que también fue totalmente estucado a nuevo. Tampoco hace falta aclarar que no había ningún dado completo, ni un ángulo de basamento, ni se conocía la altura completa del techo. ¿De dónde se sacó la forma de los dados del altar del ala norte? ¿De dónde salieron tantas cosas que ni en los propios planos o fotos de las excavaciones aparecen? Por supuesto, la respuesta era sencilla: si había un dado en la ciudad que se había conservado más o menos en buen estado, eso quería decir que todos los demás debían por fuerza ser iguales. No importó que ellos mismos descubrieran que los dos únicos restos de fachadas que se hallaron mostraran a las claras que eran muy diferentes entre sí. Pasó exactamente lo mismo con otros casos: el Juego de Pelota, las estructuras 6, 13 y 17 (que también fueron reconstruidas), los altares chicos frente ala Estructura 1 y demás. Por suerte, en el sitio quedó un pequeño musco, algunas instalaciones para un guardián y otras facilidades. En pocas palabras: fue una restauración al servicio de una empresa monopólica privada, destructora de la economía de un país, con tan escasos resultados científicos en relación con los costos, que mejor hubiera sido que las cosas quedaran como estaban.

Ixtlán del Río: una historia y un diagnóstico (1948-1962)

Las ruinas cercanas a la actual ciudad de Ixtlán del Río son conocidas desde hace más de un siglo. El sitio conforma un grupo de montículos de considerable tamaño y extensión, dentro del cual se han descubierto templos, palacios y restos de viviendas, ubicados sobre plataformas escalonadas y con altares, caminos empedrados y estructuras menores entre ellos. Destacan en el conjunto los edificios circulares y los palacios con pórticos; la arquitectura era de piedras sin trabajar, tanto en bola como en lajas, unidas por mortero de cal. Antiguamente tuvieron un recubrimiento superficial de estuco. Los primeros trabajos de exploración científica fueron los de José Corona Núñez en 1948, año en que descubrió y reconstruyó el llamado Templo de Quetzalcóatl,[568] tarea que él mismo continuó poco después y en 1962 fueron retomados por Eduardo Contreras y José Luis Lorenzo, quienes exploraron el grupo de edificios que se halla hoy en día más cercano a la carretera.[569]

Vale la pena extenderse en los trabajos realizados por Corona Núñez en el templo circular, ya que son los únicos que fueron descritos y luego publicados por su autor con suficiente detalle. La excavación del edificio arrojó gran cantidad de información sobre él, ya que su estado de conservación era bastante bueno y su acusada simetría permitió que fuera totalmente rehecho. No todo fue reconstruido, o por lo menos hay partes que se conservaron simplemente cementándolas de nuevo; otras en cambio fueron desarmadas y vueltas a montar en su totalidad, y algunas otras más fueron completadas. No quedaron evidencias claras al respecto, por lo cual hoy en día se notan varias diferencias en los aparejos. La duda

se presenta enseguida, ya que en primera instancia podemos pensar que estas diferencias se deben a un intento de señalización de lo nuevo y lo antiguo, pero en el propio texto se lee que la obra presentaba en sus diferentes partes y etapas constructivas, aparejos diferentes, como en el caso de los dados de las escaleras. Una frase del arqueólogo nos parece importante: "el perfil superior del monumento, con sus troneras en forma de cruces latinas, a areció tan desplomado en esta parte de la escalera sureste, que hubo necesidad de desarmarlo y volver a consolidarlo".[570] Hoy en día es imposible saber qué parte es ésta, cuál es la original y cuál es la rehecha con otras piedras.

No existe información ulterior sobre restauraciones hechas en esos años por Corona Núñez, o por lo menos no se han publicado. Pero en 1962 Eduardo Contreras restauró los palacios con pórticos al frente del sector oeste de las ruinas. Tampoco han habido publicaciones detalladas sobre los trabajos realizados en este caso. Pero dejando de lado la tentación de criticar el empiricismo tradicional de estos años, queremos describir la situación actual de estos edificios, que hemos visitado durante los últimos años para entender el proceso de deterioro de las construcciones, algunas a menos de 20 años de restauradas, y pese a que en su momento se las consideró como "reconstruidas convenientemente".[571]

Existen dos casos que creemos son los más típicos por el tipo de deterioro que amenaza seriamente todo el conjunto arqueológico en el que se están produciendo desmoronamientos en todos los edificios. El primero que analizaremos es un pequeño altar cuadrado con un tablero simple y escalera con alfardas a su frente, levantado sobre una plataforma baja. En esta construcción se vino abajo gran parte de uno de sus muros laterales, el tablero y parte del piso superior, y además presenta cuarteaduras. Una primera observación muestra el colapso de las juntas del muro, ocasionado por la presión del núcleo, la falta de amarre entre la pared y éste, y el hecho de que el revestimiento fue simplemente realizado con piedras lajas colocadas verticalmente, lo que no fue suficiente para soportar la presión interior. Una segunda observación nos muestra que la presión del núcleo sobre la superficie portante fue producida por varios fenómenos simultáneos: en primer lugar, la impermeabilidad de las paredes que no permitían la evaporación del agua que penetró por las cuarteaduras producidas por la constante dilatación por la exposición al sol. Es muy común que los reconstructores utilicen directamente cemento, lo que hace que los edificios se transformen en tinacos de agua en su interior por su alta impermeabilidad. La pirámide de El Tajín está claramente deteriorándose por lo mismo. Además, al estar también cementada la plataforma inferior, se dificulta el escurrimiento por el suelo. Esta humedad produjo movimientos diferenciales en el núcleo de tierra, incrementados por su falta de homogeneidad, resultado de haberle agregado al núcleo original ya compactado, tierra y piedras nuevas. A esto debemos sumarle el que los arqueólogos habían excavado en su interior, rellenando el pozo con tierra. Todos esos movimientos, sumados a lo delgado del muro y a la tradicional falta de amarres entre la pared y el relleno interior, terminaron con el colapso de la estructura.

Otro ejemplo es la primera columna del gran palacio que se encuentra cerca de la entrada. Esta columna se desmoronó ya que también fueron cementados los paramentos exteriores, en este caso dejando las juntas rehundidas entre las piedras, pero con un relleno interior de tierra. Es posible que al dejar impermeables las cuatro caras de la columna, pero permeable la parte superior (es una superficie irregular), se haya llenado de agua, la que no pudo escurrir por los costados o por debajo (también el piso fue rehecho), derrumbándola. De no tomarse urgentes medidas, quizás todos los edificios del sitio corran próximamente la misma suerte. Esto de por sí no es sólo un alegato contra la reconstrucción, sino también contra los sistemas constructivos utilizados durante tantos años y que adolecen de fallas elementales. A menos de 30 años de las primeras obras, hay que iniciar ahora la reconstrucción de la reconstrucción.

Xunantunich, Belice (1950 y 1960): las primeras restauraciones

Como hemos visto hasta ahora, en Belice nunca se habían realizado trabajos de conservación o restauración arqueológica. El primer caso fue Xunantunich, sitio conocido desde la década del 20 por los trabajos de Thomas Gann y diversas excavaciones posteriores. Fue hecho bajo la dirección de Hamilton Anderson en 1950[572] y se centró en la pirámide principal, conocida como A-6. Anderson había descubierto un friso de estuco bien conservado y de excelente calidad en la parte superior de la construcción y con la colaboración de Linton Satterhwaite[573] se procedió a su restauración. En esa misma oportunidad fueron limpiados de escombro varios sectores del basamento y del templo superior; la crestería fue parcialmente reconstruida hasta dejar todos sus muros de la misma altura, y se construyó una escalera de cemento para acceder a la parte superior, subiendo por encima del escombro. Gran parte de estos trabajos fueron retomados por Peter Schmidt en 1960, incluyendo el retiro de escombro y consolidaciones en los templos y edificios de alrededor de la plaza, como los A-11 y A-13. En cambio la pequeña estructura A-16 fue exageradamente reconstruida. En realidad se debe tomar este caso como un primer intento en el país por restaurar sus sitios, cosa que en realidad no se podría hacer en forma más sistemática hasta que, 10 años más tarde se realizaran los trabajos de Altun Ha; pero esa es ya otra historia.

Un aspecto importante de observar en Xunantunich es la ubicación geográfica del sitio, quizás única en todo el territorio maya, y que hasta ahora no ha sabido ser aprovechada. Cualquier trabajo en el futuro deberá tomar en cuenta el lado opuesto de la A-6, es decir la ladera del cerro y su continuación en la pirámide misma, más que la plaza posterior y sus estructuras negadas al paisaje.

71. El Palacio de Palenque tras las primeras temporadas de trabajos; se ve la torre completa con su extraño techo, parte del basamento sin escombro y la restauración de varias salas, techos y pilares (Secretaría de Turismo, México).

72. El Templo de las Inscripciones de Palenque al terminarse la restauración del basamento y el arranque de la escalera central; nuevamente la reconstrucción hipotética al servicio del turismo (Secretaría de Turismo, México).

73. El mismo templo en un grabado de Frederik Catherwood poco antes de la mitad del siglo pasado (Archivo del IIE, UNAM, México).



71.



72.



73.

Las restauraciones en Palenque (1949-1958)

Después de la muerte repentina de Miguel Angel Fernández, Palenque quedó nuevamente abandonada a su propia suerte. Se habían restaurado los Templos del Sol y de la Cruz Foliada y muy parcialmente el Palacio. Pero Palenque seguía siendo un sitio recóndito, de difícil acceso,[574] sin muchos atractivos para el visitante no especializado. Fue en 1949 cuando se reiniciaron los trabajos de exploración y restauración a cargo de Alberto Ruz L'Huillier, quien realizó temporadas continuas hasta 1958. La primera y segunda temporadas son dignas de ser mencionadas, ya que fueron las más modestas y científicamente más provechosas. El objetivo estaba centrado en la investigación y no en la reconstrucción, debido a la falta de recursos económicos, pero las intenciones eran averiguar más sobre el sitio y sus habitantes.[575] Se contó con la colaboración de Lauro Zavala, Agustín Villagra, Jesús Núñez Chichilla y Eric Thompson. Se exploró en el Palacio y en el Templo de las Inscripciones al comienzo, siguiendo luego con el Juego de Pelota y los grupos habitacionales de los alrededores del sitio. Se desmontó la vegetación, se sembró pasto, se descubrieron dos tableros con inscripciones y se limpiaron y consolidaron relieves de estuco. También se copiaron gran cantidad de pinturas, que hoy ya no existen.

Una de las tareas fue la construcción de un campamento moderno y funcional. Hasta ese momento se había utilizado el Palacio como alojamiento —Fernández dormía sobre una lápida con jeroglíficos—, pero resultaba sumamente incómodo. Aún hoy es un modelo de campamento en un sitio arqueológico mexicano. En cuanto a trabajos de restauración fueron pocos los realizados, limitándose a colocar dinteles de concreto en la torre, y a rehacer un par de escaleras y muros en el Palacio. Estos trabajos eran simples, mínimos, y se encuadraban en las tendencias de la restauración imperantes en la época. Unicamente podríamos criticar desde la perspectiva de su tiempo, el haber colocado dinteles de concreto cuando en el primer piso Miguel Angel Fernández los había colocado de madera de zapote, tal como fueron en origen.

Pero las cosas comenzaron a cambiar a fines de 1950, cuando visitó la zona el presidente Miguel Alemán como parte de los festejos por la inauguración del ferrocarril y la realización de una carretera que penetraba a la zona arqueológica. Como consecuencia de esta visita se obtuvieron abundantes fondos, lo que permitió que las siguientes temporadas de trabajo tuvieran objetivos diferentes, ahora dirigidos ala reconstrucción de los edificios principales.[576] Entraron a formar parte del grupo de arqueólogos Rafael Orellana, Ponciano Salazar, César Sáenz, Laurette Séjourné, Arturo Romano y Robert Rands. Se terminó el campamento, se inició la construcción de un nuevo museo (el anterior era una choza de paja, que estaba más tiempo destechada que cubierta), y se dedicó todo el esfuerzo al Palacio y al Templo de las Inscripciones. Dice Ruz:

"La visita que hizo el Presidente de la República a Palenque, a fines de mayo de 1950, y el acuerdo que dictó otorgando un subsidio extraordinario para la atención de algunos de los más importantes centros arqueológicos, entre ellos particularmente Palenque, motivaron un cambio del objetivo de los trabajos proyectados en esta zona, ya que de ahora en adelante debía prestarse más atención a la conservación de los edificios que a la investigación."[577]

En el Palacio los trabajos consistieron en la remoción de escombro, el que en la temporada de 1951 había alcanzado la fantástica cifra de ¡4.700 toneladas! Y luego se procedió a reconstruir o a consolidar las diferentes secciones expuestas, aunque sin una política definida acerca de cuándo realizar una cosa u otra. En la torre se terminaron los dinteles y se hizo una cadena de concreto para poder recolocar la única columna que se conservaba intacta (otra se había caído el año anterior), y poder reconstruir las faltantes y su techo.

Los trabajos realizados en el Palacio, en cuanto a restauración, pueden leerse en uno de sus informes, en el que Ruz escribió sobre el Patio Noreste:

"De acuerdo con los datos hallados *in situ*, se reconstruyeron los siguientes elementos: escalera y basamento de los cuartos meridionales, escalera norte, y el arranque de los pilares de la galería septentrional interior. Se consolidaron las superposiciones a los lados de la escalera norte, una pared transversal en la galería norte y el extremo este del muro de la misma galería. El muro y la bóveda de la esquina noreste de la galería exterior fueron provisionalmente apuntalados."[578]

En el Patio Noroeste se hicieron trabajos similares, al igual que en el Patio Sureste. En el Templo de las Inscripciones se apresuraron los trabajos, que se centraron entonces en dos aspectos: la excavación del túnel interior, trabajo ya iniciado hacía un par de años, y la reconstrucción de la fachada. Se reconstruyó completa la escalera "en toda la altura de sus 51 escalones"[579] y varios sectores del basamento, recolocando a nivel los sectores que aunque se habían conservado en buen estado, no estaban en línea recta. Se rehicieron cornisas y taludes. Pero fue en la temporada siguiente, en 1952, cuando se hizo el descubrimiento que conmovió a México y al mundo: la cámara del Templo de las Inscripciones, con su exquisito sarcófago monolítico y las joyas del interior. Esto vino a modificar lo que se estaba haciendo en Palenque, y a partir de ese momento las tareas se centraron en la tumba y la pirámide. No es éste el lugar para hablar del descubrimiento, puesto

74. La reconstrucción completa de algunos edificios de Edzná, incluso colocándole techo, fue parte de una gran polémica a los inicios de la década de 1970; era el extremo de la falsificación de la arquitectura (Secretaría de Turismo, México).

75. Interior de Codz-Pop de Labná donde se puede ver el dintel de hormigón armado y las placas de revestimiento colocadas (Archivo del INAH, México).

76. El arco de Kabah tras la reconstrucción y el cierre de la bóveda en 1955 (foto DS).

77. El mismo arco de Kabah antes de ser intervenido, en un grabado de Désiré Charnay en el siglo XIX (Archivo del CIE, UNAM, México).



74.



75.



76.



77.

que ello es parte de la historia de la arqueología y no de la restauración; además, no vino a modificar la forma de restaurar el sitio. Unicamente trajo nuevos problemas a resolver, en particular acerca de cómo impedir la humedad en el interior.

Los años siguientes, entre 1953 y 1958, permitieron la reconstrucción casi completa de la pirámide: tanto el templo superior como el basamento y las escaleras fueron rehechos, con la excepción de los taludes adosados que fueron retirados por ser de una época posterior a la construcción inicial de la pirámide. En esos años sólo se emprendieron algunos trabajos colaterales en el Palacio, donde continuaron las reconstrucciones y limpiezas de escombro, y en los Templos de la Cruz Foliada, XVIII y XXI.580 En el primero de ellos se consolidaron escalones y muros del templo y el lado norte del basamento, y en el templo XXI gran parte de la escalera, la que actualmente ha vuelto a desaparecer bajo la vegetación. En el Grupo del Norte se hicieron restauraciones en varios templos y se reconstruyeron fachadas y basamentos.

Pero de todo el sitio, la reconstrucción que ha sido más criticada fue la del techo de la torre. Si bien las restauraciones que en ella se hicieron fueron adecuadas, por lo menos desde el punto de vista de la información que se tenía, la colocación de la techumbre fue totalmente hipotética. Ruz ha dicho que, entre el escombro excavado en las primeras temporadas, halló una piedra tallada que posiblemente podría haber sido de un ángulo, y ello le dio la idea de la forma total. De todas formas, ese techo es hipotético, y lo más probable es que nunca se hubiera sostenido sin la estructura de concreto que tiene por dentro. El techo, si es que hubo uno, debió ser de madera y paja, o en todo caso, de vigas de madera sosteniendo una techumbre plana.

En general las restauraciones fueron de tipo reconstructivo como ya hemos visto, y las más arriesgadas fueron las del Templo de las Inscripciones. Se rehicieron todos los taludes y molduras de más de las tres cuartas partes del basamento, pero ello no logró impedir la entrada de agua ala cámara interior, lo que se solucionó sólo parcialmente. Lo que queremos destacar es que el proyecto fue variando sus objetivos en función del interés en el turismo de los sucesivos presidentes o del hallazgo de una gran tumba. Pero la forma de restaurar los edificios no variaba y se reconstruía, más o menos, en función de la cantidad de dinero disponible. Esto no quita valor a la obra de Ruz en Palenque, que en muchos sentidos fue extraordinaria,[581] o a las obras de otro tipo emprendidas, como las de protección de estucos y pinturas.

Kabah, Sayil y Labná (1951-1957)

Las ruinas de Kabah, a un lado de la carretera a Campeche, fueron conocidas desde el siglo pasado, y fotografiadas y visitadas asiduamente; pero a pesar de ello habían quedado prácticamente abandonadas. Su construcción más importante, el Codz-Pop, presentaba una fachada recubierta por máscaras de piedra, caso único en toda Mesoamérica. Y si bien había sido parcialmente despejado de vegetación en varias oportunidades, fue en 1926 que José Reygadas Vértiz decidió realizar un desescombro de mayor envergadura, que abarcó un círculo de aproximadamente 100 m. alrededor del edificio; se instaló también un campamento y una cisterna para agua potable.[582] Además, trasladó varias esculturas al Museo de Mérida y colocó un cuidador permanente en el sitio. Sin embargo, sus recomendaciones demoraron cerca de 30 años en atenderse.

Fue en 1951 cuando se emprendieron obras de reparación en el Codz-Pop, centradas en la colocación de dinteles de concreto, recolocación de piedras de los mascarones desprendidas o movidas, y consolidación de parte de la fachada. Se enderezaron algunas de las jambas de piedra y se libró gran parte de los espacios interiores. Algún tiempo más tarde, en 1953, se volvieron a emprender trabajos de restauración tanto en ese mismo edifício como en el Arco y el Palacio de las Columnas.[583]

En el edificio principal se procedió a reconstruir el frente de la gran plataforma que lo sostiene, su escalera, parte de las terrazas laterales y el propio basamento de Codz-Pop, del que nada quedaba ya. El Templo de las Columnas fue parcialmente liberado de escombro y se procedió a completar el revestimiento de piedra labrada del frente del piso superior. El resto de las construcciones quedó en el mismo estado en que estaban. La única que fue totalmente intervenida fue el Arco, que se reconstruyó parcialmente hasta la altura máxima conservada, poniéndole el revestimiento de piedras, consolidando sus núcleos expuestos y rehaciendo la escalera y la rampa por las que se accede a él; además, se limpió parte del sacbé de entrada a la ciudad que pasa por debajo del Arco. Las restauraciones fueron llevadas a cabo por Alberto Ruz, César Sáenz y Ponciano Salazar. Con los años, el arco sería totalmente reconstruido, completándose el sector de la bóveda faltante. Se realizaron tareas para completar la construcción, y si bien es muy probable que haya sido tal como quedó —además de la crestería en la parte superior—, el arco estaba caído desde que lo dibujaron para su libro Stephens y Catherwood.

En los mismos años que se restauró Kabah también se hicieron obras en Labná, a cargo de Ruz y Sáenz, quienes restauraron parcialmente el Templo de las Columnas, el Arco y sus anexos y cl Templo Mayor. En general fueron trabajos de reposición y para completar núcleos y revestimientos con reconstrucciones parciales de escaleras, ángulos y faltantes de cornisas.[584] Estos trabajos siguieron hasta 1962, cuando se completó el Arco y su anexo hasta un límite quizás

aventurado en las cresterías. En cambio en Sayil, también restaurada por Ruz y Sáenz en períodos alternados entre 1953 y 1957 y completada en 1962, se hicieron reconstrucciones de mayor envergadura. La obra más grande fue el Palacio de los Tres Pisos, donde se procedió a rehacer la escalera frontal en el primer piso y toda la fachada del lado derecho del primer nivel, aunque allí se cometió un error notable: se rehizo la fachada completa, incluyendo el friso, pero no se le colocó el techo. Hoy en día podemos ver un frente magnífico al que no le falta ni una sola piedra o columnilla, pero que por dentro está descubierto. ¡A tal grado que para el lego es imposible entender cómo se derrumbó completo el techo sin haber afectado en nada los muros! Lo que importó fue dar la sensación de estar completo al verlo desde afuera. En el segundo piso la escalera fue restaurada mediante la colocación de piedras; también se reconstruyó el edificio de la izquierda, para luego hacer algo similar en el tercer nivel. En 1962 se hicieron trabajos en la parte posterior del edificio.[585] Así es como este caso, que podía haber dado buenos resultados en cuanto ala intención de mostrar un edificio imponente restaurado a medias, es en realidad imagen pobre de una improvisación y de la falta de respeto por un monumento del pasado.

La restauración de la Pirámide 1sub. de Dzibilchaltún (1957-1959)'

La Estructura 1 o Templo de las Siete Muñecas es una construcción que fue descubierta y excavada durante 1957-1959 bajo la dirección de Edward Willys Andrews IV. Este edificio se encontraba en realidad sumamente deteriorado: nada restaba de la estructura superior y el basamento y si bien la escalinata se había conservado en partes, estaba muy destruido. Poco hubiese sido posible hacer para salvarlo, salvo una burda reconstrucción hipotética, difícilmente justificable y costosísima. El gran descubrimiento fue encontrar que en su interior se había mantenido casi intacta la estructura 1sub., la que no sólo estaba en buen estado sino que había sido enterrada íntegra en el basamento más tardío. Un caso sólo comparable con la E-VII-sub de Uaxactún. Por otra parte, el edificio era único en la arqueología mesoamericana: su torre cuadrada, su bóveda continua en el corredor, las ventanas y otros elementos más lo hacían destacable. Todas esas razones llevaron, con justa razón, a que Andrews decidiera levantar el escombro que lo cubría y proceder a su restauración y parcial reconstrucción. Las obras más importantes que se realizaron fueron: la reconstrucción de gran parte de las bóvedas, reposición de muros con piedras nuevas, cambio de los dinteles de madera por otros de concreto y reconstrucción de la torre. Asimismo se consolidaron estucos y se pusieron pisos nuevos. Pero analicemos esto paso por paso:

❑ Dinteles: de los seis existentes cuatro fueron encontrados intactos y los dos del lado oeste se habían vencido, al parecer durante la construcción del edificio superior. De todas formas, como había necesidad de reforzar los muros para sostener las nuevas bóvedas, fueron rehechos los seis con estructura de concreto.

❑ Bóvedas: prácticamente todas fueron reconstruidas mediante hierros cruzados con vigas de madera, recubierta con piedras y mortero. En la bibliografía existente sobre esta ciudad[586] es poco lo que se dice como justificación de una obra de tal envergadura, salvo que tenía varios deterioros menores, un sector del lado oeste caído, y muchas de las piedras de la clave habían sido removidas durante el proceso de relleno con piedras y tierra, para construir encima la época posterior. Puede apreciarse en las fotos la envergadura de los trabajos y cómo no se conservó prácticamente nada de la obra original.

❑ Muros y estucos: todos los sectores de muros que presentaban problemas fueron desmantelados y rehechos con piedra nueva. No se numeraron los que se quitaron (lo que sí se hizo en la Estructura 39). Los estucos que restaban fueron removidos, restaurados y nuevamente fijados a los muros.

❑ Pisos: todos los pisos interiores fueron destruidos para excavar el interior del edificio, por lo que fueron hechos nuevamente. Luego de terminada la capa superior de cemento fino, ésta fue espolvoreada con tierra café para darle un tono de "pátina antigua".

❑ Restos de la estructura superior: únicamente se dejó un testigo, nivelado ala altura del basamento de la primera época, lo que en realidad confunde enormemente al visitante. No queda claro si es una época posterior o simplemente una ampliación del basamento original.

❑ La torre: la tan discutida torre del Templo de las Siete Muñecas, es en realidad una reconstrucción hipotética porque se desconocía la altura y la forma de las molduras originales. Pueden verse en los dibujos y fotos del autor que casi nada restaba de ella. Se procedió a su reconstrucción total, sin otra justifícación teórica que su "importancia arqueológica".
Al respecto podemos leer lo que escribieron Andrews IV y Andrews V:[587]

"La parte superior de la torre se había caído, y su altura original, por lo tanto, era desconocida. Su altura restaurada representa la suposición más conservadora de Andrews respecto a su apariencia original. Las dos simples molduras rectangulares no se habían conservado y fueron copiadas de las molduras de la estructura principal."

Este párrafo nos da una idea clara del problema: es posible que la torre haya sido diferente a la que se rehizo, o que nunca

tuviera esa altura, o las molduras, o cualquier otra cosa distinta. Es evidentemente una reconstrucción hipotética, sin ningún sustento real. Esto es de lamentar, ya que si bien los trabajos de Dzibilchaltún fueron magníficos desde la perspectiva arqueológica, las reconstrucciones fueron muy discutibles. Se hicieron buenos trabajos en las Estructuras 39 y 50, trabajos muy discutibles en la capilla abierta, que no podemos analizar ahora[588] y en la Estructura 1sub. se llegó a una mezcla de buenas soluciones con otras francamente malas. Es como si nada hubiera de empañar la hermosa vista del templo, rehecho tal como debió estarlo en algún momento de su historia. Comprensible para la época, pero históricamente criticable. Quizás se podía haber evitado reconstruir falsamente la torre, desmantelar las partes superiores de los muros y cornisas y rehacer bóvedas que aún se conservaban. Nada de esto era nuevo ya que las normas internacionales lo pregonaban desde 1930. Dzibilchaltún se presenta así ante nosotros como otro caso interesante de restauración en el cual conviven las tradicionales contradicciones de la época, de buena arqueología y mala restauración. Quizás también la falta absoluta de una teoría y de textos sobre el tema en América Latina, hayan contribuido aún más a este grado extremo de empiricismo.

Uxmal: 40 años de intervenciones (1932-1973)

Las ruínas de Uxmal son posiblemente las más intervenidas de toda Mesoamérica: en realidad sus primeras restauraciones se iniciaron en 1927-1928 (ya las hemos reseñado) y aún no han terminado. Son tema para un libro completo sobre restauración de monumentos prehispánicos. Aquí simplemente mostraremos las obras más importantes, algunos problemas teóricos surgidos en ellas y su inserción dentro de las grandes tendencias de cada época en que las restauraciones fueron realizadas.

Después de los trabajos preliminares en el Gobernador, el sitio fue centro de los intensos estudios realizados por Frans Blom y una expedición de la Tulane University en 1930, que tenía como objeto hacer los planos y levantamientos detallados de los edificios del Grupo de las Monjas para reconstruirlo en una exposición internacional en Estados Unidos, lo que se realizó con todo éxito. Esa exploración estuvo supervisada por José Erosa Peniche. Pero fue en 1932 cuando se iniciaron las primeras obras de la serie casi ininterrumpida que vamos a detallar. Estos trabajos fueron realizados entre ese año y 1948 por el propio Erosa Peniche, Manuel Cirerol Sansores y con la participación esporádica de Miguel Angel Fernández, José García Payón y a partir de 1948, de Alberto Ruz [589] En esta primera etapa las tareas fueron básicamente de limpieza de la zona central, adecuamiento de un campamento y vivienda para el cuidador, desecamiento de varios pantanos, instalación de un sistema de agua potable y algunas obras de restauración; éstas se centraron en El Adivino y el Grupo de las Monjas. En ese primer edificio se procedió a realizar una reconstrucción completa de la escalera y el edificio Puuc de la parte superior. La escalera fue hecha totalmente a nuevo en 1946, utilizando únicamente unas pocas piedras originales, pero no se quitó el escombro que rodeaba la pirámide a su alrededor. De esa forma quedó un edificio en ruinas, sin ningún tipo de consolidación, con una escalera nueva y un templo consolidado y en parte reconstruido.

En las Monjas se inició el trabajo con la reparación de los techos primero en el edificio oeste y luego en el este, los cuales se volvieron a cementar para impedir filtraciones, y se comenzaron reparaciones parciales en los muros. Básicamente se recolocaron piedras caídas del revestimiento, se colocaron dinteles de concreto, y en 1938 se realizaron trabajos más intensos en la fachada interior del edificio sur. Eran restauraciones fuertes, donde se usaba cemento y materiales nuevos —en especial las piedras talladas ex-profeso—, pero salvo en el caso de la escalera del Adivino, fueron respetuosas del monumento y de los sectores faltantes de los decorados de los frisos. En muchos de ellos se coló cemento líquido para impedir que se deslizaran en su amarre con la bóveda, típico problema en los techos de la región. Hubo por cierto críticas y peleas entre los responsables de las obras desde su inicio, y Cirerol publicó en 1939 una crítica a la forma utilizada para la reconstrucción de los mosaicos de piedra. Tras dos años de suspensión de las tareas, Alberto Ruz se hizo cargo de los trabajos en 1950, iniciando una época diferente y con un grado de intervención mayor aún; a partir de 1951 contó también con la ayuda de Jorge Acosta, quien ya había desarrollado sus técnicas de reconstrucción en Tula.[590]

Resumiendo un poco, podemos ver que las restauraciones más intensas fueron también en el Cuadrángulo de las Monjas, que dejaba ya de tener la imagen de deterioro y ruina que muestran las fotos viejas para comenzar a ser un edificio limpio y en gran parte reconstruido. En 1951 y 1952 se le restauró la fachada al patio del edificio norte, con la excepción del extremo este, que se hizo más tarde; los mascarones que se habían caído pocos años atrás fueron recolocados nuevamente completando los faltantes y piezas rotas. Se hicieron nuevos dinteles e incluso se rehicieron algunas bóvedas caídas. Estas bóvedas tuvieron varios problemas, y en 1953 amenazaban con caerse, por lo que tuvieron que ser restauradas de nuevo. Se completaron grecas, tamborcillos, cornisas y se volvieron a hacer las jambas de las puertas. En el edificio inferior poniente de El Adivino, despejado para su restauración, sólo se encontraron los arranques del muro delantero y partes de la bóveda. Pese a eso se procedió a completarlo parcialmente. Los muros del lado norte se subieron hasta la altura de la cornisa y se colocaron jambas que no está claro si son nuevas del todo o sólo en parte. Durante la temporada anterior se había rehecho el zoclo de columnillas. Del lado norte únicamente se dejaron los muros hasta la altura descubierta, lo que permite hoy en día contrastar lo que es original y lo reconstruido.

En el Palacio del Gobernador se restauró la fachada en el lado sur, se recolocaron piedras faltantes y "se hicieron en las





78.

78. Vista aérea del Cuadrángulo de Uxmal tal como se hallaba en el momento de iniciarse la restauración en 1932 (Tozzer Library, Harvard University, Cambridge).

79. Estado actual del Cuadrángulo con el resultado de casi 40 años de intervenciones y reconstrucciones (Vis tacolor, México).

80. Uno de los laterales del Cuadrángulo de Uxmal en la actualidad, totalmente reconstruido incluso en los mosaicos y en el revestimiento exterior de las paredes (foto Paul Gendrop).



79.



80.

mismas (piedras) reproducciones en moldes con cemento y polvo de piedra, las que en la distancia no se distiguen de las originales".[591] El techo fue recubierto mediante un mortero grueso de piedras de variado grosor para impedir filtraciones, se restauró la escalera superior, se hicieron consolidaciones en el basamento del propio edificio y se aplanó en gran parte el piso de la plataforma. El adoratorio delantero del Palacio fue reconstruido por César Sáenz en forma quizás un poco exagerada. Ya Catherwood en el siglo pasado lo mostraba prácticamente destruido y el propio Sáenz dice que lo que quedaba "sería unos 40 cm".[592]

Los trabajos dirigidos por Ruz se mantuvieron constantes hasta 1956 y en 1958 se hizo cargo Jorge Acosta. Desde entonces y hasta 1964 la situación no está muy clara y no existen informes sobre cuáles edificios fueron intervenidos o por quiénes. En 1964 se reinicia la secuencia a cargo de Acosta nuevamente, quien continuaría en el sitio hasta 1973. Para concluir la etapa anterior podemos recordar la restauración con la que se completó parte del edificio de las Tortugas y se le rehizo una bóveda en el interior, se hicieron algunas nuevas reconstrucciones parciales en el Grupo de las Monjas y en el Gobernador en 1954 y 1955, y otros trabajos de esta índole en los edificios principales del sitio. De estos años de intensos trabajos se publicó un interesante artículo de Jorge Acosta, siempre preocupado por los problemas de la restauración, titulado **Nuevos ensayos de restauración en Uxmal**[593] prologado por Alfonso Caso y cuyo estudio detenido hacemos en otra parte de este libro; pero sí queremos destacar algunos conceptos. Cuenta Acosta que éste era un tema que le preocupaba desde hacía tiempo, debido a que "no siempre se puede distinguir las partes restauradas de las originales. Sólo en los casos en que la obra de albañilería era reciente, se pudo notar una diferencia debido al color claro de las piedras y a la presencia de cemento, pero cuando se trataba de complicados frisos o mascarones esto resultó absolutamente imposible"[594] En base a esto, Acosta insiste en la necesidad de marcar y diferenciar lo antiguo de lo nuevo para no caer en "mistificaciones modernas", Para ello propuso la utilización en el área maya de una técnica inversa a la del altiplano: entallar con cemento rehundido las reconstrucciones y restauraciones y rejonear con pequeñas piedras las partes originales, debido a que esta forma de construir es típica de esa región.

El otro problema que se plantea es la colocación de dinteles de concreto de una forma menos agresiva que la tradicional, en la que directamente se colaba una viga de concreto en el dintel, dejando manchas de cemento y ensuciando la piedra original. Además no daba esa apariencia de "antiguo" que tanto le preocupaba. De allí que realizó varios experimentos para encontrar formas de colocación de dinteles en los edificios mayas con revestimiento de piedra tallada. Para solucionar este problema, dice Acosta que existen dos posturas: una teórica y otra práctica. La teórica plantea el hecho de que, si no quedan restos del dintel original, éste debe hacerse con madera. Las vigas de chicozapote que aún quedan han resistido muchísimos siglos, y con la ayuda actual de sustancias impermeabilizantes, pueden ser retirados para colocar nuevos, debiéndose encontrar una forma de ayudarlos a soportar el peso del edificio. La propuesta hecha por Acosta consiste en desmontar las maderas y las piedras que quedan arriba, para luego colocar una viga de concreto donde las piedras superiores al dintel queden empotradas, de tal forma que las maderas no carguen otro peso que el propio y no se vea en el exterior nada del sistema verdadero de soporte. Otra posibilidad era simular con polvo de piedra la forma de éstas en la parte exterior o ensuciar con tierra el cemento. Esto último se realizó en todas las juntas de cemento hechas de nuevo.

El problema planteado aquí es bastante serio ya que implica uno de los grandes dilemas de la reconstrucción: si se la hace, ¿debemos dejarla ala vista o esconderla? Ya Augusto Molina en su clásico libro"[595] analizó este caso, por lo que no vamos a hacerlo nosotros. Son los problemas que presenta la reconstrucción, la que tiende a dejar los edificios mejor que como estaban en la realidad; y por lo tanto, cuanto menos se note la obra nueva, mejor. Pero lo más curioso es que el propio Acosta, quizás el mayor reconstructor de los últimos 50 años en México, escribió en ese mismo artículo que siempre es mejor colocar dinteles de madera que de concreto, y dio como ejemplo los trabajos de la Carnegie en Chichén Itzá, donde después de 40 años esas vigas de madera se mantienen en perfecto estado, sin que ni siquiera hayan sido impermeabilizadas.[596]

Pero está claro que estas ideas que Acosta planteaba por escrito no fueron seguidas, ya que durante 10 años —entre 1964 y 1973— se procedió a realizar reconstrucciones de una envergadura nunca antes vista, como no fuera en Tula. El ejemplo más notable fue la fabricación a nuevo de la Gran Pirámide, caso que ya ha sido severamente criticado por varios restauradores.[597] En esta pirámide, prácticamente intocada, César Sáenz exploró durante 1972 y 1973 su fachada norte, descubriendo sólo el arranque de la escalera y luego procedió a rehacer los 66 escalones completos, los nuevos cuerpos con cornisas de atadura, el piso del basamento superior y gran parte del templo. La casi totalidad de la piedra es nueva, tallada ex-profeso para esta pirámide, lo que contrasta notablemente con los otros tres lados que ni siquiera fueron explorados. Es una fachada intacta en un montículo de escombro. La intervención fue tan agresiva que incluso se procedió a enderezar el declive que tenía en origen. Según Acosta, "el extremo poniente del monumento está hundido 1.07 metros en relación con el extremo oriente; hay por lo tanto un gran desnivel (...) por razones estéticas y arquitectónicas hubo necesidad de disimular ligeramente este hundimiento al hacer el trazo de los cuerpos"[598] Lo que no entiendo es cómo se pudo subir toda la estructura en 1 m. de su altura original, porque estéticamente no estaba acorde al gusto moderno de planos perfectamente horizontales. por supuesto, terminó Sáenz su descripción de este trabajo aclarando que "la



81.



82.



83.

81. El edificio sur del Cuadrángulo de Uxmal tras terminarse as restauraciones; en especial la construcción inferior fue rehecha sin datos suficientes (foto Paul Gendrop).

82. El Palacio del Gobernador en Uxmal fotografiado hacia 1912, mostrando los deterioros con que había llegado a nuestro siglo.

83. El Palacio actualmente tras largos años de intervención; no quedaron evidencias de lo nuevo y lo antiguo, ni en los muros ni en los mosaicos superiores (foto Paul Gendrop).

misión de un arquitecto es la de construir o reconstruir edificios no prehispánicos (...) pero nunca intervenir en la exploración y reconstrucción de un monumento arqueológico, misión que corresponde única y exclusivamente a un arqueólogo de campo." [599]

Otro trabajo del mismo tipo fue el recubrimiento de todo el basamento de la Pirámide del Adivino. Esta se encontraba desprovista en parte de las piedras exteriores que estaban caídas en su gran mayoría en el escombro al pie de la pirámide. La decisión que se tomó fue rehacer la piedra nuevamente y proceder, no ya a consolidar lo existente sino a recubrir todo el basamento completo, quitando incluso partes originales que desentonaban con la piedra nueva y blanca. También se reconstruyó la parte inexistente del templo superior, las escaleras laterales del Templo Puuc, la banqueta inferior y la escalera posterior de la pirámide. No hay más que comparar las fotos de antes y de después para notar la envergadura del trabajo realizado y la falta de respeto por la obra original, que se había conservado en pie tras casi 13 siglos de existencia.[600]

En el Cuadrángulo de las Monjas se volvió a trabajar, pero esta vez se procedió a la reconstrucción completa incluso de frisos que no se habían conservado en lo absoluto. Por ejemplo, la parte posterior del edificio norte estaba totalmente caída y no quedaba nada de ella. En base a las piedras encontradas en el escombro y a unas pocas evidencias, se volvió a hacer todo el mosaico completo; también se reconstruyeron varios de los muros divisorios interiores y cuatro bóvedas. Del lado opuesto de ese mismo edificio se consolidaron los mascarones y mosaicos existentes y se completaron con piedras nuevas los faltantes de las restauraciones anteriores. En el Edificio Sur la fachada exterior también fue parcialmente reconstruida aunque nada quedaba de ella; no sólo se trabajó el friso sino también los muros inferiores, cornisas y bóvedas. En el Edificio de las Tortugas se rehizo la sección faltante; por lo tanto, entre lo que se trabajó en 1969 y 1972, prácticamente el 70% del edificio es moderno, incluyendo el techo y las bóvedas interiores.[601]

Todo esto nos lleva a preguntarnos ¿qué ha pasado en Uxmal? En realidad se ve que con los años los trabajos no fueron mejorando sino que se fueron haciendo cada vez más agresivos, más reconstructivos, hasta llegar a tener construcciones que ya son más modernas que antiguas y que perdieron así todo valor histórico. Es este un verdadero problema que en el caso de Uxmal se muestra con toda crudeza.

Tikal: un experimento de arqueología y turismo (1956-1966)

Los 11 años durante los cuales se realizaron los trabajos de exploración y restauración en Tikal, fueron años importantes tanto para la arqueología americana como para el desarrollo de la restauración. Fueron el final de una etapa y el inicio de otra: Tikal, sin duda, marca la última gran experiencia en la vieja tradición de la reconstrucción al servicio del turismo. Antes de terminarse los trabajos, ya se había realizado la Carta de Venecia y vientos de cambio soplaban en México y en el mundo. A Guatemala llegarían un poco más tarde, pero llegarían, a su tiempo.

Tikal fue un trabajo desarrollado con una magnitud nunca antes vista: jamás la Carnegie había intentado un estudio de esas características. Se levantó un plano que abarcaba más de 3.000 construcciones y 200 monumentos de piedra; 350 edificios fueron parcial o totalmente estudiados;[602] ahora es factible decir que después de Tikal se modificó nuestro conocimiento de los mayas. Pero en cuanto a la restauración, no se ensayaron nuevas técnicas sino que por el contrario, se insistió en las ya conocidas. El grupo de arqueólogos que tuvo a su cargo los trabajos fue heterodoxo pero experimentado: los directores fueron Edwin Shook, William Coe y Alfred Kidder, y las restauraciones estuvieron a cargo de Jorge Guillemin —que había trabajado en Mixco Viejo— y Aubrey Trik —que había estado en Copán y Zaculeu—. Las obras de infraestructura fueron notables, y sólo comparables con las realizadas en Teotihuacan en México: se construyó un aeropuerto y se habilitó un parque de 576 km^2 que incluye no sólo Tikal sino varios otros sitios menores cercanos; se rehabilitó una aguada para tener agua potable y se hicieron caminos, una carretera de acceso desde la ciudad de Flores y otra carretera desde la propia ciudad de Guatemala a las ruinas, que abrió el Petén a la economía nacional. Un museo de sitio completa las obras realizadas. Todo esto estuvo a cargo de la Universidad de Pennsylvania, el IDAEH y el FYDEP de Guatemala.

El proyecto —del que sólo nos interesa estudiar los aspectos de conservación y restauración— estuvo planeado desde su origen por varios investigadores; uno de ellos, John Dimick, había tenido a su cargo las reconstrucciones de Zaculeu que ya hemos visto. Al parecer su posición fue incontrovertible, al igual que las de Trick y Guillemin, quien en varios escritos dejó traslucir sus dudas respecto al límite de lo que era moral rehacer;[603] pero la política a seguir fue la tradicional. Escribió al respecto que "la reparación de los edificios (...) reviste dos formas: la más común ha sido la consolidación, por medio de la cual la antigua mampostería es reforzada para impedir el progresivo deterioro. Las restauraciones han sido practicadas también; por este método se fabrican bloques de mampostería nueva para sustituir los antiguos y dar a la obra la apariencia de lo original. Muchas veces se combinan las dos técnicas en la misma estructura pero tratando siempre de mantener el efecto de ruina, con el agregado de tener la precisión que sólo la reparación puede dar" [604]

Tenemos algunos ejemplos. La Pirámide I fue intervenida en 1958-1960: la totalidad del frente fue restaurado, habiendo dejado gran parte del lado derecho consolidado; todo el lado izquierdo —más los dos taludes inferiores del opuesto—fue reconstruido completo. La plataforma sobre la que se soporta el templo, su escalera al pie, el dintel y sus cuatro muros también fueron reconstruidos. El techo y la crestería solamente se consolidaron. La escalera del basamento fue una cuestión polémica, ya que la exterior estaba prácticamente destruida pero había una interior en buen estado. Se decidió reconstruir la más antigua y dejar la más nueva sólo como evidencia. Por desgracia, se le colocó una cadena para facilitar la subida de público, y dicho tráfico produjo un deterioro tal que para 1975 ya era necesario volverla a reconstruir. Sobre el dintel de concreto se fijaron copias en epoxy de los relieves originales que se hallan en Basilea y Londres. En el Templo II que lo enfrenta se realizó un trabajo más drástico aún: se procedió ala reconstrucción total del basamento y del templo, a excepción del techo y la crestería. Pero en cuanto a restauración, la obra de mayor envergadura fue la Acrópolis Norte. Un gigantesco conjunto de templos construidos unos sobre otros a lo largo de 17 siglos, que mostraba en su parte superior 16 templos en buen estado de conservación, lo que implicaba acometer un esfuezo pocas veces realizado. Se tomaron dos vías de trabajo: por un lado, la limpieza, desescombro y restauración de los edificios exteriores; por otro, la realización de un corte de más de 150 m. de largo para conocer con detalle su historia. Por supuesto, este corte arrojó información de inestimable valor para la arqueología, e incluso permitió descubrir ejemplos únicos de arquitectura del período Formativo; pero desde el punto de vista de la conservación fue negativo. Los trabajos realizados en los edificios 20, 22, 23, 24, 25, 26, 32 y 34 fueron de consolidación en algunos casos, de reconstrucción en la mayoría, y de desescombro parcial en uno. Los tres templos ubicados al este del conjunto, al igual que los llamados 24 y 35, fueron dejados sin explorar. La política general de reconstrucción fue la misma que para todo el sitio; sólo se volvieron a rehacer taludes, escaleras y muros hasta las alturas originales y nunca más allá de ellas. Hoy en día es difícil saber con precisión, si no es con fotografías tomadas durante los trabajos o antes, qué es nuevo y qué antiguo. La piedra caliza, sumamente porosa, absorbe rápidamente la humedad y a los pocos años queda tan ennegrecida como la antigua.

El problema más grave de este trabajo lo presenta la Pirámide 5D-33-la., la más alta del grupo, y la cual fue demolida casi en su totalidad para liberar la época anterior, la 5D-33-2a., y permitir el acceso a la tercera. El descubrimiento de estos dos templos antiguos, bien conservados y con grandes máscaras de estuco y pinturas murales, sí era de importancia y ambos debían quedar ala vista, pero también la pirámide mayor de la Acrópolis era importante, ya que su falta modifica sensiblemente la imagen de la Plaza Central, tal como era en el período Clásico. Aunque en ruinas, se conservaba en bastante buen estado pero quizás no tan bueno como para ser reconstruida a nuevo. La decisión de desmantelarla fue duramente objetada en su época y nunca se presentaron razones suficientes como para haberlo hecho" a excepción de frases muy indefinidas tales como "este edificio se mostró desalentadoramente destruido cuando fue explorado en 1959 y 1960. Tanto las raíces de los árboles como el tiempo habían casi desvestido la pirámide de su revestimiento. Como para compensar su desastroso estado, la exploración subterránea mostró dos magníficos templos decorados".[606]

El otro gran conjunto de construcciones que se intervino fue la Acrópolis Central, compuesta por 42 edificios formando un complejo de enormes dimensiones —unos 215 por 200 m—. En general la política seguida fue similar: se consolidaron algunas construcciones y parte del basamento, se reconstruyeron varios edificios y se dejó sin explorar una parte del conjunto, para mostrar los diferentes aspectos de los edificios antes y después de las restauraciones. Fueron intervenidos los edificios que rodean los patios 2, 4 y 6, dejándose menos trabajados los patios 1, 3 y 5. Más de 20 edificios fueron reconstruidos en forma parcial o total, pero siempre respetando las alturas de muros y los fragmentos de bóvedas. Por lo general se procedió a revestir los muros que habían perdido las piedras del exterior, a rehacer las cornisas exteriores y a dejar completos y sin deterioros a la vista los restos de los edificios; las bóvedas fueron consolidadas.

Otras intervenciones importantes fueron las del Templo 4; se desescombró su basamento y sólo se restauró su parte superior, es decir el templo y la crestería. El grupo de las Pirámides Gemelas fue reconstruido (ambas pirámides), mientras que al edificio sin techo de un lado se lo reconstruyó sólo parcialmente, ya que se le completó solamente la bóveda de la entrada. El Edificio de las Estelas de ese grupo fue prácticamente rehecho completo, pese a que había una época anterior en casi perfecto estado de conservación en su interior; se procedió también a hacer de nuevo la época exterior por tres lados, de la que casi nada quedaba. En 1960 a una de las pirámides se le derrumbó la fachada completa debido a que no se amarró el revestimiento al núcleo. Hubo que hacerlo, por lo tanto, dos veces. En 1975 pude observar las nuevas restauraciones del Grupo de las Columnas. Este gran palacio estaba muy deteriorado por cierto, y nuevamente la decisión fue de rehacer piedras similares a las antiguas y recubrir los muros, jambas y dinteles; incluso las delicadas pilastras exteriores de las cuales toma su nombre fueron hechas con piedra tallada especialmente.

Restauraciones en sitios de Oaxaca (1958-1968)

La terminación de los trabajos de Alfonso Caso en Monte Albán no produjo una suspensión de las exploraciones en la región; por el contrario, en los años siguientes se realizaron diversas excavaciones y restauraciones, entre las cuales queremos reseñar las de Yagul, Zaachila, Lambityeco y Dainzú, todas ellas cercanas entre sí. Si bien ninguno de estos trabajos representaron descubrimientos y obras de la envergadura de los de Monte Albán, varios de estos sitios forman

una secuencia continua en el camino entre Oaxaca y Mitla, que han transformado la zona en un corredor de sitios arqueológicos restaurados único en el país.

Si comenzamos describiendo Yagul, podemos recordar que su estudio —aunque el sitio era conocido por referencias desde el siglo pasado—, fue iniciado en 1954. Las restauraciones propiamente dichas las hicieron entre 1957 y 1961 Ignacio Bernal, John Paddock, Lorenzo Gamio y otros profesionales de prestigio.[607] El sitio mostró características peculiares desde su descubrimiento, sobre todo por la reducida extensión de sus restos y la similitud con sitios como Mitla, aunque el sistema constructivo haya sido diferente. La restauración se encaró, dada la destrucción de los edificios, como una reconstrucción con dos niveles de intervención: por ejemplo, el Palacio fue liberado de escombro y sus muros y pisos se restauraron, consolidaron y reconstruyeron hasta un nivel uniforme, sin sobrepasar la altura máxima descubierta.[608] En cambio en el juego de pelota se hizo una reconstrucción total al igual que en la calle Sur.[609]
Hoy en día, al recorrer este hermoso sitio, se observa desde la entrada un exceso de reconstrucción, con abundancia de cemento en la parte central y la cancha de pelota. A otros grupos del conjunto se los liberó simplemente de la vegetación, o se los restauró en forma parcial. La llamada Sala del Consejo fue objeto de una reintegración de piedras en los muros y una reconstrucción parcial, con el objeto de destacar las dimensiones del edificio. Las plataformas al sur del Patio D también fueron vueltas a construir. El patio fue limpiado pero no explorado en su totalidad, y a la tumba de su centro se la cubrió con una losa de concreto, en donde antes había un pequeño altar. Este trabajo —que siguió los parámetros establecidos por la corriente en auge en esa época— se mantuvo dentro de ciertos límites más sobrios que los de Monte Albán. La técnica utilizada en el Palacio, de diferenciar los estucos originales de los nuevos, es clara, y el haber dejado varios grupos sin tocar, en especial la fortaleza, produce un contraste interesante. En 1981 se volvieron a emprender obras en el Palacio, básicamente de mantenimiento, que han confundido la simbología original de lo viejo y lo nuevo.

En esos años también se restauró Zaachila: las ruinas allí existentes habían sido parcialmente limpiadas y restauradas por Martín Bazán en 1927, y nunca más se habían podido trabajar, dada la fuerte oposición de la población respecto al hecho de que se excavara en su pueblo. A excepción del hallazgo de una tumba en 1944, nada se hizo en el sitio, y fue en 1962 cuando se organizó una nueva temporada que consistió en la excavación del Montículo A y el consecuente descubrimiento de dos tumbas en su interior: ambas arrojaron objetos de oro y la mejor colección de cerámicas policromadas de México.[610] Se procedió entonces a reconstruir los extremos de la gran plataforma del montículo, a liberar de escombro el patio superior y a restaurar la Sala Norte con su moldura doble. También se reparó el piso y las escaleras de la Sala Este. En las tumbas se consolidaron los muros y se restauraron las figuras de estuco. Las entradas se rehicieron con concreto y se colocaron puertas de hierro para protección. En realidad, salvo por la espectacularidad del hallazgo de las tumbas, acentuado por el descubrimiento de otras menores en 1971,[611] los trabajos de restauración fueron pocos, y si bien se mantuvieron dentro de la tendencia tradicional, no se fue más lejos de lo que las evidencias indicaban como límites de lo correcto. A estas obras únicamente les faltó mantenimiento, por lo que 10 años más tarde los muros y pisos estaban en pésimas condiciones.

Dainzú, también sobre el camino a Mitla, fue trabajado en los años siguientes. Descubierto por Ignacio Bernal, quien inició exploraciones en 1965, demostró ser un asentamiento relativamente importante y de fecha muy antigua. Se destacaba un edificio cuyos muros tenían grandes piedras labradas con relieves tipo Monte Albán I, lo que le dio un significado peculiar y alentó a que se continuaran los trabajos por varias temporadas.[612] No vamos a detallarlos demasiado, pero diremos que aunque no hubo un intento reconstructivo, se tomaron algunas decisiones de ese tipo, lo que entró en franca contradicción con la mayor parte de las construcciones del lugar que quedaron sólo excavadas y sin consolidar. La imagen actual del sitio es compleja: medio juego de pelota está reconstruido y la otra mitad ha quedado inconclusa, y hay grupos de habitaciones con diversos tipos de aparejos de mampostería donde se confunde lo nuevo con lo viejo. Al parecer se quiso diferenciar lo original, lo repuesto, lo consolidado y lo reconstruido, sin que se haya logrado cabalmente tal propósito. Con un poco más de cuidado y de apego a los planteamientos teóricos ya imperantes, se hubiera podido hacer una excelente experiencia.

Muy poco después de Dainzú se comenzó a excavar en Lambityeco, cuyo montículo principal quedó cortado por una carretera. El lugar resultó ser de importancia por las tumbas encontradas —la más importante quedó a la vista—, y por un edificio con tableros zapotecas con dos máscaras de Cocijo que pudieron ser rearmadas y consolidadas. Aunque los tableros se rehicieron, todo fue techado mediante un sistema de maderas y láminas plásticas, que luego fue reemplazado por una estructura de acero que protege adecuadamente estos delicados estucos.

La reconstrucción de Mixco Viejo: historia de un fracaso (1956-1972)

Entre las historias más patéticas de la restauración se encuentra el caso de Mixco Viejo. Fue esta una restauración que se inició como trabajo exploratorio y se transformó en una reconstrucción tradicional, para pasar luego a ser una reconstrucción descontrolada. Todo terminó trágicamente cuando el terremoto de 1976 destruyó el 90% de los edificios intervenidos. S i bien el terremoto causó daños en muchos otros sitios, únicamente en Mixco Viejo fueron de importancia, y ello debido a las técnicas empleadas en la reconstrucción.

84. Lapirámide de El Adivino de Uxmal tras completarse la reconstrucción que incluyó el recubrimiento total, las escaleras y los templos superiores (foto DS).

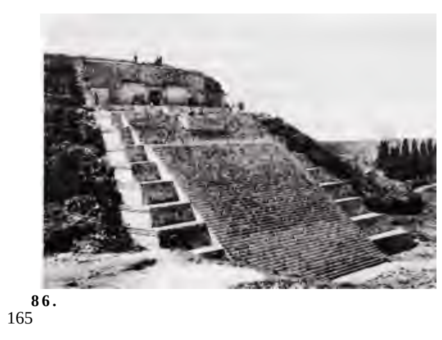
85. Fotografía de la excavación de la Gran Pirámide de Uxmal al completarse los trabajos en 1972; pueden verse sólo 5 escalones y parte de los muros del templo superior (archivo Jorge Acosta).

86. La Gran Pirámide al terminarse la reconstrucción de toda la escalera, los taludes con sus molduras y el templo completo: uno de los casos extremos de reconstrucción turística sin bases científicas (foto Paul Gendrop).

84.



85.



86.

En el año 1954 la Misión Francesa inició los trabajos de exploración y restauración que estuvieron dirigidos por Henri Lehman. Los trabajos se llevaron a cabo en cuatro temporadas entre 1954 y 1967, con la colaboración del gobierno guatemalteco. Sobre ellos se publicaron varios informes y ponencias en congresos,[613] aunque nunca llegó a editarse un volumen específico. Cabe destacar que los trabajos de exploración fueron sistemáticos y estuvieron bien conducidos, y nuestras críticas solamente van encaminadas a la parte reconstructiva y no la arqueológica. El sistema utilizado en todas las construcciones en que se intervino fue tendiente a tratar de mostrar los resultados de éstas, rehaciendo los edificios a su estado original o por lo menos al máximo, dentro de lo posible. Si bien en 1954 esto se hacía en casi todo el continente, en 1967 la situación ya había cambiado. Y si bien se le prestó bastante atención teórica a la conservación en general, nunca se tuvo en cuenta que era ésta una zona sísmica. Justamente nos dice Marcelino González[614] que el terremoto "puso a prueba por primera vez la validez de los conceptos teóricos y los procedimientos técnicos aplicados en la reconstrucción del sitio". Los resultados son: 90% de destrucción total y grietas de hasta 1 m. bajo el nivel del suelo. Otros sitios cercanos que no habían sido reconstruidos, como Iximché, no sufrieron daños de importancia. En Quiriguá, cercano a la zona del epicentro, sólo se produjeron asentamientos débiles, y en Iximché que tuvo menos de un 5% de daños, tenemos dos buenos ejemplos que permitirán comparar los diferentes sistemas utilizados.

El sistema básico establecido para la reconstrucción de los edifícios estaba centrado en la terminación de los muros exteriores mediante piedras tanto nuevas como originales, sin amarres al núcleo de la construcción. Este también había sido completado en las partes faltantes, y en el interior se realizaron calas de exploración que quedaron luego como circulaciones internas con entradas y ventanas hacia el exterior. Se utilizaron en forma indiscriminada losas de concreto; incluso en la Pirámide C-1 se colocó una losa de 3 m^2 paracubrir restos del templo superior, pero se la dejó simplemente apoyada sobre muros de mampostería. Otras estructuras como la A-5 y la C-2 fueron restauradas también en forma masiva, aunque sin respetar la lógica constructiva del concreto en áreas sísmicas. Los problemas más graves, que se hicieron evidentes después del terremoto, fueron provocados por el sistema de reconstrucción superficial, en el cual las lajas de piedra estaban simplemente unidas entre sí con cemento, lo que produjo que se separaran del núcleo para derrumbarse por falta de unión entre ambos. Las losas interiores, que cubrían los pasillos que mostraban las diferentes épocas de construcción, se movieron dentro del edificio, cortándolo por la mitad. Las escaleras y marcos rígidos de ventanas y puertas también destruyeron todo lo que había a sus lados. Sin embargo la culpa no fue totalmente de la Misión Francesa a cargo de las exploraciones. También la intervención de personal no autorizado y de la Dirección General de Obras Públicas entre 1968 y 1972, causó más daño que ayuda. Recordemos que ya desde el inicio de los trabajos, un arquitecto guatemalteco había establecido lo siguiente como norma a seguir: "el arqueólogo muchas veces, en su celo por llevar lo más fielmente posible la restauración, numera las piedras que va a remover al explorar, sacando luego fotografías y dibujos de ellas para más tarde reponerlas exactamente en su sitio primitivo; este procedimiento constituye una pérdida de tiempo y se evitaría en lo posible".[615]

La bibliografía da la lista detallada de los daños y no vale la pena repetirlos aquí, salvo en algunos aspectos importantes: en todos los edificios fueron afectadas las obras de reconstrucción, pero en casi ninguno las de simple consolidación. Todas las escaleras, losas de concreto y túneles o perforaciones, entraron en colapso total. Y no tiene sentido llevar más lejos esta descripción puesto que las fotografías dicen más que las palabras. Sólo quiero destacar las obras realizadas por el IDAEH con el objetivo de salvar lo que quedaba de Mixco Viejo. Lo interesante es que ahora, como parte de la propia historia del sitio, no sólo se dejarán evidencias de la destrucción original, sino también de la causada por el terremoto.

Restauraciones en Edzná (1958-1970)

Dentro de la secuencia de restauraciones de tipo reconstructivo que venimos estudiando, son de destacar las de Edzná, sitio emparentado en cuanto a arquitectura con Kabah, Sayil y Labná. En Edzná, que fue objeto de intensos trabajos arqueológicos durante la década del 60 y luego la del 80, se realizaron sólo tres temporadas que se ocuparon de los edificios abandonados desde su descubrimiento en 1927. En 1948 se realizaron trabajos de reconstrucción en el Palacio de los Cinco Pisos, a cargo de Alberto Ruz y Raúl Pavón Abreu, quienes se concentraron en la mitad sur del edifício. En 1962 el mismo Pavón Abreu regresó para continuar reconstruyendo muros y techos del lado norte de la fachada, para completar Román Piña Chan estas obras en 1970 cuando reconstruyó la escalera frontal. En 1976 se realizó una corta temporada de trabajos destinada a rehacer el sacbé del sitio.

Las restauraciones hechas por Piña Chan fueron extensas y de tipo reconstructivo, trabajándose gran cantidad de edificios además del Palacio; se reconstruyeron en diversos grados la Plataforma de los Cuchillos, el Templo del Noroeste y su homónimo del Suroeste, el Anexo del Palacio, la Casa de la Luna y la Plataforma Puuc.[616] En el Anexo del Palacio se procedió a rehacer los núcleos destruidos y a revestir de piedra todo el basamento, la escalera y parte de los muros superiores; a la Casa de la Luna no sólo se le reconstruyó el frente completo sino también sus muros y columnas, para luego proceder a colocarle el techo que fue quitado poco tiempo más tarde para evitar el ridículo. El Templo del Suroeste y su anexo fueron también reconstruidos y se rehicieron los pisos; el Templo del Noroeste fue reconstruido en menor grado, dejándose los muros hasta la altura en que fueron encontrados. La Plataforma Puuc fue también rehecha, pero se respetaron los arranques de los muros y las columnas. Los demás edificios fueron tratados en forma similar.





87.

87. Vista del edificio 5 de Teotihuacan y otros similares al iniciarse la restauración. Se observa lo que quedaba de la escalera y que no había ni un sólo dado en las alfardas; ya se han completado los tableros (archivo Jorge Acosta).

88. En 1964 los mismos edificios ya rehechos, incluido la escalera y los cuatro niveles de tableros (ídem).

89. Teotihuacan como apoteosis de un régimen político: la reconstrucción de los edificios más importantes que crearon un escenario monumental para el turismo de masas en la década de 1960 (V istacolor, México).



88.



89.

Las reconstrucciones en Xochicalco (1961-1970)

Habíamos ya visto los trabajos realizados bajo la dirección de Eduardo Noguera en Xochicalco; y aunque se habían iniciado obras de restauración, como la del Juego de Pelota, los trabajos habían estado encaminados más que nada a la cerámica y a los estudios más generales. En 1961 César Sáenz, quien tenía larga experiencia en restauraciones, tomó la dirección del proyecto. Si bien las tareas realizadas fueron de diversa índole, en general hubo una tendencia clara hacia la reconstrucción de los edificios explorados.

La primera estructura explorada en 1960-1961 por Sáenz, en la que continuó trabajando, fue el edilicio denominado A. Allí desde el comienzo de los trabajos encontró los restos de una escalera con alfardas[617] en el frente. Tras su excavación observó que "aparte de la línea de piedras que formaban la base, no encontramos más que 17 piedras de la escalera en su sitio, pero debido a que (...) se encontraron dos pequeños tramos de escalera bien conservados, nos proporcionaron el dato que necesitábamos para conocer las dimensiones del peralte y huellas de los escalones"[618] Con esto se procedió a reconstruir toda la escalinata y sus dos alfardas, sobre una base de cemento. Luego se prolongó la excavación en la parte superior del montículo encontrándose un patio rodeado por varias habitaciones simétricamente ubicadas y dos pequeñas cámaras adosadas al basamento.[619] En los cuartos y edificios de la parte superior se hicieron intervenciones diversas, que fueron desde la reconstrucción parcial hasta la consolidación simple. En algunos sitios se respetaron las superposiciones y en otros no, y en general se rehicieron los muros hasta alturas mayores de las conservadas. Cuando se halló un muro de adobe, fue cubierto por una capa de cemento sucio de tierra y la parte faltante fue completada con piedras unidas con cemento.

Otro edificio de gran tamaño intervenido en 1962 y 1963 fue la Estructura C. En ella se hizo un descubrimiento de gran importancia consistente en un sector del tablero que remataba el basamento, en buen estado de conservación. Si bien se trataba de un fragmento, era la comprobación de que la restauración de Batres a principios de siglo había estado bien hecha. Según Sáenz, "este remate (...) es casi vertical y nos da la clave para poder reconstruir ya totalmente, el basamento de la Estructura A (...) y que habíamos dejado pendiente, sin rematar, por no tener el dato exacto".[620] Con este datό se rehizo el basamento con su tablero superior, y luego se reconstruyó la escalera frontal y "levantamos hasta cierta altura los muros y pilares del templo de la Estructura C".[621] Durante los siguientes años los trabajos se mantuvieron dentro de la misma tendencia, reconstruyendo las estructuras B, D y E y el Adoratorio de la Estela de los Dos Glifos. Vale la pena detenernos en esta última, ya que muestra una forma típica de confundir la restauración con la presentación de los datos arqueológicos.

Al explorarlo en 1964, este pequeño altar mostró que había sido ampliado en tiempos prehispánicos y que la construcción más antigua se había conservado en su interior, aunque tanto ella como la exterior se encontraban en mal estado. Se procedió a reconstruir ambas, dejándose entre ellas una zanja estrecha que permite visualizar las dos etapas. Esto, si bien muestra con toda claridad el proceso constructivo, nos muestra una construcción que jamás existió, tal como lo pedía Viollet-le-Duc un siglo antes. Es una construcción moderna que intenta mostrarnos lo que el arqueólogo quiere que veamos y entendamos, forzando al monumento y tergiversando la realidad. Sería algo así como querer mostrarnos los cimientos de una catedral y para ello levantar el piso, haciendo la entrada por el sótano. Ose nos muestra la primera época ola segunda, o ambas a partir del deterioro hecho por la historia, o mediante una cala de exploración claramente señalada: soluciones hay varias, pero la que se eligió no fue justamente la más adecuada.[622]

Una oración fúnebre para la restauración: Santa Cecilia Acatitlán (1961-1963)

Entre todas las experiencias de la restauración en arquitectura del período que cubre los años 60, la más funesta fue la de Santa Cecilia Acatitlán. Allí donde José Reygadas Vértiz había hecho una excelente anastilosis en 1923-1924 bajo la dirección de Manuel Gamio, se la destruyó para reconstruir otra de las épocas de la pirámide hasta la altura máxima del basamento; además, también se le instaló un templo superior completo, pese a que no existía ninguna evidencia de que hubiera tenido dicho templo. No sólo se sobrepasó el límite de la hipótesis, sino también el de la fantasía misma. Este experimento, realizado por un arquitecto como su tesis de grado,[623] no ha sido publicado ya que las críticas arreciaron desde el mismo momento en que se presentó el proyecto. Sin embargo, se lo llevó adelante; se dijo en su momento que la decisión había sido tomada por el propio director del INAH, y que el restaurador no era más que un instrumento para la concreción del trabajo. El objetivo planeado fue "dar al público nacional una impresión de cómo fue una pirámide con su templo en la época prehispánica".[624] Y parece que a tal fin se necesitaba un edificio completo; no bastaba con los libros, las publicaciones o las maquetas. Además, se dijo que la restauración de la pirámide, junto con otras obras que se harían en el pueblo, salvarían a éste de la tugurización dependiente del crecimiento de la ciudad. Según el responsable de este proyecto, estos trabajos se justificaban a partir de que:

"La conservación de un sitio arqueológico implica la reconstrucción y consolidación de sus ruinas, en la forma más cuidadosa, para



9 0 .



9 1.



92.

90. Tras el terremoto de 1976 la mayoría de los edificios reconstruidos en Mixco Viejo quedaron derruidos: un nuevo problema que enfrentan las intervenciones exageradas que rigidizan revestimientos por sobre los montículos originales (Archivo del Instituto de Antropología e Historia de Guatemala).

91. El proyecto de investigación y restauración de Tikal hecho entre 1956 y 1966 fue el de mayor importancia en la arqueología maya: vista de la plaza central tras haberse terminado los diez años de estudio (foto DS).

92. Otra imagen de Tikal: reconstrucción con el método clásico de retallar bloques enteros y superponerlos a los muros originales, aún en 1976 (foto DS).

dejarlas como legado a las generaciones futuras. Es necesario la reconstrucción porque permite completar algún elemento cuando hay vestigios de él; su función es por consiguiente enmarcar lo antiguo para preservarlo de destrucción... pero también debe sugerir cómo fue el monumento."[625]

Los trabajos se realizaron en tres etapas: primero se destruyó la restauración anterior, luego se quitaron los restos de las épocas constructivas exteriores del lado norte hasta que quedó a la vista lo que quedaba del pequeño altar de la segunda época, que se reconstruyó, y en el lado sur se levantaron también los restos exteriores, hasta llegar a lo que quedaba de la segunda época constructiva —evidencias de un basamento de pirámide—, lo que también se procedió a reconstruir. Se inyectó con barro líquido el núcleo existente y luego se lo subió hasta completar la altura de los cuatro taludes que alguna vez tuvo.

"Para efectuar la reconstrucción de la época escogida, indiscutiblemente la más interesante, se desmontó la escalera de la quinta superposición y el relleno de piedras y tierra de la cuarta, que cubrían a la primitiva plataforma del dios de la lluvia. No hubo para ello ninguna dificultad puesto que la escalera mencionada había sido casi hecha de nuevo desde su arranque, durante los trabajos de principios de siglo".[626]

La escalera frontal también ganó en altura, al igual que la alfarda derecha, desaparecida junto a su lado superior, el que también volvió a nacer. Pero lo más notable sigue siendo el templo. Este, de una sola cámara interior, fue construido en concreto y recubierto de piedra, con un techo completo —recordemos que no existe ni un solo templo completo en todo el altiplano de México— y fue recubierto con pedazos de estuco, para dar la apariencia de que era antiguo. Esto no sólo fue hipotético sino también falso. El mismo arquitecto dijo que "proyecto tan audaz podría afectar seriamente una pirámide importante, y la de Santa Cecilia Acatitlán no lo es; además, estaba casi arrasada, es pequeña y se encuentra prácticamente junto a México" [627] Toda una serie de defectos que en verdad son bastante poco "defectuosos": si estaba destruida, ¿de dónde se sacaron las evidencias para lo que se hizo?, ¿y cuál es el problema de estar cerca de México? Por suerte la reconstrucción iba a matizarse con danzas indígenas, "como por ejemplo la del volador de Papantla, Veracruz... y representaciones de teatro y ballet con temas prehispánicos".[628]

Para todo el trabajo se utilizó el mismo tipo de piedra y aparejo, solamente remetiendo el muro nuevo unos 3 cm., lo que deja, en especial del lado posterior, un raro escalón que nadie entiende ya que es difícil pensar que todo lo que había en ese lado era un pequeño zoclo, y que desde allí hasta el techo del templo todo sea nuevo. De más está recordar que la piedra de sacrificios puesta frente a la escalera quedó al revés y que los incensarios de los remates de las alfardas eran sutilmente diferentes. Lo que pasó es que nunca se había encontrado una piedra de sacrificios *in situ* hasta que apareció la del Templo Mayor en 1980, y que el incensario del cual copiaron los suyos no había sido bien reconstruido por Gamio a principios de siglo. Concluyendo, Santa Cecilia Acatitlán es una buena muestra de la reconstrucción hipotética desmedida, en la cual las intenciones de mostrar en una maqueta de escala monumental cómo era un edificio prehispánico fracasaron, ya que no sólo se cometieron errores —inevitables en una reconstrucción, cualquiera que ésta sea—, sino que se creó una escenografía hollywoodiana que ni siquiera atrae al público de los alrededores. El sitio permanece abandonado, en un barrio tugurizado de los alrededores de la ciudad, sin que el turismo lo visite —dejó de hacerlo hace 15 años—, debido a las dificultades de acceso, el tráfico y lo deprimente de los alrededores. Pese a ello, en 1966 se inauguró un museo en el sitio[629] que si bien está hecho en una casa antigua de muros de tepetate, muestra un aspecto desolador de abandono.

La apoteosis de un régimen político: Teotihuacan (1960-1964)

El proyecto más ambicioso que el INAH llegaría a realizar en su historia, superando incluso los de Monte Albán y Tula, fue planeado por Ignacio Bernal en 1959. Se trataba de la reconstrucción y excavación de la parte central de Teotihuacan, incluyendo la Calle de los Muertos con sus edificios laterales, toda la Plaza de la Luna, la Pirámide de la Luna y otros edificios conexos. Nunca se había hecho algo igual en América Latina, ni en cuanto a planificación de un trabajo arqueológico de tal magnitud, ni en cuanto a la envergadura de la intervención que se pensaba realizar en restauración. Era el máximo, la culminación de toda una época y de una manera particular de entender la arqueología.

Los trabajos de exploración, a una escala pequeña, se iniciaron en 1960 bajo la dirección de Jorge Acosta. Estas exploraciones tuvieron su efecto, ya que permitieron obtener la cantidad de 17 millones de pesos en 1962, cantidad nunca vista hasta ese momento por los arqueólogos; y al año siguiente se consiguió una partida extra de 21 millones y medio de pesos más. El presidente de la república se vio particularmente relacionado con estos trabajos y fue quien facilitó los fondos, que de otra manera hubieran sido difíciles de conseguir. Para fines de 1963 trabajaban en el sitio más de 800 peones y casi 100 especialistas. En ese momento Bernal reemplazó a Acosta por Ponciano Salazar. A finales de 1962 se inauguró la Unidad Cultural, que incluía un gran musco, nuevas oficinas, viviendas y otras instalaciones turísticas:

librería, restaurante y estacionamiento. Asimismo, se realizaron grandes obras de infraestructura, en particular una carretera que circunda la zona, iluminación, luz y sonido y demás.[630] Desde que el proyecto inicial fue establecido se pensó en la necesidad de que los edificios explorados fueran reconstruidos, en lo posible en su última etapa de existencia, con el objeto de dar una imagen lo más exacta posible de cómo había sido la ciudad antes de su destrucción. Además de estos trabajos, se emprendieron exploraciones paralelas, como las de Laurette Sejourné en Tetilla y otros palacios, y las de Román Piña Chan en La Ventilla. Sin embargo, no hubo un planteamiento claro respecto a la restauración, sus alcances, limitaciones técnicas o posturas teóricas. Se trataba de continuar la forma tradicional de reconstruir, usando la analogía o la imaginación cuando no hubiera datos firmes. Han habido críticas tanto desde adentro como desde afuera del equipo de arqueólogos, las que luego veremos, pero todas fueron rechazadas o simplemente ignoradas.[631] Se trataba de llevar al límite de sus posibilidades la tradición escenográfica para transformar a Teotihuacan en la meca del turismo internacional, que para la década del 60 era una de las entradas de divisas más fuertes para la iniciativa privada mexicana. Los primeros trabajos, que resumiremos, fueron los de Jorge Acosta en la Plaza de la Luna. Allí trabajó quitando el escombro de varios basamentos muy deteriorados, en particular los números 1, 3, 4 y 5. Vamos a hablar de este último, ya que no sólo es el único publicado con detalles[632] sino que también es prototípico de los demás. El basamento había sido, tal como lo dijo Acosta, totalmente destruido (intencionalmente) en tiempos antiguos: "no se encontró ni una sola piedra labrada, como tampoco de la escalera".[633] Es decir que al quitar la tierra y las piedras que lo cubrían se encontraron con una verdadera **ruina** informe, que si bien mostraba algunas evidencias de su forma original, era mucho más lo que dejaba de mostrar. De la escalera no se pudo encontrar ni una sola piedra, pero al excavarla sí se encontraron partes de una más antigua con restos de doce escalones. Sólo había datos de tres de los tableros de los lados.

La restauración consistió, en primer lugar, en rehacer con piedras nuevas talladas ex-profeso los tres tableros de los que se conocía su forma y altura, pero "cuando se llegó al cuarto y último cuerpo surgió una incógnita: no existía ningún vestigio de su altura ni tampoco del templo superior. No habiendo otra alternativa se lo restauró con las mismas proporciones que los inferiores."[634] No hace falta observar que por lo tanto, el cuarto tablero es fruto de la imaginación. Con la escalera pasó algo similar, ya que a partir de los restos existentes, se la reconstruyó completa hasta la parte superior del último piso, del que como hemos visto ni siquiera se conocía la altura original. Con las alfardas de la escalera pasó algo más grave aún, porque al excavarla se encontraron datos sobre su ancho, y algo por demás interesante: un dado a la altura superior del primer tablero. Era la primera vez que se encontraban evidencias de algo así, por lo que se estableció que los dados debieron haber existido al nivel de cada tablero; y no sólo en este basamento sino en todo Teotihuacan. A partir de éste, se hicieron centenares en otros edificios y escaleras. Hoy sabemos que han habido escaleras en Teotihuacan que nunca los tuvieron.[635] Solamente en la Plaza de la Luna se hicieron 86 dados nuevos en base a ese único dato.

Otra innovación introducida por Acosta, pero que en realidad ya la había llevado ala práctica Batres más de medio siglo antes, fue la de dejar en la parte superior del basamento un montón de piedras irregulares unidas con cemento. Supuestamente, esto indicaría que allí había existido un templo, pero que nada quedaba de él. Tampoco se necesita mucha imaginación para ver que es absurdo dejar **desreconstruido** un sector de un edificio reconstruido en su totalidad, para indicar que hubo algo pero que en verdad no se sabe si de veras lo hubo. Por lo demás, las dos alfardas se rehicieron completas, hasta la altura indicada por los tableros del último nivel. Luego, como en todo Teotihuacan, se procedió a romper para empotrar los grandes artefactos de iluminación de luz y sonido modificando los perfiles de los basamentos, los que ahora parecen almenados por los sistemas de luces. Una de las pirámides se transformó en una terraza, con los vestuarios para los bailarines del espectáculo de luz y sonido en su interior, plataforma a la que se llega por una calle rodeada de tiendas comerciales de mampostería y concreto que llegan hasta el estacionamiento. Estas tiendas ubicadas en cuatro zonas dentro del área arqueológica, ya han sido criticadas infinidad de veces y no tiene sentido insistir en ello. Lo mismo respecto a haber destruido el antiguo museo hecho por Batres y los edificios conexos, verdaderas obras dignas de conservarse.[636]

Otra obra de gran importancia fue la que realizó Ignacio Bernal en la Pirámide de la Luna, que había quedado abandonada desde los trabajos de Francisco Rodríguez en 1911. La idea era reconstruir únicamente la fachada principal y su basamento anexo, y dejar los otros tres lados con los trabajos mínimos imprescindibles. La reconstrucción se inició por el edificio anexo, el cual al ser excavado mostró evidencias de sólo cuatro cuerpos escalonados y restos de un tablero en el nivel inferior. El estado era lamentable y había sido destruido antiguamente casi en su totalidad. Respecto dé la escalera dijo Bernal que "esta inmensa escalera presentaba aparentemente dificultades insuperables. No sólo había sido íntegramente desmontada desde tiempos prehispánicos (...) sino que anteriores exploraciones habían abierto un boquete enorme al centro del edificio, donde debía quedar la escalera."[637] Para la reconstrucción se procedió a reproducir los cuatro tableros de ambos lados de la escalera en base a los poquísimos datos existentes; pero en ese momento se presentó otro grave problema, ya que ciertas evidencias mínimas mostraban la posible existencia de un quinto tablero, aunque se desconocía su forma, altura o ancho. De todas formas se procedió a rehacerlo, aunque a último momento, por lo que es posible ver fotos del edificio anexo reconstruido con cuatro niveles, y más tarde con cinco.

93. El templo II de Tikal durante la restauración hecha en 1959-60; nótese cómo se está rehaciendo el basamento completo tras haberse reconstruido el frente y la escalera (Secretaría de Turismo de Guatemala).

94. El Templo I de Tikal en pleno proceso de restauración: se están rehaciendo los taludes del lado izquierdo y la escalera; ala derecha se aprecia el estado original (Archivo del INAH de Guatemala).

95. La misma pirámide ya terminada: con los años y la falta de identificación entre lo nuevo y lo original es imposible reconocer el edificio auténtico; parte del lado derecho quedó sólo consolidado (ídem).

96. El Juego de Pelota de Yagul: las obras hechas entre 1957y 1961 permitieronla reconstrucción completa del edificio: las sombras y los perfiles nos muestran a las claras lo extremo de esta restauración, pese a que se dejaron marcas identificatorias (Henri Stierlin, **El México Antiguo,** Editorial Garriga, Barcelona, 1968).

97. El Palacio de Yagul significó un buen ejemplo de intervención no agresiva, conservacionista, sin reconstrucciones innecesarias (ídem).

98. Mascarón de una tumba zapotecade Lambytieco aún protegido por una estructura provisional: una excelente restauración de la figura sobre una exagerada reconstrucción del tablero que la contiene (Vistacolor, México).



93.



94.



95.



96.



98.

97.

Con la escalera y sus alfardas pasó algo similar: "una sola piedra estaba *in situ"*,[638] según Bernal, y se trataba del arranque de la alfarda oeste; nada restaba de la escalinata. Pero igualmente se procedió a rehacerla en base a los tamaños de las piedras encontradas entre el escombro. De ellas se hallaron 565 en diversos sitios, que sirvieron para la restauración de los nueve primeros escalones; el resto de la escalera está hecha con piedras nuevas. Lo que nos preocupa, y que no está claro en las publicaciones disponibles, es cómo se estableció la dimensión de los escalones, ya que el mismo Bernal notó que los tamaños de piedras y escalones tenían entre sí variaciones grandes, llegando en algunos edificios de la zona hasta un 90%, entre un escalón y el siguiente.

No vale la pena continuar detallando todas las obras realizadas, a excepción de las del Palacio de Quetzalpapalotl, ya que en general las técnicas fueron semejantes para los edificios encontrados a los lados de la Calle de los Muertos, aunque menos importantes en cuanto al trabajo cumplido. Con los palacios explorados en los alrededores por Laurette Sejourné, sobre todo en Yayahuala, se cometieron también excesos de reconstrucción, caso similar al de otros edificios del mismo tipo. En ese último caso se publicó una crítica en donde se mostraba, con evidencias fotográficas, que "al muro que correspondía al lado poniente del patio interior... se le abrió una puerta más, precisamente en la intersección noroeste, a pesar de que no presentaba ningún hueco por ese lado".[639] El altar central de Tetitla fue mal reconstruido porque se le hizo una escalera que sube hasta el interior del templo superior y no a su base.[640] Cabe decir que ambos errores se perpetuaron y que aún no han sido corregidos.

El Palacio de Quetzalpapalotl, una Pompeya del subdesarrollo

La obra de mayor envergadura de todas fue la del Palacio del Quetzalpapalotl, por suerte ampliamente publicada por Jorge Acosta.[641] Constituye quizás el máximo exponente de esta forma de hacer arqueología con intenciones reconstructivas, relegando muchas veces lo posible para adentrarse en el difícil mundo de lo hipotético. Fue un trabajo de gran envergadura, hecho con bastante meticulosidad y publicado en todos sus detalles. Las críticas no las dirigiremos hacia eso, ya que era parte de una forma imperante de hacer restauración, sino que nos centraremos en destacar lo hipotético, lo hecho en base a meras analogías o deducciones carentes de fundamento. Es decir, las contradicciones en lo que sus autores postulaban.

Los trabajos se comenzaron despejando la sección al nivel de la Plaza de la Luna a un lado del Edificio 5, encontrándose que existían los restos de una escalera que había sido totalmente destruida y sus escalones retirados. Sólo quedaba el primero de ellos, parte del segundo y la marca en el estuco de la pared de su forma y altura. Por encima de ella se encontraron los restos de un pórtico con pilares cuadrados, y detrás de ellos un patio rodeado por pilares con relieves en sus caras. De los muros sólo quedaban sus arranques y algún sector que llegaba a 1 m. de altura, y de las columnas nada más que las primeras piedras, y en algunas de ellas ni siquiera eso. Es decir que al terminarse la exploración se tenían datos acerca de cómo había sido el edificio, pero no se tenía al edificio en sí mismo. Sin embargo, se tomó la decisión de proceder a reconstruirlo en su totalidad, incluso con los pilares y el techo.

Para la reconstrucción se procedió a rehacer la escalera de entrada, obviamene con escalones nuevos; luego se construyeron columnas de concreto sobre zapatas corridas, que después fueron recubiertas con las piedras talladas descubiertas y con otras nuevas en lugar de las que faltaban. Sobre estas columnas se colocaron vigas de madera y morillos que sostenían un techo de concreto. Por encima se rehizo un tablero completo con almenas. Debe aclararse que no se tenía más que una evidencia de la existencia del tablero superior, que fue pintado según los motivos descubiertos en los estucos del Edificio 5. Los muros fueron levantados hasta la altura del techo —determinada por el alto de los pilares—, dejando evidencia de la parte original y de la reconstruida. En las fotografías puede verse el proceso y los planos de detalle de la compleja estructura portante.

Este trabajo, si bien fue técnicamente impecable, cayó constantemente en la analogía y la hipótesis aventurada. Desde su inicio Acosta postulaba que "nuestra intención no era un capricho, sino una obligación, en vista de que existían todos los datos necesarios",[642] aunque más adelante aclara que "desde luego no teníamos todos los antecedentes, pero sí un 80% de ellos, pudiéndose sacar los que faltaban por analogía con otros lugares o de las representaciones de templos indígenas pintados sobre las paredes, y en última instancia, podía resolverse el problema por medio de la deducción".[643] En el caso de la colocación de las vigas superiores, las que se cruzan a doble nivel —cosa rara por cierto—, dijo Acosta que " escogimos la primera solución ya que había espacio de sobra para colocar tanto las vigas frontales como las transversales"[644] Era lógico que hubiera mucho espacio, ya que se desconocía la altura verdadera del techo y sus remates. Otra de las cosas que luego daría tema para críticas sistemáticas, fue el hecho de ocultar la estructura moderna (recordemos que en 1964 se publicó la **Carta de Venecia);** según el arqueólogo "lo mejor era construir un techo de concreto, por ser más resistente, y después ocultarlo por medio de madera y aplanado, simulando un techo indígena".[645]

Con los aposentos laterales al patio se procedió de similar manera, pero a uno de ellos se lo dejó destechado, mientras

99. El caso extremo de la reconstrucción hipotética: Santa Cecilia Acatitlán, donde todo el templo superior y la mitad del basamento inferior fueron hechos sin ningún dato, ya que nada quedaba de ellos, ni siquiera la certeza de su existencia (Henri S tierlin, op. cit.).

100. Tlatelolco en la actualidad: en el proyecto definitivo primó la cordura; la circulación peatonal fue un ejemplo modelo pese a su exagerado tamaño (Compañía Mexicana de Aerofoto).

101. Uno de los palacios de Teotihuacan, techado mediante una losa de hormigón armado sobre paredes y columnas también nuevas pero recubiertas con pinturas murales tratando de aparentar antigüedad (Archivo del INAH), México).



99.



100.



101.



102.

102. El Palacio de Quetzalpapalotl de Teotihuacan, ya terminado en 1964, después de habérsele construido muros, pilares, techos, relieves, pinturas, pisos y todos los detalles: nada indica que no sea original (Secretaría de Turismo, México).

103. El mismo Palacio durante las excavaciones en el patio interior, mostrando los sillares derrumbados de los pilares y los límites del piso (Archivo del INAH, México).

103.



104. La entrada al Palacio de Quetzalpapotl poco después de la excavación, mostrando los escalones descubiertos y el inicio de la reconstrucción de los faltantes (Archivo del 1NAH, México).

105. La misma escalinata terminada y construidas las columnas, paredes y techos del pórtico de acceso superior (ídem).



104.

105.

que a los otros dos se los cubrió con vigas pretensadas de concreto. Como era de suponer dada la utilización de mamposterías, techos y losa de diferentes materiales, parte del edificio comenzó a agrietarse a los pocos meses de terminado, por lo que hubo que hacer grandes intervenciones para reemplazar las vigas del aposento norte por viguetas de hierro que luego fueron recubiertas de madera. El piso del patio también fue reconstruido totalmente, y se hizo un desagüe en el centro, del que tampoco había evidencias. Las molduras de los muros pasaron por algo similar: como no había evidencias de su forma original se decidió hacerlas con una de las muchas soluciones que el mismo Acosta planteó, aclarando que "confesamos que la interpretación dada por nosotros será siempre hipotética, y si en el futuro se nos ocurre algo mejor, o si otro arqueólogo encuentra una solución más atinada, estaremos listos para cambiarla".[646]

En definitiva, todo el edificio fue reconstruido con cuestiones de esa índole. El pórtico de entrada, por ejemplo, fue hecho hasta una altura totalmente arbitraria, ya que "no existía ningún vestigio de la altura de ellos, no teniendo más remedio que establecerla por medio de la deducción".[647] Y para peor, en el extremo de ese mismo pórtico, como no se sabía cómo terminaba, se lo dejó en forma semidestruida, "de tal manera que dieran una impresión de antigüedad" .[648] También en esta sección se presentaron problemas estructurales y casi se cayó el techo, por lo que se tuvo que poner otro juego de vigas maestras a un lado de las existentes. Lo mismo sucedió con los estucos originales, que por el peso del techo comenzaron a desprenderse y tuvieron que cementarse a su núcleo.

Pero aparte de los problemas existentes, también se dieron soluciones excelentes, como la anastilosis de los pilares y el hecho de marcar con toda claridad la diferencia entre sus piedras originales y las nuevas, o la limpieza de las pinturas murales; aunque por otra parte, nunca se colocó un cartel que explicara que este edificio era nuevo y no auténtico: el Palacio de Quetzalpapalotl es algo así como Pompeya —una Pompeya del subdesarrollo—, que quedó intacta, pese a la destrucción del sitio completo, y perfecta para el consumo del turismo masivo.

13. Los enfrentamientos por el cambio: avances y retrocesos entre 1964 y 1980

El surgimiento de una nueva postura crítica (1964-1970)

Desde principios de la década del 60 se venían sintiendo, en México en particular y en toda América Latina en general, vientos de cambio. Los complejos procesos que vivía México en todos sus aspectos, especialmente en el cultural, eran los del surgimiento de una nueva generación que cuestionaba varios de los eternos principios sobre los cuales la burguesía tradicional había sostenido su **ciencia.** Las grandes preguntas eran: ¿para qué y para quién se conserva el patrimonio?, ¿estamos haciendo las cosas como se deberían hacer? Asimismo, la constante ideologización de los científicos pugnaba por un cambio radical en la arqueología, la antropología, la arquitectura y otras áreas conexas a la restauración. Desde Europa también llegaban nuevos aires: la posguerra había terminado y las perspectivas que se abrían eran entonces muy diferentes a las de los años 50. Se recibían propuestas de cambio y críticas muy serias a lo que se venía haciendo, aunque por lo general éstas caían en oídos sordos. La **Carta de Venecia** llegó en 1964 a México, pero sólo en 1968 un arqueólogo, Jorge Acosta, publicó un pequeño libro en el que aclaraba su postura al respecto, especificando la forma que aplicaba para separar y mostrar lo que era nuevo y lo que era antiguo en una reconstrucción.[649] Era la primera vez que alguien escribía sobre el tema, después de 45 años de aplicar esas técnicas en forma constante.

También a nivel institucional se vieron cambios: la fundación, por Manuel del Castillo Negrete de la Escuela de Conservación, Restauración y Museografía, basada en las tendencias europeas vigentes, fue un golpe fuerte para la tradicional forma de hacer las cosas en el país. A ella llegó Paul Coremans, el especialista belga,[650] a dar conferencias y asesorar en problemas específicos de conservación, como el de las pinturas de Bonampak, desarrollando proyectos de gran avanzada tecnológica para la época.

En los campos cercanos a la restauración se estaban sucediendo los libros que presentaban nuevas posturas ante la realidad: podemos recordar a Oscar Lewis y los inicios de la nueva antropología comprometida,[651] a Angel Palerm que presentó una visión marxista de la etnología,[652] los primeros libros de Adolfo Sánchez Vázquez sobre una nueva concepción del arte y la estética,[653] y la llegada de la New Archaeology desde los Estados Unidos. Esta nueva tendencia norteamericana en el quehacer arqueológico presentaba una visión muy diferente a la tradicional. Se hablaba ahora de recorridos de superficie en lugar de grandes excavaciones, de no reconstruir ya que ello nada aportaba al conocimiento del pasado, de problemas de comercio, demografía, estructura social, y una serie de elementos que fueron minando, aunque muy lentamente, lo que Palerm llamaba el "complejo ceremonial" de los arqueólogos. Para comprender el pasado era mejor explorar varios asentamientos pequeños que uno muy grande; para saber cómo vivía la gente había que excavar unidades de vivienda y no grandes pirámides. Por supuesto, esta forma de hacer arqueología no era la panacea ni cosa por el estilo, pero abría nuevos panoramas, que sumados al impacto de la inclusión del Modo de Producción Asiático a las polémicas antropológicas, generaban una nueva forma de ver la antigüedad.

Este proceso culminó con los movimientos populares de 1968, en que los estudiantes y profesores tuvieron clara conciencia de que esta vez, realmente, se estaba gestando algo nuevo. Un buen ejemplo fue la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, realizada en 1966,[654] en el Museo Nacional de Antropología recién inaugurado. El INAH presentó sus ponencias con los resultados de sus trabajos recientes, en su mayoría tareas de reconstrucción y

tendientes a destacar la obra turística realizada en Teotihuacan. La Universidad de Rochester y René Millon mostraron en cambio un panorama del proceso histórico de la antigua ciudad: extensión por cada época, número de habitantes por zona y por época, una nueva cronología más acertada y una interpretación, aunque todavía incipiente, del porqué de su nacimiento, desarrollo y muerte. Sin hacer una sola reconstrucción, habían podido entender mejor a Teotihuacan que con los trabajos conjuntos de los cien años anteriores: esto dio que pensar, y mucho.

Pero el área donde los cambios se estaban dando más aceleradamente era la antropología. Y en la medida en que la arqueología en México está inserta en la antropología, este proceso era de alto impacto. La serie casi ininterrumpida de artículos que se iban publicando, muchas veces en forma facsimilar, mostraban lo complejo de la situación: podemos mencionar los escritos de Louise Paré, Rodolfo S tavenhagen, Angel Palerm, Andrés Medina y Carlós García Mora entre otros, los que causaron revuelo *y* estupor en los círculos cuasi-herméticos de los restauradores. En síntesis, se estaba replanteando la historia misma de la antropología mexicana, entendiendo su inserción en la estructura y consolidación del estado y el papel que los profesionales jugaron en relación al indígena; de allí surgió la tendencia a independizarse de las corrientes de moda en el exterior. Al irse cerrando la etapa más aguda de la crisis —es decir hacia 1975—, Angel Palerm escribía que "detrás de la disputa actual hay una larga historia de insatisfacciones y desaliento; de críticas nunca escuchadas con seriedad; de peticiones de reforma no atendidas y de rebeldías frustradas. Lo que sorprende es que la armadura burocrática resistiera con tal imperturbable firmeza las presiones por obtener cambios."

Estos cambios iban poco a poco asomándose al mundo de la restauración por dos vías simultáneas: la de una joven generación ávida de ver críticamente lo realizado, en base a la explosión de 1968 que pedía una revisión a fondo de muchos hechos de la cultura, y la resultante de mirar hacia afuera, al resto del mundo, y ver con asombro que las cosas habían cambiado. Los libros que llegaban, las revistas, tenían ejemplos de trabajos ya realizados muy diferentes a todo lo que antes se había tenido como modelo perfecto; esto creaba dudas y abría puertas a caminos insospechados hasta el momento. Los libros ya traducidos al español[655] no hablaban de otra cosa que de la consolidación y la anastilosis. Pero el impacto iba dejando huellas y si bien los frutos germinaron años más tarde, fue en estas épocas difíciles cuando se inició el proceso. Por ejemplo, en 1965 circuló una ponencia de Roberto Pane, presentada en Venecia en 1964 y que rápidamente fue publicada en español.[656] En ella decía cosas fuertes, del siguiente tenor:

"El monumento ya no es una individualidad histórica que se tiene que conservar en cuanto tal, sino un puro y simple objeto de consumo, y consecuentemente, la misma manera con la cual se custodia está estrictamente subordinada a tal destino. Sucede pues, que termina por influenciar en el peor sentido los criterios de la moderna conservación, precisamente porque al no ser ya la integridad histórica la **conditio sine qua non** de la obra de restauración, son bastante frecuentemente realizadas macizas reconstrucciones a fin de que se pueda ver en ellas algo más que una simple ruina, y en consecuencia, el objeto de consumo responde mejor a su precio (...) en cuanto dichos bienes aparezcan en ruinas o sean amenazadas de destrucción, las podremos rehacer con toda aproximación y verosimilitud, es decir, de la misma manera con que sustituimos un automóvil en mal estado por uno nuevo."[657]

Toda la ponencia era una sátira a las reconstrucciones que, en todo el mundo, habían causado daños irreversibles al patrimonio cultural. Y si bien para esta época en Estados Unidos y en Europa el proceso se había detenido, en nuestras tierras solamente se oían quejas aisladas, pero nada más. Era introducir en la polémica conceptos nuevos, tales como tener que aceptar que para el turismo trasnacional las ruinas no eran más que mercancías que producían divisas, y que la acción del restaurador tenía una clara connotación de servicio al régimen del momento. "Nosotros no deseamos conservar los monumentos del pasado para que ellos sean un mundo de imágenes peregrinas para refugio de la nostalgia, sino para que ellos formen el patrimonio vivo y actual de nuestro presente."[658] Era aceptar que una iglesia o una pirámide podían jugar un papel dinámico, movilizador de las comunidades y de la población, que podía ser utilizado para bien o para mal: "es la industria cultural la que impone manipulaciones contrarias a una cultura exigente, así como niega los requisitos de autenticidad que condicionan la validez de todo documento histórico."[659]

Para fines del período que estamos analizando, es decir en 1970, otro artículo de Pane fue publicado en la Escuela de Arquitectura bajo el título de **La actualidad del ambiente antiguo**.[660] En este escrito se establecía la importancia de mantener un entorno de características racionales, frente al fracaso del funcionalismo de la tecnocracia europea de Le Corbusier. Y la única alternativa viable eran los centros históricos: "una integración aceptable de las preexistencias antiguas en la vida actual, solamente será alcanzada cuando la arquitectura haya vuelto a adquirir significados humanos y una costumbre social renovada haya afirmado la absoluta prioridad del interés público sobre el privado", y que "la civilización no se identifica con el progreso de la ciencia y la técnica, sino que más bien sus premisas se fundan justamente en la superación de tal equívoco; si estamos bien persuadidos de esto, ninguna razón en el mundo podrá obligara aceptar, como necesaria e inevitable, la dimensión del caos." Era el inicio de un largo camino de toma de conciencia de los errores cometidos —y de lo bueno realizado también—, para poder comenzar a replantear la restauración. En cuanto a los monumentos coloniales, también fueron éstos los años en que los arquitectos se dieron cuenta de que existía el urbanismo, y que únicamente insertando la restauración en los planes de desarrollo a escala nacional, era como se podía encontrar una política de salvaguardia que fuera efectiva.

La Carta de Venecia (1964): su importancia e impacto

Desde principios de la década del 60 soplaban vientos confusos dentro del ambiente de la restauración en México. Hubieron críticas más o menos abiertas, y se difundieron bibliografías de otros países que, por intermedio de UNESCO o de ICOMOS, mostraban que los trabajos arqueológicos estaban quedándose rezagados en relación con el papel que habían jugado anteriormente, tanto en el nivel técnico como en los grandes proyectos de restauración, aún centrados en la reconstrucción, y muchas veces marcadamente hipotéticos. Algunos pioneros predicaban en el desierto pero prácticamente nada era lo que se podía cambiar. El sistema era inamovible y no aceptaba críticas de ninguna índole. También el país cambiaba. Los movimientos estudiantiles que culminarían en 1968 eran importantes, y los propios alumnos de la Escuela Nacional de Antropología planteaban polémicas de tipo político, ideológico y también específico.[661] Las cosas estaban cambiando, México estaba cambiando, pero algunas instituciones pretendían mantenerse incólumes. No había lugar ni para jóvenes ni para sus ideas; fue en ese preciso momento en que la **Carta de Venecia** llegó al país.

Esta **Carta** de carácter internacional, redactada en 1964 como conclusión al II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos realizado en Venecia, tuvo como objeto ampliar la anterior, preparada en Atenas en 1931. Pero esta vez dos mexicanos participaron en su redacción —Salvador Díaz Berrio y Carlos Flores Marini—, y si bien ninguno de los dos participaba de la restauración de monumentos arqueológicos, difundieron y promovieron la discusión de este documento en todos los ámbitos. Por supuesto, sólo la nueva generación de estudiantes lo tomó con seriedad y entendió el fondo de su mensaje. La **Carta,** suficientemente amplia como debía ser, no se restringía a casos particulares ni a problemáticas concretas; y si bien desde la arqueología prehispánica podrían hacerse aportaciones, era un instrumento excepcionalmente bueno para la conservación en el mundo, en especial para los páises que sí necesitaban escuchar un poco lo que pasaba en el resto del mundo, para aprender de ello.

En cuanto al contenido, era sumamente clara sobre las formas de intervenir un monumento. Por ejemplo, decía:

"La restauración es una operación que debe tener un carácter excepcional. Tiene como fin conservar y revelar los valores estéticos e históricos de un monumento y se fundamenta en el respeto hacia los elementos antiguos y las partes auténticas. Se detiene en el momento en que comienza la hipótesis; más allá, todo complemento reconocido como indispensable se destacará de la composición arquitectónica y llevará el sello de nuestro tiempo."[662]

Este párrafo por sí solo cuestionaba la restauración que se hacía en México, ya que era algo establecido y era parte del quehacer arqueológico que no podía pensarse en una excavación sin una posterior reconstrucción. Para la carta debía ser en cambio, algo de "carácter excepcional", y lo que era más doloroso, debía detenerse cuando faltaran evidencias suficientes. Pero había aún más, ya que "los elementos destinados a reemplazar las partes que faltan, deben integrarse armónicamente en el conjunto, pero distinguiéndose a su vez de las partes originales a fin de que la restauración no falsifique el documento de arte y de historia".[663]

También se hacían serios planteamientos respecto al entorno del edificio, la no destrucción de épocas y etapas constructivas en favor de una cualquiera, y otras tantas cuestiones que literalmente atentaban contra lo establecido desde hacía ya más de medio siglo. Pero el menos aceptado era el artículo 15, que decía:

"Todo trabajo de reconstrucción deberá excluirse *a priori;* tan sólo la anastilosis o recomposición de las partes existentes pero desmembradas, puede tenerse en cuenta. Los elementos de integración se reconocerán siempre y representarán el mínimo necesario para asegurar las condiciones de conservación de un monumento y restablecer la continuidad de sus formas."[664]

Como puede verse, la reconstrucción quedaba prohibida, y únicamente era aceptable la anastilosis. Era un hueso muy duro de roer para la arqueología de nuestro continente, y en especial para la arquitectura, que no fue realizada con grandes sillares de piedra como en Europa sino mediante mampostería de piedras irregulares. La cuestión entonces se dividió en dos posiciones diferentes: la de quienes la desconocieron considerándola inoperante y la de quienes la aceptaron haciéndole críticas constructivas.[665] Hubo que esperar varios años para que la polémica tuviera un mayor alcance y trascendiera. Por supuesto, ello no logró imponer las ideas de la **Carta** sino hasta cinco o seis años después, pero eso ya es parte de otra historia, que incluiría la reacción de los grupos tradicionalistas que encararon en esos años los trabajos de reconstrucción de mayor envergadura jamás vistos en nuestro continente: Cholula y Teotihuacan.

Las Normas de Quito, o cómo salvar al patrimonio sin afectar el sistema económico-político (1968)

Es bien conocida por todos la triste realidad que ocultó para América Latina la Alianza para el Progreso, impulsada por los Estados Unidos durante el gobierno de John Kennedy. Este proyecto para el continente no era exclusivamente económico o político, sino que cubría sectores mucho más amplios de la cultura y la educación a través de la OEA y otros organismos internacionales. Sus objetivos fueron claros —aunque la publicidad encandiló a algunos buenos intelectuales—, y si beneficiaron a alguien, fue justamente a quienes lo impulsaron: a Estados Unidos y su sistema trasnacional

de grandes empresas. La restauración no se pudo escapar de esto, pero en cierta forma salió favorecida, aunque más no fuera en cuanto a lo económico y ala fundación de algunos organismos para la conservación en varios de nuestros países. Por lo demás, resultó en la redefinición del patrimonio como un recurso económico, capaz de ser explotado en beneficio del turismo. La reunión de la cual emanaron estas normas se realizó en la ciudad de Quito en noviembre de 1967, y fueron publicadas a principios de 1968, y sus planteamientos fueron: la instrumentación del concepto de **puesta en valor,** la utilización turística del patrimonio y los mecanismos para articular a éste con la economía y el desarrollo a escala nacional.

Las **Normas,** que no vamos a reseñar en extenso dado que son fácilmente accesibles,[666] tienen una estructura clara y precisa en cuanto al mensaje que transmiten: se basan en el hecho de que los países latinoamericanos están viendo destruir a un ritmo acelerado sus sitios históricos y arqueológicos, y que la única salida real al problema es la " formulación de un plan sistemático de revalorización de los bienes patrimoniales en función del desarrollo económico social".[667] Quede claro que la cultura no era parte del propio desarrollo, sino que era un fenómeno externo, que debía estar "en función"de aquél.

En el Apartado II, es decir en las consideraciones generales, se estipula que no sólo deben protegerse los monumentos, sino también todos los sitios y entornos que los enmarcan, y aclara las diferencias entre los monumentos y los bienes de significación histórica o artística que los acompañan. Se aclara que "todo monumento nacional está implícitamente destinado a cumplir una función social" aunque el estado es quien debe mediar para que esto sea "compatible con' la propiedad privada y el interés de los particulares".[668] Esto era importante, ya que una cosa es que el estado expropie en función de sus intereses (o los colectivos), y otra cosa es atentar contra el concepto de propiedad privada, ya que eso significaría atentar contra el propio sistema imperante.

La tercera parte de las normas está dedicada a "El patrimonio monumental y el momento americano", y sin dudas representa bien los verdaderos fines de este documento. En principio es interesante observar que se parte de una definición idealista e irreal de lo que es nuestro continente: se habla de una América que se halla comprometida en un gran "esfuerzo desarrollista" y en una "transformación progresiva de las estructuras económico-sociales".[669] Hoy, a veinte años de distancia, lo único que podemos apreciar a escala continental son los cambios en las dictaduras militares (recordemos que hay pocos países con gobiernos elegidos por el pueblo), y la pauperización constante de las clases medias y de los sectores proletarios. La demagogia nunca ha sido buena para la cultura. Y por otra parte se presenta un cuadro desolador en lo que tiene que ver con el patrimonio, que ha sido destruido por la ineficiencia de los gobiernos y "un mal entendido y peor administrado progreso urbano".[670] De esto último no nos cabe la menor duda, pero nos preguntamos ¿quiénes son los que van a enseñar a los gobiernos a hacer las cosas bien? La causa por la cual las grandes obras de infraestructura y el vandalismo urbanístico destruyen nuestro patrimonio americano no es un problema de administración; es un problema que hace al propio modelo de desarrollo utilizado: conservación y dependencia no son un dúo que pueda correr parejo.

Para solucionar esta situación, la Alianza para el Progreso nos da el capítulo IV, idílicamente titulado "La solución conciliatoria". Allí se nos deja entrever que el problema puede terminarse si procedemos sabiendo que "una elevación del nivel de vida debe limitarse a la realización de un bienestar material progresivo".[671] Nada de revoluciones, nada de enfrentamientos, nada de nuevas Cuba. Todo con mesura y armonía, sin apresurarse, sin críticas ni sobresaltos. Algo así como el bíblico "todo lo que se quiera debajo del cielo tiene su tiempo". Para todo esto, era necesario encontrar la alternativa que permitiera evitar los conflictos entre el desarrollo urbano, anárquico y especulativo, con la salvaguardia patrimonial. Para ello, la solución era tratarlo como un mero mecanismo econónico más, capaz de producir plusvalía y ganancias en dinero. Eso es el Apartado V, en el cual se hace la valoración económica de los monumentos, los que son equiparados a las riquezas naturales. De allí se pasa directamente entonces al concepto de **puesta en valor,** definiéndolo como "poner en productividad una riqueza inexplorada mediante un proceso de revalorización que lejos de mermar su significación puramente histórica o artística, la acrecienta, pasándola del dominio exclusivo de minorías eruditas al conocimiento y disfrute de mayorías populares".[672] Como si el turismo no fuera elitista y socialmente exclusivo.

Pero el meollo de la cuestión se centra en un párrafo posterior, cuando leemos que la **puesta en valor** es "una acción sistemática, eminentemente técnica".[673] Por supuesto, no se iban a proponer que fuera una acción política, o social, o de enfrentamiento con el sistema imperante. Sólo es cuestión de dejar que los estados se convenzan de lo bueno que es cuidar el patrimonio (cosa que aún estamos esperando que suceda), y luego nos contraten para cuidarlo. La apoliticidad campeó triunfante: la restauración es un problema técnico exclusivamente, y por eso en 1984 ya había 60% de desocupación de arquitectos restauradores en México, el país latinoamericano que más trabaja en el tema.[674] Pero esto no importa; según las **Normas,** sólo era cuestión de que "en la medida que un monumento atrae la atención del visitante, aumentará la demanda de comerciantes interesados en instalar establecimientos apropiados a su sombra protectora".[675] Todo para las transnacionales de la hotelería y el transporte, quienes sólo instan al turismo de masas a que se visiten ciertos sitios previamente seleccionados —y que cuentan con sus servicios de hotelería—; de los demás nadie se entera.

106. La reconstrucción de Cholula fue desencadenante de grandes polémicas: se aprecia el inicio de la obra del primer talud de la pirámide hecho con sillares de cemento y piedras talladas ex-profeso (Archivo del INAH, México).

107. La misma pirám ide ya completada hasta la altura del tercer talud, incluidos los tableros y la escalinata frontal (foto DS).

108. El conjunto monumental de Teotenango, reconstruido en la tradición de Teotihuacan de rehacer sectores completos, durante los años 1971-75: representó el esfuerzo final de esta tendencia turística (Secretaría de Turismo, México).



106.

107.



108.

La Sección VII pone a "los monumentos en función del turismo", aclarando de entrada que "los valores propiamente culturales no se desnaturalizan ni comprometen al vincularse a los intereses turísticos". Craso error: el turismo no cuida el patrimonio sino que lo utiliza, impulsando la colocación por ejemplo de equipos de luz y sonido, no la restauración y cuidado de los sitios. Los transforma en mercancías, desnaturalizándolos; no tiene por objetivo difundir cultura, sino ganar dinero. No contribuye a "exaltar los valores del espíritu", ni tiene nada que ver el hecho de que en Europa el turismo haya ayudado a conservar edificios y sitios históricos. América Latina no es Europa. El impacto destructor que el turismo ha causado sobre las comunidades campesinas cercanas a los sitios arqueológicos ya ha sido estudiado parcialmente, y está demostrado que en nuestro continente, el turismo no es una forma de desarrollo sino por el contrario, una clara manera de mantener el subdesarrollo.[676] A veces las apariencias engañan. En resumidas cuentas, el resto de estas Normas profundiza en la posibilidad de utilizar turísticamente el patrimonio, y en dar una serie de recomendaciones a los gobiernos a nivel nacional e internacional, las que son del todo correctas, incluyendo una serie de medidas técnicas y legales que ojalá se pusieran en práctica. Si bien no serían la solución total a los problemas de nuestro patrimonio americano, quizás éste estaría un poco mejor de lo que está actualmente. Por otra parte, dieron más fuerza ala **Carta de Venecia,** al postular su necesaria aplicación en América Latina.

Auge y decadencia de las teorías reaccionarias (1964-1970)

A partir de la finalización en 1964 de los trabajos en Teotihuacan, las críticas contra las intervenciones de tipo reconstructivo fueron en aumento. El país pasaba por un proceso difícil, que culminó con los enfrentamientos de 1968 que pusieron en evidencia la cruda realidad que se ocultaba tras la demagogia. El alumnado de las universidades exigía cambios en sus programas de estudio y en la forma de enseñar y aprender. Los intelectuales vivían un proceso complejo de introducción del marxismo como modelo teórico para comprender la realidad,[677] y en el campo de la restauración se vivían cambios: la creación de nuevas instituciones[678] y la llegada de normas internacionales como la **Carta de Venecia** o las **Normas de Quito.** Desde 1967 el ICOMOS realizaba reuniones internacionales para tratar el problema de la restauración y dejaba llegar a nuestro continente críticas fuertes y profundas. Y todo esto le dolía mucho a los grupos conservadores, a aquellos que con intereses sinceros o no en la restauración, lo que querían era mantener el *statu quo.* Todo cambio era peligroso, y toda crítica era subversiva del orden establecido. Pero como no se trataba de gente torpe sino todo lo contrario, se montó un proceso de reestructuración de los cuadros humanos y una reelaboración de las teorías que justificaban sus procederes.

Este proceso contestatario surgió desordenadamente, pero con ímpetu: hubieron libros y también restauraciones. El ejemplo de Teotihuacan fue llevado a su máxima expresión con la reconstrucción de Santa Cecilia Acatitlán, obra que planteó por primera vez en México la posibilidad de sobrepasar las hipótesis más arriesgadas y construir una pirámide nueva haciéndola pasar por antigua. Ya no era una reconstrucción en los términos tradicionales; ahora todo era válido: la imaginación no tenía fronteras. Había que contrarrestara los jóvenes críticos, que habían intentado su propio proyecto en Cholula en 1966. Había que mostrarles no sólo con la teoría sino también con la práctica, quién manejaba las riendas. Muchas son las publicaciones que podemos enumerar dentro de este proceso, ya que no sólo se escribieron libros y artículos, sino que también se realizaron congresos y editaron sus memorias. Se le dio un gran impulso a la iniciativa privada, y se fomentó que algunas fundaciones "de caridad" aportaran fondos para la restauración.[679] Tanto en los monumentos coloniales como en los arqueológicos la tendencia fue similar, y en los aspectos teóricos se vio florecer las posiciones axiologistas, impulsadas por textos de José Villagrán García, quien utilizando terminología populista consiguió, magistralmente, edificar toda una teoría de la restauración basada en el idealismo, la acientificidad y la negación del papel social de la conservación. Se impusieron modelos europeos, sobre todo el de Varsovia, como ejemplo para México, sin entender en lo más mínimo lo que realmente significó la restauración de la capital polaca.[680]

El caso más interesante de esos años, y donde se mostró la realidad que había en todo el fenómeno, fue la polémica suscitada por la destrucción parcial de la Catedral en un incendio.[681] Desde un primer momento se planteó que sólo había dos posiciones a tomar, polarizando así un diálogo que pudo haber sido constructivo, y transformándolo en una serie de polémicas que sólo perseguían encumbramientos personales. Los intelectuales sanos y limpios, que verdaderamente estaban interesados en el futuro de la Catedral, fueron desplazados por los trepadores de siempre, quienes lograron incluso apoyo de especialistas europeos de amplio prestigio a los que presentaron la situación como si sólo hubieran dos posiciones a tomar. En realidad esta polémica, que seguramente alguien revisará con detenimiento algún día, se había transformado en absurda por ambas partes. Ambos bandos acudían a **la Carta de Venecia,** tanto los que querían reconstruir todo de nuevo, como los que querían modificar el espacio y los accesos. Ambos bandos iban contra la **Carta,** y ambos negaban una situación intermedia, y el resultado fue el triunfo de la reconstrucción, o mejor dicho, de la falsificación. Aparentemente, se creyó que nadie se daría cuenta de que el Altar del Perdón, la sillería, los órganos y las pinturas son obras del siglo XX. Ni siquiera se dejaron los restos que se salvaron del incendio, no se publicaron los trabajos realizados, ni hay una placa que identifique qué es lo nuevo. No es casual tampoco que ese grupo tuviera el apoyo abierto de las grandes empresas y un presupuesto notable.[682]

Pero todo el movimiento que estamos reseñando necesitaba urgentemente de una teoría que lo convalidara. Una cosa era proceder a reconstruir arbitrariamente un monumento, otra, poder justificarlo públicamente. La teoría llegó rápidamente de la mano de dos personajes famosos por entonces: Juan de la Encina y José Villagrán García. El uno construyó toda una interpretación teológica del arte; el otro, una visión idealista de la restauración. Tuvieron su auge, después su decadencia. En el caso de Juan de la Encina es importante destacar, más que su papel como teórico que considero endeble, su obra como educador. Es indiscutible que formó toda una generación de historiadores de la arquitectura, y que su cátedra fue semillero para que de allí surgieran estudios de profundidad, más allá de las posiciones ideológicas de los alumnos. De la Encina, español refugiado, traía de su tierra natal una formación profunda y sistemática, pero representando una corriente decimonónica del pensamiento: cuando la presentó en México durante los años 1955-1962, ya no tenía aceptación en Europa desde hacía tiempo. De la Encina trató de impulsar una visión axiomática, esteticista e idealista, y por lo tanto, poco científica. Definía el estilo, por ejemplo, diciendo que en realidad existen dos variedades de él, el natural y el producido por el hombre. El primero de ellos "es obra de aliento cósmico todocreador", mientras que el otro "es obra de la capacidad expresiva y necesidad estética del hombre, lo cual no quiere decir que también no sea cósmico".[683] Y lo completaba diciendo que "el estilo es, por una parte, el instrumento de la expresión; por otra parte, una fuerza espiritual cuya misión es dar forma a los sentimientos, a los pensamientos e invenciones del espíritu".[684] Todos sus libros son el resultado de amalgamar fuerzas psíquicas y expresiones espirituales, sensibilidades y actos creativos por amor. "Por 'el universo todo corre una fuerza cósmica que necesita expresarse, y se expresa, y esta fuerza es precisamente la creadora del estilo en su sentido más alto."[685] Este mensaje llegó en un momento en que ciertos sectores necesitaban precisamente de este tipo de definiciones.

En 1966 se produjo un acontecimiento importante en la restauración mexicana: el más conocido teórico de la arquitectura, José Villagrán García, iba a presentar una serie de ideas acerca de la conservación. Villagrán había sido uno de los introductores del funcionalismo en México durante la década del 20, y luego se transformó en el ideólogo oficial de la arquitectura. Ahora se esperaba su aporte, que permitiría consolidar un cuerpo teórico nacional y de supuesto valor universal. Sus conferencias se publicaron un año más tarde con el título de **Arquitectura** y **restauración de monumentos;** luego se hicieron varias reediciones más.[686] El estudio de Villagrán es verdaderamente importante, ya que por primera vez en el país se intentaba construir un modelo conceptual para analizar la restauración. Por supuesto no se apartaba de su **Teoría de la arquitectura** desarrollada años antes, y en el cual establecía un sistema axiológico, es decir, de valores, desde los cuales se levantaba todo su pensamiento. Fue la síntesis del pensamiento idealista desligado de toda realidad concreta, una postura espiritual, metafísica, ante la cruda realidad circundante. Villagrán logró lo que otros no habían podido hacer: darle un cariz científico a lo acientífico, social a lo asocial, concreto a lo ideal.

Si revisamos el texto, está plagado de términos vagos, indefinibles, tales como "espíritu", "conciencia", "dios", "meditar" , "creación espiritual" y otros similares. Desde un principio aclara que el método a utilizar en la búsqueda histórica de la restauración es el de Dilthey, concretamente su libro **Esencia de la filosofía.** No hay duda de que Dilthey fue un gran pensador, pero fue un idealista que, al igual que Villagrán, heredó su esquema de pensamiento del idealismo germánico del siglo XIX. La primera parte del libro es un intento de unificar las teorías de Viollet-le-Duc, de Ruskin y la **Carta de Venecia,** encontrando los elementos en común y dejando de lado las contradicciones. Aquí es cuando comienza a realizar malabarismos teóricos. No sólo le da importancia a lo que él quiere, desconociendo el resto, sino que selecciona arbitrariamente algunas restauraciones o "la actitud ante ellas", para sacar de esto lo que él, *a priori,* estaba buscando: la justificación de su propia teoría. Esto lo lleva por oscuros senderos en los cuales afloran frases como la siguiente: "esta operación profundamente humana, ala vez que cósmica, del construir",[687] la cual, si bien puede parecer bella, en realidad no dice nada.

La segunda parte del libro está ya centrada en lo que desde el principio era obvio: justificar su concepción axiológica. Se estipula que existen cuatro valores en la arquitectura—y sólo cuatro—, los que a su vez son totalmente independientes entre sí. Y se aclara que, para demostrar que esto es así, pueden "en su apoyo, aducirse doctrinas axiológicas de una actualidad tal, que por ello persisten en la palestra"[688] A renglón seguido, aunque sin citar esas supuestas teorías, pasa a definir cada uno de los cuatro grandes valores: lo útil, lo factológico, lo estético y lo social. Cada uno es eterno, inmutable, y no tiene contactos con los otros. Estos cuatro valores ahistóricos son manejados con una libertad muy grande, ya que lo estético no tiene nada que ver con lo social, y no está definido por las sociedades que lo producen. Lo útil también sería un valor inmutable, y no está en función de los hombres que utilizan la arquitectura. Es una concepción que, pese a la demagogia de incluir lo social, en realidad lo está negando.

Las ideas esgrimidas, de las que no vamos a demostrar su nulidad aquí porque otros ya lo hicieron a partir de 1968,[689] son tan difusas que permiten decir al autor que un edificio reconstruido o incluso una copia de un original, tiene el mismo valor estético que un original. "La creación estética va más allá de su objetivación física y la validez perdura aún cuando la materia original física caduca".[690] Por suerte, este concepto llegó en 1966, si no ¡cuántos monumentos del pasado hubieran pasado a ser copias en concreto! Respecto al valor social se hace algo similar a lo anterior. Se dice que el valor social, junto con el histórico, perduran en lo estético; por lo tanto, darle un valor social implicaría conservar lo estético

del edificio. Si bien es un problema de semántica, lo que se hacía era quitarle al término social todo su significado. La tercera parte del trabajo está dedicada a mostrar lo subjetivo de la restauración. Se parte de un error típico, que es el confundir el Siglo de las Luces (el siglo XVIII) con el siglo XIX. Luego el lector empieza a hundirse cada vez más en la metafísica: aparecen ideas difusas tales como "la proyección del espíritu", o se nos refiere a "una opinión bien autorizada y reciente, acerca de que la historia que se hace tiende a una verdad absoluta, cuya integridad seguramente sólo reside en dios."[691] Pero olvida mencionar quién da esa opinión autorizada y actual. A partir de esto, la idea rectora va a ser mostrar que los distintos arquitectos siempre dan respuestas diversas para un mismo problema, ya que el carácter de la restauración es totalmente personal, e incluso "también del azar". Se estipula que el restaurar supone objetividad, y que por lo tanto, cuando se reconstruye un edificio, el responsable puede dar una solución propia, personal, y que esa solución no puede ser invalidada por otro ya que la restauración es una creación artística. No sólo justificaba la reconstrucción hipotética sin pruebas, olvidándose de la **Carta de Venecia,** sino que también cerraba las puertas a toda crítica ulterior. "El derecho asiste tanto a quien reclama conservar el testigo arqueológico como a quien reclama hacerlo brillar en su plenitud formal estética". Para terminar, dos conceptos son vertidos en forma de resumen: "la validez estética de una obra de arquitectura persiste por encima de la permanencia de su materia arqueológica, pues procede de la creación objetivada y no de la perduración de lo físico-histórico del material". Y como si esto fuera poco "la validez social" está en "la ruina, en el monumento vivo y adaptado, y aún en la perfecta reconstrucción: el mensaje de una cultura se halla presente por encima de la autenticidad arqueológica".[692]

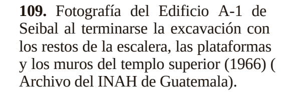
Toda esta construcción filosófica acerca de los valores que fue trasladada a la restauración, era una vieja postura ideológica que durante la Segunda Guerra había tenido una marcada influencia en los grupos más conservadores. Se trataba concretamente de la filosofía del nazismo, que conoció Villagrán García a través de los libros de Nikolai Hartmann y del ideólogo Rosemberg. Hartmann, el más importante filósofo del Tercer Reich escribía que "los valores constituyen un imperio trascendente del ser absoluto, al modo de las ideas platónicas"; y Rosemberg, quien fue el justificador de los campos de concentración, llevó estas ideas al extremo de negar la capacidad del ser humano para siquiera discutir la existencia de los valores eternos. Era el absolutismo político, resultado del absolutismo ideológico.[693] Aunque parezca absurdo, nunca nadie denunció el trasfondo fascista de estas teorías; peor aún, fueron asumidas oficialmente por los cursos de posgrado como la única teoría válida. Entre 1960 y 1965 se publicaron trabajos que dieron visiones similares del problema. Por ejemplo, Ricardo de Robina decía que:

"La problemática de la restauración es infinita; no puede estar sujeta a rígidas reglamentaciones. Una codificación de especificaciones no puede ser el sustituto de lo que tiene que ser intuición y conocimiento arquitectónico y estético, traducido a proyectos de restauración en que todos los elementos nuevos y antiguos respondan a una misma finalidad estética. La obra de restauración no es la obra del historiador ni menos la del erudito; éstos pueden proporcionar material para el conocimiento íntimo de la obra. Dado su carácter creativo, solamente el "arquitecto creativo" puede dar la solución al problema arquitectónico de la restauración".[694]

Lo más notable de las teorías de Villagrán no fue tanto el hecho de haberlas elaborado sino la rápida aceptación que tuvieron. Si bien para 1968 ya estaban publicándose trabajos que intentaban refutarlas, perduró triunfante por muchos años más. Incluso hubo quienes las quisieron ensalzar mediante síntesis, aportes y reelaboraciones. Hay casos por demás simpáticos como el siguiente, ocurrido tan tardíamente como 1973. En una ponencia, Manuel Sánchez Santoveña trató de redefinir la axiología villagraniana, con lo que llegó ala conclusión siguiente: "la conservación y la restauración tienen por meta la puesta en valor de edificios o ciudades".[695] No necesita ser demostrado el absurdo de reducir toda la conservación del patrimonio cultural a la **puesta en valor.**

Pero sí es interesante observar con mayor detenimiento la teoría que se estaba propugnando como superación de la del maestro. Este nuevo modelo interpretativo partía de separar dos tipos de valores fundamentales, los "extrínsecos" y los " intrínsecos". El primero era el "cumplimiento de un concepto abstracto", y el segundo, "el grado de cumplimiento de la cosa". Este laberinto gnoseológico permitía, tras varias vueltas, arribar al hecho establecido —según él— de que la restauración no debía ser "sólo para los iniciados en los vericuetos de la historiografía, sino fundamentalmente, la de los espíritus más sensibles al lenguaje de las formas, que al de los estratos y las erudiciones".[696] Había que rescatar la integridad de la obra quitando superposiciones y aditamentos, reconstruirla en su totalidad, "rescatar la manera de ser de la obra, identificando sus peculiaridades, su individualidad, y mostrarla, aun cuando para ello sea necesario destruir".[697] Aquí no había **Carta de Venecia** ni cosa parecida: era necesario volver a darle al monumento su verdadero valor, ya que el "valor estético" se mantenía aunque el edificio se hiciera totalmente a nuevo. Y como era un problema de "valores", todo quedaba en manos de quien los estableciera.

Hubo muchos otros intentos de seguir adelante con esto. Por ejemplo, bastante más tardíamente, aunque sus inicios en el tema fueran muy anteriores a nuestras fechas de estudio, se publicaron varios trabajos de Bernardo y José Luis Calderón.[698] En ellos se hacía un intento de centrar la discusión en los aspectos meramente técnicos y empíricos de la restauración. Debido a que sus experiencias se dieron más que nada en la recimentación de edificios coloniales, eso los



109. Fotografía del Edificio A-1 de Seibal al terminarse la excavación con los restos de la escalera, las plataformas y los muros del templo superior (1966) (Archivo del INAH de Guatemala).

110. El mismo edificio al completarse la reconstrucción: fueron alineados los perfiles y completadas las partes faltantes con piedras nuevas (1967), hasta donde las evidencias podían permitirlo, aunque ya exagerando la intervención (ídem).

111. Fotografía de las únicas piedras pertenecientes a una bóveda descubiertas en la excavación, que hacían suponer la existencia de techos de ese tipo (ídem).

111a. Reconstrucción de las bóvedas en 1968: ejemplo de cómo se rebasaron los límites de la restauración (ídem).



109.



110.





111. **111a.**

llevó por un campo que, en la teoría, fue cada vez más difícil de sostener. Por ejemplo, en 1978, uno de los hermanos presentó una ponencia titulada **Reestructuración de monumentos: ¿un fin en sí mismo?**,[699] en la cual se resumían las opciones del restaurador sólo "puede optar entre una simple consolidación y reposición de elementos, iguales o semejantes a los originales, o cambiarlos por otros actuales". Pero ¿cuál es la diferencia entre ambas posturas? En la primera podemos consolidar y reponer elementos "iguales o semejantes", es decir, que no son los mismos. En la otra podemos cambiarlos por nuevos. La opción en realidad era más simple: podemos reconstruir o no, pero nunca dejar las cosas como están o en todo caso, sólo consolidadas.

Evidentemente esta reseña histórica es sumamente incompleta, y sólo ha querido presentar algunas ideas surgidas en esos difíciles años. Creo que son las más importantes, y su contenido muestra por qué fueron la base para las posiciones oficiales para la formación de cuadros basados en el empiricismo y la tecnocracia. La conservación del patrimonio cultural tenía que estar al servicio del estado, o a lo sumo de una élite, y no en función social: eso estaba claro y así debía ser, aunque fuera a costa de buena parte del patrimonio de México. El turismo trasnacional, eternamente agradecido.

Cholula: el enfrentamiento de las tendencias (1966-1968)

Fue Cholula el sitio en el cual la crisis se mostró en forma más palpable, ya que allí, la nueva generación de arqueólogos mexicanos trató de realizar una experiencia —la primera— de una arqueología no reconstructiva. La historia de este proyecto y su frustración es buena muestra del proceso que se estaba viviendo, y que desembocó en una reconstrucción clásica, desplazando así todas las buenas intenciones.

Las intervenciones en Cholula son de larga data, tan larga que no tiene sentido revisarla aquí.[700] Pero sí hay que recordar que la pirámide principal había sido explorada intensamente antes del proyecto que estamos reseñando. En 1932 se había llevado a cabo la primera de varias temporadas de exploración dirigidas por Ignacio Marquina y Emilio Cuevas. Los trabajos habían sido meramente exploratorios y se centraron en la realización de túneles para conocer la estructura interna y poder entender el proceso de construcción del edificio y a la vez poder fecharlo con cierta exactitud. Los túneles avanzaron muy lentamente por las grandes dificultades técnicas que significaban y en 1956 habían alcanzado una longitud de 800 m.; todo un récord para la arqueología americana. Se siguió el sistema de seguir taludes y escalinatas, con el objeto de obtener las formas básicas de cada superposición. Simultáneamente, se realizaron dos túneles que atravesaron la pirámide de lado a lado en ambas direcciones. Durante estos años se realizaron pocos trabajos de restauración y menos aún de conservación, ya que era poco lo que quedaba ala vista y casi no había técnicas elaboradas para conservar las pinturas (actualmente casi desaparecidas),[701] pese a que el director era uno de los principales impulsores de la corriente reconstructora de los monumentos prehispánicos.

Pero las cosas tomaron un cariz muy diferente a fines de 1965, cuando nuevamente el INAH planeó una nueva serie de temporadas de exploración en el sitio. Estos trabajos se iniciaron al año siguiente bajo la dirección de Miguel Mesmacher y Eduardo Matos, quienes propusieron un proyecto específico que por sus características teóricas representaba una nueva generación de investigadores que comenzaban a cuestionar el trabajo anterior, apoyados en posiciones político-ideológicas de características muy diferentes a las aplicadas hasta ese momento. Sucedió que el planteamiento de una investigación interdisciplinaria, que se preocupara no sólo por el pasado sino también por el presente, y que no tomara en cuenta la reconstrucción, no fue fácilmente aceptable para la tendencia predominante en el INAH. Y apenas iniciados los trabajos de campo éstos fueron abortados, cambiando el personal, los objetivos del proyecto y las técnicas del trabajo. La única sección del proyecto original que pudo salvarse fue la que abarcaba la etnografía y la antropología social. En general los investigadores continuaron parte de los trabajos, e incluso muchos de éstos vieron la luz años más tarde. Investigaciones como las de Mercedes Olivera, Guillermo Bonfil y otros, también fueron parte del proceso de cambio que sus propias especialidades estaban viviendo en esos años.

Vale la pena destacar la visión que sus contemporáneos tuvieron de ella, ya que muestra cómo en muchos casos de restauración las polémicas externas al propio monumento son definitorias de los trabajos que allí se realizan. Y a su vez, esas mismas obras son expresión cabal de la ideología imperante en cada momento histórico; Cholula es uno de los ejemplos más claros de esto. Por ejemplo, Eduardo Matos nos cuenta que:

> "Este caso insólito dentro de una disciplina que había sido en términos generales carente de un marco teórico específico (sea cual fuere), causaba molestias y no poco temor en quienes hasta entonces, habían manejado la arqueología mexicana, como quedó expresado antes. El proyecto además traía consigo una crítica ala arqueología realizada hasta el momento, y demostraba, por otra parte, que se podían realizar proyectos interdisciplinarios sin que necesariamente se tuvieran que construir pirámides **porque los gobernantes querían ver pirámides,** argumento muy manejado por quienes practican la **arqueología piramidal.** Pero ¿qué ocurrió con el proyecto? Fue desintegrado. Sin embargo, marcó un precedente importante, y lo que posteriormente se hizo en Cholula, especialmente por los arqueólogos, quedó eternizado en un monumento: **la pirámide de concreto."**[702]

La situación real de la antropología mexicana no podía permitir el desarrollo de trabajos definidos con ese carácter, por lo cual se produjo la renuncia de sus encargados, quienes fueron suplantados nuevamente por Ignacio Marquina y los representantes de la escuela de restauración reconstructiva: Jorge Acosta, Ponciano Salazar y Eduardo Contreras. Todos ellos arqueólogos de larga y fecunda trayectoria, pero que visto desde el presente, representaban justamente las posiciones conservadoras del INAH. Lo que estaba en juego no era simplemente un proyecto, sino el futuro inmediato de la antropología mexicana. El proyecto Cholula era cambiar de una visión globalizadora por las tradicionales reconstrucciones de edificios, desprovistas de su interpretación histórica. Era seguir haciendo pirámides para el turismo trasnacional, para justificar políticas oficiales.

La pirámide de la que estamos hablando es el resultado de un largo proceso histórico, iniciado probablemente hacia el 300 a.C. y continuado hasta la actualidad, mediante superposiciones, añadidos, cambios y modificaciones de todo tipo, que hicieron que un basamento escalonado de 120 m. de lado (ya importante para su época), se transformara rápidamente en una masa de ladrillos de adobe y piedra trabajada y pintada de más de 300 m. de lado por unos 70 m. de altura. Es decir, una construcción imponente que, conjuntamente con sus similares de menor tamaño —de las que aún quedan restos—, y una traza en retícula, debieron significar uno de los más admirables ejemplos de urbanismo en la historia de la humanidad. El desarrollo histórico de esta construcción, en el que no nos vamos a extender mucho, es relativamente conocido: a partir del núcleo inicial, con su escalera frontal y restos de pintura mural, se sucedieron varias superposiciones cada vez de mayor tamaño y altura, de tal forma de dejar encerrada en su interior a la construcción más vieja. Las características arquitectónicas fueron variando con el tiempo, pero manteniéndose dentro de cierta independencia. Lógicamente los modelos formales de la arquitectura y la decoración están encerrados dentro de la tradición de la región central del país, aunque posee tableros y ornamentos diferentes de los demás centros urbanos, que como Teotihuacan o Tula, dominaron contemporáneamente grandes territorios. Se han descubierto pinturas murales, y el denominado **Friso de los bebedores de pulque**,[703] por problemas de conservación, nunca fue abierto al público; lo que de todas formas no ha impedido su parcial destrucción y desgaste paulatino.

Durante las primeras exploraciones, Ponciano Salazar descubrió en el frente oeste los fragmentos de un talud y tablero formado por grandes piedras talladas, pero que dada la gran cantidad de escombro que lo cubría, no fue posible estudiar con mayor detenimiento. Esto quedó así, a la vista, hasta que en 1967 se decidió continuar con su descombramiento. Es el edificio denominado F. La excavación arrojó resultados muy claros, ya que pese a la notable destrucción a la que el edificio había sido sometido, era posible entender que fue un agregado tardío en la parte delantera de la pirámide mayor, y que había sido cubierta posteriormente por otra de burda terminación (la que fue totalmente desmantelada). Estaba compuesto de tres taludes con tableros superiores de unos 12 m. de altura cada uno; este basamento estaba unido a la gran pirámide y se encontraron tableros tipo Teotihuacan de 2,80 m. de alto en la unión de ambos edificios. Tal como los mismos descubridores nos dicen, estaban totalmente destruidos. Algunos párrafos publicados en las memorias de la excavación son de suficiente claridad para demostrar el estado en que se encontraba la pirámide:

"Fue apareciendo entonces lo poco que quedaba del edificio F recubierto de piedra."[704]
"Continuando la exploración aparecieron los restos de un tercer cuerpo muy destruido." [705]
"La cerámica encontrada en el núcleo y alrededor del monumento es de tipo semejante al Teotihuacan **III**, lo que permite fechar el monumento, que se encontró destruido en casi su totalidad."[706]

Las fotografías publicadas son prueba más que fehaciente de que en toda la construcción no quedaba más de una docena de piedras a la vista; todo lo demás era una masa informe. Pese a eso, ya que "el edificio amenazaba ruina" se decidió reconstruirlo totalmente, tal como había estado en origen. Es decir, fabricar en concreto miles de piezas para formar los rellenos, taludes, cornisas y tableros en una superficie de casi 10.000 m^2. Esta decisión no fue explicada ni fundamentada (o por lo menos no lo fue en la bibliografía), pese a la trascendencia que tiene. Incluso casi no se escribió al respecto, mientras que las exploraciones, por ejemplo de los pequeños altares, sí merecieron capítulos completos. ¿Cuál fue la razón que justificó **fabricar** una pirámide nueva, con materiales modernos, además de que el costo de este trabajo fue mayor que todo lo que hubiese costado realizar trabajos sistemáticos en toda la ciudad? Este punto merece intentar buscarle una respuesta. El responsable del trabajo le dedica un único párrafo en su memoria de excavación: "Se ha tenido el mayor cuidado en la conservación de lo que queda de este monumento".[707]

Por supuesto no fue el edificio F el único restaurado, pero sin duda fue el más discutido. El resto de las investigaciones casi no incluyeron trabajos de reconstrucción, sino que por lo general sólo se consolidaron o se agregaron piedras en pequeñas cantidades para dar una imagen más legible para el turismo. Concretamente, toda la Sección 3, el lado oeste, el Patio Sureste y la Plaza Suroeste, fueron trabajos técnicamente correctos, y el estado actual de la Plaza de los Altares, a la que rodean estos edificios por sus varios lados, tiene una clara superposición de etapas, quizás un poco demasido **encementadas**, pero que pueden leerse e interpretarse pese a las numerosas etapas de construcción que tuvo. Desde su trazado original hasta la última etapa, se encontraron 13 m. de edificios superpuestos. Asimismo los altares 1, 2 y 3 fueron reconstruidos totalmente, ya que se los encontró destruidos, y por su gran peso y dimensiones esto significó una tarea de gran esfuerzo.

En general mucho podría decirse de estos trabajos, tanto desde la arqueología como desde la restauración; bueno o malo, ya no importa. Lo interesante es mostrar lo que en realidad hubo detrás de todo el proyecto, cuáles fueron las causas para que se realizaran esos trabajos y de esa manera, incluso habiendo tenido una serie de precedentes polémicos. Son muchas y variadas las explicaciones que se han dado a lo largo de los últimos años respecto al proceso histórico de la restauración, pese a la evidente falta de trabajos teóricos acerca de ésta, y fundamentalmente a la casi inexistencia de una historia de nuestra especialidad, pero podemos apuntar algunas ideas que consideramos importantes. En primer lugar, Cholula muestra tres elementos destacables: la reconstrucción turística, el desdeñar las investigaciones de tipo general, e integrar el trabajo a las políticas turísticas. La ideología subyacente es clara y no vale la pena penetrar ahora en ella, ya que otros autores analizaron la situación con agudeza. Por ejemplo Jaime Litvak nos dice, basándose en el problema del turismo y la investigación, que:

"Este turismo que se convirtió rápidamente en uno de los apoyos más importantes de la balanza de pagos, enfrentó a la arqueología a una disyuntiva que hasta la fecha no ha podido resolver adecuadamente: la necesidad que el país tiene del insumo en divisas y la posibilidad de aprovechar la arqueología como parte de los factores que impulsarían el desarrollo de varias regiones contra factores que van desde la honradez profesional hasta posiciones ideológicas enfrentadas a la presencia de norteamericanos en México y que originaron toda suerte de polémicas, que se siguen dando, respecto a lo que era uno de los aspectos fundamentales de la práctica de la escuela mexicana: la restauración. Poco a poco el impulso que obligaba al arqueólogo a restaurar para formar una maqueta tamaño natural y mejor ver la gloria del México antiguo fue transformado en proyectos originados en la necesidad de controlar el influjo turístico. Los ataques no sólo fueron de orden ideológico o conservador a ultranza; una buena parte de ellos estuvo originada en que las nuevas posiciones teóricas, vigentes después de la Segunda Guerra Mundial, consideraron a la restauración excesiva como falsificación y la reprobaron en varios documentos como los publicados por ICOMOS en Venecia."[708]

Muchos otros autores alzaron su voz en relación a Cholula. Por ejemplo Julio César Olivé resumió la historia de la siguiente manera:

"La realización del proyecto quedó a cargo de una nueva generación de antropólogos, y el jefe de las exploraciones expresó la intención de reanudar la actitud científica de Gamio y contribuir al progreso del país, integrando ala estructura actual, el pasado. Se ambicionaba explicar los factores del fenómeno social y planear en torno al hombre el desarrollo futuro de la región, con vista a crear modelos científicos. (...) En 1967 se interrumpió el proyecto Cholula e hizo crisis el conflicto surgido entre sus dirigentes y las autoridades del INAH. A partir de octubre de 1967 se suspendieron las investigaciones de historia y folklore, el resto de las investigaciones cambiaron su sentido social, enfoque, métodos y quedaron bajo una coordinación arqueológica y encomendados directamente a las dependencias correspondientes del INAH. (...) Resulta muy instructivo el balance de este proyecto, que en su primera etapa se caracterizó por la cuantía de sus erogaciones y lo ambicioso de sus propósitos, sin haber tenido tiempo de llegar a resultados importantes. (...) Se hizo objetivo el conflicto entre la antropología oficial prevaleciente y las tendencias críticas de las nuevas generaciones, a quien se dio la oportunidad limitada de aplicar su criterio y conceptos, demostrándose su inmadurez para pasar de la crítica a las realizaciones. El que en las dos etapas del proyecto se hubiera establecido la finalidad turística, indica la radical diferencia entre la antropología mexicana, crítica y oficial, de nuestro tiempo, y la de la época de la Revolución Mexicana en desarrollo. Visto el conflicto generacional en un plano más elevado, podemos considerarlo una avanzada de la crisis del 68, con el planteamiento de la inquietud para superar el apoliticismo en que había caído la antropología oficial."[709]

También quisiéramos reproducir lo dicho poco después por Carlos Flores Marini respecto a esta corriente de la restauración:

"Se puede decir que en este aspecto poco se ha evolucionado desde Batres hasta nuestros días; indiscriminadamente se siguen aplicando las reconstrucciones, por analogía o hipotéticas, basadas en datos incompletos o fragmentarios, cuando no se llega a verdaderas herejías como la pirámide de concreto de Cholula. El criterio oficial al respecto ha sido el de reconstruir, pero si bien es cierto que ni Cholula ni Teotihuacán son la Acrópolis o el Foro Romano, en que la calidad del material y el detalle refinado predominan en su arquitectura, creemos que en las zonas arqueológicas de México se ha pecado de exceso al reconstruir, hasta niveles verdaderamente escenográficos, los basamentos y los palacios."[710]

Y esto es lo que dice Graziano Gasparini: "¿Y qué decir de lo que está sucediendo en Cholula? Las lamentables reconstrucciones en cemento que insultan la autenticidad de los restos arqueológicos, pretenden simular pirámides precolombinas y en cambio sólo logran destacarse como estériles imitaciones dignas de **un** escenógrafo de Hollywood".[711]

Nuevas restauraciones en Palenque (1967-1974)

Después de los trabajos de Alberto Ruz que finalizaron en 1958, las ruinas de Palenque quedaron prácticamente sin tocarse por casi 10 años. Fue esta vez Jorge Acosta quien propuso volver a trabajar en el sitio, que presentaba graves problemas de mantenimiento: los techos tenían entradas de agua por todas partes; se había derrumbado una bóveda y varias secciones de basamentos, y la zona presentaba una triste imagen de abandono. Este era uno de los problemas más graves de los sitios en zonas de alta pluviosidad y humedad, que se expresaba en constantes filtraciones producidas por la permeabilidad de las piedras y las roturas de los morteros a causa de la constante dilatación por los cambios de

temperatura. De allí que el nuevo proyecto no fue de exploración sino de mantenimiento y reparación de obras ya realizadas, a excepción de algunas intervenciones de restauración. Se excavó y reconstruyó el basamento del Palacio por tres lados, se completó el basamento del Templo de las Inscripciones y se reconstruyó el Templo XIV.[712] Los objetivos fueron claramente planteados por Acosta:

"Aunque no hubo propiamente un proyecto determinado, la intención primordial fue la de atacar todo lo que ocasionara deterioros y procurar poner un remedio que los preservara para el futuro. (...) Desde hace muchos años se ha venido discutiendo este problema y se ha insistido repetidas veces en que no se descubran más edificios mientras no se consoliden los que están en peligro de derrumbarse. Sin embargo, con pocas excepciones, esto no se ha llevado a cabo y cada año se realizan nuevas exploraciones que no hacen más que añadir nuevos problemas de mantenimiento a los ya existentes." [713]

Lo importante fue que en todo momento el arqueólogo director tuvo presente que había ya nuevas tendencias en la restauración; no se podían seguir desoyendo las críticas nacionales e internacionales, y desde la primera temporada de trabajos incluyó notas y apreciaciones sobre el particular. En 1967 se trabajó intensamente en el Palacio, resanando pisos y parcialmente techos. En los primeros se reparó con mezcla las fisuras y agujeros, y "se colocó un enlajado aparente (...) dando la impresión que se había destruido la capa de estuco y que quedaba a la vista el firme de los pisos"[7]14 en los casos en que faltaban sectores completos. Se restauraron y limpiaron relieves de estucos, parte de los patios y sus escaleras y se repararon bóvedas y cresterías.

En otros edificios se rehizo nuevamente el techo del Templo de la Cruz Foliada, antes restaurado por Miguel Angel Fernández; se rehizo parte de las terrazas del basamento del Templo de las Inscripciones y se reparó el techo; en el Templo del Conde se reconstruyó parte del talud inferior y la escalera. Asimismo en el Palacio se comenzó a explorar la gran escalera del lado oeste, descubriéndose un sector de ella, el que se procedió a restaurar recolocando las mismas piedras pero a nivel, y en los faltantes colocando piedra nueva trabajada en forma similar a la antigua. Se colocaron lascas de piedra para separar lo nuevo de lo viejo. Al final del informe de ese año, Acosta incluyó una hoja en la que hacía algunas consideraciones sobre la forma de restaurar, dando referencias a las normas internacionales más conocidas. Sin duda fue una verdadera avanzada para la arqueología, y si bien veremos que en el caso de Jorge Acosta las aceptó un poco a regañadientes y sólo en algunos casos, por lo menos fue una entrada del tema a las publicaciones específicas. Decía que:

"También se quiere recalcar que en todas las obras de restauración se procuró marcar las partes nuevas para distinguirlas de las originales. Esto, por razones que desconocemos, no siempre fue respetado anteriormente, aún cuando ha sido recomendado por todos los Congresos Internacionales que se han efectuado para el estudio de la exploración y restauración de monumentos arqueológicos. En nuestro caso, se usó la técnica ya muy experimentada en Monte Albán, Tula, Teotihuacan y en muchos otros sitios, que consiste en insertar numerosas lascas o pequeñas piedras en la trabazón de las nuevas en contraste con el cemento liso que se coloca en las uniones de las originales."[715]

Al año siguiente se hicieron trabajos de consolidación en el Templo de las Inscripciones para evitar los escurrimientos a la cámara interior, consistentes en volver a sellar con cemento las fisuras de muros y techos; se siguió con la escalera del Palacio hasta dejarla casi totalmente a la vista y restaurada y se reinició la reconstrucción del Templo XIV, ya que se había descubierto en su interior un tablero esculpido. La intención era rehacer por lo menos el santuario completo para poder recolocar el tablero en su interior. El único detalle llamativo en este caso, es que al desescombrar la escalera se descubrió que "no se trataba de una escalera, como se había pensado, sino de dos, colocadas una al lado de la otra, con una especie de alfarda que la divide", de las cuales ya nada queda. No está claro si una de ellas —al parecer la más tardía—fue levantada totalmente sin dejar evidencias, o qué fue lo que realmente pasó con eso. Hoy en día sólo se ve una escalera continua con alfardas, y restos de épocas anteriores en sus extremos. En 1969 se completó la escalera, pero también se descubrió que los taludes de ese lado del Palacio en realidad eran de una superposición, con lo que se restauró abajo los exteriores y arriba los más viejos. Pero entre ellos y la escalera quedaron varias épocas constructivas, escaleras y alfardas de las que no es posible reconstruir hoy en día su forma original. En los techos se hicieron también trabajos de reconstrucción de cornisas para colocar cubiertas de concreto e impedir filtraciones. En los demás edificios se trabajó de la misma forma: se siguió la reconstrucción de los taludes del Templo de las Inscripciones, se colocó un dintel de concreto y una cornisa del mismo material en el Templo XII, se colocó un techo provisional sobre los muros ya reconstruidos del Templo XIV, y se consolidó el puente.

Fue para 1970 cuando por primera vez llegó un especialista en sistemas constructivos a Palenque. Un ingeniero asesoró a Acosta en cuanto a encontrar una solución a los constantes agrietamientos y entradas de agua por los techos. Si bien la asesoría se limitó a plantear la necesidad de incluir una substancia impermeabilizante en la mezcla de cemento, esto fue importante, ya que por lo general existía la idea de que el cemento por sí sólo era el remedio para todos los males. Aún hoy no se colocan juntas de dilatación en los techos de los edificios, y tampoco se sabe demasiado de substancias que permitan mejorar la capacidad de dilatación de los cementantes.

Durante 1971 no se trabajó en la zona, a excepción de la colocación de dinteles en el Grupo del Norte. Pero en 1972 se

hicieron intervenciones de gran envergadura: se rehicieron las cinco terrazas del ángulo noroeste del basamento del Palacio, se limpió de escombro el lado norte y se empezó su restauración que significó un trabajo complejo y de gran magnitud. Es posible apreciar hoy en ese sector una clara unidad de estilo, producto de haber retirado varias superposiciones constructivas porque "no se podían dejar tantas épocas a la vista, ya que resultaría antiestético".[716] En cambio el ángulo superior del edificio de arriba de ese sector, que amenazaba con derrumbarse "se decidió consolidarlo *in situ*, vaciando el interior para colar una cadena de concreto" ya que de otro modo "habría perdido autenticidad".[717] Con las cornisas y molduras "se optó por hacer un colado de concreto de forma tal que simulara losas auténticas".[718] Como puede verse, se utilizaron diferentes soluciones en cada caso, aparentemente sin una política demasiado definida sobre el particular.

También se intervino el Templo de las Inscripciones, donde se reconstruyeron las terrazas del lado posterior del basamento y del lado oeste. De allí se obtuvo un dato de importancia para el edificio: es factible que los taludes hayan tenido una decoración en forma de grecas escalonadas hechas en piedra, de las que sólo había fragmentos de ese lado, el único que no había sido nunca restaurado. Esto nos permitiría pensar que todo el edificio fue mal reconstruido, lo cual sería un problema serio. Por la parte de atrás se procedió a quitar una época constructiva tardía, con "lo que se logró una contemporaneidad y unidad de estilo en estos tres lados".[719] Tal como lo pedía Viollet-le-Duc un siglo antes: todo debía quedar como si estuviera nuevo. Con estas obras quedó completo el Templo de las Inscripciones, iniciadas en 1949 y terminadas 24 años más tarde.

En el Templo XIV las cosas fueron diferentes, ya que su pequeño tamaño permitió que se lo reconstruyera con bastante facilidad. Fue en realidad un trabajo que llegó más allá de la hipótesis, ya que se trabajó por analogía con otros edificios similares en base a los cuales se reconstruyó éste. Describió Acosta el trabajo con estas palabras:

"Del santuario sólo quedaba el arranque y parte de su fachada; sin embargo su restauración no fue difícil porque, aunque no existía la parte superior, sabemos que todas las estructuras que forman este conjunto (...) son muy semejantes, y era cuestión de auxiliamos con el conocimiento que de ellas tenemos para nuestra restauración (...) La altura fue fácil de establecer, puesto que la bóveda siempre empieza a cerrar a la altura máxima de la lápida del fondo."[720]

El último grupo en el que se trabajó, durante 1973 y 1974, fue el Grupo del Norte. Allí se habían colocado dinteles de concreto poco antes, y Ruz había realizado algunos trabajos en las fachadas y techos. Se procedió a consolidar los techos de todos los edificios y a reconstruir gran parte de sus basamentos, cornisas y escaleras. Esta restauración es muy importante, porque en ella se sintetizó toda la visión de un grupo de arqueólogos frente a las nuevas tendencias de la restauración arqueológica. Al iniciarse los trabajos en los techos, se escribió que:

"Puesto que en la actualidad existe la tendencia de no restaurar los monumentos, sino de efectuar sólo una simple consolidación para conservar la estructura exactamente como aparece -lo que resulta mucho más fácil-, se indicó a los albañiles que colocaran cemento alrededor de todas las piedras caídas, dejándolas en el mismo estado ruinoso en que se encontraban. Aunque relativamente fácil, el trabajo resultó laborioso y se tardó alrededor de dos meses para terminarlo."[721]

Este trabajo de consolidación fue bien realizado, y un árbol cuyas raíces se habían amarrado a la bóveda con gran fuerza tuvo que quedar ahí mismo, lo que le da al edificio una apariencia de gran fuerza expresiva, digna de ser destacada. Pero al iniciar los trabajos en los basamentos se decidió cambiar totalmente de técnica, retomándose la reconstrucción. Se escribió, en la misma hoja que el texto antes citado, que "una simple consolidación no hubiera sido suficiente, además de que hubiera resultado de lo más antiestético; fue por ello que decidimos hacer omisión de los conceptos actuales y restaurar los templos".[722] La escalera del lado sur del Palacio fue reconstruida en sus 9,30 m. de ancho y sus 10 escalones de alto, a partir de un fragmento de "menos de 25 centímetros".

Poco después de terminada la última temporada, falleció Jorge Acosta, perdiéndose así uno de los arqueólogos más experimentados de nuestro continente, y si bien no coincidimos con su forma de encarar la restauración, no podemos dejar de destacar su valor y constancia desde que comenzó a trabajar en la década del 20 en Zaculeu, hasta su muerte.

Reconstrucciones en Seibal (1966-1968)

A partir de 1964 y durante cinco largas temporadas que terminaron en 1968, una misión del Peabody Museum realizó trabajos arqueológicos y de restauración en las ruinas de Seibal, en el Petén guatemalteco. Las excavaciones, y en particular el gran mapa del sitio fueron excelentes. Las restauraciones fueron realizadas por A. Ledyard Smith, quien ya tenía muchísimos años de experiencia en la arqueología de Guatemala,[723] y los trabajos de planimetría estuvieron a cargo de Gordon Willey. Básicamente las intervenciones se limitaron a dos edificios, las Estructuras A-3 y 79, y a erigir nuevamente 15 grandes estelas y monumentos esculpidos.



112.

112. Comalcalco, otra de las restauraciones por reconstrucción en México, realizada entre 1977-80; se rehicieron los basamentos y los edificios con ladrillos nuevos, lo que da en la fotografía perfiles rectos claramente diferentes de los originales (Secretaría de Turismo, México).

113. La torre del Palacio de Palenque a fin del siglo XIX mientras era excavado por Alfred Maudslay (Archivo del IIE, UNAM, México).

114. El Palacio de Palenque durante las reconstrucciones: obsérvese el techo de la torre y la escalinata del basamento, aún en parte no excavada, hacía 1970 (foto Ignacio Bernal).



113.



114.

La Estructura A-3 era una de las más importantes del sitio, no sólo por su ubicación en el centro de la Plaza Sur del Grupo A, sino también por la finísima calidad de las estelas que se hallaban en sus cuatro lados, conocidas ya desde el siglo pasado. Al parecer esto es lo que definió que se procediera no sólo a su liberación sino también a su restauración, que luego terminó siendo una reconstrucción de carácter hipotético, puesto que fue más allá de lo que las evidencias indicaban. La excavación y limpieza del edificio mostró evidencias de una construcción abovedada sumamente particular, de la que no quedaba ni una sola piedra, como así tampoco aparecía nada del friso ni de la cornisa superior, salvo fragmentos dispersos por el piso. Unicamente un grupo de piedras que al caer se habían mantenido unidas, daban una idea, aunque incompleta, de la forma de la cornisa, ya que sólo indicaba la forma de su piedra inferior. Durante los años 1966 y 1967 se procedió a restaurar y reconstruir el edificio hasta donde las evidencias lo permitían, es decir hasta la altura máxima conservada de las paredes del lado norte. Se procedió a completar el basamento escalonado de tres niveles, utilizando para ello las piedras que se encontraron entre el escombro y otras similares provenientes de edificios cercanos, las que fueron modificadas para que tuvieran la misma apariencia que las originales, y en algunos casos se hicieron piedras nuevas. Esto fue totalmente consolidado con cemento en un mortero especial, pero sin utilizar cal, tal como había sido en origen. Las piedras de los muros fueron vueltas a colocar en sus lugares, tras quitarlas para cementar de nuevo. Las escaleras fueron totalmente rehechas: "cuando las terrazas de la subestructura estuvieron terminadas, las cuatro escaleras fueron reconstruidas. Nuevamente no hubo problema ya que conocíamos el número de escalones." [724] En realidad se rehizo todo el edificio, en base a las dimensiones y formas originales, y es imposible ahora saber qué es original y qué no lo es. Los pisos también sufrieron cambios: el superior fue levantado para ser rehecho con cemento, mientras que la plataforma inferior fue cubierta de pasto. Ni siquiera se mantuvo una misma solución para todos los pisos. Los problemas serios comenzaron en 1968 cuando se planteó la posibilidad de continuar la reconstrucción más allá de lo que las evidencias señalaban como margen máximo. Tal como su autor lo describió, "no era nuestro plan el reconstruir el templo completo... Lo que planeábamos hacer, y que hicimos, era llevar las paredes exteriores del edificio, en la pared norte, y en los lados este y oeste, a la altura de la moldura media, reemplazar la moldura media allí, construir las paredes del cuarto central hasta el arranque de las bóvedas, reconstruir las bóvedas de los tres cuartos del extremo norte y arreglar y recolocar la estela y el altar en el medio del cuarto centrar".[725] Afortunadamente no pensaban reconstruirlo completo, pero le anduvieron cerca. Así se hizo: se subieron los muros hasta que se pudo colocar la cornisa al nivel hipotéticamente establecido, y de allí se rehicieron las bóvedas superiores. Recordemos que el propio Smith había escrito que "ninguna piedra de la bóveda o de la moldura media fue encontrada en su lugar.[726] Asimismo, se colocó el dintel de madera de chicozapote en la puerta norte, del cual tampoco había ninguna evidencia en cuanto a su forma y material. Por suerte no se reconstruyó el friso superior, lo que dejó al techo como un extraño remate difícil de comprender para el que no conoce el proceso de restauración. Este es otro caso tardío de reconstrucción; muestra cómo en determinados casos incluso los buenos restauradores fallan en ponerse límites y respetarlos.

Otro caso similar fue la Estructura 79, que por su importancia fue reconstruida ya que se trataba de un basamento circular, raro en la región. Fue restaurado en 1967 y 1968 por A. L. Smith, y pese al pésimo estado de conservación en que se descubrió, igual se procedió a rehacer los tres niveles del basamento escalonado, la plataforma superior y la escalera frontal. El procedimiento fue similar al descrito anteriormente: se reutilizaron piedras provenientes de otros edificios cercanos, además de algunas de la propia construcción. Para terminar quiero citar un trabajo muy bien realizado: la tarea de volver a erigir las 15 estelas en relieve descubiertas en el sitio. Entre 1967 y 1968 se procedió a recimentarlas y luego a pegarlas con Epoxy, sin necesidad de colocarles hierros en su interior, como era tradicional. Los resultados están a la vista y son magníficos, más aún si se tiene en cuenta el peso y las grandes dimensiones de los monumentos. Al terminarse la restauración las estelas fueron cubiertas con Caracone para impermeabilizarlas.[727] El trabajo fue minucioso, se dejaron claras evidencias de los fragmentos faltantes, y en todo puede considerarse un trabajo juicioso y bien realizado.

Teotenango: la teoría de lo empírico (1971-1975)

Durante los años más difíciles del enfrentamiento entre las dos grandes tendencias de la restauración, los grupos en pugna impulsaron sus respectivas posiciones mediante todos los recursos posibles, tanto teóricos como de realización. Un caso que causó estupor fue el de la restauración de las ruinas de Teotenango, que estuvo a cargo de Román Piña Chan, ya que se transformó, por la importancia del sitio y la magnitud de las inversiones de dinero allí realizadas, en un ejemplo prototípico de la corriente reconstructora. Tuvo gran trascendencia, debido a que al ser publicado, contemporáneamente al libro de Augusto Molina, sirvió como muestra de la posición teórica asumida por los arqueólogos que seguían aferrándose a la tradición. Es seguro que el libro no fue escrito con ese objetivo, pero la situación era tal, y los enunciados en el libro y los artículos de Piña Chan fueron de tales características, que desde ese momento fueron utilizados como la contrapartida de los textos que apuntan hacia un cambio en las formas de restaurar.[728]

Podemos revisar las publicaciones realizadas desde el primer informe en 1971, y veremos que siempre hay una postura muy clara respecto al papel de la arqueología. Por ejemplo, entre los objetivos del proyecto se incluían los siguientes puntos: 1) Habrá "reconstrucción parcial o total de los monumentos explorados, lo mismo que consolidación o preservación de otros"; 2) "limpieza y.acondicionamiento de plazas, patios o terrazas que ligan los edificios para obtener

conjuntos visitables".[729] El trabajo arqueológico estuvo desde su inicio dirigido a la búsqueda de los datos necesarios para la reconstrucción, y entre dos y tres veces por hoja se habla del tema, tratando siempre de destacar que lo reconstruido siempre lo fue en base a datos existentes y no a meras hipótesis. Podemos ver algunas citas como ejemplo de ello: "... y ya con la planta, perfiles en altura y observaciones de carácter práctico que dicta la experiencia del arqueólogo, se fue reconstruyendo el edificio".[730] Abundan los comentarios de este tipo. Así se reconstruyó la Estructura 1, aunque no había casi evidencias claras del tercer cuerpo del edificio, y aunque se había dicho que "desgraciadamente buena parte del revestimiento y escalones fueron desmantelados en el curso del tiempo." [731]

Pero el libro más importante que se publicó y que resumió los resultados de las exploraciones, llegó más lejos. Comienza diciendo que "aunque ahora está de moda la crítica a los que reconstruyen monumentos arqueológicos, optamos por la reconstrucción del centro ceremonial, considerada por nosotros como la devolución de la apariencia o estado que tenía el monumento y la zona o conjunto explorado, dar la apariencia de lo que existió, volver a ser lo que era, desde luego verazmente y sin falsear los datos encontrados"[732] Y sí; lo que se falseó no fueron los datos sino únicamente los edificios. Tampoco quedó claro cuándo se procedía a reconstruir o cuándo se optaba por consolidar. Por ejemplo, se nos dice que esto estaba determinado por "el estado de estabilidad y destrucción", pero sin definir claramente en qué se basaron para decidir por un caso u otro. Tampoco está claro el sistema aplicado para señalar y diferenciar lo nuevo de lo viejo. Se nos explica que la piedra hecha a nuevo tenía las marcas del cincel de hierro, pero también se nos aclara que en algunos casos, éstas provenían de las bardas o directamente de las excavaciones de ese mismo o de otro edificio; y si bien "es muy fácil distinguir la piedra labrada original de la usada en la reconstrucción",[733] debemos tener en cuenta que en algunos casos "se imitaron los escalones originales que eran de piedra grande labrada con ligera junta de mortero." [734]

Lo más llamativo es que hubiera conceptos tan contradictorios como los siguientes, que demuestran una vez más que no es factible dar una explicación lógica al resultado de una acción anárquica y regida por los deseos del jefe de los trabajos. Se dice que:

"Cuando se trataba de muros incompletos -de estructuras, plataformas-plazas, etc.- de los cuales se tenían las alturas y todos los datos, se completaban éstos para evitar que se siguieran destruyendo; y en este caso se podía utilizar piedra de primer tipo, colocada al paño del muro y sobre la parte original; pero cuando no se conocía su altura, entonces se utilizaba piedra irregular, a manera de un núcleo de relleno, ya fuera a paño de muro o ligeramente remetido del original. En el caso de los grandes y largos muros de contención o revestimiento de las plataformas-plazas, se usó en ocasiones una combinación de los dos tipos de piedras para romper la monotonía. Cuando faltaban más de la mitad de los datos y se hacía en forma tentativa la reconstrucción, se optó por emplear únicamente la piedra burda como núcleo, generalmente remetida".[735]

Y si bien esto significa que se reconstruyeron edificios en los que faltaban evidencias de la altura, o hasta más de la mitad de los datos —sea esto lo que fuera—, también se nos plantea que fue para "no falsear su apariencia."[736]

"Consideramos que era posible lograr un equilibrio entre limpieza, restauración y reconstrucción de la zona monumental del Sistema del Norte; que no era permisible la desaparición de los monumentos por una exploración exhaustiva en la búsqueda y conocimiento de subestructuras, entierros, tumbas, ofrendas, materiales de relleno, etc., por lo cual sólo practicamos cortes convenientes que no dañaban a los monumentos y que dejamos mostrados por medio de "cajas" para ser vistas por los futuros arqueólogos; y pensamos también que como una forma de educar al pueblo y al visitante -ya que no es posible transportar los edificios- en el aspecto de la arquitectura del pasado, para que pudiera comprenderla y disfrutarla, era necesario mostrarle el lugar como lo fue antiguamente, no en su estado de ruina que nada le dice; y así poder caminar y penetrar en la realidad en que vivieron las gentes del pasado, contemplar los edificios que se prolongan en las plazas y calles, observar la integración de la ciudad con el paisaje, y, en suma, imaginarse la vida de esa sociedad en contacto con su escenario cotidiano. Y también, en este sentido, creemos que ninguna publicación por inmejorable que sea, a la vez que costosa, puede suplir a la observación directa del centro ceremonial reconstruido, revelar su grandeza arquitectónica y la grandiosidad del paisaje tan sólo a través de la literatura y de las ilustraciones; cosa que sí se logra ante la objetividad de la zona y de su ambiente, al recorrerla y conocer sus puntos de interés, como cualquier ciudad." [737]

Esto estaba claramente dirigido contra los planteamientos de la Carta de Venecia que exigía que las reconstrucciones se hicieran en el papel y no en los monumentos. Y para corroborar con mayor fuerza que la Carta no merecía tanta atención, se agregó lo siguiente:

"Más que apoyarnos en los principios de la **Carta de Venecia** que se refiere a monumentos contemporáneos, nos hemos basado en la experiencia de varios arqueólogos que a lo largo del tiempo han ensayado técnicas de conservación de edificios en los diferentes sitios que han explorado, entre ellos Caso, Piña Chan, Bernal, Acosta, Salazar, García Payón, Ruz, etc.; y en nuestra labor de restauración, a diferentes niveles según el caso, siempre hemos aplicado cuatro requisitos principales, que son: fidelidad, solidez, armonía o belleza y diferenciación".[738]

La destrucción por el crecimiento urbano: el caso de Kaminaljuyú (1961-1983)

Las ruinas de Kaminaljuyú dentro de la actual ciudad de Guatemala, son ampliamente conocidas en el mundo entero,

y desde el siglo pasado muchos viajeros y exploradores las recorrieron y estudiaron. Durante nuestro siglo, organismos nacionales y extranjeros realizaron diversos proyectos arqueológicos, que dieron como resultado la formación de una extensa bibliografía científica. Los trabajos más importantes que podemos recordar en este caso son los de Alfred Percival Maudslay en 1882, quien levantó un plano de la zona que se encontraba abandonada, con una que otra hacienda sobre sus montículos. Las fotografías por él tomadas muestran varias esculturas dispersas por doquier en medio de lo que era desde el siglo XVIII el camino hacia la ciudad de Antigua. Durante los siguientes 70 años poco se hizo en la zona: han habido descripciones más o menos detalladas, un estudio de sus esculturas por parte de Samuel Lothrop publicado en 1926, algunas excavaciones estratigráficas de Manuel Gamio poco antes, en 1924, y la liberación parcial de un montículo hecha por los hermanos Villacorta en esos mismos años.

Las ruinas permanecían cubiertas por tierra y vegetación, olvidadas de la mano del hombre, a excepción de los estudios a que ya hicimos referencia y de alguna esporádica excavación clandestina con el fin de encontrar objetos antiguos para vender en el aún incipiente mercado de antigüedades de la ciudad de Guatemala. Los problemas comenzaron pocos años más tarde, hacia 1945. En esos años la ciudad comenzó a crecer lentamente, extendiéndose hacia las haciendas cercanas, y los grupos marginados construyeron algunas viviendas precarias sobre los montículos; se destruyeron algunos otros al ampliar la carretera a Antigua y asfaltarla, y se colocaron a la vera del camino tiendas, gasolineras, y algún edificio de concreto. Esto comenzó la destrucción y la búsqueda de piezas antiguas, sobre todo en las tumbas que durante los últimos años habían estado apareciendo. Si bien los objetos arqueológicos aún no tenían gran valor de reventa, era una forma de ganarse la vida para los migrantes a la ciudad que no tenían posibilidades de encontrar trabajo. En esos años comenzaron una serie de exploraciones científicas los investigadores de la Carnegie Institution de Washington, que trabajaba en arqueología en Guatemala desde 1924. Los arqueólogos realizaron una ímproba labor de excavación, descubriendo varias tumbas de incalculable valor histórico, estudiando detenidamente los procesos constructivos de los edificios —todos realizados en barro—, y desarrollando una estratigrafía cerámica de gran valor para la arqueología del altiplano. Se publicaron varios libros de Alfred Kidder, Enrique Berlín, Jesse Jennings y Edwin Shook dando a conocer al mundo la importancia que Kaminaljuyú revestía.

En esos días y ante el comienzo del avance de la ciudad, comenzó la preocupación por la protección de los monumentos, ya que varios de los montículos explorados habían sido destruidos casi de inmediato; pero no había muchas posibilidades para hacer algo al respecto. Por el contrario, se podía hacer muy poco: los fuertes intereses estaban demasiado arraigados para ser vencidos y la legislación guatemalteca no ayuda demasiado ala conservación; los monumentos están protegidos, pero la tenencia de la tierra sobre la cual éstos se localizan sigue siendo del propietario original.

Con los años y con la fundación del Instituto de Antropología e Historia de Guatemala (IDAEH), en 1959 se pudieron tomar algunas medidas sobre el particular. En primer término se logró delimitar una zona de protección, la que cubría únicamente parte de los montículos del Grupo C, el más importante, que formaba un conjunto conocido bajo el nombre de Acrópolis, y que había sido parcialmente estudiado por la Carnegie Institution. Esas exploraciones habían dejado a la vista varias pirámides y estructuras que fueron cubiertas mediante un techo de lámina acanalada sostenida por maderas, el que aún sigue en pie esperando un techo mejor. Pero aparte de obtener la salvaguardia de este grupo, el resto de la zona quedó a merced de los especuladores de la tierra. Fueron creciendo como hongos tras la lluvia colonias como la Tikal, Kaminaljuyú I y más tarde Kaminaljuyú II, Mirador, más tarde Miraflores, Jardines de Utatlán I y II y así sucesivamente. Para 1962 la zona estaba ya francamente deteriorada, aunque gran cantidad de montículos aún estaban en pie, incluso en medio de las muchas calles de tierra que existían todavía. La falta de infraestructura de servicios de agua y alcantarillado ayudaba en cierta forma a la conservación.[739]

Fue para mediados de 1975 cuando la situación se transformó en crítica: se lotearon los grandes terrenos que quedaban baldíos o eran de haciendas que aún funcionaban, se abrieron nuevas avenidas en la zona, y se destruyó la mayoría de los montículos que quedaban. Las autoridades no hacían nada al respecto, unos por falta de interés, otros por imposibilidad, y Kaminaljuyú se fue perdiendo día a día como arena que corre entre los dedos. Unicamente se pudieron tomar medidas extremas, como en el caso de una urbanización reciente, en que se logró convencer a los fraccionadores para que dejaran intactos tres grandes montículos y que sirvieran como espacios verdes o plazas. Actualmente se está luchando por otro grupo de montículos en lo que fue la colonia El Mirador, con resultados dudosos.

Las ruinas están actualmente protegidas por la ley. En el año 1964 se promulgó la **Ley sobre protección de Kaminaljuyú** que contempla una larga serie de montículos numerados que son propiedad de la nación, y por lo tanto intocables. Más aún, en 1970, el **Acuerdo para la creación de zonas y monumentos arqueológicos, históricos y artísticos de los períodos prehispánico e hispánico,** declaraba en forma específica que Kaminaljuyú es zona y monumento arqueológico del Departamento de Guatemala, y por lo tanto es "obligación constitucional que el estado vele por la conservación." Vemos con tristeza que la protección no es para todos los montículos sino solamente para los indicados en el Art. 4º de la **Ley sobre la protección de Kaminaljuyú**, que son sólo 95 montículos. Es trágico pensar que de los que actualmente están en pie hay 23 que no tienen la protección de la ley, lo cual nos indica con toda crudeza que sólo están protegidos 37 montículos (de los 10 que hay en la Acrópolis, sólo seis están protegidos) de los que actualmente se conservan. De

acuerdo a la realidad, sólo 37 de los 95 montículos tienen protección, ya que de 1964 a la fecha y pese a la ley que ya mencionamos, se han destruido 58. De acuerdo con la legislación guatemalteca, el terreno donde se asientan los montículos prehispánicos no es forzosamente del estado, ya que la ley no contempla esta situación. En el caso de Kaminaljuyú los terrenos son particulares y el propietario es soberano sobre los mismos, con la restricción de tener que proteger los monumentos ahí asentados que "están bajo la salvaguardia y protección del Estado", a excepción de la zona arqueológica, que está virtualmente en posesión del IDAEH ya que su propiedad es municipal.

Si observamos el primer plano del sitio hecho en 1943, podemos ver cómo aún existían a la vista 228 montículos organizados alrededor de plazas, a los lados del camino a Antigua. Pero si vemos el plano de 1962 podemos ya ver varios cambios notables a la vez que trágicos. La zona arqueológica aparece inserta dentro de las manzanas producto de fraccionamientos que lotificaron la mayor parte de Kaminaljuyú. En ese momento se produjo la primera gran destrucción de la que se salvó la porción denominada Acrópolis, ya que la superficie del terreno sobre la cual se asientan Ios monumentos prehispánicos fue proporcionada por los fraccionadores como parque, ya que así lo prevé la legislación municipal, por lo que hubo una protección de facto sobre la zona gracias a la aplicación positiva del aparato legislativo vigente en ese momento. Muchos montículos aún existentes estaban en medio de calles y otros ocupaban la calle y parte de uno o varios lotes, por lo precario de la urbanización. Es evidente que esos fueron destruidos en el momento de asfaltarse las calles, con el paso de las tuberías de drenaje y del pavimento de las mismas. Lo mismo ocurrió con el grupo de montículos que quedó fuera de los lotes. Posteriormente vino la destrucción por la construcción de las casas en sus lotes respectivos, salvándose apenas uno que otro montículo. Para 1983 sólo quedaban 60 montículos (10 de ellos en la Acrópolis), 50 de los cuales estaban en muy diverso estado de deterioro. La destrucción para 1984 era de 168 montículos, es decir que había desaparecido un 73,69% de los montículos, quedando solamente un 26,31% entre lo bien conservado, lo regularmente conservado y lo semidestruido. No hace falta recalcar lo lamentable de la situación.

Comalcalco: a falta de viejos, buenos son los nuevos (1977-1980)

Las ruinas de Comalcalco, de gran importancia para la arqueología maya, recibieron siempre poca atención: después que Frans Blom restaurara su tumba con estucos en 1925, sólo volvió a merecer atención en 1953, cuando Juan Valenzuela presentó un proyecto de exploraciones que finalmente no se llevó a cabo. Fue en 1956 cuando se realizaron una extensa serie de excavaciones dirigidas por Gordon Ekholm[740] que permitieron la limpieza de varias estructuras y su parcial restauración. La arquitectura de Comalcalco es sumamente particular, ya que está totalmente construida con ladrillos de barro que luego fueron recubiertos por gruesas capas de estuco. Naturalmente, la destrucción en el sitio fue tremenda debido a su clima tropical y húmedo. Los trabajos de Ekholm dejaron ala vista varios basamentos con relieves de estuco, que fueron resanados con cemento; algunos muros fueron consolidados en la parte superior. Debido a que no se hicieron otras obras de protección, los estucos sufrieron daños rápidamente al crecer nuevamente la vegetación[741] En 1976 se iniciaron nuevos trabajos, esta vez a cargo de Ponciano Salazar, arqueólogo de larga trayectoria dentro de la corriente tradicional reconstructora, y los trabajos que se realizaron han sido todos dentro de ese tenor: de reconstrucción, aunque con ciertos límites impuestos por las obvias circunstancias.[742] Por desgracia no se ha publicado aún ni una sola hoja sobre estas restauraciones, lo que nos impide detallarlas todo lo que hubiéramos querido, pero de todas formas ver el sitio nos permite sacar algunas conclusiones.

Debido a que los edificios están construidos con ladrillo, como ya dijimos, fue necesario fabricar ladrillos nuevos que permitieran completar los faltantes; debido a que tanto la textura como el color y las formas son diferentes —en especial porque los nuevos son de fábrica—, es que al observar las restauraciones notamos cosas raras: por ejemplo, los muros antiguos tienen paramentos irregulares, pero en su parte superior fueron completados con ladrillos nuevos, que son rectos y regulares. Es así que la sensación general es realmente extraña y difícil de aceptar para nuestros ojos, ya que muestra muros y bóvedas de los que sólo había fragmentos, ahora completos y con un grado de rectitud que no sólo falsifica la arqueología sino que la transfigura en algo imposible. Asimismo, el cemento blanco en las juntas contrasta marcadamente con el antiguo mortero oscurecido por los años. Como último detalle observable, vemos que en los sectores totalmente reconstruidos —es decir donde se usó ladrillo y cemento nuevo— no se colocaron piedras de rejoneo, mientras que en donde sólo se cementó lo antiguo sí se colocaron —en la Acrópolis, por ejemplo—, dando así una más confusa imagen de la arquitectura. Es de esperar que en los años por venir se llegue a publicar la información que permita entender mejor lo que allí ha sucedido.

115. Solución adoptada en Chichén Itzá en 1951 por el INAH para un altar, restaurado sin necesidad de retallar las piedras faltantes y dejando claro lo nuevo (foto DS) .

116. Solución opuesta realizada en Tikal hacia 1964, donde se retallaron las piedras faltantes para completar el relieve, sin identificarlas (ídem).

117. Fachada del Edificio II de Chicanná, un trabajo de restauración de alta calidad hecho con técnicas adecuadas y buen ejemplo de la evolución actual de la disciplina (foto Paul Gendrop).



115.



116.

117.

14. Una alternativa al patrimonio: la nueva corriente crítica de la conservación (1970-1980)

En páginas anteriores habíamos hablado de los primeros síntomas que mostraban un cambio estructural en la restauración, y más específicamente en lo que tenía que ver con la conservación del patrimonio. Si bien esto había surgido hacia 1965-1968 y se había expresado en el proyecto de Cholula, hubo otras muestras del proceso. Podemos recordar libros como **De eso que llaman antropología mexicana**,[743] la fundación de la escuela de Conservación, Restauración y Museografía por parte de Manuel del Castillo Negrete, la aceptación —aunque más no fuera formal— de la **Carta de Venecia** y las posteriores **Normas de Quito. Si** bien muchos hicieron oídos sordos a todo esto, no por eso se podía obviar el proceso que se había gestado. En la Escuela Nacional de Antropología existía un fermento entre los alumnos y maestros que era evidente. Incluso la participación política del alumnado en los sucesos de 1968 había contribuido a la toma de una posición cada vez más crítica y antiverticalista. Frente a esto se presentaban dos opciones: la arqueología oficial y la restauración reconstructiva, o una línea difícil y sin una posición aún clara en la restauración y en la búsqueda de algo que aún no estaba claro. Durante los años posteriores a 1970, cuando la polémica entre los dos grupos se tornó más aguda, es cuando podemos ver los mejores frutos de la nueva generación. Van a aparecer libros, ponencias, e inclusive se van a realizar reuniones cuyos documentos son de gran importancia para nuestra historia. Por desgracia hasta 1975 no va a haber casi ninguna restauración hecha dentro de estas nuevas ideas, salvo en uno o dos casos, lo que si bien no le quitó impulso al proceso, sí lo hizo retrasar en varios años. Podemos ver lo que sucedió en estos tiempos analizando algunos de los trabajos publicados. Podemos recordar, dentro de lo hecho en México, las publicaciones de Salvador Díaz Berrio, Augusto Molina, Eduardo Matos, Carlos Flores Marini, Ramón Bonfil, Sergio Saldívar, José Luis Lorenzo, Juan Yadeum, Carlos Navarrete y otros. Asimismo, la reunión realizada en Caracas en 1972 causó un impacto tremendo en el continente, al igual que la **Carta** sobre el patrimonio cultural hecha pública en México en 1976, siguiendo la anterior de la UNESCO de 1972.

Es también durante estos años cuando se realizó un proyecto arqueológico importante por sus objetivos y metodología: el Proyecto Tula dirigido por Eduardo Matos. Era la intención retomar las exploraciones en la zona con el objetivo de desarrollar una forma diferente de hacer arqueología, que impugnara el modelo tradicional y reconstructor —que en Tula había tenido su mayor expresión—, y a la vez que posibilitara la realización de un trabajo interdisciplinario según el modelo planteado a principios de siglo por Manuel Gamio. Era intentar retomar una línea olvidada, pero cargándola de nuevas connotaciones teóricas, ahora de carácter marxista y contenido social. Los trabajos de campo se iniciaron en 1968 e incluyeron la excavación del Juego de Pelota N° 2, y el Tzompantli de la Plaza Central. Pero los trabajos de restauración no pudieron realizarse hasta 1972, cuando fueron hechos en base a la excavación estratigráfica de toda la estructura. Pero en este caso lo que queremos destacar es el planteamiento del cual se partió, el que incluía una revisión histórica de la especialidad que daba a Batres una ubicación precisa como restaurador al servicio de los intereses políticos del sistema porfirista; presentaba a Gamio como un buen ejemplo de la época revolucionaria y hablaba de un período posterior en el que "desgraciadamente no se continuó tratando de mejorar el modelo de Gamio a la luz de nuevas tendencias y técnicas, sino que, en el caso de la arqueología mexicana, la tendencia fue hacia la restauración monumental. En efecto, a partir de entonces, no se volvió a plantear un proyecto que comprendiese las diversas ramas de la antropología, con el estudio del pasado, del presente y su proyección al futuro." [744]

Otra de las personas que en su momento impulsó la **Carta de Venecia** la que había firmado como redactor, fue Salvador Díaz Berrio. Su área de trabajo estaba más cerca de lo colonial que de lo precolombino, pero no por eso dejó de interesarse

en el problema y decir lo que pensaba. Entre 1971 y 1975 dictó una serie de cursos a nivel posgrado en restauración, de los que publicó un libro importante: Conservación de monumentos y zonas monumentales.[745] Poco antes de que este libro viera la luz, publicó varios artículos en la revista del INAH, algunos de los cuales debemos destacar por su impacto, en particular en cuanto a asumir con toda claridad la carga ideológica que la restauración conlleva. En un texto de 1973 planteaba que existían diferencias notables entre el desarrollo de la restauración en los países centrales y en América Latina, y que si bien en el primer caso se podía hablar de una conservación desarrollada, en el segundo había que aceptar el papel de subdesarrollados. En otro aspecto, destacaba que la restauración jugaba un papel socialmente progresista, aunque su objetivo fuera el de conservar el pasado: era común confundir palabras con conceptos y acusar al restaurador de reaccionario cuando la realidad era muy diferente. Escribió que "la actitud de conservar y mantener los elementos válidos, es entonces una auténtica oposición activa y una reacción frente a los sistemas de consumo. Esta actitud podría calificarse de revolucionaria más que de reaccionaria. La simple conservación es ya un acto positivo; pero además pretendemos integrar el uso de los objetos culturales a las formas válidas de la cultura actual."[746] Es clara la posición del autor: la conservación es un acto político positivo, siempre que encuadre al patrimonio dentro del proceso creativo de la cultura moderna.

En 1976 salió su libro ya citado,[747] el que destacamos dentro de su fecunda producción bibliográfica ya que está enteramente dedicado a la restauración. La perspectiva general es clara: la historia de la especialidad debe verse dialécticamente, como una secuencia de sus contradicciones y conciliaciones, las que se continúan en el tiempo. Habla de la contradicción como motor de la historia: era la primera vez en México que se aceptaba que el desarrollo de la conservación no sólo debía interpretarse dialécticamente, sino que se intentaba revisarla de esa forma. Contaba para ello con una parte de texto y otra de anexos en forma de legislación y documentos tanto nacionales como extranjeros y de escala internacional, y para aplicar sólo en países determinados. Un libro que como texto podía haber jugado un papel clave si hubiera tenido en ese momento una mayor difusión en los posgrados específicos. En cuanto a las obras de México las referencias son pocas, ya que da bastante importancia a Europa. Y si bien hace críticas muy agudas y certeras sobre restauraciones tanto de construcciones coloniales como prehispánicas, en base a un manejo correcto y amplio de la bibliografía, hubiese sido de desear que no se mezclaran indistintamente países tan diversos. De todas formas la obra vino a llenar un lugar que aún no estaba cubierto. Sus conclusiones son claras y apuntan directo a los problemas de fondo: "... no significa un progreso real el beneficio económico limitado o individual, producto del consumo de un capital, como lo son los bienes naturales y culturales, los que pueden producir mayores beneficios y durante plazos más amplios a una comunidad. Es auténtico progreso el conservar, fortalecer y aprovechar los recursos públicos nacionales sin destruir, consumir, enajenar o falsificar un valioso patrimonio cultural y natural".[748]

Uno de los más activos movilizadores de la opinión pública e impulsor de trabajos desde una perspectiva diferente fue Carlos Flores Marini. Si bien su área de trabajo es la de los centros urbanos coloniales, al firmar la Carta de Venecia tomó un compromiso que supo llevar adelante; difundió por medio de escritos, conferencias y libros el verdadero espíritu de la carta, haciendo claro que también era factible aplicarla a los edificios prehispánicos. Publicó durante esos años difíciles dos artículos en los cuales expresaba sus ideas con claridad respecto a lo que pasaba en la restauración en México. Vale la pena recordarlos, ya que algunos conceptos no han perdido vigencia todavía. Los dos artículos señalados, titulados **Un diferente enfoque para la restauración de monumentos arqueológicos** y **Una brecha en la arqueología mexicana,** vieron la luz en 1974[749] apoyando la reunión realizada en el INAH a la que luego me referiré. En el segundo artículo decía que "por primera vez se entabló un diálogo para analizar la postura del arqueólogo frente al monumento, lo que lógicamente traerá un cambio ante las intervenciones de que hasta el momento son objeto nuestras zonas arqueológicas. No somos tan optimismas de pensar que de un día para otro va a cambiar la mentalidad de todas las "vacas sagradas" de la arqueología mexicana".[750] Su producción teórica tiene una clara tendencia a mostrar los riesgos de un aprovechamiento turístico mal entendido, gracias a su experiencia en centros históricos. En síntesis, el planteo es el siguiente: "Hemos propiciado que los planes de desarrollo turístico sólo se enfoquen hacia la infraestructura básica, la alimentación y las diversiones, olvidando un aspecto fundamental para Latinoamérica: la penetración cultural, que la masa arrolladora del turismo va propiciando día con día, y que nos ha atrapado totalmente desprotegidos para poderla resistir".[751]

Hacia finales de 1972 llegó a México un documento internacional de importancia: las **Recomendaciones sobre la protección en el ámbito nacional del patrimonio cultural y natural** dadas por la UNESCO a sus países miembros.[752] Si bien no tuvo una circulación demasiado amplia, fue un texto que se tuvo en consideración entre los círculos progresistas, tanto en México como en otros países latinoamericanos. El problema era que las recomendaciones a seguir eran a nivel oficial, por lo que los individuos aislados o que trabajaban ocasionalmente a nivel institucional, no posibilitaron su implantación. Por otra parte, las recomendaciones mostraban una visión optimista e idealizada de nuestro continente, ya que planteaban ideas que debían llevarse a cabo en los países. El problema era que los estados de esos países no tenían ninguna intención de hacerlo así. De todas formas, el documento tenía consideraciones destacables sobre la definición del concepto de patrimonio en cuanto a la amplitud con que fue concebida.

"Considerando que, en una sociedad cuyas condiciones de vida se transforman con acelerada rapidez, es fundamental para el equilibrio y el desenvolvimiento pleno del hombre conservarle un marco de vida a su medida en el que se mantenga en contacto con la naturaleza y con los testimonios de civilización que dejaron las generaciones anteriores y que, para ello, es conveniente dar a los bienes del patrimonio cultural y natural una función activa en la vida de la colectividad integrando en una política general, lo realizado en nuestro tiempo, los valores del pasado y la belleza de la naturaleza.
Considerando que esa integración en la vida social y económica ha de ser uno de los aspectos fundamentales del acontecimiento del territorio y de la planificación nacional en todos sus grados.
Considerando que el patrimonio cultural y natural, que constituye un elemento esencial del patrimonio de la humanidad y una fuente de riqueza y de desarrollo armónico para la civilización presente y futura, están amenazados por peligros particularmente graves, nacidos de nuevos fenómenos inherentes a nuestra época.
Considerando que cada uno de los bienes del patrimonio cultural o natural es único y que la desaparición de uno de ellos constituye una pérdida definitiva y un empobrecimiento irreversible de ese patrimonio".[753]

En las páginas siguientes, en cuanto a las consideraciones de tipo general, nuevamente se planteaban conceptos interesantes:

"El patrimonio cultural y natural es una riqueza cuya protección, conservación y revalorización imponen a los estados, en cuyo territorio está situado, obligaciones no sólo respecto a sus nacionales sino también respecto de la comunidad internacional entera: los Estados Miembros tomarán las disposiciones necesarias para hacer frente a esas obligaciones.
El patrimonio cultural y natural se ha de considerar en su conjunto como un todo homogéneo que comprenda no sólo las obras que representan un valor de gran importancia, sino además los elementos más modestos que hayan adquirido con el tiempo un valor desde el punto de vista de la cultura o de la naturaleza. Ninguna de esas obras ni elementos será disociado, en general, del medio que los rodee.
Convendrá asociar directamente a las poblaciones locales a las medidas de protección y de conservación que se hayan de tomar y se recurrirá a ellas para obtener sugestiones y ayuda sobre todo en lo que se refiere al respeto y vigilancia del patrimonio cultural y natural. Se podrá también estudiar la posibilidad de una contribución económica del sector privado.
Se desarrollará una política activa de conservación del patrimonio cultural y natural en la vida colectiva. Los Estados Miembros habrán de emprender una acción concertada de todos los servicios públicos y privados interesados con objeto de formular esa política y de aplicarla. Las medidas de carácter preventivo y correctivo referentes al patrimonio cultural y natural se habrán de completar con otras que tiendan a dar a cada uno de los bienes de ese patrimonio una función que lo integre en la vida social, económica, científica y cultural, presente y futura del país, función compatible con el carácter cultural y natural del bien considerado."[754]

El resto del documento trata de demostrar la importancia que tiene el patrimonio, la obligatoriedad de los estados de conservarlo, los mecanismos técnicos, legales y de financiamiento que deberían establecerse, los organismos que deberían existir, sus formas de cooperación y una larga enumeración de principios que, como ya dijimos, son loables pero difícilmente acequibles por decreto. Eran recomendaciones en el verdadero sentido de la palabra, y sirvieron como arma de batalla, como forma de presionar a los gobiernos, con mayor o menor energía en cada caso, y con mayores o menores logros en cada país.

También en 1972 se realizó un pequeño congreso de arquitectos restauradores, organizado por Ramón Bonfil, en el cual volvieron a presentarse las dos grandes corrientes del pensamiento conservacionista, aunque la óptica central fue la de los monumentos y centros históricos más que arqueológicos. La primera ponencia digna de ser recordada es la de Sergio Saldívar, quien tras un texto al parecer muy oficial, deja entrever varios conceptos de profundidad que muestran la posición del autor:

"La explosión de los medios masivos de comunicación, impone a los integrantes de nuestras comunidades todos los productos culturales propios de países en alto grado de desarrollo capitalista, revestidos falsamente en un enorme prestigio y como la única imagen de lo valedero. En contrapartida, una casa histórica o un conjunto urbano tradicional, se identifica con el retraso, y en el mejor de los casos, que resulta el peor, con el folklore." [755]

Este párrafo nos muestra lo que es el resto de la ponencia: un alegato contra el sistema imperante, el que no sólo destruye los centros históricos (y arqueológicos), sino que impone pautas que hacen que ni siquiera su propio habitante tenga noción de lo que está sucediendo; por el contrario, impulsa modelos trasnacionales de cultura por los cuales es mejor una pésima vivienda nueva que una excelente casa antigua:

"La problemática de nuestro país en el momento actual, que como todos sabemos se debate en arduas luchas por alcanzar una real independencia económica y por la defensa de su identidad cultural, afirmando día a día en todos los terrenos que no podemos, ni debemos, ni queremos ser colonia de nadie. Es justo pues, impedir que nuestras estructuras urbanas se muestren como evidencias de una dependencia neo-colonialista. Es justo que nuestra arquitectura y nuestro urbanismo revelen como lo han hecho siempre la peculiaridad cultural de nuestro país; es justo que no se nos traicione también en este terreno, que nuestras ciudades no plasmen en su forma las agresiones económicas a nuestras empresas, la desmexicanización de nuestro comercio, nuestra cada vez mayor dependencia tecnológica. Si la transformación social de un movimiento armado, como fue el de 1910, es válida; si en nuestro gremio hay un grupo importante que porta el título de arquitectos revolucionarios, si la revolución es dinámica y la reforma agraria tiene aún

un largo trecho que recorrer, permítasenos aquí esbozar una idea revolucionaria. ¿No será momento de iniciar una reforma urbana? ¿No será realmente de utilidad pública determinar el uso de la tierra? ¿No son ya tan grandes los problemas de nuestras ciudades que requerimos superar los instrumentos de expropiación actualmente vigentes y concebir reglamentos de uso que prevean nuestros males siquiera a quince años? ¿No es válido modificar conforme al derecho los alcances y modalidades de la propiedad privada en el suelo urbano?" [756]

Y si bien estas ideas no son nuevas para nadie en el mundo exterior al de los restauradores, en su seno era un tema difícil de aceptar. La tradición villagraniana impedía vislumbrar la realidad de la problemática: estaba vedado hablar de renta del suelo, de tenencia de la tierra, de uso social, de explotación, y de los monumentos como mercancía. Era una muestra más de que el tabú estaba roto. Para completar el cuadro, Carlos Flores Marini volvió a marcar su postura respecto del uso turístico de los monumentos arqueológicos e históricos, cuando expresó lo que sigue:

"Esto es, no creemos en el simple hecho de un monumento restaurado en su exterior, muy acabado y pintado. De blanco, desde luego, si antes no se ha restaurado la dignidad del habitante mismo. Los claros ejemplos de Taxco y Guanajuato ilustran los errores de este criterio, en donde en aras de un dudoso beneficio turístico, no sólo las ciudades han perdido su personalidad sino que han hecho de su habitante un extraño en su propia ciudad, cuando no es desplazado por desmedidos intereses comerciales."
Y continúa diciendo que:

"O mixtificamos y deformamos nuestro patrimonio cultural en pro de un desmesurado incremento turístico, o practicamos un turismo digno sin teatralidades ni falsos ejemplos de pirámides y ciudades neocoloniales. Mantuvimos nuestra postura en contra de las reconstrucciones por analogía de Teotihuacan, por el ejemplo que ello representaba. A sólo ocho años de distancia el desafortunado caso de la pirámide de concreto de Cholula nos ha dado la razón. Así mismo, públicamente nos opusimos a la lírica reconstrucción de San Felipe Neri en esta ciudad y el resultado con el 'pueblo de la Mancha' en Guanajuato salta a la vista, degradando una de nuestras joyas barrocas, la Iglesia de Cata. Y podríamos seguir mencionando los innumerables casos en los que por ejecutar una obra rápidamente, sobre las rodillas, se continúan perdiendo ejemplos invaluables de nuestra cultura".[757]

A finales de 1973 llegó a México otro libro que causó gran impacto entre los círculos de la restauración: el número monográfico del **Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas** de la Universidad de Venezuela·'" dedicado a la conservación y organizado por Graziano Gasparini. Esta revista, que quizás durante mucho tiempo fue la más importante sobre arquitectura latinoamericana, había ya prestado atención al tema, pero esta vez aunaba una colección de trabajos impactantes por su fuerza. Incluía la ponencia presentada por Gasparini en el Coloquio de ICOMOS realizado en México en 1972 —que pasó desapercibido para los arqueólogos— y que tenía como objetivo impulsar la **Carta de Venecia**. También se publicaban las recomendaciones de ese congreso, que luego reseñaremos. La ponencia de Gasparini nos dice:

"En América Latina van proliferando ideas, interpretaciones y realizaciones basadas en la improvisación, mediocrismo, interpretaciones nostálgicas y realizaciones escenográficas. De nada sirven los enunciados y las normas que los expertos redactan para los organismos internacionales especializados, cuando la conservación de los monumentos y conjuntos ambientales está en manos de personas incompetentes que, como sucede en América Latina, ocupan puestos públicos con poder de decisión más por las relaciones de amistad con los políticos de turno que por su comprobada formación y experiencia."[759]

Para ejemplificar lo que dice utiliza las reconstrucciones de Cholula y Tiahuanaco, Teotihuacan y Uxmal. Intenta centrar la problemática en las causas del deterioro y la destrucción, diciendo que:

"Se ha dicho y repetido en estos días que se debe formar conciencia. Una conciencia colectiva que mire con respeto y orgullo a los testimonios del pasado. Una conciencia colectiva que sepa tutelar ese patrimonio y lo conserve. Eso de la conciencia colectiva suena bien; sin embargo, el planteamiento no deja de ser utópico. Hasta cuando no cambie esa forma de vida basada en la carrera al enriquecimiento, en la especulación, en la política demagógica y en la dependencia económica que enriquece a unos pocos en detrimento de todo un inmenso resto, será muy difícil formar una conciencia colectiva. Además no se trata de formar conciencia para conservar los monumentos que podríamos calificar de intocables, es decir, los que componen la lista de monumentos nacionales, sino a los valores ambientales de los conjuntos urbanos que muchas veces rodean al monumento excepcional y establecen su marco indispensable. Valores que en la mayoría de los casos son definidos por la suma de obras de poca relevancia y ... que luchan contra la especulación, el turismo, la invasión de automotores y los avisos propagandísticos, para conservar su aspecto. Para el dueño de un terreno ubicado en el centro histórico de Lima o Puebla, tiene escaso interés el aspecto de la calle y la perspectiva de la misma. Su interés está en la renta que le puede producir la construcción de un nuevo edificio y, es evidente, que la renta viene de los metros cuadrados rentables y no de la estética urbana".[760]

Para completar su cuadro de la actualidad continental, cuyo futuro cercano es para él bastante oscuro, dejó sentado el siguiente párrafo:

"He advertido con preocupación que muchos de los programas orientados a restaurar, remodelar, reambientar, reformar o reconstruir son, a fin de cuentas, sinónimos de destrucción, alteración, falsificación y escenografía. Por eso considero preferible recomendar una



118.



119.



120.

118. Sistema de circulaciones peatonales controladas: Cacaxtla fue el primer caso en que esta decisión elemental pero pospuesta desde 1922, fue puesta en marcha (foto DS).

119. Chinkultik: la pirámide al terminarse la nueva intervención de 1975-76 que incluyó la consolidación de todo el frente y parte de los laterales en un buen ejemplo de trabajo hecho sobre otro anterior (foto Carlos Navarrete).

120. El ejemplo más importante de la nueva tendencia en las restauraciones: el Juego de Pelota de Uxm al, excavado con todo rigor y donde se hizo una anastilosis del revestimiento y un acabado grueso para los núcleos expuestos (1978) (National Geographic Society, Washington).

más amplia actividad de conservación. Entre una restauración falsa, infeliz y deformante es preferible conservar la autenticidad con todos sus achaques."[761]

Tras este trabajo de Gasparini siguieron otros como el de Piero Gazzola, de gran importancia para los centros históricos, y los de Leonardo Benevolo, Carlos. Flores Marini y otros especialistas. El pensamiento de éste último está nuevamente claro, con su frase que luego se hizo muy conocida: "Hagamos un turismo con personalidad, no de rodillas".[762] Asimismo, las fotografías de restauraciones hechas en edificios tanto prehispánicos como coloniales fueron importantes, y todo ello estuvo acompañado por varias resoluciones y documentos internacionales en el final del volumen. Sin duda fue un trabajo notable en su momento y que aún sigue siendo bibliografía obligatoria para todo estudiante del tema[763]

Pero el libro más importante de esos años y el que recibió más críticas, negaciones e improperios fue, a mi criterio, el de Augusto Molina, titulado **La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos**.[764] **Este** pequeño volumen fue el causante de un verdadero revuelo entre los arqueólogos, ya que por vez primera en el medio se publicaba un libro totalmente dedicado a la restauración arqueológica. Nunca antes se había editado algo semejante, desde ninguna de las posiciones teóricas ya conocidas. Por otra parte, el libro de Molina presentaba una serie de hipótesis y puntos de partida de verdadera avanzada para su momento, y si bien varias de sus ideas estaban ya flotando en el ambiente desde 1968, era poco lo que realmente se había podido hacer por adecuar la restauración a los avances de la época en otros países. En este libro, Molina partía del hecho de destacar que lo hecho hasta ese momento era una arqueología "cuya finalidad primordial es la de la reconstrucción de monumentos",[765] pero que debía entenderse que ya no podía aceptarse esa posición porque "la restauración no es un fin en el trabajo arqueológico; es una disciplina auxiliar y complementaria de la arqueología que debiera formar parte del conjunto de conocimientos que un arqueólogo requiere".[766] Esto le quitaba de las manos a esos especialistas el derecho (inalienable hasta ese momento) de restaurar, para mostrar que era una actividad mucho más amplia, externa a la arqueología, y que en el mundo ya existían especialistas en el tema que debían, obligatoriamente, intervenir en el proceso. Por otra parte, veía que no había un sustento teórico ni publicaciones específicas, y que por el contrario, había un desconocimiento y una negación del problema, que se soslayaba con total soltura. Esa falta de documentación y de principios fue lo que motivó la realización del libro. Podemos recordar que este trabajo tenía tres años circulando ya que había sido la tesis del autor y las copias ya habían sido leídas y discutidas por algunos arqueólogos y arquitectos desde 1973. El libro está estructurado con seriedad y valentía, desde una perspectiva interdisciplinaria de arquitectura, restauración y arqueología. Entiende que el retraso de México puede ser sobrellevado con facilidad gracias a los profundos aportes realizados en este siglo en Europa, en especial en los últimos años, y que si sabemos reelaborar para nuestra realidad y nuestros problemas esas ideas, podremos con facilidad dar un gran paso hacia adelante. La revisión realizada fue básicamente conceptual más que histórica, y se utilizaron ejemplos de la más variada índole. De México se tomaron los casos más importantes, es decir los trabajos de Gamio y Reygadas en Teotihuacan, los de la Carnegie Institution en Chichén Itzá, los de Batres en Mitla y los de César Sáenz en Uxmal. Esta falta de casos más cercanos —cosa que él mismo aclaró en el prólogo—, es justamente una de las cosas que el presente libro intenta llenar.

La primera parte del libro de Molina es una historia de la restauración en el mundo que destaca las grandes corrientes del pensamiento y de la acción restauradora hasta la actualidad, llegando hasta la **Carta de Venecia.** El segundo capítulo trata de las teorías contemporáneas de la restauración en la arqueología, donde maneja con soltura la bibliografía internacional, toca algunos casos de México y trata de encontrar el porqué de los problemas nacionales. El punto que más ha sido analizado tiene que ver con los "tipos de restauración" que son tomados en sus grandes rasgos de Carlo Perogalli, a saber: l) restauración de consolidación, 2) restauración de liberación, 3) restauración de integración, 4) restauración de reconstrucción y 5) restauración de innovación. El resto del libro intenta revisar el significado, aplicado a nuestra realidad, de cada una de estas variantes de intervención. Cómo y cuándo deben hacerse, y cómo se había trabajado hásta la fecha. Concretamente en el caso de la reintegración se hacen planteamientos teóricos de extrema calidad, ya que la reintegración es el extremo de la restauración, lo máximo realizable según las normas internacionales, y podríamos agregar, según la lógica más estricta. Este capítulo sirve también para plantear críticas al concepto europeo de anastilosis, que en gran medida es difícil de aplicar en el medio local. Pero no se queda en la crítica, sino que aporta ideas nuevas para solucionar el problema que permiten hacer reintegraciones bien hechas aunque salgan de la estricta letra de la **Carta**, pero no de su intención de fondo. Transcribimos algunos párrafos que son síntesis de sus ideas:

"Debe existir una absoluta certeza de la forma original del elemento que se va a reintegrar. Como no se podrá, salvo en casos excepcionales, apoyarse en evidencia documental, será necesario recurrir a los datos aportados por la excavación, evidencia que, como ya se vió, es válida si se refiere a datos inequívocos y en su contexto correcto. No será lícito, por tanto, tomar datos derivados de la excavación de un edificio determinado para la restauración de otro edificio, aunque éste sea del mismo estilo o aún del mismo sitio. En otras palabras, no se podrá hacer reintegrac ión por analogía. Siguiendo con igual criterio, no puede trasladarse la evidencia departes de un edificio a otras partes del mismo edificio, ya que el hecho de que se suponga que un edificio debió de haber sido simétrico no es garantía de que efectivamente lo fue, ni da el derecho de plasmar una suposición en una obra concreta. Si no se tienen datos para una determinada parte del monumento es mejor dejar una laguna -por ejemplo un tramo de núcleo consolidado- que prolongar la

reintegración, que entonces se convertiría en reconstrucción hipotética. La reintegración debe intentarse únicamente cuando subsiste la mayor parte de los materiales originales. La reintegración presupone que se están devolviendo a su sistio estos materiales originales, pero no que se efectúen reconstrucciones con materiales en su mayoría nuevos. El hecho de que en una estructura hecha de piedras irregulares no se pueda, por lo general, recolocar cada pieza exactamente en el mismo sitio que ocupaba originalmente, no implica que se esté falsificando el material, y precisamente el que las piedras sean irregulares y no diferenciadas hace menos indispensable que retornen a su exacto lugar de origen. Asimismo, considero que el tener que usar mortero nuevo para fijar las piedras no altera en mayor grado la autenticidad del monumento ya que, en última instancia, se puede considerar al mortero como un elemento de integración indispensable para la solidez de la estructura."[767]

El último capítulo está dedicado al conflictivo tema de la reconstrucción: demás está decir que desde los primeros renglones la ataca con todas sus fuerzas mostrando lo absurda que es, tanto histórica como estetéticamente. Pero por otra parte observa con tristeza que ésa ha sido la norma imperante; y dice que él no ha podido hallar ni siquiera un elemento que pudiera justificar esas realizaciones, y cita como ejemplo el caso de Santa Cecilia Acatitlán y el del Templo de los Atlantes de Tula. Sus conclusiones son también suficientemente claras: el diagnóstico de México muestra el "gran atraso que existe en los planteamientos teóricos y en las realizaciones prácticas de la restauración", a la vez que "conceptualmente cuando menos, ha habido un franco retroceso en esa importante actividad"; dice también que hay "una casi total ausencia de una base filosófica y teórica", lo que sumado a la "escasez de aportaciones de nuestros especialistas" ha redundado en los problemas que ya conocemos. Para ello existen normas internacionales a seguir; por supuesto que con sus críticas y sus correcciones, pero a tener en cuenta de ese momento en adelante México no podía ser una excepción en el mundo.[768] La conclusión conceptual es la siguiente: "No existen razones de índole técnica, económica, filosófica o moral que impidan que la restauración de monumentos arqueológicos en México se encauce por un camino más acorde con los coneptos y normas de validez universal; por el contrario, existen muchas razones para asegurar que esto es factible, deseable y necesario."[769] En los años que siguieron ala aparición de este libro, Molina volvió a insistir en varias publicaciones acerca de estas ideas, pero nos es materialmente imposible reseñarlas todas. Por esta razón recomendamos al lector revisar la bibliografía.[770]

El impulso que poco a poco tomaba la crítica a las restauraciones hechas hasta el momento, tuvo su culminación cuando en 1974, el INAH decidió organizar una Primera Reunión Técnica Consultiva sobre Conservación de Monumentos y Zonas Arqueológicas. Esta reunión, que tuvo una nutrida concurrencia nacional e internacional, fue el foco de las polémicas más agudas que hasta el momento se habían suscitado: hubo desde insultos hasta escándalos. Pero el resultado se concretó en una serie de Conclusiones que fueron, afortunadamente, rápidamente difundidas.[771] Estas fueron redactadas por un comité especial formado por Luis Torres, Salvad& Díaz Berrio, Augusto Molina, Jaime Cama y Ariel Valencia. El documento, amplio, serio y profundo, revisaba punto por punto los problemas y proponía soluciones concretas y fáciles de poner en práctica. Por supuesto, muy buena parte de los puntos nunca fueron aceptados o por lo menos nunca se llevaron a la práctica, ni siquiera dentro del propio Instituto, pero esa es otra historia. Se establecieron seis grandes apartados temáticos, que a continuación describimos, en función de la restauración.
El primer tema se titulaba "El arqueólogo ante las zonas de trabajo afectadas" y planteaba que, dada la importancia del monumento arqueológico era imprescindible tener una política clara para su restauración; luego decía que era necesario establecer —ya que por entonces no los había— fundamentos teóricos para la restauración, y que las intervenciones debían normarse para evitar errores. Tras estas consideraciones, se procedía a definir con mayor exactitud los términos del debate. Se aceptaba la definición tradicional que daba la ley para un monumento, aclarando que "se establece que conservación es el concepto general que incluye toda acción para la protección de los monumentos y zonas arqueológicas. Aceptándose el término de consolidación y planteándose los aspectos negativos de la reconstrucción."[772]
El tercer apartado, titulado "Criterios de intervención según las circunstancias del trabajo" da una serie de recomendaciones como la utilización de la **Carta de Venecia** como norma a seguir, la prohibición de la reconstrucción para reemplazarla por la consolidación y la imprescindible obligatoriedad de que el arqueólogo trabaje siempre con un restaurador y viceversa. También presenta otras cuatro sugerencias que, pese a lo positivas, nunca llegaron a ponerse en práctica: 1) que se formara un comité asesor sobre restauraciones a nivel institucional; 2) que se diera a los arqueólogos que trabajaran en el campo todas las facilidades para la conservación; 3) que se actualizara la documentación sobre el tema, dándole acceso libre a todos los investigadores a ese material; y 4) que se publicaran normas e informaciones sobre el particular. El punto siguiente, "Normas técnicas generales de trabajo" tuvo una acogida similar, y las normas en su mayoría no fueron llevadas a la práctica. Se postulaba que el especialista en restauración debía participar en todos los trabajos; que no se procediera a la restauración hasta no tener toda la información necesaria del edificio; que debía racionalizarse el desmonte de vegetación en los sitios arqueológicos para no transformarlos en desiertos; que se establecieran normas específicas para regir la restauración; que se utilizara racionalmente la fotogrametría y que se publicaran las experiencias de las diversas dependencias del INAH en restauración. En las páginas siguientes había una lista de puntos relativos ala forma de tratar los objetos muebles asociados a los edificios, y un marco de tipo legal, Asimismo se daban recomendaciones académicas y de respeto al entorno.

Otros dos momentos de gran entusiasmo entre los nuevos impulsores de la restauración y conservación desde una perspectiva crítica, fueron las respectivas publicaciones de dos trabajos muy particulares: en primer lugar el libro de Luis

Lumbreras, **La arqueología como ciencia social**[773] en 1974, y Hacia una arqueología social, coordinado por José Luis Lorenzo[774] en 1976, que fue el resultado de una reunión realizada un año antes. Cabe señalar que el libro de Lumbreras circuló al principio de mano en mano, ya que por ser una edición peruana era difícil de obtener en México. Pese a eso fue motor desencadenante para la Escuela Nacional de Antropología, pues llenaba un hueco teórico que si bien estaba presente, no contaba con un texto que lo explicara y mostrara una salida al problema. Fue tal el impacto, que al año siguiente se organizó una reunión en la que participó Lumbreras, producto de la cual resultó el texto editado por Lorenzo. En ambas publicaciones se establecía ya que la arqueología era una ciencia social y que jugaba un papel muy particular en América Latina —o que por lo menos debía de jugarlo— en beneficio de una cultura más libre y más amplia. Y la restauración de edificios arqueológicos caía dentro de esta actitud francamente comprometida, ya que representaba la corriente tradicional y su forma de entender el objeto de la arqueología. Se decía que por culpa de ello se había producido hacía tiempo una " distorsionada concepción que ha determinado que se destine gran cantidad de recursos materiales y humanos a la excavación y reconstrucción de las manifestaciones culturales que, en el mejor de los casos, han aportado sólo una visión muy parcial de las sociedades que las produjeron, puesto que se refieren únicamente a las clases superiores de las mismas. Los monumentos se restauran de acuerdo con métodos tradicionales que poco se han modificado o depurado. Por desgracia, con demasiada frecuencia sólo quedan edificios que han sido sometidos a un proceso que, más que restauración, debe denominarse construcción."[775] La reunión proponía por lo tanto una perspectiva diferente, una arqueología que sí restaurara, pero que estas intervenciones fueran conducidas de acuerdo con un cuerpo teórico lo más avanzado posible, y que se aceptara que los materiales restaurados eran sólo una expresión de un pueblo del pasado y nunca la más importante. Era un ataque duro y frontal a la reconstrucción tradicional aún imperante.

En estos años también aportaron a la consolidación de las posiciones críticas, libros provenientes de otras disciplinas y áreas del conocimiento. En la arquitectura, la historiografía europea publicaba diariamente libros que replanteaban con duros términos el funcionalismo heredado de Le Corbusier, Gropius y la Bauhaus. En México se abrían nuevas perspectivas teóricas con Rafael López Rangel, Ramón Vargas y otros autores que no sólo encontraron los grandes errores de los textos tradicionales, sino que los atacaron y refutaron en forma sistemática[776] En ese sentido, el trabajo de López Rangel para demostrar la falacia teórica que significaban las teorías villagranianas fue notable, no sólo por haber sido el primero en plantearlo abiertamente desafiando ala omnipresente figura de Villagrán, sino también porque mostró cambios alternos.[777] En la historia del arte pasaba algo similar, cuando el estudiantado recibía asombrado libros como el de Nicos Hadjinicolau, **Historia del arte y lucha de clases** en 1974,[778] y las investigaciones sobre arte popular de Néstor García Canclini,[779] que mostraban una visión diferente de los problemas que se venían discutiendo desde hacía mucho. A escala latinoamericana, Roberto Segre venía impulsando toda una corriente revisionista que en Cuba misma daba importancia a la restauración, aunque con una función social desligada de toda visión idealista. Para fines de 1975 era factible para cualquier estudiante acceder a una interpretación de la restauración mucho más sólida y notablemente diferente de la que podía haber tenido ese mismo alumno si lo hubiese intentado sólo 10 años antes. Por su parte la antropología había ya hecho públicas sus nuevas tendencias de interpretación del fenómeno étnico y la cultura, las que si bien tenían unos 10 años de existencia, no eran de fácil acceso para los investigadores de otras áreas de nuestro continente. Por lo general, el fracaso de las políticas indigenistas por una parte y el impulso del marxismo y la antropología comprometida por otro, permitieron reinterpretar el concepto de cultura y su significación. Porque la lucha por la conservación debe venir unida ala intensificación de la lucha por impedir la destrucción de la cultura popular, rural y urbana, por el desarrollo de las comunidades indígenas, por un uso social de los monumentos impuesto desde los propios habitantes y en función de sus propias necesidades, y ya no por imposición vertical del Estado. Porque la conservación patrimonial es también una forma de luchar por una vida más justa y más humana.

Pero regresando a la bibliografía, antes habíamos citado a Rafael López Rangel y sus libros sobre historia de la arquitectura. Es necesario profundizar ahora un poco más en ellos, ya que significaron un paso adelante en la construcción de una teoría social de la restauración, por lo menos en cuanto a centrar el análisis ya no en conceptos anacrónicos sino en realidades concretas. En su primer libro, **Arquitectura y subdesarrollo en América Latina**,[780] realizaba una ímproba tarea de doble dirección: atacaba las teorías reaccionarias —en particular la de Villagrán García— y sentaba un modelo teórico para el análisis del proceso urbano-arquitectónico. Si bien sus principios teóricos nos son útiles también para el estudio de la arquitectura histórica —ya lo veremos más adelante—, el haber demostrado las endebles bases de los postulados de Villagrán permitió a algunos restauradores asomarse a un campo más amplio del pensamiento. Nos decía que "Villagrán atomiza la realidad en valores. Por acá lo útil, por allá lo lógico, más acá lo estético, más allá lo social (...) La obra refleja la cultura, pero también la conforma, y así el arquitecto debe ser consciente de los altos valores del espíritu, de las injusticias sociales... pero siempre de manera emotiva y no dejando que esto signifique disturbio alguno para la alta concepción de los valores como ideales autónomos"[781]

Años antes ya había publicado su famoso **Tríptico Antivillagraniano**,[782] luego editado como libro, en el que establecía con una rigurosa cientificidad —más aún, con la misma bibliografía utilizada por Villagrán— lo erróneo de la axiología y su papel ideológico reaccionario. En las hojas dedicadas a mostrar la imposibilidad de dividir la realidad en fragmentos, y luego proceder a darle nombre a cada uno, nos va mostrando la imposibilidad de aceptar una construcción teórica que parta de lo espiritual, lo acientífico, lo puramente teosófico. En este caso los valores serían **atemporales, absolutos** e **indemostrables,** y por lo tanto debíamos aceptarlos axiomáticamente. Esto de por sí ya es un desprecio a la ciencia y

a la objetividad necesaria para entender la realidad: eran ideas perfectas para hablar de lo social sin hacer arquitectura social; para tener en consideración el hecho estético, haciendo una arquitectura de cuarta categoría. Era materia prima ideal para la demagogia politiquera. Por suerte duró poco, aunque aún en los cursos de posgrado de México sigue siendo la única corriente teórica aceptada.[783]

Las restauraciones en Yaxchilán (1973-1978)

El impacto causado en las generaciones jóvenes por la **Carta de Venecia** y la difusión de nuevas ideas que se contraponían con la arqueología que se venía realizando en México, tuvieron un nuevo desarrollo a partir de 1975, como ya hemos intentado demostrar. Uno de los trabajos que en esos años de transición se presentó como una muestra de lo correcto del nuevo camino fue el de Yaxchilán, dirigido por Roberto García Moll, y que comenzó en 1972. Es de lamentar que pese a que ya han transcurrido 10 años del inicio de este proyecto, sólo se hayan publicado algunas notas muy cortas.[784] A pesar de ello podemos extraer algunas consideraciones importantes para nuestro tema.

En primer lugar, el trabajo de restauración estuvo encaminado, desde su planteamiento, a una tarea de salvaguardia y no de reconstrucción. Se planteó que únicamente era válido realizar consolidación de lo que existía, limpieza y desescombro de las construcciones y siempre mediante intervenciones lógicas y meditadas. Sí se hicieron restauraciones enérgicas, esto es importante, pero siempre los resultados son de alabar. Por ejemplo, se restauraron los edificios 19 y 33: tras limpiarlos se cortó la vegetación que había crecido sobre ellos, dejando las raíces de los árboles en su lugar para ser quitadas sólo a medida que avanzaban los trabajos. Se consolidaron cresterías, fachadas y bóvedas, y "se han reforzado las secciones en las que el núcleo de la construcción se encuentra expuesto, ya que no existen datos para la reintegración de estas partes"[785] El criterio general adoptado fue el de "consolidación de las partes existentes y el refuerzo del núcleo expuesto".[786] En dos casos en que se encontraron fisuras de gran tamaño y que amenazaban con un derrumbe próximo del edificio, se procedió a una reconstrucción con las piedras tomadas del mismo sitio, y a sellar la falla. También se repuso un sector de cornisa, pero esto se hizo únicamente en momentos particulares y cuando la intervención era razonable y necesaria. Vale la pena destacar la alta calidad de estos trabajos de consolidación y recolección de ciertos sectores, en particular los que se realizaron en el edificio 33.

Pero acerca de Yaxchilán existe una publicación corta de las ya citadas, titulada **Conservación de monumentos en Yaxchilán, Chiapas** que representa un caso poco habitual en la literatura de la restauración. En éste se realiza una síntesis de las posturas teóricas imperantes a la fecha —1978--, y se hace un diagnóstico detallado de los problemas existentes y las obras realizadas en cada edificio. Sin duda es uno de los mejores ejemplos de la nueva corriente de la restauración. En este texto se destacan algunos conceptos dignos de repetirse, ya que aclaran las intervenciones realizadas. Por ejemplo, respecto al edificio 33 se dice que "se iniciaron (los trabajos) por la exploración de las cuatro esquinas, con objeto de restituir los mismos elementos a los paramentos verticales, tomando como arranque los restos que se conservaron debajo del escombro. En el sentido estricto no puede llamarse anastilosis, ya que fue imposible colocar cada bloque de piedra caliza en su sitio original; éstos se levantaron hasta la altura de los testigos que se encontraban *in-situ* y para diferenciarlos se dejó una junta gruesa y profunda entre ambos paños del muro. Las cornisas que habían caído, donde el revestimiento de los paramentos verticales faltaba, fueron restituidas, así como las que forman las esquinas del edificio, en que se identificó con absoluta certeza el elemento, pues el resto se colocaron las que aparecieron durante el proceso de exploración, algunas rotas o con muy pocos faltantes."

Otros trabajos fueron la restauración sobre el suelo de la mitad caída de la crestería del edificio 6, que se había derrumbado pero manteniéndose entera, la restitución de dinteles en varios edificios en madera de chicozapote, aunque en varios casos fue necesario colocar vigas de concreto sobre ellas para restituir la capacidad portante del muro. En otros casos se consolidaron los muros pero no se los completó, pero en una ocasión por lo menos, el edificio 30 vio la reconstrucción de uno de sus muros, al igual que se rehicieron bóvedas en la estructura 19, las que en realidad habían sido destruidas en la época prehispánica. Si bien se justifica esto último en aras de la conservación del edificio, creo que hubiera sido necesario buscar alternativas más modernas al problema. Cualquier tipo de techo moderno hubiera sido suficiente y hubiera cumplido ese mismo papel. Cabe la salvedad de que se dejaron evidencias obvias de haber sido reconstruido. Al respecto, se describió con cierto detenimiento lo realizado: "lo que restituimos son los elementos funcionales. Por ejemplo: un dintel o una cornisa que son elementos necesarios. El primero debe restituirse porque puede provocar la formación de un arco de medio punto en la bóveda, hasta que acaba por colapsarse; las cornisas tienen como función evitar que la lluvia caiga sobre los muros. Lo que no se restituye es la decoración, como en el caso de Chichén Itzá o Uxmal". También se insistió en la conservación de la vegetación y la ecología del sitio. En resumidas cuentas, destacamos este trabajo por su alta responsabilidad frente a los restos arqueológicos, y por haber intentado —dentro de las limitaciones que la institución patrocinante estableció— encontrar las soluciones más idóneas a los problemas.

Chinkultik: la restauración de una restauración (1975-1976)

Otro trabajo que se inserta en la serie que hemos venido incluyendo dentro de esta corriente de la restauración, es el

realizado por Carlos Navarrete en Chinkultik. Allí, en la Pirámide 1 había realizado algunos trabajos Roberto Gallegos en 1970, coincidiendo con la apertura del sitio al turismo, consistentes en la consolidación y reposición de siete escalones y las alfardas de la escalinata, y se completaron las partes faltantes o deterioradas de los taludes inferiores. Pero debido al intenso turismo al sitio a partir de esa fecha, se habían deteriorado nuevamente. Los trabajos de Navarrete consistieron en la consolidación y reposición de dos terrazas por las que el público accedía hasta el sitio —y que mostraron evidencias de restauraciones hechas por los mismos mayas—, y luego a excavar y restaurar la Pirámide l. Para ello se aprovechó que quedaba en buen estado una escalera anterior a la restaurada por Gallegos, con sus alfardas, la que fue despejada y consolidada, reponiendo sólo algunas piedras imprescindibles para impedir otros deterioros, y dejando las evidencias necesarias en la mezcla utilizada. Es fácil observar hoy en día las diferencias entre ambos trabajos en la misma pirámide.

Pero lo que queremos destacar no es solamente el trabajo en sí mismo, sino la postura del autor frente a él. Esta fue reseñada en un artículo titulado **Chinkultik, Chiapas, trabajos realizados en 1975.** Escribió Navarrete que "a medida que el proyecto se realiza y comprendemos mejor los problemas del sitio, otras tareas surgen y se hacen insoslayables, siendo una de ellas la conservación y mantenimiento físico de Chinkultik (...) este compromiso que atañe directamente a nuestro quehacer profesional, está inmerso en la pugna ideológica sobre la función social de la arqueología; discusión que no podemos evitar esgrimiendo el pedante argumento de la **pureza científica**". Más adelante nos especifíca que la restauración no es en sí misma una tarea de arqueólogos, sino de restauradores, pero mientras no existan suficientes técnicos en el país, es aún una responsabilidad de los arqueólogos. Para completar sus ideas dice que para proceder a la restauración es necesario aceptar que "existen normas que la condicionan. El guardar o saltar por encima de ellas establece la diferencia entre **restaurar** y **reconstruir,** labor ésta última por demás peligrosa, ya que asocia nuestra disciplina con intereses particulares y políticos bastante ajenos y distantes de la arqueología científica (...) y para qué abundar más en este tema que es parte de una dolorosa realidad: nuestros sitios históricos desaparecen con un ritmo mayor al del avance de nuestra capacidad de estudio y protección". Al año siguiente realizó un buen trabajo consolidando la Estructura 4 y el Juego de Pelota.

El Juego de Pelota de Uxmal: una experiencia y una esperanza (1978)

La restauración reciente del Juego de Pelota de Uxmal, realizada después de varias intervenciones anteriores, representa un ejemplo de cómo se puede y se debe restaurar un monumento arqueológico. Lo presentamos justamente con el afán de insistir en que no sólo es el único procedimiento racional, sino que, hasta ahora, otros caminos han resultado ser estériles y contraproducentes.

La cancha de pelota de Uxmal es relativamente chica, y desde principios de siglo presentó un estado de deterioro bastante marcado. John Lloyd S tephens, en 1841, excavó en ella creyendo que a lo mejor contenía cuartos interiores. Años más tarde, Sylvanus Morley realizó una corta exploración para descubrir los fragmentos faltantes de los anillos de piedra con inscripciones. Ambas exploraciones dejaron grandes agujeros sin rellenar. Fue sólo en 1948 cuando Alberto Ruz Lhuiller llevó a cabo una temporada de exploración y consolidación, aunque ésta se redujo al mínimo. Realizó un corte perpendicular a la cancha para estudiar su forma y sistema constructivo, descubriendo algunos sectores del revestimiento de piedra en su sitio original, y buena cantidad de fragmentos de la decoración. En 1956 volvió a trabajar allí mismo Ruz, avanzando un poco más en la exploración y liberación del escombro, pero nuevamente haciendo muy poca intervención de restauración.[787]

En los años 1977 y 1978 volvió a trabajarse el Juego de Pelota, pero esta vez con intenciones diferentes y con una metodología teórica establecida *a priori,* basada en las publicaciones de Augusto Molina de poco tiempo antes[788] y con el objeto de establecer si los planteamientos de ese libro podían llevarse a la práctica. El ejemplo elegido fue correcto, ya que era de tamaño pequeño, tenía varias intervenciones anteriores, y diversos tipos de deterioros tanto naturales como provocados por el hombre.[789] El resultado del trabajo fue, debemos decirlo, excelente. Se procedió a retirar todo el escombro que quedaba, liberar el lugar de vegetación y sellar las grietas. Se estableció claramente la diferencia entre los conceptos de "liberar", "reintegrar", "consolidar" y "reconstruir", y los alcances y límites de cada uno de ellos. Así se consolidaron núcleos ala vista, escaleras muy deterioradas y revestimientos *in situ.* Se reintegraron los sectores de muros caídos completos, que fueron excavados mediante cuadrículas de control para conocer el lugar exacto de cada piedra. Se liberaron algunos sectores de los taludes agregados tardíamente y que producían pesos innecesarios sobre el núcleo, y solamente se reconstruyó parte de este para llevarlo a los volúmenes originales en los sectores en que fue imprescindible. El arqueólogo a cargo del trabajo, Rubén Maldonado, describió las tareas de reintegración con las siguientes palabras:

"La restauración de reintegración requirió de un trabajo más acucioso y en consecuencia de una inversión de tiempo mayor, ya que la excavación de liberación, controlada a través de la cuadrícula, así lo requería. Esto fue compensado por el hecho de que al alcanzar el nivel horizontal inferior del Juego de Pelota, se encontraron partes de los muros derrumbados *in situ* en los frentes norte y sur. En los planos de esos frentes, se dibujaron además de los muros evidentes, todas las piedras labradas que yacían en dicho nivel horizontal,

121. Exposición de los restos prehispánicos bajo el Palacio de Cortés en Cuernavaca que pueden ser observados por el público pero no son accesibles (foto DS).

122. Detalle de la restauración de El Castillo de Chichén Itzá mostrando el sistema utilizado de consolidación del núcleo y las piedras del revestimiento aún existentes (ídem).

123. Imagen de la misma pirámide. Habiendo sido restaurada medio siglo antes por reconstrucción masiva, fue terminada en 1978 con las mejores técnicas modernas, mediante un trabajo de consolidación de excelentes resultados (ídem).

121.



122.



123.

para proceder a la reintegración de los muros caídos *in situ* y de los elementos sueltos que por su posición en la cuadrícula y su dimensión, era factible su restauración. Así, los muros caídos se reintegraron por la proyección de su plano abatido horizontal a un plano vertical, el paramento, respetando al máximo su posición en los planos. En los muros mencionados se apreció parte de su cornisa superior, lo que fue un elemento valioso en el trabajo a efectuar, ya que existía parte de la cornisa original en uno de los lados de la cancha de juego. Los elementos sueltos que se reintegraron se remetieron uno o dos centímetros con relación a los originales." [790]

Consideramos que este ejemplo queda como un caso experimental de buenos resultados, donde se respetó totalmente un planteamiento teórico, basado en las normas internacionales al respecto y que merece quedar como un modelo a seguir en los años por venir. Todo esto ha sido claro, pero falta agregar algo: cuando Morley realizó su primera excavación, ésta fue con el objeto de encontrar fragmentos de los anillos con jeroglíficos. Más tarde, Ruz, al excavar, encontró varios fragmentos de serpientes esculpidas en piedra, que junto a los anillos formaban parte del motivo ornamental. Desgraciadamente Ruz no pudo descubrir la forma exacta en que éstos estaban colocados, aunque sí intentó un par de reconstrucciones en el papel, en las cuales planteaba la posible colocación de estas grandes esculturas. También expresó que esta decoración correspondía a una época posterior de construcción, y que no era parte del edificio original. Cuando se realizó la restauración de 1978, si bien no se dijo nada respecto a estas figuras serpentinas, es factible deducir que no se procedió a colocarlas por la falta de evidencias sobre su exacta ubicación. Pero en realidad, ninguno de ellos se dio cuenta que ya desde principios del siglo pasado había dibujos de esta decoración, que la presentaban en su sitio original, donde permaneció a lo largo del siguiente medio siglo. Allí la vio y la dibujó el conde Waldeck, y sus dibujos están publicados en diversos libros, algunos tan conocidos como el tomo primero de **México a través de los siglos.**[791] En este caso pues, quedó el trabajo inconcluso debido al desconocimiento de la bibliografía.

Restauraciones en el Sudeste de México (1975-1980)

Acabamos de ver los trabajos de restauración llevados a cabo en los últimos años en Uxmal y Yaxchilán y su importancia. En la misma tendencia progresista se encuadran las obras hechas por el Centro Regional del Sureste, bajo la dirección de Norberto González durante esos años en Xelhá, Cancún, El Meco, Playa del Carmen y Cobá. Reseñaremos un poco estas obras ya que fueron hechas todas ellas en base a las normas internacionales y de acuerdo con las tendencias más modernas del momento.

En Cancún, entre 1975 y 1976 se realizaron consolidaciones en gran cantidad de construcciones, en especial en el Grupo del Rey. Allí se intervino la Estructura I mediante la consolidación del basamento y lo que quedaba de columnas y muros del templo superior. Casi similar fue el de la Estructura II, el Edificio de las Pinturas y las estructuras IIIb y 23-111; algunas de ellas incluso habían conservado su techo en buen estado. En todos los edificios sólo se hicieron consolidaciones y en pocas oportunidades se recolocaron algunas piedras en su lugar original. Si bien la imagen es diferente a lo que hubiese sido si se hubiera reconstruido el conjunto, por lo menos hubo un claro respeto a la autenticidad de las construcciones.[792] En Xelhá se trabajó intensamente en el Grupo del Jaguar, en el cual se encontraron pinturas murales. Durante 1976 se procedió a consolidar los edificios, sus plataformas, muros, columnas y techos, sin colocar una sola piedra nueva, y se limpió de vegetación parte de la plataforma y del sacbé, en un trabajo metódico y respetuoso de los edificios[793] En las ruinas de El Meco se procedió de idéntica manera, restaurándose el frente y la escalera de la pirámide principal a un lado del camino. En Playa del Carmen se consolidaron las Estructuras I del Grupo C y I y III B, siguiendo las mismas normas antes descritas. En todos los trabajos es evidente el apego al texto de Augusto Molina que ya citamos, demostrando una vez más que sí es posible encontrar un tipo de restauración no reconstructiva que permita la salvaguardia del patrimonio arquitectónico.[794]

Uno de los hechos importantes de esos años fue la creación de una Brigada de Salvamento Arqueológico "'la cual tenía por objetivo principal realizar restauraciones de urgencia sin necesidad de cumplir para ello con prolongadas temporadas de trabajo. En lugar de esperara que pudieran hacerse exploraciones metódicas y de largo alcance, se atacaban problemas específicos de restauración, procediéndose a intervenir el edificio que corría peligro. Así se han salvado de la ruina inmediata docenas de ellos en varios sitios del Yucatán, entre 1978 y 1981. No importa el turismo ni facilitar el acceso al sitio a los visitantes; tan sólo se trata de realizar reparaciones de urgencia. Una sabia medida que, si llegara a implementarse en forma general, daría excelentes resultados a corto plazo.

Pero de todos los trabajos realizados en esa región, hay uno que debe destacarse, ya que representa uno de los grandes ejemplos de restauración de la última década. Se trata del Castillo de Chichén Itzá, hecho bajo la dirección de Peter Schmidt en 1980. Se procedió a una cuidadosa limpieza, a recolocar los sillares caídos o despegados, y luego a consolidar toda la estructura, es decir las dos caras que no habían sido restauradas medio siglo antes, todo sin rehacer ni una sola piedra. Actualmente el contraste entre ambos lados de la pirámide es notable, y como totalidad es un gran ejemplo de la propia historia de la restauración. Dos experiencias diferentes, con técnicas y posturas contrapuestas, en un mismo edificio. En las fotografías pueden apreciarse detalles como el relleno que se usó para darle forma a los volúmenes de

los taludes, o ala misma escalera con alfardas, pero dejando éstos en su forma burda, para que no haya ninguna confusión con los muros originales. Se cuidó diferenciar los rellenos actuales de los antiguos, por lo que en los lugares en que falta el revestimiento, cualquier observador puede entender dónde cayó, conservándose la masa interior de mampostería, y dónde ésta fue necesariamente rehecha. Sin duda, se trata de uno de los casos más interesantes de esta nueva postura, que espero sirva de ejemplo en los próximos años, sobre todo en un sitio como Chichén Itzá, donde los deterioros provocados por el turismo son realmente marcadísimos.

Las restauraciones en Cacaxtla (1977-1979)

Entre los trabajos realizados en esos años difíciles y de grandes polémicas, se destaca el de la restauración de Cacaxtla, hecha por Daniel y Diana Molina. Estos trabajos fueron el resultado del descubrimiento de unas excepcionales pinturas murales en perfecto estado de conservación, lo que asustó a los saqueadores que las encontraron. El INAH intervino y rápidamente se pudo iniciar un trabajo de limpieza de las pinturas y las obras para estudiar el sitio y dejarlo visitable. El conjunto arqueológico está formado por un gigantesco basamento que representa siglos de construcciones superpuestas, en una de cuyas etapas se pintaron los murales; éstos en su momento fueron parcialmente destruidos y recubiertos por otra construcción más nueva. Se procedió por lo tanto a liberar las pinturas y gran parte de los edificios asociados a esa época, en un trabajo que-podemos considerar como modelo. No se realizó ningún tipo de reconstrucción hipotética, y por el contrario, se cuidó con meticulosidad estos aspectos. Los muros de adobe o piedra fueron consolidados con cal y substancias aglutinantes específícas, y lo mismo se hizo con los estucos. Se construyó un edificio moderno de hierro y vidrio para proteger las pinturas y toda la zona es transitada a través de circulaciones preestablecidas por medio de andadores de madera. Algunos relieves de estuco fueron cubiertos por cajas de vidrio, para dejarlos visibles pero protegidos.''' Estos andadores de madera, que sólo se apoyan en los pisos antiguos, son un elemento que ya debería ser obligatorio en cualquier sitio arqueológico de este tipo: es imposible seguir permitiendo que los visitantes anden a su antojo por las ruinas causando los destrozos habituales, en especial en pisos de estuco o de tierra.

Resumiendo, los trabajos fueron de consolidación —salvo un muro que al parecer fue necesario rehacer para impedir derrumbes—, y de conservación de pinturas y estucos. Se completaron los pisos de estuco, lo que si bien provocó algunas discusiones fue por cierto hecho con todo cuidado. Fue en todo sentido un trabajo bien realizado, que permitió insistir en la necesidad imperiosa de establecer la obligatoriedad de este tipo de intervenciones en la arqueología de México ahora, y en todo el continente en un futuro cercano.

124. El robo sin límites: jamba esculpida de Palenque mostrando las marcas de los fragmentos quebrados pese a la constante vigilancia del sitio (Vistacolor, México).

125. Mascarón gigante de estuco descubierto en Piedras Negras en la década de 1930; la falta absoluta de protección ha producido su pérdida casi total (National Geographic Society, Washington).

126. Altar azteca descubierto durante las excavaciones del Metro en la ciudad de México; fue conservado y dejado a la vista en la estación subterránea (ídem 124).



124.



125.

126.

15. El saqueo y deterioro del patrimonio cultural en el siglo XX

Si el siglo pasado vivió el expolio de nuestra Cultura, en especial de lo prehispánico, nuestros últimos cincuenta años muestran un aspecto patético del problema. Nada más que como datos introductorios, existen cálculos de la siguiente índole: el valor de los monumentos mayas sacados de Guatemala, es actualmente de unos doscientos millones de dólares. De Perú son llevados a Estados Unidos más de 40.000 objetos al año.[797] Es por eso que es importante conocer, con la mayor exactitud posible, los mecanismos del saqueo, las causas del deterioro y destrucción de nuestro patrimonio latinoamericano, que nos muestran un futuro cada vez más incierto y difícil. Pero es imprescindible hacer en orden este análisis, tratando de separar cada una de las facetas del problema, sus causas y consecuencias. En primer lugar está el saqueo, es decir la salida ilegal de objetos. En este caso los mecanismos son varios: la corrupción, la falta de control aduanero, el contrabando directo, los subterfugios y el coleccionismo. El primero de ellos es más que claro, ya que permite que sean sacadas piezas por el simple mecanismo de repartir parte de las ganancias. El segundo, es decir la desidia aduanal, si bien no permite la salida de monumentos, sí posibilita que cotidianamente, y en manos de turistas, salgan piezas pequeñas, cuadros y libros. Cuántos son los casos conocidos de inspectores de aduanas que se encontraron con maletas o cajones repletos de arqueología, que se planeaban sacar con toda impunidad.[798]

El problema más grave es el del contrabando directo, es decir el sacar a través de caminos, barcos o aviones ilegales, estelas y monumentos, y hasta ha habido el caso de un frente de pirámide completo. En este caso se aprovechan las fronteras poco vigiladas (en Guatemala, por el Petén hacia Belice y de allí a Europa o Estados Unidos). Tal es el caso de Piedras Negras y Naranjo, sitios en que prácticamente no han dejado nada. En la actualidad, Agua Azul ha sido saqueado a tal punto, que los ladrones dejaron abandonado un tractor en el sitio.[799] Son millones de dólares los que están en juego y los responsables directos, por supuesto, están al margen de todo riesgo. En este caso, el libro de Karl Meyer sobre el tema sigue siendo extraordinario, al mostrar, hasta con fotos, las formas que ha adoptado este comercio en nuestro continente.[800] En la actualidad existe ya una larguísima bibliografía acerca del saqueo de monumentos mayas, quizás el que más auge ha tenido en los últimos tiempos, y que más graves daños ha causado ala investigación científica. Por ejemplo, al observar el catálogo de ventas de una de las últimas grandes subastas en Estados Unidos de arte prehispánico, encontramos que el valor de las piezas oscila, de las más baratas entre 250 y 5.000 dólares, y de las caras, entre 10.000 y 25.000 dólares.[801] Y esa venta sólo fue de 239 piezas o grupos de ellas; se podrían traer a colación docenas de estos ejemplos. Que sepamos, ni México ni otros países han reclamado la devolución de piezas de cerámica a algunas de estas transnacionales de la reventa arqueológica. El solo iniciar diplomáticamente una querella haría bajar los precios de manera que las ventas resultaran insostenibles; y romperían el mercado a la larga, o por lo menos lo haría menos interesante para los coleccionistas. Ya existe experiencia latinoamericana al respecto, que sería bueno revisar para aplicar en nuestros diferentes países.[802] Por supuesto, debería sistematizarse el sistema de préstamo de objetos y monumentos, por plazos largos, a las instituciones y museos responsables —tal como hace Guatemala desde hace varios años— para evitar que se recurra a métodos ilegales para obtener las piezas.[803]

Otro sistema que ha tenido buen éxito desde hace unos años en nuestro continente, es el de encontrar subterfugios para que los objetos históricos y arqueológicos salgan legalmente. Por ejemplo, en Ecuador existe la costumbre de hacer artesanía actual con pequeñas piezas antiguas: se hacen collares, adornos, colgantes y otros artículos con placas de cobre, conchas trabajadas, husos de hilar, huesos grabados y conchas de collares, que naturalmente más de uno debe desmantelar al llegara su destino para vender las piezas por separado. Y la publicidad se hace en revistas como **Vanidades** o **Claudia,**

facilitando así las ventas. Otra forma es la de hacer publicidad en Estados Unidos de este tipo: "excave usted mismo una tumba prehispánica". El sistema es sencillo: el interesado paga una buena suma por la cual se lo traslada en avión, se lo acerca a zonas arqueológicas dentro de haciendas privadas y se le da una superficie de terreno garantizada, para que el cliente mismo y varios peones se lleven lo que encuentren, bajo su propio riesgo, a su país. El negocio es millonario, y si bien a veces las piezas son falsas ya que las entierran con anticipación en el sitio, en muchos casos, por no decir los más, son verdaderas. También se estila envolver las piezas arqueológicas con bolsas y etiquetas de tiendas artesanales muy conocidas para burlar la vigilancia aduanal. Y mejor no hablemos de las famosas maletas diplomáticas.

Otra manera tradicional de sacar objetos de grandes dimensiones consistía en ofrecerle al país poseedor, el realizar un trabajo arqueológico financiado por una institución extranjera, y a cambio de ello llevarse algunos de los objetos descubiertos. Más allá de la calidad de las exploraciones realizadas —a veces buenas, a veces malas—, salieron con autorización oficial numerosísimas piezas de todos los tipos y dimensiones. Guatemala y Honduras están luchando desesperadamente desde hace años para que les sean devueltos monumentos mayas salidos hace 30 ó 40 años con permiso de los gobiernos. Actualmente se han restituido dos piezas sumamente valiosas: el trono y el dintel de Piedras Negras, llevados a Pennsylvania varios años atrás.

Para tener una idea cabal de la envergadura que el tráfico ilegal y legal ha cobrado en la actualidad, en lo que a grándes monumentos mayas se refiere, vale la penarevisar los libros de Karl H. Mayer[804] en los cuales ha catalogado los existentes en museos y colecciones de Europa y Estados Unidos. Existen en el extranjero piezas de tanta calidad como no las hay en México. La mitra de obispo realizada con plumas de pájaro que se exhibe en la Hispanic Society of America es absolutamente única, y en México no existe actualmente nada semejante.

Pero más allá del daño que se le causa al país y a la cultura, el robo de monumentos se hace previa rotura, tal el caso de las estelas. Debido a su peso, se corta el frente en una laja delgada de unos 8 cm., detruyendo los laterales y la parte posterior. La sala maya del Museo Nacional de Antropología de México está llena de estelas, altares y esculturas en estas condiciones, que hacen que sólo quede una parte del relieve, y éste a su vez aparece quebrado en fragmentos chicos para facilitar su traslado. La estela de Jimbal, que ahora por suerte ha sido trasladada al Museo Nacional de Arqueología de Guatemala, es una excelente muestra de una estela destruida por el salvajismo de los saqueadores, a los cuales les falló el corte de la piedra y destruyeron la mitad superior del relieve. La gran estela de Dos Pilas es un caso similar, al igual que la de Tamarindito (todas de Guatemala), que se intentó vender en 350.000 dólares, hace ya 15 años.[805] Pero tal vez el caso más impresionante de todos fue el de la fachada de estuco de Kohunlich, que luego de ser trasladada a Estados Unidos le fue ofrecida en venta al Metropolitan Museum en dos millones de dólares. Afortunadamente, el Museo denunció el caso a México, lográndose así devolver la pieza al país.

Para cambiar un poco de tema, podemos traer a colación otra forma de dañar el patrimonio cultural: la falsificación. Desde hace muchos años, algunos arqueólogos han planteado equivocadamente que las falsificaciones hacen un bien, porque confunden al traficante y al comprador, desinteresándolos o engañándolos. Creo que esto es totalmente erróneo. La falsificación bien hecha engaña también al especialista, o por lo menos ha engañado a muchos de ellos, porque las técnicas utilizadas son complejas y de alta tecnología. Por otra parte, gran cantidad de cerámicas falsas están hechas con fragmentos de piezas verdaderas, de donde resulta la destrucción de las originales. Recordemos que hay regiones donde entierran las copias durante años, para que las raíces queden claramente marcadas en la superficie cerámica. Hay un caso gracioso de un arqueólogo de Guerrero que descubrió una tumba con piezas de jade de primerísima calidad, que en realidad habían sido fabricados hacia 1940 y enterradas por el falsificador, quien probablemente haya muerto u olvidado el sitio. En 1952 se publicó un artículo sobre falsificaciones realizadas en Guerrero, zona donde este comercio progresa constantemente; en ese año se calculaba que ya se conocían más de 5. 000 objetos fabricados allí, y que algunos dificilmente era reconocibles.[806] Pensemos en lo que puede haber pasado en los últimos años, cuando ya se conocen los métodos para engañar al sistema de termoluminiscencia. Por otra parte, la venta de falsificaciones al turismo ha creado mayores expectativas de éste hacia la arqueología, y ello se ha revertido en un incremento del saqueo de proporciones gigantescas.

Otra causa poderosa de deterioro es el turismo. Mucho se ha escrito sobre el particular, y cada vez es más evidente que todo sitio entregado a las transnacionales del turismo se comienza a deteriorar tan rápidamente, que por lo general es poco lo que se puede hacer por él: los miles de turistas que caminan por cada lugar provocan deterioros irreversibles. Algunos ejemplos serán suficientes: por Palenque pasan 400.000 turistas al año, con sus consecuencias en cuanto a basura, inscripciones, desgaste de escaleras y pisos de estuco; ¡los fines de semana, la plaza que está frente al Palacio se usa como cancha de fútbol! Si a eso le sumamos la deficiente vigilancia, la falta de mantenimiento, la humedad, y el museo cerrado al público por falta de espacio, tenemos una visión clara del panorama. En Tikal, Uxmal y Chichén Itzá, las escaleras de las pirámides se han desgastado tanto que ya es necesario protegerlas urgentemente, y el sistema de colocar cadenas para facilitar la subida ha destruido gran parte de ellas. Parecería que es más importante el turista que las minas. En Palenque los encargados han sido, sucesivamente, un carnicero y un policía expulsado por corrupción.[807] En los edificios que rodean la Pirámide del Tepozteco, los pisos de estuco descubiertos hace 10 años ya no existen por el desgaste causado

127. Un altar de Piedras Negras mientras es retirado para trasladarlo a la Universidad de Pennsylvania, como precio por sus excavaciones. Los escalones grabados que están atrás, fueron más tarde robados en su gran mayoría (National Geographic Society, Washington).

128. Un caso extremo en el área maya: Bonampak fue usado hasta 1847 por los indios lacandones como santuario; fueron expulsados de allí por los arqueólogos. De todas formas el sitio no fue restaurado ni se evitó el deterioro de los murales; sólo se emprendieron obras en los últimos años (foto Paul Gendrop).

129. Una estela de Jimbal que fue quebrada mientras los ladrones trataban de cortar la parte delantera para facilitar su traslado, sistema común en la actualidad para robar estos grandes monumentos (foto DS).



127.



128.



129.

por el turismo. Los graffiti de Tikal han sido salvajemente destruidos por la estupidez de turistas que escribieron sus nombres sobre ellos. Cuando en 1975 hicimos *un* estudio de ese problema, pensamos ilusoriamente que sería bueno colocar carteles para evitar tal cosa. El resultado fue peor todavía. La solución propuesta fue colocar un panal de avispas en cada cámara con graffiti, para que el turista no esté adentro más tiempo del imprescindible. El Palacio Males se mantuvo intacto por varios años gracias a esta medida.
Y mejor no hablar del trágicamente famoso sistema de luz y sonido, que ha permitido la alevosa instalación de equipos de electricidad y música dentro de las pirámides de Teotihuacan, Uxmal y otras. No sólo se rompieron los paramentos exteriores, sino que se ha modificado el perfil de los antiguos edificios para crear una falsa imagen del pasado, sólo consumible por turistas de tercera categoría, que gracias a su analfabetismo histórico necesitan del circo para ser satisfechos. Diez años atrás esto había sido detenido, más que nada gracias a algunas publicaciones internacionales,[808] pero en el año 1983 volvió a repetirse con la colocación de luz y sonido en Chichén Itzá. Es una historia muy lamentable, en la cual se siguen modificando las ruinas para que sean mejor explotadas por las trasnacionales de la hotelería y el transporte.

Además existen otras causas que contribuyen diariamente a la destrucción del patrimonio cultural: el abandono, la contaminación ambiental, la destrucción ecológica y el crecimiento urbano; el coleccionismo es en realidad la menos importante. El abandono es agudo; ¡tantos edificios se han derrumbado simplemente porque nada se hizo para protegerlos! Ya hay bibliografía que nos muestra ejemplos de templos, pirámides y palacios que hace 100 años, o incluso 50 estaban en buenas condiciones, y que se han derrumbado solos.[809] La naturaleza conserva pero también daña. La acrópolis de Copán se destruyó en gran parte en los pocos años que hubo entre la visita de Alfred Maudslay y los trabajos de Gustav Stromsvik. La contaminación ambiental ya es un problema serio: quizás una visión simplista de la cuestión haya dejado este punto de lado, pero el caso de Palenque nos presenta un hecho ya consumado. Los daños causados por los gases de las refinerías petroleras son ya de escala, sobre todo en las pinturas murales y estucos.[810] La destrucción ecológica, y por consecuencia directa del régimen pluviométrico, temperatura y grado de humedad del suelo, es también importante. Y que' mejor que los casos de Copán y Quiriguá para mostrar cómo la proliferación de hongos en las estelas es causa de la destrucción de la ecología de los alrededores del sitio. Los monumentos mayas se han dañado más desde su descubrimiento hasta nuestros días, que en los 10 ó 15 siglos en que permanecieron ocultos.[811] Algo similar se produce con el coleccionismo: nacido en el siglo XIX en México, consecuencia de la Ilustración, jugó un papel fundamental al crear la conciencia del valor del patrimonio, por conservar objetos dentro del país y abrir los primeros museos. Pero desde 1950 se ha transformado en un factor inverso: el estado ya ha montado los mecanismos necesarios a nivel museos y organismos públicos para jugar ese papel, y la arqueología ha tomado un carácter científico desde 1900. Ya no importan los objetos por su mero valor estético sino histórico, al contrario que en el coleccionismo, que ahora fomenta indirectamente el saqueo y que guarda sólo las piezas de primera calidad descartando las demás.[812]

Pero sin dudas el mayor destructor del patrimonio es el crecimiento urbano y el desarrollo a nivel regional. El crecimiento de la ciudad de México ha destruido varias docenas de sitios de todos los tamaños y categorías, a veces en forma brutal, como ocurrió con Tlatilco y Azcapotzalco. A excepción de los lugares conservados antes de 1950, como Tenayuca, Santa Cecilia o Cuicuilco, prácticamente nada más se ha hecho al respecto. Sitios que habían sido excavados y estudiados hace algunos años, hoy ya no existen. La ciudad de Guatemala ha crecido sobre Kaminaljuyú, del que sólo restan montículos entre los edificios modernos o en medio de algunas plazas y lotes baldíos; sólo la Acrópolis ha sido conservada dentro de un parque arqueológico. Al igual que esa ciudad, México, Puebla, Mérida, Guadalajara y Cholula, entre otras, han crecido por encima de extensos sitios arqueológicos. Hoy en día causa tristeza ver las ruinas de Mixcoac por debajo del Periférico, o Tlatilco, o Tlapacoya, o tantas y tantas otras. El centro prehispánico de Xochimilco no tardará en desaparecer por los fraccionamientos, como ya ha desaparecido el asentamiento habitacional que quedó bajo la Central de Abastos de Iztapalapa, que fue sólo parcialmente explorado. Y de las ruinas del Cerro Zacaltépetl que eran parte de Cuicuilco, y que habían sido estudiadas en 1955, casi nada queda ahora bajo las obras de Perisur y las residencias de sus alrededores. No mencionaremos más ejemplos porque la lista sería interminable.

Creo que con esto es más que suficiente: cada vez es más obvio que la destrucción del patrimonio cultural no es un hecho fortuito, ni se debe exclusivamente a la falta de educación, o ala desidia oficial. Es un problema político-económico, ya que la cultura se ha transformado en una mercancía, y de alto valor por cierto, que es destruida con dos objetivos. Uno de ellos es el de lucrar; el otro, que el sistema pueda reproducirse. El capitalismo debe continuar existiendo como base para que el sistema político imperante perdure, y por ello la cultura es mantenida al margen del desarrollo (o subdesarrollo) de nuestros países. Se hacen muchas cosas a su favor, e incluso, según el momento histórico, los gobiernos llegan a ocuparse de la arqueología, o de crear un museo, pero con frecuencia también son hechos teñidos de intereses turísticos o de prestigio personal. Hasta que no entendamos que es el propio sistema el que destruye o el que fomenta la destrucción, no podremos encarar una política nacional o continental de salvaguardia de nuestra herencia del pasado.

16. Hacia un modelo teórico para la conservación del patrimonio cultural

Uno de los problemas más complejos de la conservación del patrimonio cultural radica en lo poco que se ha reflexionado en qué es la conservación y qué es la cultura: sólo definiendo ambos términos con claridad será posible definir la restauración. Si no tenemos claro cuál es nuestro campo de trabajo, jamás podremos hacer nuestra tarea con seriedad y responsabilidad.

En primer lugar el concepto de conservación ha ido cambiando en la medida en que la cultura ha ido modificándose, por lo que toda concepción o definición debe entenderse como histórica, es decir ni estática ni inmutable. Es imposible creer que se puede pensar en el significado de la palabra **cultura** sin pensarlo históricamente, como parte de un complejo proceso de cambio. Para cada época y grupo será diferente, y nuestras definiciones actuales, esperemos, ya no les servirán a nuestros hijos más que para mirarlas con curiosidad. Es así que podemos encontrar en la bibliografía una enorme cantidad de definiciones de **cultura.** Para el año 1952, dos antropólogos recopilaron más de 300 vigentes entre los intelectuales.[813] Pero no quiero hacer aquí una revisión de ellas sino plantear que para este trabajo aceptamos la definición amplia utilizada por la antropología social, resultado de las posturas de Gramsci: tal como la sintetizó Cirese, la cultura es "el complejo de actividades y productos manuales e intelectuales del hombre en sociedad, cualesquiera sean las formas y contenidos, la orientación y el grado de complejidad o de conciencia que de ellas se tenga".[814] Esta definición es amplia y cubre todas las expresiones producidas por el hombre en su actividad social, por lo que reivindica como formas de cultura a lo popular, poniéndolo en pie de igualdad con la supuesta cultura "académica".

Por otra parte, debemos tener conciencia que en nuestra sociedad actual (y en la enorme mayoría de las anteriores también), no existió una sola cultura sino en realidad varias formas de cultura simultáneas. Hoy en día tenemos sin duda una cultura académica, de élite, de carácter dominante, y una cultura popular, subalterna y dominada. Por supuesto la división no es mecánica sino dialéctica, pero implica el primer paso para el rescate del patrimonio cultural popular, que tradicionalmente ha quedado marginado de la actividad de la conservación. Por otra parte es factible entender ala cultura "como un tipo particular de producción, cuyo fin es comprender, reproducir y transformar la estructura social, y luchar por la hegemonía".[815] Esta idea, desarrollada por Néstor García Canclini en sus libros sobre la cultura popular, también aporta una visión alternativa para el patrimonio, ya que la cultura no **representa** a una sociedad, sino que es parte del propio proceso de transformación de ella, a la vez que es parte de la lucha por su reivindicación y por lograr un papel dominante. Esta concepción se levanta así contra las visiones de la tradición que buscaban en todo el contenido espiritual, creativo y expresivo. Pero la definición que dimos de cultura, y que implica la existencia de desniveles culturales entre lo popular y lo académico, resulta en una difícil relación entre ellas, relación constantemente contradictoria, permeable en ambos sentidos, y de rechazo y transformación de los productos de ambas. Existe una cultura elaborada por los grupos dominantes para su propio consumo, al igual que otra que se fabrica para el consumo masivo de los grupos dominados. Esta cultura, conocida como **cultura de masas** o mejor dicho **para las masas,** es la cultura de las fotonovelas, de las telenovelas y las historietas, del amarillismo periodístico y de la televisión. Es todo ese mundo fabricado para ser impuesto a otros grupos sociales; y a la vez que produce dinero, impulsa la transculturación y la imposición de pautas y modelos de vida externos.

Dentro de este proceso existen tres factores a considerarse: el etnocentrismo cultural, el exclusivismo y la relatividad existente en las sociedades plurales como la de México. En el primer punto, debemos aceptar que toda cultura no sólo

tiene una lógica interna que la autoexplica, sino que siempre entiende que ella es superior a cualquier otra. Si no fuera así, no podríamos entender la supervivencia de lo pupular, o de los grupos indígenas que continúan luchando por proteger lo que es de ellos y no lo quieren perder. El exclusivismo puede resumirse en el hecho de que cada cultura acepta únicamente, por las buenas, productos de otra cultura cuando concuerdan con sus intereses hegemónicos. La artesanía se acepta en la medida en que puede ser un factor para borrar idealmente las fronteras de clase, o para lucrar con su venta, o para revestirla de un cierto valor estético impuesto por la propia cultura académica. Es decir, en la medida en que el grupo dominante la utiliza, se la apropia y la descontextualiza. Lo que fue hecho para cocinar ahora es un adorno, cenicero u obra de arte. Una manta es un tapiz para el muro, una danza a los dioses una diversión dominguera. Por otra parte, si toda cultura es etnocéntrica, en la existencia simultánea de dos de ellas es inevitable encontrar enfrentamientos y luchas por la imposición y por la supervivencia. Desde el siglo XVI tenernos casos de imposición supuestamente civilizadora de los españoles sobre los indígenas a través de la religión o los nuevos modos de producción y de vida. De allí que entre ambos grupos la comunicación sea difícil, y cuando la hay, es manipulada en beneficio del grupo dominante, dueño de los aparatos de comunicación masiva. Y por supuesto, hay discriminación en el uso y goce de la cultura; y en el caso de los monumentos arqueológicos e históricos es más que evidente. El patrimonio es de la nación, que gasta dinero de ellos, pero el uso más intenso es el que realiza el turismo trasnacional, mientras que muchos nacionales que visitan esos sitios no sólo no tienen una buena formación cultural como para apreciarlos en profundidad, sino que además, se les muestran edificios refabricados a nuevo para facilitarles la digestión de la arqueología.

Pero los grupos dominados no han aceptado la aculturación en forma pasiva, y la historia de América Latina sigue siendo una muestra de lo intenso de las luchas emprendidas por los pueblos para vivir en libertad física e intelectual. En la época colonial eran tratados de salvajes, paganos e.hijos del diablo, y la imposición fue violenta; pero pese a ello el sincretismo religioso que aún se conserva es una buena expresión de que si bien se perdieron muchas batallas aún la guerra no ha terminado. Es la eterna pregunta: ¿por qué aún hay gente que produce arte y arquitectura de carácter popular? Quizá la única respuesta aceptable es que aún hay gente que la goza, la disfruta y que le sirve, y esto habría que tenerlo en cuenta.

De lo anterior es factible concluir que lo que importa de la cultura no es lo bello, lo hermoso o lo funcional, y ni siquiera la calidad o la fuerza espiritual que el objeto conllevaría en sí mismo, sino que todos los bienes culturales representan e identifican a grupos sociales particulares, y a su forma de concebir e interpretar la realidad. Que es absurdo continuar explicando la cultura popular por su **esencia;** en todo caso es oposición, contradicción, enfrentamiento dialéctico con la cultura dominante. Este camino, el de la aceptación de la existencia de varias culturas, que en los países multiétnicos es de fundamental importancia, nos lleva a entender que el patrimonio cultural no está compuesto sólo por iglesias, palacios y pirámides sino por mucho más que eso. Y que el papel etnocéntrico de decidir qué es lo que hay que conservar y qué no, es una posición omnipotente de grupo social privilegiado y dominante, en que hemos excluido de su capacidad de opinión y decisión a la enorme mayoría de la sociedad: la restauración sigue siendo un hecho externo al pueblo. Nosotros decidimos lo que es bueno y lo que es malo, lo que el pueblo debe preservar y qué no. Es lo que García Canclini llama[816] apropiación diferencial del capital cultural. Si aceptamos la existencia de bienes, es fácil entender que si bien la cultura se presenta como algo que se ofrece sin diferencias de ninguna índole, en realidad sólo pueden acceder a ella los grupos privilegiados, ya que sólo algunos tienen los medios para usarla o gozarla, sean estos medios materiales o intelectuales.

El hecho de que el restaurador, arqueólogo o arquitecto interesado en la protección del patrimonio está marginado de la sociedad en su conjunto —salvo cuando al estado le interesa acercarlo—, está demostrado en la imposibilidad real de protegerlo adecuadamente. Sería difícil demostrar en cualquier país de América Latina la existencia de proyectos de conservación a largo plazo; más aún, sabemos que por lo general no pasan de hechos puntuales, que casi siempre están destinados más a impedir la destrucción definitiva que a la protección previa. En este caso es válido preguntarnos entonces si realmente sabemos por qué y para qué estamos protegiendo esa cultura. Creo que es factible asumir que hoy en día, en la década de los 80, no lo sabemos. Quizás las generaciones de Batres o Gamio sí creyeron saberlo, pero nosotros ya no podemos creerlo. La bibliografía que hemos revisado hasta aquí así lo demuestra. Y si estamos actuando en función de nuestros propios intereses como grupo, entonces ¿cómo podemos pedirle al pueblo que se interese en lo que hacemos?, ¿en base a qué ley tiene el pueblo que involucrarse y ayudamos a cuidar un patrimonio que nosotros hemos asumido que es de todos sin demostrarlo siquiera? Jaime Litvak dice que, en este caso, el problema de la conservación debemos resolverlo con nuestro psicoanalista. Y seguirá teniendo razón en la medida en que no logremos transformar una buena intención en una política consecuente.

Debemos ser conscientes que en una sociedad que fomenta el consumo, el descarte y el progresismo como normas de vida, pero que por otra parte se aferra a no cambiar realmente sus estructuras, es muy difícil modificar la visión del pasado y de sus obras. Si los medios masivos insisten en el descarte de los objetos, de su uso y abandono, incluso en el uso de la fuerza del trabajo misma y de su descarte al agotarse, ¿qué podrá pensar un habitante normal de ideas acerca de proteger, preservar, restaurar, mantener? Estamos en el medio de una enorme contradicción no claramente vislumbrada

aún, y no estamos junto al pueblo por el mero hecho de hablar de él; por el contrario, estamos muy alejados. A veces, incluso, en la acera opuesta. Es necesaria la reivindicación de un concepto de cultura más amplio que el tradicional, producto de una concepción científica para la cual no sea necesario recurrir al idealismo metafísico o al romanticismo axiológico; que se mantenga alejado de la idea de un pueblo fundada en la raza, en la **tierra,** y en las **tradiciones** que no se han podido explicar. La verdadera cultura popular se "configura en un proceso de apropiación desigual de los bienes económicos y culturales de una nación o etnia por parte de los sectores subalternos, y por la comprensión, reproducción y transformación, real y simbólica, de las condiciones generales y propias de trabajo y de vida".[817]

Si la cultura es ese gran proceso colectivo de creación y de recreación que ha sido acumulado a lo largo del tiempo, podemos aceptar que cada grupo luche por la supervivencia y conservación —y también por la hegemonía— de su propia cultura. Nuestra tarea como conservadores y como restauradores debe insertarse allí en ese proceso, tratando de quebrar el proyecto homogeneizador de la cultura dominante. Si la televisión y los medios de comunicación han intentado desde hace tiempo romper las variantes regionales, transformar cada país y al continente en un todo uniforme —igual forma de pensar, de consumir, de vestir y de gozar—, acorde a los modelos internacionales, la conservación debe ser una forma más de llevar adelante esa lucha por la supervivencia de nuestras culturas.[818] Debemos enfrentar la visión que ha transformado a lo artesanal en consumo de élite, y que ve en lo popular una fuente más para la manipulación demagógica, para el turismo, la exportación y la simbología pseudo-nacionalista. Rodolfo Stavenhagen lo ha expresado con las siguientes palabras: "o bien las culturas populares se diluyen y desaparecen, o bien se rescatan, recuperan y transforman en una herramienta de las clases y etnias populares para defender su identidad y fortalecer su conciencia."[819] Muchos otros intelectuales han aceptado posiciones similares. Recordemos a Frantz Fanon, quien hablando del caso similar de Argelia que luchaba contra la dominación francesa, decía:

"La cultura nacional es el conjunto de esfuerzos hechos por un pueblo en el plano del pensamiento para describir, justificar y cantar la acción a través de la cual el pueblo se ha constituido y mantenido. La cultura nacional en los países subdesarrollados, debe situarse pues, en el centro mismo de la lucha de liberación que realizan esos países (...) Esta búsqueda aspasionada de una cultura nacional más allá de la etapa colonialista, se legitima por la preocupación que comparten los intelectuales colonizados de fijar distancias en relación con la cultura occidental en la que corren el peligro de sumergirse. Porque comprenden que están a punto de perderse para su pueblo, esos hombres, con rabia en el corazón y el cerebro enloquecido, se afanan por restablecer el contacto con la savia más antigua, la más anticolonial de su pueblo."[820]

Teniendo ahora una primera aproximación al sentido de la cultura, podemos intentar desarrollar algunas ideas sobre la conservación y la restauración. En primer lugar, para definir **conservar** necesitamos entender lo que significa **destruir;** sólo a partir de esa oposición dialéctica es que podremos iniciar nuestro recorrido. La conservación tiene sentido siempre y cuando existe destrucción, cuando el patrimonio está siendo agredido —o lo ha sido en algún momento— y debamos protegerlo. Lo uno existe en la medida en que existe lo otro, y ambas cosas son parte de una contradicción indisoluble e indestructible.

Nuestra idea de conservación, totalmente diferente a la prehispánica o a la colonial, es un concepto relativamente moderno que nació con nuestro tipo de sociedad capitalista a fines del siglo XVIII. En Europa primero y luego en nuestro continente, el desarrollo rápido de la industria y de la sociedad burguesa con sus grandes obras de infraestructura urbana y regional, sus cambios en el campo, la imposición de la propiedad privada de la tierra a todo el territorio nacional y una nueva idea del progreso moderno, fueron el motor para la destrucción masiva de una arquitectura, un paisaje y un patrimonio que antes se conservaba con mucha mayor facilidad por lo lento de los cambios. Frente a ese embate violento es que reaccionaron varios intelectuales como William Morris y John Ruskin, entre muchos otros, y cuyas obras son justamente eso: una denuncia sistemática contra la destrucción, consecuencia de la nueva sociedad capitalista. Es así que nació la conservación como **reacción,** como reivindicación política, ideológica y social. Por supuesto que fue manipulada por diversos sectores, yen Europa misma fue arma de batalla para reaccionarios y liberales, para progresistas y conservadores. Pero es claro que desde sus inicios fue una postura contestataria, que impulsaba el hecho de conservar no como forma de mantener el *statu quo* sino todo lo contrario. Era entender el progreso de otra forma, encontrar una alternativa al sistema que estaba arrasando con historia, con urbanismo, con todo lo existente. Nada de lo que había sido hecho antes parecía tener valor alguno, a excepción de lo que era posible utilizar (física o intelectualmente). Con el tiempo los estados se apropiaron de esto y lograron manejarlo en su propio beneficio. De allí que la conservación deba definirse históricamente en función del momento y grupo social que la utiliza. No hay dudas de que no es lo mismo la conservación en Estados Unidos que en la Unión Soviética, en México que en Marruecos, en Nicaragua que en Inglaterra.

De todo esto podemos aventurar otra idea: la conservación existe en nuestra sociedad porque existe una sociedad que destruye el patrimonio; un estado que no está más interesado en conservar que en destruir, en que los particulares especulen con el suelo urbano que en las instituciones que salvaguardan la historia. Por supuesto que todo esto coexiste, y es parte también de la gran contradicción existente en el seno de la conservación. En la medida en que la destrucción se continúe, la conservación pasará a ser una lucha contra el sistema que destruye, un enfrentamiento y una postura

comprometida. Claro que es factible verla de otras formas, y hay muchos que así lo hacen, creyendo que la conservación no es más que un hecho de tipo estético, o como máximo de tipo romántico. La conservación es el conjunto de procesos necesarios para que una sociedad determinada en un momento histórico particular garantice la continuidad en el tiempo de su producción cultural, para que la cultura pueda ser utilizada y recreada por cualquier grupo social sin distinciones de sector social, religión o nacionalidad. Por lo tanto, la conservación es un enfrentamiento que como tal necesita instrumentarse por muchos y diferentes caminos: desde la investigación hasta la restauración, desde la difusión hasta la historia de la propia especialidad. La conservación es parte indisoluble del desarrollo social, y sólo inmersa en éste es que podrá lograr sus fines y objetivos. Tiene su sentido dentro de la sociedad que produce la cultura, le sirve a ella, y existe para ella.

La conservación, al ser el producto de una sociedad específica, conlleva la ideología de esa sociedad o grupo cultural. Así como en diferentes momentos tuvo posturas concretas, también sus obras y realizaciones son la expresión de los grupos en el poder que las hicieron o decidieron que éstas se realizaran. Y también es posible plantear otra hipótesis digna de ser tenida en cuenta: la restauración de un edificio, por ejemplo, es una intervención que afecta materialmente a esa obra, y por lo tanto la restauración es también parte inherente al proceso de cambio histórico. La restauración es un hecho histórico que no puede ni debe detener el propio devenir de la historia. De allí que conceptualmente la reconstrucción tal como se ha venido realizando sea una forma de acción que intenta detener el tiempo, impedir la comprensión de la historia como un proceso y no como algo inmutable. El restaurador se asume a sí mismo como redentor social, como salvador de la ruina y el deterioro. Como sujeto externo que viene a redimir de sus pecados a la humanidad, salvando lo que sin él se va a perder. De allí que en cierta forma, debió encontrarse una forma de paralizar el edificio perdiendo su verdadera función social que es la de acompañar al hombre en su desarrollo, para que se transformara en un monumento muerto, reconstruido, intacto, e incluso a veces en mejores condiciones que en su origen. Es por eso que atacamos a los reconstructores quienes a partir de hipótesis nunca bien sustentadas proceden a rehacer templos y pirámides, iglesias y palacios. La restauración debe insertarse en la historia del edificio, ayudar a que siga cumpliendo su papel histórico, aunque su uso interno haya cambiado, ya que ésa es la mejor expresión de una sociedad cambiante. Lo otro es sólo crear ciudades-museo, pirámides de Disneylandia para el consumo del turismo de masas. La restauración es, en este sentido, una técnica al servicio de la conservación, pero no por ello debe estar menos comprometida que la conservación misma.

Después de haber tocado los temas amplios de la cultura, la conservación y la restauración, podemos penetrar en varios aspectos metodológicos relativos a la forma de ver y estudiar el patrimonio y la cultura. En primer lugar, debemos recordar que la cultura está compuesta por una serie de **bienes culturales**, tanto materiales como inmateriales (la música, la danza, las formas de actuar y relacionarse); y que el acceso a estos bienes es diferenciado y no igualitario. Por ello, para su estudio es imprescindible que estén insertos en la totalidad social.[821] No podemos estudiar un cuadro o un edificio exento de su entorno histórico, cosa que, por suerte, ya sabemos desde hace un siglo. Pero la enseñanza de la restauración se sigue dando por separado entre bienes arqueológicos, muebles, inmuebles y urbanos. Así tenemos una historia urbana y una de la arquitectura, sin entender que ambas son parte indisoluble del mismo fenómeno: nuestra arquitectura es un hecho urbano, se explica por ello y se la entiende de esa forma. ¿O cómo nos explicamos las medianeras de una casa si no es por las casas de sus lados? Y están una junto a la otra porque existe un tipo de ciudad que agrupa sus unidades de esa forma. De allí que analizar casos aislados, a no ser que se intente un juego intelectual, puede caer en una esterilidad total e invalidarse a sí mismo. Si no entendemos a la sociedad que produjo un edificio nunca podremos entender el edificio. Sí podremos describirlo y para muchos con eso es suficiente, pero no por ello habremos entendido la arquitectura. Debemos insertarla en su historia, en el hecho urbano en su totalidad, y tras esto comenzar su análisis. La restauración debe ser entendida de la misma forma. Sino, caemos en las posiciones axiológicas que sin definir nada nos explican todo. El desarrollo histórico hecho en este trabajo tiene como intención encontrar las pautas metodológicas para poder entender por qué y para qué se restauró en la forma en que se lo hizo en cada época. No podemos comparar o valorar sin entender. Las teorías axiológicas han construido valores neutros, y supuestamente a través de ellos sería factible juzgar y valorar cada ejemplo.

Un ejemplo del análisis ajeno a la realidad social es el que ha hecho el funcionalismo. En arquitectura, por ejemplo, el funcionalismo ha planteado que los problemas sociales de los centros urbanos son fundamentalmente problemas de " desajuste" de diseño. Si diseñamos correctamente se solucionan los problemas. Todo es cuestión de planificar con corrección. Es algo así como abrir nuevas avenidas si hay cada vez más automóviles; de manera que a medida que se continúa incrementando el número de automotores se continúan ampliando esas avenidas. Y en lugar de cuestionar el hecho de que en una ciudad como México sefabriquen 500 coches al día, simplemente nos resignamos a seguir ampliando calles: el crecimiento de la población es del 4,1% anual, el de los coches del 15%.

El otro problema es la tradicional definición de los hechos y bienes culturales no por lo que realmente son sino por una supuesta **esencia,** un **espíritu** particular, una serie de indefinidas características internas. Este fenómeno es común en los aparatos del estado que utilizan el patrimonio y que especulan largamente acerca de conceptos amorfos como pueblo, raza, tradición, raigambre telúrica y otros similares que no nos dicen absolutamente nada. O que como mucho estudian

los bienes culturales mediante una descripción de sus elementos constitutivos. Para comprender la arquitectura describimos algunos de sus edificios, analizamos sus plantas, formas y ornamentos y creemos que ya la entendimos. Debemos tener claro que además de insertar la producción cultural en su totalidad social, debemos ampliar las fronteras del ejemplo, y buscar no sólo las similitudes con otros casos, sino sus contradicciones, sus relaciones dialécticas con el resto del universo arquitectural. Lo importante es justamente encontrar las contradicciones internas y no los casos perfectos y puros. El concepto tradicional del estilo, en cuanto a ejemplos perfectos que representan el ideal de estilo, no existe, y por lo tanto no nos sirve para comprender la realidad. Pero del estilo hablaremos más adelante.

Otro punto a tocar es el relativismo histórico, un concepto que la antropología viene desarrollando desde hace medio siglo pero que en cuestiones patrimoniales aún no ha sido establecido. El planteo se centra en aceptar que ninguna cultura o expresión de una cultura es superior o inferior a otra. Toda expresión social es la manifestación de una realidad determinada, respuesta específica colectiva a situaciones concretas en función de las posibilidades reales. Si un pueblo tuvo un cierto tipo de arquitectura, y otro anterior o posterior realizó otro, cada uno de ellos es lógico, racional y correcto. Y como no hay valores eternos que nos permitan juzgar corno dioses o criticar ahistóricamente, debemos aceptar ambas arquitecturas como buenas y correctas. Así como la mitología cristiana representa a Dios como un hombre de piel blanca, otros pueblos lo representan con otras formas o colores. Ninguno de ellos es por eso superior o inferior, correcto o incorrecto. Cada momento histórico tiene una coherencia y una lógica interna que lo explica; únicamente la visión idealista puede decir que un estilo (el griego por ejemplo) es más **puro** que otro (el romano), o que el Barroco del siglo XVIII representa mejor el **espíritu** de México que cualquier otro. Entendiendo la relatividad de la cultura es que podemos establecer que la conservación y restauración deben hacerse hacia la totalidad de los bienes culturales, sin distinciones de ninguna índole, ya que eso supondría una actitud racista e irracional. Una iglesia no tiene de por sí más valor que una obra de arquitectura civil, a menos que quien decida que en un país se restauren iglesias y no otros casos de arquitectura esté llevando adelante un proyecto cultural perpetuando una historia tergiversada.

Todo lo dicho nos lleva nuevamente hacia el tema troncal: la ideología de la restauración, tema nunca discutido en nuestro medio. Con el enorme avance que las ciencias sociales han tenido en este siglo, la preservación del patrimonio recién ahora comienza a tener conciencia de que sus teorías y su práctica están cargadas ideológicamente y se insertan en prácticas políticas determinadas. Fue algo así como pensar en que las ideas no tienen poder, aunque vemos a diario que quienes detentan el poder las utilizan para legitimar su posición. Y quizás uno de los buenos ejemplos en la historia que hemos escrito, sea Cholula en 1966, en la cual triunfó el grupo que detentaba posiciones de poder, no quienes tenían las ideas correctas. La fuerza del argumento no dirime las polémicas, sino las tácticas de ubicación en la correlación general de fuerzas del sistema. La aceptación de esta postura ideologica, nos permite también ver el error tradicional de algunos modelos que estaban impregnados de utopías. Buen ejemplo era la asepsia del antropologismo que permitió que se empezara a hacer arqueología durante el Porfiriato: ¡no se excavaba en América, sino en el Egipto del Nuevo Mundo! En la actualidad, una restauración o preservación patrimonial que no se apoya en una teoría social clara, comprometida, puede transformarse en un accionar estéril, anárquico, ecléctico, que nunca conseguirá ni entender ni actuar sobre la realidad. Y sin un conocimiento profundo de esa realidad, todo teorizar se vuelve un acto fetichista, vacío de contenido, o en última instancia, dogmático y demagógico. Una preservación no comprometida no logrará preservar absolutamente nada, y seguirá siendo un juego intelectual para la autosatisfacción egolátrica de las élites urbanas. Y a los que asumen desde la torre de marfil posturas acríticas, los que creen que toda crítica de por sí amenaza el orden establecido, sólo resta dejarlos de lado en su maniqueísmo ideológico y tecnocrático.

Otro de los problemas más comunes en la bibliografía es trasladar métodos y teorías creados para una realidad hacia otra diferente. Es cosa habitual ver, en el campo de la arquitectura, que con los mismos parámetros que utilizó Bruno Zevi Leonado Benevolo para hacer una historia de la arquitectura en particular, historiadores latinoamericanos construyen las de sus propias regiones. Las diferencias existentes entre un país central y otro dependiente son demasiado profundas como para ser olvidadas, y creemos que es factible establecer un esquema metodológico que parta justamente de esa definición previa. Sólo diferenciando la producción cultural de los países dominantes de los que lo están o estuvieron —depende de la época que se estudie— bajo algún tipo de dominio, es que podremos realizar una aproximación científica a la historia. Este tipo de situaciones ha llevado a conceptualizaciones absurdas y a polémicas que no tienen demasiado sentido de ser. Un caso reciente[822] ha sido el tema del barroco americano. Según algunos autores el barroco de nuestros países sería una expresión provinciana, marginal y que no logró llegar al nivel de los grandes edificios europeos. Y si se lo ve desde Europa es posible que debamos aceptar este planteo. Pero muy diferente es si vemos esto desde aquí, y lo juzgamos desde una perspectiva más amplia. Lo importante es que pese a que América no fue más que una colonia explotada y utilizada, fue posible producir una arquitectura barroca de excepcional calidad. Por supuesto diferente, ni mejor ni peor, sino distinta. Y por lo tanto, tal como la realidad política, económica, social y cultural de América era diferente a la de España, por su propia dependencia a la metrópoli los resultados fueron distintos y así debe ser juzgada. Para ello se puede establecer un proceso de análisis que se divida en tres grandes pasos: producción, circulación y consumo. Entiendo por producción la construcción de edificios en las regiones centrales realizados según ciertas formas imperantes, procedimientos constructivos y técnicas en relación con su momento histórico; es la arquitectura del país

dominante con su propia historia. Pero de la totalidad de la construcción, lo que llegó se trasmite y es sólo una serie de imágenes y textos acerca de unos pocos ejemplos. Es decir que, mediante complejos sistemas del propio país central, se seleccionaron algunos casos, debido posiblemente a ciertas características, y ellos fueron transformados en modelos que circularon como tales. No se trasmiten los edificios sino los dibujos, planos o descripciones (e incluso sólo memorias) de ellos. De allí la necesidad de diferenciar al producto en sí, a su modelo formal y al proceso de circulación de esos modelos. A América colonial llegaban libros, eclesiásticos constructores, artesanos, grabados y otras formas por las cuales la arquitectura circulaba a lo largo del Atlántico. Hoy en día este proceso es manejado por los medios masivos de comunicación, en especial las revistas especializadas, el cine, la televisión, las conferencias, las clases académicas y muchas otras formas. Existe siempre una selección arbiraria y previa que decide cuáles son los **buenos** ejemplos de arquitectura, cuáles deben importarse y cuáles no. Estamos ya habituados a que un libro de historia reduzca el urbanismo de varios siglos a unos pocos planos, que no muestran más que alguna ciudad en momentos determinados. Y por más típico que sea, no nos puede permitir nunca comprender la totalidad del fenómeno del urbanismo de un país. Este proceso de trasculturación está cargado de ideología, y conlleva en sí mismo mensajes complejos de desentrañar. Al llegar estos modelos formales y funcionales, e incluso constructivos, las regiones periféricas proceden a **consumirlos.** Por supuesto este proceso es de una gran riqueza y allí está la clave: no siempre el consumo es mecánico y directo, lo que resulta en vulgares copias, sino que hay procesos de adaptación, reelaboración e incluso de mejoramiento. Si el barroco europeo era fundamentalmente espacial y el americano es planiforme y se ha adaptado a iglesias de planta basilical tradicional, no es porque nuestro barroco no haya sabido comprender al europeo sino que por el contrario, supo reelaborarlo y adaptarlo a las verdaderas necesidades de nuestro continente. El hecho destacable es la capacidad inagotable de nuestros pueblos para reutilizar los modelos foráneos impuestos, sabiéndolos transformar acorde a nuestra realidad. De todo esto, y de los muchos ejemplos que sería factible'traer a colación, es que el método de análisis basado en la producción, circulación y consumo nos parece más rico que otras propuestas.

Un aspecto adicional que en los últimos años ha dejado de ser considerado como un tabú, es la crítica de la restauración y la conservación. En el largo recorrido histórico que hemos hecho, se ha visto que durante nuestro siglo prácticamente no han habido críticas de ningún tipo al desarrollo de la restauración, o si las hubo fueron más que nada verbales. La restauración vivía regocijada en sí misma, ignorando la realidad, repitiendo durante un siglo los mismos errores. Sólo desde hace pocos años han habido posiciones antagónicas. Lo que debemos aceptar hoy en día, aunque les duela a quienes impulsan una restauración empiricista y ateórica, es que la crítica es positiva y es el único mecanismo conocido para poder evaluar si lo que estamos haciendo está bien o mal hecho. Graziano Gasparini escribió al respecto que "eso sí, somos los más susceptibles a las críticas que no queremos ni sabemos aceptar, y que más bien rechazamos con actitudes de oradores demagógicos que brotan autosuficiencia por todos los poros."[823] Y al igual que la restauración necesita críticos también necesita teóricos, historiadores e investigadores de su propia disciplina. Por otra parte, debemos ser conscientes de lo profundo de los cambios habidos en los últimos años en las diversas ciencias en las cuales se apoya la conservación. Así como la arqueología de 1950 no tiene prácticamente nada que ver con la actual en cuanto a objetivos, métodos y técnicas, así la historia de la arquitectura ha virado 180 grados. Si 20 años atrás aún teníamos un panorama de historiadores que se preocupaban por el hecho estético en sí y analizaban la obra "hacia adentro", hoy en día vemos que los conceptos y métodos de investigación nos muestran un panorama más amplio y completo. Quizás el golpe más duro lo hayan dado los historiadores europeos que replantearon el origen de la arquitectura moderna como Mario Maneri Elia o Giulio Carlo Argan[824] contra las historias oficiales de Bruno Zevi o Nikolaus Pevsner. Fue entender que la arquitectura era una expresión social, a la vez que uno de los medios por el cual la propia sociedad se reproducía y que ya no tenía sentido continuar con una historia de la arquitectura descriptiva, enumerativa y de objetos. Por otro lado, el fracaso evidente del funcionalismo, tanto en lo urbano como en la arquitectura y en la historia en general, ha llevado a hacer más claro el absurdo del empiricismo en la restauración, es decir la tendencia a que los arqueólogos y arquitectos que hacen trabajos no los publiquen ni los divulguen, además que las dependencias gubernamentales crean que lo que deben hacer es "hacer" obras, sin ulteriores consideraciones.

Otro aspecto metodológico importante que en los últimos años ha tenido un fuerte impacto, es la no aceptación de una historia del arte y de la arquitectura —objetos de trabajo de la enorme mayoría de los restauradores— en unidades temporales o estilísticas independientes. La tradición historiográfica heredada había impuesto una secuencia de períodos (prehispánico, colonial e independiente) que incluso en México llegaron a institucionalizarse en las leyes patrimoniales. Esta división de la historia como si fuese un pastel cortado en porciones es no sólo absurda sino también dañina. Los problemas que esto produce son muchos y no es éste el lugar para analizarlos, pero sí podemos señalar algunos aspectos teóricos conexos: en primer lugar sabemos que en realidad los **estilos** no existen; fueron nada más que modelos teóricos desarrollados por los historiadores para poder clasificar y entender la historia con mayor facilidad, atribuyendo un conjunto de características prototípicas a un ejemplo ideal, y la calidad de cada obra estaría dada por la mayor o menor aproximación a ese ideal. Esta es la concepción griega tradicional de dividir el mundo en material e ideal, llevada a su máxima expresión. El problema en esto radica en que ni los edificios pueden juzgarse a partir de su **ajuste** aun modelo inexistente, paradigmático, ni estos supuestos estilos, de haber existido, lo hicieron con independencia de otros, sino por

130. El turismo agresivo en la actualidad: la falta de control y restricción de accesos produce deterioros irreversibles a corto y mediano plazo (Vistacolor, México).

131. El turismo bucólico de principios de siglo y su infraestructura: sitio para la venta de artesanías en las ruinas de Tepoztlán, obra de Francisco Rodríguez (Archivo DS).

132. El tema de las **tecnologías adecuadas** en la restauración aún sigue vigente: Gustav Stromsvik en Chichén Itzá en la década de 1920 implementando una sierra mecánica con un camioncito (Archivo de la Camegie Institution, Cambridge).



130.



132.



131.

el contrario. La historia no es una secuencia, concepto heredado del darwinismo social del siglo pasado, sino una serie de cambios, transformaciones, avances y retrocesos, conflictos y contradicciones. Los estilos no nacen, crecen y se extinguen, sino que se compenetran el uno con el otro y no el uno sin el otro. Lo que hay que observar son las contradicciones de cada momento y no la "unidad del espíritu de la forma" que muchos quisieron encontrar. Tenemos que empezar a hablar de tipologías formales, con rasgos particulares o no, y ya dejar un poco de lado conceptos tan ambiguos como el del estilo. El proceso histórico ha sido uno solo, y es un continuo desarrollo en el cambio, sólo metodológicamente divisible pero con los riesgos consabidos.

En México en particular pero al igual que en todo el continente, han coexistido varias tendencias teóricas desde hace un siglo: podríamos resumirlas con los términos de empiricista, romántico-estética y social, aunque más no sea para poderles dar un título que las describa. Por encima de todas ellas ha habido una posición de tipo oficial que utilizó en forma ecléctica una u otra postura en función de sus propios intereses. Obviamente los límites entre ellas han sido difusos y han cambiado con el transcurso del tiempo. Pese a ello, es factible hoy en día tratar de diferenciarlas un poco con el afán de entenderlas con cierta profundidad.

La corriente romántico-esteticista fue característica de los teóricos de muchas épocas: desde el siglo XIX gran parte de los arquitectos que defendieron la arquitectura y el arte neoprehispánico cayeron en ella, y fue retomada sobre todo por la arquitectura colonial durante las décadas del 30 al 70. Podemos pensar en grandes historiadores del arte, como Justino Fernández o Francisco de la Maza, quienes impulsaron la idea de la conservación y la restauración en función de supuestos valores, indefinidos y eternos, de carácter espiritual que tenían ciertas obras de arte y que las hacían dignas de ser respetadas. No hubo nunca una teoría Seria que presentase esos planteamientos con un marco estricto de referencia. Con los años, esa tendencia trató de transformarse en científica, y aparecieron libros y textos que trataron de justificarla. Ya hemos hablado de José Villagrán García, quien estructuraba sus supuestos a partir de una concepción axiológica, heredada del idealismo alemán del siglo pasado, y que fue impuesta en los círculos de la restauración como un dogma religioso: los valores eran eternos, inmutables e indiscutibles; por lo tanto se debía creer en ellos: dudar era ser excomulgado. Esta tendencia fue —debemos reconocerlo— importante en su momento, y a ella debemos las primeras obras de restauración y las primeras posiciones públicas sobre la necesidad de conservar. Lo que no se criticaba era el sistema que destruía, sino que se creía que era un problema de falta de educación popular, mito netamente liberal y positivista. Abrieron los estudios de la historia del arte y de la arquitectura, aunque metiéndolas en un callejón sin salida de concepciones metafísicas (tal el caso de Juan de la Encina), de valores personales y de proyecciones espirituales, sin que se lograra desarrollar una metodología científica.

Al estado mexicano en crecimiento durante la década del 30, aunque los historiadores en cuestión pertenecían a la ultraderecha católica (por ello se fundó el Instituto de Investigaciones Estéticas en la UNAM y no en el Politécnico) 825 esto no le preocupaba, e incluso le sirvió para el proceso de reapropiación del arte popular y otras manifestaciones históricas que necesitaba para seguir creciendo y monopolizando el poder político. Al final del camino los intereses de ambos se unían. De allí que al estado le convino, a partir de esa época, impulsar y apoyar una corriente esteticista y romántica que se preocupara de rescatar ciertos monumentos por ellos seleccionados dentro de la totalidad urbana, y que fueran conservados y hasta hechos a nuevo. Luego eran catequizados dándoles una "función social" con la cual mejoraban su imagen pública con una inversión reducida, a la vez que acallaban protestas y fundamentaban la ideología de corte nacionalista imperante. Por supuesto no faltaron las críticas e incluso los artículos de los mismos protagonistas, que poco a poco iban viendo que ése no era el camino para la conservación del patrimonio. Francisco de la Maza publicó un excelente trabajo titulado **La propaganda y la belleza ola estética de la Coca-Cola**[826] en donde hacía notar los daños causados por la publicidad, la que sin destruir, igual dañaba. Para el turismo esta posición fue ideal porque permitía vender al exterior la imagen de un México indígena, esotérico, de pirámides y bailes extraños, de indios durmiendo la siesta bajo el nopal, de paraíso perdido. Había ruinas no ruinosas, palacios coloniales nuevos, iglesias inmaculadas, todo para ver y conocer. Claro está, la miseria y los indígenas olvidados no se mostraban, y por lo general muchos ni sabían que existían. Un verdadero paraíso para las empresas turísticas.

Pero esta tendencia, si bien tuvo su auge, quedó desplazada porque los intereses del estado cambiaron. Las críticas arreciaron desde todas partes y también el capitalismo de 1940 no era el de 1980: el patrimonio tuvo una nueva función que jugar en la consolidación del nuevo aparato en el poder; ya no podía quedar en manos de bien intencionados sino de profesionales, pero siempre de especialistas que hicieran obras sin criticar. Así nació una nueva corriente totalmente práctica y empírica, que recibió dinero en cantidad pero que no habría de utilizarlo como arma de crítica. Y si se llegaba a publicar algo de lo realizado, era siempre con fotos a color, de alta calidad, pero sin detallar el cómo, el cuándo y el porqué de la obra. Lo que importaba era la práctica profesional por sobre todo, y se dijo todo tipo de barbaridades contra teóricos, historiadores o críticos. No importaba si se era un especialista surgido de las universidades que ya tenían cursos de especialización a nivel posgrado. Lo que importaba era una actitud de silencio cómplice y ateoricidad total. Los protagonistas de esta parte de la historia se recubrían de una pátina de salvadores de la patria y los resultados están a la

vista: aún hoy no tenemos idea de lo que se llevó a cabo en muchas de las más importantes obras del país; desde los trabajos de Teotihuacan de 1960-1964 hasta los de la Catedral de México.[827]

Una tercera corriente, que echó raíces a principios de siglo pero que cobró mayor fuerza en los ultimos años, es la de tendencia social. Si bien nació con los pioneros y tuvo un marcado auge en la época de Manuel Gamio, fue desplazada por las tendencias antes expuestas hasta los finales de la década del 60. Para 1970 ya se había iniciado una bibliografía al respecto —que hemos revisado—, y hace pocos años se comenzó a consolidar al tomar una posición ideológica de compromiso. La Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología realizada en Guanajuato en 1977, al igual que el 1er. Simposio Interamericano de Conservación del Patrimonio Artístico de 1978[828] fueron buena muestra de que las posturas tradicionales estaban ya muy superadas —aunque no completamente— y que era posible vislumbrar alternativas para el patrimonio. Muchos otros eventos de los últimos tiempos mostraron que esta postura había alcanzado ya su mayoría de edad.

Un aspecto que siempre he propuesto como norma obligatoria deseable en la conservación, es el respeto por las restauraciones ya realizadas. A lo largo del último siglo se ha hecho una enorme cantidad de ellas, con diferentes posturas teóricas, técnicas y materiales. Y siempre que no esté en juego la estabilidad del edificio, debemos respetar lo ya realizado. Las restauraciones son bienes culturales, son expresiones de políticas imperantes y de acciones concretas para preservar la cultura, y representan su momento histórico, sus contradicciones y posibilidades. Si se hizo un trabajo bien o mal, si se reconstruyó mucho o poco, es algo que debemos discutir teóricamente, y quizás en otra época será juzgado en forma distinta de la nuestra; pero debe ser respetado. De allí la crítica que realizábamos respecto ala pirámide de Santa Cecilia Acatitlán, porque no sólo se procedió contra la razón y la lógica, sino que se destruyó la anastilosis de principios de siglo hecha por Gamio y Reygadas. Aunque ese trabajo hubiera estado mal hecho, la obligación del nuevo restaurador era respetarlo, hacer lo suyo, y colocar carteles en el edificio, en el museo cercano y en libros, mostrando cada una de las intervenciones, en qué se basaron para hacerlas y el porqué de las diferencias. Recordemos que los errores tienden a osificarse y a tomarse como verdades, tal como el caso de Tula, pero hoy en día resultaría absurdo bajar los atlantes un símbolo de México— y volverlos a su lugar, o destruir la escalera del frente de la pirámide ya que no había evidencias de su forma. Lo razonable sería colocar una leyenda que explicase qué y cómo se hizo lo actual, y aclarar aunque duela— que la realidad posiblemente fue muy diferente; sería hacer una conservación realista e históricamente correcta. Esto lleva a cuestionar la concepción que asumen las restauraciones de restauraciones como si fueran simplemente una intervención más en un monumento, sin que se las considere un caso muy particular, donde entra en juego la obra de otro restaurador.

Otro de los graves problemas que afrontamos en la conservación desde tiempo atrás, es la proliferación de publicaciones y políticas institucionales que tratan de transplantar tendencias conservacionistas de otros países, o de sociedades sumamente diferentes a las latinoamericanas. Por lo general, en el mundo han habido dos grandes posturas: la norteamericana y la socialista, por lo que vale la pena hablar un poco de este punto. En primer lugar está el hecho mismo de nuestra incapacidad en América Latina para establecer planes a corto o largo plazo para la conservación. Si bien es evidente que hay razones para ello, tales como los cambios de gobiernos y autoridades responsables o los sistemáticos golpes de estado militares. Por otra parte, aunque exista una cierta estabilidad, hay intereses creados que impiden, desde adentro o desde afuera, concretar un plan nacional para la conservación. La división tradicional del patrimonio entre instituciones que tienen límites establecidos por la ley respecto a su área de incumbencia, impide plantear estrategias globales.

Por otro lado, los modelos que se han intentado impulsar son tan diferentes a los nuestros que no hay posibilidad de implantarlos. Por ejemplo, durante la década de 1960-1970 se habló y se publicaron en México gran cantidad de artículos acerca del caso histórico de Varsovia, el que si bien es un trabajo destacable, es la respuesta de un país socialista a la guerra mundial. Los castillos de Checoslovaquia fueron restaurados como parte de un proyecto a escala nacional por un gobierno marxista. Lo mismo podemos decir de Bolonia, donde el extraordinario trabajo de puesta en valor y reutilización de las viviendas históricas del centro histórico fue hecho por un municipio socialista independiente. En el otro extremo de la restauración oficial tenemos a Estados Unidos, donde la conservación de la arquitectura y los centros históricos nació y se estableció como una tarea de la iniciativa privada y los individuos organizados. Vale la pena leer con detenimiento las historias de la conservación en ese país, que ya están publicadas y son de fácil acceso,[829] para entender el proceso que se vivió en Estados Unidos y cómo los norteamericanos lograron crear un modelo muy particular, acorde a su realidad. En primer lugar los organismos a escala nacional son financiados por la ayuda mutua de estado y particulares, y nacieron como instituciones civiles; las grandes obras fueron hechas a partir de una demostración clara de los beneficios **económicos** de la restauración, además de los beneficios socioculturales.[830] Por otra parte, en las ciudades, en especial en los pequeños poblados, y en función de intereses muy claros en cuanto a la conservación de una imagen especial de su historia, se organizan constantemente grupos preservacionistas que obtienen fondos desde para una casa o un sitio arqueológico y hasta para un pueblo completo. Esto ha desarrollado en Estados Unidos una actitud

consumista del pasado, la que si bien desde nuestro espectro puede parecer negativa, para ellos no lo es. Si abrimos las revistas especializadas, como **Historie Preservation** o **Preservation Newsletter,** que se difunden masivamente por el país incluso en forma de periódico, vemos que están cubiertas de publicidad de artículos históricos: lámparas, bancos y sillones, lavabos, artefactos eléctricos, ventanas y todo elemento posible que la industria moderna puede fabricar a imitación de antiguos objetos. Miles de tiendas y fábricas trabajan en la creación de estos objetos, se editan libros sobre arquitectura histórica, se otorgan premios y se hacen fiestas populares alrededor de las obras conservadas. Pero han logrado, al igual que los países socialistas, conservar su patrimonio. Es evidente que esto ha funcionado porque se han sabido ajustar las políticas conservacionistas a los intereses del país. En una sociedad de consumo hiperdesarrollada como la de Estados Unidos y con un sistema privado de tenencia de la propiedad, lo lógico fue centrar la conservación en esos aspectos. En países como los nuestros las necesidades y las respuestas son diferentes: es necesario encontrar caminos alternativos que partan desde puntos de vista distintos. Como mucho, deberíamos observar con mayor atención lo que sucede en realidades similares a las nuestras como las de Asia y Africa, para ver qué de bueno podemos tomar de ello.

Asimismo existe otro gran modelo teórico que también ha fracasado en los últimos años: el modelo educativo. Desde siempre se ha pregonado que el problema más grave que impide la conservación del patrimonio es la falta de educación del pueblo, echándole así la culpa de los problemas a quienes no los producen sino por el contrario a quienes los padecen: el pueblo. Para empezar se parte de una falacia, ya que los analfabetos y el sector más bajo de la población no son los que destruyen la cultura. En primer lugar ellos poseen **su propia cultura,** que nosotros no vemos ni entendemos en muchos casos; nosotros únicamente producimos telenovelas para que las consuman. En segundo lugar, además de que su patrimonio está desvinculado del nuestro, es absurdo pedir a un grupo social que se ocupe de conservar el patrimonio de quienes los han esclavizado o explotado. Queremos que el pueblo conserve iglesias y palacios de la burguesía, y esto es bastante anacrónico. Además, los grupos populares siempre han conservado su cultura, y una buena muestra es que después de tres siglos de colonización y dos más de imposición de nuevas pautas de vida, en muchos casos siguen manteniendo su organización social, su idioma, su vestimenta y sus bailes. En realidad, deberíamos aprender de ellos. Destruimos su cultura con la televisión pero queremos que ellos protejan la nuestra. Por otra parte, ya hemos establecido que el principal destructor de nuestra cultura es justamente el sistema imperante, que de más está decir, sirve a los intereses de los grupos dominantes y no de los dominados. Es la especulación con la tierra, la mercantilización de la vivienda, lo que crea las bases para destruir los centros históricos. Las pocas ciudades de nuestro continente que han tenido la suerte de conservar su arquitectura histórica han sido las más pobres y marginadas, a las que no alcanzó nuestro progreso destructor. Además, los países que han erradicado (o casi) el analfabetismo y poseen altas tasas de estudiantes universitarios, no han podido parar la destrucción y el saqueo: en Argentina, Chile y Uruguay, tres países con un nivel altísimo de educación para nuestro continente, la destrucción campea triunfal. En México, con una población indígena enorme, la restauración avanza lenta pero segura. El problema no es de educación, sino de qué es lo que se le enseña a la juventud de un país, del contenido de la enseñanza. Y esa enseñanza debe ir hacia la comprensión de la realidad nacional y patrimonial, cuál es de verdad su cultura, y no hacia la admiración desmedida por la cultura de los grupos hegemónicos. Podemos tener presente que la miseria ha sido, aunque parezca descabellado, la mejor amiga de la conservación: mientras los habitantes de los centros históricos no tuvieron el impacto modernista del capitalismo, y mientras no tuvieron posibilidades económicas, no hicieron cambios profundos. La opulencia, el mal prestigiado progreso material, es el primer destructor. La polarización miseria-conservación vs. opulencia-destrucción es una triste verdad. Lo que debemos lograr es la conservación como parte del desarrollo económico y social.

Otro de los grandes problemas del patrimonio, resultado de una visión parcial del grupo dominante, es que siempre —quizás desde el siglo XVIII— fue pensado como algo muerto, acabado, y que debe ser rescatado. La cultura debía excavarse arqueológicamente, como los edificios prehispánicos, y luego **ponerse en valor** y darle un uso actual. Jamás se pensó en lo vivo de la cultura, en cómo lo ven los grupos indígenas, los sectores subalternos de la población. Qué pasaría si tratáramos de entender la diferencia que existe entre nuestra manera de concebir como patrimonio la vestimenta y el lenguaje de los grupos indígenas, y las ideas que ellos mismos tienen al respecto. Cómo lo ven, cómo lo piensan, cómo lo sienten los propios grupos involucrados es algo acerca de lo que aún no tenemos la más remota idea. Pensemos en la enorme diferencia que habría entre nuestra perspectiva de conservar para darle un uso nuevo y conservar como reivindicación social. Ya no como imposición externa, sino como proceso interno. Una cosa es ver el náhuatl como un idioma que debe ser conservado, y otra es verlo como el idioma madre y tradicional de más de dos millones de seres humanos. Lo mismo sucede en la industria: aún vemos que existe una larga lista de tradiciones, leyendas y formas de encarar trabajos de diversa índole. Los árboles deben ser cortados sólo en cierta época del año, la cal no debe ser fraguada por mujeres y otras muchas cosas por el estilo, que más allá de su explicación mítica o racional son parte del trabajo mismo, lo humanizan y lo hacen digno de ser hecho. Estas tradiciones nos permiten rescatar mucho más que ellas mismas: nos permiten ver una forma de trabajar heredada de tiempos precapitalistas, donde la relación con el objeto del trabajo no era alienante ni estaba desvinculado el trabajador de su producto, sino por el contrario, lo identificaba, lo comprometía y lo hacía parte de sí mismo. Son mecanismos que pueden lograr establecer una mejor relación de producción socialmente más digna y económicamente más humanitaria.

Así como sería deseable que lográramos todo eso, debemos también realizar cambios en nuestra concepción del patrimonio: ya es hora de abandonar conceptos decimonónicos como el de **monumento,** cargado de valores burgueses del arte idealista, al igual que debemos olvidarnos de las **obras de arte**. Ya podemos hablar de bienes culturales y de patrimonio cultural, dándole una connotación ideológica peculiar a ambos términos, contrastante con la visión elitista de las dos primeras. La conservación no tiene por objeto último la creación de museos o galerías de arte para la contemplación y goce fetichista del arte por parte de las minorías privilegiadas, como si fuera un ritual de adoración heredado del positivismo. Debemos entender que el patrimonio propone un acercamiento igualitario a los bienes culturales, para un uso y un goce socialmente parejos. Hay quienes han creído que la cultura, y en particular ciertas obras muy selectas, no pueden ser utilizadas por el pueblo, dado que son siempre el fruto de la creación de un grupo social, gracias a la explotación de otro grupo. Las pirámides de Egipto son el resultado de la capacidad arquitectónca de una minoría intelectual para el placer de un grupo aún más reducido, pero hechas con el sudor y la muerte de miles de esclavos y trabajadores. Toda obra de arte de una sociedad clasista reposa sobre el trabajo de muchos y no sólo del artista. Pero esa forma de pensar, si la aceptamos mecánicamente, nos lleva al genocidio cultural. Lo que debemos hacer es conservar esos ejemplos como pertenecientes a una cierta forma de cultura, expresión de un momento muy particular de la historia, y saberla apreciar por la totalidad. Debemos llegar al día en que todos podamos gozar a un Miguel Angel, pero no es nuestro objetivo que todos hagan esculturas según las normas impuestas por la corriente renacentista del arte. Todos debemos saber leer a Shakespeare, pero no por eso hay que obligar a los distintos grupos étnicos a hablar y escribir en inglés.

Las teorías europeas y su influencia en México

El problema de las teorías y experiencias «europeas y su traslado a México y América Latina es un verdadero tema de estudio. No pretendemos agotarlo aquí, ni mucho menos, sino simplemente plantear algunas ideas en base a trabajos anteriores sobre Viollet-le-Duc y otras personalidades de su época.[831]

Es habitual en nuestro medio, cuando se escribe, ose dictan cursos de teoría o historia de la restauración, se tomen como ejemplos a Emmanuel Viollet-le-Duc y John Ruskin. Como mucho, alguna referencia a Boito o a Giovannoni completa el exiguo panorama que nos presentan.[832] Ya hemos discutido en páginas anteriores el significado ideológico de todo esto, en cuanto a la construcción de una teoría y una historia que no son las nuestras, aunque no por eso les restamos valor. Es la historia europea, no la americana, y las teorías elaboradas en los países centrales responden a sus propias realidades, no a las nuestras, aunque nos duela aceptarlo. Ya también hemos visto cómo en México se fue construyendo una práctica y una serie de principios teóricos totalmente independientes —algunos dirán absurdamente independientes—, y que demuestran la imposibilidad real de aplicar esos principios a nuestros países.

En Europa tenemos casos interesantes de restauración desde el siglo XVIII, y en los inicios del siglo pasado han habido casos notablemente bien resueltos. Sólo por citar unos pocos de ellos, recordemos las reconstrucciones de los arcos de Tito y Constantino (realizadas entre 1808 y 1821), y el templo de Niké en el Partenón hecha en 1836. Y en esos mismos años se realizaron tabajos de restauración por anastilosis en Roma (Pórtico dei Consenti) y en Agrigento (columnas del templo principal). Por suerte existe una bibliografía más que amplia sobre estos temas.[833] Pero lo interesante es revisar las teorías imperantes y los trabajos que se realizaron en esos tiempos y países, sin dejar de lado el hecho de mostrar qué grado de influencia tuvieron sobre nuestra restauración. Por ejemplo, las teorías de Viollet-le-Duc, sus escritos y obras, eran públicos en Europa hacia los años 1840-1850. Las publicaciones de John Ruskin ya tenían amplia difusión para 1850. William Monis estaba defendiendo la conservación de la arquitectura inglesa en las ciudades, para 1850-1860, y Sir Arthur Evans había impactado al mundo con sus reconstrucciones en Cnossos hacia 1900. Como ya hemos visto, ninguno de estos autores fue conocido en América Latina con anterioridad al fin de siglo. Sobre Viollet-le-Duc han habido referencias mínimas desde 1895, y sobre Ruskin se publicó algo negativo sólo en el año 1900. En los trabajos de Batres, Rodríguez, Gamio y Reygadas, que cubren el período de 1885 a 1928, no hay referencias a ninguno de ellos, pese a que Maximiliano de Austria en 1865 quiso traer a le-Duc a México, llegando incluso a darle la Orden de Guadalupe poco antes de su frustrado viaje.[834] Otro caso interesante es el desconocimiento de personalidades como Camilo Boito, creador de la escuela moderna de restauración en Italia (quien ya era famoso hacia 1885), y de Gustavo Giovannoni, quien había publicado varios de sus libros antes de 1920;[835] hasta 1975 no se habló de ellos en la bibliografía.

Todo esto nos lleva a preguntarnos con sinceridad qué es lo que estaba pasando: ¿negación, incultura o imposibilidad de hacerse cargo de esos téoricos? Obviamente la duda va a persistir hasta que alguien revise en forma sistemática las publicaciones de los historiadores de la época buscando referencias específicas. En principio creemos que lo que importa es destacar el hecho y remarcar la independencia de los criterios—buenos o malos— desarrollados en nuestro continente. Aceptarlos como una realidad y estudiarlos a fondo. Este panorama sin embargo fue cambiando con los años. Por ejemplo, entre los arquitectos que luchaban para conservar la arquitectura colonial se hicieron referencias a le-Duc desde 1915,[836] pero siempre fueron cortas y demasiado concretas. Con el tiempo, los restauradores se hicieron un poco más permeables a las teorías foráneas, incluso tratando de implantarlas como válidas más o menos a partir de 1960. Todo

esto nos lleva a plantear nuevamente la historia de las ideas sobre la conservación del patrimonio construidas al margen de las teorías europeas. Hacia 1920, en Italia, Francia e Inglaterra por lo menos, estaban ya definidos todos los principios actuales sobre restauración-conservación de la arquitectura, tanto arqueológica como de edificios aún en uso. Además, ya había experiencias sobre centros históricos deteriorados y destruidos por las guerras. Estas ideas no nos sirvieron, no por un chauvinismo absurdo sino porque no era posible transplantarlas mecánicamente. De allí que, cuando actualmente vemos a Ruskin enfrentado con Viollet-le-Duc, como si sus teorías fueran realmente antitéticas, es sólo porque a nosotros nos lo parecen, no porque en la realidad lo hayan sido. Basta releer con cuidado a ambos para notar esto. Si sabemos extraer de sus teorías todo lo que nos pueda servir, utilizarlas y conocerlas al máximo posible, pero sin volver a caer en los complejos y sutiles mecanismos de la dependencia cultural, nos pueden ser sumamente útiles; de otra forma sólo pueden sernos peligrosas.

En nuestro afán de polarizar situaciones, hemos llegado a vera Ruskin como un reaccionario antiprogresista que no quería que los edificios fueran restaurados, y lo acusamos de romántico empedernido. Pero nos olvidamos de que el propio Ruskin fue el iniciador de la muy moderna economía política del arte, tema sobre el cual escribió varios libros y que en nuestro medio, sólo en la actualidad, o sea un siglo más tarde, se comienza a estudiar.[837] Porque una cosa es leer aquí y ahora a Viollet-le-Duc o a cualquier otro teórico, y otra muy diferente era leerlo en su propio país y en su momento histórico. Cuando hoy en día sacamos a relucir la cuestión le damos una connotación diferente de la original; no es que eso sea incorrecto pero debemos tenerlo presente. Tanto la de Ruskin como la de le-Duc fueron formas de pensar lógicas y coherentes para su época, y no podemos ni debemos enfrentarlos como hemos hecho. Posiblemente hoy en día sus posturas parezcan opuestas, pero no lo eran antiguamente. Representaban los intereses de grupos sociales distintos en ciudades diferentes. De allí la necesidad de revisar a otros restauradores históricos, como por ejemplo a Camilo Sitte y sus luchas por conservar las ciudades europeas, o los textos de Anatol Lunacharsky en la Unión Soviética de la Revolución, que tanto impactaron a José Vasconcelos y a Manuel Gamio.[838] Además, según lo que publicáramos en otras oportunidades, es importante ver que las teorías que Viollet-le-Duc elaboró para la arquitectura prehispánica de México fueron las causantes de un daño irreparable por medio siglo: éstas iniciaron la **arqueología racial,** donde la calidad de los edificios dependía de la raza que los había construido: negros, amarillos, cobrizos o blancos, lo que se comprobaba por la técnica constructiva utilizada. Palenque era superiora Uxmal, pero Mitla era mejor que ambas por el tipo de sillares utilizados: los únicos que usaban piedras escuadradas eran los blancos, más inteligentes que todos los demás, y los restantes sitios arqueológicos eran producto de una mezcla de razas y colores de piel determinados por el propio Violletle-Duc. Muchos otros teóricos siguieron esas ideas *y* difundieron conceptos tristes de racismo e incomprensión para los pueblos de América, tanto actuales corno antiguos,[839] basados en las teorías racistas de Gobineau.

El derecho patrimonial: ¿esterilidad o impotencia?

Desde el siglo XIX se han venido haciendo leyes sobre el patrimonio cultural, arqueológico y general, en todos los países de América Latina. Existen diferentes tipos de leyes, desde las complejas, amplias y precisas hasta las amorfas e imprecisas. Pero afortunadamente existen. En México hay una legislación amplia; si bien tiene problemas, es una de las más sofisticadas del mundo. Pocos países tienen tantas leyes sobre el particular. Pero por lo visto el problema no radica solamente en dictar leyes o en publicarlas en largas antologías840 o incluso en polemizar al respecto, sino también en analizar la situación con detenimiento. En principio hay que dejar establecido que la legislación patrimonial es una expresión de lo contradictorio de nuestro sistema. Y las leyes que emanan de nuestros gobiernos nunca serán panaceas sino que. por su letra o por su sentido, o por su implementación, nunca llegarán a atentar contra el sistema mismo. Una estructura económica no se suicida nunca. Sí es necesario tener leyes y pugnar por que sean lo más completas posible, por que cubran todos los intersticios del problema; pero debemos ser conscientes de que con eso no se soluciona el conflicto sino que tan sólo se lo plantea.

En México hay casos muy interesantes: desde que las leyes fueron más estrictas respecto a las colecciones privadas, ha habido una franca disminución de nuevos coleccionistas, pero no se han reducido las colecciones existentes. Lo que sí ha sucedido es que ahora los coleccionistas ya no son los particulares sino las grandes empresas: las cadenas de televisión o las fundaciones culturales o de la iniciativa privada, que han invertido capitales en arqueología y arte por la alta tasa de incremento de su valor. Y son grupos de presión tan poderosos que ni el propio estado puede o quiere tocarlos. Algo similar sucede con el saqueo. Más allá de que haya leyes muy buenas que obliguen a los gobiernos de otros países en los cuales se encuentren objetos mexicanos a devolverlos, y viceversa, todos los días hay subastas de arqueología mexicana en Estados Unidos y Europa, y prácticamente nada se puede hacer más que lamentarse. Insisto en que la existencia de la ley es buena, y en algunas cuantas ocasiones se han logrado recuperar varios objetos sacados del país."' Ya Polibio decía, muchos siglos atrás: "Espero que los conquistadores del futuro aprendan a no saquear las ciudades que sometan, y a no hacer de la degradación de otros pueblos el ornato de su patria." Hoy en día las grandes potencias siguen adornando sus museos con los trofeos de cacería obtenidos en los países del Tercer Mundo.

Debernos tener en claro hacia dónde deben apuntar las leyes; y que si no construirnos los aparatos institucionales



133.

133. El uso político del patrimonio arqueológico: Harry Truman proclamando la nueva política de posguerra, en 1947, delante de la Pirámide del Sol en Teotihuacan (National Geographic Society, Washington).

134. El uso político del patrimonio arqueológico: Miguel de la Madrid Hurtado entregando tierras a los campesinos de Campeche delante de la pirámide de Edzná; nótese también el acceso irrestricto a los techos y cresterías (foto Paul Gendrop).

134.

necesarios, y con la fuerza necesaria para aplicarlas, todo será un trabajo estéril. Una cosa es que la ley diga que la tierra donde se asientan edificios arqueológicos es del estado; otra, que el propietario real sea un particular. Así se han destruido en los últimos años los sitios ubicados en la zona norte de la ciudad de México, donde los fraccionadores trabajan más rápidamente que las instituciones. Debemos impulsar una legislación más amplia, pero que sea realista, que cubra aspectos tradicionalmente relegados de la cultura popular y de los centros históricos, y que obligue a incluir dichos aspectos dentro de los planes nacionales de desarrollo; que cuestione en profundidad la problemática patrimonial, sus causas y objetivos. Sólo así podremos empezar a salir del problema en que estamos metidos.

El uso de tecnología en la restauración: ¿alternativa o dependencia?

En el tema de la conservación del patrimonio el uso de tecnologías externas a la región o sitio en que se está trabajando ha sido un tema de debate desde hace ya tiempo. Planteado quizás en América Latina en los años de 1920 por primera vez, llegó a su máxima expresión cuando la UNESCO organizó un coloquio y publicaciones sobre el tema.[842] Ya nadie puede intentar discutir que el consumo de tecnología es un factor de subdesarrollo y de dependencia económico-cultural. Pese a ello, en la bibliografía de nuestros países es común encontrar apasionados alegatos sobre la necesidad de hiperincrementar la tecnología de importación como único mecanismo para poder salvar el patrimonio. Es interesante entonces revisar históricamente el problema y ver que ya desde principios de siglo, nuestros restauradores, o los que trabajaron en México desde esa época, se plantearon el punto y también implementaron alternativas en cada momento.

No quisiera entrar en la larga discusión de qué cosa deben hacer los países dependientes frente a la tecnología; creo que a esta altura de la historia las cosas ya son obvias, pero la única manera de enfrentarlas es a través de la elaboración de alternativas para cada caso. Para levantar un arco de triunfo no se necesita una grúa de gran tamaño: únicamente hacen falta algunos tubos de hierro viejo y unos rieles de ferrocarril abandonados.[843] Para cortar piedras en Chichén Itzá, se utilizó, durante 20 años, una sierra unida a la rueda de un automóvil viejo. Los andamios, las protecciones de las excavaciones, las ruedas, tornos y otra buena cantidad de instrumental se puede obtener a costos bajísimos, si se sabe cómo aprovechar la cultura popular de los propios obreros y pobladores de la región. Quizás el caso mejor documentado en este sentido sea el de la Carnegie Institution en ocasión de sus trabajos de restauración en Chichén Itzá, años de intensa colaboración con la Dirección de Arqueología que ya hemos analizado ampliamente. Los arqueólogos tuvieron un cómodo campamento que incluía cancha de tenis y toda otra serie de facilidades que eran poco comunes en su época. Pero por otra parte, siempre se utilizó instrumental simple y acorde a las posibilidades de la zona para las obras de los edificios arqueológicos. Todo fue hecho con maderas, y sólo se utilizó hierro en los casos imprescindibles. El caso del automóvil cuyas ruedas se transformaron en sierra para cortar piedras de grandes dimensiones es un ejemplo de imaginación al servicio de la conservación.

Pero existen casos todavía más interesantes: recordemos que Leopoldo Batres se preguntaba en 1886 qué debía hacer con las pinturas murales que había descubierto en Teotihuacan. Y optó por dejarlas ala vista, con lo cual no tardaron en ser destruidas. Pero pocos años después tomó la resolución —recordemos que no había experiencias conocidas en este sentido— de cubrir las de Teopancalco con un vidrio y un marco metálico; y estuvieron perfectamente conservadas hasta hace pocos años, es decir por más de medio siglo. Lo mismo ocurrió con las pinturas de los altares de Tizatlán, que aún se mantienen intactas, sin ninguna intervención más que la colocación de un techo de lámina metálica y vidrios cubriendo las pinturas. Los estucos de Acanceh, techados con paja y troncos en 1936, se mantuvieron sin deterioros aparentes desde esa fecha hasta que, hace poco, el techo se vino abajo y tardó en ser reparado. Y no son los únicos ejemplos.

Sólo me queda insistir nuevamente en la factibilidad de realizar intervenciones acordes a nuestra realidad, donde la tecnología de importación puede ser, en muchos casos por lo menos, reemplazada por la imaginación. Muchas cosas que nosotros, los restauradores, no podemos concebir como realizables, son hechas a diario por el pueblo, gracias a lo cual sobreviven en la miseria. La cultura popular puede construir, con sus propias manos, casi qualquier cosa que se le pida.

Turismo y restauración: una mitología del capitalismo

Desde principios de siglo la restauración y puesta en valor de sitios históricos y arqueológicos vino unida al turismo nacional y trasnacional. Prácticamente en México a partir de 1935 los apoyos extraordinarios para trabajos arqueológicos, en especial después de la época de Alfonso Caso, provinieron de este sector, el cual comenzó a jugar un papel destacado. Hemos visto de qué manera fue implementándose una relación simbiótica entre desarrollo turístico y sitios arqueológicos-históricos, a tal grado que la publicidad turística del país se hace --equivocadamente—. alrededor de esos dos motivos. Y decimos erróneamente, porque el último estudio de FONATUR[844] demostró que menos del 20% del turismo en México tiene interés en los sitios arqueológicos. La simbiosis turismo-restauración fue creciendo imperceptiblemente y fue relegada por los restauradores, aunque no así por los turistólogos, quienes vieron una cantera aprovechable de recursos de los cuales extraer sus ingresos. La restauración y la conservación están manejadas en

México por el estado, mientras que el turismo está en manos privadas y por lo general trasnacionales. Preguntarse quién utilizó a quién, no dejaría de ser un mero formalismo.
Es así que la infraestructura turística aprovechó las obras que se venían haciendo, y a partir de la década del 60 —en que la inversión del capital extranjero se tornó más agresiva—, llegó a determinar las grandes políticas de la restauración. Por otro lado, los arqueólogos mantenían su tradición reconstructora, que al turismo le venía de maravillas. No era factible vender una ruina cubierta de pasto, pero sí una pirámide con luz y sonido, nueva y limpia. No era un turismo social o cultural, era una industria que trabajaba con masas que necesitaban que les fuera predeglutido el mensaje. Ver un sitio arqueológico debía ser como ver la televisión: todo debía estar preestablecido, controlado y dirigido; nunca se debía hacer pensar al visitante. No era factible mostrarle 10 cm. de columna y decirle que allí había existido un palacio teotihuacano. Era más fácil y menos conflictivo rehacer el palacio hasta el techo y no poner un cartel que dijera que era nuevo; así, quizás, el turista creería que en México los palacios prehispánicos se habían conservado intactos.

Vale la pena rever las cifras de visitantes a los sitios controlados por el INAH entre 1926 y 1962:[845]

1926-1927	141.302 visitantes
1943-1944	80.327 visitantes
1953-1957	1.042.377 visitantes
1958	249.750 visitantes
1959	475.821 visitantes
1960	674.094 visitantes
1961	401.442 visitantes
1962	454.253 visitantes

Durante el año 1962 se puede separar entre visitantes nacionales y extranjeros; sabemos que los primeros sumaron más del doble: 337.344 nacionales y 116.909 extranjeros, teniendo en cuenta que son cifras para sólo ocho meses del año. Hoy en día sabemos que visitan los sitios del estado de México (principalmente Teotihuacan) casi un millón de turistas.

Esto nos lleva entonces a analizar más profundamente el problema del turismo, en la medida en que la historia y el futuro próximo de los sitios está en estrecha relación con él. Hay varios aspectos que debemos separar para aclarar el panorama, que por cierto ha sido manejado bastante confusamente. En primer término, desde hace medio siglo el desarrollo turístico ha asumido los siguientes aspectos como verdades no discutibles: el turismo produce divisas al país, es factor de desarrollo regional, mejora la imagen del país en el extranjero y posibilita el turismo social para las grandes mayorías nacionales. Creo que cada uno de estos puntos debe ser considerado con detenimiento.

Para empezar, el turismo, al utilizar los pueblos o ruinas, está transformando un bien cultural en una mercancía. Está transformando la cultura en un recurso no renovable (aunque los reconstructores puedan renovarlo cuando haga falta), que el estado pone en el medio del campo con un camino de acceso para que la iniciativa privada pueda explotar a su gusto. A su alrededor nacen hoteles, restaurantes, discotecas, tiendas de artesanías que son manejadas monopólicamente por varias cadenas trasnacionales. De allí que el acceso al bien cultural, desde una perspectiva económica, no es igualitario ya que las tierras de su alrededor sólo pueden ser adquiridas por los grandes capitales, los que a su vez tienen arreglos con el estado sobre créditos y liberaciones impositivas. Las estadísticas que mostramos más adelante comprueban que el turismo nacional no tiene acceso a ciertas zonas y que visita masivamente las regiones cercanas al Distrito Federal porque no deben pagar alojamiento ni transportes especiales. El turismo supuestamente es una "industria sin chimeneas" que produce ingresos al país. Es fácilmente demostrable que México **no** gana con el turismo, y cuando lo hace apenas alcanza para pagar los intereses de las deudas externas (en especial con el BID) contraídas para fomentar y desarrollar el propio turismo.[846] Los ingresos por turismo entre 1960 y 1975, descontando el rubro de "transacciones fronterizas" que hábilmente se incluye dentro del rubro turismo, son las siguientes (todo en millones de dólares):[847]

1960	155,3
1970	575,0
1973	724,0
1974	846,0
1975	800,0

Pero pensemos que sólo FONATUR invirtió en el sector, durante 1974, la cantidad de 1.160 millones de dólares, y en 1975, 850 millones. Para 1974 se había invertido en Cancún, sólo en infraestructura, la cantidad de 500 millones de dólares. En el rubro de pasajes internacionales el déficit es crónico: en 1970 entraron al país 39 millones de dólares por ese concepto, pero salieron 54 millones de dólares por pasajes de turistas mexicanos que iban a Estados Unidos. Para 1974 la tasa era ya exagerada habiendo ingresado 80 y salido 96 millones de dólares. En los gastos efectuados por los turistas, acaparados en su enorme mayoría por las grandes empresas monopólicas que controlan hoteles, tarjetas de

crédito, restaurantes, compañías de transporte aéreo, marítimo y terrestre, sin contar con la comercialización de artesanías y productos tradicionales, los hechos son similares. En 1980, los extranjeros gastaron en México 15.187 millones de dólares, mientras los mexicanos gastaron en Estados Unidos 16.562 millones de dólares. Y además hay que pensar que son los mexicanos quienes pagan los créditos al BID.

Otro de los aspectos a revisar del turismo es la relación entre los sitios arqueológicos y los intereses reales del visitante. El INAH, desde hace más de 50 años, ha venido implementando una política, o mejor dicho una serie de políticas, en relación a cómo debe visitarse y entenderse un sitio prehispánico. En las últimas encuestas oficiales publicadas,[848] se observó que el interés primordial por el cual los extranjeros visitan México estaba centrado en "la gente y su forma de ser y actuar". Y el 66,2% viajó a México por recomendación personal o porque ya conocía el país. Es decir que toda la difusión internacional realizada atrae sólo al 23%. Por otra parte, sólo un 20% tiene algún interés especial por los sitios arqueológicos, y esta cifra debe contarse entre los que visitan esos sitios. Del turismo arribado un 80% visita museos, un 60% las universidades, un 45% las galerías de arte, un 70% visitó algún sitio arqueológico y el 50% ciudades coloniales. De ellos, más del 40% recorre la región central del país, el 26% el occidente, el 24% el noreste y sólo el 0,70% viaja al sureste. De allí se puede deducir que la enorme mayoría del 70% de los turistas que visitan sólo un sitio arqueológico lo hacen exclusivamente a Teotihuacan. He aquí un cuadro de afluencia a zonas arqueológicas (1976) por estados (cifras redondas en miles):

México	1.000.000
Yucatán	540.000
Oaxaca	375.000
Quintana Roo	220.000
Chiapas	175.000

De estas cantidades, al estado de México viajan casi por partes iguales extranjeros y nacionales, con una preponderancia de extranjeros al Yucatán, mientras que a Hidalgo van cuatro mexicanos por cada extranjero. En Quintana Roo también las cifras son casi del 50% para cada grupo. Pero estas cifras masivas no deben asustar, ya que al ver los motivos y tiempos de estadía en los sitios nos podemos ir formando una idea más ajustada de la realidad. **El 85% de los visitantes permanece menos de dos horas en cada sitio,** mientras que el 3% permanece entre dos y cuatro horas, y sólo un 12% se queda más de cuatro. En realidad esta última cifra está aumentada por Teotihuacan, donde el promedio de permanencia es de cuatro/cinco horas, en especial por los negocios de venta de artesanías. Ese solo sitio tuvo 660.568 visitantes, mientras que Tula tiene unos 177.000, Cholula 111.044, y El Tajín 55.300 (en 1976). Tula recibe más de 150.000 visitantes y Monte Albán más de 100.000 al año. En la región sudeste las cifras son similares, ostentando Chichén Itzá el récord con 254.436; luego viene Tulum con 177.860 y Uxmal, con 110.752 visitantes; Palenque representa un caso particular (por su lejanía) entre los grandes centros turísticos (como es el caso de Tulum) con 160.644 visitantes.

Estas cifras de paseantes nos lleva a pensar si algunas de las actitudes tomadas respecto a los sitios son correctas: la libertad de circular entre las ruinas, los sistemas de señalización y la infraestructura general de las zonas. En el primer caso es obvio que actualmente ya no es posible permitir que el turista recorra con total libertad una zona arqueológica: los centenares de miles de visitantes están destruyendo los sitios en forma acelerada (Mitla, Teotihuacan, etc.). No hay ninguna piedra en el mundo que resista el paso indiscriminado de millones de pies; las escaleras de las pirámides se han desgastado en algunos casos hasta casi no quedar nada de ellas. Las pinturas murales han sido borradas, los graffiti de los muros han sido destruidos por las inscripciones modernas hechas por idiotas, y los estucos han sido ensuciados con corazones y nombres. En ese sentido Cacaxtla es un ejemplo notable por el hecho de contar con una circulación dirigida y estricta que protege enormemente el sitio. En cuanto a señalización las carencias son notables. La tradición ha sido que el visitante se informara mediante textos especialmente hechos por el INAH y por los guías de turismo de las zonas. Esta propuesta, correcta por cierto, no es la que el turismo quiere, y la encuesta de FONATUR arrojó los siguientes resultados: el 30% de los visitantes quiere leer tableros con la información escrita, y el 20% quiere maquetas de la zona que permitan una reconstrucción de la arquitectura. Sólo el 18% estuvo interesado en guías o edecanes, y un 14% vio convenientes las publicaciones. Es decir que el interés del público está en otros sistemas de comunicación, que por cierto no van hacia lo tecnológico (sólo un 2% pidió equipos más sofisticados de audiovisuales o teléfonos informantes). Esto plantea la necesidad de elaborar nuevas técnicas para transmitir la información arqueológica a las masas. Al entrar en una zona arqueológica nada nos indica su extensión, su edad o la cultura a la que pertenece. Los museos, con excepciones, no acostumbran tener cédulas explicativas.

De la infraestructura existente, la encuesta arrojó que de 33 sitios en la región central del país sólo 10 cuentan con sanitarios, ninguno tiene señalización, sólo dos tienen venta de refrescos, en tres fueron vistos cuidadores efectivos, uno tiene primeros auxilios, en tres se venden publicaciones, y hay guías y basureros en los sitios muy grandes únicamente (Tula, Teotihuacan, Cholula, etc.). En la región sureste la situación es considerablemente mejor que en el centro del país:

de 30 sitios estudiados, 12 de ellos tienen baños, hay cuidadores en cinco, y los tres sitios grandes (Chichén Itzá, Uxmal y Palenque) tienen basureros, señales, venta de publicaciones y refrescos.
Toda esta abundancia de cifras nos lleva a una conclusión importante: los planteamientos acerca del desarrollo turístico son en realidad una falacia, ya que caen en postulados y teorías surgidas para los países desarrollados, sin entender que en nuestra realidad las necesidades y los resultados son diferentes. Se parte del hecho que hay un interés más marcado por los sitios monumentales, a los cuales se canalizan las grandes inversiones. Pero ¿no será ésta una verdad a medias? Hay interés en esos sitios porque las empresas del turismo tienen interés en llevar allí a los turistas, y el viajero no conoce otros lugares. Una buena muestra es que hay más visitantes en Mitla que en Monte Albán, en Tulum que en Uxmal, Cobá o Palenque. Es un problema de mercadotecnia y no de formas de pensar o entender la cultura. Exactamente lo mismo sucede con la reconstrucción de los edificios con el pretexto que, de no ser así, el turista no entiende lo que ve. Según la lógica sería necesario adecuar la historia a la ignorancia del visitante, en vez de elevar la cultura para que todo el mundo por igual pueda entender el pasado. Sería como pedirle al gobierno italiano que termine de esculpir Los Esclavos de Miguel Angel, ya que hay gente que no entiende por qué están esculpidos por la mitad. Lo que se está propugnando así es una visión pasiva del pasado prehispánico, donde el espectador no tenga necesidad de reconstruir nada mentalmente. Es como si promocionáramos lo monumental, lo pintoresco, lo exótico, el sensacionalismo: los mismos aspectos que se promocionan en Disneyworld. Es lo que Oscar Olea ha definido con las siguientes palabras: "Lo que las metrópolis hegemónicas consumen de nosotros son las consabidas materias primas: el folklor, las artesanías, los vestigios arqueológicos y todo aquello que nos defina como países estáticos; saltimbanquis invitados al banquete para divertir, pero sin derecho a sentarse a la mesa".[849] Somos nosotros quienes queremos vender una cierta imagen del pasado y por eso la impulsamos, y no es verdad que el visitante, nacional o extranjero, necesite de esa imagen. Caso contrario, habría carteles explicando en cada caso qué es lo nuevo y qué es lo antiguo, qué está rehecho y qué es original.

Hasta aquí hemos tratado de analizar el turismo tal como es entendido en la actualidad. Pero también existiría otra perspectiva: la del turismo de interés social. En la actualidad, el 86% del total de visitantes de México proviene solamente de Estados Unidos. Es factible pensar en la posibilidad de un turismo más amplio, tanto internacional como socialmente. Pero centrémonos en México, donde actualmente es menos del 10% de la población la que puede hacer turismo. Esto podemos verlo a través de varias encuestas de FONATUR: éstas muestran que hay más mexicanos que extranjeros que visitan los sitios arqueológicos, pero no nos dicen cuántas veces fue contado el mismo individuo. Es lógico pensar que un mexicano recorra, a lo largo de un año, por lo menos más de un sitio si es que está interesado en el tema, lo que nos lleva a pensar que posiblemente haya dos tipos de turistas nacionales: los que visitan Teotihuacan o algún otro sitio grande tanto por estar de paso como por la publicidad y la tradición, y los que recorren más metódicamente las ruinas y ciudades coloniales, con un interés específico. Esto puede replantear las cifras totales de visitantes. En México más del 40% de los jefes de familia son analfabetos o no han completado su primaria[850] y el 32,30% gana un sueldo mínimo o menos. Si pensamos que para hacer turismo de cualquier tipo es necesario un ingreso que permita aunque más no sea trasladarse, pagar la entrada y comer fuera de la casa —por supuesto no hablamos de hoteles—, quedan directamente descartadas casi las tres cuartas partes de los habitantes del país. El resto, suponiendo que tuviera algún interés por visitar algo, tiene acceso a hoteles de tercera categoría, y por lo general sólo viaja a los lugares a los que puede ir y regresar en el mismo día; la hotelería de primera sólo está al alcance de un 5% de la población. Es decir que México se enfrenta a una problemática típica de los países desarrollados, como es la del uso del tiempo libre y del turismo masivo, sin haber salvado su propio conflicto interno. De allí la necesidad, ya vista por el estado hace algún tiempo, de crear sistemas de turismo social que permitan a los trabajadores utilizar el escaso tiempo libre más positivamente. Es ya imprescindible la planeación con interés social del tiempo libre, pero con una visión diferente de la tradicional. Recordemos que un militar no paga la entrada a museos o sitios arqueológicos, pero sí la debe pagar un obrero o un campesino.

El otro problema es el de la creación de empleos de la industria hotelera, que ha establecido el mito —porque le conviene— de que el turismo crea polos de desarrollo. Según las estadísticas oficiales,[851] cada cuarto de hotel turístico, que tiene un promedio de ocupación de 0,75 personas, da empleo directo o indirecto solamente a 2,5 personas (entre hoteles, agencias de viajes, restaurantes, etc.), mientras que cada empleo directo en la industria petroquímica genera nueve empleos indirectos. En 1978 el estado invirtió 5.360 millones de pesos en hotelería, y el 80% de ellos fueron para cadenas norteamericanas o manejadas por ellas. Nuevamente esto nos lleva a postular que el turismo trasnacional es una nueva forma, sutil pero efectiva, de dominación económica. **No produce desarrollo sino subdesarrollo** no hace crecer la producción sino que transforma al campesino en mesero o sirviente destruyendo las comunidades donde se instala, que mercantiliza la cultura y la explota en su propio beneficio, el que no tiene nada que ver con el beneficio social. Cuando los turisteros dicen que para el desarrollo turístico es necesaria "la reconstrucción de zonas arqueológicas, o los medios para dotarlos de nuevos atractivos... tal es el caso de Teotihuacan, donde la instalación de luz y sonido da una nueva belleza y una nueva utilidad a construcciones y urbanización",[852] es cuando debemos ver el peligro. Cuando el presidente de la Asociación de Hoteles y Moteles de México escribe un libro853 donde dice de la cultura popular: "Se habla del alma de los pueblos y el alma de las cosas. Quizás no haya mejor manifestación en lo que genéricamente se denomina folklore, es decir el alma y la ciencia del pueblo," y para peor nos asevera que "más de dos millones de mexicanos, hombrés y

mujeres, son oficiantes de esta religión de lo bello, cuya hegemonía se extiende a lo largo y ancho de la patria. No tiene jerarquía clasista, ni pretende ni quiere rango diferencial, su ecumenicidad consiste simplemente en manifestarse tal como es", es cuando tenemos que leer el profundo mensaje ideológico reaccionario que se está escondiendo detrás de bonitas palabras. Sólo así podremos entender y ayudar a que la integración entre el turismo y la restauración sirva para construir una sociedad más justa y con un acceso igualitario a los bienes de la cultura.
Es justamente en este momento, cuando la crisis económica y social se ha vuelto extremadamente compleja, a la vez que las problemáticas internas de las ciencias conexas a la conservación se debaten en un mar agitado de tormenta, cuando debemos aprestarnos a proponer alternativas. La arqueología por sí sola no ha podido, ya lo hemos visto, encontrar una salida digna a la restauración de edificios arqueológicos. Se está haciendo lo posible, pero el futuro próximo —debido en especial a la falta de presupuestos— es de oscuro designio. Sí es factible encontrar una salida, pero obviamente debe marcarse un alto en el camino recorrido, y apuntar hacia otro lado[854] Desde el sector de la arquitectura prácticamente nada se ha aportado a la restauración arqueológica, a excepción de lo que ya hemos analizado, y que en general se ha quedado en las críticas a las formas de trabajar y reconstruir, mal que aqueja también a los monumentos coloniales. De Estados Unidos nos llegan también problemas en sus propuestas, tanto teóricas como técnicas,[855] que son imposibles de desarrollar para nuestra realidad. La historia del arte se ha mostrado estéril en cuanto a una conservación en función social, por lo menos hasta ahora.

La gran pregunta es ¿qué podemos hacer entonces? Para empezar debemos entender que es necesario hacer un alto y revisar concienzudamente la historia de lo que ya se ha hecho: ¿cómo, para quién, en provecho de quién, cómo fue utilizado el patrimonio y quién lo va a utilizar en un futuro próximo? Qué es lo que deberíamos hacer y cómo podríamos lograrlo, planteando siempre metas cortas, perspectivas largas y métodos concretos. No es posible esperar a que llegue una revolución social y modifique la estructura económico-social del país y salve al patrimonio; debemos encontrar alternativas viables, y pronto. Tras esa revisión histórica seria, sin compromisos de salvar a uno u otro, podemos tratar de seguir construyendo una teoría social, propia de América Latina y de cada país, siempre con un compromiso social firme y realista. Esto sólo ya nos abrirá una serie de puertas que han quedado olvidadas en el tiempo. Podemos encontrar que hay caminos totalmente desperdiciados, como son los medios de comunicación, que pueden ser alternativas posibles si se saben manejar con una actitud crítica y no de entreguismo. Que hay muchas sendas por recorrer, que en algún momento y por algún motivo quedaron relegadas.

Para terminar, creemos que hay una conclusión que surge naturalmente: la conservación del patrimonio cultural no es un hecho apolítico e independiente de la realidad que lo circunda. Todo lo contrario: es un hecho profundamente político, con la salvedad que puede ser socialmente favorable o profundamente negativo. Puede ayudar a que los habitantes de una ciudad tengan un entorno más humano, más limpio, más agradable y más racional. Podemos hacer que la escala urbana será lógica para el hombre y no lógica para la especulación desatada por las empresas inmobiliarias. Usar los sitios arqueológicos e históricos para comprender nuestra historia y a nosotros mismos, para crear y recrear cultura. Podemos dar a nuestros hijos un mundo un poco mejor que el que se nos dio a nosotros; pero para ello debemos entender que la conservación-restauración debe transformarse en un hecho social, en una reivindicación por la cual luchar. Sólo así seremos capaces, aunque con mucho esfuerzo, de ayudar a construir un mundo un poco mejor. Porque en los países que, como muchos de los latinoamericanos, aún continúan luchando por recuperar gobiernos democráticos, el rescate del patrimonio es parte fundamental del proceso. Pero no podemos olvidar que antes que los sitios arqueológicos o históricos están los hombres que producen la cultura. **El más importante patrimonio cultural de América Latina son los hombres que lo producen y que lo han producido a lo largo de los siglos.**

NOTAS

Capítulo 2.

1. Jaime Litvak, "El patrimonio arqueológico nacional: un problema de proceso y concepto", **Symposium Interamericano de Conservación del Patrimonio Artístico**, INBA, pp. 70-74, México, 1979. Daniel Schávelzon, "Historia social de la restauración arquitectónica en México", **Vivienda**, vol. 6, Nº 5, pp. 437-447, México, 1981.

2. Daniel Schávelzon e Ivan Zátz, "El derecho y los mecanismos de justificación ideo-lógica del poder: la sociedad maya prehispánica", **Memoria del II Congreso de Historia del Derecho Mexicano**, pp. 109-122, México, 1981.

3. **Tikal: guía de las antiguas ruinas mayas**, The University Museum - Asociación Tikal, Pennsylvania, 1975.

4. Eduardo Matos, "Una máscara olmeca en el templo mayor", **Anales de Antropología** Nº XVI, México, 1979.

5. Jordi Gussinyer, "Una figurilla olmeca en un entierro del horizonte clásico", **Estudios de cultura maya**, vol. X, pp. 69-80, México, 1976. William Rathje, "Descubrimiento de un jade olmeca en la isla de Cozumel, Quintana Roo", **Estudios de cultura maya**, vol. IX, México, 1973.

Capítulo 3.

6. Fray Juan de Torquemada, **Monarquía indiana**, 6 vols., UNAM, vol. 5, pp. 81-82, México, 1975.

7. Idem, pág. 85.

8. Francisco de Burgoa, **Palestra geográfica e histórica descripción**, 2 vols., Archivo General de la Nación, México, 1937.

9. Joseph de Acosta, **Historia natural y moral de las indias**, UNAM, México, 1956.

10. Miguel León Portilla, **Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista**, UNAM, vol. I, pág. 106, México, 1956.

11. Idem, pág. 32.

12. Idem, pág. 18.

13. Idem, pág. 71.

14. Idem, pág. 129.

15. Idem, pág. 81.

16. Idem, pág. 53.

17. Luis Reyes García, "La represión religiosa en el siglo XVI", **Civilización: configuración en la diversidad**, pp. 11-35, CEESTEM-CADAL, México, 1983.

18. Enrique Florescano, "Destrucción y recomposición de la memoria indígena", **Sábado**, Nº 255, pp. 2-5, México, 1981.

19. Jacinto de la Serna, **Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México**, Ediciones Fuente Cultural, vol. I, pp. 410-411, México, 1953. Para mayores referencias ver Pierre Duviols, **La destrucción de las religiones andinas durante la conquista y la colonia**, UNAM, México, 1977.

20. Idem,

21. Luis Reyes García, (1983), op. cit., pág. 32.

22. William Madsen, **Christo-paganism: study of Mexican religious syncretism**, Middle American Research Institute, publ. 19, pp. 18-20, New Orleans, 1954; "Sincretismo religioso en México", **Cambio religioso y dominación cultural**, pp. 139-168, El Colegio de México, México, 1982.

23. Nelson Reed, **La guerra de castas en el Yucatán**, Ediciones Era, México, 1964. Resume la bibliografía en español en forma actualizada.

24. Jacinto de la Serna, (1953), op. cit. pág. 202.

25. Diego de Landa. **Relación de las cosas del Yucatán**, Editorial Porrúa, México, 1972.

26. Eva Uchmany, "Cambios religiosos en la conquista de México", **Cambios religiosos y dominación cultural**, pp. 81-124, El Colegio de México, 1982.

27. Juan Pérez de la Riva, **Para la historia de las gentes sin historia**, Ariel, Barcelona, 1976.

28. Eva Uchmany (1982), op. cit., pág. 14.

29. Francisco Pérez Salazar, **Biografía de Carlos de Sigüenza y Góngora seguida de varios documentos inéditos**, México, 1928. Irving Leonard, **Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Méxican savant of the XVIIth. Century**, University of Texas Press, Austin, 1929. **Baroque times in old Mexico**, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1959. E.J. Burns, "Clavijero and the lost Sigüenza y Góngora manuscript", **Estudios de cultura náhuatl**, vol. I, pp. 59-90, México, 1959; José Rojas Garcidueñas, **Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco**, México, 1945.

30. Daniel Schávelzon, "La primera excavación arqueológica en América Latina: Teotihuacan en 1675", **Anales de Antropología**, vol. XX, T. 1, pp. 21-34, México, 1984.

31. Hugo Cerezo Dardón, "Breve historia de Tikal", **Arqueología guatemalteca**, IDAEH, pp. 155-166, Guatemala.

32. Fray Juan de Torquemada, (1975), op. cit., pág. 203.

Capítulo 4.

33. Un resumen amplio puede verse en Robert Wauchope, **Lost tribes and sunken continents**, The University of Chicago Press, Chicago, 1962.

34. Antonello Gerbi, **La disputa del Nuevo Mundo**, Fondo de Cultura Económica, México, 1960. Es la bibliografía básica sobre el tema.

35. Roberto Moreno, "La ciencia de la ilustración mexicana", **Anuario de Estudios Americanos**, tomo XXXII, pp. 25-41, México, 1975. Gloria Grajales, **Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales**, UNAM, México, 1961. Víctor Rico González, **Historiadores mexicanos del siglo XVIII**, UNAM, México, 1949. Roberto Moreno, "La ilustración mexicana que encontró Humboldt", **Ensayos sobre Humboldt**, UNAM, pp. 217-236, México, 1962. Max Savelle, "The enlightment and the idea of America", **Investigaciones contemporáneas sobre historia de México**, pp. 663-667, UNAM, México, 1978.

36. Alfredo Chavero, "Boturini", **Anales del Museo Nacional**, 1a. época, vol. III, 236-245, México, 1886. José F. Ramírez, "Cronología de Boturini", **Anales del Museo Nacional**, 1a. época, vol. VIII, pp. 167-194, México, 1903. Ramón Mena, "La colección arqueológica de Boturini",

Anales del Museo Nacional, 4a. época, vol. 2, pp. 35-70, México, 1923. Manuel Ballesteros Gaibrois, "Los papeles de Lorenzo Boturini", **Documentos inéditos para la historia de España**, vol. 5, Madrid, 1947. Lorenzo Boturini, **Idea de una nueva historia de la América septentrional**, Porrúa, México, 1974. John Glass, "A catalogue of falsified Middle American pictorial manuscripts", **Handbook of Middle American Indians**, vol. 14, pp. 107-139, Austin, 1966.

37. Alvaro Matute, **Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico**, UNAM, México, 1976.

38. Lorenzo Boturini, (1974), op. cit., pág. 114.

39. Idem, pág. 115.

40. Roberto Moreno, "La colección Boturini y las fuentes de la obra de León y Gama", **Estudios de cultura náhuatl**, vol. IX, pp. 253-270, México, 1971.

41. Jesús Romero Flores, "Documentos para la bibliografía del historiador Clavijero", **Anales del INAH**, vol. I, pp. 307-336, México, 1945. Gonzalo Aguirre Beltrán, "Introducción", **Clavijero: Antología**, Sepsetentas, México, 1972. Luis González, "Xavier Clavijero; abogado de América", **De historia e historiadores**, pp.95-112, Siglo XXI, México, 1982.

42. Francisco Xavier Clavijero, **Historia antigua de México**, 4 vols., Porrúa, México, 1945.

43. Idem, vol. I, pág. 22-23.

44. Idem, vol. II, pág. 327.

45. Idem, vol. II, pág. 263.

46. Idem, vol. II, pág. 313.

47. Idem, vol. II, pág. 322-323.

48. José Antonio de Alzate y Ramírez, **Obras**, 10 vols., UNAM, México, 1981/5; Roberto Moreno de los Arcos, "Introducción" de la edición citada.

49. Ver volumen I la sección "Periódicos".

50. Roberto Moreno, **Un eclesiástico criollo frente al estado borbón**, Academia Mexicana de la Historia, México, 1980.

51. José Antonio de Alzate y Ramírez, (1984), op. cit., vol. I, pág. 193.

52. Idem, pág. 197.

53. Idem, pág. 194.

54. Fausto Ramírez, "Observaciones acerca de las artes plásticas en las publicaciones de José Antonio de Alzate y Ramírez", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, vol. 50/1, pp. 111-152, México, 1982.

55. Pedro José Márquez, **Sobre lo bello en general y dos monumentos de arquitectura mexicana: Tajín y Xochicalco**, UNAM, México, 1972. Justino Fernández, "Pedro José Márquez en el recuerdo y en la crítica", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, vol. 8, pp. 5-19, México, 1963. Julio Orozco Muñoz, **Pedro José Márquez: su vida y su obra (1741-1941)**, Ediciones de Historia y Poesía, México, 1941.

56. Justino Fernández, **Introducción a Márquez** (1972), op. cit., pág. 145.

57. Antonio León y Gama, **Descripción histórica de las dos piedras...**, Editorial Porrúa, México, 1978.

58. Roberto Moreno, "La historia antigua de México de Antonio León y Gama", **Estudios de Historia Novohispana**, vol. VII, pp. 4-78, México, 1981. "Ensayo bibliográfico de Antonio León y Gama", **Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas**, tomo II, Nº 1, pp. 43-134, México, 1970. Luis González Obregón, "La colección de antigüedades de don Antonio León y Gama", **Anales del Museo Nacional**, 2a. época, tomo II, pp. 259-260, México, 1905.

59. Ignacio Bernal, **Historia de la arqueología en México**, Porrúa, México, 1979.

60. Antonio León y Gama, (1978), op. cit., pág. 2.

61. Idem, pág. 111.

62. Idem, pág. 4.

63. Servando Teresa de Mier, **Obras completas**, 3 vols., UNAM, México, 1981. Eduardo O'Gorman, "Estudio preliminar", **Escritos y memorias**, vol. 1, UNAM, México, 1945.

64. José Ignacio Borunda, **Clave general de los jeroglíficos americanos...**, Edición del Duque de Loubat, Roma, 1898. Nicolás León, **Bibliografía mexicana del siglo XVIII**, vol. 3, pp. 195-324, México, 1906.

65. Servando Teresa de Mier, (1981), op. cit.

66. Editado en París en 3 volúmenes, y en español en 1810.

67. **Ensayos sobre Humboldt**, 1962. Jaime Labastida, **Humboldt, ese desconocido**, Sepsetentas, México, 1975. Juan Ortega y Medina, **Humboldt desde México**, UNAM, México, 1960. Julius Lowemberg, "Alejandro de Humboldt: visión bibliográfica de sus obras, escritos y disertaciones", **Cien años de arqueología mexicana**, Sociedad Alemana Mexicanista, pp. 619-730, México, 1969.

68. Ignacio Bernal, "Humboldt y la arqueo-logía mexicana", **Ensayos sobre Humboldt**, pp. 121-132, UNAM, México, 1962.

69. Margarita Moreno Bonett, **Nacionalismo novohispánico: Mariano Veytia**, UNAM, México, 1983.

70. La edición original es de Bolonia en 1782, existe una en español de 1924 y otras posteriores.

71. Mariano Beristain y Souza, **Biblioteca hispanoamericana septentrional**, 3 vols., Instituto de Estudios y documentos históricos, México, 1981.

72. Francisco de Solano, **Antonio de Ulloa y la Nueva España**, UNAM, pág. 148, México, 1979.

73. Ricardo Toledo Palomo, **Las artes visuales y las ideas durante la independencia (1794-1821)**, Tipografía Nacional, Guatemala, 1977. José Cecilio Valle, **Obras**, 2 vols., Tipografía de Sánchez y Guise, Guatemala, 1929-30. Francis Parker, "José Cecilio Valle: scholar and patriot", **The Hispanic America historical review**, vol. XXXII, pp. 516-539, Durham, 1952.

74. Idem.

75. Juan Bautista Muñoz, **Historia del Nuevo Mundo**, Aguilar, México (introducción de José Alcina Franch), 1975.

76. Antonio Muro Orejon, "Juan Bautista Muñoz: las fuentes bibliográficas de la historia del mundo nuevo", **Anuario de Estudios Americanos**, vol. X, pp. 265-337, Sevilla, 1953. José Cecilio Valle (1929/30), op. cit. Antonio Ballesteros Beretta, "Don Juan B. Muñoz: dos facetas científicas", **Revista de Indias**, vol. 9, pp. 5-37, Sevilla, 1941. "Don Juan B. Muñoz: la historia del Mundo Nuevo", **Revista de Indias**, vol. 10, pp. 589-660, Sevilla, 1942.

77. León Portilla en Boturini 1974.

78. Francisco Núñez de la Vega, **Constituciones diocesanas del Obispado de Chiapas**, 2 vols., Imprenta de C. Zenobi, Roma, 1702. Alan Walters (editor), "Calendar and nahualism of the Tzeltals", **Maya society quarterly**, vol. I, Nº 2, pp. 56-64, 1932.

79. Beatriz de la Fuente, **Palenque en el siglo XVIII: los escritos de Ramón de Ordóñez y Aguiar**, en prensa, México, 1984. Ricardo Castañeda Paganini, **Las ruinas de Palenque**, edición del autor, Guatemala, 1946. Manuel Ballesteros Gaibrois, **Nuevas noticias sobre Palenque en un manuscrito del siglo XVIII**, UNAM, México, 1960. Charles E. Brasseur de Bourbourg, **Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale**, 4 vols., París, 1854. Manuel Larrainzar, **Estudios sobre la historia de América y sus**

antigüedades y ruinas, 5 vols., Imprenta de Villanueva Francesconi, México, 1876.

80. Ricardo Castañeda Paganini, (1946) op. cit.

81. Idem.

82. Idem.

83. Idem.

84. Idem.

85. Samuel Lothrop, "Sculpture fragments from Palenque: an account of the first old empire Maya remains to reach Europe", **Journal of the Royal Anthropological Institute**, vol. LIX, pp. 53-63, Londres, 1926.

86. Ricardo Castañeda Paganini, op. cit. (1946).

87. Frans Blom y Carlos Navarrete, **Noticias topográficas de la Intendencia de Chiapas**, UNAM-SMA, México, 1981.

88. Domingo Juarros, **Compendio de historia de la ciudad de Guatemala**, Imprenta de Luna, 2 vols., Guatemala, 1957.

89. De la Fuente (1984), op. cit.

90. Idem; Nicolás León, **Bibliografía mexicana del siglo XVIII**, vol. 3, pp. 195-324, México.

91. Antonio Del Río y Paul F. Cabrera, **Description of the ruins of an ancient city discovered in America...**, H. Berthoud, Londres, 1822.

92. José Alcina Franch, "Un nuevo manuscrito de los viajes de Dupaix", **XXXV Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 3, pp. 415-420, México, 1964; Charles Farcy, "Discurso preliminar histórico de los descubrimientos...", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, tomo V, pp. 485-498, México, 1927.

93. Guillermo Dupaix, **Antiquités Mexicaines**, 2 vols., París, 1834. Lord Kingsborough, **Antiquities of Mexico**, 10 vols., Robert Havell, Londres, 1831/48.

Capítulo 5.

94. Acerca de Icaza y Gondra no hay aún bibliografía; puede verse su bibliografía en Bernal (1962), pero queda para siempre, en recuerdo suyo, el Museo Nacional de Antropología, aunque en ese edificio no haya quedado nada que los recuerde. También puede verse a Luis Castillo Ledón, **El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología**, Museo Nacional, México, 1924.

95. La historia del Museo puede verse en Bernal (1979). La publicación es **Colección de las antigüedades que existen en el Museo Nacional**, Isidro Icaza, Isidro Gondra y Frédéric Waldeck, impreso por P. Robert, México, 1827. Existe una reedición de 1927 publicada por el propio Museo.

96. Museo Mexicano, aviso incluido en la publicación de la nota 95, firmado por Icaza y Gondra (1827).

97. Rosa Isídica, "El Museo Nacional de 1827", **Boletín del Museo Nacional**, tomo I, 5a. época, pp. 193-195, México, 1932.

98. Fanny Calderón de la Barca, **La vida en México**, Porrúa, México, 1954.

99. Brantz Mayer, **México, lo que fue y lo que es**, Fondo de Cultura Económica, pág. 139, México, 1955.

100. Enrique Olavarría y Ferrari, **La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística: reseña histórica**, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1901.

101. La importancia de estos **Boletines** puede apreciarse en su índice acumulativo publicado en 1947.

102. Manuel Gamio y Lucio Mendieta y Núñez, "Proyecto de ley sobre la conservación...", **Ethnos**, vol. I, Nº 2, pp. 28-41, México, 1923.

103. Alejandro Gertz Manero, **La defensa jurídica y social del patrimonio cultural**, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

104. Leopoldo Batres, **La Quemada**, Inspección de Monumentos, México, 1903, pp. 14-16.

105. La edición original fue titulada **A six months' residence and travels in Mexico**, 2 vols. y atlas, John Murray, Londres, 1824; existe una bibliografía incipiente sobre Bullock: puede verse Justino Fernández, "El atlas de la obra de Bullock", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, Nº 24, pp. 23-33, México, 1956; Irwin Bullock, "A pioneer of cultural relations between England and Mexico", **Homenaje a Pablo Martínez del Río**, pp. 439-443, INAH, México, 1961.

106. Sólo conocemos tres trabajos sobre el autor donde lo han analizado con seriedad: Ian Graham, "Juan Galindo: enthusiast", **Estudios de cultura maya** Nº 3, pp. 11-35, México, 1963, y Robert Brunhouse, op. cit. (1973), pp. 31-49 y el estudio de William Griffith, "Juan Galindo, Central American chauvinist", **Hispanic Historical American Review**, vol, XL, Nº 1, pp. 25-52, Durham, 1960, es importante pero denigra a Galindo.

107. La bibliografía completa de Galindo puede verse en los trabajos citados anteriormente. Asimismo, Graham analiza con detalle las peripecias y paraderos actuales de los glifos y otros objetos. Sobre Palenque las publicaciones aparecieron en Londres en 1831 y 1832; en París hubieron reseñas en 1832 y 1834, al igual que en los Estados Unidos.

108. Los trabajos de Copán se publicaron en Estados Unidos en 1836, al igual que un resumen de ellos en París en el mismo año fue publicado completo por Sylvanus Morley, **The inscriptions of Copan**, Carnegie Institution, Washington, 1920, pp. 593-604.

109. Lord Kingsborough, **Antiquities of Mexico**, 9 vols., 1831-48, Londres. Ian Graham, "Lord Kingsborough, Sir Thomas Phillips and Obadiah Rich: some bibliographical notes", **Social Process in Maya Prehistory**, pp. 47-57, Academic Press, Nueva York, 1977.

110. Guillermo Dupaix, **Antiquités Mexicaines**, 2 vols., París, 1834.

111. Jorge García Granados, "Ensayos sobre el gobierno del Doctor Mariano Gálvez", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 2, pp. 133-177, Guatemala, 1925/6; en ese mismo tomo véase también a José Lemus, "Biografía del Dr. Mariano Gálvez", pp. 363-371.

112. Aún continúa inédito, pese a su importancia, en el Archivo de Centroamérica, Guatemala (com. pers. de Luis Luján Muñoz).

113. Robert Claxon, "Miguel Rivera Maestre: un ingeniero científico de Guatemala", **Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala**, tomo LVI, pp. 161-173, Guatemala, 1982.

114. Víctor W. von Hagen, **Search for the Maya: the history of Stephens and Catherwood**, Sakon House, Nueva York, 1975. **To the memory of J.L. Stephens**, Middle American Information Bureau, Nueva York, 1952. José Antonio Villacorta, "El primer centenario del libro **Incidentes de viajes por Centroamérica, Chiapas y Yucatán**", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 17, tomo I, pp. 62-65, Guatemala, 1941-19422. Rafael Heliodoro Valle, "John Lloyd Stephens y su libro extraordinario", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 25, tomo III, pp. 262-275, Guatemala, 1952. Frederick Catherwood, "John Lloyd Stephens: biographical notice", publicado en inglés y español en los **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 13 tomo IV, pp.

471-474, Guatemala, 1936-7. El texto original fue publicado en 1896.

115. John Lloyd Stephens, **Incidents of travels in Central America, Chiapas and Yucatan,** Harper and Brothers, New York, 2 vols., 1841, pág. 400.

116. Idem, pág. 160.

117. Idem, pág. 334.

118. Von Hagen (1975); Carlos Echánove Trujillo, **Dos héroes de la arqueología maya: Teobert Maler y Frédéric Waldeck**, Universidad de Yucatán, Mérida, 1975; Luis Martínez de Castro, "Observaciones sobre un dibujo de un relieve de Palenque remitido al Museo Nacional...", **Revista Mexicana**, México, 1835; Daniel Schávelzon, "Una visión romántica de la arquitectura: el conde Waldeck", **Documentos de arquitectura nacional y americana**, vol. 10, pp. 69-72, Resistencia, 1981.

119. Publicada parcialmente por Carlos Echánove Trujillo, **Dos héroes de la arqueología maya: Teobert Maler y el conde Waldeck**, Universidad del Yucatán, Mérida, 1975.

120. Justino Fernández, "El diario de Waldeck", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, vol. 22, pp. 15-32, México, 1954.

Capítulo 6.

121. La bibliografía al respecto es tan amplia que nos resultaría imposible incluirla aquí; al respecto puede verse a Ignacio Bernal (1962); Juan Comas, **Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México**, UNAM, 1962. Daniel Schávelzon, **Francia en la arqueología de México**, CEMCA, en prensa, México.

122. Daniel Schávelzon, "El pabellón Xochicalco en la Exposición Internacional de París de 1867", **La polémica del arte nacional en México**, Fondo de Cultural Económica, México, 1988.

123. **Archives de la Commission Scientifique Française au Méxique**, 3 vols., París, 1865-7.

124. La **Société** publicó muchos trabajos importantes, como los de León de Rosny y Eduard Nadier de Montjau. El volumen 1 de sus **Archives** incluía trabajos de Brasseur, Waldeck, Schoebel y Montjau. De J.M.A. Aubin se recomienda la **Mémoire sur la peinture didactique et l'écriture figurative des anciens mexicans**, París, 1885.

125. Ver nota 121.

126. León de Rosny tiene una enorme bibliografía sobre América, en especial acerca de códices y lenguas prehispánicas. Como síntesis de sus ideas puede verse **L'Amérique precolombiènne: études d'historie de lingüistique et de paléographie**, París, 1904. Su obra más importante se realizó entre 1880 y 1905, incluyendo más de 40 publicaciones.

127. Juan Comas, **100 años de Congresos Internacionales de Americanistas**, UNAM, México, 1976.

128. Beatriz de la Fuente y Daniel Schávelzon, "Algunas noticias poco conocidas que sobre Palenque se publicaron en el siglo XIX", **II Mesa Redonda de Palenque**, pp. 149-153, Robert Louis Stevenson School, Pebble Beach, California, 1976.

129. Sobre los trabajos de la Comisión puede verse. Ramón Almaráz, "Apuntes sobre las pirámides de San Juan Teotihuacan", **Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca**, pp. 349-358, México, 1865; Francisco Jiménez, "Memoria sobre la determinación astronómica de San Juan Teotihuacan", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 1a. época, tomo XI, pp. 155-182, México, 1865; Rafael Aguilar y Santillán, "Bibliografía y cartografía de Antonio García Cubas", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, tomo 44, pp. 371-381, México, 1934.

130. Daniel Schávelzon, "Origins of archaeological..." (1987), op. cit.

131. Ramón Almaráz (1865), op. cit.

132. Sobre Brasseur puede verse a Robert Brunhouse (1973), pp. 113-135, con una amplia bibliografía; Adrián Recinos, "Cien años de la llegada del abate Brasseur de Bourbourg a Guatemala", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 29, Nos. 1-4, pp. 12-17, Guatemala, 1956. La bibliografía de Brasseur es extensísima, posiblemente de más de 50 publicaciones acerca de México y América Central, la que puede verse en Ignacio Bernal (1962) y en Daniel Schávelzon (1984), op. cit. Su obra más destacada fue su **Histoire des nations civilisées du Mexique et d'Amérique Centrale**, 4 vols., París, 1854.

133. La polémica por la primera publicación del **Popol Vuh** ha sido resumida por Beatriz de la Fuente (1983).

134. Charles Brasseur, **Viaje al istmo de Tehuantepec**, Fondo de Cultura Económica, México, 1981; la cita es de la pág. 166.

135. Keith Davis, **Désiré Charnay: expeditionary photographer**, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1981.

136. La Casa de Lorillard fue famosa en su época ya que había sido construida en las cercanías de New York en un seudo **neomaya** y decorado su interior con objetos traídos de diversas partes de América.

137. Daniel Schávelzon, "Viollet-le-Duc and the European vision of Maya archaeology during the XIXth. century", **Fourth Palenque Round Table**, University of Texas Press, Austin, en prensa.

138. Stephen Salisbury, tanto el padre como el hijo, estuvieron ampliamente relacionados con la arqueología mexicana; el primero por haber sido el presidente de la American Antiquarium Society, activo entre 1855 y 1885, en que su hijo siguió financiando proyectos. Véase sobre Le Plongeon a Stephen Salisbury Jr., **The Mayas: the sources of their study-Dr. Le Plongeon in Yucatan: his account of discoveries**, edición del autor, Worcester, 1877.

139. Auguste Le Plongeon, **Vestiges of the ancient mayas**, J. Polhemus, New York, 1881; **Sacred mysteries among the mayas and the quiches 11,500 years ago, their relation to the sacred mysteries of Egypt, Greece, Chaldea and India and Free Masonry...**, Macoy Publ., New York, 1896; **Queen Moo and the Egyptian sphinx**, edición del autor, New York, 1886. De su esposa Alice Le Plongeon puede verse su **Queen Moo's talisman**, Peter Eckler, New York, 1902.

140. Lawrence Desmond, **The excavations by Auguste Le Plongeon of the Plataform of Venus, Chichen Itza, Yucatan**, México, 1883, ponencia presentada en el Annual Meeting de la Society for American Archaeology, 1981.

141. Fueron 12 cabezas de serpiente, a las que más tarde se les destruyó sus relieves y los cuernos salientes; también encontró 182 grandes conos que, por supuestas similitudes fálicas, fueron retirados del sitio por el INAH y colocados en un lado de la entrada a la zona arqueológica. Por cierto, no queda ya ni un tercio de ellos, y por estar a la intemperie se les borraron sus colores originales. En origen fueron parte de un gran instrumento de percusión dado su notable sonido metálico al ser golpeados.

142. Stephen Salisbury (1877), op. cit., pp. 64-73.

143. Idem, pág. 94.

144. Auguste Le Plongeon (1896), op. cit.

145. Bartolomé Ballesteros, "Ruinas de Chicomosto en la hacienda de La Quemada, estado de Zacatecas", **Boletín de la So-**

ciedad Mexicana de Geografía y Estadística, 2a. época, tomo IV, pp. 250-256, México, 1872.

146. Idem, pp. 255-256.

147. Daniel Rubín de la Borbolla (1953), pág. 60.

148. "Dictamen presentado a la Sociedad", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 1a. época, tomo VIII, pp. 438-442, México, 1860.

149. "Proyecto de ley relativo a la conservación de monumentos", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 1a. época, tomo X, pp. 197-199, México, 1862.

150. Ver nota 147, pp. 439-440.

151. Ver Nota 148, pág. 199.

152. José Guadalupe Romero, "Dictamen sobre los inconvenientes de mudar los nombres geográficos de las poblaciones de la república", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, tomo VIII, pp. 387-389, México, 1860.

153. "Legislación sobre bienes arqueológicos", pág. 185.

154. Idem, pág. 187.

155. La obra de Crescencio Carrillo y Ancona es muy vasta, y por lo general publicada entre 1835 y 1870. Su obra más importante fue **Historia antigua del Yucatán**, Mérida, 1883, en un gran volumen ilustrado.

156. Francisco Sosa, "Don Crescencio Carrillo y Ancona", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 3a. época, tomo I, pp. 733-742, México, 1873; cita pp. 738-739.

157. **El Museo Yucateco**, una publicación impulsada por Carrillo y Ancona hacia 1860 en Mérida, tuvo una vida corta.

158. José María Melgar y Serrano, publicó varias notas sobre la cabeza de Tres Zapotes; puede verse "Antigüedades mexicanas: notable escultura antigua", 1869, y "Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiópico que existe en Hueyapan, cantón de los Tuxtlas", 1871, ambos publicados en el **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, México.

159. José María Melgar y Serrano, "Copia del artículo sobre las medallas encontradas en Palenque y el huevo cosmogónico", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 2a. época, tomo III, pp. 109-118, México, 1871.

160. Manuel Larraínzar, **Estudios sobre la historia de América, sus antigüedades y ruinas**, Imprenta de Villanueva Francesconi, 5 vols., México, 1876.

161. Carlos Samoya Chinchilla, "Monumentos históricos y arqueológicos: museos nacionales", **Antropología e Historia**, vol. XIX, Nº 1, IDAEH, Guatelama, 1967. Luis Luján Muñoz. "El primer Museo Nacional de Guatemala: 1866-1881", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 46, Nos. 1-4, pp. 173-189, Guatemala, 1973.

162. Leslie White e Ignacio Bernal, **Correspondencia de Adolph Bandelier**, INAH, México, 1960.

163. Idem, pp. 252-253.

164. Francisco Paso y Troncoso, "Ensayo sobre los símbolos cronográficos de los mexicanos", **Anales del Museo Nacional**, 1a. época, vol. II, pp. 323-402, México, 1882.

165. Dámaso Sotomayor, **Descripción e interpretación de una preciosa y antigua urna griega del Museo Capitalino de Roma, bajo la clave jeroglífica de los aztecas**, Mazatlán, 1885.

166. Leopoldo Zea, **El positivismo en México**, Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

167. Alfredo Chavero, "Historia antigua y de la conquista", **México a través de los siglos**, vol. I y II, Editorial Cumbres, México, 1981; la edición original es de 1887.

168. Sobre esta historia existen los manuscritos de M. Martínez Gracida, quien vivió gran parte de los hechos y los relató muy minuciosamente. Se conservan inéditos en la Casa de la Cultura de la ciudad de Oaxaca en 100 tomos. Véase también a Manuel Esparza, **Mitla: lo que contarían sus paredes si pudieran hablar**, INAH, Centro Regional de Oaxaca, 1983.

Capítulo 7.

169. Neil Judd. **The Bureau of American Ethnology**, University of Oklahoma Press, 1967, Norman; Curtis Hinsley, **Savages and scientists: the Smithsonian Institution and the development of American anthropology**, Smithsonian Institution Press, Washington, 1981; Webster True, **The first hundred years of the Smithsonian Institution**, The Smithsonian Institution, Washington, 1946.

170. Enrique Juan Palacios, "Don Francisco del Paso y Troncoso: su magna labor de arqueología e historia del arte", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, pp. 581-588, México, 1922; Jesús Galindo y Villa, "Don Francisco del Paso y Troncoso: su vida y sus obras", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, pp. 305-331, México, 1916.

171. Francisco del Paso y Troncoso, "Ensayo sobre los símbolos cronográficos de los mexicanos", **Anales del Museo Nacional**, 1a. época, vol. II, pp. 323-402, México, 1882, op. cit.

172. El artista José María Velazco fue dibujante del Museo Nacional durante treinta años; este aspecto de su obra aún espera que sus biógrafos lo estudien detenidamente.

173. Jesús Galindo y Villa, "Las ruinas de Cempoala y del Templo del Tajín", **Anales del Museo Nacional**, vol. V, pp. XCVII-CLXI, México. 1912.

174. Junta Colombina de México, **Antigüedades Mexicanas**, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1892.

175. Estos ladrillos falsificados fueron denunciados por Leopoldo Batres en 1910.

176. Silvio Zavala, **Francisco del Paso y Troncoso y su misión en Europa (1892-1916)**, Biblioteca del Claustro de Sor Juana, México, 1980; hay una edición del Museo Nacional de 1938.

177. Jesús Galindo y Villa (1912), op. cit.

178. Jesús Galindo y Villa, **Breve noticia histórico-descriptiva del Museo Nacional de México**, Museo Nacional, México, 1901.

179. Luis Villorio. "Manuel Orozco y Berra", **Los grandes momentos del indigenismo en México**, pp. 149-168, Ediciones de la Casa Chata, México, 1979.

180. Leopoldo Batres, **Las ruinas de Palenque: informe rendido a la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública (1898)**, Tipografía Económica, México, 1909.

181. La carta de Izcabalceta a Troncoso dice "que le emita su opinión acerca del proyecto que (él) le informará; creo que ha de ser bueno ya que Batres dijo que era una barbaridad". Felipe Teixdor, **Cartas de Joaquín García Izcabalceta**, Editorial Porrúa, México, 1937, pág. 98.

182. Alejandro Gertz Manero (1976), op. cit.

183. Idem, pág. 61.

184. Idem, pág. 63. En Belice, la Legisla-

ción nació con la Ley de 1894, pero recientemente organizada por las Leyes de 1924 y 1929, ambas claramente colonialistas.

185. Eusebio Dávalos Hurtado, "Veinticinco años de vida en la ENAH", **Tlatoani**, vol. 16, pp. 5-12, México, 1962.

186. Leopoldo Batres, **Piedra del agua descifrada**, Monografías de Arqueología Mexicana, México, 1889.

187. Alfred P. Maudslay, **Archaeology**, Biología Centrali-Americana, 5 vols., Londres, 1889-1902; hay reedición facsimilar de 1974 con una biografía por Francis Robiscek. Wayne Clegern, **Maudslay's Central America: a strategic view in 1887**, Middle American Research Institute, New Orleans, 1962.

188. Alfred P. Maudslay (1889-1902), op. cit., vol. II, pág. 12.

189. Frans Termer, "La importancia de Eduard Seler como investigador y como impulsor de las ciencias americanistas", **El México Antiguo**, vol. VII, pp. 11-15, México, 1949; Alfonso Caso, "Importancia de Seler en las ciencias antropológicas", **El México Antiguo**, vol. VII, pp. 25-28, México, 1949; María de los Angeles Ojeda, **Indice de los trabajos sobre Mesoamérica de Eduard Seler**, Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia, México, 1987; Henry Nicholson, "Eduard G. Seler, 1849-1922", **Handbook of Middle American Indians**, vol. XIII, pp. 348-369, Austin, 1973.

190. Fue como respuesta a una ponencia de Batres en el Congreso realizado en Londres en 1912.

191. Antonio Batres Jáuregui, **Los indios, su historia y su civilización**, Guatemala, 1894.

192. Jesús Aguirre Cinta, **Lecciones de historia de Guatemala**, Tipografía Nacional, Guatemala, 1889.

193. Constantine Rikards, **The ruins of Mexico**, vol. I, H. E. Shrimpton, Londres, 1910.

194. Sobre Thomas Gann puede verse a Robert Brunhouse (1973), op. cit. y a Elizabeth Carmichael, **The British and the Maya**, The British Museum, Londres, 1973.

195. Sobre Maler pueden verse biografías en Brunhouse (1973), op. cit. y del mismo autor, **Pursuit of the ancient Maya: some archaeologists of yesterday**, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1975. Lo mismo en Echánove Trujillo (1975), op. cit.

196. Mathias Strecker y Karl von Fleming, **Photos and drawings by Teobert Maler**, Internationale Gesellschaft für Mesoamerikaforschung, cont. 1, Berlín, 1981.

197. Acerca de Maurice de Périgny, su obra y su bibliografía, véase Daniel Schávelzon, **Francia en la arqueología de México**, op. cit.

198. William Holmes, **Archaeological studies among the ancient cities of Mexico**, Field Columbian Museum, 2 vols., 1896/7, Chicago.

199. Alfred Tozzer, **A preliminary study of the ruins of Tikal**, Guatemala, Memoirs of the Peabody Museum, vol. 5, Nº 2, pp. 93-135, Cambridge, 1913.

200. Daniel Schálvezon (1988), op. cit.

201. Josefina García Quintana, **Cuauthémoc en el siglo XIX**, UNAM, México, 1977.

202. Daniel Cossío Villegas, **Historia moderna de México**, Editorial Hermes, México, 1973, vol. IV.

203. Dúdrica Tómac, "Apuntes sobre algunos problemas de la investigación del arte prehispánico en Mesoamérica", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, vol. 47, pp. 23-30, México, 1977.

204. Alfred P. Maudslay (1889-1902), op. cit., vol. II, pp. 1-43.

205. Leopoldo Batres, "Gran descubrimiento", **El siglo XIX**, 4 de enero de 1887, pág. 3, México.

206. Leopoldo Batres, "Monumentos arqueológicos", **El siglo XIX**, 2 de febrero de 1887, México.

207. Idem y "Descubrimientos arqueológicos", **El siglo XIX**, 6 de enero de 1887, pág. 3, México.

208. Idem.

209. Leopoldo Batres, **Reparación y consolidación del Edificio de las Columnas de Mitla**, Buznego y León, México, 1908; René Verneau, "Nouvelle découverte à Mitla: un domestique est chargé des fouilles", **L'Anthropologie**, vol. XXI, pág. 735, París, 1910.

210. Nicolás León, **Lyobaa o Mictlán: guía histórica y descriptiva**, La Europea, México, 1901.

211. Véase la sección respectiva en este mismo trabajo, en particular lo relacionado con Viollet-Le-Duc y Sir Arthur Evans.

212. Batres (1908), op. cit., pág. 8.

213. Un caso patético de daños producidos por el hierro dentro de la construcción es el del edificio de las Cariátides, en la Acrópolis de Atenas.

214. Batres (1908), op. cit., pp. 2-3.

215. Idem, pág. 4.

216. Idem, pág. 5.

217. Idem, pág. 6.

218. Las publicaciones que se hicieron después de estos trabajos de Copán son numerosas, ya que no sólo las publicaron los arqueólogos que excavaron el sitio, como por ejemplo M. Saville, G. B. Gordon, A. P. Maudslay y G. Owens, sino que también otros, como H. J. Spinden, basaron sus trabajos en lo descubierto allí. Recomendamos como textos básicos los trabajos de G. B. Gordon, **Prehistoric ruins of Copan, Honduras (1896), y The hieroglyphic stairway, ruins of Copan, report on explorations by the Museum (1902).** Asimismo, la monumental obra de Maudslay **Archaeology**, en cuatro tomos, que forma parte de la Biología Centrali-Americana (1899-1902), op. cit.

219. Estas críticas fueron realizadas en muchas oportunidades, pero se pueden ver claramente en Daniel Rubín de la Borbolla y Pedro Rivas, **Honduras: monumentos históricos y arqueológicos**, I.P.G.H., México, 1953.

220. Stephens y Catherwood (1841), op. cit., dedican gran parte de su obra a Copán.

221. De la Borbolla y Rivas (1953), op. cit.

222. Idem.

223. Las polémicas de Teobert Maler con el Peabody Museum han sido reseñadas en varias oportunidades. Para tener ambas posiciones, podemos ver, como defensor de Maler a Carlos Echánove Trujillo, **Dos héroes de la arqueología maya: Teobert Maler y el Conde Waldeck**, 1975, Universidad del Yucatán, Mérida. Para la posición opuesta, ver Robert Brunhouse, **Pursuit of the ancient Maya: some archaeologist of yesterday**, University of Oklahoma Press, Norman, 1975.

224. Sin lugar a dudas, la obra de Maudslay que cubre los finales del siglo XIX y los primeros años del XX, jugó un papel básico para la construcción científica de la arqueología moderna, tanto como metodólogo como por la extrema calidad de sus publicaciones y el rigor científico de sus excavaciones e interpretaciones.

225. Este problema es importante de destacar: por ejemplo Leopoldo Batres cometió errores notables en la restauración de Teotihuacan por desconocer esto.

226. Ver Maudslay (1889-1902), op. cit.

227. Ver George B. Gordon, **The hieroglyphic stairway, ruins of Copan, report on explorations by the Museum**, Peabody Museum, Cambridge, pág. 8, 1902.

228. Idem, pág. 9.

229. Un análisis detallado de su vida y obra

puede verse en Daniel Schávelzon, "Historia social de la restauración arquitectónica en México", **Vivienda**, vol. 6, Nº 5, 1981, México.

230. Idem, véase la bibliografía completa.

231. Este proyecto, redactado por Jesús Galindo y Villa, se analiza más adelante.

232. Ese museo fue desmantelado hacia 1930 después que se le cayó el techo; actualmente existe otro, donación de Carlos Pellicer, en trágico estado de conservación y lleno de piezas falsas. Miguel Salinas, **The ridge of Tepoztlan**, Editorial Cultura, México, 1936.

233. Este monumento puede apreciarse en el libro **La polémica del arte nacional en México**, Daniel Schávelzon (compilador), (1988), Fondo de Cultura Económica, México. También en Israel Katzman, **La arquitectura contemporánea mexicana**, INAH, 1964, México. El proyecto original está publicado en **El arte y la ciencia** de 1899 (artículo firmado bajo el seudónimo de Tepoztecaconetzin Calquetzani) y más tarde reproducido por Manuel F. Alvarez, **Mitla y la arquitectura nacional**, México, 1900. También se lo describe en "Noticias", **Boletín del Museo Nacional**, vol. 1, Nº 6, México, 1911.

234. Un panorama general de estas obras y su impacto social puede leerse en los libros de Oscar Lewis, **Life in a village: Tepoztlan restudied**, University of Illinois Press, Urbana, 1951; y **Tepoztlan, village in Mexico**, México, 1960. Hay una versión en español, **Tepoztlan, un pueblo de México**, Editorial Moritz, México, 1976, que incluye otros documentos y polémicas importantes.

235. Idem.

236. Francisco Rodriguez, "Descripción de la pirámide llamada Casa del Tepozteco...", **Actas del XI Congreso Internacional de Americanistas**, pp. 232-237, México, 1895.

237. Marshall Saville, "The Temple of Teoztlan, México", **Bulletin of the American Museum of Natural History**, vol. VIII, pp. 221-226, 1986; Eduard Seler, "Die Tempelpyramide von Tepoztlan", **Globus**, LXXIII, Nº 8, pp. 123-129, y luego en sus **Obras Completas**, vol. III, pp. 200-214, Berlin, 1904, y reeditadas en 1960 en Graz. Hay una traducción al inglés editada por el Bureau of American Ethnology, **Bulletin** 28, pp. 339-352, 1904. Otro trabajo donde analiza los dioses del pulque es "Die Wandskulpturen in Tempel des Pulguesgottes von Tepoztlan", publicado originalmente en el **XV Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 351-379, Quebec, 1906, y también incluido en el vol. III de sus **Obras Completas**, pp. 487-513, Berlin, 1908 y Graz, 1960.

238. Leopoldo Batres, **Exploraciones arqueológicas en la calle de las Escalerillas**, 1902. Hay una edición en español y otra en inglés (1900). También fue reproducido por Eduardo Matos (coordinador), **Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México**, INAH, México, 1979. Las citas corresponden a esa edición, pág. 61.

239. Idem, pág. 62.

240. Idem, pág. 61.

241. Arthur Miller, **The mural paintings of Teotihuacan**, Dumbarton Oaks, Washington, 1973.

242. Leopoldo Batres, "Memoria en extracto de las exploraciones llevadas a cabo por mandato oficial en las ruinas de Teotihuacan durante los años de 1905 a 1911", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 5a época, vol. IX, pp. 253-261, México, 1919; la cita es de la pág. 253.

243. Leopoldo Batres, "Exploraciones y consolidación de los monumentos arqueológicos de Teotihuacan", México, 1910; hay también otra edición en el **XVIII International Congress of Americanists**, pp. 188-193, Londres, 1912; la cita es de las pp. 188-189.

244. La delimitación de la zona fue una de las medidas más importantes, ya que salvó la zona central desde una época temprana impidiendo mayores destrucciones.

245. Hemos incluido en páginas anteriores las quejas de Justo Sierra por la falta de presupuesto para Teotihuacan. Este fue de casi un millón y medio de pesos, una verdadera fortuna para la época.

246. Batres (1919), op. cit., pág. 258.

247. Idem, pág. 258.

248. Daniel Schávelzon, "Salvemos al viejo Museo de Teotihuacan", **Sábado**, Nº 267, pág. 10, México, 1982.

249. Hay referencias en todas las publicaciones de Batres sobre este asunto; la cita es de Batres (1912), op. cit., pág. 189.

250. Idem.

251. Véase el respectivo capítulo sobre Copán.

252. Batres (1912), op. cit., pp. 188 y 190.

253. Idem.

254. Idem.

255. Batres (1908), op. cit., pág. 13.

256. Batres (1912), op. cit., pág. 192.

257. Porfirio Díaz, **Discurso al Congreso de la Unión**, 1º de abril de 1906, México.

258. Manuel Gamio, coordinador (1922), op. cit., pueden verse fotografías de las excavaciones de Batres y las pequeñas ampliaciones y modificaciones que se le hicieron posteriormente.

259. Véase el caso de Cuicuilco como un ejemplo de esto.

260. Batres (1912), op. cit., pág. 193.

261. El caso de la reconstrucción en concreto del Palacio de Cnossos y de sus murales repintados por un artista francés es ya muy conocido. Pero recordemos que aún en 1958 Alfonso Caso lo citaba como un buen ejemplo de restauración, ya que gracias a ser de concreto se habían salvado de los terremotos.

262. Arthur Miller (1973), op. cit.

263. Batres (1919), op. cit., pág. 261.

264. Una narración de estos trabajos la publicó Leopoldo Batres, **Exploraciones de Monte Albán**, Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, 1902, México.

265. William Holmes (1896/7), op. cit.

266. "Las ruinas de Xochicalco", **Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 406-410, México, 1910; también publicado en los **Anales del Museo Nacional**, 2a época, vol. II, pp. 91-102, México, 1910.

267. Una historia de los viajeros de Xochicalco puede verse en Jaime Litvak, "Investigaciones en el Valle de Xochicalco", **Anales de Antropología**, vol. VIII, pp. 101-124, UNAM, México, 1971.

268. Batres (1902), op. cit., pág. 406.

269. Idem, pp. 407-408.

270. Idem, pág. 408.

271. Eduardo Noguera, "Xochicalco", **Guía para visitar las principales ruinas del Estado de Morelos**, SEP, México, 1929, pág. 43.

Capítulo 8.

272. Daniel Schávelzon (1981), op. cit.

273. Brantz Mayer (1955), op. cit.

274. John Glass, "A catalogue of falsified Middle American pictorial manuscripts", **Handbook of Middle American Indians**, vol. 14, pp. 107-139, Austin, 1966.

275. Leopoldo Batres, **Antigüedades mexicanas falsificadas: falsificadores y falsificación**, Imprenta de F. Soria, 1910, México.

276. John Glass (1966), op. cit.

277. William Holmes, "A trade in spurious Mexican Antiquities", **Science**, vol. 7, pp. 170-172, Washington, 1886, y "On some spurious Mexican antiquities and their relation to an ancient art", **Annual Report**, Smithsonian Institution, Washington, 1889.

278. Eugène Boban, **Documents pour servir à l'histoire du Mexique**, 2 vols. y atlas, Paris, 1891.

279. Felipe Teixidor, **Cartas de Joaquín García Izcabalceta**, Editorial Porrúa, México, 1937.

280. Idem, pp. 113-114.

281. John L. Stephens (1841), op. cit.

282. Samuel Lothrop, "Sculptured fragments from Palenque", **Journal of the Royal Anthropological Institution**, vol. LIX, pp. 53-63, Londres, 1962.

283. Frans Blom y Oliver La Farge, **Tribes and Temples**, Tulane University, New Orleans, 2 vols., 1926/7.

284. Ian Graham, **Corpus of Maya hieroglyphic inscriptions**, vol. 2, parte 2a, Peabody Museum, Cambridge, 1978.

285. Jesús Galindo y Villa, "Algo sobre los zapotecas y los edificios de Mitla", **Anales del Museo Nacional**, 2a. época, tomo II, pp. 226-227, México, 1907.

286. Carlos Navarrete, **Las esculturas de Chaculá**, UNAM, México, 1979.

287. Eduard Seler, "La fachada de estuco de Acanceh", **Anales del Museo Nacional**, tomo V, pp. 367-376, México, 1927.

288. Nunca fue posible llevar un recuento de todos los objetos descubiertos en el cenote. Han habido varios intentos, pero quedaron siempre a mitad de camino por diversos problemas: puede verse a Alfred Tozzer, **Chichen Itza and its Cenote of Sacrifice**, Peabody Museum of Harvard, Cambrige, 1957, 2 vols., también a T. A. Willard, **The city of the Sacred Well**, Nueva York, 1926, y William Folan, **El cenote sagrado de Chichén Itzá**, INAH, México, 1968.

289. Carlos Echánove Trujillo (1974), op. cit.

290. Aún sigue funcionando como hotel, pero ahora es de una trasnacional de hotelería.

291. T. A. Willard (1926), op. cit.

292. Daniel Schávelzon (comp.) (1988), op. cit.

293. Ramón Almaraz (1865), op. cit.

294. Idem.

295. Brantz Mayer (1955), op. cit.

296. Stephens (1841), op. cit., pág. 426.

297. Idem, pág. 427.

298. J. Eric Thompson, **Arqueología maya**, pág. 222, Diana, México, 1965.

299. Juan B. Iguíniz, "El éxodo de documentos y libros mexicanos al extranjero", **Memorias de la Academia Mexicana de la Historia**, vol. XII, Nº 3, México, 1953.

300. Ricardo Catañeda Paganini, **Tikal**, Editorial Cultural Centroamericana, Guatemala, 1975, pág. 32.

301. Bartolomé Ballesteros, "Las ruinas de La Quemada", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, vol. IV, pp. 233-234, México, 1872, op. cit.

302. Stephens (1841), op. cit.

303. Echánove Trujillo (1975), pp. 120-121, op. cit.

304. Guillermo Dupaix, **Atlas de las antigüedades mexicanas**, Ediciones San Angel, México, 1976.

305. Echánove Trujillo (1975), op. cit.

306. Charles Rau, "Tablero de Palenque en el Museo Nacional de los Estados Unidos" **Anales del Museo Nacional**, tomo II, Nº 1, pp. 129-188, México, 1882.

307. Leopoldo Batres (1909), op. cit.

Capítulo 9.

308. Una consideración sobre estos libros puede verse en Ignacio Bernal (1979), op. cit. y en Gordon Willey, "Spinden's Archaic Hypothesis", **Antiquity of Man: essays in honour of Glyn Daniel**, pp. 35-42, Londres, 1981, quien destaca la importancia que el trabajo de Spinden tuvo para la arqueología americana.

309. Fernando Solana y otros, **Historia de la educación pública en México**, SEP-Fondo de Cultura Económica, México, 1981. Edgar Llinás, **Educación, revolución y mexicanidad: la búsqueda de la identidad nacional en el pensamiento educativo mexicano**, UNAM, 1978. Teresa Carbó, "El nacimiento de una secretaría: documentos sobre la creación de la SEP", **Cuadernos de la Casa Chata**, Nº 46, CIESAS, México, 1981.

310. El papel jugado por José Reygadas Vértiz en la arqueología mexicana ha sido tradicionalmente pasado por alto, en especial por habérsele adjudicado a Gamio, su superior, las obras que él realizó. No sólo heredó su puesto sino que también fue director de la Dirección de Arqueología por muchos años.

311. La bibliografía sobre Manuel Gamio es realmente extensa. Pueden verse los siguientes trabajos: Manuel Villa Aguilera, "La obra de Manuel Gamio en la historia de la investigación social en México", **La investigación social de campo en México**, pp. 189-216, UNAM, 1976; Juan Comas, "La vida y la obra de Manuel Gamio", **Homenaje al Dr. Manuel Gamio**, pp. 1-26, UNAM, México, 1956; Ignacio Marquina, "La Dirección de Antropología", **Homenaje al Dr. Manuel Gamio**, pp. 39-45, UNAM, México, 1956; Lucio Mendieta y Núñez, "El Dr. Manuel Gamio y su magisterio excepcional", **Revista Mexicana de Sociología**, vol. XXIII, Nº 1, México; Julio de la Fuente, "Manuel Gamio", **Acción Indigenista**, Nº 86, México, 1958; Angel María Garibay, "La obra de Gamio en Teotihuacan", **América Indígena**, vol. 4 pp. 279-287, México, 1960; Miguel León Portilla, "El pensamiento sociológico de Manuel Gamio", **Revista Mexicana de Sociología**, vol. XXIII, Nº 1, pp. 33-45, México, 1961; Gonzalo Rubio Orbe, "La desaparición del Dr. Manuel Gamio", **América Indígena**, vol. XXXI, Nº 4, pp. 811-824, México, 1971, y Eduardo Matos, **Arqueología e Indigenismo**, Sepsetentas, México, 1972.

312. Esta revista continúa publicándose como **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**.

313. Francisco Paoli y Enrique Montalvo, **El socialismo olvidado del Yucatán**, Siglo XXI, México, 1977; Acrelio Carrillo Puerto, **Felipe Carrillo Puerto redentor de los mayas**, edición del autor, Mérida, 1972, y **Lo que no se olvida**, Casa Arjonilla, Mérida, 1964; Alvaro Gamboa Ricalde, **Yucatán desde 1910**, 3 vols., México, 1955.

314. Paoli y Montalvo (1977), op. cit., pág. 91.

315. Idem, pp. 222-223.

316. Antonio y Carlos Villacorta, **Arqueología guatemalteca**, Tipografía Nacional, Guatemala, 1927.

317. J. O. Kilmartin y J, P, O'Neil, **Map of the ruins of Chichen Itza**, Carnegie Institution, Washington, 1934.

318. "Acuerdo presidencial previniendo (...) la zona arqueológica descubierta en terrenos de la hacienda Ahuatepec...", **Diario Oficial**, tomo XXI, Nº 35, México, 1922 (también **Boletín del Museo Nacional**, tomo I, 4a. época, pág. 60, 1922).

319. La bibliografía sobre Franz Boas es enorme sobre su obra en general, pero casi nula sobre México. Ezequiel Chávez, "El Dr. Franz Boas: su vida y su obra". **Tres conferencias: tres profesores ilustres de la Universidad Nacional de México**, UNAM, pp. 51-78, México, 1937 y Gonzalo Aguirre Beltrán, "Franz Boas, la antropología profesional y la lingüística antropológica en México", **Anales de Antropología**, vol. XIX, tomo 2, pp. 9-32, México, 1982.

320. Manuel Gamio, "Arqueología de Azcapotzalco, D.F., México" (1909), **Arqueología e Indigenismo**, pp. 54-69, Sepsetentas, México, 1972. En esa exploración se hizo sistemático el uso de la estratigrafía en México, pero no fue el **primero**, como tradicionalmente se ha repetido.

321. William Holmes, "Evidences of the antiquity of man on the site of the city of Mexico", **Transactions of the Anthropological Society of Washington**, vol. III, pp. 68-81, Washington, 1885.

322. Excavaciones con observaciones de tipo estratigráfico hubo varias en el siglo pasado; por ejemplo Ramón Almaráz en Teotihuacan y Auguste Le Plongeon en Chichén Itzá.

323. Ver D. Schávelzon, "Origins of archaelogical..." (1987), op. cit.

324. Federico Gómez de Orozco, **Doña Zelia Nutall, nota bio-bibliográfica**, Publicación del Museo Nacional, México, 1933.

325. Fue pionero de la hotelería de México, sobre todo durante el período porfirista y la Revolución, habiendo servido indistintamente a ambos gobiernos.

326. Arturo Pani, **Alberto J, Pani: ensayo biográfico**, edición del autor, Aguascalientes, 1979, y Armando Herrerías, **Una visión al futuro turístico y otros ensayos**, edición del autor, México, 1969.

327. Romero (1969), op. cit., pág. 14.

328. Idem, pág. 16.

329. Idem, pp. 16-17.

330. Ver nota 326.

331. Esta historia fue narrada por varios autores, entre ellos los citados en la nota 326. En su momento dicen que la corrupción consiguió acallar la información, aunque no así las quejas oficiales norteamericanas.

332. Carlos Obregón Santacilia, **Historia folletinesca del Hotel del Prado**, edición del autor, México, 1951. Alberto J. Pani, escribió más de quince libros; sobre nuestro tema pueden verse **Apuntes biográficos**, 2 vols., Editorial Stylo, México, 1945 y **La política hacendaria y la revolución**, Ediciones Cultura, México, 1926.

333. Miguel Othón de Mendizábal, "Turismo y Miseria", **Obras completas**, vol. IV, pp. 182-184, México, 1947.

334. Idem, pp. 183-184.

335. Robert Brunhouse, **Sylvanus Morley y el mundo de los mayas**, University of Oklahoma Press, Normann, 1973, op. cit.

336. Marta Strauss Neuman, **El reconocimiento de Alvaro Obregón: opinión americana y propaganda mexicana (1921-3)**, UNAM, México, 1983.

337. Daniel Schávelzon (1981), op. cit.

338. Desconozco fotografías de detalle de este trabajo. Las observaciones están hechas en base al material que he podido encontrar y las fotos publicadas, aunque por la dimensión del edificio siempre se las tomó desde lejos. La reconstrucción del tablero superior hizo que Ignacio Marquina, en su obra **Arquitectura prehispánica**, realizara una reconstrucción errónea de esta estructura adosada.

339. Que sepamos, nadie que haya tratado esta difícil época de la arqueología le ha dedicado ni un sólo renglón a este pionero.

340. Jesús Galindo y Villa, "La conservación de nuestros monumentos arqueológicos", **Boletín del Museo Nacional**, tomo I, pp. 62-65, México, 1912; también en **Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate**, vol. 30, pp. 481-485, México, 1910.

341. Idem, pág. 62.

342. Idem, pág. 63.

343. Frans Blom y Oliver La Farge (1926/7), op. cit.

344. Galindo y Villa (1912), op. cit., pág. 63

345. Idem, pág. 64.

346. Una buena y relativamente completa historia de la vida de Morley, aunque exageradamente parcial, es la de Robert Brunhouse (1974).

347. Sylvanus Morley, **Guía de las ruinas de Quiriguá**, Carnegie Institution de Washington, 1936. Existe una edición previa en inglés. Otra bibliografía del sitio realizada por Edgar Hewett es "Two season's work in Guatemala", **Bulletin of the Archaeological Institute of America**, vol. II, Nº 3, pp. 117-134, 1911; "The third season's work in Guatemala", **Idem**, vol. III, pp. 163-171, 1912; "The excavation of Quirigua by the School of American Archaeology", **XVIII International Congress of Americanists**, pp. 241-248, Londres, 1913; "Latest work of the School of American Archaeology at Quirigua", **Holmes Anniversary Volume**, pp. 157-162, Washington, 1916. De Sylvanus Morley existen también algunas publicaciones, además de la Guía ya citada, tales como: "Excavations at Quirigua, Guatemala", **National Geographic Magazine**, vol. XXIV, Nº 3, pp. 339-361, 1913, y algunos trabajos más cortos que pueden verse citados en la bibliografía de la Guía. Recomendamos asimismo el artículo de Marshal Saville, "Bibliographic notes on Quirigua, Guatemala", **Indian Notes and Monographs**, vol. VI, Nº 1, Nueva York, 1919.

348. Poco después de estos trabajos Morley publicó su obra **The inscriptions of Copan** (1920), op. cit.

349. Neil Judd, "The use of glue molds in reproducing aboriginal monuments at Quirigua, Guatemala", **American Anthropology**, vol. 17, Nº 1, pp. 128-138, 1915.

350. Daniel Schávelzon, "Arqueología y política en Centroamérica: las excavaciones en Zaculeu y su contexto histórico", **Mesoamérica**, vol. 16, South Woodstock, 1988.

351. El tema de la protección de sitios por el Estado y por empresas privadas es una historia que aún espera ser historiada.

352. No ha habido un libro o informe final, lo que es de lamentar, y tampoco se lo encuentra en el Archivo del INAH. Como artículos o referencias publicadas, podemos ver a Manuel Gamio, "Los vestigios prehispánicos de la 2a. calle de Santa Teresa", **Boletín de Educación**, Vol. I, Nº 1, México, 1914. Este trabajo fue reproducido por Eduardo Matos en **Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México**, pp. 141-143, INAH, México, 1979. La numeración de las presentes notas está acorde con esa última publicación. Y también el "Apéndice" al artículo de Roque Cevallos Novelo, **El Templo Mayor de México-Tenochtitlan**, incluido en la antología ya citada de Eduardo Matos.

353. Gamio (1914), op. cit., pág. 142.

354. Una costumbre bastante difundida a lo largo del último medio siglo, fue la de tratar de disimular las obras de apoyo o las estructuras de concreto en los sitios arqueológicos. Siempre hemos creído que no hay nada mejor que la sinceridad en las intervenciones.

355. La problemática de la reconstrucción es analizada en los capítulos siguientes.

356. Véanse varios de estos trabajos en el libro de Matos (1979), op. cit.

357. Manuel Gamio, **Metodología sobre investigación, exploración y conservación de monumentos arqueológicos**, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México, 1914.

358. Esta carta arqueológica fue uno de los grandes intentos frustrados de la antropología nacional desde Batres en adelante; pese a su importancia, nunca pudo realizarse a escala de las esperanzas de Gamio.

359. Gamio. (1914), op. cit., pág. 14.

360. Idem, pág. 19.

361. Idem, pág. 30-31.

362. Idem, pág. 49.

363. Idem, pág. 51.

364. Eduard Seler (1927), op. cit.

365. Incluida en **La defensa jurídica y social del patrimonio cultural**, Alejandro Gertz Manero (1976), op. cit.

366. Idem, pág. 65.

367. Idem.

368. Idem.

369. Idem, pág. 75.

370. Manuel Gamio (editor), **La población del Valle de Teotihuacan**, 3 vols., Secretaría de Agricultura, México, 1922. También Augusto Molina, **La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos**, INAH, México, 1975. Enrique Juan Palacios y Miguel Othón de Mendizábal, **El templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan**, Museo Nacional de Arqueología, México, 1921; Pedro Dozal, "Descubrimientos arqueológicos en el templo de Quetzalcóatl", **Anales del Museo Nacional**, época IV, vol. III, pp. 216-219, México, 1925.

371. Daniel Schávelzon, "La primera excavación arqueológica en América Latina: Teotihuacan en 1675", **Anales de Antropología**, vol. XX, tomo 1, pp. 21-34, México, 1984.

372. Manuel Gamio (1922), op. cit., pág. LXVIII.

373. Augusto Molina, **La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos**, INAH, México, 1975.

374. Manuel Gamio (1922), op. cit., pág. LXVII.

375. Jorge Angulo, "Teopanzolco y Cuauhnáhuac, Morelos", **Los señoríos y los estados militaristas**, pp. 183-213, INAH, México, 1976. En este trabajo el autor reseña sus propias excavaciones y restauraciones durante 1963 y luego en 1968/9.

376. Idem.

377. Manuel Gamio, "Vestigios del Templo Mayor descubiertos recientemente: el Coateocalli", **Ethnos**, vol. I, Nos. 8-12, pág. 205, México, 1922.

378. Agustín García Vega, "Mitla", **Estado actual de los edificios arqueológicos de México**, Dirección de Arqueología, pp. 133-159, México, 1928.

379. No se conoce con exactitud la totalidad de las intervenciones realizadas en este sitio pero sí tenemos información sobre las más importantes, que se analizan en detalle más adelante.

380. Manuel F. Alvarez, **Las ruinas de Mitla y la arquitectura nacional**, Talleres Tipográficos de la Escuela de Artes y Oficios, México, 1900. En este libro excepcional podemos ver una historiografía completa sobre Mitla con anterioridad a 1899.

381. García Vega (1928), op. cit.

382. Las pinturas de Mitla tienen una larga historia: analizadas por primera vez por Eduard Seler (1904), fueron revisadas y completadas más tarde por Alfonso Caso (1922) quien observó una que Seler no había incluido en su obra. Personalmente pude ver que varias de ellas subsistían aún en 1975, cuando procedí a fotografiarlas. Una nueva visita realizada en 1982 demostró que prácticamente nada queda ya de ellas.

383. García Vega (1928), op. cit.

384. Idem.

385. Este proyecto de ley fue publicado en **Ethnos**, vol. I, Nº 2, pp. 30-48, México, 1923.

386. Idem, pág. 31.

387. Idem, pág. 33.

388. Idem, pág. 31.

389. Idem, pp. 38-39.

390. Este proyecto de ley no se halla incluido en ninguno de los libros que estudian la legislación o la historia de ésta en México.

391. Idem, pp. 42-43.

392. Sobre la vida de Blom podemos ver el libro de Robert Brunhouse, **Frans Blom: Maya explorer**, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1976. Una versión resumida por el mismo autor, en el libro **Pursuit of the ancient Maya**, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1975, pp. 168-214. Algunos datos interesantes se incluyeron en otro libro del mismo autor titulado **Sylvanus Morley y el mundo de los antiguos mayas**, Editores Asociados, México, 1973. Como análisis de una época de su vida puede verse a Daniel Schávelzon, "Frans Blom: crónica de su expedición a México y Guatemala en 1925", **Anales de Antropo-logía**, vol. XIX, pp. 163-183, México, 1982, y Carlos Navarrete, "Encuentro con Frans Blom en el rincón de una vieja biblioteca', **Cuicuilco**, Nº 6, pp. 10-16, México, 1981.

393. La relación de Blom con Gamio y otros personajes de la época está narrada en Brunhouse (1973). La bibliografía de Blom de esa época está reunida en Brunhouse (1976); cabe destacar su primer artículo "Las ruinas del Tortuguero", **Ethnos**, vol. 1, Nº 1, pp. 77-78, México, 1923.

394. El informe citado fue parcialmente incluido en el libro de Frans Blom y Oliver La Farge **Tribes and Temples**, Middle American Research Institute, Tulane University, Nueva Orleáns, 1926/7, 2 vols. Luego fue analizado por Augusto Molina en su artículo "Palenque: the archaeological city today", **III Mesa Redonda de Palenque**, vol. I, Pre-Columbian Art Research Center, Palenque, 1978. Finalmente la edición completa, aunque con notables errores de ortografía, traducción y dibujo —tantos que llegan a desvirtuar la obra de Blom— fue realizada bajo el título de **Las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto**, INAH, 1982.

395. Los trabajos de Uaxactún de Blom están relatados en los libros de Brunhouse ya citados (1972, 1975 y 1976) y en el trabajo de A. Ledyard Smith, **Uaxactún: a pioneering excavation in Guatemala**, Addison-Wesley Module in Anthropology, Nº 40, 1973. El descubrimiento del Grupo E como un observatorio gigante fue un gran acierto de Blom. También abrió las puertas a que se hayan identificado más de treinta conjuntos similares. Al respecto véase el trabajo de Blom "Report on preliminary work at Uaxactún, Guatemala", **Carnegie Institution Year Book**, Nº 23, pp. 217, 219, Washington, 1924. Un artículo más completo es el de Karl Ruppert, "A special assemblage of Maya structures", **The Maya and their Neighbors**, pp. 222-231, Appleton-Century Co., Nueva York, 1940.

396. Schávelzon (1982), op. cit.

397. Blom y La Farge (1926/7), op. cit.

398. En el libro citado sólo se narra el descubrimiento y casi no hay referencias al trabajo concreto de restauración. Incluso dejaron encargado a los habitantes del lugar la tarea —básica sin duda— de ponerle un techo a la tumba, pero sin que ellos hayan visto que se lo hiciera. Ignacio Marquina (1928 y 1951) únicamente repite la información de **Tribes and Temples**, aunque resumida. Sylvanus Morley en **La civilización maya**, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, incluyó una comparación (lám. 78a y b). George Andrews (1975) nos

muestra una foto del terrible estado actual de la tumba: el estuco continuó destruyéndose, quedando únicamente el cemento. Algún arqueólogo, desconociendo esta historia, puede proceder a restaurar lo que queda, sin darse cuenta que no es original sino que ya había sido rehecho.

399. Blom y La Farge (1926/7), op. cit.

400. La historia de la destrucción y posterior reconstrucción de este edificio puede verse en el capítulo correspondiente de este libro.

401. Búsquense referencias en el capítulo respectivo.

402. Schávelzon (1986), "Miguel Angel Fernández...", op. cit.

403. Hugo Moedano Koerdell, "Miguel Angel Fernández", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. VIII, México, 1946.

404. Miguel Angel Fernández, "El Templo de los Tigres", **Ethnos**, 3a. época, Nos. 1-2, pp. 35-42, México, 1925, y también "El Juego de Pelota de Chichén Itzá, Yucatán", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, tomo III, pp. 363-372, México, 1925.

405. Fernández (1925), "El Juego de ...", pág. 372, op. cit.

406. Tenayuca: estudio arquitectónico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública, SEP, México 1935. En este libro se incluyen artículos de varios autores. Para este capítulo nos fue de particular interés el de José Reygadas Vértiz "Exploración de la pirámide", pp. 63-75, y del mismo autor "Introducción", pp. IX-XIII. Otra bibliografía utilizada es la de Ignacio Marquina, **Arquitectura prehispánica**, INAH, 1951, pp. 164-190, en el que reproduce el texto de su artículo del primer libro citado, y del mismo Reygadas Vértiz, "Tenayuca: estado actual de los principales edificios arqueológicos de México", **XXIII International Congress of Americanists**, pp. 172-180, Nueva York, 1928, en el que presenta un informe preliminar, ya que los trabajos aún no se habían concluido en esa fecha.

407. La antología de artículos que fueron incluidos en la obra Tenayuca, es una buena muestra del trabajo de equipos de los discípulos de Manuel Gamio, como lo eran Caso, Marquina, Palacios, Reygadas y tantos otros. La cita corresponde a la "Introducción", pág. X.

408. José Reygadas Vértiz, op. cit, pág. 71.

409. Idem.

410. Idem, pág. 78.

411. Este detalle es importante ya que implica una posición teórica que luego se perdió. Se consideró que era suficiente reconstruir en el papel la forma que el edificio debió haber tenido, y no en la propia construcción. Lamentablemente esta idea se perdió pocos años después, y hasta el propio Marquina rehizo la parte superior del edificio en 1963, contradiciendo lo que él mismo había dicho treinta años antes.

412. Daniel Schávelzon, **La pirámide de Cuicuilco: álbum fotográfico (1922-1980)**, Fondo de Cultura Económica, 1983. Sobre Cuicuilco pueden verse los siguientes trabajos de Byron Cummings: en **Ethnos**, vol. II, Nº 1, pp. 90-94, bajo el título de "Cuicuilco", 1923; en la revista **Art and Archaeology**, vol. XVI, pp. 51-58 el título era "Cuicuilco, the oldest temple discovered in North America". El artículo más detallado fue incluido en el **National Geographic Magazine** con el larguísimo título de "Ruins of Cuicuilco may revolutionize our history of Ancient America: lofty mound sealed and preserved by great lava flow for perhaps seventy centuries is now being excavated in Mexico", Nº XLIV, pp. 203-220. En 1926 se editó un artículo en el **Scientific Monthly** de octubre, titulado "Cuicuilco and the Archaic cultures of Mexico". En 1933 vio la luz el libro que publicó la Universidad de Arizona titulado "Cuicuilco and Archaic cultures in Mexico", **Social Science Bulletin**, vol. IV, que fue lo más completo que se llegó a realizar.

413. Emil Haury colaboró estrechamente con Cummings durante la segunda etapa de trabajos (Haury, 1975).

414. Ignacio Marquina, **Arquitectura prehispánica**, INAH, 1951.

415. Ignacio Marquina, **Estudio comparativo de los monumentos arquitectónicos de México**, SEP, México, 1928.

416. En varias oportunidades es notable una diferencia de criterio entre los autores ya citados, ya que en 1925 Cummings tenía 66 años y Haury 23. El mismo lo destaca en sus escritos.

417. Emil Haury (1975), op. cit.

418. El concepto de anastilosis en la restauración es bastante reciente. Al respecto puede verse el libro de Augusto Molina, **La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos**, INAH, 1975.

419. En Cuicuilco han trabajado una enorme cantidad de arqueólogos, y salvo Noguera (1939) ninguno ha publicado nada sobre ello. En el libro citado en la nota 412 hemos identificado algunas de las intervenciones, pero es actualmente imposible saber con exactitud qué hizo cada uno de ellos, ya que algunos excavaron y reconstruyeron partes originales y partes que ya habían sido intervenidas por otros. La reconstrucción del altar central a cargo de Eduardo Noguera en 1939 es bastante polémica, ya que modificó el altar superior, el que según las fotos de Cummings tenía forma de herradura. Fue completado hasta quedar con forma ovalada y con la parte superior toda de la misma altura. Compárense las ilustraciones de antes y después de Eduardo Noguera, "Excavaciones en Cuicuilco", **XXVIII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 210-221, México, 1939.

420. La pirámide y su entorno no han tenido mantenimiento de ninguna índole, a excepción de alguna limpieza de vegetación en ciertos sectores, y el recambio de los techos protectores cuando los viejos ya estaban casi desaparecidos. En 1981 se realizaron algunas obras que modificaron la parte superior, no sólo creando circulaciones absurdas me-diante túneles, sino también destruyendo del todo la ya casi destruida restauración de Cummings, la que no sólo era un excelente ejemplo de exposición del edificio (si hubie-ra estado bien cuidado, por supuesto), sino que era ya parte de la historia de la arqueo-logía mexicana.

421. José Reygadas Vértiz, "Teotihuacan", **Estado actual de los monumentos arqueológicos de México**, pp. 63-73, SEP, México, 1928. También en "Nota preliminar sobre las actuales excavaciones en Teotihuacan", **Revista Mexicana de Estudios Históricos**, Nº II, pp. 183-189, México, 1928 (el artículo lleva fecha de 1929). Otro artículo interesante del mismo autor fue "Informe de labores desarrolladas por la Dirección de Arqueología durante el mes de septiembre", **Boletín de la SEP**, vol. XXII, Nº 15, pp. 111-115, México, 1929.

422. Reygadas Vértiz (1928), pág. 66.

423. Idem, pág. 65.

424. Idem, pág. 65.

425. En el Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH se encuentran los siguientes informes sobre el tema: Martín Bazán, informes 668/11 del tomo LXXXV y 678/5 del tomo LXXXVI. Sobre Mitla en 1929 del mismo autor, puede verse el informe 672/15 del tomo LXXXV. Agustín García Cueva, "Monte Albán", y Martín Bazán, "Ruinas de Quiotepec y Zaachila", ambos en **Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México**, SEP, México, 1928. Constantine Rikards, "The ruins of Quiotepec, district of Cuicatlán, State of Oaxaca, Mexico", **XXII Congreso Internacional de Americanistas**, pp. 625-631, Roma, 1926.

426. García Cueva (1928), op. cit., pág. 119.

427. Idem.

428. Agustín García Vega y Eduardo Noguera, "Las ruinas de Tizatlán, Tlaxcala", **Publicaciones de la SEP**, tomo XX, Nº 20,

México, 1929. Alfonso Caso, "Las ruinas de Tizatlán, Tlaxcala", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, Nº 1, pp. 139-172, 1927, México. Agustín García Vega, "Tizatlán", **Estado actual de los principales monumentos arqueológicos**, pp. 81-87, Dirección de Arqueología, México, 1928.

429. Existen informes presentados al INAH en su Archivo Técnico de E. Noguera y J.C. Fuentes (tomo CXVI, 1927/8, Nos. 871-876 y 872-877).

430. Agustín García Vega (1929), op. cit., pág. 22.

431. José Reygadas Vértiz, "Uxmal", **Estado actual de los principales monumentos arqueológicos de México**, SEP, México, 1928, pp. 223-235. La cita es de la pág. 223.

432. Idem, pág. 224.

Capítulo 10.

433. Este plano, ampliamente divulgado, tuvo dos ediciones, una preliminar que cubría una zona reducida, y otra posterior más amplia. Este último plano fue utilizado por el gobierno de México para deslindar la zona arqueológica. Nunca ha sido actualizado de manera que no incluye los descubrimientos realizados después de 1924.

434. Sylvanus Morley, "Chichen Itza, an ancient American Mecca", **National Geographic Magazine**, 1925, pp. 63-96, Washington.

435. Earl Morris, Jean Charlot, Ann Morris, **The Temple of the Warriors, Chichen Itza, Yucatan**, Carnegie Institution, 2 vols., Washington, 1935. Un resumen de Earl Morris puede verse en "Report on excavations and repair of the Temple of the Warriors", **Year Book**, vol. 27, pp. 293-297, Carnegie Institution, Washington, 1928.

436. Con intenciones de divulgación, Earl Morris publicó un libro, **The Temple of the Warriors, Chichen Itza, Yucatan**, Scribners and Sons, Nueva York, 1931; su esposa Ann publicó una novela sobre su estadía en Yucatán: **Digging in Yucatan**. Véase a Pablo Martínez del Río, "El Instituto Carnegie y el Templo de los Guerreros", **Universidad de México**, tomo II, Nº 10, pp. 326-332, México, 1931.

437. Earl Morris (1935), vol. I, pág. 199, op. cit.

438. Karl Ruppert, **The Caracol at Chichen Itza, Yucatan, Mexico**, Carnegie Institution, Washington, 1935. Otros escritos del autor sobre este edificio fueron "The Caracol", **Year Book**, Nº XXVI, pp. 249-252, y **Year Book**, Nº XXX, pp. 108-109, Carnegie Institution, Washington, de los años 1927 y 1931 respectivamente. También "The excavation and repair of The Caracol", **Year Book**, Nº XXVIII, pp. 303-310, 1929.

439. Eric Thompson (1962), op. cit.

440. Daniel Schávelzon, "Harry E.D. Pollock: 1900-1982", **Cuadernos de Arquitectura Prehispánica**, Nº 2, UNAM, México, 1984.

441. Oliver Ricketson, "Report on the repair of The Caracol", **Year Book, Nº XXIV**, pp. 256-267, Carnegie Institution, Washington, 1925.

442. Me ha sido imposible llegar hasta allí y según referencias escuchadas en la zona arqueológica, se encuentra cubierta de vegetación.

443. Harry Pollock, "The Casa Redonda at Chichen Itza, Yucatan", **Contributions to American Archaeology**, Nº 17, pp. 129-154, Carnegie Institution of Washington, 1937; también "Report on the Casa Redonda", **Year Book**, Nº 28, pp. 310-312, Carnegie Institution, Washington, 1928/9.

444. H.E.D. Pollock, **Round structures of aboriginal Middle America**, Carnegie Institution of Washington, 1938.

445. Pollock (1938), pág. 135, op. cit.

446. Idem, pág. 151.

447. Karl Ruppert, "The Mercado, Chichen Itza, Yucatan", **Contributions to American Archaeology**, Nº 43, pp. 223-260, Carnegie Institution, Washington, 1943.

448. Anónimo (redactado por Karl Ruppert), "Investigación arqueológica: Chichén Itzá", **Informe anual de 1931-32**, Carnegie Institution, pp. 6-9, Washington, 1932. Este texto, mal traducido en el original, aparece aquí corregido.

449. John S. Bolles, **Las Monjas: a major pre-Mexican architectural complex at Chichen Itza**, University of Oklahoma Press, Norman, 1977.

450. "Investigación arqueológica en Chichén Itzá" (posiblemente redactado por Sylvanus Morley), **Informe anual**, pp. 6-9, Carnegie Institution, Washington. 1932; John S. Bolles, "Excavaciones en Las Monjas", **Informe anual**, pp. 6-8, Carnegie Institution, Washington, 1933.

451. Sylvanus Morley (1932), op. cit., pág. 6 (traducción corregida por el autor).

452. John S. Bolles (1933), op. cit., pág. 7.

453. Karl Ruppert, "Temple of the Wall Panels, Chichen Itza", **Contributions to American Archaeology**, Nº 3-I, pp. 119-140, Carnegie Institution, Washington, 1937.

454. José Reygadas Vértiz, "Chichén Itzá", **Estado actual de los monumentos arqueológicos de México**, Dirección de Arqueología, México, 1928. También existen varios informes inéditos en el Archivo de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH escritos por Martínez Cantón y por Erosa Peniche.

455. José Reygadas Vértiz, ídem, op. cit., pág. 253.

456. Comunicación personal de Alfonso Villa Rojas, 1983.

457. José Reygadas Vértiz (1928), op. cit., pág. 254.

458. José Erosa Peniche, "Descubrimiento y exploración arqueológica de la subestructura del Castillo de Chichén Itzá", **Actas del XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 229-248, México, 1939; también **El Castillo, Templo Piramidal del dios Kukulkan**, Carnegie Institution, Publication Supplement Nº 32, Washington, 1937.

459. Sería de desear un estudio detallado de la arqueología guatemalteca en estos años, incluyendo la revisión del contrato y del cumplimiento por ambas partes.

460. Realizado en 1975.

461. A.L. Smith, **Anuario Nº 35**, 1935-1936, pág. 6, Carnegie Institution, Washington, 1935.

462. Oliver Ricketson y E.B. Ricketson, **Uaxactún, Guatemala: Group E, excavations 1926-31**, Carnegie Institution, Washington, 1937.

463. Idem, asimismo Karl Ruppert (1940), op. cit.

464. Más adelante se analizan las teorías basadas en el empiricismo arqueológico.

465. Robert Smith, "A study of structure A-1 complex at Uaxactun, Peten, Guatemala", **Contributions to American Archaeology**, vol. 19, pp. 189-231, Washington, 1937.

466. Idem, pág. 226.

467. A. Leyard Smith, "Uaxactun", **Anuario 1934-1935**, pp. 6-8, Carnegie Institution, Washington.

468. A.L. Smith, "Structure A-XVIII at Uaxactun", **Contributions to American Archaeology**, vol. 20, pp. 1-27, Washington, 1937.

Capítulo 11.

469. Paul Kirchoff, "Mesoamérica", **Acta Americana**, vol. I, pp. 92-107, México, 1943.

470. Pal Kelemen, **Medieval American Art**, MacMillan and Co., Nueva York, 1943; Salvador Toscano, **Arte Precolombino de México y América Central**, UNAM, México, 1944; Sylvanus Morley, **The Inscriptions of Peten, Guatemala,** 7 vols., Carnegie Institution, Washington, 1937/8, y **La civilización maya**, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

471. Marshall Becker, "Priests, peasants and ceremonial centers: the intellectual history of a model", **Maya Archaeology and Ethnohistory**, vol. I, pp. 3-20, University of Texas Press, Austin, 1979.

472. José Reygadas Vértiz, "Labores desarrolladas en el Departamento de Monumentos durante el mes de mayo", **Boletín de la SEP**, pp. 123-125, México, 1931.

473. Andrés Medina, "Miguel Covarrubias y el romanticismo en la antropología", **Nueva antropología**, Nº 4, pp. 11-42, México, 1976.

474. Martha Strauss Neuman (1983), op. cit.

475. José García Payón inició su larga carrera en la arqueología de México con sus trabajos en el Estado de México, y los continuó por todo el país, en especial en la costa del golfo, donde llevó a cabo sus excavaciones más conocidas. Llegó en 1930 a Toluca donde se hizo cargo del Museo del Estado.

476. Desconozco el motivo por el cual los otros grupos no pueden visitarse. Por lo menos uno de ellos está dentro de tierras que son reclamadas por un particular.

477. Román Piña Chan, **Bitácora 1977: Centro Regional de México-Michoacán**, INAH, México, 1979.

478. Existen muchas construcciones más, pero sólo las aquí enumeradas han sido restauradas. Dada la importancia y envergadura de las demás, sería bueno que algún día se continuaran las excavaciones.

479. "Conferencia Internacional de Atenas", **Documentos: recomendaciones sobre la protección en el ámbito nacional del patrimonio cultural y natural**, Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, pp. 1-4, México, 1978.

480. Idem, pág. 2.

481. Idem, pág. 3.

482. Daniel Schávelzon, "Miguel Angel Fernández..." (1986), op. cit.

483. Miguel Angel Fernández, "Exploraciones en Acanceh" **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 249-253, México, 1939; la cita es de la pág. 249. Existen tres informes inéditos en la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH sobre el mismo tema, realizados durante 1933.

484. Miguel Angel Fernández (1939), op. cit., pág. 253.

485. Manuel Cirerol Sansores, "Informe de la construcción de un alero que proteja los estucos murales de Acanceh", informe inédito en la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH, 1 página, 1940.

486. José Erosa Peniche, "Descubrimiento y exploración arqueológica de la subestructura del Castillo de Chichén Itzá", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 229-248, México, 1939. Manuel Cirerol Sansores, **Chi-Cheen-Itsa**, edición del autor, 3a. edición, Mérida, 1958. Asimismo existen varios informes inéditos en el Archivo de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH, firmados por Erosa, Cirerol y Martínez Cantón.

487. "Información general de las actividades del INAH durante 1951", **Anales del INAH**, Nº 33, pp. 1-12, México, 1952. También existen varios informes inéditos en Monumentos Prehispánicos del INAH, en particular de Jorge Acosta.

488. Miguel Angel Fernández, "Exploración y reconstrucción del Templo del Sol, Palenque, Chiapas", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, tomo IV, pp. 57-64, México, 1940.

489. Herbert Spinden, **A study of Maya art**, 1913, Peabody Museum of Harvard, Cambridge. Fue el primer texto acerca del arte maya que revisaba iconográficamente lo que se sabía en la época. Los trabajos de Copán fueron la base para su realización.

490. Sylvanus Morley (1920), op. cit., compilaba la información existente sobre el sitio, en especial la epigrafía.

491. Todos los trabajos para desviar el río fueron realizados por el propio gobierno de Honduras y no por los investigadores de la Carnegie; puede verse en Stromsvik (1934/5, 1935/6 y 1936/7) un resumen de esto.

492. Nunca se publicó un informe completo de este trabajo. Como bibliografía de las restauraciones de Copán puede verse a Gustav Stromsvik, **Guía de las ruinas de Copán**, Publicaciones de la SEP, 1946, Tegucigalpa (hay una edición en inglés de la C.I.W. de 1947). También de él mismo, **Primera Conferencia Internacional de Arqueólogos del Caribe**, Publicaciones de la SEP, 1946, incluyendo la traducción de todos los informes de los trabajos, año tras año, además de otros anexos. Asimismo, sus informes a la Carnegie Institution de Washington, publicados en español en el **Informe anual de la Sección de Investigaciones Históricas** de 1935/6 a 1941/2. La cita del texto es de Brunhouse (1973), pág. 277.

493. Gustav Stromsvik (1946), pág. 88, op. cit.

494. Gustav Stromsvik (1946 y 1947), op. cit.

495. Aubrey Trik, "Temple 22 at Copan", **Contributions of the Carnegie Institution**, Washington, 1937.

496. Idem.

497. Pese a la importancia de estos trabajos, es notable la falta de información sobre los trabajos arqueológicos. En los primeros años, el descubrimiento de la Tumba 7 con su magnífico tesoro opacó lo que se estaba haciendo. Y si bien con los años salieron muchos libros sobre cerámica y otros aspectos, los informes de campo casi no se publicaron. Los informes de las temporadas XIII a XVII se editaron casi treinta años más tarde. En el Archivo del INAH se conservan pocos documentos al respecto que sean inéditos: hay informes de diferentes épocas de Caso, Lorenzo Gamio, Paul Hendriks, Agustín Villagra (dibujos), Hugo Moedano, Martín Bazan, Javier Romero (antropología física), Ignacio Marquina y de Jorge Acosta. De este último se trata de las temporadas de 1944 a 1949; de los demás hay sólo un informe de cada uno de ellos.

498. Alfonso Caso, **Las exploraciones en Monte Albán, temporadas 1931-1932**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1932.

499. Alfonso Caso, **Las últimas exploraciones en Monte Albán**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1935, y **Las exploraciones en Monte Albán: temporada 1934-1935**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1938. La cita es de este último libro, pág. 10.

500. Idem, pág. 10.

501. Idem, pág. 11.

502. Idem, pág. 16.

503. Alfonso Caso, **Exploraciones en Oaxaca: quinta y sexta temporada, 1936-1937**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1938, pág. 62. La escalera de la cual sólo se encontraron cuatro escalones, fue con los años totalmente reconstruida.

504. Alfonso Caso, "Resumen del informe de las exploraciones en Oaxaca, durante la 7a. y 8a. temporada: 1937-8 y 1938-9", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 159-187, México, 1939; pág. 173.

505. Jorge Acosta, "La XIII temporada de exploraciones arqueológicas en Montl Albán: 1944-1945", **Cultura y Sociedad**, vol. III, N° 4, pp. 14-25, Tula, 1976; pág. 18.

506. Jorge Acosta, "XIV temporada de exploraciones en la zona arqueológica de Monta Albán, 1945-1946", **Cultura y Sociedad**, vol. I, N° 2, pp. 69-81, Tula, 1974; pág. 72.

507. Este es uno de los conceptos más criticados actualmente: con ese esfuerzo se hubieran podido realizar obras mínimas pero imprescindibles en docenas de sitios y edificios que así se hubieran salvado. Era mucho trabajo para un solo sitio cuando se habría podido hacer un poco en cada uno.

508. Jorge Acosta, "Exploraciones arqueológicas en Monte Albán, XVI temporada, 1948", **Cultura y Sociedad**, vol. V, N° 8, pp. 1-13, Tula, 1978, y "Exploraciones en la zona arqueológica de Monte Albán, Oxaca, XVII temporada, 1949", **Cultura y Sociedad**, vol. II, N° 3, pp. 1-16. Tula, 1975.

509. Jorge Acosta (1975), op. cit., pág. 5.

510. Idem, pp. 1-2.

511. Idem, pág. 3.

512. Samuel K. Lothrop, **Tulum, an archaelogical study of the East coast of Yucatan**, Carnegie Institution, Washington, 1924.

513. Miguel Angel Fernández, "Las ruinas de Tulum I", **Anales del INAH**, 5a. época, vol. I, pp. 95-105, México, 1935, y "Las ruinas de Tulum II", **Anales del INAH**, 5a. época, vol. III, pp. 109-116, México, 1936/8. También hay siete informes inéditos en el INAH, destacándose el que (en forma supuestamente anónima) escribió en 1939 sobre reconstrucciones en el sitio (CLXXII-1297-16).

514. Idem (1936/8), pág. 96.

515. Enrique Juan Palacios, **Vestigios arqueológicos e históricos de Malinalco y la zona circundante**, informe inédito en la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH, 1925.

516. No hemos podido obtener datos respecto a la colocación del techo, pero es un trabajo moderno, realizado quizás hacia 1970.

517. No existe bibliografía específica sobre la restauración en el sitio. Puede verse información al respecto en Alfonso Caso, "Resumen del informe de las exploraciones en Oaxaca, durante la 7a. y 8a. temporada (1937-1938)", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, pp. 157-187, México, 1939, y **Exploraciones en Oaxaca: 5a. y 6a. temporadas (1936-1937)**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1938, op. cit.

518. Eduardo Noguera, "Excavaciones en Cuicuilco", **XVIII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 210-221, México, 1939; del mismo autor existen tres informes inéditos en la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH (CLXIX-1248-B, LXI-309-12, CCXXXVII-1700-21).

519. Cummings (1933), Schávelzon (1981 y 1983), op. cit.

520. Comunicación personal de Emil Haury (1979).

521. Philip Drucker, Robert Heizer y Robert Squier, **Excavations at La Venta, Tabasco, 1955**, Smithsonian Institute, Washington, 1959. Philip Drucker y Robert Heizer, "Gifts of the Jaguar God", **National Geographic Magazine**, vol. CX, N° 3, pp. 367-375, Washington, 1956.

522. Ese texto, al igual que gran cantidad de información interesante, permanece inédito en el Archivo de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH. Pueden verse trabajos de Noguera, Muller, Salas, McGregor y otros en relación con Xochicalco.

523. Jaime Litvak (1971), op. cit.

524. Eduardo Noguera, "Exploraciones en Xochicalco", **Cuadernos Americanos**, vol. I. 1951, pp. 119-157, México.

525. La bibliografía de Jorge Acosta es muy amplia. Hemos utilizado para este trabajo los siguientes artículos publicados en la **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**: "Exploraciones en Tula, Hgo.", vol. III, N° 4, pp. 172-194, 1940; "Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula, Hidalgo", vol. V, pp. 239-248, 1941; "La tercera temporada de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo.", vol. VI, pp. 125-164, 1942; "La cuarta y quinta temporada de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo.", vol. VII, pp. 23-64, 1945; "Interpretación de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca", vol. XXV, 1956. En los **Anales del INAH** se han publicado: "Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., 1946-1950", vol. VIII, pp. 37-115, 1956; "Las exploraciones arqueológicas en Tula durante la XI temporada (1955)", vol. XI, pp. 39-72, 1960; "La doceava y treceava temporadas de exploraciones en Tula, Hgo.", vol. 62, 1960; "La treceava temporada de exploraciones en Tula, Hgo.", vol. 62, 1964. También "La ciudad de Quetzacóatl: exploraciones en Tula Hgo.", **Cuadernos Americanos**, vol. I, pp. 121-131, México, 1942. También Alberto Ruz L'huillier, **Guía Arqueológica de Tula**, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes, México, 1945.

526. Acosta (1940), pág. 173, op. cit.

527. Idem, pág. 178.

528. Idem, pág. 175.

529. Acosta (1942-1944), op. cit.

530. Idem, pág. 174.

531. Idem.

532. Idem, pág. 128.

533. Acosta (1956), pág. 40, op. cit.

534. Idem.

535. Idem.

536. Idem, pág. 91.

537. Jorge Acosta, "Nuevo proyecto de restauración para Tula, Hgo.", **Monumentos Coloniales, Boletín N° 10**, pág. 3, México, 1956.

538. Idem, las notas entre paréntesis son mías.

539. Acosta (1960), pág. 68, op. cit.

540. Jonathan Reyman, "Room 44, Wutpaki: rejections false profits", **American Antiquity**, vol. 43, N° 4, pp. 729-733, 1978.

541. Jorge Acosta, "La pirámide de El Corral de Tula, Hidalgo", **Proyecto Tula**, 1a. parte, pp. 27-50, INAH, México, 1974.

542. Martín Bazán, "Informe sobre los trabajos de consolidación de las ruinas de Mitla...". Informe inédito en el Archivo de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, vol. LXXXI, 1929.

543. Alfonso Caso, "Proyecto para la reconstrucción del techo en el Palacio de las Columnas de Mitla", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 188-209, México, 1939. Cita de la pág. 189.

544. Idem.

545. Es uno de los pocos casos conocidos en que se utilizaron maquetas para solucionar un problema de restauración.

546. Agustín Villagra, **Informe sobre la reconstrucción del techo en el Palacio de las Columnas de Mitla, Oaxaca**, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, 3 págs., México, 1940.

547. El trabajo de Eduard Seler que más atención le presta al sitio es "Die Alterthumer von Castillo de Teayo", **Gesammelte Abhandlungen**, tomo III, pp. 410-449, Graz, 1904.

548. Rafael Orellana Tapia, **Informe de los trabajos de restauración y consolidación del Castillo de Teayo, Veracruz, durante la primera temporada de 1948**, manuscrito inédito en el Museo Nacional de Antropología. Al parecer existe otra versión del informe en la Dirección de Monumentos Prehispánicos (311.32-266.4/1). Otra bibliografía sobre el sitio, donde se pueden apreciar la restauración es en Ignacio Marquina (1951), pp. 458-460; en José García Payón, "Castillo de Teayo: noticias sobre su arqueología", **Univer**, vol. II, N° 16, pp. 301-332, Jalapa, 1950; Raúl Flores Guerrero, "Castillo de Teayo", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, N° 27, pp. 5-15, México, 1958.

Capítulo 12.

549. Antonieta Espejo, "Don Pablo en Tlatelolco", **Homenaje a Pablo Martínez del Río**, pp. 17-22, INAH, México, 1961. En esa misma publicación véase a Manuel Maldonado Koerdell, "Semblanza y obra de un prehistoriador", pp. 9-15 y Manuel Maldonado Koerdell y Guadalupe Borgonio, "Obra y bibliografía de Don Pablo Martínez del Río", pp. 23-28.

550. Eduardo Noguera, "Historia de las exploraciones en Tlatelolco" **Summa Anthropologica en homenaje a Roberto Weitlaner**, pp. 71-78, INAH, México, 1966.

551. Antonieta Espejo, "Nota sobre la consolidación y reconstrucción de la pirámide de Tlatelolco", **Tlatelolco a través de los siglos**, vol. II, pp. 527-529, México, 1944.

552. Idem, pág. 528/9.

553. Carlos Margáin, "Las reconstrucciones en arqueología", **Homenaje a Alfonso Caso**, pp. 251-261, INAH, México, 1951.

554. Ignacio Bernal (1951), op. cit., pág. 86.

555. Carlos Margáin (1951), op. cit.,pág. 260.

556. Idem, pp. 260-261.

557. Alfonso Caso, "Prólogo", **Nuevos ensayos de restauración en Uxmal, Yucatán**, pp. 5-7, INAH, México, 1958.

558. Idem, pág. 5.

559. Idem, pp. 5-6.

560. Idem, pág. 6.

561. Idem, pág. 6.

562. Idem, pág. 7.

563. Alfonso Caso, **A un joven arqueólogo mexicano**, México, 1968.

564. Daniel Schávelzon, "Arqueología y política..." (1988) y "Las excavaciones en Zaculeu..." (1988), op. cit.

565. Para darle publicidad al evento se creó el Middle American Information Bureau, que publicó gran cantidad de folletos, por ejemplo **Zaculeu: restoration for the United Fruit**, 1955, y Stacy May y Galo Plaza, **The United Fruit Co. in Latin America**, United States Performance Abroad, Washington, 1958.

566. Richard Woodbury y Aubrey Trik, **The ruins of Zaculeu, Guatemala**, 2 vols., United Fruit Co., pág. 25, Richmond, 1953.

567. Idem, pág. 30.

568. José Corona Núñez, "El Templo de Quetzacóatl en Ixtlán, Nayarit, **Anales del INAH**, tomo IV, tomo 32, pp. 45-48, México, 1952 y **Un monumento prehispánico en Ixtlán, Nayarit**, Gobierno del Estado de Nayarit, Ixtlán, 1979.

569. José Luis Lorenzo, "Ixtlán del Río, Nayarit", **Boletín del INAH**, Nº 18, pp. 14-15, México, 1964; **El Instituto Nacional de Antropología e Historia: funciones y labores**, México, 1962.

570. Corona Núñez (1952), op. cit.

571. Visitas realizadas en 1979, 1980 y 1981.

572. **Xunantunich: Official Guidebook**, Incorporating Notes on the Ancient Maya, Belice, s/f.

573. Linton Satterthwaite, "Plastic art of a Maya palace", **Archaeology**, vol. 3, Nº 3, pp. 215-222.

574. Augusto Molina (1978), op. cit.

575. Alberto Ruz L'huiller, "Exploraciones en Palenque: 1949", **Anales del INAH**, tomo IV, vol. 32, pp. 49-60, México, 1952, y "Exploraciones en Palenque: 1950", **Anales del INAH**, vol. 33, pp. 25-45, México, 1952; **El Templo de las Inscripciones, Palenque**, INAH, México, 1973.

576. Alberto Ruz L'huiller, "Exploraciones en Palenque: 1951", **Anales del INAH**, vol. 33, pp. 47-77, México, 1952, y "Exploraciones en Palenque", **XXX International Congress of Americanists**, pp. 5-22, Londres, 1952.

577. Ruz L'huiller (1952), **Exploraciones de 1949**, pág. 47.

578. Idem, pág. 50.

579. Ruz L'huiller (1953), **Exploraciones de 1951**, op. cit.

580. César Sáenz, **Exploraciones en la Pirámide de la Cruz Foliada**, INAH, México, 1956.

581. Beatriz de la Fuente, "Alberto Ruz L'huiller y Palenque", **Homenaje a Alberto Ruz L'huiller** (1906-1979), pp. 35-39, UNAM, México, 1981.

582. José Reygadas Vértiz, "Kabah", **Estado actual...**, pp. 217-221. SEP, México, 1928.

583. Varios informes inéditos de estos trabajos se conservan en el INAH. Véase Alberto Ruz L'huiller, **Uxmal, Kabah, Sayil: temporada 1953**, INAH, México, 1955.

584. Idem.

585. Idem.

586. Sobre esta ciudad existe una larguísima bibliografía: como referencia actualizada puede verse al artículo de Edward Willys Andrews V, "Dzibilchaltun", en el **Supplement I** (1981), pp. 313-341, **Handbook of Middle American Indians**, University of Texas Press, Austin.

587. E. W. Andrews IV y E. W. Andrews V, **Excavations at Dzibilchaltun, Yucatan, Mexico**, Middle American Research Institute, public. 48, New Orleans, 1980.

588. Sobre la restauración de la capilla abierta puede verse a William Folan, **The open chapel of Dzibilchaltun, Yucatan**, Middle American Research Institute, New Orleans, 1970.

589. De esta época quedan varios informes inéditos de los arqueólogos involucrados en las restauraciones en el Archivo Técnico del INAH; aunque son simples, permiten tener una idea de los trabajos realizados.

590. Existen varios informes inéditos de Alberto Ruz. También véase de este autor **Uxmal, Kabah, Sayil: temporada 1953**, INAH, México, 1955.

591. Idem, pág. 9.

592. Idem.

593. Jorge Acosta, **Nuevos ensayos de restauración en Uxmal**, INAH, México, 1958.

594. Idem, pág. 9.

595. Augusto Molina (1975), op. cit.

596. Puede comparase este caso con el de la torre del Palacio de Palenque, donde Miguel Angel Fernández colocó dinteles de madera, los que aún resisten tan bien como los que hizo en concreto en la misma torre Alberto Ruz.

597. César Sáenz, "Exploraciones y reconstrucciones en la Gran Pirámide de Uxmal, Yucatán", **Boletín del INAH**, Nº 12, época II, pp. 39-44, México, 1972. Baltazar González, "La reconstrucción de la gran pirámide de Uxmal", **Boletín Eucady**, Nº 24, pp. 78-88, Mérida, 1977.

598. Sáenz (1972), op. cit., pp. 42-43.

599. Idem.

600. César Sáenz, "Exploraciones y restauraciones en Uxmal (1970-1971)", **Boletín del INAH**, Nº 2, época II, pp. 31-40, México, 1972.

601. Jorge Acosta, "Exploraciones y restauraciones en Uxmal, Yucatán", **Boletín del INAH**, Nº 36, época II, pp. 3-13, México, 1969.

602. Los trabajos de Tikal, al margen de cualquier crítica a algunas restauraciones, fue el proyecto más importante en la zona maya desde los viejos tiempos de Morley y la Carnegie.

603. Jorge Guillemin, "Notas sobre restauración y reconstrucción en los sitios de Tikal e Iximché, Guatemala", **XXXVII International Congress of Americanists**, vol 2, pp. 119-123, Stuttgart.

604. William Coe, **Tikal: guía de las antiguas ruinas mayas**, The University Museum, Asociación Tikal, Pennsylvania, 1975, pág. 27.

605. Enrique Berlin, "The destruction of Structure 5D-33-1st. at Tikal", **American Antiquity**, vol. 32, Nº 2, 1967.

606. William Coe (1975), op. cit., pág. 46. Nota: Después de la finalización de este libro se conoció un estudio reciente acerca de Tikal que incluye algunos conceptos acerca de su restauración, pero que no modifican en esencia lo dicho más arriba. William Coe y William Haviland, "Introduction to the archaeology of Tikal", **Tikal Report**, Nº 12, University of Pennsylvania, 1982. Las páginas 13 a 22 bajo el título de "Site restoration" se ocupan del problema.

607. Ignacio Bernal y Lorenzo Gamio, **Yagul: el Palacio de los Seis Patios**, UNAM, México, 1974.

608. Lorenzo Gamio, "Reconstrucción del Palacio de Yagul, Tlacolula, Oaxaca", Informe Inédito (CXV-730-2) INAH, México, 1957. John Paddock, "The first three seasons at Yagul", **Mesoamerican Notes**, vol. IV, pp. 25-48, México, 1955; "The 1956 season at Yagul", **Mesoamerican Notes**, vol. V, pp. 13-36, México, 1957; "Explorations at Yagul, Oaxaca", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. XVI, pp. 91-96, México, 1960.

610. Lorenzo Gamio, Informe Inédito (LXXXVII - 702 - 33), INAH, México, 1974; Roberto Gallegos, **El Señor 9 Flor en Zaachila**, UNAM, México, 1978.

611. Jorge Acosta, "Nuevos descubrimientos en Zaachila (1971)", **Boletín del INAH**, Nº 3, 2a. época, pp. 27-34, México, 1972.

612. Ignacio Bernal, "Excavaciones en Dainzú", **Boletín del INAH**, Nº 27, pp. 7-13, México, 1967.

613. Jorge Guillemin, "La pirámide B-6 de Mixco Viejo y el Sacrificatorio de Utatlán", **Antropología e Historia**, vol. 10, Nº 1, Guatemala, 1958. Henri Lehmann, "Résultats et problèmes à Mixco Viejo", **XXXVIII International Congress of Americanists**, vol, 2, pp. 113-118, Stuttgart, 1968. **Mixco Viejo, Guía de las Ruinas**, Tipografía Nacional, Guatemala.

614. Marcelino González Cano, "La restauración de centros arqueológicos prehispánicos de Guatemala. Un enfoque crítico", **1er. Congreso Centroamericano de Geografía e Historia**, (Mimeog.), Guatemala, 1972. Idem, **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, tomo XLVI, 1973, Nos. 1 a 4, Guatemala. Idem, "Teoría y método en la restauración arquitectónica de monumentos arqueológicos. Guatemala 1900-1975", **Seminario Centroamericano sobre técnicas y metodología de restauración de monumentos**, UNESCO, Antigua Guatemala, 1977. Idem, "La restauración arquitectónica de estructuras arqueológicas en áreas sísmicas: el caso de Mixco Viejo", Guatemala, 1976. **Seminario sobre protección de monumentos en áreas sísmicas**, Antigua; una versión ampliada fue publicada con el mismo título por el IDAEH en 1980.

615. Carlos de León Zea, **Reconstrucción de centros indígenas en el altiplano de Guatemala**, tesis de grado, Facultad de Ingeniería, USAC, Guatemala, 1957.

616. Román Piña Chan, **Edzná: Guía de la Zona Arqueológica**, INAH, México, s/f.

617. César Sáenz, **Xochicalco: temporada 1960**, INAH, México, 1962.

618. Idem, pág. 7.

619. César Sáenz, "La estelas de Xochicalco", **XXXV Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 69-81, México, 1962 y "Tres estelas de Xochicalco", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. XVII, pp. 39-65, México, 1961.

620. César Sáenz, **Ultimos descubrimientos en Xochicalco**, INAH, México, 1964, pág. 10.

621. Idem, pág. 11.

622. César Sáenz (1962), op. cit.

623. Eduardo Pareyón. **Conservación del pueblo y de la zona arqueológica de Santa Cecilia Acatitlán**, tesis profesional, Escuela Nacional de Arquitectura, UNAM, 1963. También pueden verse las "Noticias varias" del **Boletín del INAH**, Nos. 4, 6 y 13 de los años 1961 y 1963, pp. 11-13, 10-12 y 19-20, México.

624. Pareyón (1963), pág. 1.

625. Idem. pág. 13.

626. Idem. pág. 16.

627. Idem. pág. 14.

628. Idem. pp. 14-15.

629. Posee una interesante colección de esculturas del altiplano.

630. No existe un libro con toda la información al respecto. Puede verse a Ignacio Bernal **Teotihuacan: excavaciones, reconstrucciones**, INAH, 1963.

631. Horacio Corona Olea, "La pequeña cámara oculta de Yayauhtla", **XI Mesa Redonda**, vol. 1, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966.

632. Jorge Acosta, **El Palacio de Quetzalpapálotl**, INAH, México, 1964.

633. Idem. pág. 16.

634. Idem. pág. 20.

635. Durante las excavaciones de 1980-1982 en La Ciudadela se hallaron escaleras in situ, intactas totalmente, las que no poseían alfardas ni dados. Asimismo es factible que varias de las exploradas y reconstruidas por Leopoldo Batres y Manuel Gamio tampoco los hayan tenido, por lo menos según las fotografías antiguas dejan ver de lo descubierto.

636. Daniel Schávelzon (1983). op. cit.

637. Ignacio Bernal (1963), op. cit., pág. 11.

638. Idem. pág. 12.

639. Horacio Corona Olea (1966), op. cit., pág. 243.

640. Ponciano Salazar Ortegón, "Interpretación del altar central de Tetitla, Teotihuacan", **Boletín del INAH**, Nº 24, pp. 41-47, México, 1966.

641. Jorge Acosta (1964), op. cit.

642. Idem. pág. 38.

643. Idem. pág. 38.

644. Idem. pág. 38.

645. Idem. pág. 39.

646. Idem. pág. 42.

647. Idem. pág. 44.

648. Idem. pág. 46.

Capítulo 13.

649. Jorge Acosta, **Exploraciones en Palenque: 1967**, INAH, México, 1968.

650. Se fundó con el nombre de Centro de Estudio para la Conservación de Bienes Culturales, al que luego se le agregó el nombre de Paul Coremans. Tuvo amplia ayuda de UNESCO y OEA en sus principios. Comenzó con sus actividades en 1964.

651. Oscar Lewis comenzó su obra con **Life in a Mexican village: Tepoztlan restudied**, University of Illinois Press, Urbana, 1951, y llegó a su culminación con **Los hijos de Sánchez**, Joaquín Mortiz, México, op. cit.

652. Angel Palerm comenzó a publicar trabajos sobre antropología y sobre todo acerca del modo de producción asiático aplicado a Mesoamérica en 1955. De allí a su último libro en 1980 su aporte polémico fue substancial.

653. Adolfo Sánchez Vázquez, **Las ideas estéticas de Marx**, Era, México, 1965, y **Estética y marxismo**, Era, México, 1970.

654. **Teotihuacan**, Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966.

655. Por ejemplo, **La conservación de los bienes culturales**, UNESCO, Serie Museos y Monumentos, vol. XI, Lausana, 1969.

656. Roberto Pane, "Teoría de la conservación y restauración de los monumentos", **Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas**, Nº 2, pp. 9-26, Caracas, 1965.

657. Idem. pág. 24.

658. Idem. pág. 25.

659. Idem. pág. 25.

660. Roberto Pane, "La actualidad del ambiente antiguo", **Devenir**, Nº 1, pp. 35-38, México, 1970.

661. **Cuatro décadas de la ENAH**, ENAH, México, 1982.

662. "Carta internacional sobre la conservación y restauración de los monumentos y sitios", **Documentos...**, op. cit., pp. 5-13, 1978. La traducción al español de la carta incluida en esta edición es incorrecta desde el propio título. Hemos hecho algunas correcciones basándonos en el texto original en inglés y francés incluido en esa misma edición.

663. Idem. pág. 10.

664. Idem. pág. 10.

665. Idem. pág. 12.

666. Organización de los Estados Americanos (OEA), **Las Normas de Quito**, OEA, Washington, 1968.

667. Idem. pág. 9.

668. Idem. pág. 10.

669. Idem. pág. 11.

670. Idem. pág. 11.

671. Idem. pág. 12.

672. Idem. pág. 14.

673. Idem. pág. 14.

674. UNESCO, **Estado actual de las posibilidades de trabajo para restauradores en América Latina**, Lima, 1982.

675. Idem. pág. 15.

676. Véase el capítulo sobre turismo de esta tesis.

677. La obra más impactante en la antropología que introducía el marxismo fue la de Angel Palerm, a partir de 1960. Véase la bibliografía para otros autores.

678. La fundación de la Escuela de Conservación, Restauración y Museografía trajo una visión sumamente crítica durante los primeros años, gracias a José Luis Lorenzo, Jaime Cama y otras personas.

679. En esos años surgieron varias sociedades protectoras del patrimonio cuyos miembros sólo provenían del medio artístico o industrial con alguna excepción. Los fondos fueron otorgados por varias fundaciones, como la Jenkins por ejemplo. Pueden verse reuniones como la Mesa Redonda de 1966 publicada con el título de **Defensa del Patrimonio Artístico Histórico Monumental**, Seminario de Cultura Mexicana, México, o **Defensa del tesoro artístico de México, Artes de México** Nº 179-180, México, 1973. Uno de los impulsores de esta tendencia fue Agustín Piña Dreinhofer; véase al respecto **El patrimonio monumental de México: su valoración y restauración**, edición del autor, México, 1970 y dos textos inéditos: **El patrimonio histórico y la actualidad** y **El patrimonio monumental de México**, escritos hacia 1970.

680. Agustín Piña Dreinhofer, "Aniquilamiento y restauración de Varsovia", **Calli**, Nº 39, México, 1969.

681. Agutín Piña Dreinhofer, **Restauración de la Catedral de México: memoria de la polémica**, edición del autor, México, 1970.

682. Aún no se ha hecho un estudio a fondo del caso.

683. Juan de la Encina, **El estilo**, UNAM, México, 1977.

684. Idem. pág. 20.

685. Idem. pág. 43.

686. Hemos utilizado la edición de Churubusco de 1977; la original es de 1966 y la segunda de 1974.

687. Idem. pág. 15.

688. Idem. pág. 19.

689. Rafael López Rangel (1975 y 1977), op. cit.

690. Villagrán (1977), op. cit.,pág. 23.

691. Idem. pág. 29.

692. Idem. pp. 33-34.

693. Ricardo de Robina, "En torno a la problemática de la restauración", **Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas**, Nº 2, pp. 47-48, Caracas, 1965.

694. Idem. pág. 48.

695. Manuel Sánchez Santoveña, "Problemas de valoración del patrimonio arquitectónico", **III Simposio sobre Restauración de Monumentos y Sitios**, Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores, s/p., México, 1972.

696. Idem., s/p.

697. Idem, s/p.

698. Bernardo y José Luis Calderón, **Reparación y conservación de edificios**, Churubusco, 1977.

699. José Luis Calderón, **Restauración de monumentos: ¿un fin en sí mismo?**, s/e, México, 1978.

700. Daniel Schávelzon, "La restauración de la pirámide de Cholula: notas para su historia". **Documentos de Arquitectura Nacional y Americana**, vol. 13, pp. 95-104, Resistencia, 1982. Peter Tscholh, **Catálogo arqueológico y etnohistórico de Puebla-Tlaxcala**, vol. II, Fundación Alemana para la Investigación Científica, México, 1977.

701. El acceso del público ha producido tremendos deterioros; este caso es opuesto al mural de **Los bebedores de pulque** descubierto años más tarde y cuyo acceso está bajo control estricto.

702. Eduardo Matos, "Las corrientes arqueológicas en México", **Nueva Antropología**, vol. 12, pp. 7-25, México, 1979.

703. La restauración de la pintura fue realizada por Rodolfo Vallín al igual que varias estelas y altares.

704. Ignacio Marquina, **Proyecto Cholula**, INAH, México, 1965.

705. Idem. pág. 41.

706. Idem. pág. 41.

707. Idem. pág. 44.

708. Jaime Litvak, "La arqueología", **Las humanidades en México (1950-1975)**, pp. 669-679, UNAM, México, 1981.

709. Julio César Olivé, **La antropología mexicana**, vol. I, Colegio Mexicano de Antropólogos, México, 1981.

710. Carlos Flores Marini, "Un diferente enfoque para la restauración de monumentos arqueológicos", **Apuntes sobre arquitectura**, pp. 33-34, INBA, México, 1980.

711. Graziano Gasparini, "Mejor conservar que restaurar", **Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas**, vol. 16, pp. 11-16, Caracas, 1973.

712. Jorge Acosta, **Exploraciones en Palenque: 1967**, INAH, México, 1968; "Exploraciones en Palenque: 1968", **Boletín del INAH**, Nº 34, pp. 1-8; México, 1968; "Exploraciones y restauraciones en Palenque, 1968-70", **Anales del INAH**, Nº 51, pp. 21-60, México, 1970-71; "La temporada de 1970", **Anales del INAH**, Nº 51, pp. 61-70, México, 1970-71; "Exploraciones en Palenque: 1970", **Anales del INAH**, Nº 52, pp. 347-373, México, 1975; "Exploraciones en Palenque durante 1972", **Anales del INAH**, Nº 53, pp. 5-42, México, 1976; "Exploraciones en Palenque, temporada 1973-4", **Anales del INAH**, Nº 53, pp. 43-62, México, 1976.

713. Acosta (1968), pág. 7, op. cit.

714. Idem. pág. 13.

715. Idem. pág. 53.

716. Acosta (1976), op. cit., pág. 10.

717. Idem. pp. 21-22.

718. Idem. pág. 22.

719. Acosta (1976), op. cit., pág. 29.

720. Acosta (1976), op. cit., pág. 32.

721. Idem. pág. 44.

722. Idem. pág. 45.

723. A.L. Smith, "Reconstruction of the Maya ruins of Seibal", **Monumentum**, vol. II, pp. 82-95, 1968. Gordon Willey y A.L. Smith, "A temple at Seibal, Guatemala", **Archaeology**, vol. 20, Nº 4, pp. 290-298, 1967.

724. A. Ledyard Smith, "Major architecture and caches", **Excavations at Seibal, dep. of Peten, Guatemala** Nº 1, Peabody Museum, Harvard University, Cambridge, 1982; Smith (1968), op. cit., pág. 88.

725. Idem. pp. 90-91.

726. Idem. pág. 91.

727. Una observación personal en 1975 demostró que la protección aún se mantenía intacta.

728. Román Piña Chan (coord.), **Teotenango: el antiguo lugar de la muralla**, 2 vols., Dirección de Turismo, Toluca, 1975; "Teotenango prehispánico", **Boletín del INAH**, Nº 2, 2a. época, pp. 17-20, México, 1972.

729. Román Piña Chan, **Teotenango: primer informe de las exploraciones arqueológicas**, Dirección de Turismo, Gobierno del Estado, Toluca, 1972.

730. Idem. pág. 19.

731. Idem. pág. 21.

732. Piña Chan (1975), op. cit., pág. 12.

733. Idem. pág. 13.

734. Idem. pp. 12-13.

735. Idem. pág. 14.

736. Idem. pág. 13.

737. Idem. pág. 13.

738. Virgilio Reyes, "Arquitectura y poblamiento", **Teotenango: antiguo lugar de la muralla**, Dirección de Turismo, pp. 117-188, Toluca, 1975. La cita es de la pág. 129.

739. Daniel Schávelzon y Víctor Rivera (1985 y 1988), op. cit.

740. Tanto de Valenzuela como de Ekholm existen dos informes cortos en el Archivo Técnico del INAH.

741. Una buena serie de fotografías de estos edificios tras las excavaciones de Ekholm puede verse en George Andrews (1975), op. cit.

742. Augusto Molina hizo mucho por impedir una reconstrucción aún más audaz; comunicación personal 1978.

Capítulo 14.

743. Mercedes Olivera y otros, **De eso que llaman antropología mexicana**, ENAH, México, 1970.

744. Eduardo Matos, coordinador, **Proyecto Tula: 1a. parte y Proyecto Tula: 2a. parte**, INAH, México, 1974 y 1976, pág. 7.

745. Salvador Díaz Berrio, **Conservación de monumentos y zonas monumentales**, Sepsetentas, México, 1976; véase la bibliografía completa.

746. Idem. pp. 48-65.

747. Idem.

748. Idem. pág. 56.

749. Carlos Flores Marini, "Un diferente enfoque para la restauración de monumentos arqueológicos" y "Una brecha en la arqueología mexicana", ambos publicados originalmente en 1974. Reproducidos en **Apuntes sobre arquitectura**, INBA, México, 1980, en las pp. 34-35 y 35-38. Véase también **Restauración de ciudades**, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

750. Flores Marini (1974), op. cit.

751. Carlos Flores Marini, "Un problema de los asentamientos humanos: el futuro de los centros históricos ante el crecimiento de las ciudades contemporáneas". Ponencia presentada en la reunión organizada por UNESCO en Quito, 1977. La cita es de la pág. 7.

752. "Recomendaciones sobre la protección en el ámbito nacional del patrimonio cultural y natural", UNESCO, **Documentos**, s/p, Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, México, 1978.

753. Idem.

754. Idem.

755. Sergio Saldívar, "Perspectivas para la conservación de monumentos de México, **III Simposio sobre restauración de monumentos y sitios**, s/p., Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores, México, 1972.

756. Idem.

756. Carlos Flores Marini, "Experiencias latinoamericanas", **III Simposio sobre restauración de monumentos y sitios**, s/p., Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores, México, 1972.

758. Se trata del vol. 16, publicado en 1973.

759. Graziano Gasparini, "Mejor conservar que restaurar", ídem nota 19, pp. 11-40. La cita es de la pág. 11, op. cit.

760. Idem, pág. 1⁻

761. Idem, pág. 16.

762. Carlos Flores Marini, "Revitalización urbana y desenvolvimiento turístico", incluido en la nota 19, pp. 149-160. La nota es de la pág. 152, op. cit.

763. Aún no existe ningún libro dedicado por entero a ese tema en México.

764. Augusto Molina, **La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos**, INAH, México, 1975, op. cit.

765. Idem, pág. 5.

766. Idem, pág. 6.

767. Idem, pp. 62 y 64.

768. Idem, pág. 74.

769. Idem, pág. 75.

770. Augusto Molina, "La restauración arqueológica en México en relación con la Carta de Venecia", **Anuario de la Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores**, pp. 39-44, México, 1973/4, y también "Archaeological buildings: falsifications or misrepresentarions", **Falsifications and misrepresentations of precolumbian art**, pp. 125-141, Dumbarton Oaks, Washington, 1982.

771. "La conservación de monumentos arqueológicos", **Boletín del INAH**, Nº 10, 2a. época, pp. 51-54, México, 1974.

772. Idem, pág. 52.

773. Luis Lumbreras, **La arqueología como ciencia social**, Lima, 1974; hay reedición de Ediciones Peisa, Lima, 1981.

774. José Luis Lorenzo (coord.), **Hacia una arqueología social**, INAH, México, 1976.

775. Idem.

776. Roberto Segre (relator), **América Latina en su arquitectura**, Siglo XXI-UNESCO, México, 1975. Incluye trabajos de López Rangel, Ramón Vargas, Jorge Hardoy y Graziano Gasparini, entre otros.

777. Los tres libros más importantes fueron **Arquitectura y subdesarrollo en América Latina**, Universidad Autónoma de Puebla, 1975; **Contribución a la visión crítica de la arquitectura**, Universidad Autonóma de Puebla, 1977, y **Diseño, sociedad y marxismo**, Editorial Concepto, México, 1981.

778. Nicos Hadjinicolau, **Historia del arte y lucha de clases**, Siglo XXI, México, 1974.

779. Néstor García Canclini, **Las culturas populares en el capitalismo**, Nueva Imagen, México, 1982.

780. Véase nota 777.

781. López Rangel (1977), op. cit.

782. López Rangel (1977), op. cit.

783. A excepción de la Escuela de Conservación, Restauración y Museografía de Churubusco, que ha superado esto desde 1981.

784. Roberto García Moll, "Primera temporada arqueológica en Yaxchilan, Chiapas", **Boletín del INAH**, Nº 12, 2a. época, pp. 3-12, México, 1975, y también "Conservación de monumentos en Yaxchilán", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. XXIV, Nº 3, pp. 257-286, México.

785. Idem, pág. 11.

786. Idem, pág. 11.

787. Alberto Ruz L'huiller, "El juego de Pelota de Uxmal", **Miscelánea Paul Rivet**, vol. I, pp. 635-667, UNAM, México, 1958.

788. Augusto Molina (1975), op. cit.

789. Rubén Maldonado, "Intervención de restauración en el Juego de Pelota de Uxmal, Yucatán", **Memoria del Congreso Interno**, pp. 233-241, INAH, México, 1981.

790. Idem, pp. 237/8; comunicación personal, 1981.

791. Vol. I, pp. 438-439.

792. Pablo Mayer Guala, **Can-Cun: guía oficial**, INAH, México, 1978.

793. José Fernando Robles, "Xelhá: un proyecto de investigación", **Memoria del Congreso Interno 1979**, INAH, pp. 101-121, México, 1981; **Museo arqueológico de Xelhá**, INAH, México, 1980.

794. Antonio Benavidez, **Restauración arquitectónica urgente en el Puuc**, (manuscrito), 1981. Existen varios informes inéditos de Pablo Mayer, Ricardo Velázquez y Antonio Benavidez en el Centro Regional del Sureste del INAH, Mérida.

795. Idem.

796. Por desgracia nada se ha publicado aún sobre la restauración, aunque sí hay una lista enorme de artículos sobre las pinturas y sobre la arqueología del sitio. Es de esperar que se publique la tesis sobre restauración del sitio escrita por Daniel Molina. Diana y Daniel Molina, **Cacaxtla: guía oficial**, INAH, México, 1980.

Capítulo 15.

797. Karen Vitelli, "What is being done to control antiquities trafficking", **Early Man Magazine**, spring, pág. 31, Evanston, 1982. Daniel Schávelzon, "El saqueo arqueológico de Guatemala", **Boletín del INAH**, Nº 22, pp. 57-62, México, 1978.

798. Charles Lacombe, "El saqueo del patrimonio", **Américas**, vol. 28, Nº I, pp. 2-9, Washington, 1976.

799. Informe personal de R.H. Gordillo, 1983. Como bibliografía sobre el tema véase a Merle Greene Robertson, "Monument thievery in Mesoamerica", **American Antiquity**, vol. 37, Nº 2, pp. 147-155, 1972.

800. Karl Meyer, **The plundered past**, Atheneum, New York, 1973.

801. Sotheby's, **Fine Precolumbian Art Sale**, York Avenue Galleries, Nueva York, 1981.

802. Un buen ejemplo fue la colección de pintura impresionista de la familia Santamarina, sacada ilegalmente de Buenos Airse en 1976. Otro caso similar puede verse en Luis Luján Muñoz, **Dos estelas mayas sustraídas de Guatemala, su presencia en New York**, Universidad de San Carlos, Guatemala, 1976.

803. Idea impulsada por Luis Luján Muñoz y de buenos resultados.

804. Karl H. Mayer, **Maya monuments: sculptures of unknown provenance in Europe**, Acoma Books, Ramona, 1978; **Maya monuments: sculptures of unknown provenance in the United States**, Acosa Books, Ramona,1979; **Maya monuments: sculptures of unknown provenance in Belize, Guatemala and Mexico**, en prensa, 1983.

805. Daniel Schávelzon (1978), op. cit.; Lacombe (1976), op. cit.

806. Frederick Peterson, "Falsificaciones arqueológicas en el Estado de Guerrero", **Tlatoani**, vol. I, Nos. 3-4, México, 1952.

807. Carlos Medina, "Seriamente dañadas las ruinas de Palenque", **Excelsior**, 27 de septiembre, México, 1981.

808. Graziano Gasparini fue uno de los mayores impulsores de estas críticas a través de conferencias y de su **Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas** de Caracas.

809. Alfredo Barrera Rubio, "El deterioro de los edificios mayas: el caso de Sabacché, Yucatán", **Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas**, vol. 9, Nº 53, pp. 54-60, Mérida, 1982.

810. Merle G. Robertson, comunicación personal, 1982.

811. Comunicación personal de Marcelino González Cano, 1983.

812. Jaime Litvak, "La arqueología", **Las humanidades en México: 1950-1975**, pp. 667-679, UNAM, México, 1981.

Capítulo 16.

813. Alfred Kroeber y Clyde Kluckhohn, "Culture: a critical review of concepts and definitions", **American Anthropologist**, vol. 54, 1958.

814. Alberto Cirese, com. personal de Néstor García Canclini.

815. Néstor García Canclini, **Las culturas populares en el capitalismo**, Nueva Imagen, México, 1982.

816. Idem, pp. 62-63.

817. Idem, pág. 62.

818. Rodolfo Stavenhagen, "La cultura popular y la creación intelectual", **La cultura popular**, pp. 21-40, Premia Editoria, México, 1982; **Testimonios**, UNAM, México, 1978.

819. Idem (1979), pág. 12

820. Frantz Fanon, **En torno a la cultura nacional**, INI, México, 1976

821. Rafael López Rangel (1975), op. cit.

822. Esta polémica figura, en forma consciente o no, en la casi totalidad de la bibliografía publicada desde 1930. Un caso reciente es el libro "El barroco latinoamericano", **Nuestra América**, vol. 3, UNAM, México, 1980.

823. Graziano Gasparini, "Patrimonio histórico y patrimonio construido existente: consideraciones para una política de recuperación territorial", Ponencia presentada en la **Reunión nacional para el estudio del desarrollo de ciudades y regiones con valores históricos y artísticos**, pág. 3, Morelia, 1982.

824. Giulio Carlo Argan, **El pasado en el presente**, Gustavo Gili, Barcelona, 1973, y Mario Manieri Elía, op. cit.

825. Jorge Alberto Manrique, comunicación personal 1983.

826. Francisco de la Maza, "La propaganda y la belleza o la estética de la Coca-Cola", **Páginas de arte e historia**, INAH, México, 1971.

827. Tanto la Catedral de México como Teotihuacan son notables por la falta de información sobre los trabajos realizados. Como bibliografía de este tipo puede verse a José Luis Calderón (1978), op. cit., y a Alfredo Rangel, "Acerca de la manía por la restauración", **Symposium Interamericano...**, INBA, pp. 164-166, México, 1979.

828. Ambos han sido publicados, el primero por la Sociedad Mexicana de Antropología, el segundo por el Instituto Nacional de Bellas Artes.

829. Charles B. Hosmer, **Presence of the past: a history of the preservation movement in the United States before Williamsburg**, Putnam's Sons, Nueva York, 1965, y **Preservation comes of age**, 2 vols., National Trust for Historic Preservation, Charlottesville, 1981. Hester Davis, "Is there a future for the past?", **Archaeology**, vol. 24, Nº 4, pp. 300-306, 1971.

830. Existe una bibliografía abundantísima al respecto: un resumen reciente con una bibliografía de 52 libros sobre este asunto puede verse en **Historic preservation incentives of the 1976 tax reform act: an economic analysis**, National Bureau of Standards Technical Note 980, Department of Commerce, Washington, 1979.

831. Daniel Schávelzon, "Viollet-le-Duc and the European vision of Maya archaeology during the XIXth. century", **IV Mesa Redonda de Palenque**, University of Texas Press (en prensa), Austin.

832. Augusto Molina (1975), op. cit.

833. De toda la bibliografía existente las más accesible en México es el libro publicado por la UNAM de Carlo Ceschi.

834. Además del artículo citado en la nota 831, puede verse: Renato de Fusco, **La idea de arquitectura: historia de la crítica desde Viollet-le-Duc hasta Persico**, G. Gili, Barcelona, 1976; Alain Erlande Brandemburg, "La restauration du Notre Dame de Paris", **Archéologie**, vol. 141, pp. 26-31, París 1980; **Viollet-le-Duc, exposition du Grand Palais**, Réunion des Musées Nationaux, París, 1960; **Le voyage en Italie de Viollet-le-Duc (1836-1837)**, Ecole Nationale des Beaux Arts, París, 1980; Jean-Michel Leniaud, "Viollet-le-Duc et Lassus: deux temperaments, deux styles", **Archéologie**, vol. 141, pp. 13-16, París, 1980; Geert Bekaert, **A la recherche de Viollet-le-Duc**, P. Mardaga, Bruselas, 1980; **Viollet-le-Duc, architectural design profils**, Rizzoli, Nueva York, 1980; Philippe Boudon y Philippe Deshayes, **Viollet-le-Duc: le dictionnaire d'architecture, relevés et observations**, P. Mardaga, Bruselas, 1979; Lucy Maclintock, "Monumentality versus suitability: Viollet-le-Duc's Saint Gimer et Carcassone", **Journal of the Society of Architectural Historians**, vol. XL, Nº 3, pp. 218-234, 1981. Toda esta bibliografía es reciente y de fácil acceso para el interesado.

835. En México sólo lo ha desarrollado con profundidad Augusto Molina (1975), op. cit.

836. Federico Mariscal, **La patria y la arquitectura nacional**, Universidad Obrera, México, 1915.

837. En la obra de Ruskin deben destacarse los libros **The stone of Venice** de 1853 en donde inicia este tipo de análisis, y que lo desarrolla ampliamente en **The political economy of art** de 1857.

838. Anatol Lunacharsky, **El arte y la revolución (1917-1927)**, Grijalbo, México, 1975, con introducción de Adolfo Sánchez Vázquez.

839. Daniel Schávelzon (1984), op. cit.

840. Jaime Litvak, Luis González y María del Refugio González, **Arqueología y derecho en México**, UNAM, México, 1980, es la mejor compilación de trabajos sobre el tema e incluye los siguientes artículos al respecto: Alejandro Gertz Manero, "La defensa jurídica y social del patrimonio cultural", pp. 9-18; Julio César Olivé, "Reseña histórica del pensamiento legal sobre arqueología", pp. 19-46; Jaime Litvak, "Algunos conceptos sobre el problema de la acción legal en la arqueología mexicana", pp. 47-54; Eduardo Matos, "Las normas jurídicas y la investigación arqueológica en México", pp. 125-132; Manuel González Oropeza, "Aplicabilidad de la legislación federal sobre el patrimonio cultural en la UNAM", pp. 151-179. Véase también a Alejandro Gertz Manero (1976), op. cit., y "La defensa jurídica del patrimonio cultural de la nación", **Anuario de la Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores**, pp. 33-38, México, 1973/4; Jorge Williams García, **Protección jurídica de los bienes arqueológicos e históricos**, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1967; Arturo Schroeder Cordero, "Programas de defensa y expansión del patrimonio artístico", **Legislación y jurisprudencia**, pp. 587-615, México, 1978.

841. Daniel Schávelzon, "El saqueo arqueológico de Guatemala", **Antropología e Historia**, Nº 22, pp. 57-61, México, 1978; César Sáenz, "Tesoros arqueológicos rescatados", **Boletín del INAH**, Nº 24, pp.

28-33, México, 1966; James Nafziger, "La regulación del movimiento internacional de bienes culturales entre México y los Estados Unidos", **Anales de Antropología**, Nº XVI, pp. 123-132, México, 1979; Amadou Mahtar M'bow, "Por la devolución de un patrimonio cultural irreemplazable a quienes lo crearon", **El Correo de la UNESCO**, año XXXV, pp. 4-5, Ginebra; Georges Fraduer, "Poner fin a un destierro", **El Correo de la UNESCO**, año XXXV, pp. 6-11, Ginebra.

842. **Appropriate technology in the conservation of cultural property**, The UNESCO Press, Ginebra, 1981.

843. Jacques Vérité, "Appropriate technologies and restoration of historical monuments", ídem, pp. 51-68.

844. Secretaría de Turismo, **Lineamientos para el desarrollo turístico de las zonas arqueológicas, históricas y pintorescas**, México, 1980.

845. Informe en el Archivo Técnico, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México, 1963.

846. Ana García de Fuentes, **Cancún: turismo y subdesarrollo regional**, UNAM, México, 1979; Diana López de Molina, "Investigación arqueológica y desarrollo turístico", **Antropología e Historia**, Nº 27, pp. 3-8, México, 1979.

847. Todos los datos a continuación, salvo indicación contraria, provienen del libro de Ana García de Fuentes, op. cit., o de la Secretaría de Turismo, op. cit.

848. Sectur (1980), op. cit.

849. Oscar Olea, **El arte urbano**, UNAM, México, 1980.

850. "Sector turismo, sus metas, sus logros, sus efectos", **Comercio Exterior**, vol. 28, Nº 8, pp. 929-933, Banco Nacional de Comercio Exterior, México, 1978.

851. Enrique Hernández Laos y Jorge Córdova Chavez, "Estructura de la distribución del ingreso en México", **Comercio Exterior**, vol. 29, Nº 5, pp. 505-520, Banco Mexicano de Comercio Exterior, México, 1979. Jaime Garduño, "Breves notas sobre la desintegración de la comunidad cobaeña indígena", **Boletín del EUCADY**, Nº 40, pp. 51-57, Mérida, 1980.

852. Departamento de Turismo del Gobierno de México, "Arte y turismo", **Estudios sociológicos sobre Sociología del Arte**, vol. II, pp. 1151-1158, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1968; la cita es de la pág. 1157.

853. Armando Herrerías (1969), op. cit.

854. Enrique Florescano, "Los estudios económicos sobre el México antiguo", **Sábado**, Nº 84, México, 1979. Juergen Bruggemann, "Las dificultades actuales en el área teórica y metodológica para plantear proyectos de arqueología", **Forum de arqueología**, Nº 1, INAH, México, 1976.

855. Gordon Keller, "Site estabilization and applied archaeology", **Archaeology**, vol. 23, Nº 2, pp. 107-113, 1970.

BIBLIOGRAFIA

Abreviaturas utilizadas

CIHE	Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Caracas.
DANA	Documentos de Arquitectura Nacional y Americana, Resistencia.
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
EUCADY	Escuela de Ciencias Antropológicas, Mérida.
FONATUR	Fondo Nacional para las Actividades Turísticas, México.
IAAeIE	Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, Buenos Aires.
IDAEH	Instituto de Antropología e Historia, Guatemala.
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
INBA	Instituto Nacional de Bellas Artes, México
INGUAT	Instituto Guatemalteco de Turismo, Guatemala.
MARI	Middle American Research Institute, New Orleans.
RMEA	Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, México.
SECTUR	Secretaría de Turismo, México.
SMGE	Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México.
SEP	Secretaría de Educación Pública, México.

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA, Jorge
• 1940 "Exploraciones en Tula, Hgo.", **R.M.E.A.**, vol. III, N° 4, pp. 172-194, México.
• 1941 "Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula, Hidalgo", **R.M.E.A.**, vol. V, pp. 239-248, México.
• 1942 "La tercera temporada de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo.", **R.M.E.A.**, vol. VI, pp. 125-164, México.
• 1945 "La cuarta y quinta temporada de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo.", **R.M.E.A.**, vol. VII, pp. 23-64, México.
• 1956 "Nuevo proyecto de restauración para Tula, Hgo.", **Monumentos Coloniales, Boletín N° 10**, pág. 3, México.
• 1958 **Nuevos ensayos de restauración en Uxmal**, INAH, México.
• 1960 "Las exploraciones arqueológicas en Tula durante la XI temporada (1955)", **Anales del INAH**, vol. XI, pp. 39-72, México.
• 1960/1 "La doceava temporada de exploraciones en Tula, Hgo.", **Anales del INAH**, vol. XIII, México.
• 1964 "La treceava temporada de exploraciones en Tula, Hgo.", **Anales del INAH**, vol. XVI, México.
• 1964 **El Palacio del Quetzalpapalotl**, INAH, México.
• 1968 **Exploraciones en Palenque, 1967**, INAH, México.
• 1968 "Exploraciones en Palenque: 1968", **Boletín del INAH**, N° 34, pp. 1-80, México.
• 1969 "Exploraciones y restauraciones en Uxmal, Yucatán", **Boletín del INAH** N° 36, 2a. época, pp. 3-13, México.
• 1970/1 "Exploraciones y restauraciones en Palenque, 1968-70", **Anales del INAH**, N° 51, pp. 21-60, México.
• 1970/1 "La temporada de 1970, Palenque", **Anales del INAH**, N° 51, pp. 61-70, México.
• 1972 "Nuevos descubrimientos en Zaachila (1971)", **Boletín del INAH**, 2a. época, N° 3, pp. 27-34, México.
• 1974 "La pirámide de El Corral de Tula, Hidalgo", **Proyecto Tula: 1a. parte**, pp. 27-50, INAH, México.
• 1974 "XIV temporada de exploraciones en la zona arqueológica de Monte Albán, 1945-1946", **Cultura y sociedad**, vol. I, N° 2, pp. 69-81, Tula.
• 1975 "Exploraciones arqueológicas en Monte Albán, Oaxaca, XVII temporada, 1949", **Cultura y sociedad**, vol. II, N° 3, pp. 1-16, Tula.
• 1975 "Exploraciones en Palenque: 1970", **Anales del INAH**, N° 52, pp. 347-373, México.
• 1976 "Exploraciones en Palenque durante 1972", **Anales del INAH**, N° 53, pp. 5-42, México.
• 1976 "La XIII temporada de exploraciones arqueológicas en Monte Albán: 1944-1945", **Cultura y sociedad**, vol. III, N° 4, pp. 14-25, Tula.
• 1976 "Exploraciones en Palenque: temporada 1973-4", **Anales del INAH**, N° 53, pp. 43-62, México.
• 1978 "Exploraciones arqueológicas en Monte Albán, XVI temporada 1948", **Cultura y sociedad**, vol. V, N° 8, pp. 1-13, Tula.

ACOSTA, Joseph de
• 1956 **Historia natural y moral de las Indias**, UNAM, México.

ACUERDO PRESIDENCIAL
• 1922 "Acuerdo presidencial previniendo (...) la zona arqueológica descubierta en la hacienda Ahuatepec (...)", **Diario oficial**, tomo XXI, N° 35, México.

AGUILAR Y SANTILLAN, Rafael
• 1934 "Bibliografía y cartografía de Antonio García Cubas", **Boletín de la SMGE**, tomo 44, pp. 371-381, México.

AGUIRRE BELTRAN, Gonzalo
• 1972 "Introducción", **Clavijero: antología**, Sepsetentas, México.
• 1982 **El proceso de aculturación**, Ediciones de la Casa Chata, México.
• 1982 "Franz Boas, la antropología profesional y la lingüística antropológica en México", **Anales de antropología**, vol. XIX, tomo 2, pp. 9-32, México.

AGUIRRE CINTA, Jesús
• 1889 **Lecciones de historia de Guatemala**, Tipografía Nacional, Guatemala.

ALMARAZ, Ramón
• 1865 "Apuntes sobre las pirámides de Teotihuacan", **Memoria y Trabajos de la Comisión Científica de Pachuca**, pp. 349-358, México.

ALVAREZ, Manuel F.
• 1900 **Las ruinas de Mitla y la arquitectura nacional**, Talleres Tipográficos de la Escuela de Artes y Oficios, México.

ALZATE Y RAMIREZ, José Antonio de
• 1981-5 **Obras**, 10 vols., UNAM, México.

ANDERSON, Hamilton
• s/f **Xunantunich: official guide**, Incorporating Notes on the Ancient Maya, Belice.

ANDREWS, Edward Willys
• 1981 "Dzibilchaltun", **Handbook of Middle American Indians** (Suppl. I), pp. 313-341, University of Texas Press, Austin.

ANDREWS IV, Edward W. y Andrews V, E.W.
• 1980 **Excavations at Dzibilchaltun**, MARI, publ. 48, New Orleans.

ANDREWS, George
• 1975 **Precolumbian cities: placemaking and urbanization**, University of Oklahoma Press, Norman.

ANGULO, Jorge
• 1976 "Teopanzolco y Cuauhnáhuac, Morelos", **Los señoríos y los estados militaristas**, pp. 183-213, INAH, México.

ANONIMO
• 1937 **El templo piramidal del dios Kukulkan**, Carnegie Institution, Public. Supplement N° 32, Washington.

ARBOLEYDA, Ruth
• 1979 **En torno a la crisis de la antropología nacional**, INAH, México.

AREVALO, Juan José
• 1954 **Guatemala: la democracia y el imperio**, Editorial América Nueva, México.

ARGAN, Giulio Carlo (comp.)
• 1973 **El pasado en el presente**, G. Gili, Barcelona.

ARTES DE MEXICO
• 1973 **Defensa del tesoro artístico de México**, Artes de México Nos. 179/80, México.

BALLESTEROS, Bartolomé
• 1872 "Ruinas de Chicomóstoc en la hacienda de La Quemada; Zacatecas", Boletín de la SMGE, 2a. época, tomo IV, pp. 250-256, México.

BALLESTEROS BERETTA, Antonio
• 1941 "Don Juan B. Muñoz: dos facetas científicas", **Revista de Indias**, vol. 9, pp. 5-37, Sevilla.
• 1942 "Don Juan B. Muñoz: la historia del Mundo Nuevo", **Revista de Indias**, vol. 10, pp. 589-660, Sevilla.

BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel
• 1947 "Los papeles de Lorenzo Boturini", **Documentos inéditos para la historia de España**, vol. 5, Madrid.
• 1960 **Nuevas noticias sobre Palenque en un manuscrito del siglo XVIII**, UNAM, México.

BARRERA RUBIO, Alfredo
• 1982 "El deterioro de los edificios mayas: el caso de Sabacché, Yucatán", **Boletín Eucady**, vol. 9. N° 53, pp. 54-60, Mérida.

BATRES, Leopoldo
• 1887 "Gran descubrimiento", **El Siglo XIX** (4 de enero), pág. 3, México.
• 1887 "Monumentos arqueológicos", **El Siglo XIX** (2 de febrero), pág. 3, México.
• 1887 "Descubrimientos arqueológicos", **El Siglo XIX** (6 de enero), pág. 2, México.
• 1889 **Piedra del agua descifrada**, Monografías de Arqueología Mexicana, México.
• 1902 "Exploraciones arqueológicas en la calle de las Escalerillas", **Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México**, INAH, México (1979, Matos Editor).
• 1902 **Exploraciones de Monte Albán**, Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos, México.
• 1903 **La Quemada**, Inspección de Monumentos, México.
• 1906 "Les fouilles operées à Teotihuacan", **XV Congreso Internacional de Americanistas**, pp. 277-282, Quebec.
• 1906 **The Pyramids of San Juan Teotihuacan**, National Museum, México.
• 1906 **Teotihuacan**, Imprenta de F. Soria, México.
• 1908 **Reparación y consolidación del Edificio de las Columnas en Mitla**, Buznego y León, México.
• 1909 **Las ruinas de Palenque** (1898), Tipografía Económica, México.
• 1910 **Antigüedades mexicanas falsificadas: falsificadores y falsificación**, Imprenta de F. Soria, México.
• 1910 "Las ruinas de Xochicalco", **XVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 406-410, México.
• 1910 "Las ruinas de Xochicalco", **Anales del Museo Nacional**, 2a. época, vol. II, pp. 91-102, México.
• 1912 "Descubrimientos y consolidación de los monumentos arqueológicos de Teotihuacan", **XVIII International Congress of Americanists**, pp. 188-193, Londres.
• 1919 "Memoria en extracto de las exploraciones llevadas a cabo por mandato oficial en las ruinas de Teotihuacan", **Boletín de la SMGE**, 5a. época, vol. IX, pp. 253-262, México.

BATRES JAUREGUI, Antonio
• 1894 **Los indios, su historia y su civilización**, Guatemala.

BAUDOT, Georges
• 1969 "Las antigüedades mexicanas del Padre Díaz de la Vega, O.F.M.", **Estudios de Cultura Náhuatl**, vol. VIII, pp. 223-256, México.

BAUDRILLARD, Jan
• 1969 **El sistema de los objetos**, Siglo XXI, México.
• 1974 **Crítica de la economía política del siglo**, Siglo XXI, México.

BAZAN, Martín
• 1928 "Ruinas de Quiotepec y Zaachila", **Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México**, SEP, México.
• 1929 **Informe sobre los trabajos de consolidación de las ruinas de Mitla...**, Informe inédito, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.

BECKER, Marshall
• 1979 "Priests, peasants and ceremonial centers: the intellectual history of a model", **Maya Archaeology and Ethno history**, pp. 3-20, University of Texas Press, Austin.

BENAVIDEZ, Antonio
• 1981 **Restauración arquitectónica urgente en el Puuc**, manuscrito en el Centro Regional del Sureste, Mérida.

BENEVOLO, Leonardo
• 1977 "Charla de presentación", **La preservación de los centros históricos ante el crecimiento de las ciudades contemporáneas**, UNESCO, s/p, Quito.

BERCE, Françoise
• 1979 **Les premiers travaux de la Commission de Monuments Historiques (1837-1848)**, Editions Picard, París.

BERISTAIN Y SOUZA, Mariano
• 1981 **Biblioteca Hispano-Americana Septentrional**, 3 vols., Instituto de Estudios y Documentos Históricos, México.

BERLIN, Heinrich
• 1945 "Necrología de Miguel Angel Fernández", **Boletín Bibliográfico de Antropología Americana**, vol. VIII, pp. 78-79, México.

BERLIN, Enrique
• 1967 "The destruction of structure 5D-33-1st. at Tikal", **American Antiquity**, vol. 32, N° 2, Washington.

BERNAL, Ignacio
• 1951 "Caso en Monte Albán", **Homenaje a Alfonso Caso**, pp. 83-89, INAH, México.
• 1952 "La arqueología mexicana de 1880 a la fecha", **Cuadernos Americanos**, vol. LXV, N° 5, pp. 122-145, México.
• 1961 "La arqueología mexicana en 1960", **Homenaje a Pedro Martínez del Río**, pp. 229-235, INAH, México.
• 1962 **Bibliografía de Arqueología y Etnografía**, INAH, México.
• 1962 "Humboldt y la arqueología mexicana", **Ensayos sobre Humboldt**, pp. 121-132, UNAM, México.
• 1963 **Teotihuacan: excavaciones, reconstrucciones**, INAH, México.
• 1967 "Excavaciones en Dainzú", **Boletín del INAH** N° 27, pp. 7-13, México.
• 1974 "Alfonso Caso", **Tres científicos mexicanos**, pp. 19-46, Sepsetentas, México.
• 1977 "La historia póstuma de la Coatlicue", **Del Arte: Homenaje a Justino Fernández**, UNAM, México.
• 1977 "Maya antiquaries", **Social Process in Maya Prehistory**, pp. 19-44, Academic Press, New York.
• 1979 **Historia de la Arqueología en México**, Porrúa, México.

BERNAL, Ignacio y Gamio, Lorenzo
• 1974 **Yagul: el Palacio de los Seis Patios**, UNAM, México.

BEYER, Hermann
• 1924/7 "Reseña de **Tribes and Temples**", **El México Antiguo**, vol. II, pp. 305-313, México.

BLANCO, José Joaquín
• 1982 "Tehuantepec: el pueblo que no pudo seguir siendo el paraíso vernáculo y colorido de las leyendas", **Uno más Uno** (10 de enero), pág. 5, México.
• 1982 "Villahermosa: en cinco años vino el auge, las demoliciones, los bulldozer y la especulación", **Uno más Uno** (17 de enero), pág. 3, México.

BLOM, Frans
• 1923 "Las ruinas de Tortuguero", **Ethnos**, vol. 1, N° 1, pp. 77-78, México.
• 1924 "Report on preliminary work at Uaxactun, Guatemala", **Year Book**, N° 23, pp. 217-219, Carnegie Institution, Washington.
• 1982 **Las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto**, INAH, México.

BLOM, Frans y La Farge, Oliver
• 1926/7 **Tribes and Temples**, 2 vols., Tulane University, New Orleans.

BLOM, Frans y Navarrete, Carlos
• 1981 **Noticia topográfica de la Intendencia de Chiapas**, UNAM-SMA, México

BOBAN, Eugene
• 1891 **Documents pour servir a l'histoire du Mexique**, 2 vols. y atlas, París.

BOLLES, John
• 1933 "Excavaciones en Las Monjas", **Informe Anual**, pp. 6-8, Carnegie Institution, Washington.
• 1977 **Las Monjas: a major pre-Mexican architectural complex at Chichen-Itza**, University of Oklahoma Press, Norman.

BONFIL, Ramón
• 1971 **Apuntes sobre restauración de monumentos**, Cuadernos de Lectura Popular, México.

BORUNDA, José Ignacio
• 1898 **Clave general de los jeroglíficos americanos...**, Edición del Duque de Loubat, Roma.

BOTTING, Douglas
• 1974 **Alexander von Humboldt**, Prestel Verlag, Munich.

BOTURINI, Lorenzo
• 1974 **Idea de una nueva historia de la América Septentrional**, Porrúa, México.

BOUDON, Philippe y Deshayes, Philippe
• 1979 **Viollet-le-Duc: le dictionnaire d'architecture, relevés et observations**, P. Mardaga, Bruselas.

BRASSEUR DE BOURBOURG, Charles E.
• 1854 **Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale**, 4 vols., París.
• 1981 **Viaje al itsmo de Tehuantepec**, Fondo de Cultura Económica, México.

BRETON, Adela
• 1906 "The wall paintings at Chichen Itza", **Proceedings of the XIXth. International Congress of Americanists**, pp. 165-169, Quebec.

BRUNHOUSE, Robert
• 1973 **Sylvanus Morley y el mundo de los antiguos mayas**, Editores Asociados, México.
• 1975 **Pursuit of the ancient Maya**, University of New Mexico Press, Albuquerque.
• 1976 **Frans Blom: Maya explorer**, University of New Mexico Press, Albuquerque.

BULLOCK, Irwin
• 1961 "A pionner of cultural relations between England and Mexico", **Homenaje a Pablo Martínez del Río**, pp. 439-443, INAH, México.

BULLOCK, William
• 1824 **A six month's residence and travels in Mexico**, 2 vols. y atlas, John Murray, London.

BURGOA, Francisco de
• 1937 **Palestra Geográfica e Histórica Descripción**, 2 vols., Archivo General de la Nación, México.

BURNS, E. J.
• 1959 "Clavijero and the lost Sigüenza y Gongora manuscript", **Estudios de Cultura Náhuatl**, vol. I, pp. 59-90, México.

CALDERON, Bernardo y José Luis
• 1977 **Reparación y conservación de edificios históricos**, Escuela de Conservación, Restauración y Museografía, México.

CALDERON, José Luis
• 1978 **Restructuración: ¿un fin en sí mismo?**, s/e, México.

CALDERON DE LA BARCA, Fanny
• 1954 **La vida en México**, Editorial Porrúa, México.

CARBO, Teresa
• 1981 "El nacimiento de una secretaría: documentos sobre la creación de la SEP", **Cuadernos de la Casa Chata**, N° 46, CIESAS, México.

CARMICHAEL, Elizabeth
• 1973 **The British and the Mayas**, The British Museum, Londres.

CASASOLA, Luis
• 1975 "Panorama general de la arqueología en El Salvador", **América Indígena**, vol. XXV, N° 4, pp. 715-726, México.

CASO, Alfonso
• 1927 "Las ruinas de Tizatlán, Tlaxcala", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. I, N° 4, pp. 139-172, México.
• 1932 **Las exploraciones en Monte Albán, temporadas 1931-1932**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
• 1935 **Las últimas exploraciones en Monte Albán**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
• 1938 **Las exploraciones en Monte Albán: temporada 1934-1935**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
• 1938 **Exploraciones en Oaxaca: 5a. y 6a. temporadas (1936-1937)**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
• 1939 "Resumen del informe de las exploraciones en Oaxaca, durante la 7a. y 8a. temporadas (1937-1939)", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. I, pp. 157-187, México.
• 1939 "Proyecto para la reconstrucción del techado en el Palacio de las Columnas de Mitla", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 188-209, México.
• 1958 "Prólogo", **Nuevos ensayos de restauración en Uxmal, Yucatán**, pp. 5-7, INAH, México.

CASTAÑEDA PAGANINI, Ricardo
• 1946 **Las ruinas de Palenque**, Edición del Autor, Guatemala.

CASTILLO LEDON, Luis
• 1924 **El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología**, Museo Nacional, México.

CATHERWOOD, Frederick
• 1936 "John Lloyd Stephens: biographical notice", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 13, tomo IV, pp. 471-474, Guatemala.

CEDILLO, Luciano
• 1983 "Las necesidades nacionales de la restauración", **1er. Encuentro Nacional de Restauradores del Patrimonio Cultural**, pp. 15-18, SEP-INAH, México.

CEREZO DARDON, Hugo
• 1957 "Breve historia de Tikal", **Arqueología Guatemalteca**, pp. 155-166, IDAEH, Guatemala.

CESCHI, Carlo
• 1970 **Teoria e storia del restauro**, Mauro Bulzoni Editore, Roma.

CEVALLOS NOVELO, Roque
• 1929 "Guía para visitar las principales ruinas del Estado de Morelos: Tepoztlán, Teopanzolco y Xochicalco", **Publicaciones de la SEP**, vol. XXI, N° 3, México.
• 1932 "Las ruinas de Tepoztlán y Teopanzolco", **Nuestro México**, pp. 39-41 y 74-75, México.

CHAVERO, Alfredo
• 1886 "Boturini", **Anales del Museo Nacional**, 1a. época, vol. III, 236-245, México.
• 1981 "Historia antigua y de la conquista", **México a través de los siglos** (original de 1887), Editorial Cumbres, México.

CHAVEZ, Ezequiel
• 1937 **Tres conferencias, tres profesores ilustres de la UNAM**, UNAM, México.

CIREROL SANSORES, Manuel
• 1939 "La realidad de las fachadas mayas", **Actas del XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. II, pp. 406-418, México.
• 1940 **Informe de la construcción de un alero que proteja los estucos murales de Acanceh**, Informe inédito, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.
• 1958 **Chi-Cheen-Itsa**, Edición del Autor, Mérida.

CLAVIJERO, Francisco Xavier
• 1945 **Historia Antigua de México**, 4 vols., Porrúa, México.

CLAXON, Robert
• 1982 "Miguel Rivera Maestre: un ingeniero científico en Guatemala", **Anales de la AGEH**, Tomo LVI, pp. 161-173, Guatemala.

COE, William
• 1962 "A summary of excavation and research at Tikal: 1959-1961", **American Antiquity**, vol. 27, N° 4, pp. 417-419.
1965 "Tikal: ten years of study of a Maya ruin in the Lowlands", **Expedition**, vol. 8, N° 1, pp. 5-56.
• 1975 **Tikal: guía de las antiguas ruinas mayas**, The University Museum-Asociación Tikal, Pennsylvania.

COE, William y Haviland, William
• 1982 "Site restoration", Introduction to the Archaeology of Tikal, **Tikal Reports**, N° 12, Philadelphia.

COGGINS, Clemency
• 1972 "Displaced Mayan Sculptures",

Estudios de Cultura Maya, vol. III, pp. 15-24, México.
• 1981 "Traffic in antiquities and the United States response: a question of economics", **World Conference on Rescue Archaeology**, s/p, UNESCO, Quito.

COLIN, Mario
• 1964 **Bibliografía general del Estado de México**, vol. III, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México.

COLLINS, Peter
• 1973 **Los ideales de la arquitectura moderna: su evolución**, Gustavo Gili, Barcelona.

COMAS, Juan
• 1956 "La vida y la obra de Manuel Gamio", **Homenaje al Dr. Manuel Gamio**, pp. 1-26, UNAM, México.
• 1962 **Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México**, UNAM, México.
• 1976 **100 años de Congresos de Americanistas**, UNAM, México.

COMISSION SCIENTIFIQUE
• 1865/7 **Archives de la Comission Scientifique au Mexique**, 3 vols., Paris.

CONFERENCIA INTERNACIONAL DE ATENAS
• 1978 **Documentos: recomendaciones sobre la protección en el ámbito nacional del patrimonio cultural y natural**, Escuela de Conservación, Restauración y Museografía, México.

CORONA NUÑEZ, José
• 1952 "El Templo de Quetzalcóatl en Ixtlán, Nayarit", **Anales del INAH**, tomo IV, N° 32, pp. 45-48, México.
• 1979 **Un monumento prehispánico en Ixtlán, Nayarit**, Gobierno del Estado, Ixtlán del Río.

CORRADINE ANGULO, Alberto
• 1980 **Notas sobre conservación**, Instituto de Investigaciones Estéticas, Bogotá.

COUTO, Bernardo
• 1854 "Biografía del Padre José Márquez", **Diccionario Universal de Historia y Geografía**, vol. 5, México.

COSIO VILLEGAS, Daniel
• 1973 **Historia moderna de México**, Editorial Hermes, vol. IV, México.

CREMA, Luigi
• 1959 **Monumenti e restauro**, Casa Editrice Ceschina, Milán.

CUMMINGS, Byron
• 1923 "Cuicuilco", **Ethnos**, vol. II, N° 1, pp. 90-94, México.
• 1933 "Cuicuilco and the archaic cultures in Mexico", **Social Science Bulletin**, vol. IV, Tucson.

DAVALOS HURTADO, Eusebio
• 1951 "Bibliografía del Dr. Alfonso Caso", **Homenaje a Alfonso Caso**, pp. 33-39, INAH, México.
• 1960 "La antropología", **México: 50 años de Revolución**, Fondo de Cultura Económica, México.
• 1962 "25 años de vida de la ENAH", **Tlatoani**, vol. 16, pp. 5-12, México.

DAVIS, Hester
• 1971 "Is there a future for the past?", **Archaeology**, vol. 24, N° 4, pp. 300-306.

DAVIS, Keith
• 1981 **Désiré Charnay: expeditionary photographer**, University of Texas Press, Austin.

DE FUSCO, Renato
• 1976 **La idea de arquitectura: historia de la crítica desde Viollet-le-Duc hasta Persico**, G. Gili, Barcelona.

DE LA BORBOLLA, Daniel R. y Rojas, Pedro
• 1953 **Honduras: monumentos históricos y arqueológicos**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.

DE LA FUENTE, Beatriz
• 1981 "Alberto Ruz L'huiller y Palenque", **Homenaje a Alberto Ruz L'huiller**, pp. 35-39, UNAM, México.
• 1984 **Palenque en el siglo XVIII: los escritos de Ramón de Ordóñez y Aguiar** (en prensa), UAM, México.

DE LA FUENTE, Beatriz y Schávelzon, Daniel
• 1976 "Algunas noticias poco conocidas que sobre Palenque se publicaron en el siglo XIX", **II Mesa Redonda de Palenque**, vol. III, pp. 149-174, Pebble Beach.

DE LA FUENTE, Julio
• 1958 Manuel Gamio", **Acción indigenista**, N° 86, México.

DE LA ENCINA, Juan
• 1977 **El estilo**, UNAM, México.

DE LA MAZA, Francisco
• 1971 "La propaganda y la belleza, o la estética de la Coca-Cola", **Páginas de arte e historia**, INAH, México.

DE LA SERNA, Jacinto
• 1953 **Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México**, Ediciones Fuente Cultural, México.

DEL RIO, Antonio y Cabrera, Paul F.
• 1822 **Description of the ruins of an ancient city discovered in America...**, H. Berthoud, Londres.

DEL MORAL, Enrique
• 1977 **Defensa y conservación de las ciudades y conjuntos urbanos monumentales**, Academia de Artes, México.

DE LANDA, Diego
• 1972 **Relación de las cosas del Yucatán**, Editorial Porrúa, México.

DE LEON ZEA, Carlos
• 1957 **Reconstrucción de centros indígenas en el altiplano de Guatemala**, tesis de grado, Facultad de Ingeniería, USAC, Guatemala.

DE SOLANO, Francisco
• 1979 **Antonio de Ulloa y la Nueva España**, UNAM, México.

DE PAUW, Corneille
1768/9 **Recherches philosophiques sur les américains**, 2 vols., Imp. du Roi, Berlín.

DESMOND, Lawrence
• 1981 **The excavations by Auguste Le Plongeon of the Platform of Venus, Chichen Itza, Yucatan**, ponencia al Annual Meeting, Society for American Archaeology.

DIAZ BERRIO, Salvador
• 1968 **Comentarios a la Carta Internacional de Venecia**, Universidad de Guanajuato.
• 1970 "La fotogrametría y su aplicación a la arquitectura", **Devenir**, N° 1, pp. 19-22, UNAM, México.
• 1973 "Algunas ideas sobre la enseñanza de la restauración", **Boletín del INAH**, N° 7, 2a. época, pp. 25-30, México.
• 1974 "Bases para rehabilitar poblaciones y ciudades históricas de México", **Boletín del INAH**, N° 9, pp. 15-24, México.
• 1975 "Monumentos y Museos", **Anales del INAH**, vol. IV, N° 52, pp. 57-70, México.
• 1976 **Conservación de monumentos y zonas monumentales**, Sepsetentas, México.
• 1983 "La formación en los campos de la conservación y de la restauración del patriomonio cultural mueble e inmueble", **2ª Encuentro Nacional de Restauradores del Patrimonio Cultural**, pp. 97-106, SEP-INAH, México.

DIRECCION DE ARQUEOLOGIA
• 1928 **Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México**, SEP, México.

DOZAL, Pedro
• 1925 "Descubrimientos arqueológicos en el Templo de Quetzalcóatl", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, vol. III, pp. 216-219, México.

DRUCKER, Philip y Heizer, Robert
• 1956 "Gifts of the Jaguar God", **National Geographic Magazine**, vol. CX, N° 3, pp. 367-375, Washington.

DRUCKER, Philip, Heizer, Robert y Squier, Robert
• 1959 **Excavations at La Venta, Tabasco, 1955**, Smithsonian Institution, Washington.

DUPAIX, Guillermo
• 1834 **Antiquités Mexicaines**, 2 vols., París.
• 1976 **Atlas de las antigüedades mexicanas**, Ediciones San Angel, México.

DUVIOLS, Pierre
• 1977 **La destrucción de las religiones andinas durante la conquista y la colonia**, UNAM, México.

ECHANOVE TRUJILLO, Carlos
• 1975 **Dos héroes de la arqueología maya: Teobert Maler y el Conde Waldeck**, Universidad del Yucatán, Mérida.

ERAZO FUENTES, Antonio
• 1976 **Sobre preservación de valores de uso de carácter folklórico**, Centro de Estudios Folklóricos, Universidad de San Carlos, Guatemala.
EROSA PENICHE, José
• 1939 "Descubrimiento y exploración arqueológica de la subestructura del Castillo de Chichén Itzá", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 229-248, México.
ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA
• 1982 **Cuatro décadas de la ENAH**, México.
ESPEJO, Antonieta
• 1944 "Nota sobre la consolidación y reconstrucción de la pirámide de Tlatelolco", **Tlatelolco a través de los tiempos**, vol. 2, pp. 527-529, México.
• 1961 "Don Pablo en Tlatelolco", **Homenaje a Pablo Martínez del Río**, pp. 17-22, INAH, México.
ESPINOSA CHAVEZ, Agustín
• 1983 "Recuento histórico del desarrollo de la restauración en México", **1er. Encuentro Nacional de Restauradores del Patrimonio Cultural**, pp. 7-14, SEP-INAH, México.
EVANS, John, Cunliffe, Barry y Renfrew, Colin
• 1981 **Antiquity of man: essay in honour of Glyn Daniel**, Thames and Hudson, Londres.EVANS, John, Cunliffe, Barry y Renfrew, Colin
• 1981 **Antiquity of man: essay in honour of Glyn Daniel**, Thames and Hudson, Londres.
FERNANDEZ, Justino
• 1954 "El diario del viaje de Waldeck", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, N° 22, pp. 15-32, México.
• 1956 "El atlas de la obra de Bullock", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, N° 24, pp. 23-33, México.
• 1963 "Pedro José Márquez en el recuerdo y en la crítica", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, vol. 8, pp. 5-19, México.
FERNANDEZ, Miguel Angel
• 1925 "El Templo de los Tigres", **Ethnos**, 3a. época, Nos. 1/2, pp. 35-42, México.
• 1925 "El Juego de Pelota de Chichén Itzá, Yucatán", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, tomo III, pp. 363-372, México.
• 1935 "Las ruinas de Tulum, I", **Anales del INAH**, 5a. época, vol. I, pp. 95-105, México.
• 1936/8 "Las ruinas de Tulum, II", **Anales del INAH**, 5a. época, vol. III, pp. 109-116, México.
• 1939 "Exploraciones en Acancéh", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 249-253, México.
• 1940 "Exploración y reconstrucción del Templo del Sol, Palenque, Chiapas", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, tomo IV, pp. 57-64, México.
FLORESCANO, Enrique
• 1981 "Destrucción y recomposición de la memoria indígena", **Sábado**, N° 255, pp. 2-5, México.
FLORES GUERRERO, Raúl
• 1958 "Castillo de Teayo", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, N° 27, pp. 5-15, México.
FLORES MARINI, Carlos
• 1972 "Experiencias latinoamericanas", **III Simposio sobre restauración de monumentos y sitios**, Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores, México.
• 1973 "Revitalización urbana y desarrollo turístico", **Boletín de CIHE**, N° 16, pp. 66-80, Caracas.
• 1976 **La restauración de ciudades en América Latina**, Fondo de Cultura Económica, México.
• 1977 **Un problema de los asentamientos humanos: el futuro de los centros históricos ante el crecimiento de la ciudad contemporánea**, ponencia a la reunión organizada por UNESCO, Quito.
• 1980 "Un diferente enfoque para la restauración de monumentos arqueológicos", **Apuntes sobre arquitectura**, pp. 33-34, INBA, México.
• 1980 "Una brecha en la arqueología mexicana", **Apuntes sobre arquitectura**, pp. 35-38, INBA, México.
FOLAN, William
• 1968 **El Cenote Sagrado de Chichén Itzá**, INAH, México.
• 1970 **The open chapel of Dzibilchaltun**, MARI, Publ. 26, New Orleans.
FONTANA, Joseph
• 1982 **Historia: análisis del pasado y proyecto social**, Crítica, Barcelona.
FROLEY, Rainey
• 1956 "The Tikal project", **University Museum Bulletin**, vol. 20, N° 4, pp. 20-24, Philadelphia.
GALINDO, Juan
• 1945 "Informe a la Comisión Científica formada para (...) Copán, por decreto (...) de 1834, de (...) Mariano Galvez", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 20, N° 3, pp. 217-228, Guatemala.
GALINDO Y VILLA, Jesús
• 1901 **Breve noticia histórico-descriptiva del Museo Nacional de México**, Museo Nacional, México.
• 1907 "Algo sobre los zapotecas y los edificios de Mitla", **Anales del Museo Nacional**, 2a. época, vol. II, pp. 226-272, México.
• 1910 "La conservación de nuestros monumentos arqueológicos", **Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate**, vol. 30, pp. 481-485, México. Hay relación de 1912 en el **Boletín del Museo Nacional.**
• 1912 "Las ruinas de Cempoala y del Templo del Tajín exploradas por (...) Don Francisco del Paso y Troncoso", **Anales del Museo Nacional**, vol. III, N° XCVII-CLXI, México.
• 1916 "Don Francisco del Paso y Troncoso: su vida y sus obras", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, pp. 305-331, México.
GALVEZ GARCIA, María
• 1965 "Evocación del Lic. J. Antonio Villacorta", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 38, Nos. 1/4, pp. 21-30, Guatemala.
GALLARETA, Tomás y Callaghan, James
• 1981 "Proyecto arqueológico de conservación de la ciudad de Mérida, Yucatán", **Memoria del Congreso Interno**, pp. 145-152, INAH, Mérida.
GALLEGOS, Roberto
• 1978 **El Señor 9 Flor en Zaachila**, UNAM, México.
GAMIO, Lorenzo
• 1957 **Reconstrucción del Palacio de Yagul, Tlacolula, Oaxaca**, Informe inédito, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.
GAMIO, Manuel
• 1913 "Los prejuicios en arqueología y etnología", **Anales del Museo Nacional**, 3a. época, vol. V, pp. 41-49, México.
• 1914 "Los vestigios prehispánicos de la 2a. Calle de Santa Teresa", **Boletín de la SEP**, vol. I, N° 1, México.
• 1914 **Metodología sobre investigación, exploración y conservación de monumentos arqueológicos**, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México.
• 1915 "Investigaciones arqueológicas en México: 1914-1915", **Proceedings of the XIXth. International Congress of Americanists**, pp. 125-133, Washington.
• 1920 "Teotihuacan: by Señor Manuel Gamio, in charge of excavation", **The Illustrated London News** (Sept. 18), Londres.
• 1922 **La población del Valle de Teotihuacan**, 3 vols., Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México.
• 1922 "Vestigios del Templo Mayor descubiertos recientemente: el Coatecalli", **Ethnos**, vol. I, Nos. 8/12, pág. 205, México.
• 1972 "Arqueología de Atzcapotzalco, DF, México" (1909), **Arqueología e indigenismo**, Sepsetentas, México.
GAMIO, Manuel y Mendieta y Núñez, Lucio
• 1923 "Proyecto de ley sobre conservación (...)", **Ethnos**, vol. I, N° 2, pp. 28-41, México.
GANDARA, Manuel
• 1978 **La arqueología oficial en México**, Tesis ENAH, México.
GARCIA CANCLINI, Néstor
• 1982 **Las culturas populares en el capitalismo**, Nueva Imagen, México.
• 1983 **Las políticas culturales en América Latina**, Materiales para la Comunicación Popular, N° 1, Lima.
GARCIA DE FUENTES, Ana
• 1979 **Cancún: turismo y subdesarrollo regional**, UNAM, México.

GARCIA GRANADOS, Jorge
• 1925/6 "Ensayos sobre el gobierno del Dr. Mariano Galvez", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 2, pp.133-177, Guatemala.
GARCIA MOLL, Roberto
• 1975 "Primera temporada arqueológica en Yaxchilán, Chiapas", **Boletín del INAH**, N° 12, 2a. época, pp. 3-12, México.
• 1978 "Conservación de monumentos en Yaxchilán, Chiapas", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. XXIV, N° 3, pp. 257-286, México.
GARCIA PAYON, José
• 1936 **La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca**, Gobierno del Estado de México, Toluca.
• 1939 "El edificio monolítico es de cultura azteca", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 222-228, México.
• 1946 "Los monumentos arqueológicos de Malinalco", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. VIII, pp. 5-64, México.
• 1950 "Castillo de Teayo: noticias sobre su arqueología", **Uni-Ver**, vol. 2, N° 16, pp. 301-332, Xalapa.
• 1960 **Guía oficial de Calixtlahuaca**, INAH, México.
GARCIA QUINTANA, Josefina
• 1977 **Cuauhtémoc en el siglo XIX**, UNAM, México.
GARCIA VEGA, Agustín
• 1928 "Mitla", "Monte Albán", "Tizatlán", **Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México**, pp. 135-159, México.
GARCIA VEGA, Noguera, Agustín y Eduardo
• 1929 "Las ruinas de Tizatlán, Tlaxcala", **Publicaciones de la SEP**, tomo XX, N° 20, México.
GARDUÑO, Jaime
• 1980 "Breves notas sobre la desintegración de la comunidad cobaeña indígena", **Boletín Eucady**, N° 40, pp. 51-57, Mérida.
GARIBAY, Angel María
• 1960 "La obra de Gamio en Teotihuacan", **América Indígena**, vol. 4, pp. 279-287, México.
GASPARINI, Graziano
• 1973 "Mejor conservar que restaurar", **Boletín del CIHE**, N° 16, pp. 11-16, Caracas.
GERBI, Antonello
• 1960 **La disputa del Nuevo Mundo**, Fondo de Cultura Económica, México.
GERTZ MANERO, Alejandro
• 1973/4 "La defensa jurídica del patrimonio cultural de la nación", **Anuario de la Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores**, pp. 33-38, México.
• 1976 **La defensa jurídica y social del patrimonio cultural**, Fondo de Cultura Económica, México.
GLASS, John
• 1966 "A catalogue of falsified Middle American pictorial manuscripts", **Handbook of Middle American Indians**, vol. 14, pp. 107-139, Austin.
GLASS, John B.
• 1976 **The Boturini collection and the Council of the Indies: 1780-1800**, Conemex Ass., Massachusets.
GONZALEZ, Baltasar
• 1977 "La reconstrucción de la Gran Pirámide de Uxmal", **Boletín Eucady**, N° 24, pp. 78-88, Mérida.
GONZALEZ, Luis
• 1982 "Xavier Clavijero, abogado de América", **De historia e historiadores**, pp. 95-112, Siglo XXI, México.
GONZALEZ CANO, Marcelino
• 1973 "La restauración de centros arqueológicos prehispánicos de Guatemala", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, tomo XLVI, Nos. 1/4, Guatemala.
• 1977 "Problemas en la conservación de elementos escultóricos prehispánicos en Guatemala", **Los procesos de cambio en Mesoamérica**, vol. II, pp. 155-161, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
• 1977 "Teoría y método en la restauración arquitectónica de monumentos arqueológicos, Guatemala, 1900-1975" **Seminario Centroamericano sobre técnicas y metodología de restauración de monumentos**, UNESCO, Antigua.
• 1978 "Utopía y realidad del centro histórico de Antigua Guatemala", **Symposium Interamericano de Conservación del Patrimonio Artístico**, pp. 111-114, INBA, México.
• 1980 **La restauración arquitectónica de estructuras arqueológicas en áreas sísmicas: el caso de Mixco Viejo**, IDAEH, Guatemala.
GONZALEZ OBREGON, Luis
• 1905 "La colección de antigüedades de don Antonio León y Gama", **Anales del Museo Nacional**, 2a. época, tomo II, pp. 259-260, México.
GORDON, George B.
• 1896 **Prehistoric ruins of Copan, Honduras**, Peabody Museum, Cambridge.
• 1902 **The hieroglyphic stairway, ruins of Copan, report on explorations by the Museum**, Peabody Museum, Cambridge.
GRAHAM, Ian
• 1963 "Juan Galindo: enthusiast", **Estudios de Cultura Maya**, vol. 3, pp. 11-35, México.
• 1977 "Lord Kingsborough, Sir Thomas Philips and Obadiah Rich: some bibliographical notes", **Social Process in Maya Prehistory**, pp. 47-57, Academic Press, New York.
• 1978 **Corpus of Maya hieroglyphic inscriptions**, vol. 2, parte 2, Peabody Museum, Cambridge.
GRAJALES, Gloria
• 1961 **Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales**, UNAM, México.
GRIFFITH, William
• 1960 "Juan Galindo, Central American Chauvinist" **Hispanic American Historial Review**, vol. XL, N° 1, pp. 25-52, Durham.
GRIFFIN, Gillet
• 1974 "Early travelers to Palenque", **I Mesa Redonda de Palenque**, vol. I, pp. 9-34, R. L. Stevenson School, Pebble Beach, California.
GUILLEMIN, Jorge
• 1958 "La pirámide B-6 de Mixco Viejo y el Sacrificatorio de Utatlán", **Antropología e Historia**, vol. 10, N° 1, Guatemala.
• 1966 "Notas sobre restauración y reconstrucción en los sitios de Tikal e Iximché, Guatemala", **XXXVII Internacional Congress of Americanists**, vol. 2, pp. 1 19-123, Stuttgart.
GUSSINYER, Jordi
• 1976 "Una figurilla olmeca en un entierro del Horizonte Clásico", **Estudios de cultura maya**, vol. X, pp. 69-80, México.
GUZMAN BOCKLER, Carlos
• 1983 **Las voces negadas toman la palabra: el pensamiento político indio en la dialéctica social de Mesoamérica**, Cuadernos de la Casa Chata, CIESAS, México.
HADJINICOLAU, Nicos
• 1982 **Historia del arte y lucha de clases**, Siglo XXI, México.
HALPERIN DONGHI, Tulio
• 1982 "El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos", **De Historia e Historiadores**, pp. 113-144, Siglo XXI, México.
HARDOY, Jorge Enrique
• 1982 **Notas para una estrategia regional de rehabilitación de áreas históricas**, UNESCO, Lima.
HARRIS, Marvin
• 1972 **The rise of anthropological theory: a history of theories of culture**, Routledge and Kegan Paul, Londres.
HAURY, Emil
• 1975 "Cuicuilco in retrospect", **The Kiva**, vol. 41, N° 2, pp. 195-200, Tucson.
HERRERIAS, Armando
• 1969 **Una visión al futuro turístico y otros ensayos**, edición del autor, México.
HEWETT, Edgar
• 1911 "Two season's work in Guatemala", **Bulletin of the Archaeological Institute of America**, vol. II, N° 3, pp. 117-134.
• 1912 "The third season's work in Guatemala", **Bulletin of the Archaeological Institute of America**, vol. III, pp. 163-171.
• 1913 "The excavation of Quiriguá by the School of American Archaeology", **XVIII International Congress of Americanists**, pp. 241-248, Londres.
• 1916 "Latest work of the School of

American Archaeology at Quirigua", **Holmes Anniversary Volume**, pp. 157-162, Washington.
• 1936 **Ancient life in Mexico and Central America**, Bobbs-Merrill Co., Indianapolis.
HINSLEY, Curtis
• 1981 **Savages and scientists: the Smithsonian Institution and the development of American Anthropology**, Smithsonian Institution Press, Washington.
HOLMES, William
• 1886 "A trade in spurious Mexican antiquities", **Science**, vol. 7, pp. 170-172, Washington.
• 1889 "On some spurious Mexican antiquities and their relation to an ancient art", **Annual Report**, Smithsonian Institution, Washington.
• 1896/7 **Archaeological studies among the ancient cities of Mexico**, Field Columbian Museum, 2 vols., Chicago.
HOSMER, Charles
• 1965 **Presence of the past: a history of the preservation movement in the United States before Williamsburg**, Putnam's and Sons, New York.
• 1976 "Historic preservation, tourism and leisure", **Monumentum**, vol. XIII, pp. 81-91, Lovaina.
• 1981 **Preservation comes of age**, 2 vols., National Trust for Historic Preservatio, Charlottesville.
HUMBOLDT, Alexander von
• 1874/5 **Cosmos**, Gaspar y Roig, 4 vols., Madrid.
ICAZA, Isidro, Isidro Gondra y de Waldeck, Frederic
• 1827 **Colección de antigüedades que existen en el Museo Nacional**, Impreso por P. Robert, México.
IGUINIZ, Juan B.
• 1953 "El éxodo de documentos y libros mexicanos al extranjero", **Memorias de la Academia Mexicana de la Historia**, vol. XII, N° 3, México.
INAH
• 1952 "Información general de las actividades del INAH durante 1951", **Anales del INAH**, N° 33, pp. 11-12, México.
• 1956 **El INAH**, México.
• 1962 **El INAH: su contribución a la bibliografía nacional**, México.
• 1962 **El Instituto Nacional de Antropología e Historia: funciones y labores**, México.
• 1963 **Leyes y reglamentos**, México.
• 1981 **Informe anual**, Centro Regional de Oaxaca, Sección Arqueología, Oaxaca.
ISIDICA, Rosa
• 1932 "El Museo Nacional en 1827", **Boletín del Museo Nacional**, tomo I, 5a. época, pp. 193-195, México.
JIMENEZ, Francisco
• 1865 "Memoria sobre la determinación astronómica de San Juan Teotihuacan", **Boletín de la SMGE**, 1a. época, vol. XI, pp. 155-182, México.
JIMENEZ MORENO, Wigberto
• 1946 "Preservación y fomento de la cultura regional", **América Indígena**, vol. VIII, N° 4, pp. 313-319, México.
JUARROS, Domingo
• 1857 **Compendio de historia de la ciudad de Guatemala**, Imprenta de Luna, 2 vols., Guatemala.
JUDD, Neil
• 1915 "The use of glue molds in reproducing aboriginal monuments at Quirigua, Guatemala", **American Anthropologist**, vol. 17, N° 1, pp. 128-138.
• 1967 **The Bureau of American Ethnology**, University of Oklahoma Press, Norman.
JUNTA COLOMBIANA
• 1892 **Antigüedades mexicanas**, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México.
KATZMAN, Israel
• 1973 **Arquitectura del siglo XIX en México**, UNAM, México.
KELEMEN, Pal
• 1943 **Medieval American art**, 2 vols., MacMillan and Co., New York.
KILMARTIN, J. O. y O'Neill, H. P.
• 1934 **Map of the ruins of Chichen Itza**, Carnegie Institution, Washington.
KINGSBOROUGH, Lord
• 1831/48 **Antiquities of Mexico**, 10 vols., Robert Havell, Londres.
KIRCHOFF, Paul
• 1943 "Mesoamérica", **Acta Americana**, vol. I, pp. 92-107, México.
• 1962 "La aportación de Humboldt al estudio de las antiguas civilizaciones americanas: un modelo y un programa", **Ensayos sobre Humboldt**, pp. 89-103, UNAM, México.
KLUCKHOLM, Clyde
• 1940 "The conceptual structure in Middle American studies", **The Maya and their Neighbors**, pp. 41-51, Appleton-Century Co., New York.
KROEBER, Alfred y Kluckholm, Clyde
• 1958 "Culture: a critical review of concepts and definitions", **American Anthropologist**, vol. 54, pp. 54-96.
KUBLER, George
• 1968 "La traza colonial de Cholula", **Estudios de Cultura Novohispana**, vol. II, México.
KUHN, Thomas
• 1971 **La estructura de las revoluciones científicas**, Fondo de Cultura Económica, México.
LABASTIDA, Jaime
• 1975 **Humboldt, ese desconocido**, Sepsetentas, México.
LACOMBE, Charles
• 1976 "El saqueo del patrimonio", **Américas**, vol. 28, N° 1, pp. 2-9, Washington.
LANCASTER, Ricardo
• 1969 "El uso de documentos en la restauración de edificios", **Historia Mexicana**, N° 73, pp. 125-138, México.
LARRAINZAR, Manuel
• 1876 **Estudios sobre la historia de América, sus antigüedades y ruinas**, 5 vols., Imprenta de Villanueva Francesconi, México.
LECRERQ, Gerard
• 1973 **Antropología y colonialismo**, Ediciones del Sur, Medellín.
LEHMANN, Henri
• 1968 "Introduction" al Symposium Técnicas de Conservación y Restauración de Estructuras Arqueológicas, **XXXVIII International Congress of Americanists**, vol. 2, pp. 111-112, Stuttgart.
• 1968 "Résultats et problèmes a Mixco Viejo", **XXXVIII International Congress of Americanists**, vol. 2, pp. 113-118, Stuttgart.
• 1974 **Mixco Viejo: guía de las ruinas**, Tipografía Nacional, Guatemala.
LEJEAL, León
• 1904 "Protection des monuments de l'Amérique indigène", **Journal de la Société des Américanistes**, vol. I, pp. 393-394, París.
LEMUS, José
• 1925/6 "Biografía del Dr. Mariano Galvez", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 2, pp. 363-371, Guatemala.
LEON, Nicolás
• 1901 **Lyobaa o Mictlán: guía histórica y descriptiva**, La Europea, México.
• 1906 **Bibliografía mexicana del siglo XVIII**, vol. 3, pp. 195-324, México.
LEONARD, Irving
• 1929 **Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican savant of the XVIIth. Century**, University of Texas Press, Austin.
• 1959 **Baroque times in old Mexico**, University of Michigan Press, Ann Arbor.
LEON Y GAMA, Antonio
• 1978 **Descripción histórica de las dos piedras...**, Editorial Porrúa, México.
LE PLONGEON, Auguste
• 1881 **Vestiges of the ancient mayas**, J. Polhemus, New York.
• 1886 **Sacred mysteries among the mayas and the quiches 11,500 year ago...**, Macoy Publ., New York.
• 1896 **Queen Moo and the Egyptian Sphinx**, edición del autor, New York.
LEWIS, Oscar
• 1951 **Life in a Mexican village: Tepoztlan re-studied**, University of Illinois Press, Urbana.
LITVAK, Jaime
• 1979 "El patrimonio arqueológico nacional: un problema de proceso y concepto", **Symposium Interamericano de Conservación del Patrimonio Artístico**, INBA, pp. 70-74, México.
• 1981 "La arqueología", **Las humanidades en México (1950-1975)**, pp. 669-679, UNAM, México.

LITVAK, Jaime, González, Luis y González, M. R.
• 1980 "Legislación sobre bienes arqueológicos", **Arqueología y derecho en México**, pp. 179-226, UNAM, México.
LOPEZ AUSTIN, Alfredo
• 1976 "Estudio acerca del método de investigación de Fray Bernardino de Sahagún", **La investigación social de campo en México**, pp. 9-56, UNAM, México.
LOPEZ DE MOLINA, Diana
• 1979 "Investigación arqueológica y desarrollo turístico", **Antropología e Historia**, N° 27, pp. 3-8, México.
LOPEZ RANGEL, Rafael
• 1975 **Arquitectura y subdesarrollo en América Latina**, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
• 1977 **Contribución a la visión crítica de la arquitectura**, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
• 1981 **Diseño, sociedad y marxismo**, Editorial Concepto, México.
LORENZEN, David (Comp.)
• 1982 **Cambio religioso y dominación cultural**, El Colegio de México, México.
LORENZO, José Luis (Coord.)
• 1976 **Hacia una arqueología social**, INAH, México.
LORENZO, José Luis
• 1964 "Ixtlán del Río, Nayarit", **Boletín del INAH**, N° 18, pp. 14-15, México.
LOTHROP, Samuel
• 1924 **Tulum: an archaeological study of the East coast of Yucatan**, Carnegie Institution, Washington.
• 1926 "Sculpture fragments from Palenque: an account of the first old empire Maya remains to reach Europe", **Journal of the Royal Anthropological Institute**, vol. LIX, pp. 53-63, Londres.
LOWEMBERG, Julious
• 1969 "Alejandro de Humboldt: visión bibliográfica de sus obras, escritos y disertaciones", **Cien años de arqueología mexicana**, Sociedad Alemana Mexicanista, pp. 619-730, México.
LUJAN MUÑOZ, Luis
• 1972 "Breve historia de la arqueología en Guatemala", **Estudios Indigenistas**, pp. 1-17, SMGE, México.
• 1973 "El primer Museo Nacional de Guatemala", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 46, Nos. 1/4, pp. 173-189, Guatemala.
• 1976 **Dos estelas mayas sustraídas de Guatemala, su presencia en New York**, Universidad de San Carlos, Guatemala.
LUMBRERAS, Luis
• 1981 **La arqueología como ciencia social**, Ediciones Peisa, Lima.
LUNACHARSKY, Anatol
• 1975 **El arte y la revolución (1917-1927)**, Grijalbo, México.
LYNCH, Kevin
• 1972 **¿De qué tiempo es este lugar?**, G. Gili, Barcelona.
LLINAS, Edgard
• 1978 **Educación, revolución, mexicanidad: la búsqueda de la identidad nacional en el pensamiento educativo mexicano**, UNAM, México.
MAC DONALD, Eugenio
• 1981 **Turismo: una recapitulación**, UNAM, México.
MACLINTOCK, Lucy
• 1981 "Monumentality versus suitability: Viollet-le-Duc's Saint Gimmer et Carcassone", **Journal of the Society of Architectural Historians**, vol. XL, N° 3, pp. 218-234.
MADSEN, William
• 1954 **Christo-paganism: study of Mexican religious syncretism**, Middle American Research Institute, publ. 19, pp. 18-20, New Orleans.
• 1982 "Sincretismo religioso en México", **Cambio religioso y dominación cultural**, pp. 139-168, El Colegio de México, México.
MAGADAN, Marcelo
• 1984 **Destrucción y conservación de un sitio monumental: el caso de Mitla**, Tesis de Maestría, Escuela de Conservación, Restauración y Museografía, México.
MALDONADO, Rubén
• 1981 "Intervención de restauración en el juego de pelota de Uxmal, Yucatán", **Memoria del Congreso Interno**, pp. 233-241, INAH, México.
MALDONADO KOERDELL, Borgonio, Manuel y Guadalupe
• 1961 "Obra y bibliografía de Don Pablo Martínez del Río", **Homenaje a Pablo Martínez del Río**, pp. 23-28, INAH, México.
MARGAIN, Carlos
• 1951 "La reconstrucción en arqueología", **Homenaje a Alfonso Caso**, pp. 251-261, México.
MARISCAL, Federico
• 1915 **La patria y la arquitectura nacional**, Universidad Obrera, México.
MARISCAL, Mario
• 1939 "The inscriptions of Peten, by S. G. Morley", **Boletín Bibliográfico de Antropología Americana**, vol. III, N° 3, pp. 237-247, México.
MARQUEZ, Pedro José
• 1972 **Sobre lo bello en general y dos monumentos de arquitectura mexicana: Tajín y Xochicalco**, UNAM, México.
MARQUINA, Ignacio
• 1928 **Estudio arquitectónico comparativo de los edificios arqueológicos de México**, SEP, México.
• 1932 "Chichén Itzá", **Nuestro Tiempo**, s/n, pp. 33-36, Mexico.
• 1939 "Exploraciones en la pirámide de Cholula, Puebla", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. I, pp. 52-63, México.
• 1951 **Arquitectura prehispánica**, INAH, México.
• 1951 "La obra del Dr. Alfonso Caso", **Homenaje al Dr. Alfonso Caso**, pp. 21-31, INAH, México.
• 1956 "La Dirección de Antropología", **Homenaje al Dr. Manuel Gamio**, pp. 39-45, UNAM, México.
• 1965 **Proyecto Cholula**, INAH, México.
MARTINEZ DEL RIO, Pablo
• 1931 "El Instituto Carnegie y el Templo de los Guerreros", **Universidad de México**, vol. II, N° 10, pp. 326-332, México.
• 1951 "Taylor en México", **Homenaje a Alfonso Caso**, pp. 263-270, INAH, México.
MARTINEZ PEÑALOZA, Porfirio
• 1982 **Permanencia, cambio y extinción de las artesanías en México**, FONART-FONAPAS, México.
MASON, J. Alden
• 1935 "Preserving ancient America's finest sculptures", **National Geographic Magazine**, vol. LXVIII, N° 5, pp. 537-570, Washington.
MASS, John
• 1976 "Historic preservation and the national mythology", **Monumentum**, vol. XIII, pp. 35-45, Lovaina.
MATOS, Eduardo
• 1972 **Arqueología e indigenismo**, Sepsetentas, México.
• 1974/6 **Proyecto Tula: 1a. y 2a. parte**, INAH, 2 vols., México.
• 1976 "Jorge R. Acosta: apuntes bibliográficos", **Boletín del INAH**, N° 16, pp. 53-58, México.
• 1979 "Las corrientes arqueológicas en México", **Nueva Antropología**, vol. 12, pp. 7-25, México.
• 1979 "Una máscara olmeca en el Templo Mayor", **Anales de Antropología**, N° XVI, México.
• 1979 (Comp.) **Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México**, INAH, México.
MATUTE, Alvaro
• 1976 **Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico**, UNAM, México.
MAUDSLAY, Anne y Alfred
• 1899 **A glimpse at Guatemala and some notes on the ancient monuments of Central America**, J. Murray, Londres.
MAUDSLAY, Alfred P.
• 1889/1902 "Archaeology", **Biología Centrali-Americana**, 5 vols., Londres.
• 1913 "Recent archaeological discoveries", **Journal of the Royal Anthropological Institution**, vol. 43, pp. 9-22, Londres.
MAY, Stacy y Plaza, Galo
• 1958 **The United Fruit Co. in Latin America**, United States Performance Abroad, Washington.
MAYER, Brantz
• 1955 **México: lo que fue y lo que es**, Fondo de Cultura Económica, México.

MAYER, Karl
- 1973 **The plundered past**, Atheneum, New York.

MAYER, Karl Herbert
- 1975 **Looted archaeological sites in Mexico**, Working Paper N° 2, Graz.
- 1978 **Maya monuments: sculptures of unknown provenance in Europe**, Acoma Books, Ramona.
- 1979 **Maya monuments: sculptures of unknown provenance in the United States**, Acoma Books, Ramona.
- 1983 **Maya monuments: sculptures of unknown provenance in Belice, Guatemala and Mexico**, Acoma Books, Ramona.

MAYER GUALA, Pablo
- 1978 **Can-Cun: guía oficial**, INAH, México.

MC CANN, Thomas P.
- 1979 **An American company: the tragedy of United Fruit**, Crown Publishers, New York.

MEDINA, Andrés
- 1976 "Miguel Covarrubias y el romanticismo en la antropología", **Nueva Antropología**, N° 4, pp. 11-42, México.

MEDINA, Andrés y Noemí Quezada
- 1975 **Panorama de las artesanías otomíes del Valle del Mezquital**, UNAM, México.

MEDINA, Carlos
- 1981 "Seriamente dañadas las ruinas de Palenque", **Excelsior**, 27 de septiembre, México.

MELGAR Y SERRANO, José María
- 1870 "Copia del artículo sobre las medallas encontradas en Palenque y el huevo cosmogónico", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, vol. III, pp. 109-118, México.

MELENDEZ, Carlos
- 1970 **La ilustración en el antiguo Reino de Guatemala**, Editorial Universitaria Centroamericana, San José de Costa Rica.

MENA, Ramón
- 1923 "La colección arqueológica de Boturini", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, vol. 2, pp. 35-70, México.

MENDIZABAL, Miguel Othón de
- 1947 "Turismo y miseria", **Obras completas**, vol. IV, pp. 182-184, México.
- 1947 "La cultura como patrimonio y como privilegio", **Obras completas**, vol. IV, pp. 339-347, México.

MIER, Fray Servando Teresa de
- 1945 **Escritos y memorias**, UNAM, México.
- 1981 **Obras completas**, 3 vols., UNAM, México.

MILLER, Arthur
- 1973 **The mural painting of Teotihuacan**, Dumbarton Oaks, Washington.
- 1978 "Chichén Itzá: evidencia mural inédita", **Estudios de cultura maya**, vol. XI, pp. 121-144, México.

MOEDANO KOERDELL, Hugo
- 1946 "Miguel Angel Fernández", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. VIII, pp. 133-136, México.

MOLINA, Augusto
- 1973/4 "La restauración arqueológica en México en relación con la Carta de Venecia", **Anuario de la Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores**, pp. 39-44, México.
- 1975 **La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos**, INAH, México.
- 1978 "Palenque: the archaeological city today", **III Mesa Redonda de Palenque**, vol. I, pp. 1-8, Pre-Columbian Art Research Center, Palenque.
- 1982 "Archaeological buildings: falsifications or misrepresentations", **Falsifications and Misrepresentations of Pre-Columbian Art**, pp. 125-141, Dumbarton Oaks, Washington.

MOLINA, Daniel
- 1982 "Trabajos de mantenimiento en la zona arqueológica de Cholula", **Cuadernos de los Centros Regionales**, vol. I, pp. 75-80, INAH, Veracruz.

MOLINA, Diana y Daniel
- 1980 **Cacaxtla: guía oficial**, INAH, México.

MORENO, Roberto
- 1962 "La ilustración mexicana que encontró Humboldt", **Ensayos sobre Humboldt**, UNAM, pp. 217-236, México.
- 1970 "Ensayo bibliográfico de Antonio León y Gama", **Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas**, tomo II, N° 1, pp. 43-134, México.
- 1971 "La colección Boturini y las fuentes de la obra de León y Gama", **Estudios de Cultura Náhuatl**, vol. IX, pp. 253-270, México.
- 1975 "La ciencia de la ilustración mexicana", **Anuario de Estudios Americanos**, Tomo XXXII, pp. 25-41, México.
- 1976 "La introducción del darwinismo en México", **Anuario de Historia**, vol. VIII, pp. 121-150, México.
- 1980 **Un eclesiástico criollo frente al estado borbón**, Academia Mexicana de la Historia, México.
- 1981 "Introducción", **Obras de José A. de Alzate y Ramírez**, vol. I, pp. 7-34, UNAM, México.
- 1981 "La historia antigua de México de Antonio de León y Gama", **Estudios de Historia Novohispana**, vol. VII, pp. 4-78, México.

MORENO BONETT, Margarita
- 1983 **Nacionalismo novohispánico: Mariano Veytia**, UNAM, México.

MORLEY, Sylvanus
- 1913 "Excavations at Quiriguá, Guatemala", **National Geographic Magazine**, vol. XXIV, N° 3, pp. 339-361, Washington.
- 1920 **The inscriptions of Copan**, Carnegie Institution, Washington.
- 1922 "The foremost intellectual achievement of ancient America", **National Geographic Magazine**, vol. XLI, N° 2, pp. 110-130, Washington.
- 1925 "Chichen Itza, an ancient American Mecca", **National Geographic Magazine**, pp. 63-96, Washington.
- 1926 "Reseña de investigaciones arqueológicas en las Américas en 1914", **Arqueología Americana**, N° 1, Unión Panamericana, Washington.
- 1931 "Unearthing America's ancient history", **National Geographic Magazine**, vol. LX, N° 1, pp. 99-126, Washington.
- 1932 "Investigación arqueológica en Chichén Itzá", **Informe anual**, pp. 6-9, Carnegie Institution, Washington.
- 1936 **Guía de las ruinas de Quiriguá**, Carnegie Institution, Washington.
- 1937/8 **The inscriptions of Peten, Guatemala**, 5 vols., Carnegie Institution, Washington.
- 1947 **La civilización maya**, Fondo de Cultura Económica, México.

MORRIS, Ann Axtell
- 1931 **Digging in Yucatan**, Doubleday, Doran and Co., New York.

MORRIS, Earl
- 1928 "Report on excavations and repair of the Temple of the Warriors", **Year Book**, vol. 27, pp. 293-297, Carnegie Institution, Washington.
- 1931 **The Temple of the Warriors, Chichen Itza**, Scribners and Sons, New York.

MORRIS, Earl, Charlot, Jean y Morris, Ann
- 1935 **The Temple of the Warriors, Chichen Itza, Yucatan**, Carnegie Institution, Washington.

MUÑOZ, Juan Bautista
- 1975 **Historia del Nuevo Mundo**, Aguilar, México (introducción de José Alcina Franch)

MURO OREJON, Antonio
- 1953 "Juan Bautista Muñoz: las fuentes bibliográficas de la historia del Mundo Nuevo", **Anuario de Estudios Americanos**, vol. X, pp. 265-337, Sevilla.

MUSEO NACIONAL
- 1919 **Reglamento del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía**, México.

NAFZIGER, James
- 1979 "La regulación del movimiento internacional de bienes culturales entre México y los Estados Unidos", **Anales de Antropología**, N° XVI, pp. 123-132, México.

NAVARRETE, Carlos
- 1975 "Chinkultik, Chiapas: trabajos ralizados en 1975", **Boletín del INAH**, N° 15, 2a. época, pp. 1-22, México.
- 1976 "Chinkultik, Chiapas: trabajos realizados en 1976", **Boletín del INAH**, N° 19, 2a. época, pp. 43-58, México.
- 1979 **Las esculturas de Chaculá**, UNAM, México.
- 1981 "Encuentro con Frans Blom en

un rincón de su vieja biblioteca", **Cuicuilco**, Nº 6, pp. 10-16, México.

NICHOLSON, Henry
- 1973 "Eduard G. Seler: 1849-1922", **Handbook of Middle American Indians**, vol. 13, pp. 348-369, Austin.

NOGUERA, Eduardo
- 1929 "Xochicalco", **Guía para visitar las principales ruinas del Estado de Morelos**, SEP, México.
- 1939 "Excavaciones en Cuicuilco", **XXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 210-221, México.
- 1951 "Exploraciones en Xochicalco", **Cuadernos Americanos**, vol. I, pp. 119-157, México.
- 1966 "Historia de las exploraciones en Tlatelolco", **Summa Anthropologica en homenaje a Roberto Weitlaner**, pp. 71-78, INAH, México.
- 1982 "Otra vez Modesto Méndez, Ambrosio Tut y el descubrimiento de Tikal", **Boletín Eucady**, Nº 52, pp. 21-24, Mérida.
- 1983 "Ríos Montt en el calendario maya", **Sábado**, Nº 297, pág. 3, México.

NUÑEZ DE LA VEGA, Francisco
1702 **Constituciones diocesanas del Obispado de Chiapas**, 2 vols., Imprenta de C. Zenobi, Roma.

OBREGON SANTACILIA, Carlos
- 1951 **Historia folletinesca del Hotel del Prado**, Edición del Autor, México.

OEA
- 1968 **Las normas de Quito**, Organización de los Estados Americanos, Washington.

O'GORMAN, Edmundo
- 1945 "Estudio preliminar", **Escritos y memorias**, vol. 1, UNAM, México.

OLAVARRIA Y FERRARI, Enrique
- 1901 **La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México.

OLEA, Oscar
- 1980 **El arte urbano**, UNAM, México.

OLIVE, Julio César
- 1981 **La antropología mexicana**, 2 vols., Colegio Mexicano de Antropólogos, México.

OLIVERA, Mercedes y otros
- 1970 **De eso que llaman antropología mexicana**, ENAH, México.

ORELLANA TAPIA, Rafael
- 1948 **Informe de los trabajos de restauración y consolidación del Castillo de Teayo, Veracruz, durante la primera temporada,** manuscrito inédito en el Museo Nacional de Antropología, México.

ORTEGA Y MEDINA, Juan
- 1960 **Humboldt desde México**, UNAM, México.

OROZCO MUÑOZ, Julio
- 1941 **Pedro José Márquez: su vida y su obra (1741-1941)**, Ediciones de Historia y Poesía, México.

PADDOCK, John
- 1955 "The first three seasons at Yagul", **Mesoamerican Notes**, vol. IV, pp. 25-48, México.
- 1957 "The 1956 season at Yagul", **Mesoamerican Notes**, vol. V, pp. 13-36, México.
- 1960 "Explorations at Yagul, Oaxaca", **R.M.E.A.**, vol. XVI, pp. 91-96, México.
- 1961 "A neglected view point on humanity and science in archaeology", **Homenaje a Pablo Martínez del Río**, pp. 323-335, INAH, México.

PALACIOS, Enrique Juan
- 1922 "Don Francisco del Paso y Troncoso: su magna labor de arqueología e historia del arte", **Anales del Museo Nacional**, 4a. época, pp. 581-588, México.
- 1925 **Vestigios arqueológicos e históricos de Malinalco y la zona circundante**, Informe inédito, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.

PALACIOS, Enrique Juan y Othón de Mendizábal, Miguel Othón
- 1921 **El Templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan**, Museo Nacional de Arqueología, México.

PANAMEÑO, Rebeca y Nalda, Enrique
- 1979 "Arqueología: ¿para quién?", **Nueva Antropología**, Nº 12, pp. 111-124, México.

PANE, Roberto
- 1965 "Teoría de la conservación y restauración de los monumentos", **Boletín del CIHE**, Nº 2, pp. 9-26, Caracas.
- 1970 "La actualidad del ambiente antiguo", **DEVENIR**, Nº 1, pp. 35-38, UNAM, México.

PANI, Alberto J.
- 1926 **La política hacendaria de la revolución**, Ediciones Culturales, México.
- 1945 **Apuntes biográficos**, 2 vols., Editorial Stylo, México.

PANI, Arturo
- 1979 **Alberto J. Pani: ensayo biográfico**, edición del autor, Aguascalientes.

PAREYON, Eduardo
- 1963 **Conservación del pueblo y de la zona arqueológica de Santa Cecilia Acatitlán**, tesis de licenciatura, UNAM, México.
- 1966 "Museo de Santa Cecilia Acatitlán", **Boletín del INAH**, Nº 23, pp. 27-30, México.

PARKER, Frances
- 1952 "José Cecilio Valle: scholar and patriot", **The Hispanic America Historical Review**, vol. XXXII, pp. 516-539, Durham.

PASO Y TRONCOSO, Francisco
- 1882 "Ensayo sobre los símbolos cronográficos de los mexicanos", **Anales del Museo Nacional**, 1a. época, vol. II, pp. 323-402, México.
- 1891 "Informe a la Secretaría de Instrucción Pública acerca de sus exploraciones en la Villa Rica y Cempoala", **Boletín Oficial**, tomo XXIV, Nº 93, México.

PENDERGAST, David
- 1967 **The Walker-Caddy expedition to Middle America**, University of Oklahoma Press, Norman.

PEREZ DE LA RIVA, Juan
- 1976 **Para la historia de las gentes sin historia**, Ariel, Barcelona.

PEREZ JIMENEZ, Gabina y Janzen, Marten
- 1979 "Los códices y la conciencia de ser indígena", **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, Nº 97, pp. 83-104, México.

PEREZ SALAZAR, Francisco
- 1928 **Biografía de Carlos de Sigüenza y Góngora seguida de varios documentos inéditos**, México.

PETERSON, Frederick
- 1952 "Falsificaciones arqueológicas en el Estado de México", **Tlatoani**, vol. I, Nº 3-4, México.

PIÑA CHAN, Román
- 1972 **Teotenango: primer informe de las exploraciones arqueológicas**, Dirección de Turismo, Toluca.
- 1972 "Teotenango prehispánico", **Boletín del INAH**, Nº 2, 2a. época, pp. 17-20, México.
- 1975 (Coord.) **Teotenango: el antiguo lugar de la muralla**, 2 vols., Dirección de Turismo, Toluca.
- s/f **Edzná: Guía de la Zona Arqueológica**, INAH, México.
- 1979 **Bitácora 1977: Centro Regional de México-Michoacán**, INAH, México.

PIÑA DREINHOFER
- 1969 "Aniquilamiento y restauración de Varsovia", **Calli** Nº 39, México.
- 1970 **Restauración de la Catedral de México: memoria de la polémica**, edición del autor, México.
- 1970 **El patrimonio monumental de México: su valoración y restauración**, manuscrito inédito, México.
- 1971 **El patrimonio histórico y la actualidad**, manuscrito inédito, México.

POLLOCK, Harry E. D.
- 1928/9 "Report on the Casa Redonda", **Year Book**, Nº 28, pp. 310-312, Carnegie Institution, Washington.
- 1937 "The Casa Redonda at Chichen Itza, Yucatan", **Contributions to American Archaeology**, Nº 17, pp. 129-154, Carnegie Institution, Washington.
- 1938 **Round structures of aboriginal Middle America**, Carnegie Institution, Washington.

PORTILLA, Miguel León
- 1959 **Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista**, UNAM, México.
- 1962 "Humboldt investigador de los códices y la cosmología nahuátl", **Ensayos sobre Humboldt**, pp. 133-148, UNAM, México.

PRUNEDA, Alfonso
- 1912 "Algunas consideraciones a-

cerca de los museos", **Boletín de la SMGE**, vol. pp. 79-98, México.
PUIG CASAURANC, Carlos
• 1923 "Breve reseña de las tendencias actuales y últimos trabajos de la Dirección de Arqueología...", **XXII Congreso Internacional de Americanistas**, pp. 599-603.
RAMIREZ, Fausto
• 1982 "Observaciones acerca de las artes plásticas en las publicaciones de José Antonio de Alzate y Ramírez", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, vol. 50/1, pp. 111-152, México.
RAMIREZ, José F.
• 1903 "Cronología de Boturini", **Anales del Museo Nacional**, 1a. época, vol. VIII, pp. 167-194, México.
RAMIREZ VAZQUEZ, Pedro
• 1982 "El patrimonio", **El espacio y el hombre**, Instituto Mexicano de Administración Urbana, México.
RAPOPORT, Amos
• 1979 "An approach to designing Third World environments", **Third World Planning Review**, vol. I, N° 1, pp. 23-30.
• 1981 **Environmental quality, metropolitan areas and traditional settlements**, Ponencia presentada en el 1er. Congreso Internacional de Planeación de Grandes Ciudades, México.
RATHJE, William
• 1973 "Descubrimiento de un jade olmeca en la isla de Cozumel, Quintana Roo", **Estudios de cultura maya**, vol. IX, México.
RAU, Charles
• 1822 "Tablero de Palenque en el Museo Nacional de los Estados Unidos", **Anales del Museo Nacional**, tomo II, N° 1, pp. 129-188, México.
RAYNEY, Froelich y otros
• 1967 "Reply to Berlin", **American Antiquity**, vol. 32, N° 2.
RECINOS, Adrián
• 1956 "Cien años de la llegada del abate Brasseur de Bourbourg a Guatemala", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 29, Nos. 1/4, pp. 12-17, Guatemala.
REED, Nelson
• 1964 **La guerra de castas en el Yucatán**, Ediciones Era, México.
REVILLA, Manuel G.
• 1893 **El arte en México en la época antigua y durante el gobierno virreinal**, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México.
REYES GARCIA, Luis
• 1983 "La represión religiosa en el siglo XVI", **Civilización: configuración en la diversidad**, pp. 11-35, CEESTEM-CADAL, México.
REYES, Guillermo
• 1972 "Crecimiento urbano y zonas históricas", **III Simposio sobre Restauración de Monumentos y Sitios**, Sociedad de Arquitectos Restauradores, s/p, México.
REYES, Virgilio
• 1975 "Arquitectura y poblamiento", **Teotenango: el antiguo lugar de la muralla**, pp. 117-188, Toluca.
REYGADAS VERTIZ, José
• 1928 "Nota preliminar sobre las actuales excavaciones en Teotihuacan", **Revista Mexicana de Estudios Históricos**, N° II, pp. 183-189, México.
• 1928 Artículos "Uxmal", "Teotihuacan", "Santa Cecilia", "Tenayuca", "Kabah" y "Chichén Itzá", **Estado actual de los monumentos arqueológicos de México**, SEP-Dirección de Arqueología, México.
• 1929 "Exploraciones en la pirámide de Tenayuca por la Dirección de Arqueología de México", **XXIII International Congress of Americanists**, pp. 172-180, New York.
• 1929 "Informe de las labores de la Dirección de Arqueología durante el mes de octubre", **Boletín de la SEP**, vol. XIII, Nos. 9/11, pp. 151-157, México.
• 1929 "Dirección de arqueología", **Boletín de la SEP**, vol. XXII, N° 4, pp. 523-531, México.
• 1929 "Informe de labores (...) Dirección de Arqueología durante el mes de septiembre", **Boletín de la SEP**, vol. XXII, N° 15, pp. 111-115, México.
• 1931 "Labores desarrolladas en el Departamento de Monumentos durante el mes de mayo", **Boletín de la SEP**, vol. XXXIV, pp. 123-125, México.
• 1935 "Introducción" y "Exploración de la pirámide", **Tenayuca: estudio arquitectónico de la pirámide de este lugar**, pp. IX-XIII y 63-75, SEP, México.
REYMAN, Jonathan
• 1978 "Room 44, Wupaki: rejections false profits", **American Antiquity**, vol. 43, N° 4, pp. 729-733.
RICO GONZALEZ, Víctor
• 1949 **Historiadores mexicanos del siglo XVIII**, UNAM, México.
RICKETSON, Oliver
• 1925 "Report on the repair of the Caracol", **Year Book**, N° XXIV, pp. 256-267, Carnegie Institution, Washington.
RICKETSON, Oliver y Ricketson, E. B.
• 1937 **Uaxactún, Guatemala: Group E, Excavations 1926-1931**, Carnegie Institution, Washington.
RIETH, Adolph
• 1970 **Archaeological fakes**, Barrie and Jenkins, Londres.
RIKARDS, Constantine
• 1910 **The ruins of Mexico**, vol. I, H. E. Shrimpton, London.
• 1926 "The ruins of Quiotepec, District of Cuicatlán, State of Oaxaca, Mexico", **XXII Congreso Internacional de Americanistas**, pp. 625-631, Roma.
ROBELO, Cecilio
• 1951 **Diccionario de mitología náhuatl**, Ediciones Fuente Cultural, México.
ROBERTSON, Merle G.
• 1972 "Monument thievery in Mesoamerica", **American Antiquity**, vol. 37, N° 2, pp. 147-155.
ROBERTSON, William
1777/8 **The history of America**, 2 vols., W. Stroham, Londres.
ROBINA, Ricardo de
• 1965 "En torno a la problemática de la restauración", **Boletín del CIHE**, N° 2, pp. 43-48, Caracas.
ROBLES, José Fernando
• 1980 **Museo Arqueológico de Xelhá**, INAH, México.
• 1980 "Xelhá: un proyecto de investigación", **Memoria del Congreso Interno**, pp. 101-121, INAH, México.
RODRIGUEZ, Francisco
• 1895 "Descripción de la pirámide llamada Casa del Tepozteco...", **Actas del XI Congreso Internacional de Americanistas**, pp. 232-237, México.
RODRIGUEZ PRAMPOLINI, Ida
• 1978 "La figura del indio en la pintura del siglo XIX: fondo ideológico", **INI 30 años después**, pp. 303-309, Instituto Nacional Indigenista, México.
ROJAS GARCIDUEÑAS, José
• 1945 **Don Carlos de Sigüenza y Góngora: erudito barroco**, México.
ROMERO, José Guadalupe
• 1860 "Dictamen sobre los inconvenientes de mudar los nombres geográficos de las poblaciones de la república", **Boletín de la SMGE**, tomo VIII, pp. 387-389, México.
ROMERO FLORES, Jesús
• 1945 "Documentos para la biografía del historiador Clavijero", **Anales del INAH**, vol. I, pp. 307-336, México.
ROSNY, León
• 1904 **L'Amèrique preècolombinne: ètudes d'histoire, de linguistique et de palèographie**, París.
RUBIN DE LA BORBOLLA, Daniel
• 1953 **Mexico: monumentos históricos y arqueológicos**, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
• 1974 **Arte popular mexicano**, Fondo de Cultura Económica, México.
RUPPERT, Karl
• 1927 "The Caracol", **Year Book**, N° XXVI, pp. 249-252, Carnegie Institution, Washington.
• 1929 "The excavation and repair of the Caracol", **Year Book**, N° XXVIII, pp. 303-310, Carnegie Institution, Washington.
• 1931 "The Caracol", **Year Book**, N° XXX, pp. 108-109, Carnegie Institution, Washington.
• 1932 "Investigación arqueológica: Chichén Itzá", **Informe anual de 1931-32**, Carnegie Institution, pp. 6-9, Washington.
• 1935 **The Caracol at Chichen Itza, Yucatan, Mexico**, Carnegie Institution, Washington.
• 1937 "Temple of the Wall Panels, Chichen Itza", **Contributions to**

American Archaeology, N° 3-I, pp. 119-140, Carnegie Institution, Washington.
• 1940 "A special assemblage of Maya structures", **The Maya and their Neighbors**, pp. 222-231, Appleton-Century Co., New York.
• 1943 "The Mercado, Chichen Itza, Yucatan", **Contributions to American Archaeology**, N° 43, pp. 223-260, Carnegie Institution, Washington.

RUZ L'HUILLER, Alberto
• 1952 "Exploraciones en Palenque: 1949", **Anales del INAH**, vol. 32, pp.49-60, México.
• 1952 "Exploraciones en Palenque: 1950", **Anales del INAH**, vol. 33, pp. 25-45, México.
• 1952 "Exploraciones en Palenque: 1951", **Anales del INAH** vol. 33, pp. 47-77, México.
• 1952 "Exploraciones en Palenque", **XXX International Congress of Americanists**, pp. 5-22, Londres.
• 1955 **Uxmal, Kabah, Sayil: temporada 1953**, INAH, México.
• 1958 "El juego de pelota de Uxmal", **Miscelánea Paul Rivet**, vol. I, pp. 635-667, UNAM, México.
• 1973 **El Templo de las Inscripciones, Palenque**, INAH, México.

SAENZ, César
• 1956 **Exploraciones en la Pirámide de la Cruz Foliada**, INAH, México.
• 1961 "Tres estelas de Xochicalco", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. XVII, pp. 39-65, México.
• 1962 "Las estelas de Xochicalco", **XXXV Congreso Internacional de Americanistas**, vol. 2, pp. 69-81, México.
• 1962 **Xochicalco: temporada 1960**, INAH, México.
• 1964 **Ultimos descubrimientos en Xochicalco**, INAH, México.
• 1972 "Exploraciones y restauraciones en Uxmal (1970-1971)", **Boletín del INAH**, N° 2, 2a. época, pp. 31-40, México.
• 1972 "Exploraciones y reconstrucciones en la Gran Pirámide de Uxmal, Yucatán", **Boletín del INAH**, N° 12, 2a. época, pp. 39-44, México.

SAHAGUN, Fray Bernardino de
• 1927 "El Libro de las Pláticas o Coloquios de los doce primeros misioneros de México", **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos**, vol. I, N° 6, pp. 101-141, México.

SALAZAR ORTEGON, Ponciano
• 1966 "Interpretaciones del altar central de Tetitla, Teotihuacan", **Boletín del INAH**, N° 34, pp. 41-47, México.

SALDIVAR, Sergio
• 1972 "Perspectivas para la conservación de monumentos de México", **III Simposio sobre Restauración de Monumentos y Sitios**, s/p, Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores, México.

SALINAS, Miguel
• 1936 **The ridge of Tepoztlán**, Editorial Cultura, México.

SALISBURY, Stephen
• 1877 **The Mayas: the sources of their study, y Dr. Le Plongeon in Yucatan, his accounts of discoveries**, Press of Charles Hamilton, Worcester.

SAMOYA CHINCHILLA, Carlos
• 1967 "Monumentos históricos y arqueológicos: museos nacionales", **Antropología e Historia**, vol. XIX, N° 1, Guatemala.

SANCHEZ SANTOVEÑA, Manuel
• 1972 "Problemas de valoración del patrimonio arquitectónico", **III Simposio sobre restauración de monumentos y sitios**, Sociedad Mexicana de Arquitectos Restauradores, México.

SANCHEZ VAZQUEZ, Adolfo
• 1965 **Las ideas estéticas de Marx**, Ediciones Era, México.
• 1970 **Estética y marxismo**, ERA, México.

SANDE, Theodore Anton
• 1976 **Industrial archaeology: a new look to the American heritage**, Penguin Books, Londres.

SANOJA OBEDIENTE, Mario
• 1981 "Política cultural y rescate del patrimonio histórico", **World Conference on Rescue Archaeology**, (Mans.), OEA, Quito.

SATTERTHWAITE, Linton
• 1960 "Plastic art of a Maya palace", **Archaeology**, vol. 3, N° 2, pp. 215-222.

SAVELLE, Max
• 1978 "The enlightment and the idea of America", **Investigaciones contemporáneas sobre historia de México**, pp. 663-667, UNAM, México.

SAVILLE, Marshall
• 1896 "The Temple of Tepozlan, Mexico", **Bulletin of the American Museum of Natural History**, vol. VIII, pp. 221-226, New York.
• 1919 "Bibliographic notes on Quirigua, Guatemala", **Indian Notes and Monographs**, vol. IV, N° 1, New York.

SCHAVELZON, Daniel
• 1978 "El saqueo arqueológico de Guatemala", **Boletín del INAH**, N° 22, pp. 57-62, México.
• 1979 "La urbanización prehispánica", **Vivienda**, vol. I, N° 6, pp. 420-455, México.
• 1980 "Una visión romántica de la arquitectura: Jean Frederick Maximilien, Conde de Waldeck", **DANA**, vol. 10, pp. 62-72, Resistencia.
• 1980 "La urbanización en América prehispánica: análisis y crítica de la obra de Gideon Sjoberg", **Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas**, vol. 24, pp. 114-148, Caracas.
• 1980 "Temples, caves or monsters?: notes on zoomorphic phaçades in pre-Hispanic architecture", **IIIrd. Palenque Round Table**, vol. V, pp. 151-162, University of Texas Press, Austin.
• 1980 **El complejo arqueológico Mixteca-Puebla**, UNAM, México.
• 1981 "La restauración del Teatro Degollado: revisión crítica de un caso histórico", **DANA**, N° 12, pp. 99-103, Resistencia.
• 1981 "Historia social de la restauración arquitectónica en México", **Vivienda**, vol. 6, N° 5, pp. 434-477, México.
• 1981 "Supervivencias de cultos prehispánicos en Guatemala", **Proyecciones de América Latina**, vol. 1, pp. 103-126, UNAM, México.
• 1982 "La restauración de la pirámide de Cholula", **DANA**, vol. 13, pp. 95-104, Resistencia.
• 1982 "Salvemos al viejo museo de Teotihuacan", **Sábado**, N° 267, pp. 10, México.
• 1982 "Viollet-le-Duc and the European visión of Maya archaeology during the XIXth. Century", **IV Mesa Redonda de Palenque**, University of Texas Press, Austin (en prensa).
• 1982 "Frans Blom: crónica de su expedición a México y Guatemala en 1925", **Anales de Antropología**, vol. XIX, pp. 163-183, México.
• 1983 "S.O.S. saqueo y destrucción del patrimonio cultural (1821-1911)", **Sábado**, N° 312, pp. 1-5, México.
• 1983 "Arqueología de una polémica: la pirámide de Cuicuilco", **Cuicuilco**, vol. 9, pp. 13-18, México.
• 1983 **La pirámide de Cuicuilco: álbum fotográfico**, Fondo de Cultura Económica, México.
• 1984 **Francia y la arqueología en México (1820-1918)**, CEMCA-UNAM, México (en prensa).
• 1984 "Conservación y restauración en el subdesarrollo", **Trama**, N° 33, pp. 21-28, Quito.
• 1984 "Harry E. D. Pollock: 1900-1982", **Cuadernos de Arquitectura Prehispánica**, N° 2, UNAM, México.
• 1984 "La primera excavación arqueológica en América Latina: Teotihuacan en 1675", **Anales de Antropología**, vol. XX, Tomo I, pp. 21-34, México.
• 1984 "La restauración como fenómeno social", **Encuentro Nacional de Conservación**, pp. 33-40, INAH, México.
• 1985 "El Caracol de Cozumel: una pequeña maravilla maya", **Cuadernos de arquitectura mesoamericana**, vol. 5, pp. 75-81, México.
• 1986 "Miguel Angel Fernández y la arquitectura prehispánica (1890-1945)", **Cuadernos de arquitectura mesoamericana**, vol. 8, pp. 85-93, México.
• 1986 "Cambio y transformación: la restauración arqueológica en América Latina entre 1870 y 1980", **Anales del Instituto de Arte Americano**, vol. 25, pp. 69-82, Buenos Aires.

• 1986 "La contribución científica de Ignacio Bernal, Bibliografía", **Boletín Eucady**, N° 81, pp. 20-34, Mérida.
• 1988 "Arqueología y política en Centroamérica: las excavaciones en Zaculeu y su contexto histórico (1946-1950)", **Mesoamérica**, vol. 16, pp. 335-359, South Woodstock.
• 1988 "Las excavaciones de Zaculeu: una aproximación a la relación entre arqueología y política en América Latina (1946-1950)", **Recent Studies in Precolumbian Archaeology**, pp. 167-190, BAR, Oxford.

SCHAVELZON, Daniel y de la Fuente, Beatriz
• 1976 "Algunas noticias poco conocidas que sobre Palenque se publicaron en el siglo XIX", **The art, iconography and dynastic history of Palenque**, pp. 149-174, R. Stevenson School, Pebble Beach, California.

SCHAVELZON, Daniel y Gendrop, Paul
• 1979 "La restauración de monumentos prehispánicos en América", **Symposium Interamericano de Conservación del Patrimonio Artístico**, pp. 59-61, INBA, México.

SCHAVELZON, Daniel y Rivera, Víctor
• 1985 "Proyecto de restauración arqueológica en la ciudad de Guatemala", **DANA**, vol. 19, pp. 81-89, Resistencia.
• 1988 "La destrucción de Kaminaljuyú, Guatemala", **Mesoamérica**, vol. 14, pp. 535-551, South Woodstock.

SCHAVELZON, Daniel y Zatz, Iván
• 1981 "El derecho y los mecanismos de justificación ideológica del poder: la sociedad maya prehispánica", **Memoria del II Congreso de Historia del Derecho Mexicano**, pp. 109-122, México.

SCHROEDER, Arturo
• 1978 "Programas de defensa y expansión del patrimonio artístico", **Legislación y jurisprudencia**, pp. 587-615, México.

SECTUR
• 1980 **Lineamientos para el desarrollo turístico de las zonas arqueológicas, históricas y pintorescas**, México.

SEGRE, Roberto (Relator)
• 1975 **América Latina en su arquitectura**, Siglo XXI-UNESCO, México.

SELER, Eduard
• 1927 "La fachada de estuco de Acanceh", **Anales del Museo Nacional**, tomo V, pp. 367-376, México.

SEMINARIO DE CULTURA MEXICANA
• s/f **Defensa del patrimonio artístico histórico munumental**, S.C.M., México.

SHOOK, Edwin
• 1958 "Field director's report: the 1956 and 1957 seasons", **Tikal Reports**, N° 1, University Museum, Philadelphia.
• 1964 "Archaeological investigations at Tikal, Peten, Guatemala", **XXXV Congreso Internacional de Americanistas**, vol. I, pp. 379-385, México.

SIERRA, Justo
• 1948 "Política arqueológica", **Obras completas**, Tomo V, pp. 431-436, UNAM, México.

SMGE
• 1862 "Proyecto de ley relativo a la conservación de monumentos", **Boletín de la SMGE**, tomo X, pp. 197-199, México.

SMITH, A. Ledyard
• 1932 "Trabajos arqueológicos en Uaxactún", **Anuario 1930-1931**, pp. 12-16, Carnegie Institution, Washington.
• 1935 "Uaxactún", **Anuario 1934-935**, pp. 6-8, Carnegie Institution, Washington.
• 1937 "Structure A-XVIII at Uaxactun" **Contributions to American Archaeology**, N° 20, pp. 1-27, Carnegie Institution, Washington.
• 1968 "Reconstruction of the Maya ruins of Seibal", **Monumentum**, vol. II, pp. 82-95.
• 1973 **Uaxactun: a pioneering excavation in Guatemala**, Addison-Wesley Module in Anthropology, N° 40.
• 1982 "Major architecture and caches", **Excavations at Seibal, dep. of Peten, Guatemala**, pp. 1-280, Peabody Museum, Cambridge.

SMITH, Robert
• 1937 "A study of Structure A-1 Complex at Uaxactun, Peten, Guatemala", **Contributions to American Archaeology**, N° 19, pp. 189-231, Carnegie Institution, Washington.

SOCIEDAD MEXICANA DE ANTROPOLOGIA
• 1966 **Teotihuacan**, Mesa Redonda de S.M.A., México.

SOSA, Francisco
• 1873 "Don Crescencio Carrillo y Ancona", **Boletín de la SMGE**, tomo I, 3a. época, pp. 733-742, México.

SOTHEBY'S
• 1981 **Fine Precolumbian Art Sale**, York Avenue Galleries, New York.

SOTOMAYOR, Dámaso
• 1885 **Descripción e interpretación de una preciosa urna griega del Museo Capitalino de Roma bajo la clave jeroglífica de los aztecas**, Mazatlán.

SPINDEN, Herbert
• 1913 **A study of Maya art**, Peabody Museum, Harvard.

STAVENHAGEN, Rodolfo
• 1978 **Testimonios**, UNAM, México.
• 1982 "La cultura popular y la creación intelectual", **La cultura popular**, pp. 21-40, Premia Editorial, México.

STEPHENS, John Lloyd
• 1841 **Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan**, 2 vols., Harper and Brothers, New York.

STERN, Alfred
• 1942 "La filosofía del Tercer Reich", **Cuadernos Americanos**, vol. V, N° 2, pp. 14-54, México.

STRAULINO, Marina
• 1983 "La relación interdisciplinaria entre la historia y la restauración", **I Encuentro Nacional de Restauradores del Patrimonio Cultural**, pp. 43-48, INAH-SEP, México.

STRECKER, Mathias y Karl von Fleming
• 1981 **Photos and drawings by Teobert Maler**, Internationale Gesellschaft für Mesoamerikaforschung, comt. 1, Berlin.

STROMSVIK, Gustav
• 1934/5 "Las ruinas de Copán", **Informe anual**, pp. 8-11, Carnegie Institution, Washington.
• 1935/6 a 1941/2 "Copán", **Informe anual de la sección Investigaciones Históricas**, Carnegie Institution, Washington.
• 1936/7 "Trabajos realizados en Copán", **Informe anual**, pp. 5-8, Carnegie Institution, Washington.
• 1946 **Guía de las ruinas de Copán**, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Tegucigalpa.
• 1946 **Primera Conferencia Internacional de Arqueólogos del Caribe**, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Tegucigalpa.

TABLADA, José Juan
• 1900 "Sir John Ruskin", **Revista Moderna** (15 de febrero), México.

TECLA, Alfredo
• 1980 **Franz Boas y el relativismo cultural**, Ediciones Taller Abierto, México.

TEIXIDOR, Felipe
• 1937 **Cartas de Joaquín García Icazbalceta**, Editorial Porrúa, México.

THOMPSON, Edward
• 1902 "The mural paintings of Yucatan", **Proceedings of the XIIIth. International Congress of Americanists**, pp. 189-192, New York.
• 1914 "The home of a forgotten race: mysterious Chichen Itza, in Yucatan, Mexico", **National Geographic Magazine**, vol. 25, N° 6, pp. 585-608, Washington.

THOMPSON, E. P.
• 1976 **William Morris**, Pantaleon Books, New York.

THOMPSON, J. Eric S.
• 1965 **Arqueología Maya**, Diana, México.

TOLEDO PALOMO, Ricardo
• 1977 **Las artes visuales y las ideas durante la independencia (1794-1821)**, Tipografía Nacional, Guatemala.

TOMAC, Dúdrica
• 1977 "Apuntes sobre algunos problemas de la investigación del arte prehispánico en Mesoamérica", **Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas**, N° 47, pp. 23-30, México.

TORQUEMADA, Fray Juan de
• 1975 **Monarquía Indiana**, 6 vols., UNAM, México.

TOSCANO, Salvador
• 1944 **Arte precolombino de México y América Central**, UNAM, México.

TOVAR Y DE TERESA, Guillermo
• 1982 "La trágica destrucción del arte mexicano", **Sábado**, N° 234, pp. 4-5, México.
TOZZER, Alfred
• 1913 **A preliminary study of the ruins of Tikal, Guatemala,** Memoirs of the Peabody Museum, vol. 5, N° 2, pp. 93-135, Cambridge.
• 1957 **Chichen Itza and its Cenote of Sacrifices**, Peabody Museum, 2 vols., Cambridge.
TRIK, Aubrey
• 1937 "Temple 22 at Copan", **Contributions to American Archaeology**, Carnegie Institution, Washington.
UCHMANY, Eva
• 1982 "Cambios religiosos en la conquista de México", **Cambios religiosos y dominación cultural**, pp. 81-124, El Colegio de México, México.
UNESCO
• 1969 **La conservación de los bienes culturales**, Serie Museos y Monumentos, vol. XI, Lausana.
• 1981 **Appropriate technology in the conservation of cultural property**, The UNESCO Press, Ginebra.
• 1982 **Estado actual de las posibilidades de trabajo para restauradores en América Latina**, UNESCO, Lima.
VALLE, José Cecilio
• 1929-30 **Obras**, 2 vols., Tipografía de Sánchez y Guise, Guatemala.
VALLE, Rafael Heliodoro
• 1952 "John Lloyd Stephens y su libro extraordinario", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia**, vol. 25, tomo III, pp. 262-275, Guatemala.
VILLA AGUILERA, Manuel
• 1976 "La obra de Manuel Gamio en la historia de la investigación social en México", **La investigación social de campo en México**, pp. 189-216, UNAM, México.
VILLACORTA, Antonio y Carlos
• 1927 **Arqueología guatemalteca**, Tipografía Nacional, Guatemala.
VILLAGRA, Agustín
• 1940 **Informe sobre (...) la reconstrucción del techo en el Palacio de las Columnas de Mitla, Oaxaca**, Informe inédito, Dirección de Monumentos Prehispánicos, 3 págs., INAH, México.
VILLORIO, Luis
• 1979 **Los grandes momentos del indigenismo en México**, Ediciones de la Casa Chata, México.
VON HAGEN, Víctor W.
• 1975 **Search for the Maya: the history of Stephens and Catherwood**, Sakon House, New York.
VITELLI, Karen
• 1982 "What is being done to control antiquities trafficking", **Early Man Magazine** (spring), pág. 31, Evanston.
WALTERS, Alan (editor)
• 1932 "Calendar and nahualism of the Tzeltals", **Maya Society Quarterly**, vol. I, N° 2, pp. 56-64.
WAUCHOPE, Robert
• 1962 **Lost tribes and sunken continents**, The University of Chicago Press, Chicago.
• 1965 "Alfred Vincent Kidder (1885-1963)", **American Antiquity**, vol. 31, pp. 149-171.
WHITE, Leslie y Bernal, Ignacio
• 1960 **Correspondencia de Adolph Bandelier**, INAH, México.
WILLARD, T. A.
• 1926 **The city of the Sacred Well**, New York.
WILLEY, Gordon
• 1981 "Spinden's archaic hypotesis", **Antiquity of man: essays in honour of Glyn Daniel**, pp. 35-42, London.
WILLEY, Gordon y A. Ledyard Smith
• 1967 "A temple at Seibal, Guatemala", **Archaeology**, vol. 20, N° 4, pp. 290-298.
WILLEY, Gordon y Sabloff, Jeremy
• 1975 **A history of American archaeology**, W. H. Freeman and Co., San Francisco.
WOODBURY, Richard y Trik, Aubrey
• 1953 **The ruins of Zaculeu, Guatemala**, 2 vols., United Fruit Co., Richmond.
ZAVALA, Silvio
• 1980 **Francisco del Paso y Troncoso y su misión en Europa (1892-1916)**, Biblioteca del Claustro de Sor Juana, México.
ZEA, Leopoldo
• 1968 **El positivismo en México**, Fondo de Cultura Económica, México.